Carnaval de Medianoche

Shirlee Busbee



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Vencieron a la fatalidad y la fotuna
y descubrieron un amor que selló sus destinos

PRIMERA PARTE

Mascarada

No podemos encender a voluntad el fuego que calienta el corazón.
Morality, primera estrofa

Matthew Arnold

Librodot

1

La desordenada y sórdida biblioteca de Willowglen generalmente era el refugio de Melissa Seymour, pero no esa mañana soleada de la primavera de 1814. En lugar de encontrar la serenidad y la quietud que necesitaba tan desesperadamente antes de enfrentar a su irritado tío, de pronto descubrió que estaba en el centro preciso de la ingrata escena que había esperado evitar. Por lo demás, ella habría debido saber que su tío no le permitiría escapar tan fácilmente... Cuando Josh Manchester llegaba a la conclusión de que debía decir algo, ¡pues lo decía!

Le dirigió una rápida mirada, y lo vio de pie en la habitación, frente a ella, el cuerpo robusto rígido a causa de la desaprobación, los rasgos enrojecidos sobre la tersa corbata blanca mostrando claramente la cólera que sentía, y entonces Melissa suspiró. ¡Simpatizaba con el tío Josh! Ella y su hermano menor Zachary, siempre habían ansiado las visitas a casa de Josh, y ambos adoraban a la esposa de su tío, Sally, la única hermana del fallecido padre de los dos jóvenes. Pero últimamente...

– ¿Bien, Lissa? – preguntó severamente Josh– . ¿Qué significa esto que oí decir? – Y como no esperaba ni quería una respuesta, se zambulló en el tema sin más trámites.– Puedes imaginar mi incredulidad esta mañana cuando uno de mis amigos más antiguos y apreciados – uno de los plantadores más ricos y respetados de Luisiana– me informó que habías rechazado a su hijo John. – La frustración y un sincero desconcierto se manifestaban en los ojos azules de Josh, y en una voz que era una mezcla de resignación y ofensa, preguntó: – ¿Puede ser que hubiera un error? ¿Que no has rechazado nuevamente otro candidato excelente?

El tema del matrimonio de Melissa, o más bien de la falta de matrimonio era antiguo. Antes Josh había tratado el asunto a la ligera, y se había burlado implacable pero amablemente de su sobrina. Pero, pensó inquieta Melissa, ése ya no era el caso.

Incluso en las circunstancias más propicias Josh habría juzgado incomprensible la obstinada negativa de Melissa a casarse después de todo, ¿el matrimonio no era lo que ansiaban todas las mujeres respetables? ¿De hecho no era la única razón de su existencia? ¿El matrimonio y tener hijos y complacer a sus maridos? ¿Acaso sus propias hijas, que eran tres, no anhelaban que llegase el momento de casarse? ¿Y no era cierto que todas se habían unido obedientemente y de buena gana con los hombres que su indulgente padre les había elegido? Entonces, ¿por qué esa hermosa y alegre sobrina no hacía lo mismo? Sobre todo ahora, en que esa unión beneficiaría a todos...

Melissa suspiró de nuevo, y formuló mentalmente, y no por primera vez, el deseo de que su abuelo no hubiese dejado ese maldito fideicomiso sujeto a condiciones tan ridículas. O mejor dicho, se corrigió ella misma, porque quería ser ecuánime, todo hubiera salido bien si esa estúpida guerra con Inglaterra no hubiese perjudicado tanto las inversiones de Josh en los negocios navieros.

La Guerra del señor Madison, como por burla se denominaba a la guerra entre Inglaterra y Estados Unidos que había comenzado en 1812, por su naturaleza misma había limitado el tráfico entre los dos países. En apariencia, se libraba la guerra a causa del reclutamiento de marinos norteamericanos por la Armada británica, pero la conquista de Canadá realizada por esos norteamericanos ansiosos de extenderse había sido una poderosa motivación de la contienda. La guerra estaba en su segundo año, y ahora no era más popular que al comienzo– los estados del noreste rehusaban redondamente comprometer sus milicias, y algunos habitantes de Nueva Inglaterra comerciaban sin disimulo con los británicos en Canadá. Se habían cosechado pocas victorias, y las principales en el mar. El comentario de Thomas Jefferson en el sentido de que el intento norteamericano de apoderarse de la América del Norte Británica era "un mero asunto de ponerse en marcha" estaba demostrando constantemente su falsedad.

Pero Melissa en realidad no perdía mucho tiempo pensando en la locura de la Guerra de 1812. Había problemas más apremiantes que la absorbían, y en ese momento se trataba del hecho desagradable de que su abuelo había considerado apropiado,

Dios sabía por qué, unir la herencia de Sally con la de Melissa y la de Zachary en el fideicomiso.

Cuando el abuelo de Melissa, el finado y muy lamentado Jeffery Seymour, había fallecido, de eso hacía unos quince años, la bonita fortuna que él había puesto en fideicomiso para Sally, Melissa y Zachary no había importado gran cosa a ninguno de sus herederos. Melissa y Zachary eran niños, y Sally estaba bien casada con el acaudalado Josh Manchester; ninguno de ellos había necesitado en ese momento elevar la suma de dinero que muy prudentemente Jeffery había reservado para el futuro.

Pero eso había sido quince años atrás, pensó sobriamente Melissa, y aunque Sally continuaba siendo feliz en su matrimonio con Josh, desde entonces muchas cosas hablan cambiado. Ahora tenía veintidós años, ya los diecinueve Zachary ciertamente no era un niño, aunque a veces, pensaba afectuosamente su hermana, cuando perdía los estribos se entregaba a lo que se parecía demasiado a una rabieta. Pero la principal variación de la suerte había recaído sobre Willowglen, la enorme y fértil plantación que se extendía junto a un risco, a cierta altura sobre el río Mississippi, cerca de la pequeña ciudad de Baton Rouge, en la alta Luisiana, y que había sido colonizada por el bisabuelo de Melissa en 1763.

¿Quién podría haber adivinado que su propio y bienamado padre Hugh, resultaría un manirroto imprudente y absurdo? En eso reflexionaba tristemente Melissa. En realidad, tan imprudente que a su muerte, sobrevenida dieciocho meses atrás, en lugar de las tierras florecientes y prósperas que él había heredado de su padre, los dos hijos de Hugh habían descubierto que eran herederos de una plantación en ruinas y cargada de deudas. O ¿quién habría soñado con que el equilibrado y puntilloso Josh habría adoptado también algunas decisiones comerciales indiscretas, y que todo eso, unido a los años de malas cosechas, habían puesto a los Manchester en una situación tal que el dinero del fideicomiso de pronto debía parecerles muy atractivo? Demasiado atractivo, por lo que se refería a Melissa.

Melissa reconocía que no se trataba de que ella tuviese la más mínima renuencia a terminar de una vez con el fideicomiso; se trataba solamente de que no estaba dispuesta a pagar el precio. Y ella misma recordaba con cierta severidad que el estado de las finanzas de los Manchester no podía achacársele, y que sus tropiezos provisionales de ningún modo se asemejaban al estado de casi ruina que ella y Zachary afrontaban. Mientras la tía Sally gemía ante el hecho de que la sala de estar siempre tan elegante en la plantación Manchester, es decir Oak Hollow, no podía ser redecorada totalmente antes de la boda de Daniel, el hijo menor, en noviembre, Melissa y Zachary tenían que preocuparse de asegurar la comida y el techo de los pocos fieles servidores que aún estaban con ellos. Temían en forma constante que sus animales pasaran hambre si las parcelas lamentablemente reducidas que habían plantado no sobrevivían. Y con respecto a los lujos... Melissa sonrió secamente. Ella y Zack se consideraban afortunados porque aún tenían un hogar al que podían llamar propio. Gran parte de la montaña de deudas de Hugh estaba pagada, pero los Últimos y pocos acreedores impagos estaban fatigándose de los intentos sinceros pero lamentablemente ineficaces de Melissa, que hacía lo posible para salvar las deudas.

Melissa se miró el viejo vestido de tela descolorida que tenía puesto, y al pensar en el baúl que había entrado de contrabando, repleto de sedas y encajes, y que la tía Sally había recibido con gran costo de Nueva Orleáns un mes atrás, le parecía en efecto muy difícil creer que los Manchester estaban en aprietos. La joven pensó con cierta acritud que a la tía Sally le haría bien practicar un poco de economía.

Cuando ella continuó guardando silencio, Josh frunció el entrecejo y con un gesto de dureza en los rasgos agradables, rezongó: – ¿No tienes nada qué decir? ¿No crees que me debes una explicación?

Una chispa de enojo iluminó los ojos castaños dorados y Melissa reprimió una réplica colérica y al fin dijo con voz tensa:

Tío Josh, hemos discutido el asunto con bastante frecuencia, y te lo dije muchas veces – ¡No deseo casarme! – Con las manos cerradas a los costados, agregó ásperamente: – ¡Y por

Librodot

cierto no lo haré para complacer tus deseos y los de tía Sally!

Josh tuvo la elegancia de sonrojarse. Normalmente no era un hombre irrazonable, y "tirano" no era palabra que en general pudiera aplicarse al jovial Josh Manchester, pero... Incómodo, tragó saliva; su propia posición no le agradaba en absoluto. Amaba a su sobrina, y nada le habría deparado más placer que prescindir de esos diálogos cada vez más agrios con Melissa. Pero en el curso de su vida él siempre había tenido dinero más que suficiente, y lo había gastado sin tasa ni medida en su adorada esposa y sus hijos; y ahora, cuando tenía casi sesenta años, en su vida de hombre mimado, de pronto descubrió que ya no estaba en esa situación. Le dolía profundamente negar a su esposa la nueva sala de estar; lo avergonzaba la imposibilidad de comprar instantáneamente a su segundo hijo el perro de caza que el joven ansiaba, y sufría porque ya no podía derramar descuidadamente costosos regalos sobre sus hijas casadas. Pero todo eso podía resolverse de golpe... ¡si Melissa aceptaba casarse!

Casi con resentimiento, la miró desde el lugar que él ocupaba. Era una joven atractiva, de eso no cabía ninguna duda, con sus cabellos largos y bronceados que se rizaban atractivamente y llegaban a los hombros delgados, y sus sorprendentes ojos color topacio que relucían luminosos bajo las espesas pestañas. Las cejas, dos curvados arcos oscuros, que acentuaban el efecto de esos ojos parecidos a joyas, y con su elegante nariz menuda y recta y la boca generosa y finamente dibujada, no podía extrañar que, a pesar de los agobios financieros de la plantación, ella fuese muy buscada por los hijos de las familias más adineradas de la región. Por supuesto, Josh tenía que reconocer que la fortuna que pasaría a manos de Melissa cuando se casara era un imán que atraía. Pero incluso sin esa fortuna no cabía duda de que era una joven atractiva.

Alta y delgada, Melissa se movía con una elegancia flexible y natural; y cuando sonreía, cuando esos grandes ojos chispeaban de alegría y esa boca que provocaba el deseo de besarla se curvaba en un gesto divertido, no era sorprendente que muchos corazones masculinos latieran más veloces. Podía describirse a Melissa diciendo que era un ser áureo, alegre y valiente, incluso Josh era el primero en reconocer que cuando Melissa se mostraba animosa y alegre era casi irresistible.

Pero ahora no estaba de buen humor, y la mirada fiera que posó sobre Josh provocó en el hombre un evidente nerviosismo. Con sus propias hijas siempre plácidas, él sabía lo que podía esperar y cómo reaccionar, pero con Melissa... Suspiró hondo. Todo eso era culpa del padre, fue la sombría conclusión de Josh; y no era la primera vez que lo pensaba. Si Hugh la hubiese educado debidamente después de la muerte de la madre, cuando Melissa tenía diez años, no hubiera sucedido nada de todo eso. Melissa habría sabido lo que debía hacer, y se hubiera comportado como correspondía. Si Hugh no le hubiese permitido crecer en la mayor indisciplina, como una gitana salvaje... Si Hugh no se hubiese complacido tanto con las travesuras poco convencionales y descarriadas de su hija... Si Hugh hubiese doblegado parte de esa rebeldía y esos modales atrevidos...

La lista de culpas de Hugh era interminable, y Josh comenzó a sentirse desalentado. Le agradase o no, Melissa era Melissa, y con un sentimiento de depresión Josh comprendió que era demasiado tarde para enseñarle a ser una verdadera dama. Pero en un punto él era inflexible: debía inducirla a comprender que su deber era casarse. Que el matrimonio beneficiaria no sólo al propio Josh y a Sally, sino también a Melissa y a Zachary. Además, se dijo con un desusado acceso de malicia, si ella no se casaba pronto, ¡la llamarían solterona! Todas las hijas de Josh se habían casado antes de cumplir los veinte años, ¡y una mujer normal no podía permanecer soltera a los veintidós años!

Preparándose para desencadenar otro ataque, Josh había empezado a hablar cuando de pronto la puerta de la biblioteca se abrió con mucha fuerza, y golpeó ruidosamente contra la pared. Josh se volvió sorprendido, y sintió que se le iba el alma a los pies cuando su mirada se posó en el joven que estaba en el umbral, y lo miraba colérico. ¡Zachary!

El parecido entre los dos hermanos era evidente; salvo los díscolos cabellos negros, los rasgos de Zachary eran sencillamente una versión muy masculina de Melissa. A los

diecinueve años ya parecía un hombre, con las anchas espaldas, los antebrazos bronceados que aparecían bajo las mangas enrolladas de la camisa blanca; pero el gesto duro de la mandíbula y el resplandor irritado de los ojos pardo dorados provocaron un estremecimiento interior en Josh. Era evidente que Zachary estaba decidido a salvar a su hermana de lo que según creía era una sesión de intimidación y reproches.

Había algo muy áspero y terrenal en Zachary Seymour, mientras estaba allí en la puerta, su cuerpo alto preparado para la acción. Las mangas enrolladas hablaban de un hombre que trabajaba, y esta impresión se veía reforzada por la piel bronceada de la cara, los antebrazos y el cuello. Los breeches pardos y gastados adherían a los muslos musculosos como una segunda piel, y a juzgar por las briznas de paja y heno adheridas a sus breeches y las botas, era evidente que había venido directamente de los establos.

Con el entrecejo fruncido, la voz cargada de desprecio, Zachary rezongó: si usted vino a reñir a Lissa porque no se casa con ese idiota de John Newcomb, se lo diré francamente, tío Josh, ¡puede irse al infierno! ¡No le permitiré que maltrate a mi hermana!

Un tanto inquieto ante la imagen ingrata que Zachary había evocado con sus palabras, Josh contestó obstinadamente: ¡Jamás maltraté a tu hermana!

Con un atisbo de picardía en los ojos, Melissa murmuró dulcemente: – ¿Quizá, tío, me persiguió un poco?

Como un toro atrapado entre dos ágiles leopardos, Josh miró hostil primero a un Seymour, y después al otro. Exclamó hoscamente: – Veo que de este modo es imposible hablar con ninguno de ustedes. ¡Volveré mañana, y veremos si es posible hablar de esto como adultos razonables!

Zachary rió groseramente, y con un sentimiento de pesar que disputaba el terreno a otro de regocijo, Melissa vio cómo su tío se volvía y salía de la habitación en una actitud de dignidad ofendida. La joven detestaba esos choques de voluntades con su tío, pues el sincero afecto que ella le profesaba determinaba que le pareciese muy difícil continuar desafiándolo. Sobre todo, porque en muchos aspectos lo que él pretendía, beneficiaba los intereses de la propia Melissa.

Zachary se desplomó en un sillón de cuero, y descansó una larga pierna sobre el brazo del asiento, mientras murmuraba: – ¿Por qué el abuelo no pudo dejar su dinero directamente a Sally? O mejor todavía, habría podido decidir que ese condenado fideicomiso terminase cuando tú cumplieses veintiún años.

– Porque – dijo secamente Melissa– no deseaba que el dinero se dividiese antes de que tú cumplieses veintiún años.

Zack le dirigió una mirada burlona.

– O antes de que tú te casaras, querida.

Melissa esbozó un gesto de contrariedad.

– Lo sé, y lo peor del asunto es que si Josh no hubiese soportado tantos tropiezos, y nuestro padre no hubiera sido un plantador tan ineficaz, poco habría importado que esperásemos hasta que tú cumplieras los veintiún años.

Los dos se miraron con expresión sombría. Dos años no era un lapso muy prolongado para esperar que les entregasen el dinero; pero cuando uno se preguntaba día tras día cuánto tiempo más tendrían un techo sobre las cabezas, de pronto era un periodo muy prolongado.

Melissa preguntó con voz tenue: – ¿Crees que debería casarme con John Newcomb?

– ¿Ese asno? ¡Santo Dios, no! – explotó Zachary– . Si no quieres casarte con ese hombre, no veo por qué tienes que hacerlo... además, no lo soporto ¡es como un puñetazo en el estómago!

Melissa sonrió apenas. ¡El querido Zack! No importaba lo que ella hiciera, Zack estaba siempre de su lado. Pero a veces Melissa se preguntaba si en el fondo de su corazón él no deseaba que ella se casara. Ciertamente, pensó Melissa con desaliento, la vida sería mucho más fácil para todos.

Durante un momento dejó vagar su pensamiento, y pensó en todas las cosas que podían

realizar con el dinero del fideicomiso. El tío Josh y la tía Sally ya no la mirarían con expresión de reproche. Podía pagar a los acreedores que aún esperaban, y ella y Zachary dormirían tranquilos por la noche, pues sabrían que Willowglen estaba a salvo. Los criados tendrían comida y ropa decentes; repararían la casa y los anexos; estarían en condiciones de arreglar el maltratado interior de la casa, y los establos.

Se apartó de Zachary y miró hacia la larga ventana que estaba detrás. Desde allí apenas podía entrever los establos entre los grandes robles que salpicaban cl ancho prado que se extendía ante la casa principal y el sector dc los establos. Si terminaba el fideicomiso, podrían construir nuevos establos y picaderos, y Locura... El poderoso corcel bayo, Locura, al fin tendría el ambiente que Melissa y Zachary creían apropiado para él. Después de todo, ¿acaso Locura no era de hecho lo único que se alzaba entre ellos y la derrota total? ¿No era cierto que las impresionantes ganancias obtenidas por el joven corcel en diferentes reuniones deportivas de Virginia y Maryland, el año precedente, habían sido lo único que había evitado que Willowglen fuese vendida en pública subasta? El mes precedente, ¿no les había permitido ganar una elevada suma en Nueva Orleáns? ¿Y acaso durante las próximas semanas no viajarían de nuevo a Virginia, donde esperaban que Locura les permitiese ganar aún más dinero? ¿No era cierto que su velocidad y su fibra increíbles ya estaban provocando comentarios y despertando el interés de los mejores criadores de caballos de Estados Unidos?

Una sonrisa medio renuente, medio ácida, curvó los labios de Melissa cuando recordó ese fatídico viaje a Inglaterra que había presenciado la concepción de Locura. En la primavera de 1809, contrariando el consejo de otros que sabían más que él, Hugh había ido a Inglaterra a comprar caballos, y había llevado consigo a seis de sus mejores yeguas, para aparearías con un famoso corcel. Estaba persiguiendo sus fantasiosos sueños de rehacer la fortuna de la familia; la fortuna que él había dilapidado criando un linaje superior de caballos de carrera en Willowglen. Y por supuesto, como la mayoría de los planes de Hugh, había terminado en el fracaso.

El ambiente londinense del juego había atraído la inquieta atención de Hugh, y se había demorado demasiado en Inglaterra, y así había perdido el escaso capital que aún poseía. Cuando regresó a Luisiana, no sólo no tenía las selectas yeguas inglesas que había proyectado comprar, pero de las que había llevado a Inglaterra para aparearías, sólo restaba una, la yegua de Melissa, Polvo de luna, que felizmente se había apareado con Hambletonian, ganador del Saint Leger de 1795, nieto del reverenciado Eclipse y uno de los mejores corceles del momento.

Melissa y Zachary habían compartido el ensueño fantasioso de su padre, y habían esperado inquietos en Willowglen, ansiosos de ver los nuevos potrillos, complacidos con la idea de que alguna de sus yeguas se había apareado con uno de los pura sangre ingleses más famosos. Había sido un golpe duro descubrir que ahora todas sus esperanzas dependían del potrillo que estaba formándose en el vientre de Polvo de luna. Felizmente, casi desde el nacimiento, Locura había demostrado la velocidad y la fibra de sus famosos antepasados, y de pronto pareció que el sueño de Hugh no era tan absurdo.

Una sombra de pesar curvó el rostro expresivo de Melissa y la joven suspiró. Al oír ese suave sonido, Zachary preguntó en voz baja: – ¿Qué sucede, Lissa? ¿Por qué estás tan triste? ¿No será por esta última discusión con el tío Josh?

Melissa frunció el entrecejo y se volvió para mirar a su hermano.

– No, no se trata del tío Josh, aunque te aseguro que no me agrada discutir con él. Sólo estaba pensando en nuestro padre y deseando que viviera para ver los éxitos de Locura. ¡Lo habría reconfortado tanto saber que finalmente tenía en las manos un triunfador!

Mucho menos sentimental que su hermana, Zachary replicó sardónicamente: – Agradece que te legara esos pocos caballos y el ganado, y que no debamos soportar la ignominia de ver cómo se remata con todo el resto nuestra única esperanza real de salvar a Willowglen.

Melissa dirigió una mirada reflexiva a su hermano y preguntó: – ¿Eso te molesta?

¿Crees que Locura y los restantes animales hubieran debido pasar a tus manos, lo mismo que la tierra?

– ¿Estás loca? – preguntó incrédulo Zachary– . Si Hugh no hubiese ordenado a ese abogado que escribiese los documentos que te legaron todo el ganado, ahora no estaríamos sentados aquí. Que asegurase antes de morir que los animales fueran tu propiedad privada, fue el único modo de garantizar que no te los vendería para pagar sus deudas ¡y yo se lo agradezco profundamente!

– Zachary dirigió a su hermana una sonrisa afectuosa.– Por una vez en su vida, nuestro padre supo exactamente lo que hacia – Willowglen es mi herencia, y Locura y los restantes animales son tuyos– pues también sabía que nosotros dos siempre compartiríamos lo que la suerte nos deparase... ¡que no importaría cuál fuese!

Cuando Melissa permaneció en silencio, se disipó la sonrisa de Zachary y poniéndose bruscamente de pie cruzó la habitación para detenerse frente a ella. Aferró los hombros delgados con sus manos fuertes, sacudió un poco a Melissa y murmuró fieramente: – ¡Lissa! ¡No creerás que lamento que los malditos caballos y el ganado sean tuyos! ¿Acaso no hemos compartido siempre todo lo que teníamos? – Como si de pronto hubiese concebido una idea, él preguntó con voz ronca:– ¿Es eso? ¿No quieres continuar compartiendo conmigo tu herencia? ¿Deseas marcharte de Willowglen? – Sus labios se curvaron.– ¡Si eso deseas, lo entenderé! Dios sabe que aquí hay muy poco para ti.

Desconcertada porque él podía pensar algo así, Melissa palideció y abrazó impetuosamente a su hermano. – ¡Oh, Zack, jamás! – exclamó con vehemencia– . ¡No digas cosas como ésa! Juramos que juntos realizaríamos el sueño de Hugh, ¡y lo haremos!

Muy reconfortado por las palabras de su hermana, Zachary se tranquilizó, y apartando suavemente a Melissa, esbozó una sonrisa astuta.

– Lo haremos... si en definitiva nuestros acreedores no se salen con la suya.

Con el mentón apuntando al aire en un gesto imperioso, Melissa replicó sobriamente: – ¡No lo lograrán! Salvo unos pocos, todos han sido pagados, y de los que restan he depositado en sus cuentas lo suficiente para lograr que esperen un poco más.

– ¿Incluso en el caso del inglés? – preguntó secamente Zack.

Melissa se sonrojó y meneó lentamente la cabeza.

– ¡No! Sabes que no tenemos tanto dinero. Y podemos considerarnos felices porque no nos ha presionado. ¡Sobre todo porque el pagaré de Hugh venció hace mucho tiempo!

Además de Locura, el desastroso viaje de Hugh a Inglaterra había dejado otra herencia – un pagaré que él había firmado por deudas de juego, ¡y que representaba veinticinco mil dólares! Sus hijos no habían sabido del asunto sino varios meses después del fallecimiento de Hugh, y en vista de todos los restantes problemas que afrontaban, había sido un golpe muy duro – y Zachary lo había sentido más que Melissa.

Que Melissa mantuviese a Zachary con las ganancias que su caballo obtenía en las carreras, y que la frugalidad que demostraba en la administración de Willowglen fuese el factor que mantenía a distancia a los acreedores, era un tema sumamente sensible para Zachary. ¡Odiaba la situación! Avergonzado de sí mismo por el mero hecho de abordar el tema, se apartó de ella. Su rostro juvenil tenso a causa de la vergüenza y la frustración, Zachary dijo ásperamente: – ¡Si hubiese un modo de liquidar ese condenado fideicomiso antes de que lo pierdas todo tratando de salvar para mí esta condenada finca!

Muy consciente del orgullo lastimado de Zachary – siempre se suscitaba una furiosa discusión cuando ella invertía una mínima suma en pequeñas mejoras de la plantación– Melissa disimuló una sonrisa. Con voz serena dijo: – Bien imagino que podríamos vender todo... lo cual en realidad sería una vergüenza, en vista de que Willowglen seria un haras maravilloso. Además, creía que la deseábamos para nosotros. – Y agregó con expresión inocente:– ¿No era ése el acuerdo? ¿Que usaríamos las ganancias de Locura para sobrevivir hasta que terminase el fideicomiso? ¿Que somos socios y que compartimos nuestros pocos recursos?

Zachary sonrió de mala gana.

– ¡Oh, Lissa! ¡Tú siempre consignes que parezca tan razonable! Como si fuera posible que un día yo te pague, y realmente fuéramos a lograr que Willowglen de nuevo nos diese ganancias.

– ¿Lo dudas? – preguntó en voz baja Melissa– . ¿Hasta aquí no lo hemos conseguido?

– Sí, lo hemos conseguido – reconoció Zachary con cierta timidez– . Sucede que no me agrada pensar que estás renunciando a tu futuro por mí, o– se le ensombreció el rostro– ¡verte obligada a afrontar al tío Josh y a la tía Sally que tratan de casarte con cualquiera que vista breeches!

Con una chispa risueña en los ojos, Melissa replicó: – ¡No con cualquier cosa, Zack! El hombre con quien quieren casarme tiene que ser un terrateniente acaudalado, de buenos antecedentes y buena familia, alguien de quien ellos puedan sentirse orgullosos.

En un súbito acceso de curiosidad, Zachary preguntó: – ¿Quizás alguna vez deseaste casarte con alguien? Es decir, puedo entender que rechaces a John Newcomb, pero en la región hay otros caballeros y sé muy bien que no se opondrían a escuchar de ti una palabra de aliento.

Melissa emitió un sonido impaciente.

– Es tan difícil explicarlo... ni siquiera yo misma lo entiendo. Quizá se trata sencillamente de que nunca conocí a nadie que me provoque lo que la tía Sally siente por el tío Josh. ¡Esos dos se adoran! ¡Él lo haría todo por ella, y ella estaría dispuesta a morir por él! Deseo esa clase de amor, y no un sentimiento tibio que se esfuma en pocos meses o años, y me deja casada con un hombre que tiene una amante bien escondida en la ciudad, ¡mientras yo me satisfago dando a luz un hijo por año, e intercambiando recetas con la tía Sally! – Súbitamente avergonzada ante la intensidad de sus propias palabras, Melissa se sonrojó un poco y murmuró:– Sé que todo esto te parece bastante tonto, ¡pero lo preguntaste!

Zachary le rodeó afectuosamente los hombros con el brazo, y le sonrió.

– Bien, ¡confío en que cuando finalmente sucumbas, tengas el buen criterio de enamorarte de alguien que nos beneficie! ¡Un hombre adinerado, en verdad seria muy agradable! – Al ver la chispa combativa que aparecía en los ojos de Melissa y la expresión ofendida que se dibujó en su rostro, la sonrisa de Zachary se ensanchó.– ¡Bien! ¡Borra de tu cara esa expresión de desdicha! Vamos, querida hermana, tenemos que trabajar, y no olvides que tenemos que pensar el modo de evitar que tu tropilla de pretendientes rechazados invadan la casa... pues estoy seguro de que todos coincidirán en que eres realmente atractiva.

Más reanimada por las bromas de Zachary, Melissa salió con él de la habitación, con una sonrisa en su cara. Pero después, mientras cepillaba y alisaba el magnífico pelaje de Locura, los episodios de la mañana volvieron a inquietarla.

La cabeza apoyada en el robusto cuello de Locura, los dedos jugando distraídamente con la abundante crin negra, Melissa preguntó en voz alta: – ¿Soy una tonta? ¿Es absurdo anhelar un amor sincero y perdurable?

Pareció que Locura adivinaba que ella se sentía inquieta, y ahora relinchó suavemente, y movió la cabeza elegante para rozar el hombro de la joven. Melissa sonrió al ver esto, y durante un momento se desvanecieron sus pensamientos inquietos.

La joven se apartó un paso del corcel, y admiró el cuerpo alto y vigoroso. Era un hermoso animal, desde la cabeza bien formada e inteligente a las patas largas, casi delicadas. Era un bayo, relucía como caoba lustrada, y las patas, la crin y la cola negras contrastaban agradablemente con el matiz rojizo del cuerpo. Como si adivinase el sentimiento de aprobación de Melissa, Locura arqueó el cuello, y casi alardeó frente a su ama.

Melissa se echó a reír.

– ¡Exhibicionista! – lo reprendió gentilmente, y como si coincidiera con ella, Locura movió animoso la cabeza.

Había un fuerte vínculo entre Melissa y el corcel. Había presenciado el nacimiento del animal, y había visto los primeros y torpes intentos de incorporarse, y ella había comenzado a

entrenarlo, enseñándole a avanzar y detenerse, y obedecer órdenes sencillas. Aceptaba ansiosamente la más mínima orden de Melissa, pero con otros, aunque obedecía al instante – estaba demasiado bien educado para hacer otra cosa– no exhibía el mismo deseo absoluto de complacer que demostraba con Melissa. Ella retribuía esa devoción, y a veces se preguntaba si no amaba a su caballo más que a algunos seres humanos. En todo caso, le parecía mucho más atractivo que los pretendientes que la asediaban.

Mientras palmeaba suavemente a Locura, frunció el entrecejo. ¡En ocasiones temía no ser normal! ¿Por qué prefería la compañía de un caballo a la de un hombre? ¿Por qué apenas había sentido una mínima emoción cuando John Newcomb y otros jóvenes de la región le manifestaban apasionadamente su amor eterno? ¿Por qué su corazón no había latido más agitado al ver a determinado hombre? ¿Y su pulso nunca se había acelerado al sentir el contacto de la mano de un hombre sobre el brazo?

Apoyando otra vez la cabeza en el pescuezo tibio de Locura, arrugó el entrecejo al pensar en los jóvenes que habían intentado cortejarla. Sus sentimientos principales habían sido la irritación y la impaciencia con esos hombres, y al recordar las conversaciones con sus primas casadas, que explicaban las emociones del galanteo, y las miradas soñadoras mientras ellas hablaban de los abrazos furtivos y las expresiones de airosa felicidad cuando regresaban de la luna de miel, Melissa suspiró. ¿Experimentaría jamás esos sentimientos? ¿Miraría alguna vez a un hombre con un sentimiento más intenso que la mera simpatía?

A veces, lo dudaba. Reconocía que no se trataba de que no deseara sentir lo que al parecer sentían sus primas; sucedía sencillamente que aún no había conocido un caballero que despertase en ella sentimientos un poco más intensos. Había simpatizado sinceramente con John Newcomb; incluso su cortés galanteo le había parecido agradable. Y si bien la había complacido que las manos del joven pareciesen demorarse en las de la propia Melissa más de lo que era necesario cuando la ayudaba a descender del caballo o el carruaje, nunca había visto motivos para alentar una intimidad más allá de lo que era propio. Con ninguno de sus pretendientes había sentido el ardiente deseo de escapar de las miradas de los mayores para compartir los besos apasionados que según afirmaban sus primas eran el signo del verdadero amor.

Quizá, murmuró inquieta, si Willowglen hubiese estado a salvo... Si no hubiese tanto que hacer antes de que ella pudiera orientar sus pensamientos hacia actividades más frívolas... Pero, ¿realmente deseaba un marido? ¿Deseaba que un hombre la controlase, que su vida y su cuerpo ya no le pertenecieran?

Hugh le había concedido una medida desproporcionada de libertad, e incluso si su hermano hubiese tenido más edad, jamás habría pensado en la posibilidad de limitar las actividades de Melissa, de decirle lo que debía hacer, de obligarla satisfacer sus deseos. Pero un esposo... Tragó saliva con esfuerzo. Un esposo tenía derechos. No sólo hacia su persona, sino también a todas sus posesiones. Cuando se casara, la libertad de la que ahora gozaba, desaparecería – ya no determinaría su propia vida, pertenecería a ese hombre. Reconocía de mala gana que no era una idea desagradable la de pertenecer a alguien... ¡siempre que esa persona también le perteneciera a ella!

Sonrió débilmente. ¿Encontraría por fin a alguien a quien pudiese amar así? ¿Alguien que la amase absolutamente? ¿Alguien a quien ella perteneciera y que le perteneciese? ¿Un hombre que provocase en ella un anhelo de perderse en él? ¿Un hombre que la despertase a la pasión y al deseo?

Bien, se dijo finalmente con gesto sombrío, aún no lo conocía, y hasta que lo encontrase, no se casaría. Por cierto, no permitiría que el tío Josh y la tía Sally la obligasen a contraer matrimonio con un hombre a quien ella no amaba, ¡y sólo porque de ese modo recuperarían la parte del fideicomiso que pertenecía a Sally! ¿Y si jamás encontraba a un hombre con quien deseara casarse? ¿Seria tan grave? Melissa tendía a pensar que no... ¡era feliz con la vida que ahora llevaba! Con respecto al amor, comenzaba a pensar que era un sentimiento sobrevalorado en exceso. ¡Y un matrimonio sin amor sería el purgatorio en la

tierra!

Librodot

2

Dominic Slade, que estaba visitando a su hermano Morgan en el elegante Château Saint– André, a varios kilómetros al sur de Nueva Orleáns, habría coincidido totalmente con el juicio de Melissa acerca del amor. Y "sobrevalorado" habría sido de lejos la palabra más amable que habría dicho acerca del asunto. Con respecto al matrimonio... ¡ah! Era una trampa en la cual él no caería – por atractiva que fuese la carnada.

No se trataba de que Dominic se opusiese al matrimonio; ¡sólo se oponía violentamente a su propio matrimonio! Y a los treinta y dos años, era muy hábil para identificar cierto brillo en los ojos de las madres casamenteras y sus ansiosas hijas. Pero no sólo las madres casamenteras habían tratado de atraer la atención de Dominic Slade, un hombre fascinante y, según afirmaban algunos, demasiado apuesto para lo que a él mismo le convenía. En su propia familia, por lo menos el sector femenino, a veces se le había acercado con esa expresión en la cara que lo ponía inmediatamente en guardia respecto de la joven que le presentaban.

Que Morgan, su muy admirado hermano mayor, ensayase un truco así, era una traición del tipo más depravado. Y apenas las personas que habían cenado esa noche en el Château Saint– André salieron de la residencia y Dominic pudo estar unos momentos a Solas con Morgan, le formuló sin vacilar sus sospechas.

Los fríos ojos grises cargados de burla, la boca ancha curvada en una sonrisa irónica, Dominic rezongó: – ¿Casamentero, Morgan? ¿O equivoqué tu actitud con la señorita Leigh esta noche, cuando me apremiaste para que le volviese las páginas de la partitura musical?

Los dos hombres estaban en el cómodo despacho de Morgan, instalado en una de las dos alas nuevas agregadas a la casa después del matrimonio de Morgan con Leonie Saint– André, unos nueve años antes, y cuando habló Dominic, Morgan estaba sirviendo dos copitas de brandy. Una sonrisa astuta se dibujó en la cara morena de Morgan, y después de dirigir a su hermano una sonrisa levemente culpable, murmuró: ¡Y yo creía ser tan astuto! – Pasó una copita a Dominic y agregó como de pasada:– Dije a Leonie que descubrirías instantáneamente cuál era mi propósito, pero ella estaba segura de que jamás sospecharías que yo estaba promoviendo esa unión.

Dominic recibió el brandy y dijo con gesto resignado: – ¡Tenía que haber sabido que su delicada mano estaba en esto! Que ella sea tan absurdamente feliz en su casamiento contigo no es motivo para suponer que todos ansían el matrimonio.– Con más fuerza que la necesaria, rezongó:– Si quiero esposa, ¡soy perfectamente capaz de encontrarla por mí mismo!

– Sin duda – replicó afablemente Morgan y con un destello de humor en los ojos azules continuó diciendo– . Pero aún no la hallaste, ¿verdad?

– ¡Dios mío! – explotó Dominic, medio regocijado y medio irritado– . ¡No puedo creer en lo que oigo! ¿No me dirás que te pasaste al enemigo? ¡De modo que ya no podré sentirme seguro en tu casa!

Morgan se echó a reír.

– No empieces a preparar ahora mismo tu equipaje. Prometí a Leonie que haría todo lo posible para lograr que comprendieses el error de tu actitud, pero no tengo intención de arrojarte a los lobos. Y debes interpretar como un cumplido el interés de Leonie... la inquietan las... bien, las mujeres en tu vida. Cree que es hora de que dejes de mariposear y sientes cabeza. Me ha informado con voz muy solemne que una esposa es lo único que puede darte verdadera felicidad.

– No había advertido – replicó secamente Dominic– que era desgraciado. – Y abriendo los brazos en un gesto despectivo, preguntó burlonamente:– ¿Te parezco desgraciado?

No, pensó Morgan muy divertido, su hermano no parecía en absoluto desgraciado. Las piernas musculosas de Dominic, protegidas por un ajustado par de breeches de tela negra, se extendían cómodamente hacia adelante, y los anchos hombros, cubiertos por una chaqueta elegantísima de casimir azul oscuro, descansaban apoyados con negligencia sobre el cuero suave del sillón; la cara sobre el fino encaje de su camisa revelaba a lo sumo un vivaz buen humor. En realidad, Dominic parecía muy complacido con su propia vida allí, apoltronado en

el ancho sillón, gozando visiblemente el aroma de su brandy mientras movía suavemente la copita bajo la nariz.

Para Morgan era difícil ver a Dominic por los ojos de una mujer; pero incluso él, descontando cierto grado de orgullo fraterno, debía llegar a la conclusión de que Dominic se había convertido en un joven muy apuesto. Y cuando uno agregaba a esa cara bien formada un cuerpo alto, de miembros largos, un encanto despreocupado a la personalidad que en sí misma era seductora, y una fortuna de proporciones indecentes, en realidad no era sorprendente que Dominic atrajese mucho a las damas. Ni que pusiese a las mujeres de su propia familia al borde de la locura cuando no demostraba el más mínimo deseo de interrumpir su soltería.

La familia Slade era rica, y sus diferentes propiedades se extendían desde Bonheur, cerca de Natchez, Mississippi, descendiendo por el río hasta más allá de Nueva Orleáns, la región en que Morgan vivía, en la plantación donde había nacido su esposa. Era también una familia numerosa. Además de Morgan y de Leonie, estaba Robert, un hermano de cuarenta años, dos años menor que Morgan; un hermano mayor que vivía en Tennessee, y los hermanos menores, es decir los mellizos Alexandre y Cassandre, de veinticinco años. Todos se profesaban mucho afecto, y con excepción de Dominic y Alexandre el resto estaba casado. Como su familia consideraba un jovencito a Alexandre, el hecho de que no se hubiese casado, al parecer no provocaba el mismo apasionamiento que la soltería de Dominic.

Morgan podía comprender perfectamente la aversión de Dominic al matrimonio – ¿acaso él no había sentido lo mismo hasta el momento en que Leonie apareció en su vida? Aunque había tenido razones para mirar con prevención la idea del matrimonio; su primera esposa lo había abandonado por otro hombre, llevándose consigo al hijo de ambos; y después, los tres habían sido asesinados por bandidos en la Huella de Natchez. Morgan había necesitado mucho tiempo para reaccionar después de sufrir este golpe, y únicamente cuando Leonie entró en su vida, llegó a entender que no todas las mujeres eran mentirosas y tramposas.

Pero Dominic no había sufrido experiencias amargas que lo indujesen a mostrarse tan prejuicioso en contra de las mujeres... Mientras contemplaba la cara oscura y delgada de su hermano,

Morgan admitió de mala gana que Dominic no se oponía a las mujeres... ¡se oponía al matrimonio!

Dominic ciertamente gustaba de las mujeres. Una sonrisa se curvó en la boca bien formada de Morgan. Leonie había agregado ásperamente: "¡A las mujeres equivocadas!" Y Morgan imaginaba que desde el punto de vista de una mujer respetable, las diferentes mariposas y palomas de plumaje manchado que de buena gana se habían puesto bajo la protección de Dominic durante los últimos años, pertenecían indudablemente al tipo equivocado de mujer.

Interrumpiendo las cavilaciones de Morgan, Dominic dijo de pronto: – Te diré de qué se trata... Leonie quiere asegurarse de que me case ¡sólo con la mujer que le inspire simpatía y a la que ella aprueba! ¡Mira cómo maniobró a Robert para casarlo con Yvette!

Aunque no negó la pretensión de Leonie a representar el papel de casamentera, Morgan dijo con sospechosa humildad: – Bien, sí, pero debes reconocer que Robert necesitaba muy poco... de sus maniobras. Se enamoró de Yvette prácticamente a primera vista, y sólo el carácter esquivo de Yvette impidió durante mucho tiempo que se unieran.

Al recordar esos tiempos, y cómo Robert había sufrido a causa de Yvette, la amiga de Leonie, Dominic tuvo que aceptar, aunque de mala gana, el juicio de Morgan. En efecto, Robert había amado a Yvette desde el comienzo mismo, a pesar de la situación desagradable en que ellos se habían encontrado durante ese verano de 1805. Demonios, se dijo el propio Dominic, él también se había enamorado un poco de la inquietante y bella Yvette; y al recordar otros episodios de aquel momento, sonrió. Morgan ciertamente no era tan adicto como ahora a la condición matrimonial, y había negado furiosamente que jamás hubiese

puesto los ojos en Leonie Saint– André cuando ella apareció de pronto en Natchez y afirmó vehemente que Morgan la había desposado seis años antes en Nueva Orleáns, y que ¡su hijo Justin era hijo de Morgan!

Dominic con los ojos grises desbordantes de burlona alegría: – Recuerdo una época en que no te mostrabas tan aficionado al matrimonio...

Morgan retribuyó la sonrisa, y la semejanza entre los dos hermanos se acentuó mucho. Los hermanos Slade exhibían un notable parecido entre ellos; todos tenían los mismos cabellos negros abundantes, las cejas muy marcadas, los ojos muy hundidos y el mentón muy firme y enérgico. Eran rasgos heredados de su padre. El color oscuro provenía de Noelle, su vivaz madre criolla, y también de ella habían heredado el temperamento vivo y el orgullo de familia.

Morgan murmuró: – Bien, sí, pero ahora estamos hablando de tu matrimonio.

– ¡Santo Dios! ¿Es necesario? – Dominic emitió un gemido dramático.– ¿Por qué – preguntó irritado todos parecen decididos a casarme?

– No sé si están tan decididos o si se trata más bien de que creen que tu soltería significa malgastar la posibilidad de obtener una buena esposa – replicó sarcásticamente Morgan. Pero en tono más serio agregó:– Sin embargo, me pregunto por qué no te casas, aunque más no sea para tener herederos.

– ¡En efecto, te pasaste al enemigo! – exclamó Dominic con fingida cólera.

Conteniendo una sonrisa provocada por la reacción de Dominic, Morgan meneó la cabeza y se apresuró a decir: – No, no me he pasado, y juro que no abordaré de nuevo este doloroso tema. Leonie tendrá que sentirse satisfecha cuando le diga que has decidido continuar siendo un solterón solitario.

– ¡Solitario! – replicó irónicamente Dominic– . ¿Con ese montón de mocosos que tú y Leonie parecen decididos a volcar sobre un mundo inocente? ¿Y qué me dices de Robert e Yvette? ¿Cuántos tienen ahora? ¿Cinco? ¿Seis? ¿Y el resto? Tengo una legión de sobrinos y sobrinas – estoy seguro de que cuando llegue el momento podré designar heredero por lo menos a uno de los mocosos. – Sonriendo, continuó audazmente.– Puedes decir a Leonie que si bien tengo la firme intención de convertirme en un anciano repulsivamente obeso rodeado por una bandada de hermosas y adorables damas, haré lo que es apropiado, y dejaré a uno de sus hijos todas mis pertenencias terrenales. Y ahora – preguntó Dominic en actitud de fingida queja– , ¿podemos al fin prescindir del tema? Ya me fatiga bastante.

Morgan no deseaba insistir demasiado, y no tuvo inconveniente en orientar hacia otros temas la conversación; de modo que los dos hermanos dedicaron una agradable hora a charlar tranquilamente acerca de las cosas que les interesaban – el magnífico oso que Dominic había cazado una semana antes; el exquisito par de pistolas de duelo francesas que Morgan había adquirido la víspera; y por supuesto, los temas más actuales relacionados con las cosechas y los caballos.

– Dom, ¿piensas seriamente fundar tu propio haras? – preguntó Morgan cuando la conversación abordó la actividad que aún era una de las principales de Dominic.

– Hmmm... sí, creo que eso haré – replicó Dominic, mientras depositaba la copita vacía sobre una pequeña mesa próxima. Dirigió a Morgan una sonrisa levemente cínica, y continuó diciendo: Mira, en efecto estuve pensando en mi futuro, y coincido en parte con Leonie cuando dice que es hora de que siente cabeza. Y para llegar a eso, necesito tener algo que me entretenga. Los caballos siempre me parecieron una actividad interesante, y reconocerás que soy bastante eficaz cuando se trata de elegir ejemplares de primera clase. – Un gesto de irritación modificó sus rasgos atractivos.– Si no fuese por esta condenada guerra del señor Madison, regresaría a Inglaterra y buscaría un corcel realmente bueno y prestigioso para traerlo aquí, pero según están las cosas...

Para muchos norteamericanos la guerra parecía una experiencia muy lejana, y en efecto así era – se la libraba principalmente a lo largo de la frontera entre Estados Unidos y Canadá, y en altamar; en general, influía poco sobre la vida de la mayoría. Sólo cuando algún aspecto

Librodot

ingrato de las hostilidades interfería en la vida cotidiana, la gente recordaba la guerra, ¡y en ese caso se manifestaba más cólera contra el presidente James Madison y el Congreso que contra los británicos!

Con gravedad mucho mayor que la que había demostrado en el curso de la velada, Dominic preguntó bruscamente: – ¿Crees que resultará algo de la propuesta británica de celebrar negociaciones directas?

Morgan se encogió de hombros.

– Madison aceptó la propuesta, de modo que es posible, pero no creo que suceda gran cosa antes del año próximo. Sería sensato llegar pronto a un acuerdo. Después de la derrota de Napoleón el año pasado en Leipzig, es sólo cuestión de tiempo antes de que Wellington y los restantes aliados británicos aniquilen completamente a los franceses, ¡y si llegamos a eso nos veremos en dificultades! Una vez terminada la guerra en Europa, Inglaterra podrá concentrar contra nosotros todo su poder, y no me agradaría aceptar apuestas acerca del resultado.

Dominic asintió sobriamente. La guerra entre Estados Unidos y Gran Bretaña era sobremanera desagradable para él; tenía amigos en ambos bandos de las fuerzas antagónicas, y le desagradaba mucho la idea de tener que elegir.

No habla dudas acerca del lado al que apoyaría si llegara a ser necesario. Había estado en Inglaterra cuando llegó a Londres, en el verano de 1812, la noticia de la declaración de guerra norteamericana, y no había vacilado un momento a la hora de buscar un barco y viajar a su patria. La familia Slade tenía fuertes vínculos con Inglaterra – el barón de Trevelyan era el hermano mayor del padre de los hermanos Slade, y los más jóvenes en diferentes ocasiones habían pasado un tiempo con su tío. Dominic era el que había permanecido más tiempo en Inglaterra; Londres y sus alrededores habían sido su lugar de residencia durante casi tres años, y sólo el comienzo de la guerra había terminado su grata estancia en esa ciudad.

Dominic no se había sentido desafortunado a causa de la necesidad de partir. Antes de que llegase la noticia de la guerra, durante cierto tiempo había tenido conciencia de cierta extraña inquietud, y había comenzado a hastiarse de la constante sucesión de bailes y diversiones, de los juegos en Boodles y Brooks, de las sesiones dedicadas a la bebida que duraban hasta el alba, y en general de una vida en que no le preocupaba nada más importante que el corte de su chaqueta, la vivacidad de su caballo o los encantos que se le prodigaban en brazos de la amante más reciente. Todo había sido muy agradable, y el peligro de la excitación de un duelo, episodios que habían sobrevenido más de una vez a causa de su orgullo y su temperamento levantisco, a lo sumo habían agregado un poco de sabor a la regularidad de sus jornadas.

La ociosidad no cuadraba con el carácter de Dominic, en él se manifestaba siempre una incansable vitalidad, pero como era uno de los hijos más jóvenes de una gran familia, no necesitaba afrontar la responsabilidad cotidiana de la administración de la gran plantación, denominada Bonheur.

Ni siquiera la necesidad de instalarse por propia cuenta había sido esencial. Cuando Dominic tenía veintiún años, Matthew hizo lo mismo que con sus dos hijos mayores: le entregó un buen capital y varios centenares de hectáreas de tierra de primera clase en el área que había sido Florida occidental y que ahora era la parroquia de Feliciana occidental de la alta Luisiana. Dominic había invertido sensatamente el dinero, y al parecer poseía el don de prosperar sin mayor esfuerzo – sus cosechas eran abundantes, el ganado vacuno y los caballos se reproducían considerablemente, y sus hábiles inversiones le aportaban una ganancia impresionante. Durante los diez años, poco más o menos, desde que Matthew le había suministrado los elementos iniciales, Dominic había triplicado holgadamente su capital inicial.

El destino había sido muy propicio para Dominic Slade. Le había dado un cuerpo alto y esbelto, una cara notablemente apuesta y un encanto burlón. Y si se sumaban todos estos atributos a su linaje y su fortuna, no era sorprendente que hubiera pocas cosas que Dominic deseara y que se le negasen. Era el preferido

de sus padres, el placer y la desesperación de sus hermanas y cuñadas, y un camarada cordial y bienvenido para sus hermanos y amigos. No podía decirse que fuese un joven malcriado, pero poseía una arrogancia que no era antinatural, y ciertamente estaba acostumbrado a salirse con la suya y a exigir que las cosas salieran exactamente como él lo deseaba.

Después de su regreso de Inglaterra, casi dos años antes, su vida había continuado exactamente como él había supuesto que sería el caso: La familia y los amigos se habían mostrado muy felices de verlo, su administrador le había mostrado el constante aumento de sus inversiones y el capataz le presentó los libros de cuentas de la plantación, los cuales revelaban que la tierra había suministrado una abundante sucesión de cosechas en el curso de los años. Durante un tiempo Dominic se había sentido satisfecho; era muy agradable volver a casa, al seno de su familia, y renovar antiguas relaciones, pero últimamente...

Últimamente, Dominic de nuevo tenía conciencia de cierto vacío en su vida. De que le faltaba algo... Advertía un extraño desasosiego en sí mismo, una creciente insatisfacción con su vida demasiado cómoda. En su cara se dibujó una expresión cínica. Estaba seguro de que Leonie atribuía todo eso a su soltería, pero si había algo que Dominic sabía que él no necesitaba ni deseaba, era una esposa. Finalmente había llegado a la conclusión de que todo respondía al hecho de que su vida carecía de propósito, de que no tenía un interés fundamental y absorbente, y de que para cambiar eso había llegado a la conclusión de que era necesario realizar el plan de criar caballos – no sencillamente caballos, sino ¡los mejores ejemplares!

Se puso de pie, se sirvió otro brandy y después de llenar la copa de Morgan, volvió a sentarse y dijo: – Bien, por mi parte no deseo preocuparme por esta maldita guerra hasta que venga a llamar a mi puerta. Y ahora, háblame de ese corcel bayo, que según dijiste impresionó tanto a Jason.

Antes de que Morgan pudiese contestar, se abrió la puerta tallada del estudio, y Leonie entró en la habitación, y sus faldas de seda verde se frotaban rumorosamente alrededor de los tobillos.

– Mon amour – murmuró seductoramente– ¿piensas pasar la noche entera encerrado aquí?

La cara de Morgan se suavizó, como le sucedía siempre que Leonie estaba cerca, y depositando la copa sobre una mesa, se puso de pie y dijo con voz animosa: – ¡De ningún modo! – con un resplandor en los ojos azules oscuros, agregó con voz grave– : Sobre todo si reclamas mi atención.

– ¡Morgan! – exclamó Leonie con una risita, los ojos verde marino encendidos con un resplandor parecido. Con fingido recato, agregó:– ¿Qué pensará de nosotros tu hermanito?

A los treinta y un años, Leonie, había cambiado poco en el curso del tiempo. Los cabellos cobrizos, que formaban ahora un elegante rodete en la base del cuello, eran tan luminosos como cuando Morgan le habla visto la primera vez; la chispa perversa en esos ojos almendrados aún era muy evidente, y sólo las curvas más llenas revelaban el paso del tiempo. Era una mujer de cuerpo menudo y huesos finos, pero después de cuatro hijos y casi diez años de matrimonio con Morgan su forma esbelta poseía una gozosa abundancia que no existía cuando ella y Morgan se habían enamorado por primera vez.

Que continuaban amándose profundamente era evidente por las miradas que se dirigían y el tierno contentamiento que parecía envolverlos. No cabía duda de que, después de un principio tempestuoso, Morgan y Leonie habían hallado una felicidad profunda y duradera.

Con una sonrisa, Dominic se puso de pie y dijo: – En verdad, creo que es hora de que me retire y... los deje entregados a sus diversiones.

Leonie le dirigió una mirada un tanto irritada.

– Mon ami, creo que estoy enojada contigo. ¿Invitaste a mademoiselle Leigh a cabalgar contigo mañana por la mañana?

Dominic rodeó la cintura de Leonie con su brazo, en un gesto fraterno, y le besó suavemente los cabellos.

– Querida, sé que te preocupa mi verdadera felicidad, pero realmente no deseo ahondar mi relación con mademoiselle Leigh.

– ¡Pero Dominic! – exclamó Leonie– . Ella es tan bella. Y es bondadosa y amable. Y su padre es muy rico. – Frunció levemente el entrecejo y ahora preguntó:– ¿No te agrada en absoluto?

Con los ojos grises brillantes de burla, Dominic murmuró: – ¡Oh, ciertamente me agradó! Pero mira, no creo que ella aceptaría la oferta que yo puedo formularle.

– Creo que te equivocas – comenzó a decir Leonie con expresión grave, pero se interrumpió bruscamente cuando vio el regocijo en los ojos de Dominic. – ¡Ah, bah! – dijo– . ¡Quieres decir que estás dispuesto a ofrecerle sólo tu protección, no tu mano!

– Precisamente, querida – replicó Dominic con irritante cordialidad.

Leonie ignoró la risa contenida de Morgan. Entrecerró los Ojos, y con las manos en las caderas murmuró: – Deseo sinceramente que un día, Dominic, te enamores de una joven que te enloquezca y te obligue a perseguiría. Ojalá que desprecie tus propuestas y destroce, por lo menos por poco tiempo, tu irritante superioridad. – Apuntándole con el dedo, en su voz una mezcla de regocijo y sinceridad, concluyó:– Recuerda lo que te digo, mon ami, un día sucederá. Sólo tienes que esperar un poco.

Riendo, Dominic la apartó.

– Leonie, ¿de modo que me maldices? ¡Piensa qué mal te sentirás cuando yo tenga el corazón destrozado!

– Te hará bien – dijo Leonie con voz muy dulce.

Mirando a su hermano, Dominic se quejó.

– Morgan, no la castigas con bastante frecuencia. ¿Nadie te dijo nunca que una mujer necesita mano firme...? ¡Sobre todo una mujer con la lengua tan afilada!

Morgan sonrió, y apretando contra su propio cuerpo a la indignada Leonie, observó: – Tengo mis propios métodos para controlarla, y si no deseas sentirte avergonzado, sugiero que te marches, porque mi intención es besar apasionadamente a mi esposa.

Dominic miró a los dos, y en ese momento Leonie tenía la cabeza inclinada sobre el ancho hombro de Morgan, y el más joven de los hermanos sonrió.

– ¡Qué vergüenza! ¡Y ambos son una respetable pareja casa– da!

Con una sonrisa todavía en los labios, salió de la habitación, cerrando con cuidado la puerta tras de sí. Mientras atravesaba el ancho corredor que llevaba a la parte principal de la casa, de pronto tuvo conciencia de un extraño sentimiento de envidia. Debía de ser maravilloso compartir el tipo de amor que existía entre Leonie y Morgan. Pero reaccionó. ¡Santo Dios! ¿En qué estaba pensando?

La mañana siguiente, ese fugaz momento de envidia – si de eso se había tratado– había desaparecido, y Dominic se dirigió a la galería que corría sobre el frente de la casa. A pesar de la hora temprana, Morgan ya estaba allí, al parecer demorándose con una última taza de café antes de comenzar su activa jornada como plantador.

La galería estaba sostenida por postes blancos, y la familia pasaba allí mucho tiempo. Había una redonda mesa de hierro negro y varios sillones con almohadones de alegres fundas. Desde ese lugar, apenas podía verse sobre las copas de los árboles el ancho y rumoroso río Mississippi, pero los fértiles prados de color esmeralda con los robles cubiertos de musgo y las magnolias de flores blancas formaban un paisaje encantador.

Después de intercambiar saludos, Dominic se sirvió una taza de café del gran recipiente de plata instalado en el centro de la mesa. Sobre una fuente encontró bollos todavía calientes, y mientras se servía uno, Dominic comentó con cierto brillo en los ojos: – ¿Le enseñaste anoche a Leonie la lección que tanto necesita?

– Eso – replicó secamente Morgan– no es asunto que te concierna.

Dominic sonrió, en absoluto intimidado por la respuesta de Morgan; era precisamente lo que él había esperado que su hermano diría. Durante varios instantes hubo un silencio cordial entre los dos hombres, mientras Dominic comía su bollo y bebía su café, pero después de

depositar sobre la mesa la taza vacía, Dominic dijo de pronto: – A propósito de ese bayo que mencionamos anoche... ¿Cuál fue exactamente la opinión de Jason?

– Sencillamente, que el caballo es uno de los animales más hermosos y rápidos que él vio jamás.

– Dominic silbó por lo bajo.

– Seguramente es un ejemplar notable si Jason formula un elogio tan entusiasta.

– Así es – contestó Morgan– . El animal venció sin esfuerzo a uno de los potrillos jóvenes más promisorios de Jason. – Una sonrisa reflexiva se dibujó en sus labios.– ¡Y no le agradó! ¡A Jason Savage no le agrada perder!

Ambos Slade conocían bien al hombre de quien hablaban. Adam Sr. Clair, cuñado de Jason, era un íntimo amigo de Dominic que residía en Natchez, y Jason había sido amigo de Morgan desde que ambos se habían conocido cuando concurrían a Harrow, en Inglaterra. Dominic había crecido viendo con cierta frecuencia a Jason, e imaginaba bien el desagrado que éste había sentido al perder. ¡Y Dominic sospechaba que eso sucedía muy rara vez

Con una expresión de profundo interés en su cara delgada, Dominic preguntó: – ¿Sabes algo más acerca del caballo? Por ejemplo, a quién pertenece, y dónde puedo encontrarlo?

Morgan dirigió una mirada reflexiva a Dominic.

– ¿Estás pensando en la posibilidad de comprarlo?

Dominic se encogió de hombros.

– Puede ser... si la descripción no es exagerada.

– Créeme, no lo es – replicó Morgan– . Presencié la carrera, y vi el animal. Si contemplas seriamente la posibilidad de criar caballos, sería sin duda un excelente padrillo para tus establos.

– Lo cual me lleva al motivo de esta visita... además del deseo de verte y ver a Leonie y a los mocosos – dijo Dominic con expresión desenvuelta: pero en sus ojos grises había un poco de incertidumbre. Ante la mirada interrogadora de Morgan, dijo con cierta prisa: – ¿Estarías dispuesto a venderme la casa de Mil Robles, y quizá parte del terreno circundante? Te daría un buen precio por todo eso.

Morgan endureció el cuerpo, y una expresión hosca se dibujó en sus rasgos bien formados. Mil Robles era la plantación que su padre le había dado cuando él se había casado con su primera esposa, Stephanie. Estaba a medio camino entre Natchez y Baton Rouge, era una región agreste, de fértiles tierras vírgenes que se extendía a lo largo del río Mississippi. Morgan había pensado que un día Mil Robles sería un lugar tan elegante y amable como Bonheur. Teniendo en vista esa meta, había consagrado largos y trabajosos meses a supervisar la construcción de la casa y los anexos, a desmontar la tierra para cultivar algodón, pensando en el día en que su esposa y su pequeño hijo vendrían a vivir en ese hogar... – Y mientras él estaba muy atareado en Mil Robles, su amada esposa estaba atareada enamorándose de otro hombre.

Los recuerdos que Morgan conservaba de Mil Robles eran ingratos, y durante los largos años que habían pasado después de la muerte de Stephanie y su primogénito Phillipe, Morgan nunca había vuelto al lugar. Había instalado a una competente ama de llaves y al marido, y dejado allí unos pocos peones con el único propósito de mantener los terrenos desmontados con tanto esfuerzo. Nunca había pensado en esa propiedad, y su familia siempre había evitado con especial cuidado todo lo que implicase una alusión... hasta ahora.

Miró a Dominic, y al advertir la inquietud y la ansiedad en los ojos de su hermano, emitió un suspiro.

– No te inquietes... ¡no sufriré un ataque sólo porque hayas mencionado a Mil Robles! – Sonrió torcidamente.– Pero no te la venderé, puedes usar ese maldito lugar, ¡y con mis bendiciones!

– Ah, no – contestó Dominic con voz firme– . Me lo venderás, y por un precio que no ofenda mi orgullo.

Continuaban regateando amistosamente el precio cuando el "montón de mocosos" como

los llamaba afectuosamente Dominic, irrumpió súbitamente en la galería, seguidos de cerca por la risueña Leonie.

El mayor de los hijos de Morgan era Justin, que exhibía un notable parecido con su padre, aunque los ojos verde mar heredados de su madre eran distintos de los ojos azul zafiro de Morgan. Ocupó el sillón que estaba al lado de Dominic e inmediatamente inició una conversación acerca de la pantera que había visto la noche anterior cerca de uno de los bayour que cruzaban las tierras del Château Saint– André.

Suzette, de ocho años, obviamente también era hija de Morgan, y tenía los mismos ojos azules luminosos y vivaces, y los cabe– líos negros rizados. Pero había algo... algo en la forma de la nariz y la boca que a juicio de Dominic recordaban a Leonie. Suzette también era tímida, muy tímida, y aunque era evidente que deseaba mucho acercarse a Dominic como había hecho Justin, se mantenía detrás, cerca de su madre, su mirada fascinada fija en el rostro oscuro de Dominic.

Christine, de cinco años, con sus rizos muy rubios y los alegres ojos verde mar, no tenía tales escrúpulos, y con un grito de placer se instaló en las rodillas del tío Dominic. Tampoco Marcus, de cuatro años, se sentía en absoluto impresionado por su pariente favorito. Sus piernecillas regordetas se movían con toda la velocidad que él podía imprimirles, y ahora imitó los saltos de Christine y se abalanzó sobre Dominic, los cabellos oscuros aun desgreñados porque acababa de levantarse, y los ojos azules bailoteando de regocijo.

Era muy evidente que pese a todos sus comentarios acerca del "montón de mocosos", Dominic amaba mucho a sus sobrinos y sobrinas, y que estos le devolvían con creces este afecto. Con un gesto diestro Dominic impidió que Marcus jugase con los pliegues de su corbata inmaculadamente blanca; convenció a Christine de que ella no deseaba tirarle así de los faldones de la chaqueta; continuó su conversación con Justin e incluso tuvo tiempo de enviar un guiño amable a Suzette.

Al ver su actitud desenvuelta y afectuosa con los niños, Leonie suspiró. ¡Sería un padre tan maravilloso! Comenzó a decir algo, pero advirtió que Morgan tenía los ojos fijos en ella, y también tomó nota del movimiento casi imperceptible de la cabeza de su esposo, de modo que apretó fuertemente los labios. ¡Bah! – pensó con un sentimiento de rebeldía: ¿Qué sabía Morgan? Dominic estaba malgastando su vida en juegos y mujeres, y si ella no le hubiese profesado tanto afecto esa vida no la habría molestado en absoluto. Pero podía ser un esposo excepcional para una mujer... ¡sólo era necesario que renunciase a sus costumbres disipadas!

No se habló más de las costumbres disipadas de Dominic o de la posibilidad de que contrajese matrimonio por el resto de su visita al Château Saint– André. Pasó un mes agradable con Morgan y la familia y antes de partir, él y Morgan llegaron finalmente, después de mucha discusión, a un acuerdo acerca de la venta de Mil Robles.

Dominic también había podido hablar con Jason Savage, y había sabido que el corcel, llamado Locura, estaba en un lugar situado al norte de Baton Rouge. El nombre del propietario no era conocido por Jason, pero estaba seguro de que Dominic lo descubriría sin mucha dificultad... ¡un caballo de esa clase no podía pasar inadvertido!

La última velada en el Château Saint– André, Dominic y Morgan de nuevo estaban saboreando una copita de brandy, esta vez en la galería principal de la casa, iluminada por la luz plateada de la luna que se filtraba a través de las ramas de los altos robles. Los pies calzados con botas apoyados al descuido en la baranda blanca, Dominic dijo con voz tranquila: – Ojalá que los recuerdos de Mil Robles no impidan que vengas a visitarme de tanto en tanto.

Morgan sonrió apenas.

– No, no lo impedirán. Lo que sucedió fue hace mucho tiempo, y desde que Leonie entró en mi vida solamente su felicidad me importa. – Con un gesto momentáneo de tristeza en su cara, Morgan agregó:– Sólo lamento la muerte de Phillipe. A veces miro a Justin, y me pregunto cómo seria Phillipe a esa edad... Con respecto a Stephanie, su traición me lastimó profundamente en ese momento, pero el tiempo cura las heridas.

Durante un segundo Dominic recordó la expresión en la cara de su hermano el día en que había regresado por la huella de Natchez trayendo la noticia de la muerte de su esposa y su pequeño hijo. Había sido un momento terrible para toda la familia. Slade, y sus miembros habían hecho lo posible para aliviar parte del cruel dolor de Morgan; pero el recuerdo de esos días había dejado su impronta en todos. Dominic, que amaba y veneraba a su hermano mayor, se había sentido particularmente afectado por la tragedia. Con una expresión de dureza en sus rasgos al recordar el sufrimiento de Morgan y su propia infelicidad unos tres años antes, en Londres, cuando había creído que amaba a la hermosa Deborah, murmuró de pronto con un gesto sombrío: – Las mujeres son criaturas deliciosas... ¡pero pueden ser peligrosas cuando se las ama!

3

Mientras Dominic conversaba con Morgan cerca de Nueva Orleáns, en Willowglen Melissa yacía despierta en su cama, y se preguntaba cómo se las arreglaría para desembarazarse de la atención inoportuna del tenaz John Newcomb. Había sido una bendición salir de Willowglen para concurrir a la carrera de Virginia, a fines de abril, aunque sólo fuera porque de ese modo había podido escapar de la pegajosa presencia del pretendiente. Pero no bien regresó de nuevo a su casa, de eso hacía apenas dos semanas, el primer visitante de la plantación había sido John.

Melissa suspiró. Era un joven tan simpático, ¡pero ella no lo amaba! No deseaba herir sus sentimientos más de lo que era necesario, pero necesitaba concebir un plan que lo desalentara a él, y a los pretendientes futuros. Melissa no era una joven vanidosa, y sin embargo era inevitable que tuviese conciencia de que sus propios atributos físicos tenían mucho que ver con el hecho de que los caballeros parecían considerarla irresistible. ¡Y ella misma pensaba que hubiera sido mejor nacer bizca y flaca como una estaca! De pronto, concibió una idea, y con una sonrisa perversa comenzó a considerarla. Tal vez, sólo tal vez, había un modo de corregir la situación.

A la mañana siguiente, indiferente al cálido sol de mayo que entraba en el dormitorio por la ventana abierta, Melissa estaba de pie, sola, en el centro del cuarto. Con el entrecejo fieramente fruncido, miraba hostil su propia imagen reflejada en el espejo de pie descolorido a causa de su propia vejez. No muy complacida con la imagen que sus ojos contemplaban, intencionalmente convirtió la boca de labios llenos, deliciosamente formada, en una línea fina y hostil. ¡Sí! ¡Eso era lo que necesitaba! Conteniendo el acceso de risa que amenazaba escapársele, se miró por última vez. ¡Se dijo satisfecha que tenía un aspecto absolutamente horrible!

Salió brincando de la habitación, y fue en busca de Zachary. Lo encontró cómodamente acostado en el sofá tapizado con cretona descolorida, en la soleada habitación que estaba al fondo de la casa, y giró frente a su hermano.

– Bien – preguntó despreocupada– ¿qué te parece? ¿Tengo un aspecto bastante desagradable? – Como él permaneció silencioso, la mirada incrédula fija en la forma esbelta

de Melissa, un leve gesto de inquietud se dibujó en la cara de la joven. – ¡Zack! ¡Di algo! Hice todo lo que pude imaginar, y si no es suficiente, ¡ya no tengo más recursos!

– ¿Suficiente? – Zachary consiguió emitir un sonido estrangulado.– ¡Dios mío, te has superado! Pareces... – Pareció que las palabras le faltaban, y la risa que él había estado conteniendo finalmente se impuso. Intentó virilmente controlarse, y de nuevo comenzó:– En realidad, pareces...

– ¿Espectral? – sugirió esperanzada Melissa mientras Zachary se debatía buscando describir la imagen que le ofrecía su hermana.

"Espectral" quizás era una palabra demasiado fuerte para describir el aspecto de Melissa en ese momento, pero en todo caso ella no se parecía a la joven atractiva que había enfrentado a su tío en la biblioteca un mes y medio antes. Excepto el brillo de regocijo en los ojos pardo dorados, nadie la habría reconocido de inmediato como la hermosa sobrina de Josh Manchester. Había desaparecido su abundante cabellera rizada, y en su lugar había un rodete severo y ordenado, bien sujeto a la nuca. Los rizos color de miel estaban tan separados de la cara que los ojos levemente gatunos exhibían una visible deformación. El estilo severo del peinado destacaba bruscamente los rasgos delicados, y de hecho atraían la atención sobre ellos, pero Melissa había contrarrestado ese efecto, poniéndose un par de anticuados lentes de marco de alambre que había hallado en uno de los baúles de su padre, guardados en el desván.

Los lentes habían sido un regalo del cielo. No sólo distraían la mirada de la suave línea del mentón y la boca, sino que también obligaban a Melissa a bizquear cuando intentaba mirar a través de los lentes pequeños y cuadrados. La bizquera, las gafas y el peinado habían cambiado totalmente su apariencia, y como toque final la joven había logrado hallar algunos de los vestidos menos atractivos que podían imaginarse en la multitud de cosas viejas almacenadas en el desván. El vestido que ahora usaba le caía mal, y se abolsaba sobre el busto pequeño y firme y la cintura delgada, disimulando eficazmente los encantos innegables del cuerpo que cubría. La tela verde grisácea confería a su piel en general dorada una palidez enfermiza, y cuando ella apretaba los labios... Cuando apretaba los labios completaba la imagen de una solterona de cara agria y temperamento ácido.

Por desgracia, no podía mantener la boca mucho tiempo en esa incómoda posición, y cada vez que reía, como ahora, cuando su boca de curvas generosas se suavizaba y la picardía bailoteaba en sus ojos de espesas pestañas, la imagen que ella deseaba presentar quedaba casi totalmente destruida. Pero en general, se sentía satisfecha, segura de que su apariencia, unida a la condición de los asuntos de los Seymour, desilusionaría incluso al pretendiente más obstinado.

– ¿Bien? – preguntó de nuevo– . ¿Crees que esto disuadirá a John Newcomb de merodear alrededor de nuestra propiedad?

– ¡Por Dios, sí! – replicó Zachary, con una respuesta poco lisonjera– . ¡Echará una ojeada y allí terminará todo! – Con picardía en los ojos, agregó:– Pero a quien deseo ver más que a nadie cuando se encuentre con tu... bien, tu nueva apariencia, ¡es al tío Josh!

Melissa asintió, muy feliz.

– Lo sé... sufrirá un ataque apopléjico. Pero por lo menos creo que esto impedirá que me persiga para obligarme a reconsiderar el ofrecimiento de John.

– ¡Así lo espero! – replicó piadosamente Zachary– . Las discusiones entre Josh y tú desde que rechazaste la declaración de Newcomb, son las peores que he visto nunca. De la forma en que ustedes dos estuvieron rezongándose y gritándose uno al otro desde que regresamos de Virginia, ¡me maravilla que no te hayan oído en Baton Rouge!

– No he visto – replicó secamente su hermana– que tú te hayas mostrado muy silencioso en las últimas semanas. Y creo que el diálogo que mantuvieron ayer fue mucho peor que el que oímos la primera vez que él me criticó porque me negaba a aceptar la propuesta de Josh. Esa vez sólo dijiste que me perseguía, pero ayer... ayer, ¡tú fuiste quien le gritó y le ordenó que saliera de mi casa!

Zachary parecía avergonzado.

– No puedo soportar que te hablen de ese modo – contestó, en actitud defensiva– . Tienes todo el derecho del mundo a rechazar el matrimonio con John Newcomb o con otro cualquiera, si así lo deseas, y no permitiré que Josh te obligue a hacer nada que no desees... por mucho que amenace y te excite. – Con una chispa de ansiedad en sus ojos, agregó en voz más baja:– En realidad, él no podría apartarme de Willowglen, ¿verdad? Quiero decir, no es mi tutor, ¿no?

La diversión que Melissa podía sentir en vista de la situación desapareció, y con cierta inquietud en su voz la joven reconoció: – No lo sé. Sé que el testamento de nuestro padre dice que Josh y yo compartimos tu tutoría, pero no sé qué sucederá si Josh exige que vivas con él y bajo su control. Por supuesto, yo me opondría, pero...

Durante un momento ambos parecieron profundamente desalentados, conscientes de que en relación con la tutoría de Zachary, Josh controlaba las cosas. Después de todo, el juez local era muy amigo de Josh, y cuando se comparaban las condiciones de Willowglen con las comodidades y la elegancia de Oak Hollow...

Melissa tragó con dificultad. En muchos aspectos el tío Josh había sido muy bondadoso con ellos. Durante la niñez de ambos, el tío Josh y la tía Sally habían sido los que recordaban los cumpleaños cuando Hugh estaba tan distraído que no sabía si– quiera el día en que habían nacido sus hijos; había sido el rubicundo y jovial tío Josh quien había montado a Melissa en su primer pony; el tío Josh quien había venido para distraer a Zachary muchas tardes cuando él se rompió la pierna, a los trece años. El tío Josh había sido la roca a la cual ella y Zachary se habían aferrado poco tiempo después de la muerte de Hugh, y él quien había intentado protegerlos de la verdadera gravedad del desastre provocado por Hugh en la administración de Willowglen.

Josh Manchester era un buen hombre, y Melissa sabía que amaba profundamente a sus dos sobrinos, y sólo deseaba lo que consideraba mejor para ellos. Por eso mismo oponérsele era muy doloroso y difícil. Melissa pensó apenada: si hubiese sido un ser perverso, la tarea que ella afrontaba habría sido mucho más fácil. Pero cuando lo desafiaba, cada vez que mantenían una de esas terribles discusiones acerca de la negativa de Melissa a desposar a John Newcomb, ella se sentía agobiada por la culpa. No deseaba lastimar a su tío, y comenzaba a desear apasionadamente que ella pudiese enamorarse de John Newcomb o de otro joven apropiado, sólo para complacer a su tío; ¡pero no podía! Incluso amando a Josh y detestando molestarlo, ella no estaba dispuesta a concertar un matrimonio que no deseaba.

Pero si él jugaba su última carta... si le daba a elegir entre el matrimonio y perder la tutoría de Zachary... Sintió un nudo en la garganta, y advirtió el prurito de las lágrimas en las comisuras de los ojos. Podía tenerse una idea de la calidad de ese hombre si se tenía en cuenta que durante todos esos meses nunca había mencionado la tutoría... hasta la víspera.

Al recordar la expresión de incomodidad en los gruesos rasgos de Josh durante el enfrentamiento más reciente, Melissa se sintió desgarrada en su interior. Sabia que a él no le agradaba amenazarla diciéndole que retiraría a Zachary del lado de su hermana. Era evidente que eso le hería; también era evidente que no lo complacía la situación tensa e incómoda que se había creado entre los Manchester y los Seymour desde abril, del mismo modo que esa situación repelía a Melissa y a Zack. Pero también era obvio que creía sinceramente que el matrimonio de Melissa era el único modo de resolver su actual y embarazosa falta de dinero... y había señalado de nuevo que los Manchester no eran los únicos que se beneficiarían con la terminación del fideicomiso de Jeffery Seymour.

Melissa recordó dolorida que no era que Josh le exigiese hacer algo terrible y bajo. Todo lo que él quería era que la joven contrajese matrimonio con un joven bondadoso, agradable, de buena cuna y acaudalado. Y ella se preguntaba desesperada: ¿Qué había de malo en eso?

De pronto la abrumó una intensa sensación de culpabilidad. ¿Sucedía sencillamente que estaba mostrándose egoísta y obstinada, como él la acusaba? Quizás ella debía casarse con John y terminar de una vez esa interminable sucesión de discusiones. Pero su corazón

protestaba en silencio: ¡No amo a John!

El placer que Melissa había sentido al ver su propio disfraz se disipó, y un tanto desalentada se apartó de Zachary, que la miraba inquieto. ¿Realmente ella era una joven egocéntrica y egoísta? No lo creía así; a pesar de todos los gemidos y las quejas de Josh, los Manchester no estaban en una situación desesperada, sí difícil. Todos tenían un mal año de tanto en tanto. Melissa era la causa de su propia renuencia a sacrificarse por su familia. Si los Manchester hubiesen corrido peligro de perder su plantación y todo aquello por lo cual Josh había trabajado, Melissa sabía que ella no habría vacilado. Se habría casado de inmediato con John Newcomb, y habría hecho todo lo posible por ser una buena esposa. Por desgracia para ella, el año siguiente o incluso el mes siguiente, si uno de los barcos de Josh conseguía atravesar el bloqueo británico de las costas, las cosas de los Manchester volverían a ser lo que habían sido siempre y el gran sacrificio de Melissa de nada habría servido. Además, todos sabían que Royce, primo de Melissa, tenía su propia fortuna, y que no permitiría que su padre se viese en dificultades. Si Josh estaba dispuesto a tragarse el orgullo, y a pedir la ayuda de su hijo mayor...

Melissa sintió en la cintura el brazo de Zachary, que la arrancó de sus ingratas cavilaciones. Zachary trató de reanimaría, y dijo con voz grave: – Ojalá el tío Josh fuese un verdadero monstruo... en ese caso, todo esto sería mucho más fácil. Me desagrada reñir demasiado con él, ¡pero no permitiré que te persiga! – Con una expresión reflexiva en la cara juvenil, murmuró: – Lo extraño del caso es que dentro de cinco años todos nos reiremos de esta situación, y cuando relate nuestras travesuras Josh se reirá tanto como ahora se irrita.

Melissa asintió, con una sonrisita descolorida. Respiró hondo, y dijo con voz firme: – ¡Tendremos que convencernos de que lo que estamos haciendo corresponde a los mejores intereses de nuestro tío! La vida ha sido demasiado fácil para él, y necesita un poco de desafío.

Estas palabras fueron suficientes para reanimar en el instante a Zack, que sonrió a su hermana.

– Te aseguro, querida, ¡qué eso es precisamente lo que significas para él!

Melissa sonrió y aplicó a Zack un pellizco en las costillas.

– Mira, tú tampoco te has mostrado demasiado dócil.

Con una sonrisa levemente superior en su boca bien formada, Zack la miró.

– Lo sé, y si queremos recordar toda esta situación sin atribuirle excesiva importancia, es indispensable que la veamos como una enorme broma algo que a todos nos hará reír...– su labio se curvó en una mueca– ...a su debido tiempo!

Se oyó una risa desde la puerta, y una voz ronca de acento evidentemente francés preguntó: – ¿Y cuál es esa broma, mes enfants? ¿Esa en que el joven monsieur colocó budín frío en mi mejor par de botas, o la vez que cierta mademoiselle condimentó con pimienta mi café?

– ¡Etienne!– exclamaron a coro Melissa y Zachary, muy complacidos, mientras se volvían bruscamente para mirar con afecto y alegría al pequeño y elegante francés que había entrado en la habitación.

Con una expresión excitada en los ojos, Melissa dijo casi sin aliento: – ¡Regresaste! ¿Tuviste éxito? ¿Las trajiste contigo? ¿Dónde están?

Etienne alzó una mano para acallar a la joven.

– Una pregunta por vez, s'il vous plait, petite.

De pronto vio el aspecto de Melissa, y la miró con la boca abierta, asombrado.

– Mon Dieu! ¿Qué estuvo sucediendo en mi ausencia? ¿Por qué tienes ese aspecto tan... tan...? – Entrecerró los ojos negros.– Ah. Por supuesto. Pareces' una bruja a causa de tu oncle, oui?

– Oui! – contestó férvidamente Melissa, con una sonrisa en los labios ante la rápida comprensión de Etienne. En realidad, pocas cosas escapaban a la mirada aguda de Etienne.

Etienne Martion había sido parte de la vida de Melissa hasta donde la memoria le

alcanzaba, y si Josh la había ayudado a montar su primer pony, Etienne había sido quien la había recogido la primera vez que cayó del caballo, y quien la devolvió firmemente a la silla. Y así muchas veces, hasta que en los establos no hubo ningún caballo que ella no pudiera montar.

De escasa estatura y huesos finos, Etienne tenía las manos más suaves entre todos los jinetes a quienes Melissa había conocido, y sin embargo, ese cuerpo enjuto y las muñecas delgadas tenían fuerza – ella lo había visto muchas veces controlar sin esfuerzo al robusto Locura. La edad y el pasado de Etienne eran un misterio para los dos jóvenes Seymour, y Melissa a veces se preguntaba si incluso el padre de ambos había sabido mucho del pasado de Etienne antes del momento en que ese hombre había aparecido en Willowglen, unos cuarenta años atrás. Entonces era joven, y por su modo de hablar y sus amaneramientos era evidente que provenía de una buena familia. También sabia mucho de caballos. Precisamente por eso, Jeffery Seymour lo había empleado como capataz de sus establos, y Hugh solía apoyarse en el consejo de Etienne cuando se trataba de comprar y criar caballos.

Etienne parecía estar en una edad indefinida entre los cincuenta y los setenta años, y Melissa y Zachary habían llegado a la conclusión de que debía encontrarse alrededor de los sesenta y cinco; pero era difícil saberlo con certeza. Tenía los cabellos abundantes y negros, sin una sola hebra gris, y Melissa tendió a creer que eso lo envanecía un poco – se ofendía mucho cuando ella le hacía bromas diciéndole que había visto un hilo gris cerca de la sien. Su cutis moreno no aportaba verdaderos indicios acerca de su edad, y los Ojos negros inteligentes brillaban con humor y vitalidad juveniles. Ciertamente, él jamás ofrecía indicios, y juzgando por sus actos y su conversación Melissa y Zachary lo trataban como a una persona de su misma edad, y no como a una persona mayor.

Pero en las cuestiones relacionadas con los establos Melissa se sometía sin vacilar a la opinión de Etienne, y cuando durante el viaje a Virginia él había sugerido que en lugar de utilizar todas las ganancias aportadas por Locura parA pagar más deudas utilizaran una parte con el fin de comprar unas pocas yeguas de pura sangre, Melissa no había vacilado en seguir el consejo. En consecuencia, todos habían viajado a Virginia, a la plantación Bree Hill, próxima a Richmond, uno de los centros de carreras cada vez más famosos en Estados Unidos. Después de ver cómo Locura de nuevo derrotaba a todos los caballos que competían con él, Etienne se había quedado en el lugar, mientras Melissa y los demás regresaban a Willowglen.

Melissa y Zachary ya llevaban casi dos semanas en la casa, y esperaban ansiosos el retorno de Etienne. A medida que pasaban los días, Melissa experimentaba una intensa sensación de déja' vu; de nuevo esperaba en Willowglen a un ser amado, que debía retornar con animales destinados a iniciar la cría de caballos. El sentimiento de ansiedad ensombrecía su mirada mientras recordaba el desastre del viaje de Hugh a Inglaterra.

– Con seguridad – preguntó ahora con voz tensa– tienes buenas noticias para nosotros.

La sonrisa de Etienne se suavizó.

– Petite, yo no te fallaría. – Apuntándole con un dedo admonitorio, agregó severamente:– No todos los hombres son como tu padre, y tú deberías aprender a confiar.

Melissa esbozó una mueca y se encogió de hombros. Era una antigua discusión entre ellos, y precisamente hoy Melissa no deseaba continuarla. Se quitó los lentes y depositándolos sobre una mesa próxima replicó: – ¡No intentes cambiar de tema! ¿Cuándo, estimado monsieur, podemos ver de qué modo gastaste nuestro dinero? Abrigo la esperanza de que lo hayas invertido sensatamente.

Etienne rió sonoramente.

– Eres una arpía, mon coeur, pero en verdad adorable, de modo que ven conmigo y mira lo que te espera en los establos.

No fue necesario decir más. Melissa y Zachary, seguidos con paso más tranquilo por Etienne, salieron corriendo de la habitación y fueron en dirección a los establos. Se abalanzaron en el interior del recinto, ansiosos de ver por primera vez lo que, según

Librodot

esperaban, sería el comienzo de un excelente haras. Pero no había indicios de las nuevas yeguas.

Desconcertados, esperaron que se acercara Etienne.

– ¿Dónde están? – preguntó Zachary con voz plena de curiosidad– . ¿No las trajiste contigo?

Etienne sonrió renuente.

– Parece que una de las damas estaba muy... bien, muy deseosa de conocer a su nuevo esposo, y en la confusión me temo que todas terminaron en el picadero con Locura y agregaré con gran placer del padrillo. ¡Me sorprende que desde la casa no lo oyesen resoplar de satisfacción!

Riendo y hablando todos al mismo tiempo, los tres se volvieron y recorrieron de prisa la corta distancia que los separaba del amplio picadero instalado más allá de los establos. Apoyados en la empalizada recién encalada, contemplaron a los cinco caballos que mordisqueaban perezosamente el abundante pasto verde.

Era fácil distinguir a Locura entre las recién llegadas, pues su notable tamaño – tenía una alzada de dieciséis palmos– y sus músculos delgados pero poderosos, contrastaban gratamente con las yeguas, más delgadas y de formas más delicadas. Pero por una vez el corcel no concitó todo el interés de Melissa, que cuidadosamente examinó a las cuatro yeguas que compartían el picadero con el macho. Hubo varios momentos de silencio mientras la mirada de Melissa se posaba sobre los nuevos animales, dos alazanes, un bayo y una yegua de pelaje negro. Todos mostraban su linaje árabe, las cabezas pequeñas y finamente formadas, y las patas largas, de una delgadez casi increíble, como clara indicación de su estirpe. Y Melissa reconoció agradecida que eran muy atractivas, precisamente lo que ella y Zack habían deseado.

Melissa dejó escapar un suspiro de alivio, y se volvió para mirar a Etienne, que se había detenido al lado.

– ¡Oh, Etienne, son todo lo que podíamos desear! ¿Cómo las encontraste... y cómo lograste comprar cuatro caballos con la suma que yo te entregué? ¿A lo sumo, habíamos creído que podías comprar sólo dos.

Con expresión astuta, Etienne contestó: – Petite, olvidas que soy francés, y los franceses son famosos por su espíritu ahorrativo. Me limité a buscar a un plantador imprudente que tuviese caballos de pura sangre, y voila'! Pude hacer un excelente negocio por uno de los alazanes y el bayo. Pagué bastante más por las dos restantes, ¡pero creo que me desempeñé muy bien! – sonriendo satisfecho, agregó:– Soy maravilloso, ¿verdad?

Como los dos hermanos sabían muy bien que la modestia era una virtud que Etienne no poseía, ni Melissa ni Zachary se sintieron en absoluto turbados por esta afirmación. En efecto, ¡por lo que a ellos se refería era maravilloso! Todos permanecieron un rato observando a los caballos y hablando discretamente entre ellos, y después, cuando comenzaron a caminar hacia la casa, había un aire de satisfacción en ese extraño terceto, en que Melissa y Zachary se elevaban a bastante altura sobre el francesito gesticulante y moreno.

El sentimiento de satisfacción acompañó a Melissa el resto del día, y sólo el miércoles, cuando se puso otro de los vestidos deformes y escasamente atractivos que había hallado en el desván, sintió que comenzaba a deprimirse. Trató de convencerse de que era sólo una reacción natural después de la excitación de la víspera, y de que ninguna joven podía sentirse bien adoptando la apariencia de una bruja; pero sabia que en todo eso había algo más que apenas un feo vestido y el retorno a la rutina normal.

Y sin embargo, reconoció más avanzado el mismo día, sentada sobre una pila de heno, cerca de la entrada de los establos, que ahora tenía sobrados motivos para sentirse satisfecha. Las últimas ganancias de Locura, obtenidas en las carreras de Tree Hill, no sólo le habían permitido entregar el dinero a Etienne para comprar más animales, sino que además le habían posibilitado gastar una pequeña suma en Willowglen; y, lo que era más importante, pagar todas las deudas de Hugh, excepto una.

En vista de la actitud general de Melissa, el dinero gastado en Willowglen naturalmente se había invertido en los establos. No sólo se habían reparado y encalado las empalizadas y el picadero de Locura, sino que se había hecho lo mismo con las empalizadas de otros dos picaderos y con el establo principal... Los pesebres y el cuarto de los arneses también habían sido mejorados todo lo posible, y aunque el lugar era todavía un poco ruinoso, por lo menos ahora, se decía la propia Melissa, si un criador se acercaba a inspeccionar las instalaciones, ellos no necesitarían sentirse demasiado avergonzados.

Si había mejorado el aspecto de las cosas alrededor del establo principal, en todo caso era el único lugar de Willowglen que no tenía apremiante necesidad de dinero y reparación. Las finanzas se habían incrementado un poco las últimas semanas, pero el futuro todavía no era muy rosado, se dijo Melissa un poco deprimida mientras recogía una brizna de paja y comenzaba a masticarla con aire reflexivo.

Que ahora debieran dinero a una sola persona sin duda parecía alentador. Por desgracia, la última de las deudas de Hugh era de lejos la que representaba el monto más elevado, y en muchos aspectos, la más inquietante. Las deudas se habían centrado principalmente en la región de Baton Rouge; unas pocas habían correspondido a Nueva Orleáns. Pero ese viaje de Hugh a Inglaterra en 1809 era el principal motivo de preocupación de sus hijos y Melissa tendía a sospechar que, como había hecho con tantas cosas desagradables, su padre simplemente habla fingido que la deuda no existía. Pero el tenedor del pagaré de Hugh no aprobaba una actitud semejante, y durante los últimos años había escrito algunas cartas muy corteses reclamando el pago de los veinticinco mil dólares norte– americanos que se le debían. Hugh había preferido ignorar esas cartas, ¡lo cual, pensaba Melissa con una falta de respeto poco filial, era muy propio de Hugh! Ella y Zachary se habían sentido abrumados y atemorizados, y lo único que los consolaba era saber que el señor Robert Weatherby, tenedor del temible pagaré, estaba muy lejos, en Inglaterra – no se les apremiaría para obligarlos a pagar por lo menos hasta que terminase la guerra en curso.

O eso habían creído. A pesar de la guerra, Melissa había escrito inmediatamente a Londres, informando al señor Weatherby de la muerte de Hugh, y pidiéndole tiempo para formalizar la devolución del dinero. Se sintió desconcertada cuando unos seis meses después llegó una carta del señor Honeywell, agente de negocios del señor Weatherby, que comunicó la ingrata información de que el señor Robert Weatherby había fallecido, y de que su heredero, el señor Julios Latimer, no estaba en Inglaterra. Las simpatías del señor Latimer por la causa norteamericana lo habían inducido a visitar ese país, y ahora residía, mientras durase la guerra, en algún lugar de la región septentrional de Estados Unidos. El señor Latimer había llevado consigo el pagaré, con la intención de cobrar personalmente la deuda, cuyo pago ya estaba muy atrasado. El señor Honeywell reexpediría la carta de Melissa al señor Latimer, pero en vista de la guerra...

Eso había sucedido el último otoño, y Melissa y Zachary habían vivido temerosos con la idea de que un día el señor Julius Latimer apareciera en la puerta de la casa a reclamar el pago – el pago que le correspondía con todo derecho– . Y poco antes del viaje a Virginia, eso era exactamente lo que había sucedido. Felizmente, la cosa no había sido tan grave como ellos temían – por lo menos, era lo que Melissa había pensado al principio.

El señor Latimer era todo él bondad y cortesía, un auténtico caballero inglés. Pero como Melissa comprobó sobresaltada, era también un hombre mucho más joven que lo que ella había sospechado, pues tenía algo más de treinta años. Era muy apuesto, un Adonis de cabellos dorados, como una de las ansiosas damas jóvenes del vecindario exclamó después de conocerlo. Melissa no sintió excesiva simpatía por la hermana de Latimer, que viajaba con él; pero en general, tendió a simpatizar con los Latimer, y se sintió agradecida cuando Julius le confió que estaba más que dispuesto a esperar el pago.

Con una sonrisa encantadora en la boca perfectamente cincelada, él murmuró con voz cálida, durante el primer encuentro: – Después de todo, estimada señorita Seymour, mi tío ya esperó varios años, y por lo que a mí se refiere puede disponer de todo el tiempo que necesite.

Melissa se sintió muy aliviada porque él no había iniciado los procedimientos judiciales necesarios para vender Willowglen, y por eso mismo no atribuyó un sentido más profundo a las palabras del caballero. Pero durante la última semana había descubierto que se sentía cada vez más incómoda en presencia de Latimer, y que no le agradaba en absoluto el modo en que los ojos del inglés se posaban en su boca y su busto, al mismo tiempo que sonreía y le aseguraba con insistencia: – .. .No se preocupe por el pagaré... estoy seguro de que podemos encontrar un método de pago que nos complazca a ambos...

No había nada francamente siniestro en esa declaración, pero en el modo de hablar había algo que...

Melissa se estremeció. ¡Estaba comportándose tontamente! Buscaba problemas donde no los había, y el cielo sabía que ya tenía motivos sobrados para inquietarse sin necesidad de inventarlos intencionalmente. Su boca se afirmó en un gesto obstinado, y se impuso la necesidad de pensar en otras cosas.

A pesar de los progresos que habían realizado desde abril, Melissa sabía que lo que habían logrado era poco comparado con lo que todavía debían hacer antes de que Willowglen volviese a ser una explotación rentable. Las ganancias obtenidas por Locura siempre desaparecían con ritmo alarmante, y hasta ahora apenas habían hecho el mínimo para corregir los efectos del deterioro y la mala administración originados en el comportamiento desaprensivo y excéntrico de Hugh.

Melissa no era propensa a detenerse con excesiva frecuencia en su propio fracaso, pero hoy, quién sabe por qué, no atinaba a reaccionar y a dominar su propia flaqueza. El júbilo que había sentido la víspera, al regreso de Etienne se había disipado, y ahora tenía cabal conciencia de que en realidad la situación no había cambiado mucho: Willowglen continuaba siendo un lugar ruinoso, que necesitaba desesperadamente una inyección de dinero, de hombres y reparaciones; la única fuente de ingresos estaba representada por las ganancias de Locura, y Melissa vivía siempre temerosa de que algo terrible le acaeciera al corcel, de que sufriera una herida grave, que pondría fin a su participación en las competencias, o incluso a su vida. Y por supuesto, estaba la desagradable situación entre ella y el tío Josh.

Suspiró hondo. ¿Llegaría el momento en que no se sintiera asediada por tantas preocupaciones? Por el momento, no lo creía; ella y Zachary divisaban al frente un número excesivo de obstáculos, y uno cualquiera de ellos podía acarrear el desastre.

– ¡Debí imaginar que te encontraría aquí! – Una voz áspera interrumpió sus melancólicos pensamientos.– Jovencita, ¡ deberías estar ayudando a Martha con la azada, y no entreteniéndote así en los establos!

Sin sentirse incomodada en absoluto por la severidad del tono y las palabras, Melissa sonrió a la mujer que había hablado.

– Si, señora – dijo con expresión sumisa, mirando con afecto a la minúscula dama de cabellos canosos que estaba de pie ante ella.

Ni la sonrisa ni el evidente afecto de la mirada luminosa de Melissa parecieron influir sobre la mujer, pero había un levísimo atisbo de regocijo en sus ojos color avellana cuando dijo: – Y no creas que puedes engañarme con esa respuesta tan dulce. Te conozco desde que naciste, ¡y tus maniobras no me engañan! Tú y ese infernal hermano que tienes allí no pueden echarme tierra en los ojos.

Mientras Etienne dominaba todos los asuntos relacionados con los establos, esa inglesa de cuerpo menudo dirigía la casa y los alrededores. Frances Osborne había sido la doncella de una joven dama, que aún no tenía veinte años, cuando acompañó a su ama, la madre de Melissa, en el viaje desde Inglaterra, muchos años antes, hasta su residencia en Estados Unidos. Pero con el tiempo su función había cambiado, y la muerte de su ama la obligó a convertirse en niñera de los dos niños pequeños, así como en ama de llaves de Hugh, que había enviudado. Y a pesar de las condiciones inseguras en que se había encontrado, jamás había contemplado la posibilidad de abandonar a los niños o de alejarse de Willowglen. Como había dicho a Melissa en más de una ocasión: – ¡Tu querida y santa madre no lo habría

Librodot

comprendido! Yo amaba a mi señora, Anne, y el mismo sentimiento tengo hacia ti y tu hermano, ¡y sólo te dejaré si llego a morir!

Frances había sido fiel a su promesa, y Melissa se sentía muy agradecida de que las riendas de la casa estuviesen en sus manos competentes. A pesar de su cuerpo minúsculo, era una mujer despótica, aunque afectuosa, y nadie discutía jamás sus órdenes – excepto Etienne– . Durante años se había librado una batalla permanente entre el francés y la inglesa de áspera lengua, y Melissa a veces se preguntaba si esas discusiones no complacían a ambos más de lo que estaban dispuestos a reconocer. Pero cada uno se mostraba violentamente celoso de la influencia del otro sobre lo que cada cual consideraba sus pupilos; y después de la muerte de Hugh, existía entre ellos una paz inestable. Etienne reconocía de mala gana que Melissa no debía pasar tanto tiempo en los establos, y Frances aceptaba sin entusiasmo representar el papel de chaperona cuando Melissa acompañaba a Etienne y a Zachary a las diferentes competencias hípicas. La tregua era frágil, y cada uno de los dos se apresuraba a resistir lo que consideraba una invasión de su propio territorio, de modo que Melissa se sorprendió un poco cuando Frances fue a buscarla allí, un lugar que era sin ninguna duda, parte del dominio de Etienne.

Apartándose con movimientos elegantes del lugar donde había estado cavilando, sobre la pila de heno, Melissa aguijoneó a Frances: – Supongo que será mejor que nos alejemos deprisa, antes de que Etienne descubra tu presencia en su precioso establo.

Frances resopló con altivez:

– ¡Puedo asegurarte que lo que ese pequeño y vanidoso mequetrefe piense no me importa en absoluto!

Gozando por anticipado de la escena que podría presenciar si el "pequeño y vanidoso mequetrefe" llegaba a escuchar las palabras provocadoras de Frances, Melissa contuvo la risa y pasando el brazo sobre los hombros de Frances se alejó deprisa con la mujer mayor. Era una hermosa mañana de mayo, y las dos se demoraron en el camino hacia la casa, discutiendo tranquilamente los planes que Frances había preparado para el día. Esos planes eran un tanto pedestres, y Melissa apartó el indigno deseo de que Frances tuviese en vista algo más sugestivo que evitar la invasión del huerto por las malezas, así como una sesión dedicada a retirar del salón principal las descoloridas alfombras, para llevarlas afuera y sacudirías enérgicamente.

Martha ya estaba trabajando en el huerto que se extendía detrás de la cocina, y después de intercambiar un saludo con la joven negra, Melissa encontró una azada y atacó enérgicamente las tenaces malezas. Al observar sus movimientos, Martha finalmente exclamó: – ¡Señorita, caerá desmayada si trabaja tan fuerte con este terrible calor!

Melissa le dirigió una sonrisa. Martha era una joven alta y desmañada de dieciocho años, y parecía que en su cara redonda había una sonrisa permanente. Martha y su familia eran los únicos esclavos que no habían sido vendidos a la muerte de Hugh. Además de Martha, estaban sus padres Martin y Ada, un hermano mayor llamado Stanley, una hermana llamada Sarah, así como dos hermanos menores, Joseph y Harían, cuyas edades oscilaban entre los dieciséis y los doce años. Ada había sido la cocinera de los Seymour desde que Melissa tenía memoria, y Martin había sido el criado principal del padre de la joven. Toda la familia estaba formada por individuos esforzados y laboriosos, y Melissa y Zachary agradecían profundamente ese hecho.

Las dos mujeres trabajaron en amable silencio hasta que Ada las llamó a almorzar. Melissa dejó de buena gana su azada, y caminó deprisa hacia la casa.

Zachary ya estaba sentado en el lugar de costumbre a la cabecera de la mesa en el comedor, cuando Melissa llegó, se saludaron y después que bebió un largo trago de limonada de su alta copa, Melissa dijo con evidente placer: – ¡Delicioso! Sobre todo porque pasé toda la mañana carpiendo, y estaba a un paso de morir de sed. – Durante un segundo frunció el entrecejo.– ¡Detesto carpir!

– Bien, no pretendas que simpatice contigo – replicó cruelmente Zachary– . Pasé toda la

mañana limpiando los pesebres de las yeguas, ¡y créeme, de buena gana habría canjeado la atmósfera de esos pesebres por lo que tú tuviste que respirar!

En la cara de Melissa se dibujó una mueca, y al pensar en que eran muy afortunados de tener un establo que limpiar y un jardín que carpir, murmuró: – ¡Qué desagradecidos somos! Por lo menos, Willowglen continúa siendo nuestro. – Intencionalmente no miró la enorme mancha de humedad en el techo, sobre su cabeza, y apartó los ojos de las viejas cortinas descoloridas por el sol que colgaban de la ventana. – Y – continuó diciendo con tono más optimista– , ¡tenemos a Locura!

Pero quizá no se hubiera sentido tan complacida de haber sabido que en ese mismo momento un tal Dominic Slade acababa de llegar a Baton Rouge con el propósito definido de comprar cierto corcel bayo.

Librodot

4

Cuando llegó al pequeño pueblo de Baton Rouge, agradablemente situado sobre un promontorio de la orilla izquierda del ancho río Mississippi, Dominic encontró habitación en una taberna desusadamente limpia y cómoda, y procedió a indagar acerca del paradero y la identidad del dueño de Locura. El propietario de la taberna, llamado Jeremy Denham, se mostró muy servicial, y asintió con la cabeza calva en señal de comprensión.

– Josh Manchester es el hombre a quien usted necesita ver,

– dijo Jeremy, mientras depositaba un gran jarro de espumosa cerveza frente a Dominic– . Sin duda, él atiende los asuntos de la familia. Lo encontrará en Oak Hollow, a unos cinco kilómetros por el camino del río, al norte del pueblo.

Dominic se sintió complacido y sorprendido a causa de la información. Pero le pareció extraño que Royce nunca hubiese mencionado que su padre criaba caballos. De todos modos, como no deseaba perder tiempo, Dominic se apresuró a escribir una nota, explicando el motivo de su presencia en la región y solicitando un encuentro con el señor Manchester. Tom, el hijo menor del señor Denham, recibió la misión de llevar esa misma tarde la nota manuscrita. La respuesta inmediata y alentadora del señor Manchester era todo lo que Dominic podía haber deseado, y esa noche el joven fue a acostarse con la agradable idea de que al día siguiente vería por sí mismo al animal que había suscitado tantos elogios en los hombres que conocían el tema. Juzgando por la respuesta del señor Manchester, Dominic estaba seguro de que al día siguiente por la noche sería el orgulloso propietario de Locura...

Joshua sabía muy bien que nada de eso sucedería, y la razón más obvia era que Locura no era un caballo de su propiedad, de modo que él no podía venderlo. Y aunque era uno de los tutores de Zachary, no se hacía ilusiones acerca de la autoridad que podía ejercer sobre Melissa. La joven de ningún modo toleraría que él le ordenase vender a Locura. Entonces, ¿por qué Josh engañaba a Dominic?

El apellido Slade no era desconocido para Josh; su hijo Royce a menudo mencionaba el nombre de Dominic, y el propio Josh había visitado unos años antes a los Slade de más edad que residían en Bonheur. Conocía bien la importancia de su riqueza, así como su linaje sumamente respetable. El hecho de que el hermano mayor de Matthew fuese barón inglés no había escapado a su atención, y tampoco que Noelle Slade había sido miembro de una de las ricas y poderosas familias criollas de Nueva Orleáns. Y aunque no conocía personalmente a Dominic, lo que había escuchado acerca del señor Dominic Slade habría interesado a cualquiera que estuviese buscando candidatos para incorporarlos a su propia familia: era un hombre joven, según se decía, apuesto, adinerado y encantador, y lo que era muy interesante desde el punto de vista de Josh, ¡era soltero! Josh casi había llorado de alegría cuando comprendió la verdadera importancia de la presencia de Dominic en Baton Rouge – puesto que Melissa había rechazado a todos los caballeros disponibles del vecindario, quizás el señor Dominic Slade avivaría su interés!

Teniendo en mente esta idea, Josh había decidido inmediatamente que un pequeño subterfugio de su parte no vendría mal; después de todo, si decía al señor Slade que Melissa era la dueña del caballo, Josh sabía muy bien lo que sucedería. El señor Slade iría a Willowglen, vería a Melissa que, de eso Josh estaba completamente seguro, jamás vería el tesoro que tenía ante sus ojos, y de un modo muy pero muy vehemente informaría al señor Slade que se ocupara de sus asuntos, y que Locura no estaba en venta! ¡Y eso sería todo!, había pensado con tristeza Josh.

Pero... si él podía preparar al señor Slade para lo que, de eso Josh estaba seguro, sería un encuentro incómodo con Melissa, quizá las cosas no siguieran un curso tan desastroso. Con un poco de tiempo, Josh creía que él podía cambiar el curso de los acontecimientos. Mientras se paseaba de un extremo al otro de su elegante despacho con las paredes cubiertas de libros, dedicó bastante tiempo a trazar un plan viable y a asegurarse de que cuando

Melissa y Dominic se reunieran, se despertara el interés de Dominic por la sobrina.

No sería difícil retrasar el primer encuentro – había muchas excusas para posponerlo– y

Librodot

el propio Josh usaría provechosamente ese lapso. En primer lugar, podía examinar personalmente al joven Slade, y determinar si ese caballero realmente coincidía con lo que había oído de su persona. Si Dominic no era el hombre ejemplar de quien se hablaba, Josh se limitaría a despedirlo. Pero en el supuesto de que Slade fuese todo lo que era deseable en un futuro pariente político, Josh procedería a invitarlo a permanecer unos días en Oak Hollow. Royce seguramente apoyaría la idea tan pronto se enterase de que su amigo estaba en la región. El señor Slade comprobaría por sí mismo que los Manchester eran realmente tan aristocráticos como su propia familia, que la residencia era tan elegante y estaba tan bien amueblada como Bonheur, y que había centenares de fértiles hectáreas, propiedad de la familia, de modo que en definitiva los antecedentes y los bienes reales eran muy semejantes a los del propio señor Slade.

Durante un momento Josh dejó de pasearse y miró sin ver la reluciente superficie del hermoso escritorio de caoba. La primera parte de su plan sería bastante sencilla, e incluso la introducción del nombre de Melissa en la conversación no sería difícil. Durante la visita del señor Slade, Josh podía mencionar de pasada a su sobrina – su encanto, su espíritu vivaz, su valerosa lucha para defender a Willowglen. Una arruga se formó en la ancha frente de Josh. Tendría que mostrarse cuidadoso en ese aspecto. El joven Slade no debía pensar que Melissa estaba sumida en la pobreza, o que ansiaba con desesperación un marido rico. No. En ese aspecto Josh tendría que avanzar con mucho cuidado, y ofrecer a Slade alguna advertencia acerca de lo que encontraría en Willowglen, aunque tomando las cosas un poco a la ligera. Josh se dijo que podía dejar escapar de pasada un comentario acerca del fracaso de John Newcomb, de modo que el señor Slade supiera que el deplorable estado de cosas en Willowglen no era un obstáculo a juicio de otros solteros disponibles. Por supuesto, debería aclarar que ninguno de los problemas de Willowglen eran responsabilidad de Melissa, pero al mismo tiempo necesitaba guardar silencio acerca de las malas costumbres de Hugh.

Josh suspiró. Sería muy dificultoso, y durante un segundo se preguntó por qué había contemplado la posibilidad de probar suerte en la profesión de casamentero. Y entonces, al recordar el fideicomiso, y la ingrata entrevista que había mantenido con su banquero la semana precedente, cuadró los hombros robustos y continuó tejiendo su telaraña.

Josh no preveía obstáculos inmediatos en su modo de tratar a Dominic Slade, y confiaba en que una vez que él hubiera sugerido algunas cosas y puesto al señor Slade en la predisposición adecuada, la belleza de Melissa haría el resto. El señor Slade dirigiría una mirada a los bellos rasgos de la joven y sucumbiría, exactamente como todos.

Josh había rechazado intencionalmente todo tipo de pensamiento acerca de la probable reacción de Melissa frente a sus planes; pero sabía que había llegado el momento de hacer algo para superar la resistencia obstinada, caprichosa y casi incomprensible que impedía a Melissa comportarse como cualquier joven normal, y enamorarse y casarse. Con expresión sombría, se sirvió distraídamente una medida generosa de whisky.

Era inútil tratar de razonar con ella – ¡esa muchacha no admitía razones!, como también explicarle las ventajas que todos obtendrían– . ¡Josh había estado haciendo precisamente eso! Y por cierto que había sido desagradable.

Después de beber un trago de su whisky, de nuevo comenzó a pasearse, con el pensamiento concentrado en los modos de suavizar a Melissa. Al parecer, no se le ofrecían muchas alternativas en ese sentido. Si llegaba a mencionar el nombre del señor Slade, Melissa se pondría automáticamente en guardia. En general, fue su sombría conclusión, cualquier intento de su parte de presentar al señor Slade bajo una luz más favorable, sería mirado con la más profunda sospecha por esa sobrina en exceso avispada.

De pronto, se le iluminó el rostro. Quizás ahí estaba su error; tal vez él no debía mencionar las muchas cualidades del señor Slade. En cambio, debía advertir a Melissa que se apartase del señor Slade. Debía advertirle que tuviese cuidado con ese individuo, de modo que ella creyese que Josh de ningún modo aprobaba a ese joven de Natchez. Es decir, tenía que actuar como silo considerase un aventurero. La actitud consistente en elogiar a los presuntos

Librodot

galanes nunca había servido; por lo tanto, era posible que la táctica contraria aportase resultados.

Muy complacido consigo mismo, seguro de que había hallado el mejor plan, Joshua abandonó su estudio y fue en busca de Sally. Encontró a su esposa en el saloncito, sentada cómodamente en un sofá tapizado con una lujosa seda. La dama había estado hojeando distraídamente una colección de ilustraciones de la moda que su modista le había dejado antes. Cuando entró el marido, elevó hacia él los ojos y sonrió.

– Ah, estás aquí, querido. Me preguntaba cuándo vendrías a verme.

Había escaso parecido entre los dos jóvenes Seymour y la tía paterna. Sally Manchester no mostraba indicios de los colores rozagantes de sus sobrinos, y además nunca había sido alta. Era sencillamente una mujercita todavía bonita y regordeta. Zachary habría agregado sotto voce: "¡Y con muy poco seso!" Tal vez así era, pero ni siquiera su peor enemigo habría negado que poseía un carácter generoso y una personalidad dulce.

A pesar de que había tenido cinco hijos, aún había signos evidentes de la belleza que había sido en su juventud. Tenía los ojos celestes grandes y bien formados, y la piel sonrosada y con finas arrugas aún poseía la suavidad de un pétalo de rosa. Llevaba los cabellos castaños apenas encanecidos peinados con raya al medio, los rizos juveniles colgando cerca de las orejas. Un camafeo descansaba entre los volados de encaje del cuello, y el azul oscuro de su vestido de seda acentuaba el color de los ojos. Joshua la consideraba adorable.

Sentado junto a la dama, Joshua se apoderó de una de las manos suaves y blancas, y dijo con expresión complacida: – Sally, creo que este joven Slade puede ser precisamente el hombre que conquiste el corazón de nuestra Lissa. – Hizo una pausa, y agrego reflexivo:– ¡Por supuesto, si él nos agrada! Cuando venga mañana, deseo que lo invites a pasar con nosotros unos días.

Vaciló un momento. Aunque amaba profundamente a Sally, Josh tenía conciencia de la falta de intelecto de su mujer, y se preguntaba qué parte del plan le revelaría. Finalmente, decidió decir lo menos posible, e incluso lamentó haber mencionado el nombre de Slade en relación con Melissa.

Miró atentamente a Sally, y finalmente le recomendó: – Bien, será mejor que no digas nada de Melissa al joven Slade. No debe creer que tenemos el plan de atrapar un marido rico para nuestra sobrina. Simplemente, trátalo bien y pídele que se aloje aquí unos días.

Sally pareció desconcertada.

– Pero, ¿acaso no deseamos que Melissa se case? Y si él es un caballero simpático, ¿no querrá lo mismo?

– Oh, sí, ¡pero no es necesario que lo sepa! – contestó Josh con cierta dureza– . No conviene que sepa lo que nos proponemos y huya. Necesitamos jugar nuestras cartas con cierta cautela.

– ¡Oh! ¿Al señor Slade le gusta jugar a los naipes? – preguntó Sally, un tanto dubitativa– . Me parece un modo bastante tonto de atraer el interés de una joven.

Josh dio una afectuosa palmadita en la mejilla de Sally, y dijo amablemente: – Querida, no te preocupes por eso. Compórtate como la maravillosa anfitriona que siempre has sido, y trata de que el señor Slade se sienta cómodo.

Y así, a la mañana siguiente, cuando Dominic se presentó a la hora señalada, fue recibido por un Josh Manchester efusivamente cordial. Habría dado media vuelta y huido sin perder tiempo si hubiese comprendido por qué precisamente el señor Manchester parecía tan complacido con la visita.

Incluso en el primer apretón de manos, Josh se sintió favorablemente impresionado por el joven de elevada estatura que se presentó ante él, y le agradó la mirada clara y directa de los alegres ojos grises. La apariencia de Dominic era todo lo que Josh podría haber deseado – la corbata bien planchada asegurada al cuello por un pulcro nudo; la chaqueta de excelente tela azul que cubría impecable la ancha espalda; los pantalones color ante que protegían elegantes los muslos largos y bien formados, y las botas de cuero tan lustradas que Josh

Librodot

estaba seguro de que podía ver reflejada su imagen en ellas. El chaleco de Dominic también mereció la aprobación de Josh, pues estaba confeccionado con una tela de discretos colores claros, a diferencia del lienzo excesivamente bordado que atraía tanto a su hijo menor. Era evidente que el joven señor Slade era un hombre elegante en el estilo del Bello Brummel inglés, y Josh llegó a la conclusión de que ni siquiera Melissa podía criticar la elegancia del atuendo de Slade.

Y además, pensó satisfecho mientras atravesaba con Dominic el vestíbulo amplio y adornado con buen gusto en dirección al despacho, ni Melissa ni para el caso otra joven cualquiera podría mostrarse por completo indiferente a los rasgos apuestos y morenos de Dominic. Después de varios momentos de conversación amable, mientras bebían tazas de café recién preparado, fue evidente que todo lo que él había escuchado acerca del caballero sentado en actitud negligente frente a él era cierto. En efecto, Dominic Slade era apuesto, encantador y culto. Un suspiro de felicidad casi escapó de los labios de Josh. Ahora, había que convencer de ese hecho a Melissa.

La primera parte del plan de Josh se desarrolló con milagrosa facilidad. Dominic aceptó con inocencia las desordenadas excusas de Josh que le explicó por qué no era conveniente que fuese a ver inmediatamente a Locura.

Dominic esbozó una sonrisa.

– Señor, en realidad no importa. No tengo prisa. Me propongo permanecer algunos días en esta región, y estoy seguro de que podremos elegir una fecha, más avanzada la semana, o incluso durante las siguientes, que nos acomode a ambos.

Josh le dirigió una sonrisa, y casi se frotó las manos regocijado. Conteniéndose con esfuerzo, formuló a Dominic una cálida invitación a compartir con él y la familia un ligero refrigerio. Dominic sonrió y dijo con gesto renuente: – Creo que durante la última hora, o poco más o menos, no dije toda la verdad. Conozco bien a su hijo Royce. Nos conocimos en Inglaterra hace unos años, y después mantuvimos una correspondencia irregular. Mi propósito era verlo mientras estaba aquí, y su amable invitación me permite combinar los negocios con el placer.

Si tal cosa era posible, el placer que Josh sentía en vista de la situación se acentuó todavía más. Casi bailoteando de placer pocos minutos después acompañó a Dominic por el largo corredor principal, para ir a buscar a Royce.

Royce se sintió sumamente complacido de ver a un amigo de sus tiempos en Londres. Durante varios minutos él y Dominic intercambiaron preguntas y respuestas, informando cada uno al otro de distintos episodios que habían sobrevenido después que se vieran por última vez, y también criticando cada uno al otro porque no había escrito con más frecuencia, faltando a lo prometido fielmente antes de que Royce saliera de Londres. Al ver la desenvuelta amistad entre los dos hombres, Josh se sintió enormemente complacido. Pero tuvo un desagradable sobresalto cuando de pronto Royce preguntó: – Pero dime, ¿qué te trae a Oak Hollow?

– y sonriendo agregó– : Porque sin duda no se trata de que desees mi compañía.

– Locura – replicó Dominic– . ¿Acaso podría existir otro motivo para que yo me aparte de los placeres ilícitos que puedo encontrar en Natchez o Nueva Orleáns?

En los rasgos armoniosos de Royce se dibujó un gesto de inquietud, y el joven preguntó: – ¿Locura? El caballo de...

No llegó más lejos, porque su padre se apresuró a interrumpirlo.

– ¿Qué importa? Tu amigo ahora está aquí, y creo que acabo de oír la voz de tu madre que nos invita a reunirnos con ella en el comedor. Ven con nosotros, Royce... tú y Dominic pueden conversar después.

Royce dirigió a su padre una mirada inquisitiva, pero al ver la extraña expresión de ruego en sus ojos, se encogió de hombros y sin formular comentarios aceptó lo que Josh decía. Puso la mano bajo el codo de Dominic, y dijo amablemente: – Ven, vamos a buscar a mi madre... te la presentaré.

Salvo ese momento inquietante, las horas siguientes pasaron de un modo que Josh consideró sencillamente fortuito. Dominic era un huésped encantador y amable, y sus elegantes cumplidos a Sally Manchester determinaron que la dama se sonrojase de placer, y la invitación a Dominic, con el fin de que se alojara con ellos en Oak Hollow, fue cálida y natural.

Dominic vaciló en aceptar, pero Royce instantáneamente apoyó el pedido de su madre, diciendo con pereza: – Vamos, Dom. Tenemos que recordar muchas cosas, y estoy seguro de que comprobarás que las comodidades aquí son mucho mejores que las que tienes en el pueblo.

Encogiéndose de hombros en una actitud de aceptación amable de la derrota, Dominic no vaciló más y alegremente aceptó la oferta de hospitalidad.

– Iré contigo a Baton Rouge para traer tus cosas – dijo Royce– , pero antes de que partamos deseo hablar unas palabras con mi padre – agregó, dirigiendo una mirada aguda a Josh.

Pocos minutos más tarde, solo en su estudio con su hijo mayor, Josh enfrentó un tanto inquieto a Royce, que se apoyaba en el marco de la puerta, los brazos cruzados sobre el pecho, con una expresión que para nada contribuía a calmar el nerviosismo de Josh. Durante un segundo Josh consideró la posibilidad de salvar la situación con una mentira; pero después, suspiró. Royce era muy bueno para descubrir una mentira.

Royce Manchester se parecía mucho a sus primos Melissa y Zachary – todos admitían que era la imagen misma de su finado abuelo Jeffery Seymour a la misma edad. Los espesos y rizados cabellos negros cubrían la cabeza bien formada, y poseía las mismas cejas negras y bien dibujadas y los ojos topacio que también habían heredado Melissa y Zachary. Era un hombre alto, de espaldas anchas y caderas angostas, y levemente disipado. Era sumamente ("incómodamente", habría confesado Josh) astuto, y pocas cosas le pasaban inadvertidas. Clavando en su nervioso padre una mirada aguda, Royce preguntó: – ¿Cuál fue exactamente el significado de esa escenita?

Josh se aclaró la voz con cierta torpeza y murmuró: – Dominic cree que nosotros... que yo soy el dueño de Locura. No sabe nada de Melissa, y pensé...

Se interrumpió bruscamente, muy consciente de la fragilidad de ese plan.

Pero no necesitaba explicar nada a Royce; pues el joven comprendió de inmediato. Con un resplandor sardónico en los Ojos pardo dorados, Royce dijo: – De modo que decidiste suavizarlo un poco antes de que conozca a mi intrépida prima. – Meneó la cabeza con desagrado, y agregó:– ¡Si lo intentas te arrepentirás! Dominic es un antagonista demasiado astuto para ti. Apenas oiga hablar de Melissa sabrá exactamente qué te propones – créeme, es un verdadero experto cuando se trata de identificar a las casamenteras.

Como no deseaba discutir ese asunto con Royce, Josh se limitó a preguntar: – ¿No se lo dirás? ¿Le permitirás que continúe creyendo que Locura me pertenece?

Hubo una pausa, y después Royce dijo con voz tranquila: – No se lo diré... a menos que me lo pregunte directamente. – Con una sonrisa en su boca bien formada, Royce confesó:– Quién sabe, quizá tu pequeño plan produzca resultados, y en todo caso será divertido ver a Dominic enfrentándose con Melissa. Estoy seguro de que nunca conoció una joven como ella, y también tengo la certeza de que ella jamás posó la mirada en un hombre de tan infernal encanto como Dominic Slade.

Aunque la reacción de Royce no era precisamente la que Josh habría deseado, respiró más tranquilo tan pronto Royce y Dominic partieron en dirección al pueblo. No perdió un instante y se dirigió a Willowglen. Ahora que la primera parte del plan estaba en marcha, era hora de organizar la segunda fase.

Cuando llegó a la casa principal, no le sorprendió la información suministrada por Frances Osborne, que le dijo que Melissa estaba atareada en los establos. Silbando feliz, Josh caminó en esa dirección. Por el momento, las razones que hacían necesario ver a Melissa casada cuanto antes se habían esfumado de su mente, y en verdad le agradaba mucho su

propio intento de casamentero.

Sus ojos necesitaron un segundo para adaptarse, después de la intensa luz exterior, a la agradable sombra del interior de los establos; pero después distinguió a Melissa. Estaba de espaldas a Josh, y rastrillaba enérgicamente uno de los establos.

Distraídamente contempló el vestido viejo y rotoso, y el pulcro moño que formaba los cabellos, pero supuso que tanto el vestido como el tocado eran la consecuencia de las tareas que ahora estaba realizando. Sin embargo, comprendió su error cuando pronunció el nombre de Melissa y ella se volvió para mirarlo. Asombrado y deprimido observó la mezquina apariencia de la joven, y su buen humor se disipó cuando pudo examinar con atención los feos anteojos, el vestido que sentaba mal a Melissa y el tocado severo. Ni siquiera el afecto de un tío podía ignorar el hecho de que ella parecía... bien... ¡horrible! Y Josh no necesitó mucha inteligencia para saber por qué había modificado de ese modo su apariencia – era evidente que estaba decidida a rechazar todo lo que significara una insinuación del sexo masculino. Sin saber muy bien cómo afrontar ese imprevisto sesgo de la situación, Josh la miró en sombrío silencio.

Al percibir el desaliento del visitante, pero sin imaginar siquiera cuál era la razón que lo explicara, Melissa casi compadeció a su tío. Casi. Se había preparado para afrontar una medida considerable de irritada exasperación, y la explosión de asombro y desaliento absolutos de Josh determinó que Melissa vacilara entre la diversión y el arrepentimiento. Era evidente que el cambio de su apariencia estaba provocando precisamente el efecto deseado, pero el hecho de que Josh no reaccionara gritando y renegando la inquietaba un poco. Ella podía lidiar con un Josh colérico e irascible, pero no con uno que parecía la expresión misma de la derrota. El rostro de Melissa se suavizó, y en sus labios se dibujó una sonrisa insegura.

Esta cambió toda su cara, de modo que el observador cobraba cierta conciencia hipnótica de la forma agradable de los labios y la curva suave del mentón. El cambio era notable, y a pesar de los cabellos peinados hacia atrás y los feos lentes, uno entreveía con bastante claridad cierto atisbo de su belleza natural, y en ese instante Josh comenzó a reaccionar un poco. Quién sabe, se dijo obstinadamente, tal vez Dominic Slade se complazca en descubrir la belleza que acecha bajo esa apariencia de solterona. Tenía cierta conciencia de que probablemente estaba engañándose, pero decidido a insistir en sus planes Josh trató de hallar el modo de aprovechar el más reciente acto de desafío de Melissa. De pronto tuvo una idea, y en definitiva dijo con voz pausada: – Ah, veo que ya te advirtieron.

Atónita, Melissa lo miró.

– ¿Que me advirtieron? – replicó con voz débil, preguntándose nerviosamente por qué, fuera del evidente asombro inicial, su apariencia no parecía haberlo molestado en absoluto. Que me advirtieron ¿qué?

Entusiasmándose con su propia idea, y casi gozando de la situación, Josh respondió sin vacilar: – Vaya, me refiero a Dominic Slade.

Melissa miró a su tío con atención. No parecía que él deseara engañarla, pero por otra parte Melissa no estaba tan familiarizada con el comportamiento de un caballero que había bebido con cierto exceso. De todos modos, había algo extraño, y como no sabía qué hacer, la joven preguntó cautelosamente: – ¿Dominic Slade? ¿Qué hay con él?

Josh fingió una expresión sorprendida.

– ¿Quieres decir que todavía no sabes nada? Pensé que tú debías haberte enterado... y que como sabías que estaba cerca decidiste que era mejor presentarte ante él con un atuendo tan desagradable.

Desconcertada, pero intentando valerosamente hallar el sentido de las palabras de Josh, Melissa se encogió de hombros y replicó: – ¡Oh! Ese Dominic Slade. – Se sintió una perfecta estúpida, pero como no estaba dispuesta a permitir que Josh percibiese el desconcierto que ella sentía, agregó:– Sí, alguien mencionó que estaba cerca, y me pareció mejor que... – Dejó inconclusa la frase, pues no deseaba revelar que no tenía la más mínima idea de lo que su tío estaba diciendo. Lo miró con una sonrisa en los labios, y preguntó:– ¿Apruebas mi actitud?

Librodot

– ¡Oh, sí, querida! No sabes cuán feliz me siento que usaras tu sentido común e inmediatamente adoptaras medidas para protegerte de las atenciones indeseadas de ese sinvergüenza. Ha sido muy sensato de tu parte disfrazar así tus indudables encantos.

– Con una sonrisa animosa, continuó diciendo:– ¡Pocos hombres querrán insinuarse a una mujer que tenga el aspecto que tú muestras ahora! ¡Estoy seguro de que Dominic Slade no será uno de ellos! ¡Sólo le interesan las mujeres más bonitas!

Un tanto irritada por los comentarios de Josh, pese a que la opinión expresada era precisamente la que ella había deseado provocar, Melissa dijo con voz seca: – Quizás así es, pero también es posible que "las mujeres más bonitas" no demuestren el más mínimo interés por el señor Slade.

– Querida, ¡en eso te equivocas! – replicó Josh con cierto aire compasivo en el rostro– . Es un demonio muy apuesto, te lo diré sin rodeos. Lo que es más, en vista de su estirpe, es uno de los Slade de Natchez, una familia muy rica y respetada, pocas de las damas de nuestra región dejarán de creerlo absolutamente irresistible. – Y agregó:– Tuve el placer de conocerlo hoy, y puedo asegurarte que en efecto ¡es muy apuesto!

Melissa curvó desdeñosamente el labio superior.

– ¡E imagino que tiene una opinión bastante elevada de sí mismo!

– ¡Oh, no! ¡En absoluto! Es un tipo encantador, bastante modesto. Si no fuese por sus modales agradables y su atuendo impecable, uno nunca adivinaría que proviene de una familia tan destacada.

Ahora por completo desconcertada – Dominic Slade parecía el tipo de caballero que su tío había intentado imponerle como marido durante años– Melissa frunció el entrecejo. ¿Cuál era el juego de Josh? ¿Y por qué? Parte de su confusión se manifestó en la expresión de su rostro cuando preguntó con desconfianza: – Si es un hombre tan perfecto, ¿por qué te complace que yo me vista de tal modo que desaliente sus avances? ¡Hubiera creído que tu reacción natural tenía que ser venir aquí deprisa e insistir en que yo hiciera todo lo posible para atraer su atención, y no a la inversa!

Josh pareció escandalizado.

– Oh, ¡pero sucede que ese hombre no es para ti, niña! Es demasiado culto y mundano. Además – murmuró con aire reflexivo a decir verdad no sé si sería un buen marido... dicen que es bastante aficionado a... bien, a cierto tipo de mujer. Y por supuesto, está su inclinación al juego. – Josh meneó la cabeza con pesar.– No, no, no es el tipo de hombre con quien desearíamos verte casada, y me alegro mucho de que lo hayas advertido enseguida, y hayas adoptado medidas para asegurarte de no atraer su mirada codiciosa.

Presa de sentimientos contradictorios, Melissa tuvo conciencia del impulso indigno de golpear el suelo con el pie en un gesto irritado. ¡Cómo se atrevía el tío Josh a decidir que el señor Slade no era el hombre que le convenía! ¡Cómo se atrevía a desechar de un modo tan autoritario a Dominic Slade, afirmando que era excesivamente culto y mundano para ella! Tal vez al conocerlo ella simpatizara mucho con el señor Slade, y era humillante que Josh desechara de manera tan prepotente las posibilidades que ella tenía de atraer la atención de un hombre tan apuesto, rico y encantador.

Melissa comprendió de pronto adónde estaba llevándola su actitud de rebeldía, y entrecerró los ojos y miró más atentamente a su tío. ¿Quizá se trataba de una astuta trampa? ¿Estaba engañándola, con la esperanza de que ella acabara simpatizando con el señor Slade?

Josh afrontó la mirada de suspicacia, y no se inmutó en absoluto, de modo que mantuvo su expresión de total inocencia. Pero la mirada fija de Melissa era un tanto inquietante, y Josh se apresuró a hablar, y dijo algo que pudiera distraer la atención de la joven.

– ¿Viste últimamente al joven Newcomb? Entiendo que mantiene firmemente su intención de casarse contigo.

Al oír esto, Melissa desechó sus conjeturas acerca del posible engaño de Josh. Con un resplandor colérico en los hermosos Ojos, Melissa exclamó: – ¿Un firme propósito? ¡Yo diría que se muere de deseos! Para evitar sus atenciones... y también las del señor Slade – se

apresuró a agregar– me disfracé de este modo. – Dirigió a su tío una mirada medio irritada medio ofendida, y continuó diciendo con voz que era casi un ruego:– ¿Cesarás en tus intentos de casarme? Sé que tu necesidad es urgente, pero lo mismo sucede con la nuestra, y si yo no estoy dispuesta a casarme para mejorar un poco nuestra propia situación, ¿crees que lo haré para cambiar la tuya? ¡No me casaré con John Newcomb! ¡Y apreciaría mucho que cesaras de entrometerte en mis asuntos!

Palmeándole amablemente el brazo, Josh dijo con acento tranquilizador: – Vamos, vamos, querida. No había advertido que mis actitudes te molestaban tanto. Debes creerme si te digo que nunca más intentaré convencer a John Newcomb de que continúe asediándote.

Melissa miró desconcertada un momento a su tío. Después, casi sin creer en lo que él había dicho, insistió: – ¿Lo prometes?

Dirigiéndole una sonrisa bondadosa, él dijo con perfecta sinceridad: – ¡Tienes mi palabra en ese sentido!

Y después de palmear con afecto la mejilla de la joven, se despidió de ella.

Melissa lo observó asombrada y aturdida, casi incapaz de comprender la facilidad con que él había formulado su promesa. ¡Quizá no sabía lo que decía! Por lo menos ésa fue la conclusión de la joven. Pero más tarde comentó la conversación con Etienne y Zachary, y ambos opinaron que no era posible que Josh estuviese borracho.

– Era de mañana y demasiado temprano – dijo Zachary, con todo el aire superior de un varón de diecinueve años.

Etienne se encogió de hombros.

– Oui, era temprano, pero la hora del día nada tiene que ver con esto. Tu oncle jamás se acercaría a ti con una copa de más en el cuerpo... sus modales son demasiado elegantes.

De mala gana, Melissa aceptó la interpretación que hacía Etienne de la situación. Josh ci: efecto era riguroso cuando se abordaba el tema del trato que las damas de la familia merecían, y no era hombre de presentarse ante ellas ni borracho ni desnudo.

– En ese caso, ¿qué les parece sus observaciones acerca de este Dominic Slade? – preguntó Melissa frunciendo el entrecejo– . ¿No les parece que fueron un poco extrañas? ¿Acaso el señor Slade no es precisamente el tipo de caballero que Josh intentó presentarme desde que cumplí los diecisiete? – Frunciendo aún más el entrecejo, la joven continuó.– Fue casi como si él deseara que yo no simpatizase con el señor Slade, y sin embargo se las arregló para que yo supiera que ese hombre es apuesto y rico, y tiene una familia impecable. ¿Es posible que el tío Josh haya apelado a una táctica muy sinuosa?

Ante la expresión de confusión de Zachary, Melissa explicó con palabras un tanto incoherentes: – Oh, ¡ustedes saben a qué me refiero! Pareció que no deseaba que el señor Slade me agradase, y en realidad abrigaba la esperanza de que yo actuaría perversamente, y aceptaría a ese hombre sencillamente porque de ese modo irritaría al tío Josh, cuando la verdad es que él desea exactamente todo lo contrario.

Zachary la miró desconcertado. Después de una discreta pausa, dijo con expresión cautelosa: – Este... ¿crees que el tío Josh puede ser tan astuto?

Melissa suspiró.

– No lo sé... Tal vez sí. Quizá sucede que su súbito cambio de actitud provoca mis sospechas.

– Mes enfants, creo que están preocupándose demasiado por nada – dijo serenamente Etienne– . Y sean cuales fueren los motivos del tío Josh, alégrense de que, por el momento, no continúan riñendo con él. Con respecto al señor Dominic Slade... – Con un parpadeo de los ojos negros, bromeó:– ¡Quién sabe, Isabelle, quizás él sea la respuesta a todas nuestras plegarias!

5

Dominic no podía saber que él representaba la realización de las esperanzas de otras personas. Solamente sabía que después de diez días en Oak Hollow, y a pesar de que la estancia había sido muy agradable, sus propias esperanzas de adueñarse o incluso de ver al corcel Locura estaban disipándose con velocidad. Siempre que intentaba orientar la conversación hacia el asunto del caballo, Royce mostraba una notable inclinación a cambiar de tema, y con respecto a Josh Manchester...

De pie frente a la ventana de su agradable dormitorio en Oak Hollow, Dominic miró con el entrecejo fruncido la ondulada extensión de prado verde que se extendía bajo su mirada. El señor Josh Manchester demostraba una notable capacidad para esquivar el tema siempre que se mencionaba el nombre de Locura.

Era un hombre muy cordial y un anfitrión sumamente amable, y pasar el tiempo con Royce era grato, pero después de todo, Dominic había llegado allí con la intención de comprar. Pero hasta ahora no se había hablado del caballo. No había podido organizar una visita al lugar en que estaba el bendito animal, y su paciencia, que fuera una de sus virtudes más destacadas, comenzaba a agotarse. Además, pensaba irritado, comenzaba a fatigarse de los comentarios acerca de Melissa Seymour, la condenada sobrina de Josh. Si volvía a oír más observaciones de Josh acerca de la belleza y el espíritu de la joven, y su dulzura y su independencia, de la valentía con que estaba ayudando a su hermano a recuperar la propiedad, Dominic sabía que él mismo explotaría con violencia.

Melissa era de hecho tan valerosa que, con gran sacrificio de su propia persona, había rechazado más de una tentadora oferta de matrimonio. Oh, Josh había afirmado sin vacilar que no tenía la más mínima duda de que Dominic comprobaría que era un gran placer conocerla. Vaya, tenían tantas cosas en común, había dicho en más de una ocasión que ella era una mujer consagrada totalmente a la cría de caballos, y sabía mucho de la cría y la cruza de animales de primera categoría.

Con una sonrisita cínica en los labios, Dominic llegó a la conclusión de que la señorita Melissa Seymour debía ser ¡una mujer obstinada, de expresión agria y carácter prepotente! ¿Acaso había otra razón que explicase que ese paradigma de virtud y belleza continuara soltera? Josh podía decir lo que se le antojara, pero Dominic estaba muy seguro de que la señorita Melissa era precisamente el tipo de mujer que él no podía soportar, una mujer acostumbrada a los caballos, de carácter dominante y lo que era peor, la desagradable idea de que Josh estaba intentando, sin excesiva sutileza, despertar el interés del visitante por la joven, había comenzado a rondar con frecuencia cada vez mayor la mente de Dominic.

Librodot

Royce había mantenido una actitud de cuidadosa abstención en relación con el tema de la señorita Seymour, y eso también provocó las sospechas de Dominic, sobre todo porque tenía la clara sensación de que algo parecía muy divertido a Royce. Solamente eso había bastado como advertencia para Dominic. Royce tenía a veces un extraño sentido del humor, y era perfectamente capaz de gozar observando los frenéticos esfuerzos de sus amigos del sexo masculino mientras se defendía violentamente y rechazaba a las madres absolutamente decididas a concertar un matrimonio – o a los tíos según fuese el caso.

De pronto, Dominic esbozó una sonrisa. Bien, él había hecho lo mismo; Dominic y Royce incluso habían cruzado apuestas en situaciones parecidas; y si ambos hubiesen trocado sus posiciones... Sonriendo para sus adentros, se volvió y caminó hacia la puerta.

Pero cuando estuvo en el espacioso corredor, su sonrisa se disipó; y afirmando ominosamente el mentón, fue a buscar a su anfitrión. En ese momento decidió que no estaba dispuesto a perder un minuto más. ¡Vería el caballo y haría su oferta, y eso sería todo! No dedicó un solo pensamiento más a la señorita Seymour.

Encontró a Josh cómodamente sentado en la biblioteca, y Sin rodeos Dominic dijo con voz neutra: – Creo que sería buena idea que viese hoy a Locura. No puedo continuar abusando de su generosa hospitalidad. – Extrajo del bolsillo del chaleco el reloj de oro, lo miró y murmuró:– ¿Podemos salir de aquí para ir a ver el animal digamos en media hora?

Tomado totalmente por sorpresa, Josh no halló una excusa apropiada. Valerosamente intentó retrasar el momento terrible en que tendría que confesar su duplicidad, y se sonrojó, balbuceó y dio largas al asunto, pero fue inútil. Dominic mantuvo su decisión con cortés inflexibilidad, y en definitiva Josh confesó haber faltado a la verdad.

Se hizo el silencio mientras Dominic, atónito, percibía el sentido real de las palabras de Josh. Sin saber muy bien si deseaba maldecir o reír, Dominic preguntó finalmente: – ¿Quiere decir que usted no es el dueño de Locura? ¿Que esa sobrina Melissa Seymour es la propietaria y que los últimos diez días, por agradables que hayan sido, usted me retuvo aquí utilizando una falsedad?

Avergonzado y muy incómodo, Josh se movió inquieto en su sillón. De mala gana reconoció que ése había sido el caso. Miró nerviosamente al joven de expresión seria que tenía enfrente, y de pronto sintió el fervoroso deseo de no haber iniciado nunca la ejecución de ese plan que antes le había parecido tan inteligente.

– Entiendo – dijo secamente Dominic, y era difícil descifrar la expresión de su rostro sombrío. Con voz neutra preguntó: ¿Puede explicarme por qué empleó este subterfugio? ¿Por qué no me dijo la verdad la primera vez que vine a su casa?

Inquieto, Josh se aclaró la voz, y se preguntó sobriamente por qué no había previsto lo que sucedería cuando saliera a luz la verdad acerca de la verdadera propietaria de Locura. Buscando desesperadamente un modo de excusar sus actos, un modo de salvarse pero sin revelar el plan que él mismo había concebido, halló el germen de una idea. Adornó esa excusa creada deprisa a medida que le explicaba, y dijo con más confianza que la que sentía: – Me pareció que así era mejor. Quise asegurarme de que usted era un auténtico caballero antes de presentarle a mi sobrina. Después de todo, soy el tutor de su hermano, y siento mucha responsabilidad por Melissa. – Alentado por la falta de signos evidentes de cólera en Dominic, agregó con total desprecio por la verdad:– Desde la muerte del padre, mis dos sobrinos me consideran un consejero de confianza y el protector de sus intereses. – Ahora ya comenzaba a creer en sus propias palabras, y terminó con cierto aire de virtud:– Mi deber es protegerlos de los que podrían aprovecharse de ellos.

Dominic contempló reflexivamente a Josh. En la explicación del dueño de casa había algo que no parecía cierto, pero en vista de las circunstancias, sus palabras podían ser plausibles, ¡aunque desagradables! Jamás nadie había cuestionado antes la credibilidad de Dominic, y le desagradaba pensar que durante todos esos días Josh había estado juzgándolo. Su orgullo se sentía un tanto herido de pensar que alguien se atrevería a formular conjeturas acerca de su honorabilidad.

El regocijo disputaba el terreno a la irritación en el pecho de Dominic, y el joven preguntó secamente: – ¿Y ahora usted está seguro de que no soy hombre que pretenda aprovechar la situación de su sobrina?

– ¡Oh , sí! – se apresuró a responder Josh, y al comprender que su actitud debía haber sido ofensiva, agregó deprisa– : Como usted comprenderá, en realidad nunca hubo verdaderas dudas respecto de su persona... fue sólo que... – Hizo una pausa. Después, deseoso de distanciarse de esa ingrata situación, habló atropelladamente.– Era necesario tranquilizar a Melissa. – Una idea desagradable de pronto surgió en la mente de Josh, y éste murmuró:– Bien, debo advertirle que ella no desea vender el caballo. Alienta no sé qué ideas insensatas acerca de la fundación de su propio ha– ras. – Hizo un gesto despectivo con las manos y agregó:– Le dije que es ridículo, pero como ya lo he mencionado ella puede ser... bien... obstinada cuando se le mete una idea en la cabeza.

– Si no quiere vender el animal, ¡he perdido mi tiempo mientras estuve aquí! – dijo exasperado Dominic– . ¿Por qué no me dijo que el caballo no estaba en venta?

– Ah, bien – respondió Josh, que no deseaba revelar su esperanza de ver a Melissa formalizando una excelente unión con Dominic. Y como aún no estaba dispuesto a renunciar por completo a su plan original, sobre todo ahora que al parecer el peor momento había pasado, observó astutamente– : Quizás usted pueda comprar el animal, si puede convencer a mi sobrina de que será un propietario responsable, y no maltratará al caballo.

– ¡Solamente deseo comprar a Locura, no casarme con él! – replicó ásperamente Dominic, que ya estaba perdiendo los estribos. Pero la declaración de Josh era alentadora, y como se resistía a abandonar sus planes sin haber visto al caballo, dijo finalmente– : Si lo que usted dice es cierto, con su permiso iré a Willowglen y conoceré personalmente a su sobrina. ¡Cómo parece tener mucho afecto al caballo, quizá logre convencerla de que mi actitud hacia el animal también es absolutamente positiva!

Josh dirigió una sonrisa a Dominic, muy aliviado porque esa Situación tan desagradable había quedado atrás.

– ¡Excelente! – dijo con expresión complacida– . ¡Y por supuesto, cuenta con mi autorización! ¡Caramba, usted ya es casi miembro de la familia!

Dominic lo miró con el entrecejo enarcado burlonamente, y ahora en efecto alimentaba profundas sospechas. ¡Tener a Josh Manchester como pariente político era lo que menos deseaba en el mundo!

Después de saludar al hombre mayor, Dominic encontró a Royce en el corredor principal. Dominic dirigió a su amigo una mirada sombría y gruñó: – Voy a ver a Locura, el caballo de la señorita Seymour: ¡y tú y yo hablaremos cuando regrese!

– Ah, lo descubriste, ¿verdad? – preguntó interesado Royce– . Me preguntaba cuánto tardarías en saberlo.

Dominic rió de mala gana.

– ¡Maldito seas, Royce! ¡Podrías haberme advertido!

Royce sonrió.

– Sí, ¡pero de ese modo no habría sido tan divertido!

Con una seca sonrisa en los labios, Dominic caminó hasta los establos de Oak Hollow, y muy poco después, atendiendo las indicaciones del jefe de los palafreneros, cabalgó hacia Willowglen. Los pensamientos mientras cabalgaba no eran agradables, y por irónico que pareciera el blanco de su enojo no era Josh, sino la señorita Seymour. Quién sabe por qué, Dominic se había convencido de que precisamente por pedido de la señorita Seymour, Josh había iniciado esa pequeña y tonta intriga que había determinado que Dominic perdiese varios días en Oak Hollow. Sentía que se habían burlado de él, y la situación misma lo irritaba bastante. Debió de haber sido por el hecho de que los días perdidos y la aparente renuencia de la señorita Seymour a recibirlo no habían acentuado una obstinada decisión en el propio Dominic, el joven se habría alejado de Oak Hollow y no habría pensado nunca más en Locura. Pero según estaban las cosas, y contra su propia voluntad, en efecto sentía curiosidad

Librodot

por conocer a la señorita Seymour, y por supuesto, además estaba el caballo...

La primera imagen que recibió de Willowglen no fue alentadora. Con una mueca sardónica en la boca de labios expresivos, llegó a la conclusión de que Josh había exagerado mucho la idea de que las dificultades eran provisionales. Para su mirada experta, era evidente que el estado de la casa principal no respondía a cierta falta reciente de fondos, sino que era una enfermedad bastante antigua. Las líneas elegantes de la casa de dos pisos ancha y baja, antaño muy hermosa, aún eran evidentes, y el marco formado por los robles cubiertos de musgo, las mimosas gigantescas y los grandes mirtos sin duda era atractivo, pero también era muy evidente que desde hacía varios años no se invertía dinero en el mantenimiento de la casa y los terrenos. La pintura estaba ampollada y descascarada, y varios años del cálido sol de Luisiana había dañado mucho las superficies; además, había varios huecos poco agradables en la elegante pero oxidada baranda de hierro forjado que adornaba la galería, y que recorría toda la extensión del frente de la casa. La extensión del prado que corría entre los diferentes árboles, alrededor de la casa, aparecía descuidada y llena de malezas, y había una atmósfera general de descuido en todo el lugar. No, se dijo sobriamente Dominic, no era un revés provisional de la suerte, y en ese momento se preguntó si Josh no le había dicho otras mentiras acerca de la señorita Seymour y su hermano.

Cuando su llamado sobre el par de puertas verdes del frente de la casa no tuvo respuesta, emitió un suspiro y rodeó la construcción para llegar al fondo. Se dijo con desaliento que los Seymour no sólo tenían una casa muy descuidada, sino que al parecer tampoco mantenían un grupo suficientemente numeroso de servidores.

Cuando llegó al fondo, dirigió una mirada crítica al huerto descuidado y a las pocas y flacas gallinas guardadas en un gallinero próximo. Al ver la pequeña construcción de ladrillos que se levantaba a poca distancia de la casa principal, se acercó con paso rápido. ¡Seguramente habría alguien en la cocina!

Sí, había alguien. Esta vez el llamado a la puerta fue atendido por Ada, con las manos cubiertas de harina y una expresión impaciente en la cara negra y reluciente. No se mostró especialmente acogedora, y una breve conversación reveló que la señorita Seymour no estaba allí (donde debería estar, según afirmó sin rodeos Ada, pues tenía que ayudar a hornear), sino que podía hallársela en los establos. Con reservas cada vez más profundas, Dominic caminó lentamente en la dirección indicada por Ada, pero su interés en conocer a la excéntrica señorita Seymour, se había despertado definitivamente – ninguna de las damas a quienes él conocía estaba nunca en la cocina o en los establos.

La señorita Seymour, que ahora trabajaba de firme rasqueteando y cepillando uno de los grandes pesebres construidos recientemente para albergar a las nuevas yeguas, ¡no pensaba de ningún modo en el señor Dominic Slade! Pero eso no significaba que su interés por el caballero no se hubiese despertado también. Durante los días que Dominic había pasado en Oak Hollow, Josh había visitado sólo dos veces a Willowglen, y en ambos casos había evitado mencionar con excesiva frecuencia el nombre de Dominic; en la segunda visita solamente había informado que el caballero se alojaba en casa de la familia, y que era un excelente jinete... y que también él estaba planeando organizar su propio haras en una plantación llamada Mil Robles, que precisamente estaba a menos de dos días de viaje a caballo a lo largo del río. ¡Qué coincidencia! Quién sabe... ¡tal vez estaba contemplando la posibilidad de comprar a Locura para su propio establo!

Esta información no agradó a Melissa, y la joven tuvo conciencia de que experimentaba un profundo resentimiento. ¡Cómo se atrevía ese desconocido a acercarse a la familia y decidir que inmediatamente comenzaría a competir con ella! No era, lo reconocía de mala gana, que Willowglen representase una amenaza importante para el recién llegado. Pero la irritaba, lo mismo que el comentario de Josh acerca de la compra de Locura. Ella jamás vendería a Locura. Y ciertamente no lo vendería a un advenedizo, a un nuevo rico vanidoso que quizá de ese modo lograse echar a perder los intentos embrionarios de Melissa por establecer su propio haras. En una actitud irracional, la joven sintió que la aparente riqueza y

la apostura del forastero eran elementos negativos en su personalidad. Sencillamente, ¡no era justo que una persona se viese favorecida tan generosamente por el destino! Pero sentía curiosidad por ese hombre, y la avergonzaba el hecho de que durante los últimos días siempre que ella había salido de Willowglen había abrigado en secreto la esperanza de echar una ojeada a ese modelo de caballero que recorría a caballo la campiña. Pero no estaba preparada para verlo en su propio establo – y menos aún cuando ella estaba transpirada, y sucia, y sentía mucho calor, ¡y sostenía en la mano una palada de... bien, de estiércol!

Estaba inclinada ejecutando su tarea, y deseando por sobre todas las cosas un sorbo de agua fresca, y la posibilidad de ir a nadar tranquilamente en el arroyo, del lado opuesto de la colina, y un instante después se volvió en redondo y vio frente a ella a un extraño alto y apuesto. Un extraño, se dijo con una súbita e inexplicable presión en el pecho, que podía ser sólo el señor Dominic Slade.

Como venía del prado iluminado por la intensa luz del sol, Dominic necesitó un momento para adaptar la vista a la tranquila penumbra del interior del establo. Se sintió un poco aliviado al comprobar que por lo menos en ese lugar se realizaba cierto intento de mantenimiento, pero ya estaba casi completamente convencido de que cuando al fin consiguiera ver a Locura, la desilusión sería profunda. Era inconcebible que el caballo a quien estaba buscando estuviera en este lugar de pobreza mal disimulada, y tenía la convicción de que alguien estaba saboreando una broma a costa de su propia persona.

Al ver signos de movimiento al fondo del establo, caminó en esa dirección.

– Discúlpeme – dijo, acercándose– , ¿podría indicarme dónde hallar a la señorita Seymour?

Muy consciente de su desaliño, del rizo rebelde que colgaba casi sobre la nuca, de los lentes que se le deslizaban sobre la nariz transpirada, del vestido informe y feo que usaba, y de la pala llena de estiércol de caballo en las manos, Melissa sintió el vivísimo deseo de estar en cualquier otro sitio que no fuera ése. El hecho de que Dominic estuviese pulcramente ataviado con una soberbia chaqueta de excelente tela – una chaqueta, observó Melissa contrariada, que nada hacía para disimular sus anchas espaldas y el pecho robusto no lograba que ella se sintiera mejor. Con una actitud que oscilaba entre el resentimiento y la admiración renuente, Melissa paseó la mirada sobre el par de breeches que revelaban claramente las piernas largas, musculosas y bien formadas, y la prístina corbata blanca que atraía la atención sobre los rasgos morenos y bien formados de la cara.

Melissa se dijo casi sin aliento que era injusto que un hombre fuese tan hermoso como Dominic Slade, que tuviera cabellos negros tan abundantes y rizados, y esas largas y espesas pestañas, y los bellos ojos grises y la boca... Melissa tragó dificultosamente... una boca que originaba en su cerebro los pensamientos más eróticos.

Desconcertada y furiosa a causa de su propia e inesperada reacción frente a él, Melissa miró hostil a Dominic y dijo irritada:

– Yo soy la señorita Seymour. – Las advertencias del tío Josh acerca de las costumbres libertinas de Dominic resonaban en sus oídos, y llegó a la conclusión de que cuanto antes lo echara del establo tanto mejor.– ¿Y usted quién cree ser, que camina así hasta aquí? – preguntó groseramente.

La rapidez mental impidió que la boca de Dominic se abriese en un gesto de asombro. No sólo lo sorprendía la apariencia de Melissa, sino que además su actitud hostil lo tomó totalmente por sorpresa. Sin duda, pensó Dominic estupefacto, esa criatura desagradablemente alta y desmañada que vestía una prenda de deplorable aspecto y lo miraba fieramente por encima de un par de gafas ridículamente grandes, ¡no podía ser la señorita Seymour de las descripciones de Josh! Pero la actitud de la joven fue lo que determinó que la sonrisa amable desapareciera de los labios de Dominic, y que los ojos grises perdiesen el acostumbrado resplandor jovial.

Tampoco él estaba del mejor humor después de su entrevista con Josh, y no se sentía en absoluto complacido con lo que había visto hasta allí de Willowglen; sobre todo, no estaba

Librodot

acostumbrado a que lo recibieran de ese modo, y menos todavía cuando se trataba de las hembras de la especie. De modo que Dominic preguntó con insultante incredulidad: – ¿La señorita Melissa Seymour?

Muy consciente del terrible aspecto que ofrecía al visitante, el ruinoso vestido pegado desagradablemente a su espalda, rechinó los dientes y contestó: – ¡Si! ¡La señorita Melissa Seymour! – Segura de la identidad del visitante, pero deseando confirmarlo, preguntó:– ¿Y ustedes...?

No se sintió en absoluto sorprendida cuando Dominic dijo

– Dominic Slade. Su primo Royce y yo somos viejos amigos, y durante los últimos días estuve de visita en la plantación de su tío.

– ¿Y...? – preguntó Melissa con voz hostil, pues no estaba dispuesta a caer víctima de los pérfidos encantos acerca de los cuales Josh la había prevenido. ¡Pero comprobó desalentada que no por eso cesaba de desear irracionalmente tener puesto su mejor vestido, y los cabellos lavados, y peinados de modo que cayesen en bellos rizos sobre los hombros!

Dominic apretó los labios. ¡Qué bruja desagradable! Conteniendo el impulso de volverse sobre los talones, dijo con voz seca: – Y he oído hablar de un caballo que según parece usted tiene... Locura, un corcel bayo. Mi hermano Morgan vio el animal en una carrera de Nueva Orleáns, hace varias semanas, y se sintió muy impresionado por su velocidad y su aspecto. Si usted acepta, me agradaría ver el caballo con la intención de pensar en la posible compra.

Una oleada de cólera completamente irrazonable dominó a Melissa. Después de todo lo que ella y Zachary habían pasado, después de todos los sueños compartidos, ¿cómo se atrevía ese... ese... lechuguino a mencionar con tanta confianza la posibilidad de comprar su caballo? ¿Cómo se atrevía a llegar sin ser invitado y anunciado a sus establos, con sus ropas elegantes y su aire arrogante, y a actuar como si todo lo que él deseara concederse lo consiguiera al instante? Tenía una indefinida conciencia de que parte de su reacción hostil respondía a la vergüenza que sentía porque la habían sorprendido en ese estado de desaliño, ¡y no mejoraba en absoluto su humor el hecho ([e que sabia que tenía ese aspecto porque ella misma así lo había deseado! De todos modos, no era sólo la situación embarazosa lo que provocaba la hostilidad de Melissa. En ese caballero alto, moreno y atractivo que estaba frente a ella había algo que provocaba una animosidad inexplicable, ¡y ella nunca tenía arrebatos instantáneos de simpatía o antipatía frente a nadie! Melissa pensó encolerizada que él era demasiado apuesto, y que tenía demasiada confianza en sí mismo, excesiva seguridad.

Un poco avergonzada y chocada por su reacción grosera y poco característica en ella frente a un perfecto desconocido, pero atenta a las advertencias de Josh y decidida a desembarazarse inmediatamente de la presencia inquietante de Dominic, Melissa replicó con escasa amabilidad: – Si vino sólo para ver a Locura, está perdiendo su tiempo, lo mismo que el mío. En ningún caso aceptaré jamás vender a Locura. ¡Y no me importa el precio que usted pueda ofrecer!

En la convicción de que la señorita Melissa Seymour era una de las arpías menos atractivas y de peor carácter que había tenido la desgracia de conocer, Dominic asintió brevemente.

– En ese caso, diré que no tenemos nada más que hablar.

– Con un resplandor burlón en los ojos grises, miró la pala cargada de estiércol muy oloroso, y rezongó:– Veo que usted tiene cosas mucho más... importantes que hacer, de modo que no la obligaré a perder más tiempo.

Miró de nuevo largamente a Melissa y sus ojos recorrieron lentamente los cabellos recogidos de color indefinido, los lentes anticuados y la boca apretada, mientras se preguntaba cínicamente si todos sabían que en verdad Josh y Royce eran una pareja de deficientes mentales. ¿De modo que una belleza? ¡Bah! Si ésa era la idea que ambos tenían de la belleza, ¡no cabía ninguna duda de que debían ser enviados a Inglaterra para pasar una temporada en el manicomio más famoso de ese país!

Encogiéndose de hombros ante los extraños caprichos de la naturaleza humana, Dominic se disponía a volverse para salir cuando una voz llamó desde la puerta del establo.

– ¡Lissa! Te traje una jarra de limonada. ¿Quieres probar un poco?

Al oír su nombre, Melissa cesó de contemplar la posibilidad de volcar la palada de estiércol sobre las botas bien lustradas del señor Slade, y una cálida sonrisa de pronto se dibujó en su cara.

– ¡Oh, Zack! – Exclamó en un tono de voz mucho más agradable que todo lo que Dominic le había oído hasta ese momento.– ¿Cómo supiste que deseaba beber algo?

El hermano se rió, y con una jarra de limonada en una mano y dos vasos en la otra, Zachary se acercó. Miró a Dominic, le dirigió una sonrisa cordial y dijo: – Hola, usted debe de ser Dominic Slade.

Dominic necesitó un momento para advertir que le hablaban. Todavía estaba conmovido por el cambio fascinante que una sonrisa determinaba en la cara de Melissa. Con cierto esfuerzo apartó los ojos del delicioso hoyuelo que le había aparecido cerca de la boca, de pronto ya no tan apretada, y mirando a Zachary, dijo amablemente: – Sí, yo soy – una débil expresión de desconcierto se mostró en su cara bien formada, cuando preguntó: Pero, ¿cómo lo supo? Creo que no hemos sido presentados.

Zack sonrió.

– El tío Josh – respondió brevemente– . Nos habló con mucho entusiasmo de su notable visitante.

Dominic sonrió modestamente, y sintió una simpatía instantánea por el joven.

– Yo no diría que soy notable, pero por otra parte tampoco deseo destruir las ilusiones que usted se formó.

La expresión árida de Melissa reapareció otra vez, pues no la complacía en absoluto la cordialidad que se manifestaba entre los dos hombres.

– ¡Bien, usted no destruirá mis ilusiones, señor Slade! – interrumpió bruscamente.

Sin hacer caso de la expresión de asombro de Zachary, que exclamó: – ¡Lissa! – volcó el contenido de la pala peligrosamente cerca de las botas de Dominic. Con su voz cargada de rechazo, dijo:– Y como usted se disponía a partir, no lo retendremos más.

La sonrisa de Dominic se esfumó, y el joven saludó fríamente con un gesto de la cabeza de cabellos oscuros. Volvió intencionalmente la espalda a Melissa, y dirigió una mirada cordial a Zachary.

– Como es evidente que vine en un momento impropio – dijo a Zachary– , quizás usted tenga la bondad de reunirse con Royce y conmigo en la taberna del Cuerno Blanco, en Baton Rouge para cenar esta noche... pensamos que sería agradable escapar un rato de las enaguas.

Dirigiendo una mirada desafiante a su hermana, Zachary se apresuró a contestar: – ¡Con mucho placer, señor! ¿A qué hora propone que me reúna con ustedes?

Los dos caballeros, indiferentes a la hostilidad que manifestaba Melissa, acordaron una hora, y sin más palabras ni miradas en dirección a la joven, Dominic salió del establo. Aunque estaba saliendo de Willowglen, eso no significaba que la señorita Seymour y su afilada lengua hubiesen desaparecido de los pensamientos de Dominic. ¡Todo lo contrario! Estaba convencido de que Melissa era tan desagradable como él había sospechado al principio, y de que no cabía duda de que era una auténtica marimacho de la peor especie, pero él... bien, aunque de mala gana reconocía que esa muchacha lo intrigaba. Por supuesto, se decía cínicamente, lo único que lo intrigaba era lo peculiar que había en ella. Y sin embargo, cuando había sonreído... cuando había sonreído Dominic había recogido un atisbo fugaz y desconcertante de la belleza acerca de la cual tanto había hablado Josh. ¡Pero esas ropas y esos cabellos! ¡Sin hablar de su actitud belicosa! Meneó la cabeza desconcertado, y guió lentamente su caballo hacia la plantación de los Manchester. Ciertamente, ¡era una mujer de nuevo estilo!

Su negativa lisa y llana a permitirle que siquiera fuese a ver a Locura, lo había irritado más que muchas cosas en su vida anterior. Si inicialmente había alimentado a lo sumo leves

Librodot

esperanzas de incorporar el caballo a su establo, los obstáculos imprevistos y desagradables con los cuales había tropezado últimamente, y sobre todo la actitud de la señorita Melissa Seymour, de pronto habían originado en su mente la perversa decisión de adueñarse del animal. ¿De modo que no estaba dispuesta a vender a ningún precio el condenado caballo? ¡Bah! ¡Compraría al condenado Locura y obligaría a Melissa a tragarse sus palabras insolentes! Dominic se dijo que no pasaría mucho tiempo antes de que Locura fuese suyo, y poco le importaba si tenía que pagar una fortuna por un animal que no lo valía. ¡Tendría la gran satisfacción de haberse impuesto a la señorita Melissa Seymour!

Con un atisbo de pesar, reconoció en su fuero íntimo que su despreocupada invitación a Zachary se había originado tanto en el indigno impulso de irritar a la señorita Seymour como en el deseo muy real de conocer mejor al joven. Zachary le habla agradado desde el primer momento, algo que no podía decirse de sus sentimientos acerca de la señorita, pero no estaba claro si habría buscado la compañía de Zachary de no haber contado con el placer especial de irritar a la señorita Seymour. De todos modos, esperaba expectante la velada, y cuando más tarde mencionó que Zachary se sumaría a la cena privada con Royce, éste pareció más bien complacido.

– Una excelente idea, hubiera debido pensarlo yo también

– dijo con voz pausada Royce mientras salían del establo de Oak Hollow, donde se habían encontrado. Zack necesita alejarse un poco de las faldas de Lissa. Ella tiende a protegerlo demasiado.

Con un destello en los ojos grises, Dominic comenzó a hablar con fingida irritación.

– Y hablando de "Lissa", ¿tendrías inconveniente en explicarme cuál es realmente tu juego? No deseo ofenderte, pero si tu prima es lo que tú crees una mujer bella, ¡empiezo a sospechar firmemente que tú, mi estimado amigo, has permanecido demasiado tiempo en estos páramos desiertos! – Fingiendo que se estremecía, Dominic continuó:– ¡Qué bruja de lengua filosa! ¡Me aterrorizó! ¡Y jamás he visto una criatura más tosca y menos atractiva!

Como gracias a su padre estaba al tanto del cambio de apariencia de Melissa, Royce sonrió enigmático.

– Ah, pero Lissa oculta muchas cosas.

– Las oculta muy bien – replicó con sequedad Dominic, a quien por el momento el tema cesó de interesar. Y entonces, al recordar que tenía que hablar de otro asunto con su amigo, preguntó con engañosa suavidad– : ¿Querrías explicarme por qué cooperaste con el pequeño engaño de tu padre acerca del caballo?

– ¡Oh, eso!

– Sí, ¡eso!

Royce se encogió de hombros.

– No podía traicionar a mi padre, ¿verdad? Tampoco podía llamarlo mentiroso frente a ti. Me pareció más sencillo permitir que los acontecimientos siguieran su curso. – Dirigiendo una mirada inocente a Dominic, terminó con aire despreocupado:– Nunca corriste el más mínimo peligro, y me pareció que era una situación inofensiva.

Dominic resopló, pero pareció dispuesto a dejar así las cosas. No obstante, al entrar en la casa dijo: – Por el momento, parece que Locura está fuera de mi alcance, y como ya pasé aquí varios días más que lo que preveía, iré a Mil Robles por la mañana. – Dirigió una mirada a Royce, que caminaba al lado, y preguntó:– ¿Deseas venir conmigo? No sé muy bien qué clase de acogida nos ofrecerán, pero conociendo a mi hermano estoy seguro de que Morgan no tiene criados perezosos... a pesar de que hace años que no se toma la molestia de vigilarlos.

Royce pensó un momento, y después de una pausa aceptó la invitación de Dominic.

– ¿Por qué no? Las cosas aquí serán un tanto aburridas después de que te marches.

Dominic rió mientras se separaban para cambiarse, y prepararse para la cena en el Cuerno Blanco. Pero cuando Dominic retiró del armario una elegante chaqueta azul oscura con botones dorados, su buen humor ya había desaparecido, porque ahora estaba repasando los hechos de la tarde. Mientras se ponía la chaqueta, llegó a la sombría conclusión de que la

señorita Seymour necesitaba recibir una lección, ¡pues de ese modo comprendería que no era conveniente tratar de un modo tan insolente a Dominic Slade! ¡Y por Dios, a él le complacería suministrarle esa enseñanza!

Librodot

6

Esa noche la cena en Cuerno Blanco fue muy agradable. Dominic había solicitado el uso de la única sala privada, de modo que los tres caballeros no tuvieron que soportar la presencia de otros clientes del establecimiento.

La simpatía inicial de Dominic por el joven Zachary Seymour se vio ratificada, y el visitante se preguntó, y no por primera vez, cómo era posible que ese joven sin duda encantador pudiera tener por hermana una arpía como Melissa. Mientras escuchaba a Zachary que relataba entusiasmado las cualidades de un potrillo de un año, que Melissa había comprado por consejo del encargado del establo, Etienne Martion, Dominic sonrió; y recordó cómo era él a la misma edad, loco por los caballos, ¡y seguro de su capacidad para elegir a un ganador!

Habían concluido la comida, que era un excelente asado de carne de vaca, y ahora se demoraban con el exquisito brandy francés – un brandy francés de contrabando. La conversación pasó de los caballos a los asuntos del momento, y principalmente las hazañas del conocido pirata Jean Lafitte, y sus escondrijos frente a la costa de Luisiana.

Después de depositar sobre la mesa su copa de brandy, Dominic observó tranquilamente: – Imagino que deberíamos sentirnos agradecidos a Lafitte y sus contrabandistas si no fuera por ellos, no estaríamos bebiendo este brandy. Pero también me molesta que nuestro gobernador Clairborne parezca incapaz de afrontar el problema. Hace todo lo posible, pero parece que nadie desea realmente combatir a los contrabandistas. – Levantó de nuevo su copa y continuó diciendo:– También confieso que a veces me inquieta que Lafitte disponga de un grupo bien armado de piratas. Si los ingleses alistaran a Lafitte y a sus hombres... – La voz de Dominic dejó inconclusa la frase. Concluyó con voz grave:– Dios sabe cuánto daño podrían infligir a Luisiana.

Royce asintió.

– Por lo menos – dijo con aire reflexivo– , el general Jackson tuvo éxito en Horseshoe Bend, y ya no es necesario temer a los indios Creeks que asaltan y saquean a voluntad, como hicieron el verano pasado en Fuerte Mims. Por mi parte, me alegro de que el general ahora pueda dirigir sus fuerzas contra los británicos.

Con los ojos relucientes de excitación, Zachary exclamó:

– Por Dios, me agradaría ver a los británicos intentando atacar a Luisiana... ¡encontrarían una resistencia muy vigorosa!

Dominic enarcó el entrecejo.

– ¿Has olvidado que no todos sienten lo mismo que tú? Algunos acogerán con los brazos abiertos a los británicos. ¿Acaso las Felicianas no son denominadas con frecuencia las Luisianas "inglesas" a causa de los muchos británicos instalados allí? Tú mismo tienes origen británico... ¿tu abuelo no fue oficial británico?

Zachary pareció sobresaltarse.

– Bien, sí, pero eso fue hace mucho tiempo, y Lissa y yo somos norteamericanos. ¡Nosotros no profesamos fidelidad a Inglaterra!

– Lo cual me recuerda – intervino Royce mirando intencionadamente a Dominic– . ¿Sabias que Julius Latimer, nuestro amigo de Londres, ahora está de visita en el país? En este momento se aloja en casa de algunos amigos que viven a pocos kilómetros al sur de Baton Rouge.

El cambio que sobrevino en Dominic al oír el nombre de Julius Latimer fue notable. Ya no estaba apoyado con gesto indolente contra el alto respaldo de su silla, y de su cara desapareció la expresión de perezoso buen humor que era tan característica en él. Algo salvaje asomó en sus ojos grises, y su boca sonriente se cerró en una línea hostil, y los huesos mismos de su cara pareció que de pronto estaban hechos de acero.

– ¿Julius Latimer está aquí? – preguntó con voz suave– . ¿Y sólo ahora lo recuerdas? ¿La víspera de nuestra partida?

Al mirar a Royce y a Dominic, Zachary advirtió que por el momento habían olvidado su

presencia, y asombrado mantuvo los ojos clavados en la cara sombría de Dominic, incapaz de relacionar a ese extraño de aspecto peligroso con el sonriente caballero que le había encantado durante la velada. Incluso el cuerpo alargado y elegante parecía haber cambiado, y ahora Zachary recordó vívidamente a una esbelta pantera preparándose para saltar sobre su presa.

Tragando nerviosamente, Zachary dijo en el tenso silencio que siguió: – ¿Ustedes conocen al señor Latimer?

Como si de pronto recordaran su presencia, Royce y Dominic lo miraron, y antes de que Zachary pudiese siquiera pestañear, la cara de Dominic cambió otra vez, y los bellos rasgos exhibieron de nuevo nada más que calidez y cordialidad.

Dominic replicó: – Sí, puede decirse que conozco al señor Latimer. Sin embargo – agregó secamente– , ¡una de las últimas veces que lo vi yo estaba observándolo por la mira de una excelente pistola de duelo!

Zachary contuvo una exclamación, y en su cara juvenil se manifestaban muchas preguntas, aunque él era demasiado cortés para inquirir. En definitiva, Dominic se compadeció del joven.

– En Londres, hace unos años, el señor Latimer y yo discrepamos acerca de cierta... de cierta dama, y ventilamos nuestros sentimientos de mutua antipatía en el campo del honor.

Dominic produjo en el brazo de Latimer un bonito orificio

– dijo Royce con evidente placer– . Por desgracia, ése no fue el fin del asunto. Dos noches después, Dom cayó en una emboscada cuando regresaba a su casa, después de salir de un club de juego, y fue golpeado seriamente. Siempre sospechamos, aunque no pudimos demostrar, que Latimer había contratado a los matones que lo atacaron.

– ¡Oh! – exclamó Zachary, con un suspiro. Dirigiendo una mirada astuta a Royce, agregó:– Siempre me pregunté por qué usted nunca demostró demasiado aprecio a Latimer... él siempre se mostró muy cortés con Lissa y conmigo, sobre todo si se tiene en cuenta que le debemos ese dinero. Su actitud hacia él me llamó la atención.

– ¿Deben dinero a ese zorro? – preguntó ásperamente Dominic.

– Lamentablemente así es – reconoció Zachary, sonrojándose un poco. El señor Latimer tiene un pagaré que mi padre firmó cuando estaba en Inglaterra. Ese documento está vencido desde hace mucho tiempo, pero el señor Latimer se ha mostrado muy amable con nosotros y no reclamó el pago inmediato, aunque estaría en su derecho silo hiciera. – Agregó de mala gana:– Si en efecto reclama su dinero, no sé cómo podremos reunir la suma, Porque es bastante elevada.

– Yo no me inquietaría – dijo Royce con expresión despreocupada– , pero si empieza a presionarlos por el pago, vengan a ver– me inmediatamente.

– Cuenten conmigo – intervino Dominic– . Tengo que arreglar con el señor Latimer algunas deudas, y no me molestaría en absoluto saldar también la que ustedes mantienen con él. A decir verdad – confesó con una sonrisa agria– , ¡eso me complacería mucho!

Satisfecho y avergonzado al mismo tiempo, pues la deuda era un problema inquietante, Zachary balbuceó: – ¡Muchas gracias! Pero Lissa y yo debemos resolver el asunto con nuestros propios recursos.

– Ten presente mi ofrecimiento – dijo redondamente Dominic. Y después, tratando de desviar la conversación, agregó en tono jovial– : Y con respecto a tu hermana... ¿por qué demonios ni siquiera me permite ver a su caballo Locura?

Zachary sonrió, y de pronto pareció mucho más joven que sus diecinueve años.

– Usted la irritó – reconoció sinceramente– . Realmente estaba furiosa después que se retiró. ¡Etienne y yo no pudimos acercarnos a ella por el resto de la tarde sin que se la tomase con nosotros!

– ¿No es su actitud acostumbrada? – preguntó Dominic con evidente incredulidad.

– ¡Oh, no! – replicó riendo Zachary– . Lissa es una gran persona... excepto cuando pierde los estribos, y la única cosa que la enoja de veras es que se mencione la posibilidad de vender a Locura. – Con expresión más grave, agregó:– Aunque todo nuestro futuro no

dependiese de lo que podemos ganar con ese caballo, Lissa jamás soportaría la idea de venderlo... es su caballo, lo ha criado desde potrillo, y lo ama verdaderamente.

– Qué tonto sentimentalismo – dijo disgustado Dominic– . No conozco el plan que ustedes trazaron, pero puedo advertirles que si no disponen de mucho más dinero, no podrán aprovechar bien las cualidades que se le atribuyen a Locura. – Dirigiendo una mirada de simpatía a Zachary, Dominic continuó, eligiendo con cuidado las palabras.– Un criador importante jamás llevará sus mejores yeguas a un lugar administrado como según parece el caso con Willowglen. No deseo ofenderte, pero a menos que todo el establecimiento adquiera un aspecto de mayor prosperidad y a menos que los establos muestren una organización más profesional, no habrá criadores serios que acudan al haras. – Una sonrisa se insinuó en la comisura de sus labios.– ¡Sobre todo si los recibe una figura que se dedica a palear estiércol y tiene una lengua filosa como una espada, que es lo que me sucedió esta mañana!

Las observaciones de Dominic eran hirientes, pero Zachary no podía negar la sensatez de estas palabras. Desalentado, reconoció: – Lo sé, pero Lissa y yo no tenemos más remedio que intentarlo. Lissa dice...

– Olvida lo que dice Lissa – lo interrumpió Dominic con un estremecimiento– . ¿Qué piensas tú?

Siempre dispuesto a manifestar sus propias opiniones, Zachary se zambulló en su propio discurso, y las horas continuaron pasando gratamente.

Por desgracia, ninguno de los dos hombres mayores había tenido en cuenta que la capacidad de consumo alcohólico de Zachary no era igual a la de sus dos amigos, y cuando al fin decidieron terminar la agradable velada, descubrieron desalentados que Zachary estaba borracho. Era muy evidente que no podía permitírsele volver a sus casa cabalgando en esa condición – en el supuesto de que realmente pudiera mantenerse sobre el caballo.

Royce y Dominic discutieron amistosamente quién acompañaría a su casa al joven embriagado. Finalmente, Dominic dijo:

– No es necesario que los dos lo acompañemos, y como mis maletas están listas y las tuyas probablemente no, tú eres quien debe regresar a Oak Hollow.

El consumo del potente brandy por Royce no había sido pequeño, y entrecerrando los ojos miró a Dominic.

– ¿Crees que debo despertar a mis criados a la una de la mañana y pedirles que me preparen el equipaje?

Dominic sonrió, y al mismo tiempo sostuvo la forma inerte de Zachary, mientras el joven se acomodaba inseguro sobre la silla.

– No, pero sí creo que has bebido más que yo, ¡y si no supiera muy bien que tienes una cabeza muy resistente, me preocuparía tu capacidad de hallar el camino a casa sin tropiezos!

Royce fingió que estaba ofendido, y obligó a su caballo a girar sobre sí mismo.

– Las bebidas que consumí esta noche – dijo, enunciando con cautela cada palabra– no me han afectado en absoluto. Pero como pareces decidido a escoltar personalmente a mi primo, no lo impediré.

Clavando las espuelas en su caballo impaciente, Royce inició un rápido galope.

Sonriendo para sus adentros, Dominic espoleó a su propia montura, manteniendo un ojo vigilante sobre Zachary mientras el joven se hundía en las sombras de la noche. Según el modo en que Zachary se balanceaba sobre la montura, Dominic tenía graves dudas de que llegaran a Willowglen antes de que el joven sufriese una oprobiosa caída del caballo.

Felizmente, Zachary era mejor jinete que lo que Dominic creía, y así llegaron a Willowglen un rato más tarde, sin haber sufrido inconvenientes. El aire dela noche había refrescado un poco a Zachary, y su andar era sólo un poco inseguro cuando Dominic lo ayudó a ascender los peldaños que llevaban a la puerta principal.

Dominic había abrigado la esperanza de que podría acostar a Zachary sin incidentes, pero apenas había andado dos pasos por la ancha galería cuando una de las puertas dobles se abrió bruscamente y Melissa murmuró: – ¡Oh, Zack! Me alegro mucho de que hayas

regresado. Estaba muy preocupada por ti... ¿sabes que son casi las tres de la madrugada?

Aunque quizá se había recobrado un poco, Zachary no tenía un dominio total de sí mismo, y ahora comenzó a disculpar– se hablando con acento espeso y tartajoso.

Melissa no había advertido la presencia de Dominic hasta que éste interrumpió las palabras incoherentes de Zachary diciendo en voz baja: – Creo que está demasiado bebido para explicar ahora lo que sucedió.

No había luna alguna, y en la semipenumbra Melissa no había advertido que en la galería había otra persona con Zachary, pero con un extraño sobresalto reconoció al instante la voz de Dominic. De todos modos, lo que la inquietaba ante todo era su hermano, e irritada zumbó: – ¿Y de quién es la culpa? ¿Por qué trata de corromperlo con sus costumbres libertinas?

Quizá Melissa no había advertido la presencia de Dominic, pero él había tenido una desconcertante conciencia de la presencia de la joven al abrirse la puerta. Estaba demasiado oscuro para ver claro, solamente se distinguían perfiles y formas oscuras, pero él tuvo clara conciencia del cuerpo alto y delgado tras la espectral palidez de la baranda. A juzgar por la silueta, apenas visible a la escasa luz de la luna, era evidente que tenía los cabellos sueltos, que caían en desorden sobre los hombros, y que no usaba esos horribles lentes. Dominic no podía ver los rasgos de la joven, pero lo sobresaltó el extraordinario y abrumador deseo de contemplarlos. Casi sin pensarlo, extendió la mano hacia ella, y desde el primer instante su única intención fue acercarla al escaso resplandor de la luz de la luna, en un intento de satisfacer su súbita curiosidad. Pero las palabras irritadas de Melissa lo encolerizaron, y con un rezongo grave cerró la mano sobre el brazo delgado y la acercó bruscamente a su propio cuerpo musculoso.

– ¡Libertino! – rezongó en voz baja.

Quizá fue el brandy o lo tardío de la hora; Dominic no podía saber a qué atenerse, pero lo cierto es que se sintió impulsado por un sentimiento fiero e inesperado sobre el cual no ejercía el más mínimo control. Su boca buscó la de Melissa, y sus brazos fuertes frustraron el natural intento de escapar por parte de ella. No había pensado en la posibilidad de besarla, y ciertamente no había creído que si la besaba eso le aportaría un placer especial; pero ahora comprobó con profundo asombro que los labios de Melissa eran increíblemente dulces, que su cuerpo joven era tibio y suave, apretado contra el cuerpo masculino, y de pronto Dominic se sintió atrapado por una oleada de pasión desconcertante y cálida.

Melissa no estaba preparada cuando las manos de Dominic aferraron sus brazos, y el descenso de la boca hambrienta del visitante fue una sorpresa total... lo mismo que la cálida oleada de excitación que la recorrió cuando los labios de Dominic ejercieron una atracción embriagadora sobre los de Melissa. Realizó un intento instintivo de liberarse, pero no pudo, y cuando pasaron los segundos y Dominic la encerró con más fuerza entre sus brazos musculosos, ella tuvo cierta oscura conciencia de que en realidad no deseaba huir... de que deseaba que él la besara, de que no había pensado en otra cosa que no fuese la persona de Dominic desde esa tarde...

Dominic no tenía idea de lo que él mismo se había propuesto hacer; tenía conciencia únicamente de los labios suaves y temblorosos bajo los suyos, y de las piernas largas y delgadas apretadas contra su cuerpo, de los pechos pequeños y duros presionando sobre su propio pecho. Olvidado del tiempo y del lugar, emitió un gemido de placer y sus manos descendieron hasta las firmes nalgas de Melissa, acercándola todavía más a él, obligando a su tibia suavidad a adherirse a la virilidad instantáneamente despierta.

Perdida en un sueño, despertando a la pasión por primera vez en su vida, Melissa percibía solamente el cuerpo de Dominic, y el extraño placer que el contacto le deparaba. Los brazos de Melissa se deslizaron alrededor del cuello de Dominic, y los dedos se enredaron en los cabellos oscuros, y su boca se entreabrió tímidamente ante la exigente presión del hombre. Parecía que un fuego recorría sus venas, y un estremecimiento de excitación la atravesaba, mientras las manos de Dominic le acariciaban las caderas, y ella sentía el signo evidente del

deseo masculino contra su vientre.

Eso era lo que sus primas habían intentado explicarle, pensó aturdida, arqueando el cuerpo para estar más cerca de Dominic, deseando que ese momento durase, queriendo que las manos de Dominic continuaran evocando esa magia en el cuerpo femenino.

La voz de Zachary quebró el encanto, cuando el joven dijo en su lengua estropajosa: – Eh, Dominic, ¿está besando a mi hermana?

Como gatos escaldados, Dominic y Melissa se separaron bruscamente, y la cordura recobró sus derechos. Avergonzada y desconcertada, Melissa reaccionó ciegamente. Sorprendiendo por completo a Dominic, lo abofeteó con todas sus fuerzas, y el golpe obligó a tambalearse al visitante.

– ¡Monstruo! – escupió Melissa con furia. – ¿Cómo se atreve a tocarme de ese modo repugnante? ¿Cómo se atreve a corromper a mi hermano iniciándolo en sus costumbres vergonzosas?

Durante un instante ella había sido una tierna mujer, que ardía en los brazos de Dominic, y después se transformó tan deprisa en una gata salvaje que Dominic la miró atónito. Su cerebro enturbiado por el brandy y la pasión absolutamente incomprensible que ella había despertado, no reaccionó con la rapidez que era su característica normal. La bofetada de Melissa había sofocado eficazmente el deseo de Dominic, pero él continuaba conmovido por la asombrosa conciencia de que una mujer a la que había estigmatizado con despreocupación como una arpía harapienta y prepotente, había despertado en su cuerpo una pasión afiebrada, la que él nunca había sentido por otra mujer.

Casi distraídamente, se tocó la mejilla donde la mano de Melissa lo había castigado, tan sorprendido por la situación que su agilidad mental de costumbre de pronto lo abandonó. Incluso los pequeños puños que le golpeaban el pecho en realidad no entraban en el ámbito de su conciencia, mientras él permanecía de pie en silencio, frente a Melissa, incapaz de creer en lo que había sucedido. Ni siquiera me agrada, pensó estúpidamente; entonces, ¿cómo puedo desearla?

Melissa no afrontaba esos pensamientos contradictorios, pues la cólera provocada por sus propios actos y por los de Dominic le impedían hallar medios racionales de afrontar la situación. Aplicando un fuerte empujón a Dominic, dijo colérica: – Usted, señor, es un sinvergüenza, ¡y si vuelve acercarse a mí o a mi hermano, le dispararé a la vista!

Dominic estaba de pie cerca del borde de los peldaños, y cuando Melissa le dio el último y fuerte empujón el joven perdió el equilibrio. Tropezó y se deslizó golpeándose en los tres peldaños, para aterrizar con un golpe seco en el suelo blando. Estupefacto, permaneció de espaldas, mirando en dirección a Melissa.

Pero ella había aventado lo peor de su cólera. Aferrando a Zachary, que estaba igualmente aturdido, lo obligó a entrar, y después cerró con fuerte golpe la puerta.

Dominic permaneció varios segundos en la oscuridad, y después se tocó ansioso la cara dolorida, y una sonrisa se dibujó en sus labios.

– Bien, ¡qué me cuelguen!

En el interior de la casa, Melissa comenzó a reaccionar, y le tembló el cuerpo, y sintió las rodillas débiles y las manos que se agitaban. Abrumada por lo que había hecho, casi cambió de actitud y contempló la posibilidad de salir para comprobar si Dominic estaba herido; pero después, desechó la idea. Se lo merecía, pensó irritada. ¡No tenía derecho de tratarme como una... como a una trotona a quien hubiese conocido en una taberna!

Zachary caminó a tientas en la oscuridad, y Melissa recordó de pronto que no estaba sola; avanzó en la oscuridad del interior, y aferró el brazo de su hermano.

– Vamos, Zack dijo en voz baja– . Allí está la escalera.

– Hay que decirle algo – replicó Zachary con extraña dignidad– . Dom es mi amigo. – Habló con mucho esfuerzo, y las palabras brotaron espesas y confusas de sus labios.– Creo que no tenias que golpearlo.

Exasperada, Melissa replicó bruscamente: – ¿Te parece bien que te haya

emborrachado... y que me besara contra mi voluntad?

Zachary entrecerró los ojos y la espió en la semioscuridad.

Dijo con aire altivo: – ¡Es asunto mío si me emborracho...! ¡No soy un niño! En cuanto al beso... ¡me pareció que no era contra tu voluntad!

Conteniendo el impulso poco fraterno de arrancarle las orejas, Melissa empujó a Zachary hacia la escalera que llevaba a los dormitorios. En voz baja y áspera dijo: – Bien, ¡fue contra mi voluntad! ¡Y no quiero que tengas nada más que ver con el señor Dominic Slade!

– ¡Tendré que ver si quiero! – insistió Zachary obstinadamente– . ¡Me agrada! ¡Un auténtico caballero! ¡Podría aprender mucho de un hombre como él! ¡Y sabe de caballos!

Conteniendo el deseo de desencadenar un furioso ataque a los rasgos caballerescos del señor Dominic Slade, Melissa guió malhumorada los pasos vacilantes de Zachary hasta el dormitorio del joven. Lo dejó en la puerta, pues llegó a la conclusión de que él podía arreglárselas para desvestirse y acostarse.

Pocos minutos después, y acostada en su propia cama, Melissa contemplaba insomne la oscuridad, y revivía de mala gana esos momentos apasionados en brazos de Dominic. ¿Cómo era posible que ella se hubiese comportado de un modo tan criticable? Ella, que se enorgullecía de su falta de interés romántico por los hombres. De su capacidad para mantenerse inconmovible frente al admirador más fogoso.

Sofocando un gemido de repugnancia de sí misma, se acostó boca abajo, en un esfuerzo por huir de las imágenes que danzaban en su cerebro. ¿Qué la había poseído? Y después de todas las advertencias del tío Josh acerca de ese hombre, ¿qué había hecho? ¡Apenas él la habla tocado, Melissa había caído en sus brazos como una ciruela madura! ¡Qué vergüenza! ¿Y cómo, se preguntaba inquieta, podría mirar en los ojos a su hermano a la mañana siguiente?

Felizmente para la relación entre los hermanos, Zachary recordó muy poco de lo que había sucedido en la noche de la víspera. Se despertó tarde en la mañana, con una intensa jaqueca y la firme convicción de que nunca más volverla a beber con tal abundancia. ¡Qué vergüenza! ¡Dom y Royce debían pensar que era el joven más inexperto que habían conocido jamás. ¡Nunca volverían a invitarlo!

Después de descubrir que el más leve movimiento provocaba la sensación de que su cabeza podía estallar, Zachary descendió la escalera con movimientos cautelosos. Una taza de café negro humeante, servida por Ada, que lo miraba con muy poca simpatía, y un bizcocho frío fue todo lo que él pudo tomar como desayuno.

Como sabía que había tareas que ejecutar y que había consagrado casi toda la mañana al sueño, Zachary caminó obstinadamente hacia el establo, a pesar de los retortijones del estómago y el martilleo en la cabeza. La caminata al parecer no mejoró mucho su condición, pero cuando vio a Melissa bajo un gran roble, cerca del establo, cepillando intensamente a una de las nuevas yeguas, le dirigió una sonrisa débil.

Que no se sentía muy bien era evidente juzgando por el tono grisáceo de su cara y la falta de vivacidad de su paso, y al mirarlo, Melissa sintió que se le ablandaba el corazón. Le profesaba profundo afecto, y a pesar de la inquietud y la incomodidad que sentía, le retribuyó cálidamente la sonrisa.

Después de sentarse con precaución sobre el césped a poca distancia de la yegua, Zachary se aferró la cabeza con las manos y dijo: – ¡Dios mío, Lissa! ¡Me siento terriblemente mal! Ni siquiera recuerdo cómo llegué a casa. – Mirándola, preguntó:– ¿Tú me acostaste?

– ¿No recuerdas? – preguntó Melissa en voz baja, con la esperanza de que su propia y vergonzosa conducta en efecto hubiera sido olvidada por Zachary.

Lenta, muy lentamente, él meneó la cabeza de cabellos oscuros.

– Recuerdo que llegué a mi caballo, que esperaba frente a la taberna. – Frunció el entrecejo.– Creo que Dom cabalgó hasta aquí conmigo, pero no estoy seguro.

Melissa apretó los labios, y comenzó a cepillar con innecesaria fuerza el pelaje castaño ya brillante de la yegua.

– En efecto, te acompañó hasta aquí... Los encontré a ambos en la galería.

Zachary la miró inquieto.

– No hice nada vergonzoso, ¿verdad? No querría que Dominic o Royce creyesen que no estoy a la altura de lo que ellos hacen.

Una chispa de irritación encendió los ojos color ámbar cuando Melissa se volvió hacia él.

– ¿Eso es todo lo que te preocupa? ¿Si esos dos libertinos creen que eres capaz de practicar las mismas actividades licenciosas en que ellos incurren?

– Exageras – replicó Zachary con un acento evidentemente cínico en la voz– . Sientes antipatía por Dominic, y nada de lo que él pueda hacer está bien.

Melissa protestó.

– ¡Eso no es cierto! ¿Olvidas que el tío Josh nos previno contra él? ¿Que dijo que ese hombre no merece confianza?

– ¿Y desde cuándo tú prestas atención a lo que dice el tío Josh?

Melissa se sonrojó, y apartándose de Zachary, jugueteó con unas pocas briznas de césped enredadas en el pelaje sedoso de la yegua. Zachary había dicho algo que era muy cierto, y Melissa no tenía un argumento preparado para contestarle. ¿Cómo podía explicar a su hermano los desordenados sentimientos que el señor Dominic Slade provocaban en su pecho de mujer? ¿Cómo explicar la profunda alegría que había sentido en los brazos de ese hombre? ¿El placer que su boca le había deparado? ¿La excitación que había recorrido sus venas al verlo? ¿Cómo decirle que ese hombre la fascinaba y al mismo tiempo la asustaba? Mas confundida que lo que se había sentido jamás, volvió los ojos hacia Zachary y dijo con voz pausada: – Es cierto que generalmente no escucho lo que dice el tío Josh, pero esta vez creo que sus palabras son valederas. Hay algo en el señor Slade que... – tragó saliva, y después, respirando hondo, se apresuró a decir– : Zack, ¡sucede que no me agrada! Lo veo demasiado seguro de si mismo, demasiado arrogante, y confiado en que todo se hará de acuerdo con su voluntad.

Zachary enarcó el entrecejo. Esa no había sido su impresión de Dominic.

– Bien, ¡él me agrada! Y me propongo mantener mi amistad con él... – Y agregó bruscamente:– Si después de lo que sucedió anoche él me lo permite.

Era la primera vez que ella y Zack discrepaban gravemente en algo, y Melissa contempló con fiera hostilidad la influencia de Dominic sobre su hermano. No le agradaba la situación, pero conteniendo las palabras de crítica que ella hubiera deseado pronunciar, dijo con forzada despreocupación: – Oh, yo no me preocuparía. No hiciste nada que fuese muy terrible, y estoy segura de que incluso 'el gran señor Dominic Slade se ha embriagado en más de una ocasión.

Habría preferido prohibir a Zachary que mantuviese cualquier género de relación con el nefasto señor Slade, pero tenía una ingrata conciencia del sentido de que Zachary ahora era un joven, y de que ella ya no podía controlar sus actos como había hecho cuando era un niño. Además, se dijo dolorida, no deseaba agravar el enfrentamiento con Zack, y era muy evidente que cualquier intento de su parte de frustrar el deseo explícito de Zachary de continuar viendo al señor Slade sólo provocaría mayor disenso entre ellos. En beneficio de los mutuos sentimientos, se vería obligada a mantener la boca cerrada acerca del señor Slade.

Con una sonrisa decidida en los labios, preguntó como de pasada: – Además de haber bebido mucho, ¿cómo fue tu velada en el Cuerno Blanco? ¿Era lo que preveías?

Escuchando sólo con una parte de su cerebro el entusiasta relato de los acontecimientos de la velada que le ofrecía Zachary, Melissa se preguntó desalentada si el señor Slade le habría dedicado siquiera fuese un pensamiento. ¡Probablemente no! ¡Vaya, ella estaba dispuesta a apostar que ese hombre sin duda se vería en graves dificultades para recordar siquiera que la había besado!

Melissa se habría sentido conmovida y al mismo tiempo sorprendida al descubrir que Dominic había consagrado gran parte de sus horas de vigilia a pensar en ella. Y más

concretamente, en los momentos en que la había tenido en sus brazos.

En el camino de regreso a Oak Hollow había pensado únicamente en sus propias e incomprensibles reacciones frente a una mujer que no le agradaba, a la que por cierto no consideraba atractiva, y que además ¡tenía todo el encanto y la belleza de un camello infestado de pulgas! Pero no conseguía olvidar cómo la había sentido en sus brazos – cálida y asequible, y tan deseable. Se preguntó durante un instante si estaba recayendo en la senilidad, o si en el brandy habían puesto algo que era la causa de su reacción. Y lo mismo que Melissa, comprobó que no podía dormir, y que su pensamiento no se apartaba de ese abrazo inolvidable.

Pero en definitiva consiguió conciliar el sueño, y aunque no despertó con la terrible jaqueca que había afectado tanto a Zachary como a Royce, no comenzó el día con el brío que habría tenido normalmente. A semejanza de Zachary y Royce, había despertado tarde en la mañana, y eso lo irritó, pues su plan era partir temprano en dirección a Mil Robles. Permaneció varios segundos en la cama, y sus pensamientos se concentraron de inmediato en el episodio de la víspera.

Musitó inquieto: ¡Santo Dios! ¿Qué fuerza se había apoderado de él? ¡Lo único que le interesaba en la señorita Melissa Seymour era ese condenado caballo! La situación ya era bastante difícil sin agregar la complicación representada por la exasperación de esa maldita mujer. Intencionalmente se abstuvo de pensar en el intenso deseo que la joven le provocaba. Era sencillamente una aberración de su parte, y era improbable que se repitiera.

Después de llegar a esa sombría conclusión, comenzó a vestirse y completó los preparativos para partir de Oak Hollow. Vio sorprendido que Royce, aunque estaba de pésimo humor, ya había preparado su equipaje y estaba esperándolo, cuando al fin Dominic descendió la escalera curva.

– ¿Y dejaste sano y salvo en el hogar a tu oveja descarriada?

– preguntó sarcásticamente Royce, afectado por una jaqueca que no lo convertía en la compañía más agradable.

Dominic estaba familiarizado con el mal humor de Royce después de una noche de abundantes libaciones, y se limitó a sonreír.

– En efecto, eso hice, ¡y sospecho que su cabeza no está mejor que la tuya esta mañana!

Royce se estremeció.

– ¡Sin duda! Y tampoco dudo de que su hermana estaría dispuesta a descargar una maza sobre nuestras cabezas, si es que conozco a Melissa. ¡No deseo pensar en la reprensión que probablemente recibiremos de ella la próxima vez que la veamos! ¡Tiene una lengua viperina cuando se enoja...!

Dominic le dirigió una mirada irónica.

– ¿Qué me dices? ¿Esa dulce belleza tan exaltada por tu padre?

Mirándolo hostil, Royce rezongó: – Esta mañana; no estoy de humor para soportar tu ingenio. – Volviéndose murmuró:– Despidámonos de mis padres y salgamos de aquí.

Sonriendo para sí mismo, Dominic obedeció la sugerencia poco amable de Royce. El visitante necesitó pocos minutos para despedirse amablemente de sus anfitriones y prometer que regresaría en el curso de otra visita; pero finalmente los dos jóvenes, seguidos por tres caballos ocupados por el criado de los Royce y por los baúles y maletas de los jóvenes caballeros, pudieron salir de la residencia.

Mientras recorrían el largo camino que partía de Oak Hollow, Dominic tuvo conciencia de una extraña resistencia a alejar– se... no de Oak Hollow, sino de la región – sin ver una vez más a la señorita Melissa Seymour. Se enorgullecía de su condición de caballero sensato, y aunque había relegado obstinadamente el recuerdo de la joven, los episodios de la noche anterior lo perseguían e inquietaban.

Volviéndose para mirar a Royce, dijo con voz pausada: – Me agradaría pasar por Willowglen... Creo que no está muy lejos de nuestro camino.

Royce lo miró reflexivamente.

Librodot

– Bien – preguntó burlón, ¿por qué deseas hacer precisamente eso?

Si era posible que un hombre del refinamiento y la edad de Dominic se sonrojase, eso fue lo que hizo, y una coloración rojo oscura le tiñó las mejillas.

– Sólo deseo comprobar que Zachary no está sufriendo las consecuencias de nuestra cena – mintió con cierto estiramiento.

Royce le dirigió una mirada que decía mucho.

– Muy bien – dijo de mala gana– . Pero te lo advierto, Dom... ¡Si compruebo que la causa real es que deseas ver a Melissa, no seré responsable de mis actos!

– ¡Ver a Melissa! – rezongó indignado Dominic– . ¡No seas tonto!

Así terminó la conversación, pero cuando entraron por el camino cubierto de malezas que conducía a Willowglen, Dominic se preguntó sobriamente cuál de ellos era el verdadero tonto.

Encontraron a Melissa y a Zachary bajo un roble, cerca de los establos. Zachary estaba acostado a la sombra del árbol, y pareció que Melissa estaba cepillando a una yegua que ya exhibía un pelaje impecable.

Hubo cierta tensión entre Dominic y Melissa, pero Zachary pareció tan complacido porque los dos hombres mayores habían decidido visitarlo que el evidente placer que sentía en compañía de Dominic y Royce disimuló el embarazo que podía haberse originado en la situación. Mientras los cuatro estaban allí, conversando bajo la cálida luz del sol, parte del mal humor de Royce se disipó, y al momento de despedirse se sentía bastante complacido con el mundo en general. Con mucho mejor ánimo, ahora que la cabeza ya no le dolía tanto, pudo salir de Willowglen, ansioso de iniciar el camino que lo llevaría a Mil Robles.

Montado en el magnífico garañón negro, Dominic también se despidió de los Seymour, pero su humor no mejoró con la visita. Mientras conversaba con Melissa y Zachary, se había dedicado a examinar subrepticiamente a la joven, buscando un indicio que explicase por qué ella le había provocado una pasión tan arrolladora pocas horas antes.

Era inútil, pensó disgustado, con los ojos fijos en la cara congestionada de Melissa. Los lentes que relucían bajo la luz del sol impedían que Dominic viese siquiera el color de los ojos – ¡y esos cabellos! Esta mañana estaban recogidos en un moño tan horrible como el que ella tenía la primera vez que la vio.

Sus ojos recorrieron con un sentimiento de repulsión el vestido gastado y feo, y no pudo entender qué le había sucedido durante la noche. De modo que muy aliviado Dominic se despidió y montado en su caballo se alejó de la exasperante señorita Seymour. Sin duda, ¡Había sido el brandy!

Librodot

7

Melissa descubrió entristecida que el tiempo parecía arrastrarse insoportable ahora que Dominic había desaparecido del vecindario. Con frecuencia mucho mayor que lo que estaba dispuesta a reconocer, sus pensamientos desordenados volaban a menudo hacia Dominic, y ella se preguntaba, por lo menos una vez por día, qué estaba haciendo el joven y cuándo regresaría. Si es que regresaba.

No era, se decía perversamente Melissa mientras las tibias semanas de mayo se convertían gradualmente en los días más cálidos de junio, que ella realmente extrañase al bestial señor Slade. Pero tenía que confesar que su presencia en la zona había agregado algo diferente a la monotonía de los días. Ella había cobrado conciencia de una ansiosa expectativa en su propio fuero íntimo, un sentimiento que se había disipado cuando Dominic comenzó a alejarse con Royce.

También Zachary parecía lamentar la partida de Dominic, aunque sus sentimientos en este asunto podían expresarse claramente. Aunque de hecho él se hacía eco de muchas cosas que ella pensaba, había momentos en que estaba segura de que comenzaría a gritar si oía repetir de nuevo a Zachary: Me pregunto cuándo regresarán Dominic y Royce. Las cosas son tan aburridas ahora que no están.

Por supuesto, ella no revelaba en absoluto su propia añoranza del ausente señor Slade, pues estaba firmemente decidida a apartar de su espíritu el recuerdo de esos momentos apasionados en los brazos de Dominic. Prefería morir antes que permitir que Zachary supiera que también ella se preguntaba cuándo retornaría el señor Slade. ¡Por qué sentía tanta curiosidad en relación con la reaparición de Dominic le molestaba casi tanto como el hecho de que en efecto pensaba en él.

Convencerse ella misma de que solo mornentáneamente había caído presa del veterano encanto de un apuesto Lotario no era fácil, pero el único modo en que ella podía explicarse su reacción frente a Dominic. No mejoraba su estado de ánimo, ni eliminaba los sueños vergonzosamente explícitos que tenía de noche, pero en todo caso de ese modo podía alcanzar cierta apariencia de normalidad a medida que pasaban las semanas.

Había otras cosas que ocupaban su mente, de modo que, atareada como estaba, gradualmente llegó a creer que lo que había sucedido esa noche era nada más que uno de esos episodios extraños e inexplicables que aparecían de tanto en tanto en la vida de todos. ¡Ciertamente, se dijo con ánimo sombrío, nunca volvería a suceder!

La lucha constante por mantener a Willowglen estaba agotando los escasos recursos de Melissa, y a fines de la segunda semana de junio la joven descubrió que estaba dudando gravemente de su capacidad para conseguir más de lo que ya tenía.

Se sentía deprimida y consciente de que lo que ella y Zachary habían hecho después de la muerte del padre para restablecer la antigua elegancia de Willowglen o incluso para realizar con éxito el sueño de la fundación de un haras era todo lamentable mente inadecuado. Zachary habla repetido algunas de las observaciones de Dominic, y aunque Melissa había reaccionado furiosa ante esos comentarios, tuvo que reconocer que había bastante verdad en lo que decía el irritante señor Slade. Por lo menos, recordaba Melissa con una desconcertante falta de entusiasmo, ya no estaban endeudados... Aunque no habían resuelto del todo ese problema, si quería ser totalmente sincera. Estaba todavía ese condenado pagaré en poder de Julius Latimer, y ella tenía la ingrata sensación de que el señor Latimer no continuaría mostrándose siempre tan comprensivo ante la imposibilidad de pagar una deuda vergonzosamente atrasada.

Esa mañana soleada, Melissa estaba sentada en un taburete de madera del cuarto de los arneses, limpiando una vieja brida, y pensando en la deuda y en el señor Latimer, un hombre atractivo pero un poco siniestro; y de pronto, como si sus pensamientos lo hubiesen conjurado, el señor Latimer apareció en la puerta del cuartito.

Melissa había estado tan absorta en sus ingratas cavilaciones que la voz del visitante la sobresaltó. Ella emitió una exclamación de asombro cuando él dijo con voz amable: – Ah,

Librodot

querida, está aquí. La señorita Osborne me dijo que podía encontrarla en este lugar.

Reaccionando prontamente, Melissa abandonó la brida y se deslizó del taburete.

– Me temo que me encontrará aquí casi siempre – replicó de mala gana– . Parece que siempre hay algo que merece mi atención...

Sonriendo al visitante, trató de pasar frente a él y salir del cuarto de los arneses, pero Latimer permaneció en el mismo sitio, y no trató de dejarle espacio. Ella lo miró con expresión inquisitiva. Los ojos azules del inglés tenían una expresión extraña, y al comprender de pronto que él no había visitado Willowglen después que ella comenzó a disfrazarse, Melissa sonrió y murmuró: – ¿Mi aspecto lo impresiona?

Curvando los labios en un gesto de regocijo, él meneó la cabeza de cabellos rubios, y su mirada recorrió apreciativamente el rodete desordenado y los feos anteojos que insistían en deslizarse por la encantadora naricita. Con un sentimiento divertido que se manifestaba claramente en su voz, él declaró: – ¡Me desconcierta! Jamás la hubiera identificado. Pero dígame, ¿a qué responde este atuendo? ¿Hay un baile de disfraces y yo no me enteré?

Melissa rió por lo bajo. Había momentos en que el inglés le agradaba realmente. Sin duda, era atractivo con sus profundos ojos azules y los cabellos rubios ondeados, y podía ser entretenido cuando lo deseaba. Medía poco más de un metro ochenta, y tenía el cuerpo delgado, pero las espaldas eran anchas y en su persona no había nada que fuese débil ni afeminado. Por cierta extraña razón, siempre recordaba a Melissa una espada delgada, elegante y mortal. Pero cuando decidía mostrarse encantador, como era el caso ahora, y no sucedía, como era demasiado frecuente, que intentara astutamente informar a la joven que había otros modos de reembolsar las deudas de su padre, Melissa gozaba de su compañía. De todos modos, los comentarios personales de Latimer siempre le inquietaban, lo mismo que la expresión reflexiva que a veces aparecía en esos ojos azules. Nunca había dicho exactamente qué tenía en mente, pero ella no era tan ingenua que no pudiese adivinarlo. Sin embargo, él se mostraba tan hábil en sus sugerencias aparentemente casuales que Melissa nunca estaba del todo segura de que hablase en serio o bromeara.

Nunca había estado completamente a solas con él, y ahora tuvo la desagradable conciencia de que estaban separados del resto de la gente – Zack y Etienne habían ido a Baton Rouge a comprar diferentes artículos, Frances se encontraba en la casa con Ada, y los restantes servidores trabajaban en las pocas hectáreas de algodón plantadas durante la primavera. Además, el hecho de que Latimer bloquease eficazmente la única salida del cuarto de los arneses inquietaba un poco a Melissa. Ella sinceramente no creía que el inglés pensara atacarla, pero habría preferido estar afuera, al aire libre, y en condiciones de llamar a los demás.

Dirigiéndole una sonrisa que no trasuntaba nada de sus te– mores íntimos, Melissa dijo: – No hay baile de disfraz. Mi tío estuvo presionándome otra vez acerca de la posibilidad de que me case, y yo decidí que me las ingeniaría para esconder todos mis atractivos, pues de ese modo la probabilidad de encontrar un caballero que desease casarse con una mujer de aspecto tan sórdido disminuiría mucho.

– Hummm, yo no diría eso – observó burlonamente Latimer– . Este disfraz puede inducir ~ un hombre a descubrir por sí mismo la belleza que se oculta bajo la apariencia externa de la domesticidad. – Se acercó apenas, y sus dedos largos rozaron el delicado mentón de Melissa.– Yo siempre pensé que usted era muy hermosa, e incluso viéndola así mi opinión no ha cambiado. – Pareció vacilar un momento, como si contemplase cierto curso de acción, y entonces una extraña expresión apareció en los ojos azules.– En realidad, hay muchas clases de ofertas – dijo en voz baja– , además del matrimonio, que un caballero puede hacer a una joven como usted.

Un resplandor irritado centelleó en los ojos ambarinos, y Melissa apartó el mentón de los dedos acariciadores.

– ¿Una muchacha como yo? – dijo con acento belicoso– . ¿Qué quiere decir exactamente?

Julius adoptó una expresión dolorida. Se sacudió una inexistente mota de polvo de la manga de su elegante chaqueta verde botella, y se quejó: – ¡Oh, vamos, Lissa! Usted debe tener una idea de lo que digo. Dios sabe que he formulado sugerencias bastante claras estas últimas semanas. ¿Es necesario que lo diga con todas las letras?

Melissa sintió que el corazón le latía aceleradamente, y que se le cerraba la garganta. Dijo con voz neutra: – Sí, creo que debe hacerlo.

Los rasgos aristocráticos de Latimer se endurecieron, y algo muy desagradable se manifestó en sus ojos.

– Muy bien, en ese caso, querida – dijo con acento de hastío– le recuerdo que me debe una considerable suma de dinero, y si bien he sido muy paciente, me temo que mi paciencia está agotándose; o más bien, que mi estancia aquí, en Estados Unidos, está llegando a su fin.

Con el entrecejo fruncido, Melissa dijo: – ¿Se marcha?

Una fría sonrisa curvó la boca de labios gruesos.

– En el otoño o a principios del invierno. Todo depende de de... – Se interrumpió bruscamente antes de decir con voz suave:– Entretanto, estoy comenzando a arreglar mis asuntos... lo cual me lleva a usted.

Sin hacer caso del intento de Melissa de escapar al contacto, con toda intención Latimer aferró el mentón de Melissa y la obligó a mirarlo. – Melissa, la considero sumamente deseable, incluso con este atuendo ridículo– y por el placer de gozar de sus encantos durante los próximos meses, estaría dispuesto a destruir ese pagaré firmado por su padre. – Entornó los ojos, y su mirada se fijó en la boca de Melissa.– La quiero como amante. Por supuesto, el tiempo que estemos unidos será breve, pero estoy seguro de que comprobaré que sus muchas y deleitosas cualidades justifican el dinero.

Melissa trató de soltarse de la mano que la sujetaba, pero él reforzó brutalmente el apretón, y los esfuerzos de la joven fueron inútiles. Latimer pasó el brazo libre alrededor de la cintura de la joven, y la acercó a él. El deseo que sentía era evidente en su mirada, y con cierto acento de seducción en la voz murmuró: – Querida, estoy dispuesto a mostrarme generoso con usted, y si como sospecho es virgen, incluso estoy dispuesto a recompensaría por su pérdida. La deseo muy intensamente, y estas semanas de espera han acentuado mi apetito por usted.

Ofendida, insultada y temerosa, Melissa reaccionó sin pensarlo, girando la cabeza y hundiendo los dientes en la muñeca del hombre. Un sentimiento de inmensa satisfacción la recorrió cuando Latimer emitió una grosera maldición y al instante la soltó. Retrocediendo varios pasos para alejarse de él, el pecho agitado bajo la gastada tela de su vestido, ella admitió: – Podrá considerarse afortunado si ésa es la única marca que lleva en su cuerpo antes de salir de aquí.

Él la miró con expresión calculadora a través de la breve distancia que los separaba, la cara bien formada afeada por un gesto de enojo. Frotándose la muñeca en que se habían clavado los dientes de Melissa, rezongó: – Había creído que conseguiríamos discutir esto cortésmente, ¡pero veo que me equivoqué!

Melissa lo miró incrédula.

– ¡Cortésmente! – repitió furiosa. – No creo que su sugerencia fuese en absoluto cortés. ¡En realidad, señor, fue grosera e insultante!

– Lamento que usted reaccione de ese modo – replicó Latimer– . Pero puesto que mi ofrecimiento no le agrada, descuento que estará dispuesta a pagarme su deuda, en oro, antes de que termine la semana.

Melissa respiró hondo, tratando de tranquilizarse, y la mano le escocía del deseo de abofetear la expresión altiva de esos rasgos arrogantes. Tratando sin mucho éxito de mantener su temperamento controlado, dijo con voz helada: – Usted sabe que su pedido es imposible. No hay modo de que yo pueda reunir esa suma de dinero en tan breve lapso.

Él enarcó el entrecejo.

– ¿Desea que le conceda una ampliación del plazo? Soy un hombre razonable, y por lo tanto podemos esperar hasta el primero de julio.

Irritada y consciente de que el otro estaba provocándola, Melissa elevó tercamente el mentón y exclamó: – ¡Usted ya conoce la respuesta a su pregunta!

– Me temo que así es, y si usted no dispone del dinero para esa fecha o se niega a aceptar la alternativa que le ofrecí, precisamente ese día iniciaré las gestiones para lograr que se proceda a la subasta de Willowglen. – Sonriendo sin alegría, agregó cruelmente:– Melissa, siempre hago mi voluntad, de un modo o de otro... y si prefiere ver que le venden su hogar – se encogió despreocupadamente de hombros– , bien, es su decisión.

Una cólera sin esperanza se encendió en el pecho de Melissa cuando la joven miró con odio al visitante. Cualquiera de las alternativas que él proponía era inconcebible. No podía contemplar la idea de lo que ella y Zachary y los otros tendrían que afrontar si Latimer cumplía su amenaza; pero la alternativa que se le ofrecía era igualmente inconcebible. La simpatía que podía haber profesado al elegante señor Latimer se había desvanecido en el momento en que él formuló su despreciable sugerencia; la idea de convertirse en amante de un hombre, y peor aun de un hombre a quien despreciaba, era completamente repulsiva. Sin embargo, ¿qué podía hacer? Los Manchester no podían suministrarle el dinero, y un banco ciertamente no le prestaría una suma tan considerable. Rió para sus adentros. Incluso si podía encontrar un hombre dispuesto a casarse con ella de un momento al siguiente, el fideicomiso no podía suspenderse y distribuirse en menos de dos semanas.

En su cerebro se agitaron planes absurdos e impracticables en una suerte de desconcertante remolino, mientras ella buscaba el modo de evitar la trampa que se cerraba sobre su persona. Había un solo modo de resolver la situación. Tragando la saliva ácida que sentía en la boca, dijo desanimada: – Locura vale una buena suma, aunque no tanto como el pagaré de mi padre. Puedo dárselo en parte de pago.

– ¿Un caballo? ¿En parte de pago, querida amiga? – murmuró Latimer. Meneando la cabeza dijo– : No, eso no sirve. – Y después agregó con voz dura:– Y creo que usted exagera el valor de su caballo. Pero al margen de eso, toda la deuda debe pagarse en oro o con su persona y para el primero de julio.

Melissa casi se sintió aliviada cuando él rechazó el desesperado ofrecimiento de Locura, y en ese momento no supo muy bien cuál podía ser la perspectiva más terrible: la pérdida del caballo que representaba la única esperanza de reconstruir su hogar o la pérdida de su virtud. Se sintió colmada de desesperación. ¿Qué haría? Necesitaba frenéticamente tiempo para pensar, y ahora preguntó de mala gana: – ¿Puedo disponer de un plazo para considerar su oferta?

Aflojándose apenas, Latimer esbozó una sonrisa confiada.

– ¡Por supuesto, niña! ¡No soy un monstruo sin corazón!

– Bajó la voz y murmuró roncamente:– Lissa, la deseo muy profundamente, y la trataré bien. Estaríamos unidos sólo unos meses... yo me mostraría discreto, nadie conocería jamás nuestro arreglo. – Como ella guardó silencio, la cara vuelta hacia otro lado, él se mostró más audaz, y se acercó un poco a la joven.– Hay un cottage, a poco más de un kilómetro de aquí. Puedo rentarlo para nosotros, y nos reuniríamos allí... sería para nuestras citas secretas.

Conteniendo la bilis que se elevaba hasta su garganta, Melissa se sintió horrorizada al pensar en lo que ese hombre estaba diciendo. La principal amenaza que se cernía sobre ella y la seguridad de Zachary desaparecería, y como de todos modos la joven no deseaba casarse nunca, ¿qué importaba que conservase o no su virginidad?

Latimer le tocó el brazo, y ese gesto provocó su desagradable regreso a la situación del momento, y con repugnancia cada vez más profunda Melissa contempló la mano delgada, de dedos pálidos, y la imaginó sobre su propio cuerpo. Con un gesto violento apartó la mano de Latimer. Impulsada por el temor y la cólera, se apoderó de un látigo que había cerca.

– ¡Apártese de mí! – gritó, golpeando con fuerza el hombro de Latimer– . ¡Usted es un ser vil, y no continuaré escuchando su malvada propuesta!

Él retrocedió, furioso y sorprendido, pero no intentó luchar con ella. Miró el látigo que ella sostenía en la mano, y dijo secamente: – En su lugar, pondría cuidado en el trato que me

dispensa. No es fácil que me frustren, y admito que se sienta sorprendida por mi ofrecimiento, pero intente golpearme otra vez... – Con un resplandor peligroso en los fríos ojos azules, prometió:– Melissa, puedo lograr que lamente mucho todo esto. Tantas cosas pueden salir mal... un incendio... un caballo manco... una palabra aquí y otra allá...

Melissa había palidecido intensamente, y ahora lo miraba como si jamás lo hubiese visto antes. Comprendió que en verdad era un ser absolutamente cruel.

Se hizo un desagradable silencio, y después Latimer dijo en voz baja: – Melissa, medite en lo que le dije. Cuenta con una semana para adoptar una decisión. Pero el primero de julio, o dispone del dinero que usted me debe, o se convierte en mi amante. – Le ofreció una cortés reverencia, y murmuró irónicamente:– Buenos días, querida. Que tenga sueños agradables.

Aturdida y nauseada, Melissa lo vio alejarse, casi incapaz de creer que esa escena repulsiva hubiera sido real. Se desplomó sobre el taburete que había ocupado a la llegada de Latimer, apenas unos minutos antes. Desesperada, hundió la cabeza en las manos. ¡Santo Dios! ¿Qué podía hacer?

No era propio de su carácter permitir pasivamente que otros determinaran su destino, pero ahora sentía que era incapaz de hallar el modo de frustrar los planes que Latimer había traza– do para ella... a menos que estuviese dispuesta a sacrificar todo lo que ella y Zachary habían conseguido. Su situación era tan desesperada que pensó seriamente en la oferta de Latimer, mientras los comentarios del inglés resonaban amenazadores en su cerebro.

Quizá no sería tan terrible, murmuró agobiada. Había dicho que serían sólo unos pocos meses... que se mostraría discreto... que nadie lo sabría... Así, ella y Zachary se verían definitivamente libres de la aplastante carga de la deuda que les había legado el padre.

Abrumada ante el carácter de sus propias reflexiones, Melissa se estremeció y apretó los labios. ¡Tenía que existir otro modo de resolver el dilema!

Pero hacia el fin de la semana siguiente descubrió que si había otra solución, ella no la había descubierto.

Decidió tragarse el orgullo, se puso su mejor vestido y fue a caballo al pueblo para hablar con el banquero local. No podía revelar por qué de un modo tan repentino necesitaba una elevada suma de dinero, y en vista de las circunstancias no podía sorprender que el señor Smithfield, que la había conocido desde el primer día de su vida, dijese bondadosamente: – Melissa, sabes que si pudiera ayudarte ciertamente lo haría. Pero lo que me pides es im-posible. Un préstamo pequeño sí, sobre todo, porque tú has sido tan diligente en el pago de las deudas dejadas por tu padre. Pero la cantidad que pides hoy simplemente está fuera de la cuestión. – Meneó con tristeza la cabeza.– Ni siquiera sería suficiente la propuesta de que Willowglen fuese la garantía del préstamo. Si la plantación fuera productiva...

– ¿Y los caballos? – preguntó ella, impotente– . Locura vale varios miles de dólares él solo, y tenemos ocho excelentes yeguas.

– Querida, sé que tienes grandes esperanzas depositadas en tus caballos, pero yo estoy en el negocio de la banca, no en el de la cría de caballos. Aunque Locura y las yeguas son una buena inversión, tú sencillamente no dispones de activos suficientes para garantizar un préstamo de esa magnitud.

Disimulando su creciente agitación, Melissa se inclinó sobre el gran escritorio de roble del señor Smithfield.

– ¿Y qué me dice del fideicomiso? Si yo pudiese demostrar que tengo el propósito de casarme pronto...¿podría obtener un préstamo con la garantía del fideicomiso?

Preocupado por la desesperación que podía percibir bajo la superficie de esa cara tan hermosa, el señor Smithfield frunció el entrecejo.

– Melissa, ¿estás en dificultades graves? Creía que la plantación y tus caballos permitían que tú y Zachary gozaran de cierto bienestar. Quizá yo pudiera adelantarte personalmente unos cuantos miles de dólares.

Melissa reprimió una amarga sonrisa. El señor Smithfield era un buen hombre... había mostrado una actitud sumamente comprensiva mientras ella se debatía para ordenar las

finanzas de Willowglen. Era su banquero, y estaba al tanto del dinero que se debía a Latimer, y también de la actitud aparentemente considerada que el inglés había demostrado al abstenerse de exigir el pago. Explicar al obeso y anciano señor Smithfield cuáles eran las exigencias de Latimer no llevaba a ninguna parte... excepto a provocar un escándalo en gran escala. Se sentiría ofendido por la pérfida sugerencia del señor Latimer, pero aun así no podría prestarle el dinero. Y si llegaban a conocerse las soluciones que se ofrecían a Melissa, ésta ni quería imaginar las conjeturas que se difundirían aquí y alía cuando llegase julio y Latimer aún no hubiese recibido el pago.

Era una situación ingrata, y con una expresión deprimida en la cara y el cuerpo, Melissa abandonó la oficina del banquero. Podía probar suerte en otro lugar, y con escasa esperanza de éxito fue en su pequeño carricoche por el camino de grava roja que conducía a Oak Hollow.

Sonriendo valerosamente, ahora estaba sentada y bebía un alto vaso de limonada en el despacho de su tío. Josh se sentía complacido de verla, y ella comprendió que gran parte de ese placer provenía del cambio de apariencia que ella mostraba; la mirada afectuosa de Josh se deslizaba sobre los rizos castaños que cortaban suavemente la cara de Melissa, y sobre el vestido bastante elegante de muselina. Melissa había dejado a un costado el gran gorro de paja con sus anchas cintas de satén verde que había usado para evitar el calor del sol, y después de depositar su vaso sobre la mesa donde descansaba el sombrero, comenzó a decir con voz tranquila: – Imagino que te preguntas por qué vine.

Josh le dirigió una sonrisa amable.

– Vamos, Lissa, ¿hemos llegado tan lejos que necesitas tener motivo para visitarnos?

Con una leve sonrisa en sus labios suaves, ella meneó la cabeza. Pero un instante después la sonrisa se desvaneció y los bellos ojos de la joven se fijaron en los de Josh. Preguntó sin aliento: – ¿Podrías prestarme veinticinco mil dólares?

– Santo cielo, Lissa, ¿has perdido el juicio? – preguntó Josh, y su aire jovial desapareció. Sabes que no puedo reunir esa suma de dinero precisamente ahora. – Casi impaciente agregó:– Si pudiera, ¿crees que habría estado presionándote todos estos meses, pidiendo que te casaras?

Tratando desesperadamente de comportarse como si ésa hubiera sido una conversación perfectamente normal, Melissa tragó con dificultad antes de decir con voz ronca: – No, imagino que no lo habrías hecho... y... en realidad, no creí que pudieras ayudarme, pero tenía que intentarlo.

Josh la examinó con atención, y vio las arrugas provocadas por la tensión alrededor de los ojos y los labios apretados, todo lo que no había estado allí la última vez que él la vio. Era evidente que algo estaba mal. Preguntó amablemente: – Lissa, ¿de qué se trata? Sé que hemos discutido mucho últimamente, pero tienes que entender que en el fondo sólo me interesa tu bienestar, y que haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte.

Durante un momento, Lissa pensó en la posibilidad de revelarle todo a Josh, de inclinar la cabeza sobre el ancho pecho de su tío, y de explicarle entre lágrimas las condiciones de la despreciable propuesta de Latimer. Pero no podía. Apenas hubiera dicho una palabra, Josh comenzaría a tronar pidiendo el pellejo de Latimer, y aunque ella estaba segura de que su tío era un tirador bastante eficaz, tenía idéntica certeza en el sentido de que no sería rival para Latimer. Además, y lo reconocía con expresión fatigada, no podía correr el riesgo. Si Josh se enteraba de los planes de Latimer, también lo sabría Royce o Zachary. La imagen de su hermano menor enfrentando a Latimer en el campo de duelo provocaba en ella un estremecimiento de miedo. No, no se atrevía a decir una palabra a nadie.

Disimulando el terror que la agobiaba, sonrió cálidamente a Josh.

– No es nada, tío. Solamente tenía la esperanza de que quizá tus asuntos estuvieran en mejores condiciones que los míos, y de que me pudieses adelantar el dinero que necesito para organizar bien mi haras.

Josh conocía demasiado bien a Melissa para convencerse por completo de que esa

declaración tan razonable era la verdad. Pero Melissa podía ser muy convincente cuando lo deseaba, y ahora se fijó el propósito de tranquilizar a su tío. En efecto lo consiguió, y menos de una hora después un sonriente y afectuoso Josh la acompañó hasta el carricoche. Melissa incluso pudo dirigirle una sonrisa y decir medio en broma: – Creo que haré lo que dices, tío, y que atraparé un marido rico, ¡muy rico! No me agrada ser pobre. – Esbozó un mohín y agregó con voz dulce:– Sobre todo cuando puedo apelar a una solución tan sencilla.

Muy satisfecho, Josh la ayudó a ocupar el asiento, y en sus ojos azules había una expresión aprobadora. La miró mientras ella recogía las riendas, y preguntó con aparente indiferencia: – ¿Qué te pareció el joven Slade? Entiendo que fue a Willowglen y te habló de la compra de Locura.

Contenta porque su tío nada sabía de la otra vez que había visto al irritante señor Slade, Melissa replicó con sequedad: – Me pareció precisamente lo que dijiste... ¡un disipado y un aventurero!

– ¿Cómo? – balbuceó Josh, desalentado– . ¿No te agradó?

– ¡En absoluto! – dijo Melissa, y mostró los dientes blancos y perfectos en una agradable sonrisa.

Mientras veía alejarse a Melissa, Josh se preguntaba si había exagerado sus observaciones críticas acerca del carácter de Dominic, y su mente comenzó a contemplar modos de corregir la situación. Tenía que andarse con cuidado, pensó mientras caminaba de regreso al interior de la casa después de prevenir a Melissa contra Slade, no podía comenzar a poner por las nubes a ese individuo.

Josh era un hombre de espíritu sencillo, y a esta altura de las cosas estaba tan decidido a conseguir que Melissa se casara con Dominic Slade que casi había olvidado las razones personales que lo inducían a desear esa unión. ¡Había llegado a la conclusión de que Melissa necesitaba casarse con un hombre como Dominic Slade! Aparte del hecho de que Dominic era un hombre apuesto, encantador y rico, había otra razón apremiante que justificaba esa unión, por lo que se refería a Josh – las posibilidades de que otro pretendiente muy apropiado apareciera de pronto en el círculo de la familia eran escasas. Un buen hombre de negocios no podía desaprovechar esa maravillosa oportunidad, y Josh estaba decidido a lograr que tampoco Melissa la desperdiciara... ¡al margen de que lo deseara o no!

Instalado cómodamente detrás del gran escritorio, Josh acercó el tintero y una hoja de papel. Una carta a Royce no vendría mal... y él podía limitarse a preguntar, por supuesto como de pasada, cuándo regresaría Royce, y si el señor Slade lo acompañaría. Así, temprano a la mañana siguiente un criado cabalgó hasta Mil Robles con la carta de Josh bien guardada en su alforja. Pero la carta de Josh a Royce no sería la única que llegase a Mil Robles durante los días siguientes. Movida por la desesperación, Melissa también estaba escribiendo a Dominic.

No había llegado fácilmente a la decisión de dar ese paso, e incluso mientras estaba de pie frente a las largas ventanas de la biblioteca de Willowglen, esa misma tarde, formando mentalmente las frases, dudaba de que esa última y frenética jugada fuese eficaz. El tiempo se le escapaba de las manos, el primero de julio se acercaba cada vez más y ella no estaba más cerca de conseguir el dinero que debía a Latimer que lo que había sido el caso el día en que él por primera vez le propuso que fuera su amante.

Melissa no había dormido bien desde la visita de Latimer, y si bien antes estaba segura de que ella jamás sería la amante de ese hombre, ahora ya no estaba tan convencida de que lograría escapar de la trampa que él le había tendido. En una visión retrospectiva, era evidente para Melissa que él había dejado pasar el tiempo como parte de una maniobra intencional; que sus propuestas de amistad, la aparente consideración que había demostrado al abstenerse de exigir el pago, habían sido maniobras destinadas a adormecería y provocarle una falsa sensación de seguridad. Así mismo, pensaba amargamente Melissa, esa táctica le había dado tiempo a Latimer para evaluar la verdadera situación de Willowglen.

Incluso si se vendía Willowglen, Melissa dudaba seriamente de que la venta aportaría la suma debida a Latimer. Sí, la tierra y la casa en efecto valían una pequeña fortuna, pero en el

curso de un embargo no podría obtenerse el mejor precio. Los presuntos compradores que pujasen en la subasta querrían comprar tan barato como fuese posible, y ella y Zachary no obtendrían ni siquiera la cuarta parte de lo que valía su hogar. Y, ahora ella lo veía con un estremecimiento de impotente cólera, ¡Latimer lo sabía! Sabía lo que ella sentía por la casa, sabía que Melissa haría todo lo que estuviese a su alcance para salvarla. Pero, ¿hasta el extremo de convertirse en su amante? Estremeciéndose, Melissa se apartó de la ventana. Mantener a raya los sentimientos de miedo y derrota era cada vez más difícil, pero en un valeroso esfuerzo la joven trató de pensar claramente, porque no deseaba omitir ningún modo posible de resolver el dilema.

Si se hubiera tratado sólo de su propio destino, Melissa habría respondido a Latimer con un rechazo liso y llano, pero estaban Zack y Etienne, y Frances y Ada... Sin Willowglen, todos quedarían en el camino. El destino de esos seres descansaba sobre los débiles hombros de la muchacha. Con el tiempo, una vez que Zachary cumpliera los veintiún años, o que ella contrajera matrimonio, las dificultades se aliviarían; pero por ahora...

Cerró las manos a los costados del cuerpo. ¡No permitiría que Latimer arruinase la vida de todos! Ella misma, ¿qué importaba? Las mujeres habían negociado su cuerpo durante siglos, y por lo menos ella tendría la satisfacción de saber que sus seres más queridos se habían beneficiado.

Melissa había ansiado decirlo todo a Zachary, había ansiado compartir la terrible carga, pero así como no se había atrevido a revelar la verdad a Josh, tampoco podía decirla a Zachary. Un paso semejante implicaba un grave peligro para el joven... su reacción sería mucho más violenta que la de cualquiera de los Manchester.

Finalmente reconoció fatigada que aún restaba una débil esperanza. El señor Slade había dicho claramente que le interesaba Locura. ¿Llegaría su interés hasta el extremo de comprar el caballo por una suma exorbitante de dinero? Melissa no creía realmente que lo hiciera, y mientras recordaba sus propios e insolentes palabras, en el sentido de que Locura no estaba en venta a ningún preció, una oleada de humillación la recorrió. Pero tenía que intentarlo, era el único camino que le restaba, y para el primero de julio faltaban sólo cinco días...

Librodot

8

Los distritos de Las Felicianas en Luisiana, donde estaban tanto Willowglen como la plantación Mil Robles de Dominic, eran una región muy distinta de los pantanos y las marismas semi inundados que formaban las regiones inferiores del estado. Alejado de las tierras bajas, el suelo se elevaba rápidamente en la forma de laderas de densos bosques, y hermosos valles y campos verdes. Aquí no había canales de aguas perezosas que se deslizaban lentamente entre cipreses nudosos; sólo había arroyos y lagos de aguas azules, claras y centelleantes. Un bosque elevado de hayas de gruesos troncos, álamos amarillos, magnolias intensamente perfumadas y grandes robles florecía en el fecundo suelo de arcilla roja.

Estaba también la fértil región del algodón, e incluso antes de la Guerra Revolucionaria, los ingleses habían comenzado a colonizar esa tierra fecunda. Cuando estalló la Guerra de la Independencia, muchos otros ingleses, fieles a la corona que habían huido a Las Felicianas, seducidos por la vegetación lujuriosa y la fecundidad del suelo, de buena gana habían permanecido en el lugar y levantado sus hogares y plantado el algodón. Incluso cuando España se adueñó del control de la región, que recibió el nombre de Florida Occidental, los ingleses permanecieron en sus tierras, desmontando y plantando silenciosa y obstinadamente las diferentes parcelas, y aventajando con su actividad productiva a los colonos franceses y españoles de las tierras bajas y pantanosas.

Las Felicianas no habían sido parte de la histórica Compra de Luisiana de 1803. España había conservado la propiedad de la región, pero como estaban convencidos de que ahora su futuro dependía de los nacientes Estados Unidos, los colonos ingleses se habían liberado del yugo no demasiado pesado del dominio español. Durante setenta y cuatro días la minúscula región había sido una república independiente, pero cuando con cierto retraso los norteamericanos llegaron para anexar ese fértil bolsón, los ciudadanos de Las Felicianas unieron su suerte a los norteamericanos en ascenso, y el país floreció.

La idea de cultivar el algodón había sido lo que inicialmente llevó al joven Morgan Slade a las regiones más altas de Las Felicianas, y la casa que él había levantado para su primera esposa estaba situada más o menos como Bonheur, sobre un alto promontorio que dominaba las aguas pardas del río Mississippi, mucho más abajo. Morgan había sido dueño de miles de hectáreas, y algunas de sus parcelas se extendían a los costados del río ancho y turbio, y aunque durante esos primeros tiempos él había desmontado grandes extensiones de terreno, la mayor parte aún era tierra virgen, abundante en animales silvestres y adornada por aves que exhibían brillantes matices de escarlata, amarillo y negro.

Dominic se sintió atraído por el lugar apenas lo vio, durante su primera visita con Morgan, varios años antes; pero no había sido la atracción del algodón lo que lo había llevado a ese sitio. Ahora se consagró, con el mismo entusiasmo que Morgan había demostrado antaño, a adaptar la tierra al perfil de sus propios sueños. Felizmente, como su hermano antes que él, tenía el dinero y la decisión necesarios para realizar rápidamente sus proyectos, y en el período sumamente breve que llevaba como dueño de Mil Robles, ya podían observarse sobrados signos de su capacidad administrativa.

Incluso antes de llegar en la condición de nuevo propietario del lugar, Dominic había enviado hombres y suministros, de modo que la construcción pudiera comenzar inmediatamente en los lugares que él había elegido para levantar nuevos establos y picaderos, los que pronto albergarían a algunos de los mejores caballos de todo el valle del Mississippi. Desde que llegaran, casi un mes atrás, Dominic y Royce habían dedicado su tiempo a supervisar, largo rato recordando esa caricatura de establo de la señorita Seymour. El contraste entre las dos construcciones era ridículo, pero quién sabe por qué Dominic no sentía placer cuando repasaba las diferencias. Y mientras observaba distraído la espalda ancha y musculosa de uno de sus esclavos, le irritaba descubrir que al mismo tiempo recordaba la primera vez que había visto a la señorita Seymour, con su cuerpo esbelto inclinado mientras limpiaba uno de los ruinosos pesebres de Willowglen.

Furioso, trató de desterraría de sus pensamientos, más que nada cuando tuvo conciencia

de que sentía admiración y simpatía. ¡Esa mujer era una zorra obstinada, grosera y dotada de una lengua venenosa! Así la recordó, con un sentimiento hostil. Sin duda estaba satisfecha con su suerte – Dominic se había mostrado dispuesto a pagar una excelente suma por Locura, ¡y el dinero habría contribuido mucho a aliviar la necesidad que ella afrontaba de trabajar como una maldita esclava! Pero, ¿ella había aprovechado la oportunidad? ¡No! ¡Esa estúpida y pequeña arpía ni siquiera le había permitido ver el condenado caballo, y mucho menos se había detenido a pensar en la posibilidad de vender el jamelgo! Pensó irritado: que chapoteara en la charca incómoda que ella misma se creaba. ¡El no estaba dispuesto a perder un momento más pensando en ella!

Pero comprobaba con un sentimiento cada vez más intenso que era más fácil decir eso que hacerlo. De noche, acostado en su cama, recordaba los labios cálidos que habían respondido tan apasionadamente a sus besos y el modo en que la esbelta forma femenina se había unido a su cuerpo duro de hombre. ¿Por qué ella siempre retornaba a la mente de Dominic? ¿Por qué él se preguntaba incluso ahora qué podía opinar Melissa de Mil Robles y sus planes relacionados con el futuro?

Todo eso era por lo menos irritante, y aún más enojoso cuando rememoraba la última imagen de Melissa. A la luz del día su falta evidente de belleza se destacaba todavía más, y sin necesidad de esforzarse él podía evocar el moño apretado y duro que casi le caía sobre la nuca, y los horribles anteojos y el vestido viejo e informe. Por tratarse de un hombre que se enorgullecía de su gusto soberbio para juzgar a las mujeres bellas, un hombre cuyas amantes eran legendarias por su encanto y su atracción, la reacción que Dominic había tenido frente a la señorita Seymour esa noche era incomprensible.

Irritado consigo mismo, Dominic juró que terminaría con esa ridícula situación suscitada por la señorita Seymour, y orientaría sus pensamientos en una dirección más agradable... por ejemplo, el éxito que obtendría con la explotación de Mil Robles; o, Si deseaba pensar en las mujeres, por qué no el suave y dócil cuerpo de cierta joven de escasa virtud que residía en Natchez, en una discreta casita propiedad de Dominic... Sonriendo, bebió un generoso trago de vino. Sí, era mucho más grato recordar los magníficos encantos de la adorable Yolanda que formular conjeturas acerca de la irritante señorita Seymour.

Ahora, en ese hermoso atardecer de junio, Dominic y Royce estaban sentados en la amplia galería que corría a lo largo del frente de la majestuosa casa de dos plantas. Estaban saboreando copas de oporto, después de haber finalizado una de las sabrosas comidas de la señora Thomas, y conversando distraídamente de distintos asuntos.

Al ver la sonrisa de Dominic en la penumbra del atardecer, Royce preguntó como de pasada: – Amigo, tienes una sonrisa muy sugestiva en la cara. ¿Algún motivo especial que lo justifique?

Dominic depositó su copa sobre la mesa y sonrió: – Estaba pensado en cierta paloma de plumaje un tanto manchado que vive en Natchez, y preguntándome si tanto deseo visitarla que estoy dispuesto a abandonar Mil Robles.

Royce sonrió, en los ojos una expresión estúpida.

Sí, ya había advertido que últimamente se te ve demasiado casto, ¡y tenía curiosidad por saber si habías formulado votos de abstinencia! Si me acuerdo bien en otros tiempos en Londres, siempre eras un hombre aficionado a las damas.

– Y a mí me parece recordar que tú no te quedabas atrás... ¿Recuerdas esa noche en Covent Garden y la bonita pelirroja que ganaste en un juego de naipes?

Royce emitió una risa sonora, y durante un rato la conversación retornó a los tiempos que ambos habían pasado en Londres, con muchas frases como "¿Recuerdas cuando...?" mientras evocaban estos episodios. Pero finalmente apareció el tema del choque de Dominic con Latimer, y parte del placer de la velada desapareció.

Dominic adoptó una actitud más rígida cuando Royce mencionó el nombre de Latimer; después murmuró: – En cierto modo me alegra que hayas abordado el tema... en realidad no te culpo, Pero me pareció un poco exagerado que no mencionaras la presencia de Latimer hasta

muy poco antes de salir del área de Baton Rouge.

Royce sonrió y dijo: – Conozco tu temperamento levantisco, y no quería que lo desafiases a otro duelo... como lo habrías hecho Si hubieras sabido dónde estaba.

largo rato recordando esa caricatura de establo de la señorita Seymour. El contraste entre las dos construcciones era ridículo, pero quién sabe por qué Dominic no sentía placer cuando repasaba las diferencias. Y mientras observaba distraído la espalda ancha y musculosa de uno de sus esclavos, le irritaba descubrir que al mismo tiempo recordaba la primera vez que había visto a la señorita Seymour, con su cuerpo esbelto inclinado mientras limpiaba uno de los ruinosos pesebres de Willowglen.

Furioso, trató de desterraría de sus pensamientos, más que nada cuando tuvo conciencia de que sentía admiración y simpatía. ¡Esa mujer era una zorra obstinada, grosera y dotada de una lengua venenosa! Así la recordó, con un sentimiento hostil. Sin duda estaba satisfecha con su suerte – Dominic se había mostrado dispuesto a pagar una excelente suma por Locura, ¡y el dinero habría contribuido mucho a aliviar la necesidad que ella afrontaba de trabajar como una maldita esclava! Pero, ¿ella había aprovechado la oportunidad? ¡No! ¡Esa estúpida y pequeña arpía ni siquiera le había permitido ver el condenado caballo, y mucho menos se había detenido a pensar en la posibilidad de vender el jamelgo! Pensó irritado: que chapoteara en la charca incómoda que ella misma se creaba. ¡El no estaba dispuesto a perder un momento más pensando en ella!

Pero comprobaba con un sentimiento cada vez más intenso que era más fácil decir eso que hacerlo. De noche, acostado en su cama, recordaba los labios cálidos que habían respondido tan apasionadamente a sus besos y el modo en que la esbelta forma femenina se había unido a su cuerpo duro de hombre. ¿Por qué ella siempre retornaba a la mente de Dominic? ¿Por qué él se preguntaba incluso ahora qué podía opinar Melissa de Mil Robles y sus planes relacionados con el futuro?

Todo eso era por lo menos irritante, y aún más enojoso cuando rememoraba la última imagen de Melissa. A la luz del día su falta evidente de belleza se destacaba todavía más, y sin necesidad de esforzarse él podía evocar el moño apretado y duro que casi le caía sobre la nuca, y los horribles anteojos y el vestido viejo e informe. Por tratarse de un hombre que se enorgullecía de su gusto soberbio para juzgar a las mujeres bellas, un hombre cuyas amantes eran legendarias por su encanto y su atracción, la reacción que Dominic había tenido frente a la señorita Seymour esa noche era incomprensible.

Irritado consigo mismo, Dominic juró que terminaría con esa ridícula situación suscitada por la señorita Seymour, y orientaría sus pensamientos en una dirección más agradable... por ejemplo, el éxito que obtendría con la explotación de Mil Robles; o, Si deseaba pensar en las mujeres, por qué no el suave y dócil cuerpo de cierta joven de escasa virtud que residía en Natchez, en una discreta casita propiedad de Dominic... Sonriendo, bebió un generoso trago de vino. Sí, era mucho más grato recordar los magníficos encantos de la adorable Yolanda que formular conjeturas acerca de la irritante señorita Seymour.

Ahora, en ese hermoso atardecer de junio, Dominic y Royce estaban sentados en la amplia galería que corría a lo largo del frente de la majestuosa casa de dos plantas. Estaban saboreando copas de oporto, después de haber finalizado una de las sabrosas comidas de la señora Thomas, y conversando distraídamente de distintos asuntos.

Al ver la sonrisa de Dominic en la penumbra del atardecer, Royce preguntó como de pasada: – Amigo, tienes una sonrisa muy sugestiva en la cara. ¿Algún motivo especial que lo justifique?

Dominic depositó su copa sobre la mesa y sonrió: – Estaba pensado en cierta paloma de plumaje un tanto manchado que vive en Natchez, y preguntándome si tanto deseo visitarla que estoy dispuesto a abandonar Mil Robles.

Royce sonrió, en los ojos una expresión estúpida.

Sí, ya había advertido que últimamente se te ve demasiado casto, ¡y tenía curiosidad por saber si habías formulado votos de abstinencia! Si me acuerdo bien en otros tiempos en

Londres, siempre eras un hombre aficionado a las damas.

– Y a mí me parece recordar que tú no te quedabas atrás... ¿Recuerdas esa noche en Covent Garden y la bonita pelirroja que ganaste en un juego de naipes?

Royce emitió una risa sonora, y durante un rato la conversación retornó a los tiempos que ambos habían pasado en Londres, con muchas frases como "¿Recuerdas cuando...?" mientras evocaban estos episodios. Pero finalmente apareció el tema del choque de Dominic con Latimer, y parte del placer de la velada desapareció.

Dominic adoptó una actitud más rígida cuando Royce mencionó el nombre de Latimer; después murmuró: – En cierto modo me alegra que hayas abordado el tema... en realidad no te culpo, Pero me pareció un poco exagerado que no mencionaras la presencia de Latimer hasta muy poco antes de salir del área de Baton Rouge.

Royce sonrió y dijo: – Conozco tu temperamento levantisco, Y no quería que lo desafiases a otro duelo... como lo habrías hecho Si hubieras sabido dónde estaba.

– ¿Y ahora que sé dónde está? – preguntó Dominic en un tono sospechosamente sumiso– . ¿No temes que de todos modos vaya a retarlo a duelo?

– No. A veces puedes ser colérico, pero no eres estúpido, y abrigo la sincera esperanza de que ahora que te has acostumbrado a la idea de que está aquí, en América, tu sentido común te impida hacer algo tan absolutamente estúpido – replicó secamente Royce. Inclinándose hacia adelante en su asiento, continuó– : Sé que nada te agradaría más que perforar el negro corazón de Latimer, y no niego que lo merece, pero de ese modo no conseguirías nada, no cambiarías lo que sucedió entre tú y Deborah.

La cara súbitamente pálida, Dominic dijo con voz seca: – No deseo hablar de Deborah. Lo que puedo haber sentido por ella sucedió hace mucho tiempo, y si Deborah se mostró dispuesta a permitir que ese bastardo de su hermano la obligase a contraer matrimonio con un hombre que tenía edad suficiente para ser el abuelo, eso significa que ella no era la mujer que yo había pensado.

– Nunca lo fue – observó secamente Royce– . Tú echaste una ojeada a esa hermosa carita, y te enamoraste, y estuviste dispuesto a entrar en la cárcel del matrimonio... y no intentes negarlo. Yo estaba allí, y te vi hacer el papel del tonto. – Royce sonrió.– Un tonto muy elegante, pero eso no cambiaba la situación.

Dominic se movió inquieto en su silla, con la desagradable sensación de que en los comentarios de Royce había muchas cosas ciertas. En efecto, había estado muy cerca de enamorarse profundamente de Deborah Latimer ese verano en Londres, y hubo un momento, aunque en verdad sumamente breve, en que de hecho contempló la posibilidad de contraer matrimonio... hasta que Julius Latimer destruyó todos esos sueños todavía no muy bien definidos. Si la breve relación con Deborah Latimer había sido la experiencia de Dominic que más se había parecido al amor, por otra parte el hermano de la joven había sido el hombre que llevó a Dominic a tener conciencia de un aspecto más sombrío de su propio carácter.

La reputación de Julius Latimer era notoria en Londres. Aunque la sociedad elegante lo toleraba, muchas puertas se le habían cerrado, y por culpa de Julius se habían cerrado también para su hermana. Los Latimer eran parientes pobres y lejanos de una familia aristocrática prestigiosa, y aunque la mayoría de los miembros de la sociedad consideraban perfectamente aceptable a la señorita Latimer, opinaban que era vergonzoso que una joven tan tímida y atractiva tuviese por hermano a un individuo tan escrupuloso como Julius.

No era solo que Julius estuviese dispuesto a vender a su hermana al mejor postor. Con su nombre se relacionaba más de un incidente repulsivo. Dominic recordaba muy bien el escándalo que había estallado cuando Latimer sostuvo un duelo y mató a un joven que acababa de llegar del campo, apenas un jovencito demasiado novato para identificar a un jugador diestro e inescrupuloso como Latimer. También corrían desagradables rumores acerca de una mendiga que había perecido bajo las ruedas del carruaje de Latimer.

Dominic fijó en la oscuridad la mirada reflexiva. Desde el primer momento Julius le había desagradado, y casi desde el principio se había manifestado entre los dos una hostilidad

apenas velada. Oh, se mostraban corteses uno con el otro, pero cada uno tendía a describir círculos alrededor del otro, como gatos en guardia, tensos y dispuestos a afrontar el primer gesto de hostilidad del antagonista. Sólo cuando Latimer intencional y maliciosamente comenzó a volcar en los oídos de Deborah perversas mentiras acerca de Dominic, éste comenzó a entender bien hasta qué punto Latimer carecía de principios, y cuán decidido estaba a lograr que su hermana se casara únicamente con el hombre que él eligiese. – Por supuesto, un hombre acaudalado, pero a quien Latimer pudiese controlar. Cuando Dominic descubrió la razón que explicaba la súbita aversión que ahora le demostraba Deborah, ya era demasiado tarde para reparar la relación que los unía, pues la mezcla de mentiras y verdades a medias había sido entretejida con tanta astucia que era imposible desenmarañaría. Pero había obtenido cierta satisfacción retando a duelo a Latimer.

Cuando al fin se enfrentaron, el corazón y el orgullo de Dominic lastimados a causa de las ofensas que Latimer le habían infligido, por primera vez en su vida Dominic permitió que la cólera lo dominase – y por eso su disparo había atravesado el brazo y no el corazón de Latimer.

Quebrando el silencio que había recaído sobre ellos, Dominic dijo de pronto: – ¡No debía haber errado el tiro que disparé a ese bastardo!

Royce manifestó su acuerdo con un gesto de asentimiento.

– En todo caso, matándolo te habrías salvado del castigo que te infligieron esos canallas contratados por Latimer.

Dominic se estremeció. La emboscada no sólo lo había dejado lastimado y dolorido durante semanas, sino que había mellado todavía más su orgullo. Sabía, y eso lo inquietaba, que si algunos de sus amigos no hubiesen aparecido en el momento oportuno, los desagradables compinches de Latimer habrían terminado su trabajo y lo habrían rematado. Pero en voz alta se limitó a decir: – Creo que eso es lo que me molesta. Sabemos que fue culpable de lo que sucedió, pero no había nada que pudiese mostrar– se a un magistrado, y por eso ese hombre está libre como los pájaros.

– Puedo soportar su libertad más fácilmente que su presencia en el salón de mi madre – murmuró Royce– . Con mucho esfuerzo consigo tratarlo cortésmente, pero ese hombre tiene entrada libre en todas partes. – Royce frunció el entrecejo.– Intenté advertir delicadamente a mi padre que Latimer no es el tipo de hombre a quien uno recibe en su hogar; pero más allá de explicarle que la reputación de Latimer en Londres era muy negativa, no tengo nada concreto para respaldar mis afirmaciones. En todo caso, el hecho de que sea un disipado muy conocido en Londres le confiere cierta aureola, y mi resistencia a tener nada que ver con él sugiere que soy un campesino que está celoso de su popularidad en el ambiente de los plantado– res locales. – Concluyó con expresión cínica:– Nuestra gente se siente fascinada por lo que según creen es un verdadero caballero inglés que ha venido a visitarnos, están pendientes de sus palabras, convencidos de que es un árbitro de la moda, un auténtico Bello Brummell. El hecho de que abrace tan entusiastamente nuestra causa en esta ridícula guerra contra los ingleses determina que goce de mayor prestigio aún entre los caballeros. ¡Y las damas! ¡Lo adoran!

– ¿Incluso la señorita Seymour? – preguntó inesperadamente Dominic, y en realidad los dos se sorprendieron ante la pregunta.

Con un destello de interés en los ojos, Royce miró a Dominic.

– Bien, ¿por qué te interesa saberlo?

Maldiciendo su propia lengua indisciplinada, Dominic replicó con sequedad: – Mera curiosidad... me pareció que Zachary no lo miraba con malos ojos, y yo...

En el rostro de Royce se dibujó una expresión tan divertida y burlona que Dominic lanzó una sonora maldición y dijo con voz tensa: – ¡Oh, no importa! ¡De todos modos, no deseo saber nada! Estoy harto de hablar de Latimer, y con respecto a Deborah ¡ojalá que el casamiento con ese anciano y rico conde de Bowden, y la posibilidad de usar el título de "condesa" justifique la penosa obligación de soportar a un marido medio loco!

Royce vaciló un segundo, y al fin preguntó: – Dom, ¿realmente has dejado atrás tu

enamoramiento juvenil de Deborah?

Con una expresión de sorpresa en la cara, Dominic miró a su amigo.

– ¡Santo Dios, sí! – afirmó– . Fue nada más que un toque de locura, y no tienes que temer que yo esté sufriendo en secreto a causa de mi corazón destrozado. Es posible que el asunto me doliese entonces, pero no fue nada serio.

– Me alegro mucho de saberlo. Es probable que más tarde o más temprano vuelvas a ver a Deborah. – Con voz absolutamente neutra, Royce agregó:– Quizá no lo sabes, pero el conde murió repentinamente, muy poco tiempo después que él y Deborah se casaran – fue un accidente. Parece que una noche bebió demasiado, cayó por la escalera y se rompió el cuello. Murió instantáneamente.

– ¿Y el querido hermano Latimer estaba presente en ese momento?

– ¡Qué extraño que preguntes eso! – Las miradas de ambos se cruzaron en un gesto de perfecta comprensión. Royce dijo:– Había llegado precisamente esa noche, o por lo menos eso dicen. Él descubrió el cuerpo, y comunicó la mala noticia a su dulce hermana.

Dominic lanzó una exclamación de repugnancia.

– Y así, Latimer de nuevo consigue lo que desea; no sólo vuelve a dominar a su hermana, sino que además controla una fortuna.

No es exactamente así. Tengo un amigo en Inglaterra, y me enseñó una carta muy interesante acerca de todo el asunto, con datos relativos a la distribución de las propiedades del anciano conde. Por supuesto, el matrimonio no tuvo hijos, y como la mayor parte de la fortuna del conde correspondía al mayorazgo, casi toda fue a manos de su hermano. Lady Deborah quedó sólo con una pequeña pensión... que será suspendida si ella vuelve a casarse.

Una sonrisa sardónica curvó los labios de Royce, y Dominic murmuró: – ¡De modo que en este mundo hay cierta justicia!

– Imagino que así puede decirse – reconoció Royce– . Pero como sucede con todos los gatos, parece que Latimer siempre cae de pie Es posible que se le haya negado la fortuna del conde, pero me temo que aún conseguirá apoderarse de una fortuna, aunque mucho más pequeña.

Con el entrecejo fruncido, Dominic preguntó: – ¿El pagaré mencionado por Zachary? No es mi intención preguntar demasiado, pero no comprendo muy bien la relación entre Latimer y los Seymour. Y por lo que en efecto sé de Latimer, jamás tuvo acceso a un monto de ese calibre.

– El tenedor original del pagaré era el viejo Weatherby, tío de Latimer. Cuando Weatherby falleció, la herencia de Latimer fue un pagaré vencido hace mucho tiempo, y que según sospecho permanecerá en las mismas condiciones... por supuesto, a menos que Melissa decida casarse.

Ante la expresión de absoluta incomprensión de Dominic, Royce se echó a reír y explicó brevemente el fideicomiso que su abuelo había dejado a Melissa, a Zachary y a la madre del propio Royce, es decir Sally.

Con expresión un tanto cínica, Dominic murmuró:

– ¿Y crees que Latimer está dispuesto a esperar dos años más antes de apoderarse del dinero?

– Bien, no necesita esperar tanto tiempo – dijo fríamente Royce– . Quizá decida casarse él mismo con Melissa.

Quién sabe por qué ignorada razón, la idea pareció sumamente desagradable a Dominic. Se dijo que era porque él se oponía a que Latimer consiguiera tan fácilmente una fortuna, aunque por otra parte estaba seguro de que el matrimonio con Melissa Seymour sería un verdadero infierno para cualquier hombre. De todos modos, la idea de que la joven podía casarse con Latimer lo irritaba, e incluso después de que él y Royce se dieron las buenas noches y se encaminaron cada uno hacia su cuarto, la sensación de desagrado se prolongó. Hasta el extremo de que despertó a la mañana siguiente con la idea clavada en su espíritu; y su humor se agrió bastante cuando advirtió que de nuevo estaba consagrando demasiado

Librodot

tiempo a pensar en la señorita Seymour. Pero lo que más lo inquietaba era el hecho de que no podía decidir con exactitud qué aspecto de la unión Seymour– Latimer lo molestaba más: si la posibilidad de que Latimer alargase sus garras codiciosas y sin duda manchadas de sangre para apoderarse de una fortuna que no merecía, o la posibilidad de que Melissa se casara con una criatura de condición tan baja. ¡Por Dios, se dijo en el curso de sus meditaciones, antes de permitir que una arpía irritante como ella quede encadenada a un canalla como Latimer, yo mismo estaría dispuesto a desposaría! Por su cabeza ni siquiera pasó la idea de que no sentía demasiado interés por oponerse al matrimonio de Latimer con otra mujer cualquiera, excepto Melissa.

Cuando entró en el comedor, descubrió que Royce ya se le había adelantado, y que leía una carta mientras bebía una taza de humeante café negro.

Royce lo miró y le dirigió una sonrisa.

– Mi padre escribe que debería invitarte a retornar conmigo.

Dominic sonrió y meneó la cabeza.

– No, ¡gracias! Tengo demasiado qué hacer aquí. Además, identifico a primera vista a los casamenteros, y tu padre tiene cierto brillo en los ojos siempre que menciona el nombre de Melissa, ¡~ por eso me inquieta!

– Ah, sí, por supuesto. – Una expresión sospechosamente inocente apareció en la cara bien formada de Royce cuando agregó:– Quisiera saber por qué ella te escribió.

– ¿Melissa me escribió? – preguntó Dominic en un tono de profundo asombro– . ¿Con qué propósito?

– En realidad, no lo sé, pero llegó una carta para ti, escrita por ella, pocos minutos después de la mía. ¿Por qué no la abres y la lees tú mismo? Está al lado de tu plato.

Con cierta prisa torpe, Dominic abrió el sobre, sintiendo que los latidos de su corazón se aceleraban agradablemente... al principio. Después, cuando comprendió el objeto de la misiva de Melissa, se le ensombreció el rostro y con voz cargada de desprecio escupió: – ¡Tu prima está loca! Después de negarse a permitir que por lo menos yo viese su precioso y maldito caballo, ahora propone vendérmelo... ¡por veinticinco mil dólares!

Royce enarcó el entrecejo, tanto a causa de la absurda oferta de Melissa como a consecuencia de la cólera tan extraña de Dominic.

– Quisiera saber por qué ha dado este paso – murmuró con voz lenta.

– ¡No me importa en absoluto por qué lo hace! – gruñó Dominic– . Pero saldremos esta mañana para Baton Rouge. Iré a ver ese condenado caballo antes de que ella cambie de idea... ¡y allí le diré exactamente lo que pienso de su ridícula oferta! ¡Veinticinco mil dólares! – rezongó– . Sin duda, ¡está loca!

10

Dominic acabó aceptando la invitación a cenar, y la comida que los reunió fue singularmente grata. Conoció a Frances Osborne, y comprobó que era una mujer muy agradable; también Etienne, después que comprendió que Dominic no retiraría de Willowglen a Locura, el animal tan amado por Melissa, se mostró entusiasta y cordial. Y Zachary, tranquilizado porque los sueños y los planes que él y Melissa habían concebido en relación con el futuro aún podían realizarse, se sintió aún más impresionado por la conversación y los modales desenvueltos de Dominic.

Sólo Melissa pareció indiferente al encanto natural de Dominic, que elogiaba a Frances por la excelente comida que ella había servido, y con verdadero conocimiento de causa hablaba de caballos con Etienne y Zachary. Para ella era difícil mantenerse distante, sobre todo porque ahora tenía muy buenas razones para sentirse agradecida con el visitante, que le había dado los medios necesarios para rechazar a Latimer. Pero su decisión de mostrarse indiferente a esa presencia hipnótica vacilaba siempre que Dominic le dirigía una sonrisa cálida y un poco burlona, o que suS ojos joviales encontraban la mirada de la joven. Melissa recordó sobriamente todo lo que Josh le había advertido acerca de Dominic, y así hacía todo lo posible para desentenderse de los rizados cabellos negros o de la nariz bien formada, o de la boca de labios sensuales. Se dijo sobriamente que ella no seria otra mujer tonta dispuesta a caer en las garras de ese veterano disipado. Pero estaba librando una dura batalla en su propio fuero íntimo – sobre todo cuando recordaba lo que era sentirse oprimida por esos brazos, y el placer embriagador que esa boca jovial le había deparado.

Como le desagradaba la tendencia de sus pensamientos desordenados, Melissa miró con el entrecejo fruncido los restos del pollo servido durante la cena. Reconoció deprimida que todo se hubiera facilitado si el señor Slade no hubiese sido tan encantador y atractivo. Y sospechaba que incluso teniendo muy en cuenta las advertencias de Josh, la proximidad del señor Slade sometería a dura prueba las buenas intenciones que ella trataba de afirmar.

Al ver el entrecejo fruncido, Dominic interrumpió su conversación con Zachary y murmuró: – ¿Hay algo en mi oferta de una sociedad en relación con Locura que le desagrada?

Melissa se convirtió instantáneamente en el centro de todas las miradas, y el rubor le tiñó intensamente las mejillas.

– Oh, no – se apresuró a decir. Recordó que debían definir los detalles más menudos del acuerdo, y agregó: Pero, en efecto, creo que deberíamos discutir a solas los aspectos concretos, antes de que usted se retire.

La expresión de Dominic reveló cierta extrañeza.

– ¿Su hermano o su tío no deberían representarla en este género de asuntos? Conozco las circunstancias particulares que la convierten en dueña del caballo; pero en este punto, ¿los hombres de su familia no son los más indicados para resolver la situación financiera?

Melissa rechinó los dientes. Sabía desde hacía mucho tiempo que su padre se había mostrado muy indulgente al momento de educarla, y de que le había concedido muchas libertades mientras vivió; pero sólo después que él desapareció ella había comprendido bien cuán escaso era el poder que se le otorgaba para resolver los detalles de su propia vida. Aunque las circunstancias la habían obligado a asumir la carga de las decisiones acerca de Willowglen hasta que Zachary llegase a la mayoría de edad, no podía afrontar Públicamente las transacciones relacionadas con la plantación sin la ayuda de un hombre – era inconcebible que una mujer hiciera negocios sin la presencia de un hombre que la representara en los Procedimientos judiciales y legales. Era un concepto muy difundido que las mujeres no podían atender sus propios asuntos sin la ayuda de los hombres. Pensó en el caos deplorable que había dejado su padre, y que ella y Zachary debían resolver, y sintió que Perdía los

estribos. De modo que el señor Slade no creía que ella Podía administrar su propio dinero, ¿verdad? Los ojos color topacio se encendieron en un acceso de súbita cólera, y Melissa replicó en un tono poco cortés a la pregunta de Dominic.

– ¡Señor Slade! Locura es mío, y me temo que, le agrade o no, ¡usted deberá tratar conmigo si desea comprarlo!

Dominic ya estaba familiarizado con las reacciones de Melissa, y pudo advertir los signos de la explosión inminente; pero no resistió la tentación de burlarse un poco, y murmuró muy suavemente: – Es decir, si deseo comprar la mitad del caballo.

Melissa no estaba de humor para soportar bromas, pero una débil sonrisa jugueteó en las comisuras de los labios. Poniéndose de pie con movimientos elegantes dijo: – Si tiene la bondad de acompañarme...

Dominic llegó a la conclusión de que la sonrisa de la joven era encantadora, y después de advertir el sonrojo atractivo de las mejillas de Melissa, antes de que ella se apartase, el visitante se sintió todavía más intrigado. Sin decir palabra, caminó en pos de la dueña de casa, y su mirada se posó reflexivamente sobre los hombros delgados y la cintura angosta, mientras ella caminaba por el corredor, dos pasos más adelante. Reflexionó divertido: qué tigresa tan orgullosa.

Entró en la habitación que ella había indicado, y miró alrededor. Sin duda, era la biblioteca, y se trataba de un lugar agradable, aunque allí donde se posaba la mirada de Dominic podía hallar indicios de la estrechez en que se debatían los Seymour

– desde los sillones de cuero emparchados a las descoloridas cortinas de terciopelo que colgaban de las largas ventanas.

Después que Melissa se sentó en un sofá tapizado con tela estampada, Dominic ocupó un sillón frente a la joven. Con una tenue sonrisa que curvaba sus labios llenos, preguntó: – ¿Qué aspecto de mi oferta desea discutir?

Resentida al ver esa sonrisa medio indulgente, Melissa exclamó: – No soy una niña, y apreciaría que usted tome en serio esta conversación, y no me trate como si fuera una retardada.

Dominic entrecerró los ojos, y en un tono de voz mucho menos cordial dijo: – Créame, querida, cuando hablo de gastar veinticinco mil dólares, ¡mi actitud es muy seria!

Melissa se mordió el labio, y comprendió deprimida que de nada le serviría irritar a Dominic. Además, él no tenía la culpa de esta situación. Sencillamente deseaba no tener tan cabal conciencia de la presencia de este hombre, del modo en que su chaqueta se adaptaba a la ancha espalda, o de esos breeches que se ajustaban perfectamente a las piernas largas y musculosas, mientras él ocupaba el sillón frente a Melissa. No contribuía a la paz mental de la joven descubrir que sus ojos se sentían constantemente atraídos por la cara morena y delgada, y comprobar que se demoraba soñadoramente en cada uno de los rasgos del visitante: el arco orgulloso de la cejas, la límpida claridad de esos ojos grises de expresión burlona, la curva irónica de los labios y la línea dura del mentón. Con un esfuerzo, retornó al asunto inmediato. Era una cuestión de negocios, y por lo tanto, sentándose aún más derecha en el sofá, comenzó a preguntar a Dominic acerca del modo en que ambos debían compartir la propiedad de Locura.

Mientras Melissa examinaba a Dominic, éste practicaba su propia exploración, y lo que veía aún lo dejaba en la situación de buscar el motivo de que esa criatura hostil y fea lo indujese a actuar como él lo había hecho. Realmente, no era bonita, fue su conclusión definitiva, después de examinar larga y detenidamente los rasgos de Melissa, tratando de imaginarla sin los lentes, sin el moño y sin los labios apretados en ese gesto severo y deprimente; y por mucho que se esforzaba él no conseguía imaginarla de otro modo: es decir, una solterona un tanto gris. ¿Entonces qué lo fascinaba así? Era un interrogante que no alcanzaba a resolver, y a Dominic le desagradaban profundamente las preguntas sin respuesta. Pensó colérico: ¡toda la situación era absurda! Melisa no era bonita. A él no le agradaba, y sin embargo, estaba dispuesto a gastar una buena suma de dinero porque temía que ella estuviera

Librodot

afrontando dificultades con Latimer. En su fuero intimo, Dominic rezongó: ¿qué clase de estúpido era él mismo. No era un hombre altruista. Nunca le había interesado especialmente la suerte de sus semejantes, pero esa mujer... esa mujer lo inquietaba y lo movía a adoptar posturas extrañamente protectoras. ¡Demonios! ¡Con su dinero había comprado sólo la mitad de un condenado caballo! Y eso porque habla visto cuánto amaba Melissa a Locura, y no había tenido el valor de torturaría más. De pronto, concibió la desagradable idea de que él había tenido otra motivación: si era socio de la señorita Seymour, parecía muy natural que pasaran reunidos bastante tiempo, y por cierta razón incomprensible, ¡Dominic descubrió que deseaba precisamente eso!

En la seguridad total de que ya estaba chocheando, Dominic comenzó a proponer varios métodos que facilitarían que ambos compartiesen la propiedad del animal. Melissa pareció adoptar una actitud razonable en el asunto, y formuló muy pocas objeciones a las propuestas de Dominic. Un tanto suspicaz en vista de esa actitud sumisa, Dominic se preguntó qué estaba pasando Por la mente de Melissa.

Como ahora se debatía con el importante problema de pedir a Dominic que le pagase la suma total dentro de las veinticuatro horas, Melissa escuchaba sólo a medias lo que él decía. Cuando Dominic calló, de pronto Melissa dijo: – ¿Puede pagarme mañana el dinero? ¿En oro?

Si Dominic alimentaba dudas acerca de la intervención de Latimer en el asunto, este pedido las disipó. Latimer seguramente estaba exigiendo el pago, y debía haber fijado el primero de julio como fecha de cancelación de la deuda; si no recibía entonces el dinero, probablemente iniciaría alguna acción a la cual Melissa no podía oponerse. Conociendo a Latimer, Dominic se forjó una idea bastante cabal de la naturaleza de esa acción, aunque simplemente no podía entender por qué Latimer había puesto los ojos en una mujer que poseía tan escaso atractivo. Después, esbozó una mueca. Si ella había fascinado involuntariamente a Dominic Slade, era obvio que podía haber seducido del mismo modo a Latimer.

Pero el pedido de Melissa de que se le pagara en oro al día siguiente originaba un problema. Dominic era rico, pero disponer de esa clase de dinero metálico en el lapso fijado era casi imposible. Vaciló, y después dijo directo: – Dudo mucho de que pueda realizar arreglos con tal rapidez, pero puedo asegurar que tendrá su dinero antes de que termine la semana. – La miró a los ojos, y eligiendo con mucho cuidado las palabras agregó:– Estoy seguro de que cualquier... acreedor que esté reclamándole el pago no logrará promover medidas importantes antes de que usted reciba el dinero.

Melissa volvió los ojos hacia Dominic, y su asombro y su temor fueron evidentes en la expresión de su cara. Tragó dificultosamente, y después preguntó en voz baja: – ¿Cómo sabe que necesito el dinero para un... un... acreedor?

Como al descuido, Dominic replicó: – No es más que una conjetura, querida; no se preocupe. – Impulsado por algo que él mismo no podía explicar, se puso de pie y se detuvo frente a ella. Inclinándose hacia adelante, tomó una de las manos de Melissa, que descansaba sobre su regazo, y sosteniéndola con la suya, murmuró:– Si en algo puedo servirla...

Las palabras de Dominic eran tan tentadoras que durante un momento de desequilibrio Melissa contempló realmente la posibilidad de hablarle de la indigna oferta de Latimer; pero tema excesiva conciencia de la turbadora proximidad de Dominic, y no podía pensar con claridad. Sintió la mano cálida y fuerte de Dominic, y Melissa tuvo la sensación de que sus propios dedos cobraban una vida especial nada más que por el contacto con él, y de que los latidos de su corazón se aceleraban locamente. Temerosa de que él entreviese el tumulto que estaba provocando, apartó nerviosamente la mano y balbuceó: – Oh, gracias, pero eso no es necesario.

Él no pareció convencido, pero no podía obligarla a formular confidencias, y con un negligente encogimiento de hombros se apartó de Melissa. La posibilidad de continuar la conversación a solas desapareció cuando Zachary entró en la habitación un momento después.

Los tres conversaron amistosamente varios minutos más, y finalmente Dominic y Melissa firmaron un acuerdo que incluía las condiciones de la venta. Con el documento bien

Librodot

guardado en el bolsillo de su chaleco, Dominic se despidió. Estaba complacido con los resultados de la entrevista; pero al mismo tiempo sentía cierta turbación. Lo contrariaba saber que Latimer era el hombre que en definitiva se beneficiaría con la asociación entre el propio Dominic y la señorita Seymour, y su mente buscaba el modo de frustrar los planes de Latimer...

Cuando llegó a su habitación de la taberna, Dominic encontró a Royce esperándolo, y resignado a las burlas que sin duda soportaría, explicó brevemente a su amigo lo que había hecho. La sonrisa de superioridad que curvó los labios de Royce indujo a Dominic a cerrar los puños, pero en definitiva una sonrisa renuente se dibujó en su propia cara.

– Enloquecí – reconoció– . ¡Y no necesito que me lo digas!

El gesto de total acuerdo de Royce en nada contribuyó a la autoestima de Dominic, pero durante los pocos minutos siguientes escuchó con buen humor los regocijados comentarios de Royce acerca de "los individuos sin sesos" y "las decisiones absurdas". Pero en definitiva Royce suspendió sus comentarios burlones y mencionó la razón de su visita.

– Mi padre te invita a cenar con nosotros esta noche. – Después de dirigir a su amigo una sonrisa renuente, Royce agregó:– No le agradó que prefirieses un lugar público en lugar de Oak Hollow, pero creo que si vienes a cenar tu actitud calmará su orgullo herido.

Dominic aceptó la invitación, y poco después los dos amigos se prepararon para salir. Acababan de montar sus caballos cuando Dominic alcanzó a ver brevemente la figura de un caballero que entraba en la taberna. Frunciendo el entrecejo, miró finalmente la entrada, y al ver su expresión Royce preguntó: – ¿Qué sucede? ¿Algo está mal?

– No lo sé – contestó Dominic con voz grave– , pero yo juraría que vi entrar a Latimer.

Royce se encogió de hombros.

– ¿Y qué hay con eso? ¿Qué piensas hacer al respecto? ¡Por Dios, ese hombre tiene derecho de entrar en una condenada taberna!

Dominic insinuó una mueca, perfectamente consciente de la verdad de lo que Royce decía. Sin hablar más, desvió su caballo y enfiló hacia Oak Hollow. Pero no podía apartar de su mente al hombre a quien había visto. ¿Era Latimer? Lo que era incluso más importante, ¿Latimer había ido a ver a Melissa esa misma noche?

La respuesta a ambas preguntas era afirmativa. En efecto, Dominic había visto a Latimer entrando en la taberna, y no lo habría complacido mucho saber que Latimer se alojaba en una habitación que estaba a cinco puertas, sobre el mismo corredor que usaba Dominic, es decir la habitación número tres. Dominic se habría sentido aun más desagradado al descubrir que una vez que Latimer obtuvo alojamiento por esa noche, se había sentado y redactado una nota que debía ser entregada un rato después a la señorita Melissa Seymour.

Con verdadero placer y lasciva expectativa, Latimer escribió el texto que informaba a Melissa que él estaba en Baton Rouge, y que aguardaba ansioso el momento de reunirse con ella. Con una sonrisa maliciosa en los labios, escribió deprisa que antes de arreglar las condiciones del pago, él deseaba verla para resolver los detalles definitivos. Con letra apenas descifrable informó a Melissa que esa noche estaría en la taberna, en la habitación número tres, y que convenía a la joven verlo sin más tardanza para asegurarse de que tenían un acuerdo perfecto acerca de las "condiciones del arreglo".

Era una misiva insultante, y cuando la leyó poco después, ese mismo día, Melissa se estremeció de repugnancia. Había previsto que recibiría un mensaje de Latimer, de modo que la llegada de la nota fue para ella casi un anticlímax. Sentada en un silloncito de su dormitorio, releyó la carta, y experimentó un profundo agradecimiento por el señor Slade, que la había visitado ese mismo día, y porque, gracias a la generosidad de Dominic, Latimer ya no era una amenaza para su virtud femenina o para su paz mental Si Slade hubiese ignorado la carta de Melissa, o hubiese respondido tardíamente, o se hubiese negado a pagar el exorbitante precio... Melissa sintió seca la garganta nada más que al pensar en lo que habría sentido si recibía la carta de Latimer sin la conciencia reconfortante de que podría pagarle en monedas de oro hacia el fin de la semana.

Permaneció sentada en la habitación, sola, largo rato, mirando con ojos inexpresivos la nota de Latimer, y pensando inquieta que había estado muy cerca del desastre, y que muy bien hubiera podido verse forzada a aceptar las degradantes condiciones de Latimer, si Dominic no se hubiese mostrado dispuesto a aceptar el precio inaudito que ella reclamaba por Locura. Una suave sonrisa curvó sus labios al pensar en Dominic y en su generosidad. Durante varios instantes se sumió en una imprecisa ensoñación, recordando la sonrisa de Dominic y el modo en que sus ojos grises hablan parpadeado con un sentimiento de alegre broma. Después, con un suspiro pesaroso rechazó esas tontas reflexiones, y concentró sus pensamientos en el tema inmediato.

Releyó la parte en que Latimer decía que deseaba verla esa misma noche. Melissa se preguntó suspicaz: ¿Por qué? ¿Qué se proponía? Sumamente desconfiada de ese hombre, Melissa consideró diferentes razones que podían hacer imperativo que él la viese esa misma noche, pero no atinó a encontrar una explicación satisfactoria al pedido... excepto que quizás él habla decidido vanagloriarse de lo que según suponía era la situación sin salida de Melissa. Los ojos de la joven relampaguearon arrojando chispas de cólera, y ella contempló la posibilidad de dejarlo esperar toda la noche. Pero después apretó los labios. No se atrevía a ignorar el pedido. – ¿Qué sucedería si él se cansaba de esperar y aparecía en Willowglen exigiendo verla? Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Si Latimer despertaba las sospechas de Zachary... Examinó de nuevo la carta, tratando de descifrar la escritura de Latimer, para saber si la habitación era el número tres o el número ocho. Después de un examen atento, llegó a la conclusión de que era el ocho.

Dejó a un costado la carta, se puso de pie y se detuvo frente al espejo, y empezó a cepillarse distraídamente los cabellos largos y ondulados. Se los había lavado después de la partida de Dominic, y ahora caían sobre sus hombros formando lustrosos rizos color de miel, y las hebras sedosas relucían con vida propia. El cepillo le provocaba una sensación agradable mientras ella lo pasaba rítmicamente sobre la cabellera, con la mente todavía ocupada en la nota de Latimer.

¿Por qué no podía verlo esa misma noche? ¡Sería un placer tan intenso mirar su cara cuando rechazara su repugnante oferta! Cuanto más contemplaba el asunto, más le agradaba la idea. ¿Por qué no? Él la había humillado, la había obligado a escuchar sus sórdidos planes. Por tanto, ¿qué impedía que ella se complaciera obligando a Latimer a escuchar lo que tenía que decirle? ¿Por qué tenía que esperar hasta el día siguiente?

Sonrió débilmente, al imaginar el sufrimiento de Latimer y

– así lo esperaba– su decepción cuando descubriera que ella no se convertiría en su amante.

Una vez que adoptó su decisión, dedicó unos minutos más a planear el modo de entrar sin ser vista en el pueblo, y de llegar a la habitación de Latimer sin provocar un terrible escándalo. Ni quería pensar en lo que sucedería si se descubría que ella había ido sola, de noche, a una taberna y que, lo que era todavía más chocante, ¡había estado en la habitación de un hombre a solas con él!

Latimer no había mencionado determinada hora de la noche, de modo que ella podía retirarse ostensiblemente con el propósito de acostarse temprano; después, saldría a escondidas de la casa e iría a caballo al pueblo sin que nadie lo supiese. Esa parte de su plan concebido deprisa no la inquietaba. La parte más difícil era entrar en la habitación de Latimer. Era difícil que ella pudiese atravesar como al descuido el sector principal de la taberna. Pero se le iluminó el rostro cuando recordó la escalera exterior de la taberna. La habían construido precisamente para resolver situaciones como la que ahora afrontaba Melissa – para permitir el acceso discreto a los ocho pequeños cuartos del primer piso, alquilados a diferentes personas. Melissa se dijo satisfecha que no tendría dificultades para entrar y salir sin ser vista.

Con una sonrisita complacida, examinó él interior del antiguo armario de caoba instalado en un rincón de su habitación. Allí había pocos vestidos, y ciertamente ninguno le interesaba demasiado. Su sonrisa se desvaneció. Deseaba ofrecer el mejor aspecto posible

Librodot

cuando enfrentase a Latimer. Ansiaba que él comprendiese lo que había perdido. No era una actitud muy simpática en ella, pero no era extraño que deseara verlo sufrir después de toda la angustia que él le había provocado. Si ella parecía deseable cuando le dijera lo que opinaba de su repulsiva oferta... bien, tanto mejor.

Su mano rozó un viejo vestido de seda color ámbar, y con repentino interés ella lo retiró del armario. Se lo probó, y contempló su imagen reflejada en el espejo de pie. Pensó que le sentaría admirablemente, mientras observaba el modo en que la pechera apretada casi obligaba a su busto a desbordar la suave tela. Tenía el vestido desde hacía mucho tiempo – su padre lo había traído desde Inglaterra– y aunque era un poco estrecho para ella, no podía decidirse a desecharlo. El vestido le sentaba bien, y atraía la atención sobre sus blancos hombros y el busto blanco, y el matiz ámbar de la seda confería a los cabellos de Melissa el aspecto de la miel tibia, y acentuaba el fulgor topacio de sus ojos. Giró sobre si misma frente al espejo de pie, y la complació el modo en que la seda se desplegaba a partir de la cintura alta, y cómo la falda llena se esponjaba alrededor del cuerpo. Quizás el vestido era viejo, e incluso podía caerle poco apretado, pero era la prenda más atractiva que tenía, y la usaría esa noche.

La ejecución de su plan fue demasiado fácil, y la conciencia le remordió cuando todos se inquietaron apenas ella afirmó que tenía jaqueca y anunció que se retiraba temprano. Con dedos temblorosos dejó a un lado la fea prenda que había usado durante el día, y se puso deprisa el vestido de seda ámbar. Cepilló por última vez sus cabellos, y después de ponerse una gastada capa con capucha, de terciopelo marrón, abrió la puerta y se asomó al largo corredor. Estaba desierto.

Descendió deprisa y una vez afuera sintió que el corazón le latía desagradablemente. Necesitó pocos minutos para llegar a los establos y ensillar una de las yeguas. Cuando llegó al camino principal se tranquilizó un poco, y emitió un hondo suspiro de alivio. ¡Lo había conseguido! Nadie la había visto. Ahora, en busca de Latimer...

Cuando un rato después llegó a Baton Rouge, trató de mantenerse protegida por las sombras, aterrorizada ante la perspectiva de que alguien pudiera verla y reconocerla. Felizmente, la taberna estaba cerca del límite del pueblo, y Melissa se apresuró a buscar la protección de las sombras que se proyectaban detrás del ruinoso edificio de madera de dos plantas. Después de desmontar, Melissa ató deprisa el animal a un roble próximo, y con pasos nerviosos se acercó a la taberna.

El corazón comenzó a latirle dolorosamente cuando rodeó el edificio y encontró la estrecha escalera que llevaba al primer piso. Una cosa era pensar en enfrentarse con Latimer desde la seguridad de su propia casa, y otra entrar audaz en su habitación. Vaciló, de pronto desalentada porque lo que estaba haciendo era no sólo peligroso sino impropio. Casi se volvió, pero al recordar la amenaza que se cernía sobre Zack si Latimer llegaba a Willowglen a una hora inadecuada y de mal humor, decidió seguir adelante. Nadie la descubriría, y tampoco le convenía a Latimer que se conociera que ella había estado allí. Dirían que era un canalla de la peor especie, y Melissa sospechaba con razón que ese hombre prefería que todos continuaran creyéndolo "un encantador inglés".

Apelando a todo su coraje, subió deprisa la escalera, no fuese que decidiera cambiar de idea. La puerta crujió cuando Melissa la abrió, y ella sintió que el corazón casi le estallaba. La cara oculta por la capucha de la capa, Melissa pasó al estrecho corredor apenas iluminado. Vio aliviada y complacida que la habitación número ocho respondía a la primera puerta, y entonces todas las reservas que había sentido desaparecieron. Una virtuosa indignación se apoderó de ella al recordar lo que Latimer había intentado hacerle, y con un destello belicoso en los ojos color oro abrió la puerta y se aprestó a dar batalla.

Vio desalentada que la habitación estaba en sombras y vacía. Un tanto desconcertada, entró a tientas, y buscó durante varios minutos tratando de encontrar una vela y encendería. A la luz parpadeante de la vela miró alrededor. Era un cuarto muy pequeño, lo mismo que todas las restantes habitaciones de la taberna; esos recintos privados se parecían más a cuartos de

Librodot

escobas que a verdaderos dormitorios. Pero la cama estaba bien hecha, y la cubría una alegre manta de retazos amarillos y verdes, y se habla agregado una tosca silla de pino y un minúsculo estante para las velas, como comodidades suplementarias.

Un poco desanimada porque su presa había desaparecido, Melissa depositó la vela en el estante. Ahora que estaba aquí, parte de su nerviosismo estaba disipándose, y en cambio se acentuaba la cólera provocada por los pérfidos planes de Latimer. Recorrió el escaso espacio libre del cuarto, repasando las palabras hirientes que arrojarla a la cara del señor Julius Latimer tan pronto abriese la puerta. Pero como pasó el tiempo y no hubo signos de la presencia del inglés, Melissa se cansó de caminar de un extremo al otro, y se sentó en la silla de pino, las manos convertidas en puños y descansando sobre el regazo, mientras continuaba esperando. No tenía modo de decir qué hora era, pero comprendió que estaba allí desde hacía un buen rato, y comenzó a preguntarse si había interpretado mal la nota de Latimer. No la había traído consigo, pero después de repasaría mentalmente, llegó a la conclusión de que no la habla interpretado mal.

A medida que pasaba el tiempo sin que Latimer apareciera, la cólera inicial que había impulsado sus actos gradualmente se disipó. De pronto sintió deseos de bostezar, y miró con ansia la cama. ¿Cuánto tardaría Latimer? Melissa se lo preguntó medio irritada, medio fatigada. Pensó que el inglés procedía así intencionalmente, sin duda con la esperanza de que la prolongada espera actuaría sobre los nervios de Melissa y la intimidaría. Enderezó los hombros caídos. ¡Por Dios! ¡Le demostraría que esos pequeños trucos no la afectaban!

Pera ahora bostezó de nuevo, y pensó que no perjudicaría a nadie si usaba la cama. No se dormiría – estaba demasiado nerviosa e irritada para llegar a eso– pero podría descansar la cabeza unos minutos. Convencida del acierto de su idea, y utilizando la capa como manta, se acostó en la cama. Sin advertirlo siquiera, se le cerraron los párpados, y pocos minutos después estaba profundamente dormida, los cabellos dorados distribuidos sobre la almohada, la vieja capa deslizándose al costado de la cintura, y revelando la suave curva de sus pechos, que escapaban del vestido de seda color ámbar.

Abajo, en el salón principal de la taberna, Dominic, Josh y Royce, estaban cómodamente sentados alrededor de una tosca mesa de roble, saboreando la última de varias copas de brandy que habían consumido durante la velada. Después de la cena en Oak Hollow, los tres hombres habían retornado a la taberna para festejar la compra de Locura por Dominic. Josh se había sentido sumamente complacido por este sesgo de los acontecimientos, y se sintió aun más feliz cuando supo que Dominic compartiría con Melissa la propiedad del corcel – ¡todo lo que uniese a Dominic con Melissa parecía excelente a Josh! Por supuesto, Dominic había tenido que soportar muchos comentarios jocosos de los dos Manchester, así como bromas acerca de sus "intenciones" respecto de Melissa.

Dominic había soportado todo con su acostumbrado aplomo, pero algunos comentarios calaron hondo, y lo indujeron a preguntarse inquieto cuáles eran realmente sus intenciones con respecto a la desconcertante señorita Seymour. Pero a medida que avanzó la velada y que él se entonó cada vez más con las muchas copas de brandy, en realidad no le importó la posibilidad de avanzar inexorablemente por un camino que había jurado evitar a toda costa. Melissa lo fascinaba, no podía negarlo, pero por qué era un interrogante aun más grave que el hecho de que lo atrajera. No podía explicar sus actos ni siquiera ante sí mismo, y con un suspiro desechó ese aspecto específico y desconcertante de la situación, y volvió a atender lo que Royce estaba diciendo.

– No puedo creer que en realidad te haya vendido el caballo. ¡Ni siquiera la mitad del caballo! – dijo Royce con expresión escéptica.

Dominic le dirigió una sonrisa.

– ¿Dudas de mi encanto y mi seducción frente a las damas?

Con una sonrisa en los labios, Royce meneó lentamente la cabeza.

– ¡Eso nunca! – reconoció riendo– . Cuando decides que quieres algo, son pocos, varones o mujeres, dispuestos a negarse.

Librodot

– Tal vez – replicó Dominic con voz neutra– . Pero puedo decirte que cuando vi ese caballo habría hecho todo lo que estaba a mi alcance para poseerlo. Estaba decidido a lograr, de un modo o de otro, que tu prima me lo vendiese.

– ¡Pero a qué precio! – exclamó Josh– . He oído decir que usted es un excelente hombre de negocios, pero debo confesar – continuó Josh con una sonrisa– que abrigo serias dudas acerca de su capacidad para concertar un buen negocio después de la experiencia de esta mañana.

Dominic sonrió. No podía discrepar con Josh... ¡También él tenía graves dudas acerca de su propia cordura en los últimos tiempos! Y con respecto a lo que había hecho por la mañana, no tenía respuesta ni excusas. Encogiéndose de hombros, dijo secamente: – Sea como fuere, hice lo que me había propuesto hacer.

– La mitad de lo que te propusiste hacer – le recordó Royce con un destello perverso en los ojos.

– Muy bien, la mitad, pero – dijo airosamente Dominic– quién sabe... tal vez en definitiva no deba pagar esa suma.

Fue una afirmación al pasar, formulada sin pensar ni razonar, pero Josh se arrojó sobre ella.

– ¿Cómo? – preguntó– . ¿Y cómo es eso? ¿Tiene otras ideas acerca de mi sobrina?

En su fuero intimo, Josh opinaba que esa copropiedad del caballo sugería una declaración inminente, y la desaprensiva observación de Dominic vino a confirmar esa idea. Por supuesto, el joven Slade en definitiva no tendría que pagar la suma total – ¡por lo menos si se casaba con Melissa! Y valía la pena tenerlo en la familia. ¡Ojalá que lo lograra!

Royce no estaba demasiado interesado en los planes o ausencia de planes de Dominic con respecto a Melissa, e inclinado sobre la mesa preguntó con gesto burlón: – ¿Dónde está ese acuerdo que firmaste hoy con Melissa? Quiero ver con mis propios ojos la prueba de que en efecto hiciste ese ridículo trato.

– Está arriba, en mi cuarto. Si realmente deseas que lo traiga, lo haré, pero no lo creo necesario – De mala gana, agregó:– puedo asegurarte que en efecto hice ese "ridículo trato". – No había olvidado que cuando estaba bebido Royce era muy obstinado, de modo que como el joven insistiera obstinadamente en que deseaba ver el acuerdo, Dominic aceptó sin protestas. Se puso de pie y dijo:– Muy bien, lo traeré. Pidan otra vuelta de copas mientras voy a mi cuarto.

Con una sonrisa levemente cínica en los labios, subió por la escalera y caminó por el corredor en dirección a su cuarto. Ya estaba adentro y revisaba su maleta cuando de pronto advirtió el resplandor de la vela que ardía sobre el estante. Enderezó el cuerpo, y miró asombrado a la hermosa criatura que dormía con absoluta despreocupación en la cama. Casi sin creer en lo que veía, como un hombre aturdido, se acercó lentamente, deteniéndose a pocos centímetros del borde de la cama.

Sobrecogido por la áurea belleza que se le ofrecía a la móvil luz de la vela, contempló a la durmiente, y su mirada recorrió los abundantes cabellos color miel extendidos en desorden sobre la colcha, antes de descender a la blanca superficie de piel sedosa que desbordaba sugestiva el límite del vestido. No podía apartar los ojos del suave movimiento de ascenso y descenso del busto de la mujer, pero finalmente, con cierto esfuerzo, se impuso mirarle el rostro, el mentón firme y la boca llena y tentadora, y la nariz deliciosamente respingada, y las cejas espesas que descansaban como abanicos negros sobre los huesos delicados de los pómulos. Era realmente seductora, se dijo casi atontado, pero, ¿qué demonios estaba haciendo en su cama?

Librodot

SEGUNDA PARTE

La trampa del párroco

Para decir la verdad,
El matrimonio es un mal,
pero necesario.

Fragmento menor no identificado
– Menandro

Librodot

11

Dominic no pudo recordar cuánto tiempo había estado allí, contemplando la forma inconscientemente seductora acostada en la cama; sólo supo que a medida que pasaban los minutos, tenía una conciencia cada vez más definida de la respuesta espontánea de su propio cuerpo a la proximidad de esa mujer. El deseo, intenso y apremiante, le recorría el cuerpo. En su mente se sucedían las visiones del acto de amor con ella, de los besos depositados sobre sus labios provocadores, de sus propias manos que apartaban la tela que protegía el busto de la mujer. La intensidad de su reacción ante la mera visión de esa criatura innegablemente sugestiva le recordaba con fuerza extraordinaria que habían pasado semanas desde la última vez que había yacido en brazos de una mujer y también le recordaban las burlas de Royce acerca de su estado de castidad.

De pronto comprendió, y no tuvo más remedio que sonreír. Por supuesto... Royce la había enviado allí, y después se las había ingeniado para inducirlo a regresar a su cuarto donde tendría que encontrarse con esa exquisita sorpresa. Mientras miraba de nuevo las curvas tentadoras que se destacaban claramente gracias al vestido estrecho y anticuado, una expectativa sensual aguijoneó su vientre.

Con una sonrisa perezosa en los labios, se sentó distraídamente en la silla de pino, y con el pensamiento concentrado en los dulces encantos que muy pronto se le ofrecerían, se quitó las botas. Siguió la chaqueta, y la elegante corbata y el chaleco bordado; pero entonces, demasiado ansioso para terminar de desvestirse, se aproximó a la cama, y durante un instante se preguntó cómo se las había ingeniado Royce para hallar una belleza así.

En realidad, poco le importaba – estaba aquí, y él la deseaba. Se recostó suavemente al lado de la mujer dormida, y le rozó el cuello y la oreja, y con la mano le acarició el hombro. Olía deliciosamente, a luz de sol y lavanda, y él se sorprendió al comprobar cómo esos aromas normales podían ser potentes afrodisíacos. El deseo de conocer las delicias de ese cuerpo imprimieron un ritmo agitado a la sangre que fluía por sus venas. Cuando no obtuvo respuesta al roce apenas insinuado, Dominic acarició suavemente con la legua el lóbulo de la oreja femenina, y murmuró: – Despierta, bella durmiente.

Melissa oyó apenas las palabras, y se debatió para emerger del sueño profundo en que había caído. Poco a poco cobró conciencia del entorno. Había estado soñando con Dominic, con que Dominic la besaba, y cuando abrió los ojos y vio la cara del hombre exactamente encima, casi le pareció que era parte de su sueño. Los ojos dorados de Melissa, somnolientos e inconscientemente seductores, se agrandaron un poco y una sonrisa adormecida se dibujó en sus labios.

– Estás aquí – murmuró con voz ronca, aún no del todo despierta.

Dominic estaba realmente seducido. Dormida era hermosa, pero despierta... Los ojos grises de Dominic, la mirada cálida y acariciadora, recorrió los rasgos de la joven, los desordenados rizos dorados, las pestañas negras y sedosas y los ojos color topacio levemente almendrados. Despierta, ella era sin duda la mujer más seductora que él había visto jamás, y la mirada de Dominic recorrió la curva suave y fascinante de los labios de Melissa. Y sin embargo, mientras la contemplaba, se sintió turbado por una esquiva sensación de familiaridad – como si la hubiese visto antes y hubiera debido conocerla. Deseó tener la cabeza más clara, pensó que hubiera sido mejor no beber tanto alcohol esa noche, y frunció el entrecejo. Finalmente, llegó a la conclusión de que no la conocía. ¡Habría debido recordarla!

Al ver ese entrecejo fruncido, Melissa apartó con un rápido movimiento el rizo de ondeados cabellos negros que insistían en caer sobre la frente del hombre.

– ¿Sucede algo malo? – preguntó, mientras los restos de su sueño continuaban girando perezosamente alrededor de su cerebro.

Dominic meneó la cabeza.

– Por ahora no – murmuró con voz espesa y acercó su boca a la de Melissa.

Un fuego muy dulce estalló en el cuerpo de Melissa ante el contacto de los labios hambrientos de Dominic, y ahora sin que ella lo hubiese decidido, rodeó con los brazos su cuello, y lo acercó más a ella. Él la besó con más fuerza, y Melissa ni siquiera pensó en rechazarlo cuando la lengua de Dominic comenzó a introducir– se en la boca femenina; Melissa abrió ansiosamente los labios, dócil a la posesión que él buscaba.

Un gemido de placer brotó de los labios de Dominic, y él apartó su boca de la boca de Melissa, y comenzó a depositar besos cálidos e intensos descendiendo por el cuello de la joven, mientras decía con voz ronca: – ¡Dios mío, eres una bruja...! ¡Me enloqueces!

Sintiéndose también ella un poco loca, con una expresión soñadora en la cara, Melissa acarició la cabeza de cabellos oscuros, regodeándose en el placer mismo de tocarlo, de que él la tocase. Ni por un momento quiso despertar de ese estado de felicidad, no quiso abrir los ojos para descubrir que era sólo su imaginación. Los labios hambrientos de Dominic encontraron otra vez los de Melissa, y ella cesó de pensar, consciente únicamente del sabor y el olor de él, el tierno anhelo que se acentuaba cada vez más en ella misma.

Incluso cuando las manos de Dominic diestramente abrieron el vestido y ella sintió que la prenda se deslizaba de la cintura y que la enagua seguía el mismo camino, no pudo creer que esto era algo más que un sueño. Y como era un sueño, podía hacer lo que quisiera, y eso incluía tocarlo libremente y sin sentir vergüenza, de modo que sus dedos ansiosos abrieron la camisa de edredón blanco, y tocaron la piel desnuda del hombre. Era excitante sentir los brincos de su corazón mientras sus manos recorrían el cuerpo de Dominic, excitante tocar la carne tibia, explorar el pecho duro y musculoso, y descubrir los pezones endurecidos rodeados de áspero vello negro. Era incluso más emocionante escuchar el ronco gruñido de placer cuando las manos de Melissa descendieron audazmente, y su propio corazón martilló ante la conducta desenfrenada que ahora exhibía.

Los dientes de Dominic apresaron suavemente el labio inferior de Melissa.

– ¡No hagas eso! – exclamó Dominic con esfuerzo– . ¡No me excites...! Ya estoy completamente preparado sin necesidad de nada más.

Una sonrisa felina de satisfacción se dibujó en la cara de Melissa, y con un suspiro arqueó aún más el cuerpo, ansiando que él la tocara, que la explorase como ella lo exploraba. Pero cuando él aceptó la ostensible invitación y su mano cálida se cerró sobre el pecho femenino, Melissa no estaba preparada para la brusca oleada de placer que le inundó el cuerpo. Con movimientos suaves esos dedos expertos presionaron y acariciaron el seno, mientras Melissa yacía allí, jadeante y aturdida por las sensaciones eróticas originadas en ese sencillo acto, y su carne parecía vibrar entre las manos de Dominic, y los delgados tentáculos del deseo quemaban su sangre. Y cuando él bajó la cabeza y sus labios buscaron hambrientos el pezón tenso y se cerraron sobre él, y su lengua lo recorrió premiosamente, Melissa pensó impotente que nada podía ser tan maravilloso. Pero se había equivocado. Los dientes de Dominic rozaron levemente las puntas inflamadas, y un suave gemido de placer escapó de los labios de Melissa. Dominada por sentimientos que medio la excitaban y medio la asustaban, ella aferró los cabellos oscuros de Dominic, deseando más, y sin embargo ignorando qué buscaba. Nunca había sentido así, jamás había creído que era tan fácil excitar esas honduras de placer y anhelo, movilizadas tan rápidamente por el toque masculino. Había una sensación tensa, casi dolorosa, centrada en la unión de sus muslos, e inconscientemente sus caderas se apretaron más contra la longitud considerable y potente de Dominic.

Riendo por lo bajo, Dominic soportó el roce exquisito del otro cuerpo contra el suyo, la sensación de la carne sumisa casi lo desenfrenó. Había deseado saborear esa primera unión, de modo que los dos llegaran lentamente al placer definitivo e irreflexivo, quería besar y acariciar cada centímetro del cuerpo embriagador que se movía tan salvajemente bajo el suyo, pero los reclamos de su propio cuerpo y la atracción irresistible de esa dulce desenfrenada se lo impidieron.

Alzando la cabeza unida a los pechos de Melissa, clavó en la cara de la joven los ojos enturbiados por la pasión. Con una sonrisa sensual en los labios, Dominic dijo: – Veo que lo

mismo que yo ya no puedes esperar... pero, mi dulce bruja, me temo que esta vez actuaré con vergonzosa rapidez...

Su mirada acariciadora recayó sobre el busto desnudo, sobre los pezones de duro coral, y el espasmo demasiado intenso le provocó un temblor y un gemido de derrota. Su boca se posó sobre la de Melissa, sus labios la presionaron intensamente, y las manos de Dominic alzaron la falda de seda en un movimiento casi violento. Él la deseaba con ansia insoportable, apenas podía prolongar un segundo más esa tierna tortura, y moviéndose apenas deslizó su cuerpo duro y lo puso entre los muslos de la joven.

Los ojos de Melissa se abrieron impresionados cuando sintió la forma inequívoca que presionaba íntimamente entre sus muslos. Sólo los breeches de Dominic separaban su carne desnuda del cuerpo de Melissa, y de pronto, horrorizada, comprendió que eso no era un sueño. ¡Era real, y estaba sucediéndole en ese mis– tilo instante!

La realidad le provocó un estremecimiento, y los episodios de la velada pasaron veloces ante sus ojos, y un temor que no se parecía a nada de lo que ella había sentido antes, entumeció los ardientes anhelos de su cuerpo. Cuando los dedos inquisitivos de Dominic encontraron los apretados y pequeños rizos entre las piernas de Melissa, una exclamación que era mezcla de temor y placer brotó de sus labios. Pero el miedo era de lejos el sentimiento más intenso, y Melissa comenzó a debatirse frenéticamente para escapar de las caricias seductoras, y apartó sus labios del beso que medio la incitaba y medio la lastimaba.

Ninguno de los dos escuchó el débil llamado a la puerta, y el ruido cuando se abrió súbitamente, en el momento mismo en que Melissa exclamaba desesperada: – ¡Oh, basta! – sus manos ya no acariciaban los cabellos negros, y la joven había comenzado a golpear la espalda de Dominic con los puños cerrados– . ¡Oh, se lo ruego, deténgase ahora mismo!

Royce permaneció como transfigurado en el umbral, incapaz de creer lo que veía. La voz cargada de irritada incredulidad, explotó: – ¡Santo Dios! ¡Lissa!

Melissa se quedó como paralizada, la mirada de horror en los rasgos pálidos y conmovidos de Royce. Apenas tuvo conciencia de la instantánea tensión de Dominic, del súbito retiro de su peso cuando él rodó a un costado. Las mejillas encendidas por la vergüenza, Melissa movió deprisa las manos, tratando de ordenar sus ropas, de cubrir los pechos y los muslos desnudos.

Hubo un terrible silencio, y Melissa tuvo la certeza de que moriría de humillación, de que esa horrible situación no podía ser peor de la que ahora afrontaba. No se equivocaba. Los tres participantes continuaban inmóviles, formando una escena reveladora, cuando la cabeza de Josh apareció detrás del hombro de Royce, el anciano dijo jovialmente: – ¿Qué sucede, muchacha? ¿Dominic cayó borracho en su cama?

Royce intentó inútilmente evitar que la mirada de Josh se Posara en los ocupantes de la habitación; pero era demasiado tarde, y Josh apartó suavemente a su hijo y entró en el cuarto. Cuando el sentido real de la tremenda escena penetró en el cerebro alcoholizado de Josh, este intentó hablar, pero de sus labios no brotó más que un sonido extraño y estrangulado.

Al parecer, Dominic fue el primero que reaccionó. Se levantó rápidamente de la cama, como si deseara poner la mayor distancia posible entre él mismo y la pérfida y depravada trotona que estaba sentada allí, completamente muda. Dominic rezongó:

– Por Dios, ¡cierren esa maldita puerta! ¡No es necesario ofrecer una exhibición a todos los que están en la taberna!

Pareció que su voz liberaba de la parálisis a los otros. Josh rugió furioso: – ¡Vamos, joven! No me hable en ese tono ¡sobre todo cuando lo hemos sorprendido tratando de seducir a mi sobrina! – Apartó su mirada del desorden de la ropa de Melissa, y murmuró:– ¡Y tú, Lissa! ¿Qué estabas pensando que viniste a hacer a la habitación de un hombre? ¡Qué vergüenza! ¡Has atraído la deshonra sobre nosotros! ¡Y tú estás perdida!

Con una expresión dura en la cara, los ojos relucientes que echaban chispas, Royce murmuró amenazador: – Pero eso se Corrige fácilmente. Mi amigo puede designar a sus padrinos, y arreglaremos este insulto con pistolas, al alba.

– No seas tonto, Royce – dijo fríamente Dominic– . No tengo la más mínima intención de volarte la cabeza... o de permitir que hagas lo mismo conmigo a causa de un error lamentable.

– ¡Error! – casi aulló Josh– . ¿Cómo puede decir que es un error? ¿Acaso no es mi sobrina la persona que está en su cama, y usted no estaba tratando de seducirla cuando llegamos?

Una mueca sombría deformó los labios de Dominic.

– "Seducir" no es la palabra que yo habría elegido... y no sabia que era su sobrina.

El sentido común de Royce comenzó a reafirmarse, y cuando su sentimiento de ofensa y de cólera se calmó un poco, preguntó con voz más serena: – Quizá tengas la bondad de explicarnos exactamente qué estaba sucediendo aquí.

Era una situación muy embarazosa, pero el embarazo era el menor de los sentimientos que Dominic experimentaba en ese momento. La situación entera lo irritaba; lo irritaba por el hecho de que no había reconocido inmediatamente a Melissa Seymour, aunque fuese en vista de la pasión casi incontrolable que lo había dominado tan pronto su boca tocó la de la joven – una pasión que al parecer sólo ella conseguía provocar; furioso porque ahora se vela en la ingrata situación de explicar a dos caballeros que con mucha razón estaban enojados, qué era lo que había estado haciendo Col' una de las damas de su familia; estaba furioso porque sospechaba

que había permitido que la sensualidad lo llevase a una trampa muy hábil. En silencio se maldijo por no haber sido más prudente; sabía que Josh se había dedicado entusiastamente a la tarea de casarlos pero nunca había sospechado que ¡un Manchester llegaría tan lejos en el intento de conseguir marido para su sobrina!

Dominic dirigió a Melissa una mirada de profunda antipatía. Ella lo había atrapado en uno de los ardides más antiguos conocidos por la mujer, y quizás era eso lo que lo irritaba especialmente. La mirada visiblemente hostil de Dominic se paseó sobre el desorden de las ropas de Melissa; examinó el vestido ámbar algo apretado con gesto protector contra el pecho de la joven, las piernas ocultas bajo los pliegues, mientras ella se acurrucaba, apoyada en el respaldo de la cama, y observaba el drama con mirada vidriosa; y entonces él sintió que algo se agitaba en su interior. Pero recordó que ella era muy aficionada al disfraz, y contuvo ese leve ablandamiento que percibió en su fuero íntimo, y dijo con voz helada: – De buena gana explicaré mi papel en todo este desagradable asunto, pero creo que sería mucho más interesante descubrir por qué la señorita Seymour llegó subrepticiamente y sin ser invitada por mí a mi habitación y mi cama, esta noche.

– ¿Qué? – preguntaron al unísono Josh y Royce. Royce entrecerró intrigado los ojos, y los ojos azules de Josh casi se le salieron de las órbitas.

Dominic sonrió tensamente, y mantuvo la mirada fija en la cara pálida de Melissa, y durante un segundo se detuvo en los labios que aún exhibían signos de los besos apasionados que ella había dado y recibido.

– Eso es exactamente lo que dije. Vine aquí con el único propósito de retirar el documento acerca del cual estuvimos hablando. Bien pueden imaginar mi sorpresa cuando descubrí a una atractiva joven durmiendo en mi cama. – Dirigió una mirada a Royce.– Pensé que tú la habías enviado aquí, y que habías inventado una razón para inducirme a venir a mi cuarto, de modo que la descubriese.

Con voz tensa, miró de nuevo a Melissa, y el desprecio que sentía era evidente en su cara.

– Nunca vi a tu prima sin ese... bien, digamos, sin su disfraz, Y por lo tanto no la reconocí. ¿Por qué debía relacionar a la seductora criatura que descubrí con la áspera señorita Seymour? Según creo, no es costumbre de las jóvenes bien educadas salir solas, de noche, a la habitación de un hombre a quien apenas conocen... y tampoco es usual que se prodiguen tan generosamente ante las exigencias de los extraños.

Cada palabra era como un golpe cruel descargado sobre Melissa, y a medida que

Librodot

Dominic hablaba, ella se acercaba más al respaldo de la cama, como si de ese modo hubiera podido evitar el sufrimiento que sentía. No podía decir nada, tenía el cerebro paralizado, la lengua pegada al paladar. Seguramente eso era una pesadilla. ¡Tenía que serlo! ¡No era posible que eso estuviera sucediéndole precisamente a ella! Despertaría de un momento a otro y descubriría que estaba en la cama de su casa, y no, por Dios, en la cama del Cuerno Blanco y en la habitación de Dominic Slade, afrontando esa situación degradante. Pero su pregunta quedó sin respuesta, y tuvo la certeza de que su corazón cesaba de latir cuando oyó las palabras cáusticas de Dominic: – Pero ya he explicado bastante. Creo que sería justo que le permitamos a la dama decirnos qué estaba haciendo aquí a esta hora de la noche.

Melissa se encontró de pronto en el centro de tres pares de ojos y si había creído que no podía sucederle nada más terrible, ahora descubrió que estaba muy equivocada. No sabía qué era peor, si la decisión y la vergüenza en los ojos de su tío, las conjeturas cínicas en los de Royce o el irritado desprecio en la fría mirada de Dominic. Deseaba estar muerta, y a su vez los miraba dolorida, y sus pensamientos ondulaban en su cerebro como hojas de otoño mientras trataba frenéticamente de formular una explicación razonable de su presencia. No importaba por qué había respondido de un modo tan ardiente y desenfrenado a los besos de Dominic; eso era algo que ella jamás negaría, aunque ¡le aplicaran hierros candentes en el cuerpo!

El silencio se prolongó, y los tres hombres esperaban con diferentes grados de impaciencia. Melissa tragó con dificultad, después pasó la lengua por los labios secos, deseando desesperadamente que una inspiración la salvara. Y en el momento en que llegó a la conclusión que se desmayaría, algo que Dominic había dicho antes cruzó su mente. Sin mirar a ninguno de los hombres, clavó los ojos en el ruedo de su vestido y balbuceó: – Fue... a causa del acuerdo.

– ¿Qué acuerdo? – rezongó Dominic, que se preguntó cuál era el ardid que ella estaba usando ahora.

Josh miró a Melissa con expresión amable y la apremió:

– ¿Habías acordado reunirte con el señor Slade esta noche en su cuarto?

Horrorizada porque sus palabras podían ser interpretadas de ese modo, Melissa abrió la boca para protestar, pero Dominic fue quien dijo colérico: – ¡Eso es una maldita mentira... no acostumbro a andar por ahí seduciendo a jóvenes inocentes! ¡Jamás concerté una cita con su sobrina!

Josh le dirigió una mirada fría.

– Señor, ya está en una situación peligrosa. ¡Será mejor que no agrave sus errores llamando mentirosa a mi sobrina!

Dominic cerró la boca con un gesto enérgico, y en la mirada de furia que le dirigió, Melissa supo que el más íntimo deseo del caballero era retorcerle el pescuezo. Se trataba de un desconcertante conjunto de circunstancias, y aunque ella simpatizaba con la posición de Dominic, en ese momento estaba mucho más preocupada con la necesidad de hallar una explicación plausible para justificarse ella misma. Se arriesgó a dirigir una mirada a su tío, y recuperó un poco de su valor del apoyo que percibió en los ojos del anciano. Sabía que él se sentía chocado y repelido por ese estado de cosas, pero la ayudaría a pesar de la posición en que su propia estupidez y su locura la habían puesto.

En realidad, tan pronto se disiparon su primeros sentimientos de asombro y desaliento, Josh se sintió muy complacido con la situación, y apenas pudo contener el deseo de frotarse regocijado las manos. Durante años había conspirado y planeado conseguir que Melissa se casara con un caballero rico y aristocrático, ¡y ahora, cuando estaba a un paso de abandonar las esperanzas, ella se zambullía en una situación sumamente comprometida con un caballero que era un excelente candidato! Si el propio Josh hubiese manipulado el asunto, ese pequeño contratiempo no hubiera podido aportar mejores resultados. Sólo apelando a toda su fuerza de voluntad Josh consiguió impedir que se dibujara en sus labios una sonrisa satisfecha. Como estaba a un paso de realizarse uno de sus sueños más preciados, podía permitirse adoptar una

Librodot

actitud magnánima. Con voz tranquilizadora, los modales amables y serenos, dijo: – Vamos, Lissa, dinos lo que sucedió esta noche. No tienes motivo para temer... somos tu familia, y haremos todo lo que esté a nuestro alcance para defenderte y protegerte de las consecuencias desagradables que puedan originarse en este lamentable incidente. – Dirigió a Dominic una mirada de advertencia y agregó:~ ¡Todos haremos lo que se espera de nosotros! – Volviendo los ojos a Melissa, continuó:– Nada tienes que temer. Lo que digas no saldrá de estas cuatro paredes. Querida, habla libremente, y explícanos en qué consistió el acuerdo.

Melissa se pasó nuevamente la lengua sobre los labios, y con un sentimiento de impotencia se preguntó qué sucedería si se negaba en redondo a responder. Durante un momento prolongado consideró la idea, pero después la rechazó, pues asaltó la deprimente sensación de que si rehusaba a suministrar alguna clase de razón para justificar su presencia en la habitación de Dominic, los cuatro permanecerían allí indefinidamente.

Manteniendo los ojos apartados del cuerpo semidesnudo de Dominic, que permanecía de pie junto a la cama, con la camisa blanca todavía abierta revelando el vello oscuro y rizado que le cubría el pecho musculoso, Melissa se apresuró a decir: – Me refiero al acuerdo acerca de Locura. Deseaba hablar con él de algunas cosas que comentamos esta tarde.

Era una excusa sumamente débil, casi absurda, pero fue todo lo que pudo idear en esas circunstancias. No se atrevía a revelar que había cometido un terrible error, ¡qué ella había venido a ver a Julius Latimer y no a Dominic Slade! Se estremeció al imaginar las expresiones de los tres hombres si ella suministraba esa información. Pero fue evidente que la explicación de Melissa no pareció aceptable a los caballeros, y a decir verdad Melissa no se sorprendió ante la expresión de evidente incredulidad que le mostró Dominic, o el burlón escepticismo que vio en los ojos de Royce. En cambio, Josh no mostró desconfianza después de oírla, y aliviada, y detestándose ella misma porque mentía tan descaradamente a su tío, continuó diciendo con un gesto obstinado:

– Sólo pensé hablar un momento con él. Yo... nunca quise...

– Se le cerró la garganta, y no pudo continuar diciendo mentiras. La situación entera era demasiado humillante, y Melissa ansiaba que ese embarazoso interrogatorio se postergara hasta el día siguiente. Se sentía sucia y mezquina. Y no mejoraba su estado de ánimo que dos de los caballeros que estaban en la habitación la mirasen como si esa terrible escena fuese completamente imputable a la propia Melissa. Que la mayor parte de la culpa sin duda le correspondía, ella estaba más que dispuesta a reconocerlo; pero la responsabilidad no era exclusivamente suya y a medida que pasaron los minutos, Melissa cobró conciencia de su fondo de irritado resentimiento. ¡Cómo se atrevían a mirarla de ese modo!

Elevó orgullosamente el mentón y dijo con voz dura: – Jamás fue mi intención crear una situación que me comprometiese, y si el señor hubiese sido un caballero – le dirigió una mirada altiva– en lugar de un jabalí salvaje, no habría sucedido nada de todo esto.

La cara de Dominic se ensombreció y sus manos se convirtieron en puños. Pensó furioso: ¡vaya esta pequeña y mentirosa trotona! Llega a mi cuarto sin ser invitada, se acuesta en mi cama adoptando posturas seductoras, retribuye mis besos con ávido placer, y después tiene el descaro de decir que ¡no soy quien está en falta! Con mucho esfuerzo evitó proclamar en voz alta su irritado pensamiento, pero se prometió ásperamente que llegaría el momento de saldar las cuentas con la señorita Melissa Seymour.

Entrecerró los ojos y dijo burlonamente: – ¿Acaso puedo hacer otra cosa... sobre todo cuando encuentro en mi cama una puerca en celo?

Melissa lanzó una exclamación ofendida, y sus ojos color topacio resplandecieron y echaron chispas, y se le encendieron de furia las mejillas.

– ¡Una puerca en celo! –replicó– . ¡Qué cosas repugnantes dice!

Él entrecerró los ojos en actitud de cínica sorpresa, y contestó: – Sin duda, ¡no peores que las que usted dijo!

Ahora que gracias a su tremenda fuerza de voluntad había conseguido controlar su propio carácter, la situación casi lo complacía, e incluso llegaba a preguntarse cómo era

posible que se hubiese dejado engañar por un recurso tan sencillo como un moño desgreñado y un par de anteojos que desfiguraban el rostro. Al ver a Melissa como era realmente, comprendía los comentarios formulados por los varones Manchester acerca de su belleza. Y era el primero en confesar que en efecto se trataba de una mujer hermosa. Mientras contemplaba el seductor espectáculo que ofrecía Melissa, con los cabellos color miel que le llegaban a los hombros, los bellos ojos avivados por el enojo y el busto delicioso agitado por la rabia contenida, Dominic pensó que nunca había conocido otra mujer que lo atrajese tan intensamente. Dominado por un súbito impulso sensual llegó a la conclusión de que era realmente lamentable que Royce hubiese llegado de un modo tan inoportuno. Habría sido muy interesante comprobar hasta dónde llegaba la pequeña zorra en su afán de atrapar marido! De pronto advirtió adónde lo habían llevado sus cavilaciones, y maldijo por lo bajo, y su goce se desvaneció. Lo hablan arrastrado a una situación insostenible, ¡y ahora estaba deseando precisamente a la criatura que había orquestado todo el asunto!

Josh llegó a la conclusión de que ya se habían intercambiado un número suficiente de insultos, y de que era hora de que los dos protagonistas comprendiesen cuál era exactamente su deber. Se aclaró ruidosamente la voz y dijo a todos: – Esta es una situación muy inquietante, pero me felicito de que exista una solución honorable para nosotros.

Dominic endureció el cuerpo, pues adivinó adónde quería llegar Josh. No le pareció en absoluto sorprendente – había estado esperando algo por el estilo desde el momento mismo en que se reveló la identidad de Melissa. Dirigió una mirada sombría a la causa de su aprieto. Admitió que ella era astuta, pero aunque quizá las circunstancias lo obligasen a convertir a Melissa en una mujer honesta, ¡por cierto que ella comprobaría que Dominic no era un marido complaciente! Estaba furioso, porque después de haber esquivado las trampas más complicadas que le habían tendido algunas de las más expertas casamenteras en complicidad con sus hijas, de pronto caía en el lazo de una damita campesina al parecer ingenua. ¡Aunque a decir verdad no había respondido muy ingenuamente a los abrazos de Dominic! El único consuelo que él tenía, y no le servía de mucho, era que por lo menos podría extraer cierto placer del cuerpo de la dama. ¡Por lo menos eso! Con arrogante minuciosidad, sus ojos grises recorrieron lenta mente la esbelta forma de Melissa. Él había jurado que evitaría a toda costa el matrimonio; pero pensó fríamente que quizás el asunto no sería tan desagradable si ella estaba a la altura de la apasionada promesa sugerida por la desenfrenada reacción ante los besos de Dominic.

Melissa estaba tan avergonzada y conmovida por lo que había sucedido que no había prestado mucha atención, fuera del problema más apremiante: explicar su presencia en el cuarto de Dominic. Con cierta ingenuidad, había confiado en que ahora, después de ofrecer su explicación, por débil que ella fuese, Josh la acompañaría a su casa. Preveía que recibiría la peor reprensión dc su vida, y estaba dispuesta a aceptar que Josh se mostrase muy enojado con ella un tiempo, pero ahí terminaría todo. Por supuesto, la situación sería sumamente desagradable las primeras veces que ella viese al señor Slade, pero tenía la absurda idea de que también eso con el tiempo pasaría. Después de todo, se decía con mucho optimismo, no había sobrevenido ningún perjuicio irreparable. Sí, se había metido en una situación realmente vergonzosa, y no cabía duda de que jamás olvidaría esa humillante experiencia, pero en efecto, Royce había aparecido en el momento más oportuno, y pese a que la escena era sumamente sórdida, su honor se mantenía intacto. Acerca de las razones por las cuales había con– testado con tal ardor a los besos de Dominic, ella se negaba perversamente a formular conjeturas. Solamente deseaba dejar atrás esa mortificante experiencia. Más tarde, cuando no se sintiera tan lastimada, cuando el inquietante señor Slade no la atrajera de un modo tan inexplicable, analizaría esa desconcertante y desusada reacción frente a él. Pero por el momento sólo deseaba regresar a su casa.

Hubo un breve silencio después que Josh habló, y en definitiva Royce fue quien lo quebró. Con una sonrisa burlona en los labios, dijo a Dominic: – Parece que estamos a un paso de ser algo más que meros amigos.

Librodot

Los labios curvados en su propia sonrisa despectiva, Dominic asintió. Mirando a Josh, dijo fríamente: – Por supuesto, me casaré con ella.

– ¡De ningún modo! – exclamó enérgicamente Melissa, los ojos agrandados por el asombro– . ¡No tengo intención de casarme con nadie, y menos con usted!

Con una expresión cínica en los ojos grises, Dominic observó la cara sonrojada de Melissa. Se preguntó: ¿Qué clase de juego está jugando? Había aceptado desposaría, por lo tanto, ¿qué más podía desear? Impulsado por la sospecha de que ella estaba exagerando un poco la ofensa recibida, Dominic dijo con voz fatigada: – Oh, vamos, querida, ¿cuál fue el propósito de todo esto?

– ¡No sea ridículo! – exclamó Melissa, y abandonó la cama con un movimiento elegante. Retiró su capa depositada sobre la silla, miró a su tío y reclamó furiosa– : ¡Llévame a casa! ¡No quiero pasar un momento más en la misma habitación con él!

Josh la miró tranquilamente.

– Es lamentable,.. porque en efecto, te casarás con él. Después de lo que ha sucedido esta noche, no tienes otra alternativa.

Melissa lo miró, y casi no pudo creer lo que él decía.

– ¡Tío, no hablarás en serio! – exclamó al fin, cuando comprendió que al parecer Josh no compartía la actitud que ella adoptaba frente a la situación.

– Habla muy en serio – replicó secamente Dominic– . No hay otra solución. Si se difunde la noticia de lo que sucedió aquí, nuestra reputación, y sobre todo la suya, se verá destruida. – Y concluyó con acento burlón:– Pero estoy seguro de que usted lo sabía antes de venir a este cuarto.

Furiosa ante las insinuaciones de Dominic, Melissa giró en redondo y abofeteó la cara que le hacía burla con la palma abierta de la mano derecha.

– ¡Eso es mentira! – escupió, con los ojos dorados que echaban llamas– . ¡No quiero casarme con usted... patán engreído!

Era todo lo que se necesitaba para coronar una situación totalmente irritante, y la mano de Melissa apenas había tocado la cara de Dominic cuando los dedos del joven se cerraron con fuerza sobre los hombros de Melissa. Dominic la sacudió violentamente y rugió: – Pues bien, créame, yo tampoco quiero casarme con usted... ¡jamás he visto una arpía de peor carácter y tan malos modales!

Josh se apresuró a intervenir, temeroso de que todos Sus planes quedaran en nada. Separó a Melissa de Dominic, y se apresuró a decir: – Royce, sal de aquí con Dominic unos minutos. Quiero hablar a solas con Melissa.

– ¿Piensa recordarle qué buen candidato está a un paso de desechar? – preguntó maliciosamente Dominic.

Royce cruzó indolente la habitación, y murmuró: – Sé bueno, Dom, y ponte las botas y ven conmigo. – Sus labios esbozaron una sonrisa angelical.– Beberemos una copa en honor de tu compromiso.

Dominic lo miró, pero después en su boca apareció una sonrisa renuente. Sin decir palabra, se calzó deprisa las botas, se abotonó la camisa y vistió una chaqueta. Un segundo después, Melissa y Josh estaban solos en la pequeña habitación.

Con un atisbo de desesperación en los ojos, Melissa preguntó casi temerosa: – Realmente no te propones imponerme el casamiento con él, ¿verdad?

La evidente angustia de Melissa ante el proyecto inquietó a Josh. Era un hombre bondadoso, y su intención no había sido nunca la de lastimar a Melissa. Pero era necesario que comprendiese el carácter de su situación. Tratando de ignorar las débiles punzadas de su conciencia, dijo con voz ronca: – Melissa querida, en realidad no tienes alternativa. Es necesario que te cases con el señor Slade. Has atraído la vergüenza sobre tu cabeza, y el único modo de que resuelvas este desagradable asunto es que te c es con el señor Slade. Yo habría preferido que te comprometieses de otro modo, pero me temo que debo insistir en que hagas lo que es necesario para conservar la honra.

Melissa apretó los labios, y como en su mente todavía resonaban las palabras insultantes de Dominic, la joven no estaba en condiciones de pensar racionalmente. Además, insistía obstinadamente en su fuero íntimo, no había sucedido nada. Josh estaba utilizando esa situación infortunada para promover sus propios planes. Bien, ¡no permitiría que él la sacrificase para apoderarse del dinero del fideicomiso! Elevó tercamente el mentón y afirmó con sequedad: – ¡No me casaré con el señor Slade, y tú no me obligarás!

Josh la miró con tristeza.

– Sí, te obligaré – dijo finalmente con voz fatigada.

– ¿Cómo?

– Sencillamente, ejerciendo mi derecho de autoridad sobre tu hermano. El testamento de tu padre me designó tutor, en colaboración contigo, y si bien he permitido que tú ejercieras el control total, si me desafías en esto no tendré más remedio que apartar a Zachary de tu... bien... influencia lasciva.

– ¡Lasciva! – jadeó irritada Melissa, y la furia que se expresaba en la cara de la joven indujo a Josh a retroceder nerviosamente un paso.

Pero Josh estaba decidido, y mientras pensaba inquieto que podía lograrse que Melissa atendiese razones, dijo con firmeza: – ¡Sí, lasciva! No quise decir nada en presencia de Dominic, pero en realidad lo que tú hiciste esta noche es escandaloso, y deberías sentirte agradecida porque él está dispuesto a casarse contigo.

Melissa creyó que explotaría a causa de la cólera. ¡Agradecida! ¡Bah! Insultada era una palabra más justa, se dijo con indignación. Si Josh creía aunque fuese durante un minuto...

– ¡No permitiré que me impongas esto! ¡No me casaré con Dominic Slade!

Josh se encogió de hombros.

– Muy bien, no lo hagas. Pero no vengas llorando cuando retire a Zachary de Willowglen, y cuando me niegue a permitir que lo veas.

– ¡No puedes hacer eso!

– Puedo – replicó Josh con dureza– . Puedo, y lo haré. – Melissa permaneció de pie, mirándolo hostil, y era evidente que no creía en lo que él decía, de modo que Josh explicó con voz tranquila:– Si no haces lo que pido, por la mañana iré a ver al juez Hartley, y por mucho que eso me duela, le relataré lo que sucedió esta noche. – La miró con el entrecejo enarcado.– Después, ¿crees que permitirá que continúes ejerciendo el control de Zachary? Por supuesto – agregó Josh con cierta ecuanimidad– serán sólo dos años. Cuando Zachary tenga veintiún años, no podré impedir que viva donde lo desee, pero hasta entonces...

Con una opresión dolorosa en el pecho, Melissa comprendió que Josh lo decía muy en serio. Le quitaría a Zachary – el testamento de su padre lo autorizaba a eso. Contuvo las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos. Los dos años no importaban, pero no Podía decirse lo mismo de la pérdida de su reputación, y ella podía imaginar muy bien las murmuraciones y las miradas intencionadas tan pronto se difundiera el conocimiento de los episodios de esa noche. Que el asunto llegaría a conocimiento de todos era evidente, sobre todo cuando obligaran a Zachary a retirarse de Willowglen, incluso si Josh obligaba al juez a jurar que guardaría silencio.

Con el rostro muy pálido, Melissa apartó la mirada de Josh. Zachary detestaría vivir en Oak Hollow, y odiaría que Josh supervisara sus actividades – incluso podía odiar a su propia hermana, por ser la causa de su alejamiento de Willowglen. Pero además ahora la asaltó otro pensamiento terrible: incluso era posible que Zachary desafiara a duelo a Dominic, convencido de que Dominic había deshonrado a su hermana y atraído la vergüenza sobre tod$_{0'}$ ellos. Consciente de la trampa que se cerraba sobre ella, Melissa buscó frenéticamente otra solución. No la había. A menos que se casara con Dominic Slade, se la consideraría una mujer deshonra da, le quitarían a su hermano y los sueños o las esperanzas que ambos alimentaban en relación con el futuro se verían destruidos. Era probable que los criadores de caballos no desearan tratar con una mujer marcada por el escándalo.

No importaba lo que ella hiciera con su vida; siempre habría algunos que murmuraban a

sus espaldas, y se negarían a permitir que sus esposas, sus hijas e incluso sus hijos tuvieran nada que ver con ella. Melissa reconoció con amargura la injusticia de toda la situación – se vería condenada, pero Dominic Slade podría alejarse tranquilamente sin verse afectado en lo más mínimo por el incidente; quizás incluso merecería las miradas admirativas de algunos caballeros.

Al comprender que no tenía alternativa, Melissa miró en los ojos a Josh y dijo secamente: – Muy bien, me casaré con el señor Slade. – Una oleada de irritado orgullo provocó una chispa guerrera en sus ojos color topacio, y la joven prometió con voz ronca: – Pero te lo prometo... ¡el señor Slade comprobará que yo no seré una esposa sumisa!

12

"Sumisa" no era una palabra que Dominic hubiera pensado relacionar nunca con la sugestiva señorita Seymour, y en todo caso no la aplicaba al lamentable episodio que había vivido esa noche.

Sentado en uno de los rincones más oscuros del salón principal de la taberna, Dominic no dudaba de que su esposa (en su mente estaba seguro de que ella aceptaría el matrimonio), ¡sería una mujer muy poco sumisa! Tal vez Melissa había ofrecido una excelente representación para demostrar que no deseaba casarse con él; pero eso era nada más que otro ejemplo de su espíritu de contradicción. E incluso si la perspectiva del matrimonio lo alegraba muy poco, había dos cosas de las cuales estaba absolutamente seguro a saber, que extraería considerable placer del ejercicio de sus derechos conyugales, y que esa futura esposa tan extraña, caprichosa, desconcertante y por completo fascinante jamás lo aburriría. La idea determinó que sonriese de mala gana, y al ver la sonrisa, Royce preguntó: – ¿Estás un Poco más resignado a tu destino?

Dominic esbozó una mueca.

– Sí. Pero reconozco también que no estoy particularmente enamorado de la idea y que si se tratara de otra mujer y no de tu prima, habría hallado un modo de salir del embrollo. – Adoptó una expresión seria.– ¿Me crees cuando digo que no sabía quién era, verdad? Soy capaz de hacer muchas cosas, ¡pero creo que no de seducir intencionalmente a la parienta de uno de mis amigos más íntimos!

– Te creo – contestó Royce sin vacilar– . Y lamento que los actos de Melissa hayan creado esta situación. – Frunció el entrecejo.– Me pregunto qué demonios estaba haciendo en tu cuarto.

Dominic dijo cínicamente: – ¡Oh, vamos! Los dos somos hombres de mundo. Sabes muy bien lo que ella se proponía... atrapar a un tonto incauto... ¡es decir, a mí!

Royce contempló reflexivamente su vaso de cerveza. Podía ser. El y Melissa habían mantenido una relación estrecha cuando eran más jóvenes, pero durante los últimos años el contacto entre' ambos había sido escaso. ¿Qué sabía realmente de ella? En todo caso, la situación de la joven era un terreno propicio para la elaboración de planes desesperados. Quizá Dominic estaba en lo cierto; tal vez ella había visto la posibilidad de atrapar a un marido rico, y la había aprovechado fríamente. No sería la primera vez que una mujer de mente calculadora había promovido un matrimonio. Royce no deseaba creer que Melissa hubiese hecho eso, pero como no había pruebas en contrario él no alcanzaba a percibir otra explicación lógica de la difícil situación en que ella misma se había puesto.

Suspiró, y dijo: – Bien, por lo menos en todo esto tú conseguirás algo. Serás el marido, y tendrás el control de Locura; además, no necesitarás molestarte con esa tontería que es la propiedad del caballo por mitades. – Con cierto brillo en los ojos agregó astutamente:– Y por lo que vi cuando entré en la habitación, yo no diría que eres inmune al considerable encanto de mi prima. Quizás incluso es posible que te agrade el matrimonio con ella.

Dominic frunció el entrecejo.

– ¡Eso no es de ningún modo probable! Con respecto al caballo, ya acepté comprar la mitad del animal, y al margen de todo el resto, cumpliré mi palabra. Ella recibirá su condenado dinero y yo cumpliré el trato que hicimos esta tarde. Sonrió.– No quiero decir con eso que de tanto en tanto me privaré de... imponer mi voluntad a mi" socio", pero no seré frente a ella un marido prepotente.

– Más vale así – replicó Royce, también sonriendo– . Es perfectamente posible que Melissa rompa una silla sobre tu cabeza Si pretendes coartar sus actividades. Te aseguro que no será una esposa sumisa y obediente.

– No, no es esa clase de persona – murmuró Dominic con una extraña sonrisa– . Y estoy seguro de que lamentaré el día que la conocí; pero creo que me agradará la tarea de domarla.

Se hizo un silencio amistoso, y durante varios momentos los dos jóvenes permanecieron sentados, bebiendo tranquilamente la cerveza, cada uno enfrascado en sus propios

pensamientos. De pronto, Dominic tuvo una idea, y emitió una risa sonora. Al oírlo, Royce lo miró.

– Estaba pensando – comenzó a decir Dominic– que hay una persona que se sentirá muy satisfecha cuando conozca lo que sucedió esta noche... ¡Leonie, la esposa de mi hermano! Durante años estuvo haciendo todo lo posible para lograr que yo me casara, y cuando sepa que al fin caí en las redes de una mujer no podrá contener su alegría. ¡Creerá – agregó con una sonrisa astuta– que todo esto es el resultado de sus propios esfuerzos! – Al ver la expresión de curiosidad en la cara de Royce, explicó:– Antes de que yo abandonase el Château Saint– André para venir a Baton Rouge, ella me lanzó una maldición, formuló el deseo de que yo conociera a una mujer que me volviese loco.

Con una expresión inquisitiva en la cara, Royce preguntó: – ¿Y crees que Melissa hará precisamente eso?

– *¡Precisamente* eso! – replicó Dominic con mucho sentimiento– . El matrimonio no es algo que yo haya deseado jamás, pero si yo hubiese buscado esposa, ciertamente habría deseado a una mujer bondadosa y sumisa, ¡no la arpía con la cual ahora tengo que cargar!

– Aunque te declaro mi simpatía – dijo secamente Royce– , creo que no te opones a este matrimonio tanto como quisieras hacerme creer. De hecho, sospecho seriamente que en realidad contemplas con cierto placer la perspectiva de esta unión.

Dominic esbozó de nuevo esa extraña sonrisa.

– Quizá – dijo. Después, agregó con voz muy dulce– : En definitiva, gracias a mi unión con ella me adueñaré de Locura.

Royce respondió con un gruñido, y después los dos comenzaron a hablar de cuestiones más prácticas, por ejemplo, la fecha y el lugar de la boda. Entre ambos llegaron a la conclusión de que mediados de agosto era la fecha más temprana, y de que Melissa probablemente desearía contraer matrimonio en su casa si era posible arreglarla y amueblaría a tiempo para la ceremonia.

– En caso contrario – dijo Royce con voz perezosa– , estoy seguro de que Oak Hollow puede servir. Mi madre se sentiría muy Complacida.

Después de trazados los planes iniciales, Dominic se fatigó del tema y echando una ojeada a su reloj de oro murmuró: – ¿No crees que deberíamos reunirnos con mi futura esposa y tu padre? Pienso que Josh ya tuvo tiempo suficiente para convencerla de la conveniencia de que se case conmigo. Aunque no creo – concluyó con expresión sombría– que ella haya necesitado mucha persuasión.

Royce asintió, y los dos hombres se pusieron de pie y comenzaron a atravesar el salón. El lugar estaba mal iluminado, y Dominic miró distraídamente alrededor. Pero cuando ya habían llegado a la puerta, vio una figura conocida. Se detuvo instantáneamente, y miró con mucha atención a través de la semipenumbra cargada de humo, reconociendo de inmediato al elegante caballero sentado solo en un rincón: Julius Latimer. Dominic realizó un movimiento instintivo en esa dirección, pero Royce, que acababa de ver también a Latimer, se apresuró a aferrarlo del brazo.

– ¡Detente, estúpido! – murmuró Royce al oído de Dominic Sé que nada te agradaría más que estrangular a ese bastardo, pero por el momento no tienes motivo para atacarlo y desafiarlo a duelo.

Consciente de que Royce decía la verdad, por desagradable que ella fuese, Dominic contuvo dificultosamente la cólera que se habla encendido en su fuero íntimo al ver a su enemigo sentado allí con tanta tranquilidad. Latimer no los había visto, y a juzgar por la expresión de su cara era evidente que el hombre tenía otras preocupaciones que no eran la vieja enemistad que lo separaba de Dominic. Un gesto sombrío afeaba su cara, y durante un instante Dominic se preguntó quién o qué provocaba tanta furia en Latimer. Parecía envuelto en una aureola de irritación brutal, y a juzgar por el modo en que Latimer depositó con fuerte golpe su jarro de cerveza sobre la mesa de pino cepillado, era evidente hasta para el observador más superficial que *algo* le había desagradado mucho. Después de dirigirle otra

ojeada, Dominic permitió que Royce lo retirase del salón. Latimer podía esperar – esa noche era necesario atender asuntos más urgentes. Dominic tenía esperando a su futura esposa en la habitación del primer piso, y acelerando el paso dejó atrás a su antiguo enemigo.

Hubiera podido decirse que Dominic parecía haber aceptado con cierta resignación su destino, sobre todo en vista del desprecio que solía manifestar por el estado matrimonial; y si bien era cierto que una parte de su ser no juzgaba demasiado desagradable la idea de la unión con Melissa, en todo caso el joven miraba col' profunda hostilidad los medios que ella había usado para atraparlo. En efecto, había aspectos de esa unión que lo intrigaban, pero la perspectiva no lo complacía demasiado, y tampoco creía que su vida conyugal fuese más que una condenada molestia, una vez que se apagase la pasión inexplicable que Melissa despertaba en él. Todavía estaba convencido de que se trataba nada más que de un capricho pasajero. Melissa no le agradaba; y Dominic estaba completamente seguro de que tampoco la joven simpatizaba con él; Dominic jamás había pensado en la posibilidad de casarse, y si hubiese contemplado seriamente el matrimonio, ¡no habría sido con una persona como ella! Dominic podía sonreír y bromear acerca del desastre que había recaído sobre él esa noche, y de sus deplorables efectos, pero interiormente estaba furioso.

Sin embargo, no podía negar que en la señorita Seymour había algo que atrajo su atención desde el principio mismo, y también era innegable que cuando él la besaba y la tocaba, cuando ella caía en los brazos de Dominic, él sentía algo que era absolutamente incomprensible. De pronto lo perseguía un deseo anheloso y primitivo – todo se borraba en su mente, y sólo restaba la dulzura embriagadora de sus labios y la seducción de ese cuerpo esbelto. Ese tipo de pasión incontrolable era algo nuevo para él, y lo excitaba y al mismo tiempo lo irritaba. Por consiguiente, entró en su propio cuarto con una mezcla de expectativa, cólera y conjetura. De pie a un paso de la puerta, miró fríamente a la astuta criatura que lo estaba arrastrando al matrimonio.

Melissa estaba sentada en actitud muy recatada en la única silla, las manos inmóviles sobre el regazo, la gastada capa cubriendo los deleitosos encantos que Dominic recordaba demasiado bien, a pesar de que él sostenía que la conducta de la dama esa noche sólo le provocaba cólera y repugnancia. Ella lo miró con expresión igualmente fría, los ojos color topacio que enviaban agujas de hielo, los suaves labios de color coral firmemente apretados, y la posición de los hombros angostos demostrando con toda claridad que la situación no la complacía. Dominic pensó cínicamente: ¿de modo que aún fingía que no deseaba casarse con él?

Josh sonrió a Dominic y dijo satisfecho: – ¡Ah, ha llegado! Estoy seguro de que se sentirá complacido de saber que Melissa ha comprendido la situación, y acepta el matrimonio.

La rendición de Melissa no sorprendió a Dominic. ¿Acaso había otra razón, se preguntó agriamente mientras su mirada recorría los rasgos duros de la muchacha, que explicase la presencia de Melissa en esa habitación, como no fuera la posibilidad de atrapar a un marido rico? Pero incluso mientras concebía esos pensamientos, tenía conciencia de un sentimiento de irrazonable desilusión. Parecía que las sospechas que él alimentaba se ajustaban a la realidad, y Dominic reconoció por primera vez que había deseado que ella demostrase que no era una mujer tan calculadora. Con voz hosca dijo: – Bien, ¡me complace que todo esté arreglado! y ahora, si podemos decidir cuándo se celebrará la boda, y otros detalles por el estilo, estaremos en condiciones de olvidarnos de esta velada ciertamente poco agradable. – Sin mirar de nuevo a Melissa, agregó:– Royce y yo estuvimos conversando acerca de este asunto, y en vista de las circunstancias creemos que mediados de agosto sería una fecha apropiada para la boda.

Melissa había tenido una vivaz conciencia de la presencia de Dominic tan pronto él abrió la puerta, y se sintió mortificada porque su corazón parecía haber sufrido un sobresalto en el momento en que las miradas de los dos se encontraron. Debía sentir antipatía; después de todo, ¿acaso no era la causa de uno de los momentos más humillantes de su vida? Pensó irritada que era un hombre arrogante y demasiado seguro de sí mismo. Pero también era el

individuo más fascinante y atractivo que había conocido nunca.

Melissa se sentía torturada por esa inestable mezcla de atracción, cólera, resentimiento e intensa excitación que provenía del hecho de estar en la misma habitación con él. En actitud de rebeldía, trataba de negar que sintiese por él algo más que cólera y amargura; y Dominic le facilitó absurdamente las cosas al formular esa presuntuosa declaración acerca de la fecha de la boda. Ofendida porque él y Royce habían decidido arbitrariamente la fecha de la unión matrimonial en la cual *ella* sería la novia, y todo sin decirle siquiera una palabra, Melissa dirigió a Dominic una mi– rada colmada de odio, y declaró: – ¡Creo que por lo menos debería consultarse a la novia acerca de la fecha de su boda!

Al percibir claramente los signos de la explosión inminente, Josh dijo con voz nerviosa: – Vamos, vamos, querida. Estoy seguro de que tu... prometido no quiso ser descortés.

Mientras observaba interesado las diferentes expresiones que pugnaban por imponerse en la cara expresiva de Melissa, Dominic sugirió burlonamente: – ¿Quizá mi prometida ha pensado en una fecha más apropiada? Pero debo advertirles que cuanto antes nos casemos menos probable es que el episodio de esta noche provoque un escándalo. Ninguno de nosotros intentará hablar del caso, pero incluso el secreto mejor guardado suele filtrarse cuando uno menos lo espera. Mediados de agosto está bastante alejado, de modo que no originará muchas conjeturas acerca de nuestro... súbito deseo de unirnos; pero al mismo tiempo nos concede espacio suficiente para avisar a todos nuestros amigos y parientes.

Las palabras de Dominic eran sensatas, pero mediados de agosto parecía a los ojos de Melissa una fecha terriblemente cercana, y no podía aceptarla con ecuanimidad. Aunque se opuso con vehemencia a la fecha elegida, fue inútil. Josh terminó la discusión diciendo exasperado: – Melissa, ¡este no es un matrimonio común y corriente! Estamos tratando de evitar un posible escándalo, y tú *te casarás* el dieciséis de agosto.

Atravesada por tres pares de ojos, Melissa inclinó la cabeza colmada de rizos, y la temible sensación de que ya no podía controlar su propia vida la dominó ahora. Conteniendo las lágrimas de cólera, dijo con voz ahogada: – Muy bien. El dieciséis de agosto.

En el tono de Melissa se expresaba un sentimiento tan evidente de infelicidad y desesperación que Dominic se sintió extrañamente conmovido. Obedeciendo al instinto, atravesó la habitación y se detuvo al lado de la joven, y tomó entre las suyas una de las manos frías de Melissa, sosteniéndola con sus dedos cálidos. Ella lo miró sorprendida, y cuando esos increíbles ojos color topacio encontraron los de Dominic, él sintió que se le aceleraba el pulso. Con voz ronca murmuró: – Las circunstancias de nuestro matrimonio tal vez no sean las más afortunadas, pero si ambos lo intentamos quizás algo bueno saldrá de todo eso. – Dirigiendo a Melissa una sonrisa sesgada, Dominic agregó:– Intentaré ser un marido razonable, y si usted hace la mitad del camino, creo que podremos soportarnos bastante bien.

No era la declaración más romántica, pero infundió a Melissa un sentimiento de esperanza, y la llevó a concebir la idea de que tal vez pudieran hallar, sino la felicidad total que ella ansiaba, por lo menos una convivencia pacífica. Una sonrisita trémula se dibujó en la boca de labios generosos, y Melissa dijo por lo bajo: – Lo intentaré... pero no creo que sea fácil para ninguno de nosotros.

Dominic enarcó el entrecejo.

– Por otra parte – observó secamente– , nada importante se nos da sin esfuerzo. Y a veces se necesita muchísimo esfuerzo.

Melissa asintió lentamente, y Josh decidió sensatamente que convenía dar por terminada la velada mientras esos dos todavía se hablaban.

– Oye, querida – dijo animosamente– , te expliqué que todo se arreglaría muy bien. Ahora vamos, debemos llevarte a tu casa cuanto antes.

Sumida en un profundo desconcierto Melissa aceptó al día siguiente las tardías felicitaciones de Zachary, cuando la familia Manchester llegó con Dominic y Josh realizó el anuncio. Sabía que estaba sonriendo y asintiendo en los momentos apropiados, y que aparentaba escuchar con atención mientras se trazaban y analizaban planes, pero nada de todo

Librodot

eso parecía real; se hubiera dicho que eso le sucedía a otra persona. Incluso esa misma tarde, cuan do un criado de la posada entregó una nota de Latimer, ella apenas pudo mirarla distraídamente, incapaz de comprender las irritadas amenazas. Ya nada importaba – ahora, nada importaba; en pocas semanas más estaría casada con un hombre a quien apenas conocía, y las amenazas de Latimer parecían insignificantes en vista de ese hecho. Casi sin saber lo que hacia, escribió una respuesta para Latimer, informándole de su compromiso y anunciándole que en poco tiempo más recibiría su dinero.

Durante las semanas siguientes, se sintió cada vez más agra decida ante su propia capacidad para sentir otra cosa que indiferencia frente a todo lo que sucedía alrededor. Cómodamente protegida por este sentimiento de irrealidad, escuchó indiferente 10 que Zachary le explicó entusiasmado, acerca de la elevada suma de dinero aportada por Dominic para realizar algunas reparaciones y redecorar la casa antes de la boda.

Los ojos chispeantes de placer, Zachary dijo: – Te diré una cosa, Lissa... me alegro mucho de que te cases con él... ¡es un gran tipo! Dijo que como el fideicomiso concluirá en pocos meses más, no veía motivo para negarse a darme el dinero que necesitamos con el fin de poner todo en orden. Me alegro especialmente por– que el día de tu boda, cuando se reúnan todos nuestros amigos y la familia, no necesitarás sentirte avergonzada de tu casa.

Sintió que en lo más profundo de su ser se encendía una chispa de resentimiento... ¡ella nunca se había sentido avergonzada de su hogar! ¡Cómo era posible que ese *intruso* deslizara tales pensamientos en la cabeza de Zachary! Pero esa reacción se disipó en un instante, y Melissa miró a Zachary con una indefinida sonrisa en los labios, y se dirigió a los establos. Durante esos días le pareció que los establos eran el único lugar donde ella podría recobrar cierto sentido de la realidad, y en vista del ejército de trabajadores contratados por Zachary con la ayuda de Dominic, que estaban en todos los rincones de la casa principal, no era sorprendente que ella huyera en busca de la serenidad del lugar al que más apreciaba.

No parecía que nada la afectase mucho. Podía escuchar inmutable el parloteo feliz de la tía Sally y de Frances acerca de la boda inminente; podía dejarse convencer fácilmente de que un vestido de boda de muselina india recamado con hilos de plata era más atractivo, podía contemplar sin conmoverse la acumulación cada vez más considerable de regalos y misivas de los amigos, que comenzaban a llegar a Willowglen apenas se despacharon las invitaciones para la boda. Parecía deslizarse sin esfuerzo a través de todo eso, sonriendo en el momento oportuno, inclinando cortésmente la cabeza cuando era necesario y en general ingeniándoselas para convencer a todos de que era una joven dama deslumbrada por el amor y por su súbita e imprevista buena suerte.

Pero a medida que se aproximaba la fecha del matrimonio,

el capullo de desconcierto que la envolvía como una capa protectora comenzó a desgarrarse, y cuando llegó la segunda semana de agosto hubo momentos cada vez más frecuentes durante los cuales ella despertaba de noche, agobiada por un sentimiento de desesperación. La boda ya no estaba a varias semanas de distancia; ahora sólo faltaban pocos días para que ella se casara con Dominic Slade, y a Melissa le parecía cada vez más difícil fingir que esto estaba sucediéndole a otra persona – cada vez más difícil decirse que pronto despertaría de esa pesadilla especialmente vívida, para descubrir que todo era exactamente como había sido antes de esa noche fatídica.

Era cada vez más imposible fingir porque los cambios aportados por la multitud de trabajadores ya estaban casi completos. La casa y sus muebles y adornos ya no eran un ambiente sórdido y gastado; las paredes exteriores relucían gracias a varias capas de pintura blanca, las ventanas en forma de abanico y las puertas exhibían un delicado matiz verde, y adentro... adentro, las lujosas cortinas de terciopelo y damasco que cubrían las ventanas ahora descendían hacia los pisos reparados poco antes, y las paredes y los techos resplandecían suavemente con sus tonos azules y beige recién pintados. Había incluso muebles nuevos, llegados pocos días antes de Nueva Orleáns, y los prados y los arbustos otrora desaliñados ahora habían sido podados y recortados meticulosa y pulcramente. Willowglen estaba

recuperando rápidamente el estado que tenía en tiempo de Jeffery Seymour, y aunque Melissa tenía conciencia, y eso le provocaba cierta indignación, que todo se hacía a su costa, en el fondo de su corazón tenía que experimentar un sentimiento de complacencia por Zachary, y también por todos los habitantes de Willowglen. Por lo menos, se decía malhumorada, su tontería había aportado cierto bien.

Incluso Latimer había recibido la suma de dólares – Dominic había pagado a Melissa el oro en la fecha prometida. Ella sintió que se le encogía el corazón al comprender que ya Locura no le pertenecía exclusivamente; pero también sintió que se le quitaba de encima un enorme peso cuando se sentó con el señor Smithfield y realizó los arreglos necesarios con el fin de saldar completamente la última deuda de su padre. Felizmente, el señor Smithfield se habla encargado de todas las gestiones, y Melissa no se habla visto obligada a entregar personalmente el dinero a Latimer, y más valía que así fuera... ¡hubiera podido arrancarle los ojos!

Pero aunque la deuda estaba pagada, ella tenía la desagradable sensación de que el asunto no había terminado completamente. Vio esa expresión peculiar en la cara de Dominic cuando él le entregó el dinero, casi como si él pensara que el hecho de que Melissa aceptara entusiastamente el dinero era desagradable. Melissa no había dicho qué se proponía hacer con esa suma, y se preguntaba si Dominic creía que ella estaba demostrando excesiva codicia – él seria su marido, y quizás había supuesto que Melissa no insistiría en que se le pagara esa suma. Pero Melissa la habla reclamado, y en ese momento la asaltó la ingrata sospecha de que tal vez todo lo que habla hecho era cambiar una deuda por otra, y que la segunda implicaba el pago de un precio mucho más oneroso...

Se negó resueltamente a continuar pensando en eso, del mismo modo que rehusaba pensar más allá de las necesidades inmediatas, y obstinadamente insistía en fingir que pronto lograrla despertar de esa pesadilla, para descubrir que todo había sido un mal sueño.

Quizás el hecho de que Dominic se hubiese ausentado hasta varios días después del primero de agosto fue el factor que facilitó a Melissa la tarea de cerrar los ojos a la realidad, de mantener la ficción de que nada de todo esto era real. Tres días después de anunciado el compromiso, Dominic había partido en dirección a Mil Robles, donde se dedicó a supervisar ciertas rápidas mejoras en las comodidades de la residencia principal; y había retornado a Baton Rouge el once de agosto. Melissa habla olvidado el efecto imprevisible que él le provocaba, y al contemplar el rostro moreno sentado a la mesa frente a ella, mientras cenaban en Oak Hollow, la tarde del día en que regresó, experimentó un intenso sentimiento de placer que le recorrió todo el cuerpo.

Se trataba de una pequeña reunión y cena que la tía Sally y el tío Josh habían organizado en homenaje a los novios, pero Melissa tuvo conciencia de una sola persona en la habitación – ese hombre que muy pronto sería su marido. Sus ojos recorrieron los rasgos delgados y vivaces de Dominic, y percibió la arrogancia y el orgullo que eran sus características, y se estremeció levemente. ¿Sería un marido bondadoso? ¿O cruel? ¿Un manirroto como el padre de la propia Melissa? ¿O un hombre generoso y al mismo tiempo astuto como el abuelo? Melissa sabía muy bien que él podía provocarle una intensa pasión, y que ella lo encontraba en verdad fascinante, pero, ¿ésa era una base apropiada para el matrimonio? ¿Una base que justificaba confiarle su vida? Melissa no lo creía así y aunque podía reconocer la atracción y el encanto de Dominic, al mismo tiempo le desconfiaba; una proporción considerable de lo que Josh había dicho acerca de él un tiempo antes conservaba un perfil desagradablemente claro en la mente de la joven. Con una actitud que se parecía demasiado a la hostilidad franca, ella lo miró, poco dispuesta a permitir que la distrajese la cálida curva de sus labios, o el destello de burlona risa de los ojos grises, o los seductores hoyuelos que aparecían y desaparecían cuando él sonreía. Se dijo con fiereza que ese hombre jamás le agradaría. Melissa se vela forzada a desposarlo, pero no seria una esclava sumisa a sus pies. ¡Otras mujeres podían dejarse seducir por ese encanto perverso, pero ella no!

Dominic había percibido claramente la mirada poco cordial de Melissa, y esa actitud lo

Librodot

desconcertaba. No había supuesto que ella lo acogería transida, pero por otra parte no estaba preparado para aceptar que su futura esposa lo recibiese con una actitud tan helada. Se preguntó cáusticamente: ¿Qué era lo que le desagradaba? ¡Tendría un marido acaudalado! ¡En cambio, todo lo que él conseguiría sería una arpía hermosa, pero muy desconcertante! Mientras le dirigía una rápida mirada, con el entrecejo fruncido, se dijo que seguramente ella no continuaba fingiendo que se oponía a esa unión farsesca.

Al parecer, en efecto se oponía, y mientras pasaban de prisa los últimos días, antes de la boda, Dominic sentía que su frustración se acentuaba. Rara vez se le permitía estar a solas con Melissa, pero si ella lo hubiese deseado hubieran podido contar con unos pocos momentos de intimidad. Obviamente, eso no era lo que ella deseaba, y Dominic comprobó que la joven se mostraba muy esquiva, y que evitaba al instante cualquier intento de hablar íntimamente de parte de Dominic. Ni una sola vez pudo percibir siquiera fuese un atisbo de la criatura vibrante e irresistible a la que había tenido en sus brazos, y a medida que se aproximó el día de la boda Dominic advirtió un desaliento cada vez más acentuado en sí mismo. De todos modos, se sentía agradecido porque alguien había logrado devolver la sensatez a Melissa, de modo que ahora ya no se disfrazaba de solterona agria. Dominic experimentaba un placer irónico al observar las expresiones de desconcierto en las caras de sus parientes cuando los presentaban a Melissa. Toda su familia, ahora residente en distintos lugares alrededor de Baton Rouge, parecía embrujada por la sonrisa deslumbrante y la belleza de la joven. Leonie, que llegó con Morgan dos días antes de la boda, parecía transida.

Leonie corrió hacia él después de haber sido presentada a Melissa, le dirigió una sonrisa radiante y murmuró: – ¡Vaya, *mon ami!* Ya te dije que lo que te faltaba era una esposa. Y oye, Dominic...¡es encantadora! Precisamente lo que yo habría deseado para ti. – Hubo un gesto perverso en los ojos verdes cuando agregó astutamente:– ¡Y me alegro mucho de comprobar que no te mima! Sería desastroso para ti casarte con una mujer que creyese que cada uno de tus caprichos es ley.

Dominic había abrigado la esperanza de que Leonie no advertiría que Melissa no parecía interesarse mucho por su compañía, pero podía confiar en que su incorregible cuñada pondría el dedo en la llaga. Un tanto inquieto, Dominic murmuró: – Leonie, sabes que una esposa obediente me aburriría. – Y con una certidumbre originada en la convicción agregó:– Y Melissa jamás me aburrirá, ¡de eso estoy seguro!

¡No quiso agregar que mucho temía que lo exasperase, lo irritara y lo mantuviese siempre cautivado!

Y en efecto, se sentía cautivado. Era posible que ella lo tratase con indiferencia, pero eso no impedía que Dominic la mirase posesivamente, o recordara con claridad la dulzura de sus labios o la embriagadora suavidad de su cuerpo. El recuerdo siempre presente de las dos veces que él la había besado era lo que lo reconfortara durante las últimas dos semanas, y le había permitido considerar la aproximación del día de la boda, si no con placer, por lo menos con la expectativa por la noche que sería su corolario. En su fuero íntimo podía ansiar que lo uniese a Melissa algo más que el deseo físico; pero si el deseo era todo lo que compartían, él tenía la cabal intención de aprovecharlo bien. Y teniendo en mente ese aspecto, ya había realizado varios arreglos que, por extraño que pareciera, confiaba en que complacerían a su díscola esposa

Casi con intensa alegría, más tarde esa misma noche consideró la probable reacción de Melissa cuando viera la cama ofensivamente lujosa que había encargado para el dormitorio de ambos en Mil Robles. Había tenido que pedir a Natchez las cosas que deseaba, y la cama y los adornos complementarios no habían llegado a la plantación antes de que él se viese obligado a regresar a Baton Rouge; pero pensando en eso, en el amplio colchón de plumas, en la lujosa sensualidad de las colgaduras de seda dorada que la rodeaban, y al imaginar vívidamente a Melissa desnuda en el centro de la cama, Dominic sentía que todo su cuerpo se agitaba a causa del deseo. Tal vez él no quisiera casarse, pero su cuerpo ardía con el doloroso deseo de poseerla – y eso, se decía cínica– mente, ¡justificaba que metiese la cabeza en la trampa

tendida por el párroco!

Llegó finalmente la víspera de la boda. Todos los invitados estaban reunidos, y ahora se alojaban en las casas de diferentes amigos y vecinos de los Seymour y los Manchester. E incluso las escasas comodidades públicas habían sido reservadas por los amigos y los parientes de la pareja, y casi no había residente de ambas orillas del río, entre Natchez y Nueva Orleáns, que no supiera que al día siguiente Dominic Slade se uniría en matrimonio con Melissa Seymour.

Julius Latimer ciertamente estaba al tanto – mal podía ignorar la ocasión después de recibir la nota de Melissa y el dinero. Y además, estaba el hecho de que él y su hermana habían sido invitados a asistir a la recepción de gala en honor de los recién casados, la que se celebraría en Oak Hollow después de la boda misma en Willowglen. Melissa había preferido que no invitasen a Latimer, pero en la pequeña y cerrada sociedad de los pueblos ribereños, era imposible manifestar una objeción sin explicar exactamente los motivos. La joven se había consolado pensando que ya no necesitaba temer a ese hombre, y que seguramente ella podía imponerse el esfuerzo de tratarlo en compañía de terceros.

La última tarde antes de la boda, Dominic convino salir a cabalgar con Melissa, y ella trató de olvidarse de Latimer. Dominic adoptó una actitud muy misteriosa, y dijo con una débil sonrisa que tenía una sorpresa para ella. Zachary sonrió y Melissa sospechó que su hermano sabía exactamente cuál era la sorpresa. La joven no tenía el más mínimo interés en ningún género de sorpresas, y lo que era más importante, no deseaba salir sola con Dominic Slade. Con un sentimiento de frustración, Dominic vio que ella se apresuraba a convertir lo que él había esperado que sería un asunto íntimo en algo más público, invitando a Morgan y a Leonie, a Royce y a Zachary. Mientras las dos damas esperaban en la galería que los hombres llegasen con los caballos, Latimer decidió entrometerse nuevamente en la vida de Melissa. En ese momento llegó una segunda nota del caballero inglés.

Melissa se disculpó con Leonie y caminó hasta el extremo de la larga galería, para leer la misiva de Latimer en relativa intimidad.

Mi estimada Melissa, – escribía Latimer– , *no puede imaginar el dolor y el desaliento que experimenté al recibir la noticia de su inminente matrimonio con Dominic Slade. Pensé guardar silencio,¡pero no puedo! Ahora sé que la oferta que le hice fue un error y una grosería, y me disculpo muy humildemente por mi gesto, pero, ¿un mes o dos de mi compañía merecía que usted se entregase para siempre a un canalla como Slade? Por lo menos, yo manifesté sinceramente mis intenciones, por erradas que ellas fuesen, pero, ¿usted puede decir lo mismo de él? No merece confianza – ¡yo podría relatarle cosas de él que determinarían que mi censurable actitud pereciese una mera travesura de escolar! Si usted duda de mi palabra – y izo la criticaría si dudase– hable con mi hermana. Ella sabe quién es Slade, y ahora temo mucho por usted. Antes, ella cayó víctima del falso encanto de ese hombre, y sabe a su propia costa que es un vil seductor, un hombre capaz de pisotear los afectos. Le repito...:no debe confiar en él.*

Me duele decirle esto, pero usted debe mantenerse en guardia permanentemente frente a él, o correrá la misma suerte que mi pobre y engañada hermana que, incluso sabiendo que es un aventurero y un astuto intrigante todavía lo desea. Y lo que es peor, él lo sabe y continua manipulando el imprudente afecto que ella siente. (La visitó ayer mismo en la plantación donde nos alojamos. Me parece extraño que decidiese venir en momentos en que yo no estaba, y por lo tanto pudiera evitar que hablase con mi hermana.) No es grato para mi escribirle todo esto, pero si puedo impedir que usted caiga bajo su perverso encanto, todo lo que yo sufro en este asunto se justificará.

Yo podría haber deseado que las cosas fuesen distintas entre usted y yo, pero le ruego que me crea, Melissa, cuando digo que siento un profundo afecto por usted y que abrigo la esperanza de que, pese a todo lo que ha sucedido entre nosotros, me considere su amigo y sepa que aliento la sincera esperanza de que si algún día necesita ayuda, acuda a mi. Es posible que yo le haya fallado lamentablemente al realizar lo que ahora veo que fue un

ofrecimiento sumamente deshonroso. Pero no le fallaré en el futuro. Y si usted insiste en esta terrible unión, en: el fondo de mi corazón sé que un día necesitará mi ayuda y que yo podré redimirme demostrándole que la acompaño precisamente cuando más me necesita.

Latimer.

Melissa estrujó la carta en su mano, y miró sin ver la verde extensión del prado, y deseó no haber leído las palabras de Latimer. Desconfiaba de él, sospechaba que gran parte de lo que había escrito era un tejido de mentiras, pero no podía olvidar sus advertencias. De sus labios escapó una risa amarga. Hasta donde ella podía ver, no había mucha diferencia entre Latimer y Dominic, y a Melissa le parecía especialmente irónico que Latimer la previniese contra el hombre con quien ella se casaría el día siguiente. En la carta de Latimer no había mucho que ella no supiese ya. ¿Acaso Josh, la primera vez que le habló de la presencia de Dominic en el vecindario, no la había advertido contra él? Pero la información acerca de la anterior relación de Dominic y de su visita de la víspera a Deborah, la hermana de Latimer, inquietó no poco a Melissa. En realidad, durante un momento de desequilibrio los celos la mortificaron, y sólo el sonido de los caballos y los hombres que se aproximaban la devolvió a la realidad. Preparándose para luchar, Melissa despedazó la carta, y se dijo que le habría agradado hacer lo mismo con el corazón de Dominic. Después de dispersar los fragmentos, caminó en busca de Leonie y el resto. Si había creído que la carta de Latimer tenía un sesgo irónico, eso fue nada comparado con el acre regocijo que sintió al conocer la sorpresa de Dominic. Por una perversa coincidencia, había comprado como regalo de bodas para Melissa precisamente el *cottage* que Latimer habla propuesto como nido de amor.

Mientras los otros proferían exclamaciones y comentaban las cualidades de la bonita casa – recién pintada y amueblada para la esposa– Melissa permaneció de pie, mirándola inexpresiva. Creyendo que su esposa se sentía profundamente complacida, Dominic dijo en voz baja, de pie junto a ella: Sé que vendremos con frecuencia a visitar a tu hermano, y me pareció que te agradaría alojarte en tu propia casa. Es pequeña, pero muy cómoda, y silo deseas en el futuro podemos ampliarla.

Agregó tímidamente: – Hay veinticinco hectáreas de terreno, y contraté a varios hombres con el fin de que inicien la construcción de un pequeño establo y algunos picaderos. Tal vez decidamos mantener aquí en ocasiones algunos de nuestros caballos.

Como Melissa permaneció silenciosa, Dominic miró alrededor, y al ver que otros ya estaban ascendiendo los peldaños que conducían a la pequeña galería, aferró los hombros de la joven con Sus dedos fuertes.

– La cabaña y la tierra son tuyas, Melissa. Son mi regalo de bodas.

Las palabras de Dominic la sobresaltaron, y ella lo miró en silencio, y sus ojos dorados de negras pestañas se abrieron asombrados Era la primera vez que lo miraba directamente desde la noche de la taberna, y Dominic sintió que se sumergía en las profundidades misteriosas de esos bellos ojos. La mirada de Dominic descendió hasta la boca de Melissa, y al recordar la calidez y la dulzura de esos labios, murmuró con voz ronca:

– Mañana, por la noche, después de la boda, vendremos aquí...

13

A decir verdad, Melissa nunca supo muy bien cómo reprimió el impulso de echarse a reír histéricamente. Parecía que ese lugar, esa extraña y pequeña cabaña con su galería sembrada de rosas, estaba destinada a ser el lugar donde ella perdería la inocencia; y no la reconfortó en absoluto recordar que quien la iniciaría en la condición de mujer seria Dominic, su marido, y no Latimer, en el papel de supuesto protector. Durante un momento de confusión contempló la perspectiva de explicar a Dominic por qué no la emocionaba demasiado ese regalo de bodas; pero el sentido común, una virtud que según pensaba la propia Melissa, ella no había mostrado, ni mucho menos, en los últimos tiempos, se manifestó ahora, y la joven se limitó a ofrecer a Dominic una sonrisa falsa.

Como sabía que se esperaba más de ella, mantuvo tenazmente la sonrisa fija en los labios, y dijo con cierta vivacidad: – ¡Qué amable de tu parte! ¡Muchas gracias! – Buscó desesperadamente agregar algo a lo que sin duda era un agradecimiento bastante tenue en vista del regalo magnífico e imprevisto, pero pareció que su cerebro estaba paralizado; la frase de Dominic acerca de lo que sucedería al día siguiente por la noche había borrado todo lo demás. La expresión sensual en los ojos de Dominic mientras continuaba mirando fijamente los labios de Melissa consiguió que ella sintiera que se' le aflojaban las rodillas, percibió horrorizada que sus pechos comenzaban a despertar como esperando el contacto de los labios de Dominic sobre los pezones, y experimentó la insoportable sensación de un temblor súbito de insistente deseo que se agitaba en su abdomen. Impotente, se balanceó acercándose a él, entreabrió inconscientemente los labios, y se le aceleró el pulso cuando las manos de Dominic le tocaron los hombros y los ojos grises se ensombrecieron de pasión...

– Dominic – llamó Leonie desde la sombra de la galería– ¿Ni siquiera permitirás que Melissa vea el interior de la casa antes de mañana?

Como si la hubiese picado una avispa, Melissa se apartó bruscamente de Dominic, y éste, concibiendo pensamientos asesinos referidos a su cuñada favorita, giró lentamente para mirar a Leonie. Con una sonrisa tensa en los labios dijo ronco: – Un día de estos, Leonie, te estrangularé... ¡sobre todo si no cultivas un poco más tu tacto!

Con una sonrisa pícara en la cara, Leonie dijo airosa: – Melissa, no le prestes atención. Siempre está amenazándome, pero como puedes ver, he sobrevivido, ¡y prosperado maravillosamente! – Dirigió una mirada inocente a los rasgos bien formados de Dominic, y agregó dulcemente:– Por favor, querido Dominic, ¿podemos ver el interior?

Dominic rió de mala gana, y como era evidente que el momento de intimidad con Melissa había pasado, la tomó del brazo y la llevó hacia la cabaña.

– Espero que apruebes lo que hice. No tuve mucho tiempo, pero dejé instrucciones bastante amplias acerca de lo que deseaba que hicieran mientras yo estaba ausente. Si algo no te agrada, siempre podemos cambiarlo después. – Dirigió a Melissa una sonrisa seductora.– Sin embargo, creo que verás que es suficiente para nuestras necesidades.

Todavía conmovida y sonrojada por la reacción que él le provocaba, Melissa mantuvo apartada la cara y masculló una respuesta. Confiaba en que lo que ella había dicho tuviera sentido... ¡Ciertamente, al parecer nada tenía lógica los últimos días!

El interior del *cottage* era encantador, pero Melissa tenía tan intensa conciencia del hecho de que al día siguiente por la noche compartiría esa casa con Dominic que en realidad después no recordó mucho de lo que había visto. Sabía que el salón del frente era espacioso, en vista de las reducidas dimensiones de la construcción, y recordaba imprecisamente algunos cuartos de paredes color crema y cortinas rosa pálido en las ventanas; pero de los muebles de la planta baja no pudo recordar un solo objeto. Además del salón, había un comedor de proporciones medianas, una salita para el desayuno y un cuarto todavía más pequeño que podía usarse como despacho; y arriba había dos dormitorios cómodos y espaciosos, comunicados por un minúsculo cuarto de vestir. Los dormitorios atrajeron su atención. Sola en su cama, esa noche en Willowglen, pudo evocar con todos los detalles el lecho de palo rosa tallado, con el cubrecama de satén color lavanda, y recordar la voz de Dominic que decía

Librodot

roncamente: – Esta será tu habitación y tu cama... abrigo la esperanza de que me permitas compartirlas contigo... a menudo.

En la oscuridad de su habitación, Melissa comprendió que era la última vez que dormía allí... sola. Contuvo la respiración y sintió una punzada en el pecho. Al día siguiente, y después durante los días sucesivos ella sería la esposa de Dominic Slade; compartiría el lecho con él por el resto de su vida. La desconcertaba que esa idea la excitara. ¡La desconcertaba y enfurecía! Cerró los puños a los costados del cuerpo, y miró sin ver el techo. El nunca debía adivinar, pensó febrilmente Melissa, el tumulto que el contacto de su mano provocaba en ella. No importaba que en ciertas ocasiones su cuerpo la traicionase; ella debía mantenerse siempre en guardia, e impidiendo que él atisbase el interior de su tonto corazón. Casi aliviada comenzó a pensar en la carta de Latimer. Por primera vez deseó no haberla destruido, deseó tenerla ahora mismo en sus manos para leer y releer las cosas feas que él había escrito acerca del hombre con quien Melissa tenía que casarse.

Por desgracia, aunque ella intentaba sinceramente pensar mal de Dominic, comprobaba que la tarea no era fácil, sobre todo cuando recordaba cuán bondadoso se había mostrado Dominic con Zachary, y por supuesto, estaba la cabaña... ¿Cuántos hombres, incluso perdidamente enamorados, hubieran regalado a su esposa una casa tan bonita y veinticinco hectáreas? Y estaba el asunto de Locura. Dominic se había mostrado muy equitativo en su compra del caballo, pese a que el matrimonio inminente debía inducirlo a pensar que la oferta era innecesaria. Se había mostrado muy bueno y generoso.

Repentinamente irritada consigo misma porque alentaba pensamientos tan caritativos acerca de Dominic Slade, Melissa frunció el entrecejo. Llegó a la sombría conclusión de que todo era culpa de su misterioso encanto. Y los ojos joviales. Y la boca burlona y... Rechinando los dientes, se impuso recordar algunas de las peores cosas que Latimer habla escrito acerca de Dominic, por ejemplo, el modo en que él continuaba desplegando su pérfido encanto con Deborah, pese a que estaba comprometido con Otra mujer. Los comentarios iniciales del tío Josh acerca de Dominic asaltaron la mente de Melissa, y con un gemido ahogado la joven se sentó en la cama.

Era inútil fingir. A pesar de todo lo que sabía del, Dominic Slade la fascinaba como jamás lo había hecho ningún hombre; pero a juicio de Melissa, mucho peor era que el más leve contacto con su mano, a pesar de que ella sabía que Dominic era un infame mujeriego, provocaba en Melissa toda suerte de desordenadas ansias. Era necesario que ella se defendiese, que recordara que él era lo que parecía; y debía evitar los efectos de su perverso encanto – ¡ella *no* se sometería como la pobre Deborah! !Oh, no! ¡Le mostraría al señor Slade que no todas las mujeres eran criaturas tan tontas y susceptibles como la absurda Deborah!

Con sus labios fijos en una línea que expresaba obstinación, Melissa contempló el futuro. No era una tarea grata, y la joven tenía perfecta conciencia del hecho desagradable de que no sólo tendría que combatir la seductora influencia de la espuria atracción ejercida por Dominic, sino además rechazar los reclamos de su traicionero corazón y también de su cuerpo. Comenzó a examinar los modos de alcanzar sus objetivos, y finalmente dio con un plan que, según ella creía, mantendría distanciado a Dominic.

El torbellino de sentimientos que le había mantenido despierta hasta casi el alba no se calmó a medida que transcurrieron las horas del día de la boda. Había permitido obedientemente que Frances y la tía Sally revolotearan y se agitaran alrededor de ella mientras le ponían el hermoso vestido de muselina, una prenda de talle corto con delicados hilos de plata, y aseguraban a sus rizos rubios flores de azahar de dulce aroma. Era difícil abstenerse de compartir la excitación, y a pesar de sus mejores esfuerzos en contrario, cuando Zachary al fin puso la mano de Melissa en la de Dominic, y ambos estaban de pie frente al predicador local para pronunciar sus votos bajo uno de los altos árboles de mimosa cercanos a la casa, Melissa tenía las mejillas atractivamente sonrojadas, le brillaban los ojos y había una curva atractiva y trémula en sus labios sonrosados.

Dominic estaba muy elegante con sus ropas de etiqueta; la chaqueta de tela azul oscura

se adaptaba perfectamente a sus anchos hombros, y la nívea blancura de la fina camisa adornada con volados realzaba el tono moreno natural de su piel. Los pantalones cortos revelaban la forma esbelta y musculosa de sus muslos, Y las medias de seda blanca se adaptaban bien a las pantorrillas elegantes. Pero su cara era lo que atraía la mirada de Melissa, la fuerza integral de esos rasgos a veces altaneros, otras alegres y siempre profundamente atractivos, de pronto la impresionaron como un golpe. Tenía los cabellos negros bien peinados, pero un rizo díscolo persistía en caer sobre su sien, y Melissa tuvo el impulso de extender la mano y devolverlo a su lugar. Apenas la idea cruzó su mente, sintió que se le oprimía el corazón. ¡Dios mío! ¿Cómo p$_o$dría resistirse a ese hombre si nada más que de verlo sentía que se derrumbaban todas sus decisiones formuladas con tanta dificultad?

La ceremonia fue breve y el beso que se dieron frente a la familia y los invitados reunidos fue casto, y no expresó en absoluto el cálido impulso de pasión que Dominic sintió cuando sus labios tocaron los de Melissa. Con la sangre golpeando en sus venas, Dominic irguió la cabeza y puso las manos de Melissa bajo su propio brazo, volviéndose sereno para presentar a su esposa. Pocos segundos después, estaban rodeados por un grupo numeroso de parientes y amigos que reían y los felicitaban.

Durante las festividades que siguieron, Dominic hizo todo lo posible para disimular la impaciencia cada vez más acentuada con que esperaba el momento de estar a solas con su esposa; el momento en que ya no tendría que compartir su atención con otros, y sobre todo con lo que a sus ojos era un número excesivo de caballeros que parecían decididos a arrebatarle a su esposa. Cada vez que él la buscaba, invariablemente un individuo descarado aparecía para reclamar la atención de Melissa, y para el ojo irritado de Dominic, el individuo siempre era joven y apuesto. Incluso Jason Savage, que también estaba allí, se habla separado del lado de Catherine para pasar unos minutos en amable conversación con Melissa. Dominic no lo criticaba; la radiante belleza de Melissa lo dejaba sin aliento, y no importaba con quién estuviese hablando, ni cuán interesante fuese la conversación, su mirada exploraba constantemente los grupos buscando la cabeza de cabellos rubios, y sus oídos trataban siempre de identificar el sonido de la voz de Melissa.

No importaba lo que ella había jurado en la oscuridad de su cuarto, a medida que pasaba la tarde Melissa descubrió que Dominic podía conmover sus sentimientos incluso sin mover un dedo. Todo lo que tenía que hacer era sonreír seductoramente a las diferentes y entusiastas mujeres, o inclinar su cabeza de cabellos oscuros para hablar a ésta o a aquélla, y al instante ella tenía la certeza absoluta de que Dominic era un pérfido canalla que estaba desplegando su terrible encanto sobre incautas inocentes. Y de pronto, desde el fondo de la sala, los ojos grises de Dominic encontraban los de Melissa, y ella se sentía asaltada por un deseo in

tenso, el deseo de que los muchos brindis terminasen de una vez, se dijesen las felicitaciones y Dominic y ella quedaran solos...

Finalmente su deseo se realizó. Se había ofrecido el últim$_o$ brindis, y formulado la última felicitación, y ella y Dominic se alejaron en el calesín con gritos de buenos deseos y risas resonando en los oídos. Apenas habían avanzado unos veinte metros cuando de pronto ella comprendió que ese hombre, ese extraño alto y distinguido sentado a su lado en el elegante vehículo nuevo, en realidad era su marido, y ahora de hecho, su propietario. Legalmente, él tenía ahora el derecho de controlar las posesiones de Melissa; lo que era aún más temible, tenía el derecho de hacer *lo que quisiera* con su cuerpo...

Miró las manos fuertes y curtidas de Dominic, mientras él guiaba hábilmente al garañón de gran alzada por el camino cubierto de tierra roja, e imaginó las mismas manos expertas sobre el cuerpo de su esposa, desnudándola, tocándole los hombros y los pechos, el estómago, y también... El corazón de Melissa latió desordenadamente, y ella apartó irritada la mirada de las manos de Dominic y miró inmutable al frente. Se dijo furiosamente que eso *debía* terminar. ¡Tenía que recordar que no debía ceder, no debía permitir que él la embrujase!

Si Dominic advirtió que su esposa tenia una actitud extrañamente dura y guardaba silencio, o si pensó comentar el modo en que, a juicio del propio Dominic, ella había sonreído

y coqueteado ofensivamente con todos los hombres menores de cien años el día de su boda, en definitiva prefirió callar.

La miró de reojo, y observó con un extraño sentimiento de placer su mejilla y la línea delicada del mentón. Era bella y encantadora, pensó y no por primera vez, recordando cómo se le habla acelerado el pulso cuando la vio acercarse para unirse a él, y comparecer ante el predicador. Se había dicho con frecuencia que era una persona falsa y tramposa, y que ése era sencillamente un matrimonio de conveniencia, y que habían llegado a eso sólo gracias a las manipulaciones de Melissa. Sin embargo, no podía evitar el sentimiento de posesión que le recorría el cuerpo siempre que miraba a Melissa, o el extraño sentimiento de orgullo que experimentaba cuando veía con cuánta facilidad lograba seducir a los miembros de la familia Slade... y, recordó ahora sobriamente, a cualquier hombre que se le acercaba. ¡Se prometió que *eso* cesaría inmediatamente! Era su esposa, y él no toleraría la presencia de una pandilla de tontos enamoradizos merodeando alrededor de su hogar. Los celos eran un sentimiento que él siempre había despreciado, y que nunca antes había experimentado. Tal vez por eso no concibió la idea de que, por tratarse de un hombre que se burlaba del monstruo de ojos verdes, estaba exhibiendo signos evidentes de que se hallaba afectado, y gravemente.

Para ambos había sido una jornada larga y colmada de tensión, y Melissa casi se alegró cuando estuvieron a la vista de la cabaña. Comenzaba a anochecer, y ella recibió con agrado el descenso de la temperatura que acompañaba a la caída de la noche, después del calor húmedo del día. Solamente deseaba refrescarse y acostarse en una cama blanda, y dijo irreflexivamente: – ¡Oh, no veo el momento de quitarme este vestido y acostarme!

Melissa se sonrojó cuando comprendió cómo podían interpretarse sus palabras, y profundamente avergonzada esperó la respuesta de Dominic. En los labios de Dominic se dibujó una curva suspicaz, pero en todo caso él se limitó a murmurar con amabilidad: – Si, me lo imagino. Me he tomado la libertad de buscarte una doncella, y espero que tenga preparado y esperándote todo lo que necesitas.

Melissa asimiló en silencio esta información. Hacia años que no tenía una criada personal, y no sabia que la necesitara ahora; pero a pesar de su vigilancia, la evidente consideración de Dominic la conmovió. Después, emitió un suspiro. Si él continuaba mostrándose amable, la tarea de rechazarlo sería incluso más difícil de lo que había imaginado. Quizá, se dijo sobriamente, de este modo había logrado esclavizar a la hermana de Latimer.

Decidida a demostrarle que lo que él hacía no la afectaba, Melissa hizo un gesto audaz con la cabeza y dijo airosamente: – Gracias... es muy amable de tu parte.

Aunque Dominic quizás había esperado una respuesta un poco más cálida que unas palabras casuales de agradecimiento, no se sintió insatisfecho con la aceptación de Melissa. La joven lo desconcertaba, y nunca sabía muy bien qué podía esperar de ella; del mismo modo que había aceptado, habría podido sentirse ofendida por el gesto de Dominic. Esa mutabilidad era lo que lo fascinaba y al mismo tiempo lo irritaba: en cierto modo ella podía ser toda sonrisas, y al siguiente le dirigía una mirada que habría enviado a su tumba a un hombre menos valeroso. Era evidente que Melissa había planeado y conspirado para atraparlo, pero una vez ejecutado el acto había fingido que el matrimonio con él era lo que menos deseaba. Dominic meneó la cabeza ante el espíritu de contradicción de Melissa, y se preguntó, como había hecho tan a menudo desde la primera vez que la vio, cuál era exactamente el juego que ella estaba jugando. Por lo menos esa noche, pensó con una súbita aceleración de los latidos de su corazón, se vería recompensada la ingenuidad que había determinado que cayese estúpida mente en una trampa tan evidente que incluso ahora él estaba seguro de que algo había fallado en su inteligencia. La hora siguiente estuvieron atareados instalándose en su nuevo hogar. Concentrado en las imágenes relacionadas con los placeres físico$_s$ que pronto se le prodigarían, Dominic no manifestó objeciones cuando después de una ligera comida servida en el comedor por uno de los nuevos criados que él había empleado, Melissa desapareció en el dormitorio del piso alto. Con una sonrisa perezosa

en los labios, Dominic se demoró con su brandy, mientras imaginaba a su esposa desnudándose y poniéndose una prenda muy liviana para deleite de su esposo. Cada vez más consciente de los reclamos insistentes de su cuerpo, después de unos minutos depositó la copa de brandy sobre la mesa y salió del comedor.

En su propio dormitorio se despojó rápidamente de las prendas que había vestido durante la boda, y después de lavarse deprisa en el agua tibia contenida en un cuenco de porcelana depositado sobre una mesa de mármol azul, se puso el camisón, dejado sobre la cama por su criado Bartholomew. El corazón comenzó a latirle con más rapidez en la expectativa de lo que vendría, y Dominic cruzó con paso rápido el minúsculo cuarto de vestir que separaba los dos dormitorios. Con los dedos temblándole un poco, cerró la mano sobre el picaporte de cristal y abrió la puerta.

Habla amueblado la habitación de Melissa teniendo en cuenta la personalidad de su ocupante, y naturalmente estaba complacido con los resultados. La habitación era espaciosa, y el amarillo suave y el lavanda claro que él había elegido le conferían una calidez sugestiva. Un armario de áloe y una delicada mesa tocador de palo de rosa eran parte del mobiliario, lo mismo que dos hermosos sillones tapizados con seda verde sauce. El lecho que él había elegido finalmente no tenía la suntuosa decadencia del que él deseaba que los esperase en Mil Robles, pero en todo caso no le desagradaba. El dosel era un elegante retazo de fino material que confería un aspecto grácil a los postes altos y tallados, y el fulgor del cubrecama color lavanda relucía a través de los pliegues de las cortinas de gasa que colgaban de los cuatro rincones de la cama. Al comprobar que su esposa no lo esperaba en el lecho, Dominic la buscó con los ojos, y al fin la encontró donde Melissa SC había detenido, junto a una de las ventanas largas y angostas que cubrían una pared de la habitación.

Melissa no había permanecido ociosa después de separarse de su esposo en el comedor. Sospechando que Dominic se demoraría con su brandy, se había dedicado a gozar del baño refrescante que estaba esperándola, e incluso había sucumbido a la tentación de probar uno de los muchos recipientes de polvo que Dominic había comprado para ella. Después de empolvarse generosamente con una fragancia de sándalo, comenzó a prepararse para la cama... y para Dominic. Melissa escandalizó a la eficiente doncella Anna, que Dominic había empleado para su esposa, y la despidió, diciéndole con voz firme que por lo menos esa noche no deseaba ni necesitaba sus servicios. Después que Anna se marchó, Melissa dedicó unos pocos minutos a revisar el baúl que contenía las escasas prendas traídas de Willowglen por la joven. Lo descubrió en el fondo del armario, lo retiró de allí y con verdadero placer comenzó a prepararse bien para su noche de bodas, al mismo tiempo que deseaba con una punzada de arrepentimiento no haberse dejado tentar por el baño y el polvo. ¡La piel suave y sedosa, seductoramente perfumada, *no* era lo que ella tenía en mente para Dominic esa noche!

No sabía muy bien qué era lo que precisamente había planeado hacer; solamente deseaba arreglárselas para levantar una barrera entre ellos. Reconocer sumisamente la presencia del hombre en su cama y en sus brazos era reconocer la derrota, admitir definitivamente que ella era propiedad de Dominic, y que su objetivo en la vida a partir de ese día era sencillamente servirlo. Su espíritu se rebelaba contra esa idea, y su boca se apretaba formando una línea obstinada. No importa lo que en definitiva sucediese esa noche, ella debía rescatar algo en bien de su propio orgullo.

Alimentaba escasas ilusiones acerca de su propia capacidad para soportar indefinidamente la atracción sensual que Dominic ejercía sobre sus sentidos. Después de todo, ¿no era esa misma incapacidad para resistir a Dominic lo que la había llevado a esa situación? Si ella hubiese tenido una fibra más resistente, ¿no lo habría abofeteado y apartado desde el instante mismo en que la tocó en su habitación de la taberna? Al recordar el modo en que se había derretido bajo los besos de Dominic, hizo una mueca. El hecho realmente condenable, pensó con ánimo sombrío, era que ella no tenía el más mínimo atisbo del modo en que su cuerpo traidor reaccionaría esa noche.

Sus defensas eran frágiles, y a lo sumo podía abrigar la esperanza de postergar lo

Librodot

inevitable, pues si Dominic la tocaba, si la abrazaba y besaba y encendía ese dulce fuego que ella había experimentado únicamente en brazos de ese hombre... Suspiró sobriamente. Por mucho que ella afirmase lo contrario, tenía la deprimente conciencia de que su perverso cuerpo probablemente frustraría todos los planes que estaba trazando, y ella ansiaba desesperadamente impedir que sucediese tal cosa.

El efecto en Dominic cuando éste entró en la habitación y vio los resultados de todo lo que Melissa había hecho, era exactamente lo que ella deseaba, y por un momento tuvo la certeza de que no siempre perdería los estribos – lo cual, por supuesto, le suministraría la excusa que necesitaba para originar una disputa de proporciones épicas. Tan pronto los ojos de Dominic se fijaron en ella, la sonrisa perezosa que se dibujaba en su boca de labios inquietos desapareció, y se disipó la cálida luz de sus ojos grises. Melissa pensó satisfecha que se lo veía extraordinariamente contrariado.

Con el corazón que le latía excitado, ella esperó sin aliento la explosión colérica que sin duda sobrevendría ahora. Deseaba que estuviese enojado, porque de ese modo sería mucho más sencillo para ella enojarse también; pero advirtió consternada que una sonrisa lenta de verdadero aprecio se dibujaba de pronto en la cara de Dominic, y con un atisbo de regocijo en la voz él murmuró: – ¿Supongo que se trata de la señorita *Melissa* Seymour?

Sí, ciertamente era la solterona Melissa Seymour, la mujer de expresión agria y actitud mojigata que él había visto por primera vez en Willowglen, la que lo miraba desde corta distancia. Al observarla, sabiendo lo que había bajo el disfraz, Dominic se preguntó cómo se había dejado engañar tan fácilmente. Incluso con los cabellos recogidos en ese moño ridículamente feo, la frágil belleza de esa cara femenina habría sido evidente para cualquiera que la conociese. Por supuesto, el agrio gesto de rechazo que ella ahora le mostraba hacia que esa belleza no constituyera un espectáculo muy grato; pero por lo menos para él, de todos modos la joven parecía realmente adorable. Dominic se proponía derivar un enorme placer del descubrimiento, capa por capa, de la belleza de ese cuerpo tibio y cálido, que, como él bien sabía, se escondía bajo el absurdo disfraz.

Al ver la expresión divertida en la cara de Dominic, Melissa sintió un temblor de verdadero miedo que le recorría la columna vertebral. Pensó angustiada: ¡Dios mío! Sus ojos se sintieron atrapados sin remedio por los rasgos morenos y atractivos de Dominic. Pensó: ¡Esto no funcionará! Realizó un valeroso intento insistiendo en la misma línea. Apartó bruscamente los ojos de la boca levemente burlona de Dominic, adoptó su aire más altivo y dijo con expresión helada: – ¡Usted sabe bien cuál es mi primer nombre! ¡Y como nos hemos casado esta tarde, usted tiene perfecta conciencia de que ahora soy la señora Melissa Slade!

Sin dejarse desalentar en absoluto por el gesto altivo de la mejilla suavemente redondeada o por el tono helado de su voz, Dominic miró largamente el cuerpo esbelto, y sus ojos se posaron en el movimiento agitado del pecho de la joven.

– Cómo podría olvidarlo – murmuró con voz ronca– cuando no he pensado en otra cosa las últimas horas.

El pulso de Melissa tuvo un extraño sobresalto al oír estas palabras, y un sentimiento de jadeante expectativa comenzó a cercarla lentamente. Sabía que tenía que hacer algo, que debía moverse y hablar, lo que fuere, menos permanecer allí, inmovilizada en un lugar, mirándolo como si estuviese hipnotizada por la constante aproximación. Contra su propia voluntad, tenía los ojos clavados en él, y su mirada recorría los díscolos cabellos negros que persistían en caer sobre las sienes. Intencionalmente evitó encontrar la mirada de esos ojos grises de largas pestañas, y examinó lentamente la forma de la nariz bien dibujada y permaneció durante un instante casi angustioso en la boca ancha, de labios llenos. Sin quererlo, recordó el gusto y la textura de esa boca cálida y excitante, recordó el calor que transmitía, recordó la leve aspereza de la lengua cuando él la besara intensamente la noche de la taberna...

Sólo cuando él se detuvo directamente frente a ella, Melissa pudo recuperar un poco el control de sus pensamientos desordenados, y entonces comprendió tardíamente que había elegido mal el lugar del enfrentamiento – hubiera debido permanecer en el Centro de la

habitación, porque allí podría maniobrar con facilidad. Pero ahora estaba con la espalda contra la pared, y Dominic se había detenido exactamente frente a ella, cortándole todas las vías de fuga, y tan cerca que de hecho las solapas de su bata casi rozaban los pechos de Dominic. Irritada, se mordió el labio y desvió la mirada, pues no deseaba ver la expresión de triunfo que sin duda se dibujaba en la cara de su esposo.

– ¿Tímida, Melissa? – preguntó suavemente Dominic, y el débil hálito de su boca le rozó la mejilla.

– ¡Es claro que no! – sostuvo ella con voz enérgica, diriéndole una mirada helada.

– Me agrada – replicó él con expresión despreocupada– que no Seas tímida. Seducir vírgenes nunca fue cosa de mi agrado, y Con respecto a llevar al lecho a una niña tímida...– Un resplandor de Contrariedad apareció en los ojos grises.– Llevar al lecho a una Virgen tímida puede superar incluso todo mi ingenio.

Con confundido asombro Melissa lo miró, y tuvo apenas Una imprecisa conciencia de que él había apoyado una mano sobre cada lado de su cabeza, pero tuvo conciencia *muy* exacta del calor y el poder que irradiaban del cuerpo engañosamente laxo de Dominic.

– Como las vírgenes no le agradan – empezó a decir Melissa ¡quizá podamos prescindir de la consumación de nuestro matrimonio!

Con un gesto francamente sensual en los labios, Dominic meneó la cabeza de rizos oscuros.

– No – dijo– . La idea de ser tu primer amante, sencillamente de ser tu amante, me mantuvo despierto muchos meses. Ahora que ya no hay obstáculos para llegar a eso, ciertamente no me privare...

14

Con la boca de pronto seca, y la sangre que corría acelerada por sus venas y le encendía el cuerpo, Melissa miró sin ver mientras Dominic descendía lentamente la cabeza, y el suave roce de sus labios sobre los de Melissa provocaban en la joven un impulso de febril excitación. Sin hacer caso de la ansiosa respuesta de su cuerpo, ella apartó la cara, rompiendo el contacto de las bocas. Con tono sofocado preguntó: – ¿Y si no deseo que usted sea mi amante?

No quería mirarlo, y le parecía más fácil concentrar la atención si no contemplaba los rasgos bien formados que excluían del campo visual todas las restantes imágenes. Pero los labios de Dominic continuaban rozándole apenas la mejilla, y ella sentía más que veía la sonrisa que curvaba su boca. El hálito tibio y con olor de brandy, se derramaba sobre la piel de Melissa, y entonces él dijo en voz baja: – Oh, querida, cuando haya terminado contigo querrás que yo sea tu amante.

Melissa hizo todo lo posible para sentirse insultada por la confianza que se manifestaba en la voz de Dominic, pero mezclada con la idea del insulto había una desconcertante sensación de expectativa. Sin hacer caso de la punzada que sentía en el estómago, se atrevió a mirarlo y después deseó no haberlo hecho, ya que la burlona expresión de los ojos grises acentuaba la agitación de Melissa. Ansiosa de quebrar el encanto que sin esforzarse él entretejía alrededor de los dos, Melissa dijo jadeante: – ¡Es arrogante de su parte!

– Hum, puede parecer así, pero olvidas que te besé Y te abracé antes por lo menos dos veces, y las recuerdo muy vívida mente y en esas ocasiones no pareciste rechazar mis avances ~ mentó secamente Dominic.

– Entonces era di– di– diferente – balbuceó ella con un gesto de impotencia– . ¡No... estábamos... casados!

Un resplandor de regocijo iluminó los ojos grises.

– Comprendo – dijo con voz lenta– . ¿Aceptas mis abrazos sólo cuando n*o* estamos casados?

– ¡No fue eso lo que quise decir, y tú lo sabes! – exclamó Melissa.

– Entonces, querida, ¿qué pretendes decir exactamente?

– preguntó Dominic con voz dulce.

Melissa respiró hondo y comenzó a decir: – Quiero decir que en realidad no *deseábamos* casarnos, y que... que... – Vaciló, y terminó hablando apresuradamente: – Y que consumar ahora nuestro matrimonio sería un error.

Dominic sintió que parte de su regocijo se disipaba y preguntó como de pasada: – ¿Y cuándo propones que consumemos nuestro matrimonio?

Sintiéndose un poco más segura, ella dijo airosamente: – Oh, quizás en pocas semanas más, después que nos conozcamos mejor.

Dominic soltó un gruñido.

– Querida, estoy dispuesto a complacerte en varios aspectos, pero como lo que nos llevó a esta situación fue el deseo que cada uno siente del otro, no tengo la más mínima intención de privarme de ejercer mis derechos conyugales.

El corazón de Melissa tuvo un sobresalto desagradable en su pecho, pero adoptando una posición de mártir, la joven dijo con gesto un tanto dramático: – Puesto que es así, nada puedo hacer para evitar que haga lo que se le antoje conmigo. – Suspiró profundamente.– Tendré que cumplir con mi deber, y soportar su presencia en mi lecho.

Melissa estaba preparada para presenciar cierta reacción de Dominic, quizá cólera, disgusto o decepción, pero la asombró comprobar que él se limitaba a esbozar una sonrisa.

– Muy bien – dijo calmo Dominic– . Ya me advertiste, y comO no tienes intención de cooperar conmigo en este asunto, tendré que buscar solo mi propio placer. – Antes de que ella comprendiese la intención de Dominic, él había extendido la mano y le había quitado los anteojos. Con una sonrisa satisfecha en la cara bien formada, 61 miró los grandes ojos de Melissa.– Quitarte ese ridículo disfraz era sólo el primero de los muchos placeres que me

propongo tener.

Dominic miró los molestos lentes y después, mientras Melissa lo miraba transfigurada, abrió la ventana cerca del lugar en que estaban y con un amplio movimiento del brazo arrojó los anteojos a la oscuridad.

– Ahí van – dijo despreocupadamente– . Esto es algo que deseé hacer durante mucho tiempo. – Miró a Melissa, y los ojos entrecerrados de Dominic provocaron una sensación de angustia en el pecho de ella.– Y ahora – dijo con voz tranquila– pasemos al resto.

Como un ciervo asustado que se enfrenta con un cruel depredador, Melissa intentó un salto frenético para alejarse de él, pero las manos de Dominic la atraparon por los hombros, y con una irritante economía de esfuerzos la obligó, a pesar de que ella se debatía, a pegarse al cuerpo duro y resistente del hombre. Con voz regocijada, Dominic murmuró: – Recuerda que debes soportar todo en *cumplimiento de* tu *deber,* querida, y que no tienes que resistirte.

Furiosa, y con gran mortificación de su parte también excitada, Melissa lo miró, insoportablemente consciente del cuerpo grande, tibio y duro, que la presionaba de un modo tan íntimo. Tratando de reprimir la reacción traidora de su propio cuerpo ante la proximidad del hombre, ella dijo irritada: – ¡Cómo se atreve a destruir mis gafas! – Y como él se mantuvo inmutable, y se limitó a mirarla con esa expresión satisfecha que era completamente repulsiva, ella agregó:– ¡Las necesito!

Él meneó la cabeza.

– No para lo que tengo en mente – murmuró por lo bajo, y una mano comenzó a elevarse para retirar los alfileres que sostenían los cabellos de la joven. A pesar de los intentos de Melissa de evitar los dedos que la exploraban, en pocos segundos más sus cabellos se desprendían en desorden sobre los hombros, y el feo moño había desaparecido. Con las dos manos de Dominic de nuevo sobre sus hombros, él examinó su trabajo, y vio complacido los rasgos sonrojados de la cara de su esposa, los cabellos sueltos que se enroscaban como seda dorada cerca de las mejillas, la boca sonrosada llena y tentadora exactamente bajo del propio Dominic, y los ojos color ámbar ensombrecidos por un sentimiento indefinible. ¿Miedo? ¿Deseo? ¿Cólera? Dominic no lo sabia, y en ese momento no le importaba; los movimientos del cuerpo de Melissa contra el suyo, cuando ella intentaba escapar, habían originado en Dominic una apremiante conciencia de los reclamos de su propio cuerpo. Incapaz de resistir la dulce seducción de esos labios, Dominic gimió roncamente y buscó con la suya la boca de Melissa. La besó hambriento, entregándose a los sentimientos intensos y primitivos que de pronto recorrieron su cuerpo cuando con los labios tocó los de su esposa. Deseaba jugar con ella, saborearía, explorarla lentamente, pero descubrió que no podía, que ella era demasiado tentadora, demasiado embriagadora, de modo que él no podía pensar con claridad, y así ahora acentuó urgentemente el beso, obligando a los labios de Melissa a separarse, e invadiendo audazmente la boca femenina.

Atrapada tanto por las manos que la sujetaban por los hombros como por su propio cuerpo díscolo, Melissa tembló a causa de la intensidad de los sentimientos que la recorrían mientras la lengua tibia e inquisitiva de Dominic le llenaba la boca, y su longitud aterciopelada acariciaba seductora la lengua de la propia Melissa, y descaradamente la invitaba a acompañar el movimiento. Con la cabeza que le daba vueltas, y un sentimiento de extraña debilidad que la impregnaba hasta los huesos, se balanceó y se acercó más a él, ofreciéndose inconscientemente, los labios abriéndose impotentes todavía más ante el beso exigente del hombre.

Él aceptó codicioso lo que ella ofrecía, y sus labios se endurecieron, y su lengua se movió febril en el interior de la boca de Melissa, excitándola, logrando que ella tuviese insoportable conciencia de su descarado deseo que se enroscaba en el interior de su cuerpo y la recorría de la cabeza a los pies. Ella se sintió impotente entre los brazos de Dominic, incapaz de concebir siquiera la idea de resistir, y sus pensamientos se vieron cada vez más turbados, cada vez más confundidos, hasta que lo único de lo cual tuvo conciencia fue Dominic, la seducción apasionada de su boca destrozándola, los deseos enloquecidos que fluían por sus

Librodot

venas.

Ella había creído que no podía haber nada más emocionante que el beso de Dominic, pero cuando las manos del hombre descendieron hasta las caderas esbeltas, y él la apretó contra su propio cuerpo, obligándola a cobrar intensa conciencia del calor y el tamaño de su virilidad inflamada bajo la bata de seda, Melissa comprendió que se había equivocado. La inundó una cálida sensación de placer, tuvo una dulce sensación de poder, pues supo que ella lo había llevado a ese estado, y en ese momento supo que su propio cuerpo femenino era lo que él deseaba. Pero ese pensamiento satisfactorio desapareció casi apenas fue concebido – las manos de Dominic habían encontrado las cintas que sujetaban el camisón de Melissa sobre su nuca, y con un súbito sobresalto de su corazón ella sintió que la prenda se deslizaba.

Impresionada al ver con cuánta facilidad ella había permitido que Dominic prácticamente la sedujera, apartó su boca de la boca del hombre, e introdujo el brazo entre los cuerpos apretados. Medio colérica, medio en tono de ruego, exclamó: – ¡Oh, basta! ¡Por favor!

A través de los ojos entrecerrados, Dominic la miró, y era difícil discernir la expresión de sus rasgos oscuros. Se preguntó impotente: ¿Melissa comprende la imposibilidad de lo que están pidiendo? El deseo por su mujer era un dolor que le llegaba a la médula misma de los huesos; era su esposa; ésa era la noche de bodas, ¿y ella pretendía que se detuviese? Meneó apenas la cabeza y murmuró: – No puedo. Te deseo... lo aceptes o no.

Sonrió débilmente, la mirada de Dominic descendió hasta los blancos hombros y la redondez de los senos femeninos, reveladas por sus manos inquietas, y sintió el ansia de tocar esos mismos lugares con la boca, de arrancar del cuerpo la prenda que ocultaba y ofendía, de desnudar ante sus ojos todos los secretos de la carne de Melissa. Con un esfuerzo concentrado, apartó los ojos de la tentación, pero su mirada se demoró un momento largo sobre la plenitud levemente dolorida de la boca de su esposa. Con los ojos clavados en los de Melissa, dijo al fin: – Melissa, sean cuales fueren las razones de nuestro matrimonio, *estamos* casados, seremos marido y mujer por el resto de nuestros días. No deseamos nuestro matrimonio, jamás pensé casarme, pero puesto que, gracias a mi propia locura, y a cierto aliento que tú me diste, nos vimos obligados a acatar la tradición, me propongo convertirla situación en un auténtico matrimonio. Sonrió de mala gana.– Es extraño, pero si bien consideré la posibilidad de tropezar con toda clase de dificultades en nuestro matrimonio, nunca creí que acostarme contigo fuese uno de los obstáculos. *Eso* – concluyó secamente– fue el único lugar en que supuse que no tendríamos problemas.

Esas palabras la hirieron, pero Melissa tuvo que reconocer que eran justas. Por cierto, las reacciones que ella había demostrado cada vez que Dominic se le acercaba inducían a suponer que ella estaba más que dispuesta a reunírsele en el lecho; eso pensó Melissa con disgusto. Pero mal podía confesar que lo consideraba realmente fascinante y que convertirse en la esposa de Dominic, la esposa bienamada, le atraía mucho. Como era muy evidente que él no experimentaba ninguna de las emociones más tiernas que ella sentía, tendría que asegurarse de que jamás descubriera cuán difícil era evitar el influjo hipnótico que él ejercía. Agitando en un gesto atrevido sus rizos color de miel, ella dijo ásperamente: – Bien, ¡parece que usted se equivocó!

Él esbozó una lenta sonrisa, y Melissa sintió que su corazón traicionero latía un poco más rápido al ver esa curva seductora del labio inferior.

– ¿Me equivoqué? – repitió él con un gesto despreocupado– . No, no me equivoqué... ¡Sólo olvidé qué irritante espíritu de contradicción puedes manifestar!

En lo que Dominic decía había mucho de cierto, y ella no podía negarlo; y horrorizada advirtió que, en lugar de la cólera que desesperadamente deseaba sentir, había una absurda compulsión que la llevaba a emitir una risita. Casi sintió que sus propios labios comenzaban a curvarse en una sonrisa, antes de reaccionar y apretarlos deprisa en una mueca densa y desaprobadora.

Pero Dominic había percibido el leve estremecimiento de los labios de Melissa, y riendo

complacido la alzó con sus brazos fuertes. Con picardía y algo más que bailoteaba en sus ojos grises, murmuró al oído de Melissa: – Y ahora, querida, no más charla... ¡por supuesto, a menos que desees decirme que soy de veras un amante maravilloso!

Desgarrada entre el deseo de tironearle con fuerza las orejas y el deseo igualmente incitante de acompañarlo en su risa, Melissa renunció a toda pretensión de resistencia. Él era irresistible, y ella sospechaba que había perdido esa batalla desde el momento en que lo vio por vez primera. Pero el recuerdo de lo que él había reconocido acerca de que no deseaba casarse persistía con dolorosa intensidad. Decidida a proteger de nuevas heridas a su tonto corazón, ella dijo formalmente: sólo quiero que usted sepa, señor Slade, que consiento en esto sólo porque es mi *deber* en vista de que soy su esposa.

Dominic la miró sonriendo, mientras la depositaba suavemente sobre el cubrecama de seda.

– Y yo – murmuró con una expresión perversa– ¡ejerceré mis derechos conyugales sólo correspondiendo al sentimiento del deber! – Y mientras la depositaba en la cama, el camisón de Melissa se deslizó todavía más a lo largo del cuerpo, y el pezón de un pecho pequeño asomó sobre el encaje de la prenda. La sonrisa de Dominic desapareció, y como hipnotizado por la visión de ese pezón rosado, dijo con voz espesa– : Un *acentuado* sentido del deber.

Con un rápido movimiento, Dominic aflojó el cordón de su bata y se quitó la prenda. Melissa tuvo una breve visión del pecho musculoso, de los rizos oscuros y espesos de vello que cubrían el ancho tórax duro y firme; y entonces la cara y la cabeza borraron todo el resto, mientras su boca buscaba la de Melissa y ella se entregaba a esa magia que era Dominic.

Ella medio había temido que Dominic le cayese encima como una bestia hambrienta, pero ahora que todo había sido dicho entre ellos, pareció que él no tenía prisa para reclamar lo que le pertenecía por derecho. En cambio, se complació en limitarse a besarla, con besos prolongados, profundos y embriagadores que aceleraron el movimiento de la sangre en las venas de Melissa, y expulsaron todo lo que implicase un atisbo de resistencia. Pero pronto se vio que los besos no lo satisfacían y su boca recorrió lentamente el mentón de su esposa, y los dientes mordisquearon delicadamente mientras él exploraba la forma y la textura de la piel sedosa. Era una sensación deliciosa, y Melissa se estremeció de placer cuando los dientes de Dominic descubrieron el lóbulo de la oreja y lo mordieron apenas, y su lengua describió círculos y exploró constantemente.

Si los besos exploratorios de Dominic la habían aturdido, el contacto con las manos inquietas de ese hombre originaron un relámpago de goce puramente animal que le perforó los huesos. Ella estaba tan transida a causa de los besos seductores de su esposo que se sintió conmovida cuando sintió la mano cerca de su seno, y la lengua que acariciaba persistente el pezón. Con jadeante expectativa, permaneció tendida, extrañamente sumisa, incapaz de moverse o pensar en nada, salvo en lo que él estaba haciéndole, con la boca tibia descendiendo lentamente por el pecho, los labios moviéndose infalibles hacia los pezones doloridos. Incapaz de contenerse, Melissa gimió por lo bajo mientras él le sostenía un seno y su boca se cerraba caliente sobre el extremo sonrosado, y su lengua se enroscaba con evidente placer sobre la carne tensa. El deseo, instintivo y apremiante, la inundó, y los movimientos hambrientos de la lengua y la boca de Dominic la hundieron cada vez más profundamente en el torbellino erótico que él provocaba intencionalmente.

Melissa había creído tontamente que podría mantener cierta compostura, sometiéndose simplemente a las exigencias de su marido; pero descubrió que era imposible permanecer inmutable bajo esas caricias excitantes. Prudentes, sus dedos se enredaron entre los cabellos oscuros de Dominic, e inconscientemente lo acercaron más a su propio seno, y el cuerpo femenino se arqueó levemente bajo la boca torturante de Dominic. Ante el movimiento que traicionaba lo que Melissa sentía, la mano de Dominic se cerró un instante sobre el seno de la joven, y sus dientes rozaron suavemente el pezón inflamado, acentuando la sensación que ya era tan agradable; y ella volvió a gemir, y sin advertirlo alentó a Dominic a continuar con su tierno ataque.

Una y otra vez los labios de Dominic abandonaron los pechos de Melissa para cerrarse exigentes sobre la boca de la joven, y sus manos se movieron aliebradas sobre la piel suave que él mismo había desnuda do. Con una mezcla de timidez y ansia, Melissa retribuyó los besos de Dominic, y su lengua intentó explorar la de su esposo mientras él exploraba la que ella le ofrecía, y sus manos se deslizaron inquietas sobre los anchos hombros de él, sintiendo complacida cómo se le tensaban los músculos cuando sus dedos acariciaban la columna vertebral. Él tenía la piel cálida y firme, y Melissa descubrió que la complacía mucho nada más que tocarlo, sentir la reacción de su cuerpo mientras ella se mostraba cada vez más audaz con las manos, y descendía lentamente de la espalda a la cintura.

Gimiendo suavemente, de pronto Dominic retiró su boca de Melissa, y su mirada brillante recorrió sensualmente la cara sonrosada de la joven antes de posarse en los pechos pequeños con sus pezones de coral erguidos. El camisón arrugado de Melissa ocultaba el resto del cuerpo a los ojos inquisitivos de Dominic, y después de depositar un beso entre los pechos de Melissa, murmuró: – Quiero verte toda entera... comprobar si en realidad eres tan hermosa como mis sueños.

Antes de que ella tuviese tiempo de protestar, en el supuesto de que jamás hubiese concebido esa idea, Dominic retiró deprisa las prendas ofensivas. Se movió apenas, y con un gesto final retiró por completo el camisón y lo arrojó como al descuido sobre el piso. A la débil y móvil luz de las velas encendidas antes, con un resplandor posesivo en los ojos grises, recorrió atrevidamente la forma esbelta allí acostada, con esa piel que relucía como miel puesta al sol sobre el fondo del cubrecama color lavanda. Conteniendo el aliento, Melissa pareció paralizada, incapaz de moverse, y su pudor inherente disputaba el terreno a una extraña desvergüenza, mientras la mirada de Dominic recorría lentamente el cuerpo femenino desnudo.

Sin prisa, Dominic observó la desnudez de Melissa, las pantorrillas esbeltas y las piernas largas y bien formadas, y durante varios segundos clavó los ojos en la suave maraña de rizos oscuros en la unión de los muslos muy blancos, antes de que lograse desviar los ojos y continuar su tranquilo examen. Ella era todo lo que pudiera desear e incapaz de limitarse a mirarla, Dominic extendió una mano y la apretó sobre el estómago liso de Melissa, y la elevó, dejando atrás la angosta cintura, hasta la blanda redondez de los pechos firmes.

– Hermosa – dijo con voz espesa– . Mucho más hermosa que incluso mis sueños.

La boca de Dominic descendió sobre la de Melissa, y la besó fieramente, su lengua le abrió los labios y los brazos la apretaron con fuerza. La calidez y la energía de su cuerpo poderoso sobresaltaron a Melissa, y sus pechos se aplastaron contra el muro inflexible del pecho de Dominic, y las piernas femeninas se entrelazaron con las del hombre; y entre ellas... pulsando contra el vientre de Melissa con un calor y una fuerza propios, cuando las manos de Dominic le tocaron las caderas y él la acercó todavía más, de modo que ella sintiese la fuerza y el poder del cuerpo masculino.

Perdida en la salvaje turbulencia de sensaciones desconocidas que le recorrían el cuerpo, Melisa respondió ciegamente a los besos cada vez más urgentes de Dominic, y cerró los brazos alrededor del cuello de su esposo, y su cuerpo instintivamente se apretó contra el otro. Sus pezones recogieron la áspera caricia del vello terso que cubría el pecho de Dominic, y mientras estaban así, unidos en un abrazo apasionado, ella tenía cada vez más conciencia de un ansia insistente que venía de lo más profundo de su ser. El contacto de las manos duras de Dominic que se movían sobre las esbeltas caderas de Melissa, y le acariciaban las nalgas mientras él se balanceaba rítmicamente sobre ella, sólo acentuaban su excitación todavía más, e intensificaban la necesidad más y más urgente que de un modo inexorable brotaba de su cuerpo esbelto. Ella sentía el sufrimiento de una necesidad elemental; los besos y las caricias excitantes ya no bastaban. Sentía la urgencia de algo más, que la impulsaba a buscar una intimidad más cercana, su propias caderas se arqueaban para apretarse eróticamente contra él.

Dominic gimió satisfecho ante los gestos de Melissa, y sus manos se cerraron convulsivamente sobre la carne blanca y dócil de las nalgas que él aferraba, mientras la

sostenía inmóvil contra él, saboreando la experiencia sensual del cuerpo delicadamente formado tan cercano al suyo. Los pezones pequeños y duros ardían sobre el pecho de Dominic como puntas de fuego, y el roce excitado de su cuerpo contra el cuerpo del hombre era un placer increíblemente carnal. Ella era una criatura sugestiva, embriagadora, y todo lo que tenía lo complacía, desde los besos apasionados que ella, retribuía hasta los signos evidentes de su propia excitación. Él la deseaba, necesitaba urgentemente zambullirse en ella, allegar alivio a los reclamos dolorosos y pulsantes de su cuerpo, y así, suavemente, la apartó de modo que volviese a quedar acostada sobre el colchón, y las manos de Dominic ahora se deslizaron hacia los apretados rizos entre las piernas de Melissa.

Cuando sintió el primer contacto de las manos del hombre en un lugar tan íntimo, Melissa endureció el cuerpo, pues el instinto que la llevaba a protegerse momentáneamente permitió que un pensamiento coherente se introdujese en su conciencia. Comenzó un leve movimiento de fuga, pero Dominic estaba preparado para eso, y retirando su boca de la boca de Melissa, murmuró roncamente: – Ah, no, querida... no me expulses. Déjame... – Su boca descendió hasta un pecho de Melissa y él murmuró contra la piel sedosa: . ..déjame darte placer, déjame tocarte...

Un estremecimiento de felicidad la recorrió al advertir la necesidad y el deseo manifestados claramente en su voz, y se relajó contra él. Los labios de Dominic se cerraron casi dolorosamente alrededor de los pezones sensibles y el dolor hambriento en las entrañas de Melissa se agudizó, y ella casi gritó ante la intensidad del sentimiento que la inundó. Pero las caricias exploratorias de los dedos hábiles de Dominic entre los muslos de Melissa fue el gesto que destruyó las inhibiciones de la joven, y la llevó a retorcerse como una criatura desenfrenada y enloquecida, mientras tiernamente él le enseñaba los secretos de su cuerpo. Con una lentitud dolorosamente tierna, él la acarició y avivó esa carne tan sensible, y un placer como el que ella nunca había imaginado estalló en su propio cuerpo con cada movimiento erótico de los dedos de Dominic. Dominada por una fiera ansia de un deseo profundo, ella elevó frenéticamente el cuerpo para acentuar la exploración invasora, y sus manos acariciaron febrilmente la ancha espalda de Dominic.

– Oh, Dominic – gimió suavemente– . Quiero... oh, por favor... por favor...

Las palabras de Melissa descontrolaron a Dominic, y los pulsantes reclamos de su carne hambrienta y tensa casi destruyeron el dominio de sí mismo que aún mantenía. Tenía el olor de la mujer en su olfato, y el cuerpo aquiescente y dulce de Melissa se mostraba ansioso y excitado bajo su contacto, y los dulces besos de la joven casi lo enloquecían con el deseo apremiante de hundir su cuerpo en el de Melissa, y transformarlos en uno solo. Sabiendo que perdería completamente el control de la tremenda necesidad que estaba invadiéndolo si no suspendía pronto esa deliciosa tortura, Dominic aferró en las suyas las manos vagabundas de Melissa, y rápidamente la cubrió con su cuerpo, deslizándose entre las piernas de su compañera.

La calidez y el peso de Dominic conmovieron y agitaron a Melissa, y sintió que de pronto se le cerraba la garganta cuando percibió la presión cada vez más intensa del órgano inflamado de Dominic entre los muslos. Se retorció contra el cuerpo del hombre, ansiando que él la poseyera, pero al mismo tiempo atemorizada ante la posibilidad de que así fuese. Él parecía tan grande y temible echado sobre ella, y con un sobresalto en el corazón, Melissa sintió el fuerte apretón de las manos de Dominic, que la aprisionaban a cada lado de la cabeza. Podía sentirlo temblando contra ella, y percibía la pasión que lo impulsaba que se reflejaba en los besos fieros y hambrientos, y entonces el sentimiento de aprensión desapareció. Era su marido, el único hombre que jamás había despertado en ella una pasión tan fuerte, el único hombre cuyos besos y caricias la habían conmovido, el único que había provocado esa desordenada conciencia de los placeres que podían hallarse en el amor físico; y ahora, impotente, se apretó contra él. Con sus labios apretados sobre la boca firme de Dominic, Melissa murmuró en voz baja: – Tómame, Dominic..., hazme realmente tu esposa.

Sintió el estremecimiento que recorría a Dominic al oír estas palabras, pero nunca pudo

Librodot

adivinar siquiera el profundo placer que le aportaba. Incapaz de pensar en alguna cosa claramente, las demandas urgentes de su cuerpo dejaron un solo pensamiento en la mente de Dominic. La besó apasionadamente, sus manos se cerraron sobre las muñecas de Melissa, y con un rápido envión, hundió en ella su carne dolorida.

Apuñalada por un súbito y filoso acceso de dolor cuando el cuerpo de Dominic penetró en su virginidad, Melissa se estremeció profundamente, y clavó las uñas de sus manos en el dorso de las manos de Dominic, y lanzó un grito de intenso dolor. Su cuerpo se elevó, protestando contra el sufrimiento y quien lo había provocado imprevistamente, pero las manos de Dominic la sujetaron incluso más seguramente de las muñecas, y la mantuvieron prisionera.

Dominic permaneció inmóvil dentro de Melissa, e intencionalmente dio al cuerpo de su amada tiempo para adaptarse ~ la nueva intromisión, y suavemente le besó las mejillas y la tentadora comisura de los labios.

– Lo siento – dijo con voz ronca– pero no había otra forma... La besó con pasión, y sólo mediante el más intenso esfuerzo pudo controlar la compulsión elemental a buscar su propio placer. Permanecer así era el éxtasis, sentir su propio cuerpo enlazado con el de Melissa, sentir la tibieza y la seda de la piel femenina todo alrededor; y así, una oleada de increíble ternura lo envolvió. Ella era fuego y vino en sus brazos, todo lo que él había deseado siempre en una mujer y, sin poder contenerse, sus besos ahora fueron más exigentes, y su cuerpo se movió lenta y suavemente dentro del cuerpo de Melissa.

En una maraña de confusión y de impresiones, Melissa Sintió que el dolor retrocedía mientras su cuerpo se ensanchaba Para adaptarse a la posesión de Dominic. Ahora era una mujer, la mujer de Dominic; ese único pensamiento expulsó los últimos restos del dolor, y sin pensarlo dos veces Melissa permitió que Dominic los enlazara a ambos en el intenso placer que sienten los amantes.

Seducida por la experiencia francamente sensual del cuerpo duro de Dominic que penetraba urgente en su cuerpo femenino, intensamente consciente de las manos fuertes que le sostenían las nalgas y que la mantenían apretada contra él, respondiendo a' instinto Melissa contestó a cada movimiento de Dominic con uno de los suyos, y sus caderas esbeltas se levaron ansiosas para salir al encuentro del embate de Dominic. El potente acto amatorio de Dominic era embriagador, y la exigente presión de su boca la arrastraba violentamente con él, y una suave ondulación de placer vivaz inesperadamente la recorría mientras él acentuaba el ritmo. Jadeando y con los ojos abiertos, ella yacía allí, aturdida, al lado de Dominic, incapaz de comprender cómo un acto tan sencillo podía brindarle tanto placer.

Dominic no había estado muy seguro de que pudiese llevarla al goce esa primera vez, pero sintió el débil estremecimiento del cuerpo de Melissa, y una oleada exultante lo recorrió, llevándolo al borde de su propio éxtasis. Y después, después, estaba ese cuerpo dulce y suave junto al suyo, y las manos de Dominic compulsivamente acariciaban los rizos díscolos que cubrían desordenadamente las sienes de Melissa, y su boca suave buscaba la de Melissa mientras él entraba visiblemente en la etapa final del amor.

Melissa yacía en silencio al lado de Dominic, y la timidez y la confusión sellaban sus labios. ¿Qué decía uno después de una cosa así? *¿Caramba, que agradable fue? ¿Muchísimas gracias?* Una risita nerviosa amenazó escapar de sus labios, y Melissa hundió aún más la cabeza en el hombro tibio de Dominic, insoportablemente consciente de la desnudez de ambos mientras yacían allí, juntos, sobre el cubrecama de satén.

Hubiera sido una gran sorpresa para ella enterarse de que de pronto Dominic estaba también paralizado, sin atinar a decir palabra. Había tenido varias mujeres en su vida, aunque nunca tantas como las muchas amantes que le habían atribuido las murmuraciones, pero ésta era la primera vez que le hacía el amor a una virgen o a una mujer que era su esposa. Se preguntó inquieto:

¿Qué debía hacer ahora? En circunstancias normales, habría depositado un beso afectuoso sobre la cabeza de su compañera, mencionando la posibilidad de un futuro

encuentro, para después retirarse discretamente; pero por Dios, ¡ésta era su esposa! ¡No podía tratarla como a una condenada amante! Además, descubrió asombrado que ya no deseaba abandonar la cama; más bien le agradaba permanecer allí acostado, con el cuerpo tentador de Melissa apretado contra el suyo. Lo que era más importante, tenía cabal conciencia de la renovada agitación de su cuerpo – desde su juventud apasionada nunca había sentido ese deseo apremiante de saborear otra vez las delicias que había conocido pocos minutos antes. Y eso lo alarmaba un tanto. A decir verdad, toda su reacción frente a la señorita Seymour, ahora la señora de Dominic Slade, lo alarmaba.

Frunciendo el entrecejo, e ignorando intencionalmente las apetencias de su cuerpo, reexaminó todos los actos poco característicos de los últimos tiempos – sobre todo, desde que por primera vez había visto a su lado a esa criatura seductora e irritante. Ahora que había eliminado el disfraz, podía comprender en parte la atracción que ella ejercía... excepto que lo molestaba el hecho de que incluso cuando había creído que era una arpía de lengua filosa, se había sentido atraído por ella. No había tenido conciencia de su belleza la noche que Zachary se emborrachó. Tampoco había percibido el carácter de su disfraz cuando hizo su ridícula oferta de comprar la mitad de la propiedad de Locura. En la oscuridad, sonrió secamente. Locura. Eso había sido todo el episodio, locura pura. Pero, que lo llamase locura no lo satisfacía, y el sentimiento de inquietud se acentuó. Podía convencerse, en relación con la compra del caballo, que había permitido que lo dominase el sentimiento de compasión; incluso podía decirse que simplemente lo había hecho para salvarla de lo que, de eso estaba muy seguro, era una situación desagradable en la cual participaba Latimer. Dominic habría hecho mucho para perjudicar a Latimer... Pero eso no podía explicarlo todo. Tampoco aclaraba por qué había adoptado una actitud tan complaciente, y permitido que Josh Manchester lo obligase a desposar a la joven...

No había duda de que el episodio, esa noche en la posada, había sido infortunado, pero llegar al matrimonio... Se movió inquieto en la cama, y su mano acarició inconscientemente el brazo de Melissa. Él había jurado el eterno matrimonio, y tenía cierta confusa conciencia de que si la mujer a quien había encontrado en su cuarto esa noche no hubiera sido Melissa, jamás habría perdido la cabeza de ese modo, ni habría permitido que los parientes irritados lo obligasen a dar un paso tan decisivo. Como no le agradó el sesgo de sus propios pensamientos frunció el entrecejo. *Por qué* se había comportado de ese modo en varias ocasiones y en relación con Melissa, no era importante, fue lo que pensó con un gesto de obstinación en el rostro. Lo que importaba era que estaban casados y que les convenía extraer el mejor partido posible de una situación negativa. Pero incluso esta razonable conclusión no calmó la inquietud que sentía en su pecho. Tenía el desagradable presentimiento de que si no andaba con mucho cuidado cometería la peor de las locuras – ¡enamorarse absurdamente de su esposa y convertirse en un marido tan embobado y dócil como su hermano Morgan! Era muy natural que su joven esposa lo fascinara, pero el amor no tenía absolutamente nada que ver con eso. Y con respecto al deseo que ella excitaba, bien, eso era perfectamente normal, no hubiera sido un hombre si su cuerpo no hubiera respondido como era el caso a la calidez y la suavidad del hermoso cuerpo de Melissa. Decidió que no debía continuar pensando en el asunto. ¿Y qué sucedería si él deseaba hacerle otra vez el amor? Era su esposa, y ésta era la noche de bodas, y él había estado mucho tiempo sin mujer. Momentáneamente convencido de que todo estaba explicado, con renovado apetito en su cuerpo, Dominic apretó con más fuerza a Melissa y buscó ansiosamente con la suya la boca de la joven.

Melissa respondió ciegamente al beso de Dominic y el contacto de sus labios la sumergió de nuevo en el torbellino implacable del deseo físico. El no se mostró tan gentil esta vez; sus movimientos fueron más rápidos, como si lo impulsara una extraña urgencia; pero a ella no le importó, y sus deseos apenas despertados se avivaron rápidamente para ponerse a la altura del ansia de Dominic, y por segunda vez ella descubrió la magia que podía hallar en los brazos de un amante.

Pero cuando todo terminó, cuando los corazones se calmaron de nuevo y la pasión que

Librodot

enturbiaba el pensamiento racional se disipó, Melissa retornó con desagrado al aprieto en que ahora se encontraba. Su mejilla descansaba sobre el pecho tibio de Dominic, que se elevaba y descendía suavemente, y ahora ella tuvo la dolorosa conciencia de que nada había cambiado. El aún no la amaba; no había deseado casarse con ella, y Melissa no sabía si ella podría soportar que él se acercara a su lecho, consciente de que no era el amor sino la mera y vulgar sensualidad lo que lo atraía.

Horrorizada, sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos, Y durante un momento terrible temió estallar en sollozos. Mordiéndose el labio, parpadeó varias veces, y se dijo que era una estúpida, y que permitía que el indudable encanto de Dominic la sedujera. Era inútil pretender ante ella misma, después de lo sucedido esta noche, que jamás podría negarle nada. Pensó con repugnancia que él sólo necesitaba tocarla, y los huesos de Melissa se convertían en jalea. Pero si estaba dispuesta a reconocer que Dominic la fascinaba completamente, no permitiría que él supiese a qué atenerse, porque, en ese caso, todo estaría perdido.

Desapareció el ansia de llorar, y permaneció acostada varios segundos, concentrando el pensamiento en los posibles modos de ocultar el tonto anhelo de su extraviado corazón. De nada servía suspirar y pedir la luna. Tendría que comportarse con la mayor despreocupación e indiferencia posibles. ¡No era posible que mostrase expresiones lánguidas y dirigiese miradas de añoranza! Bien, había perdido la primera escaramuza entre ellos; eso no significaba que estuviese dispuesta a rendirse y transformarse en una esposa sumisa y obediente, ¿verdad?

Con una chispa en sus ojos color ámbar, Melissa comenzó a trazar planes que demostrasen claramente a su nuevo esposo que, si bien ejercía el dominio de su cuerpo de mujer, no había conquistado su corazón ni su espíritu. Si él deseaba tener a sus pies una planta rastrera, más le valía que continuase persiguiendo a la bella Deborah. Pero Melissa advirtió casi al mismo tiempo una extraña angustia en la región del corazón, cuando pensó en Dominic con Deborah; y ahora suspiró débilmente, y de pronto sintió que la contemplación del futuro la deprimía.

Dominic oyó el débil sonido que Melissa había emitido, y al recordar su condición virginal, y preocupado por la posibilidad de haberla herido por segunda vez, depositó un beso sobre la frente de la joven y preguntó amablemente: – ¿Deseas descansar? No tuve intención de comportarme como un jabalí en celo... espero no haberte lastimado.

Todavía muy tímida frente a él, Melissa meneó la cabeza, pero no pudo mirarlo. En todo caso, pareció que Dominic no era tan quisquilloso, y antes de que ella pudiese protestar, cambió de posición, de modo que en definitiva ella quedó acostada en la cama y él se apoyó en un codo, extendido junto a Melissa, con los ojos fijos en la cara de su esposa.

Con un atisbo de risa en la voz, Dominic murmuró: – ¿Qué significó esa negación con la cabeza...? ¿Que no, que no deseas que me retire? ¿O que no, que no te lastimé?

Mirándola a la luz parpadeante de la vela, Melissa experimentó el deseo vehemente de que él no fuese tan atractivo con sus cabellos negros ensortijados, que se desprendían de los dedos acariciadores de Melissa, y sus ojos grises desbordantes de perezoso regocijo. Había una sonrisa francamente satisfecha en su boca de labios expresivos, y eso más que otra cosa fortalecía la decisión de Melissa, que no deseaba que él supiera exactamente cuán atractivo era para ella.

Fingiendo una indiferencia que no sentía, Melissa sonrió descuidadamente y se encogió de hombros. Sin mirarlo a los ojos, replicó como de pasada: – Interprétalo como te parezca... en realidad, no me importa.

No era eso lo que él deseaba escuchar, y la irritante frialdad de la sonrisa de Melissa le molestó un poco. Había confiado en que ella desearía que continuase acompañándola, y a pesar de la actitud poco acogedora de Melissa, él advirtió que no deseaba apartarse del cuerpo seductoramente cálido, y mucho menos del lecho. Con cierto filo en la voz, Dominic murmuró: – Entonces interpretaré que dices que no... a ambas preguntas.

Con la esperanza de que él no adivinara el esfuerzo que todo eso le imponía, Melissa se encogió nuevamente de hombros y bostezó delicadamente.

– Como lo desees. Además, me siento muy fatigada, y ahora desearía dormir. – Abrió muy grandes los ojos y dijo con inocencia.– Como he demostrado que soy una esposa que cumple sus obligaciones y he soportado tus exigencias, ciertamente creo que debe permitírseme dormir sola en mi propia cama... no lo crees?

Librodot

15

– ¡Por Dios, por cierto que no lo creo! – explotó furioso Dominic, y ahora todos los signos de amable regocijo se habían esfumado. Con un resplandor irritado en los ojos grises, enderezó el cuerpo y con un solo y ágil movimiento saltó de la cama. Recogió su bata del piso, donde la había dejado, y miró hostil a Melissa.– *¡Soportado!* – rezongó, con su orgullo herido luchando con la firme inclinación a abrazarla y a aturdiría con sus besos. ¡Cómo se atrevía a reaccionar de ese modo! La había complacido, eso lo sabía muy bien, y ahora la descarada mujercita trataba de fingir que eso nada había significado para ella.

Permaneció de pie, mirándola fijamente durante un momento, mientras contemplaba la posibilidad de regresar a la cama de Melissa y demostrarle que *soportar* no era precisamente lo que ella había hecho mientras se dedicaron al amor. Pero había una incómoda duda en el fondo de su cerebro, que cuestionaba el supuesto de Dominic en el sentido de que a ella le había agradado lo que acababan de compartir... Quizá, pensó con un súbito sentimiento depresivo en el pecho, en efecto ella simplemente había soportado; de modo que, pese a las actitudes de Melissa, en realidad el contacto con Dominic a ella le parecía repulsivo, y así se había limitado a tolerar su presencia.

Para Dominic fue uno de los momentos más dolorosos de su vida, y si Melissa hubiera adivinado la ofensa que le infligía con su aire de indiferencia, jamás habría adoptado esa actitud. Pero en definitiva, ella lo miró impávida, e insistiendo en el papel que había elegido replicó, con un grado considerable de compostura, en vista del tumulto que dominaba su corazón: – ¡Sí, soportado!

Con el mentón tenso, Dominic dijo con expresión agria:

– Muy bien, señora esposa, te has expresado con sobrada claridad. No te *infligiré* más tiempo mi compañía y ten la certeza de que si mi modo de hacer el amor te parece desagradable, ¡hay muchas mujeres que no opinan lo mismo! – La mirada de Dominic recorrió el cuerpo desnudo de Melissa.– ¡Y aunque tus encantos son deliciosos, estoy seguro de que encontraré otros que sean igualmente agradables! ¡Buenas noches, querida esposa!

Los ojos color topacio se agrandaron enormes en la cara pálida, y ella lo vio salir de la habitación, y el impulso de pedirle que regresara fue muy intenso, y el deseo de retirar todo lo que había dicho casi abrumador. En su intento de protegerse ella misma, ¿había cometido un error? ¿Había entrevisto una chispa de sufrimiento en la profundidad de esos ojos grises generalmente joviales?

Miró deprimida la puerta que Dominic había cerrado con fuerte golpe. Para agravar su sentimiento de culpa e infelicidad, el recuerdo de todas las cosas buenas que Dominic había hecho por ella desde la primera vez que lo había visto se reavivó bruscamente. ¡Oh, mi maldita, mi *maldita* lengua! Se sintió desolada, y deseó que hubiese un modo milagroso de borrar esos últimos minutos.

Por desgracia, el estado depresivo de Melissa no duró mucho. Aunque recordaba las cosas buenas que Dominic había hecho por ella y Zachary, también recordó los comentarios iniciales de Josh acerca de Dominic, y las desagradables alusiones de la carta de Latimer. Al recordar que él habla declarado muy explícitamente que no deseaba casarse con ella y que lo había hecho sólo por un sentido del honor, sintió que se aliviaba parte de la culpa que experimentaba. Después de todo, murmuró lentamente, ella no había dicho nada cruel, y le había advertido que no deseaba consumar el matrimonio; por lo tanto, él no debía sentirse sorprendido de las actitudes de Melissa. Y como era evidente que no experimentaba un sentimiento profundo por ella, no debía molestarse tanto que el acto de amor al parecer la dejase indiferente...

No se sentía precisamente muy cómoda con esa línea de pensamiento, pero le aportaba un poco de consuelo, y en todo caso atenuaba el terrible sentimiento de haber herido la sensibilidad de Dominic. Pero no explicaba su creciente inquietud ante el pensamiento de que había cometido un terrible error de cálculo, y de que pagaría un elevado precio por todo lo que había sucedido durante la noche. Muy deprimida, recordó las últimas palabras de

Librodot

Dominic acerca de la posibilidad de encontrar otras mujeres a quienes no pareciera desagradable su modo de hacer el amor.

Irritada consigo misma porque le importaba que él pudiera buscar los encantos de otras mujeres, Melissa se sentó en la cama, y recogiendo las piernas apoyó el mentón en las rodillas. Con los brazos alrededor de las piernas, miró inexpresiva la puerta por donde había salido tan bruscamente Dominic un rato antes. En realidad, poco importaba, se dijo quizá por décima vez. Ese era un matrimonio de conveniencia – ¡ambos lo sabían! No había nada entre ellos. Probablemente cada uno viviría su vida, y cada uno se ocuparía de sus propios intereses. Melissa esbozó una mueca. A decir verdad, nunca había pensado que su matrimonio sería así; era precisamente para evitar una vida vacía como ésa, que ella se había negado al matrimonio desde el principio.

Rió amargamente. Era irónico que después de todas las maniobras que había realizado en el curso de los años para evitar que se la obligase a concertar un matrimonio sin amor, se encontrase precisamente en esa situación. Consciente de la insistente punzada en la región del corazón, sintió que una lágrima descendía lentamente por la mejilla.

Deseaba saber qué estaba pensando Dominic; deseaba poseer algún indicio de lo que ese hombre sentía por ella. Sabía que la deseaba, o que la *habla* deseado, y al pensarlo su boca se deformó en un gesto de amargura, y comprendió que él se había mostrado al mismo tiempo generoso e indulgente durante el breve lapso en que ambos se habían conocido. Pero que él hubiese sido generoso e indulgente no significaba que Melissa fuese para él más que... ¡más que sus caballos! Era un hombre acaudalado, y podía darse el lujo de ser generoso, y con respecto a la indulgencia – ¡a veces la indulgencia sencillamente disimulaba la indiferencia!

Los ojos dorados mostraron una expresión belicosa. *¡No* estaba dispuesta a lamentarse por lo que había sucedido esa noche! Sería muy cortés y muy educada con su esposo, ¡pero no permitiría que el espurio encanto de ese hombre la atrapara! ¿Acaso Latimer no había escrito en su carta que Dominic había estado viéndose con Deborah hasta pocos días antes de la boda? ¿Y el tío Josh no le había advertido en repetidas ocasiones que Dominic era un aventurero, un mujeriego de la peor especie? Oh, no, no permitiría que su tonto corazón se dejase atrapar por una criatura tan indigna.

Con un gesto desafiante de la cabeza de cabellos rubios, decidió que no se había equivocado al actuar de ese modo un rato antes. Su marido ya era demasiado arrogante, tenía excesiva confianza en su propia valía y su donosura, y era mejor, se dijo enérgicamente Melissa, que él moderase un poco tanto orgullo. Cierta mente, nunca le permitiría sospechar el tierno torbellino que él provocaba sin ningún esfuerzo en el pecho de Melissa, nada más que con una mirada, el contacto de una mano, la sonrisa...

Melissa respiró hondo. ¡No pensaría en eso! Concentró en cambio la atención en lo que había obtenido. El peor obstáculo había quedado atrás; había aclarado su propia posición, y era tiempo de que cesase de anhelar algo que no podía tener, y comenzara a buscar un suelo más desembarazado que sirviera de base a su matrimonio. Después de convencerse de la solidez de su razonamiento, volvió a acostarse y se preparó para dormir.

Pero el sueño tardó en llegar, y el recuerdo del ardiente amor de Dominic le provocaba estremecimientos físicos, el ansia de que él la tocase; el recuerdo de la expresión de los ojos de Dominic poco antes de que saliese de la habitación la inducía a dudar de la sensatez de la posición adoptada. No fue en absoluto sorprendente que despertase deprimida y fatigada con las primeras luces del alba; pensó instantáneamente en su marido, y todas las incertidumbres que ella había supuesto resueltas en su propia conciencia acudieron de pronto al primer plano de su mente.

Por lo menos, Melissa había podido dormir, aunque fuera por poco rato; pero ése no había sido el caso de su novísimo y muy irritado marido. Dominic había pasado las horas, después de salir bruscamente del dormitorio de Melissa, maldiciéndola a ratos y ansiando por momentos regresar a la cama de Melissa, para saborear de nuevo la embriagadora maravilla de hacer el amor a su esposa.

En todo caso, fue una de las noches más inquietantes de su vida. Siempre había conseguido fácilmente todo lo que deseaba. Su encanto, su cara y su cuerpo bien formados, su familia que contaba con poderosas relaciones y su fortuna, habían determinado que pocas cosas estuvieran fuera de su alcance; y ahora, descubrir que una mujer que le parecía tan seductora, aunque irritante, se mostraba por completo indiferente a él, era un golpe devastador.

Recordó constantemente los momentos que había pasado en el lecho de Melissa, y cada una de las reacciones que provocaba en ella, y trató desesperadamente de demostrarse él mismo que Melissa le había mentido, que ella *no* era inmune a sus caricias. Murmuraba furiosamente que ella debía estar mintiendo. Mintiendo con esos dulces labios tan apetecibles. El problema de esa línea de pensamiento era que él no podía concebir ninguna razón, fuera de la mera perversidad, que explicase por qué Melissa se comportaba así. Y si bien no podía desechar ese motivo para explicar los actos de la joven, en definitiva llegó a la sombría conclusión de que sin duda había dicho en serio todas las palabras que le había arrojado a la cara.

Pero no podía aceptar esta idea, y se decía y se repetía que las reacciones frente a él habían sido demasiado entusiastas, demasiado naturales y desinhibidas para pensar que eran fruto del mero cálculo. Aunque trataba de convencerse él mismo de la validez de su razonamiento, sus propias cavilaciones le aportaban escasa conformidad.

Al salir de la habitación de Melissa había llevado consigo una camisa y un par de pantalones, y después de buscar un par de botas en su propio cuarto, se las calzó deprisa antes de salir de allí. En la planta baja y después afuera, en la galería espaciosa de la cabaña, se paseó ida y vuelta, indiferente al aire tibio y perfumado por las magnolias que formaba una suave brisa alrededor de su persona.

Pensó irritado: ¡Qué embrollo infernal! ¡Casado con una de las mujeres más irritantes y al mismo tiempo seductoras que había conocido en el curso de su vida; y ella se mostraba, o afirmaba que era por completo indiferente a él! Sentía herido su orgullo, y la fe en su propia capacidad física estaba completamente quebrada. Con expresión sombría, continuó paseándose por la galería, tratando de encontrar sentido a lo que había ocurrido esa noche y de descubrir la causa – pues estaba seguro de que no amaba a esa mujer– por la cual el rechazo de Melissa le importaba tanto.

No era que sus avances nunca se hubiesen visto rechazados; era cierto que eso habla sucedido pocas veces, pero en su vida ciertamente algunas mujeres habían vuelto la espalda a los ardides que él utilizaba para atraer su atención. Eso jamás lo había turbado en lo más mínimo – sencillamente, se había encogido de hombros y se había dedicado a buscar otras que también le interesaban. Excepto su breve y absurdo interés por Deborah, nunca había prestado mucha atención a otros fracasos, y ninguna mujer había afectado jamás sus sentimientos más profundos... ¡hasta el día en que conoció a la irritante, turbadora y totalmente seductora señorita Melissa Seymour!

Su paseo lo había llevado a un extremo de la galería, donde había unos pocos sillones y una mesita cuadrada. También encontró allí una delgada caja con los cigarritos negros que a veces fumaba, y distraídamente eligió uno. Lo encendió, recomenzó su

inquieto paseo, y una nube de humo azul con el perfume del tabaco lo siguió por la galería.

Aunque Dominic estaba dispuesto a reconocer varias cosas, por ejemplo su aparente incapacidad para tratar racionalmente a la bruja de ojos color ámbar y cabellos rubios que sin duda dormía pacíficamente en su cama del primer piso, no estaba dispuesto a reconocer ante sí mismo o ante otros que había caído en la misma trampa que tenía apresado a su hermano Morgan. Con los dientes mordiendo tensamente el cigarro negro, se decía que él no se enamoraría de Melissa. No toleraría embobarse de tal modo con una mujer cuya vida girase alrededor de ella, al extremo de sentirse vacío si no la tenía consigo. Y por cierto no estaba enamorado de la irritante mujercita con quien se había casado precisamente esa tarde!

Después dé convencerse él mismo de que era absolutamente inmune al ingreso de Melissa en su vida hasta hace un momento bien ordenada, procedió a hallar razones perfectamente lógicas para los actos incomprensibles que había protagonizado los últimos meses. Estaba seguro de que su reacción física frente a ella respondía sencillamente al hecho de que habla estado demasiado tiempo sin mujer, y a que ella era deseable. Caramba, ¡seguramente él habría reaccionado así frente a cualquier joven hermosa! Y con respecto a la oferta de esa ridícula suma de dinero por *la mitad* de un caballo... bien, eso también podía explicarse fácilmente. Había sido nada más que un acto de bondad; los Seymour estaban en un aprieto desesperado, y él había hallado el modo de ayudarles. Que la filantropía nunca había sido uno de sus placeres más importantes, era algo que él estaba decidido a ignorar; además, y al margen de la ayuda prestada, estaba también el perverso goce que extraía de la convicción bastante firme de que también estaba frustrando a Latimer. Pero en realidad poco importaba la razón de su actitud. En todo caso, el dinero era una suma sin importancia para él, y si deseaba malgastarlo, era cosa que sólo al propio Dominic interesaba. No era tan difícil comprender el matrimonio. Casarse con ella había sido la única actitud honorable, en vista de las circunstancias. Obstinadamente cerró su espíritu al conocimiento certero de que si hubiese hallado en su habitación, esa noche en la posada, a una mujer distinta de Melissa, él no se habría mostrado dispuesto a ofrecerse como víctima propiciatoria en el altar del honor.

Convencido de que había explicado el comportamiento aparentemente excéntrico de los últimos tiempos, Dominic se sintió en una disposición de ánimo mucho más agradable, y descansadamente llenó los pulmones con el humo de su cigarrito. Pero cuando sus pensamientos volvieron irresistiblemente al desastre de esa noche, la satisfacción obtenida con tanto esfuerzo se disipó, y un gesto ceñudo ensombreció su frente despejada.

En general, Dominic podía percibir el humor de la mayoría de las situaciones, pero ahora comprobaba que le era infernalmente difícil ver nada divertido en esa situación en que su propia esposa lo consideraba un ser escasamente eficaz. No era un hombre en extremo vanidoso, aunque *en efecto* tenía elevada opinión de sí mismo, pero le parecía imposible creer que Melissa fuese tan indiferente como afirmaba. Había hecho el amor a muchas mujeres, y por lo tanto sabía cuándo alcanzaba a satisfacerlas; ¡y ahora descubría que lo ofendía profundamente la idea de que era un amante tan inepto que no podía complacer siquiera a su propia esposa! Evocó repetidas veces los dulces y apasionados momentos que había compartido con ella, y con gran disgusto de su parte su propio cuerpo instantáneamente se endureció, y el deseo de buscarla y de mostrar que ella había mentido fue casi abrumador.

Las primeras líneas rosadas del alba comenzaron a dibujar– se sobre el horizonte cuando Dominic llegó a varias conclusiones incómodas. Por la razón que fuere, la mujer que era su esposa desde hacía pocas horas había caído en la idea de rechazar los intentos de Dominic en el sentido de hacer realidad el matrimonio y, lo que era aun peor, él tendría que demostrar mucho ingenio si abrigaba la esperanza de compartir nuevamente el lecho conyugal. Podía imponerle sus atenciones y el derecho estaría de su lado, pero esa idea le parecía desagradable – la violación nunca lo había atraído. Lo que era más importante, había recordado algo que nunca debía olvidar: Melissa lo había atraído al matrimonio, y las razones que la habían impulsado a unirse con Dominic nada tenían que ver con los sentimientos más elevados; ella había visto la oportunidad de atrapar a un marido rico, y no había vacilado en atacar. Dominic tenía parte de la culpa del éxito de Melissa – si él no se hubiese cegado tanto con la belleza de la joven y con los acicates más bajos de su propio cuerpo, no se habría visto en la situación que ahora afrontaba.

Con una expresión reflexiva en su cara regular, Dominic encendió otro cigarrito y miró sin ver el roble teñido de oro por el alba y los árboles de magnolia que salpicaban el paisaje frente a él. Si había ciertas cosas, por ejemplo una esposa, que él sabía que no deseaba, una vez que se había comprometido con ese matrimonio, Dominic sabía otras cosas que tampoco deseaba, y una de ellas era la relación fría y vacía que había visto en varios conocidos que se habían casado en busca de dinero y posición. Melissa podía haberse casado con él

precisamente por esos motivos, pero Dominic no veía razón para que él mismo cambiase de opinión.

No tenía mucha seguridad acerca de lo que deseaba exactamente en su matrimonio – después de rechazar fríamente el tipo de matrimonio de Morgan, y las dulces ataduras del amor pero si bien no estaba dispuesto a arriesgar toda su felicidad depositándola en las manos de una sola mujer, era indudable que tampoco deseaba el tipo de matrimonio que Melissa seguramente contemplaba. Es decir, una existencia frígida y desapasionada, en que cada uno vivía por separado su propia vida, unidos sólo por un nombre y una fortuna. O por un caballo, pensó de mala gana, con una sonrisa incontenible que pronto se dibujó en sus labios. Juró por lo bajo: ¡Por Dios! No estaba dispuesto a permitir que Melissa los condenase a un destino estéril, desprovisto de calidez y alegría... y de pasión. *Había* pasión entre ellos – aunque ella quisiera negarlo– y él no tenía la intención de permitir que ella afirmase que no existía, o lo que era peor, intentara destruirlo. No, pensó entrecerrando súbitamente los ojos, él no permitiría que Melissa lo excluyese de su vida, su habitación o su lecho. Quizá durante un tiempo, pero después...

Sin conocer las cavilaciones nocturnas de su marido, una Melissa un tanto apática permitió que Anna la vistiese esa mañana. A pesar de la justificación racional que había inventado para apuntalar su comportamiento la noche anterior, Melissa continuaba aguijoneada por el sentimiento de culpa en vista de su propia conducta – tanto las reacciones frente a las caricias de Dominic, como el modo en que lo había expulsado de su cama. Pero como no estaba en su carácter dedicar demasiado tiempo a lamentarse de su suerte, la joven cuadró los delgados hombros, elevó valerosamente el mentón, y desentendiéndose del temblor íntimo de su espíritu, abandonó el santuario de su dormitorio.

Todavía no estaba muy familiarizada con la casa, pero como era pequeña, descendió por la escalera y pasó a un saloncito destinado a los desayunos, un lugar deliciosamente soleado, con una ventana de arco que daba a un rosedal muy cuidado. Las cortinas de tersa muselina blanca adornaban las ventanas y formaban un hermoso contraste con los colores pálidos de las paredes. A causa de sus reducidas proporciones, la habitación no tenía muchos muebles; un pequeño armario de roble y una mesa de finas patas de la misma madera con cuatro sillas de sencillo diseño eran los únicos adornos. Una alfombra de tela pintada con matices rojizos y verdes cubría el piso, y un espejo dorado oblongo colgaba sobre el armario y confería a la habitación una apariencia sugestiva.

Pero Melissa apenas tenía conciencia del ambiente, y un débil sonrojo le tiñó las mejillas tan pronto su mirada encontró la del hombre sentado en una de las sillas, al parecer saboreando una taza de café. Deseosa de que su corazón no se agitase tan intensamente en el pecho nada más que de verlo, Melissa mantuvo una expresión neutra y dijo impávida: – Buenos días, señor Slade.

Una de las gruesas cejas negras de Dominic se elevó, y una sonrisa burlona jugueteó en las comisuras de sus labios, cuando murmuró: – ¿Señor Slade? Qué formal, querida... ¿y después de anoche?

El débil sonrojo se convirtió en un rosado intenso, pero Melissa obstinadamente rehusó variar el curso que había elegido, y con gesto un tanto duro preguntó: – Entonces, ¿cómo debo llamarlo?

Apenas las palabras salieron de su boca comprendió que había cometido un error, y el resplandor en los ojos de Dominic la llevó a pensar que hubiera sido mejor morderse la lengua.

Poniéndose de pie, Dominic se acercó al lugar donde ella se había detenido, a un paso de la puerta de la pequeña habitación. Pasando un dedo acariciador sobre la mejilla ardiente, él propuso: – ¿Amado? ¿Querido? ¿Mi dulce amigo? Querida, puedes elegir.

Era irresistible, y la expresión de picardía que bailoteaba en sus ojos grises provocaba a su vez el sentido del humor de Melissa, y durante un segundo estuvo a un paso de abandonar su actitud. Pero después recordó que él era un experto en seducir con sus encantos, de modo

que apretó los labios y murmuró: – ¡Usted no es mi amante!

– ¿No? – replicó él con cierto aire indiferente– . Estoy seguro de que te equivocas. Me acuerdo claramente que anoche...

El humor se reflejaba en los ojos de Dominic, y Melissa estuvo a un paso de golpear el suelo profundamente irritada. ¿Cómo resistirse a ese hombre? Sobre todo con el aspecto que tenía esa mañana, la chaqueta gris claro que le caía perfectamente sobre los anchos hombros, y los pantalones azul oscuro que definían claramente la longitud de las piernas firmes y musculosas. Los cabellos negros estaban cepillados con cierto descuido y formaban ondas junto a las sienes; la corbata muy blanca formaba un nudo pulcro, Y contrastaba con el saludable bronceado de la piel del mentón recién afeitado. Pero lo que la turbaba más era la expresión burlona de esos ojos grises de largas pestañas, y entonces Melissa decidió, sintiéndose más animada, que si él podía hablar tan burlonamente de lo que había sucedido la noche anterior, también ella lo haría.

Bajando recatadamente los ojos para ocultar el súbito resplandor de regocijo que partía de sus profundidades color ámbar, ella dijo jadeante: – Un... amante considerado... no me avergonzaría de ese modo.

La actitud de broma de Dominic desapareció, y mirando con atención los hermosos rasgos de Melissa, deliciosamente enmarcados por los abundantes cabellos rizados, él preguntó con voz ronca: – ¿Eso es lo que deseas, Melissa? ¿Un amante considerado?

Este no era, ni mucho menos, el modo en que ella había esperado que se desarrollara el primer encuentro. Con su sangre que le palpitaba tan ruidosamente en las venas que Melissa estaba segura de que él alcanzaba a oírla, dijo ahora: – Yo... yo... creo que éste no es el momento apropiado para discutir estas cosas.

En realidad, no sabía lo que estaba diciendo. La actitud burlona de Dominic, y su proximidad, lograban que ella se sintiera turbada y confundida.

Como no deseaba iniciar una discusión después de un comienzo tan prometedor, Dominic retrocedió, y dijo como al descuido, mientras la conducía a la mesa: – Es muy desconsiderado de mi parte presionarte cuando ni siquiera tuviste oportunidad de beber tu café... ¿O preferirías un poco de chocolate?

– Oh, no, el café estará bien – se apresuró a contestar Melissa, temiendo la forzosa intimidad de la pequeña habitación del desayuno. Aunque lo había conocido como amante, ella todavía se sentía tímida e insegura en presencia de Dominic, y aunque ahora estaban casados, desde el momento del compromiso habían pasado muy poco tiempo juntos. Cada uno era un extraño para el otro, extraños que se habían visto forzados a casarse por razones que nada tenían que ver con el amor; y Melissa tenía perfecta conciencia de ese hecho.

En silencio, ella observó mientras Dominic le servía cortésmente una taza de humeante café negro de una alta jarra de plata, y mientras estaba en eso se preguntaba inquieta de qué podía hablar con él. Con un impulso casi súbito que la incitaba a reír por lo bajo, pensó: ¡Ciertamente, no acerca de lo que habla sucedido la noche anterior!

Dominic no hizo nada para aliviar la situación, pero por lo demás él estaba lidiando con sus propios y desordenados pensamientos, entre los cuales el principal era el ansia profunda de besar esa boca suave, dulce y tentadora de su esposa. Lo había desconcertado la emoción que sintió cuando levantó la mirada y la vio de pie en el umbral de la puerta. Dominic pensó que ella parecía realmente seductora con su nuevo vestido de talle corto y chaconada rosa. El encaje de color natural ribeteaba el modesto escote, y las mangas hasta el codo también estaban generosamente adornadas con el mismo encaje. Dominic se sintió complacido al ver que el vestido sentaba tan bien a Melissa como él había imaginado cuando lo eligió entre las muchas ilustraciones que le había mostrado la modista de gran categoría que trabajaba para Sally Manchester. La mirada de Dominic se clavó en el movimiento rítmico de ascenso y descenso del delicioso y pequeño busto de la joven, y entonces recordó la negligé de satén de gasa casi transparente que él había elegido en la misma ocasión, y sintió cierta tensión en el pecho al evocar el tenue material descansando en el lugar del cuerpo femenino en que ahora

se posaban sus propios ojos.

Se hizo un silencio incómodo, ambos perdidos en sus pensamientos, pero al mismo tiempo insoportablemente atentos cada uno al otro. Con cierto esfuerzo, Dominic apartó la atención de la fantasía erótica en que estaba complaciéndose, y aclarándose la garganta dijo como de pasada: – Como nuestra boda fue tan apresurada, y en vista de que no es el momento del año muy apropiado para realizar viajes largos, me temo que no tracé planes para salir en una suerte de luna de miel. Si lo deseas, una vez que termine la estación de las fiebres, quizá podamos ir a Nueva Orleáns durante un mes o cosa así. Entretanto, podrás entretenerte arreglando nuestro nuevo hogar en Mil Robles. Eso ocupará tu tiempo.

Habría preferido llevarla a Londres, pero en vista de esa maldita guerra que se prolongaba, tal cosa era imposible. Pensó que un día la llevaría a Inglaterra... Una tenue sonrisa jugueteó en su rostro. Conociendo a su esposa, tenía la casi total certeza de que dedicaría más tiempo a visitar los distintos y excelentes haras que criaban caballos de pura sangre que los salones y las veladas que habrían atraído a una esposa más convencional. ¡Y eso, lo reconoció sorprendido, a él le agradaba!

Como las circunstancias de la boda no habían sido románticas, ni cosa parecida, Melissa no había prestado mucha atención a su luna de miel pero había alimentado la débil esperanza de que irían juntos, aunque fuese por poco tiempo, a un lugar que les suministrara diferentes distracciones, y que por lo tanto les permitiera quebrar la intimidad forzosa que era propia de la condición conyugal.

El tiempo que pasaran juntos en la compañía cordial de terceros, los días dedicados a una serie de actividades agradables, mientras se iban familiarizando más uno con el otro, seguramente aliviarían la tensión entre ellos, y permitirían que cada uno conociese mejor al otro. Ella misma no había advertido cuán profundo era su deseo de conocer mejor a este nuevo esposo en un ambiente menos estrecho, hasta que Dominic desechó con tanta desaprensión salir de allí. Melissa se preguntó durante unos instantes si era posible que él se sintiese avergonzado de ella, y que ahora que estaban casados y que el matrimonio se había consumado, su intención era sepultaría en los páramos de Luisiana por el resto de su vida. Con un gesto duro en su boca normalmente jovial, Melissa admitió en su fuero intimo que después de la última noche era probable que él deseara hacer *exactamente* eso con su esposa. ¡Eso, o estrangularía! Por razones que ella misma no atinaba a explicarse, se sentía incluso más culpable acerca de sus actitudes de la víspera, y se confesaba que no podía criticar en lo más mínimo a Dominic si él la desterraba indefinidamente en la campiña... ¿Acaso podía hacer otra cosa con una esposa recalcitrante?

Cuando Dominic advirtió la expresión desconsolada de los labios de Melissa, una idea muy desagradable asaltó su mente. Por supuesto, murmuró cínicamente, ya debería estar preparado para eso – sin duda, ella esperaba una luna de miel complicada y cara. No puedo olvidar que en *efecto* se casó conmigo por el dinero, y ahora ya no estoy a la altura de sus expectativas. Con un matiz duro en la voz, dijo: – Querida, no te deprimas tanto. Estoy seguro de que si eres muy buena conmigo, y por supuesto si cambias de actitud en eso de *soportar* mis caricias, compensaré la decepción que sientes por la falta de un viaje de bodas extravagante.

Era desagradable decir eso, pero por lo demás Dominic estaba de pésimo humor, y toda suerte de ideas decididamente ingratas comenzaron a prevalecer en su mente. Dejando sobre la mesa la servilleta de hilo, se puso de pie.

– Iré a cabalgar – dijo– . Me parece que necesito un poco de aire puro.

Asombrada, Melissa lo miró mientras él salía con paso rápido de la habitación, y la bonita boca de la joven insinuó un gesto de sorpresa. Pero cuando comprendió el cabal sentido de las palabras de su esposo frunció el entrecejo. El se había mostrado insultante, pensó Melissa con un sentimiento cada vez más intenso de cólera; ahora, la sensación de culpa por lo que había sucedido antes se disipó en un instante, pero al mismo tiempo que cólera experimentó un profundo sentimiento de asombro. ¿No era posible que él creyese

que...? Se dijo inquieta: ¡Oh, claro que no! Sin duda, no creía que lo único que interesaba a Melissa era lo que él podía darle. ¿O en efecto lo creía?

Melissa comprendió con nerviosismo cada vez más intenso que él había reaccionado como un hombre que está frente a una mujerzuela codiciosa, cuyos favores estaban al alcance del mejor postor El comportamiento que ella había tenido la víspera... Tragó saliva y se sintió muy incómoda.

Dolorida e insegura, Melissa miró sin ver la frágil taza de porcelana, y los pensamientos que cruzaron su mente fueron sumamente ingratos. Josh había sugerido claramente que Dominic era un tanto aventurero cuando se trataba de las mujeres, y la carta de Latimer ciertamente había confirmado el hecho de que el nuevo esposo de Melissa era un notorio mujeriego, y no merecía confianza en las cosas del corazón. Y sin embargo, Melissa reconocía que Dominic siempre le había demostrado la mayor bondad... y además, lo confesaba sin rodeos, teniendo en cuenta todos los factores, también había exhibido ante ella un gran caudal de paciencia.

Ese hombre tenía muchas y excelentes cualidades, además del rostro bien formado y la personalidad encantadora; eso fue lo que Melissa pensó con un sentimiento de dolor. Se había mostrado muy bueno con Zachary, y abrumadoramente generoso en relación con la compra de Locura – y había adoptado una actitud honorable y se había casado con Melissa en circunstancias que no proyectaban una luz muy favorable sobre el carácter de la interesada. Suspiró angustiada. ¿Era posible que Josh estuviese equivocado en sus juicios acerca de Dominic? ¿Y también Latimer? ¿Quizá las acusaciones de Latimer estaban motivadas exclusivamente por el despecho? ¿Ella había equivocado por completo el juicio acerca de Dominic? ¿Le había asignado el papel de un monstruo insensible cuando en realidad era un caballero sumamente considerado?

Apremiada por la convicción cada vez más firme de que había errado el juicio acerca de todo lo que se refería a Dominic, Melissa se puso de pie bruscamente, guiada por el pensamiento de hallarlo e intentar alguna forma de reanudación de las relaciones que los unían. ¡Había sido estúpida! Ese fue el irritado calificativo que se aplicó a sí misma mientras salía como una exhalación por la puerta principal y corría hacia el pequeño cobertizo de los carruajes, detrás del edificio principal. Tenía que verlo y tratar de explicarse, debía encontrar el modo de salvar el abismo cada vez más ancho que los separaba.

En estos pensamientos que se atropellaban en desorden unos a otros, no prestó atención al hecho de que no estaba vestida apropiadamente para salir a cabalgar, y sin hacer caso de la mirada escandalizada del servidor, ordenó que se ensillara rápidamente un caballo. Cabalgando como un hombre, de un modo que sin duda originaría comentarios a todo lo largo del río, clavó las espuelas en los flancos del caballo y se internó rápidamente en la dirección que según le había indicado el criado había tomado Dominic varios minutos antes.

Aunque Melissa era impetuosa y obstinada, había recorrido menos de un kilómetro por el camino antes de advertir que explicar sus actos sería un tanto embarazoso. ¿Cómo decir al marido que una lamentaba el modo en que se había comportado, pero que todo se explicaba porque pensaba que él era un corruptor de inocentes y un mujeriego inveterado?

Aminoró el paso del caballo, e insegura se mordió el labio. Podía disculparse por lo que había sucedido la víspera sin suministrar una explicación demasiado detallada acerca de la verdadera motivación de sus actos. Apretó los labios. Eso sería bastante fácil

> – incluso ahora ella no podía explicar los sentimientos contradictorios que la habían dominado. Excluyendo de su espíritu las dificultades que se levantaban en su camino, finalmente decidió que sencillamente atribuiría todo su comportamiento rebelde y sin duda irritante al natural sentimiento de ansiedad de una recién casada; y por otra parte, ella lo admitía aunque de mala gana, esa fórmula encerraba una parte considerable de la verdad. Además, pensó sintiendo que eso la reanimaba mucho, aclararía los errores en que él podía haber incurrido al creer que Melissa lo había desposado por razones

mercenarias.

Si él comprendía que Melissa era también una víctima de lo que había sucedido esa noche en la taberna del Cuerno Blanco, y que su dinero no interesaba a la joven, quizá con el tiempo cada uno aprendería a confiar en el otro... y tal vez incluso podían llegar a amarse. Una expresión más animosa se manifestó en los ojos de Melissa. ¡No creía que para ella fuese demasiado difícil enamorarse profundamente de Slade! En realidad, mucho temía que ella ya hubiese avanzado bastante por ese camino.

Pero ante todo, pensó con un sentimiento de aprensión, ella *debía* convencerlo de que su fortuna nada tenía que ver con ese matrimonio. Esperanzada y al mismo tiempo nerviosa ante la inminente confrontación, espoleó a su caballo y lo lanzó al galope, ansiosa de concertar la paz entre ellos.

16

Tal vez Melissa alimentaba en su mente ideas de paz, pero Dominic estaba contemplando hoscamente el modo de vengarse del cuerpo seductor de su mujer. Ella no sería la única que obtuviese lo que deseaba de esa farsa de matrimonio, pensaba sombrío mientras guiaba a su garañón bayo por el camino sinuoso que conducía a Willowglen.

Al salir de la cabaña, no había pensado en ir a determinado lugar; sencillamente, necesitaba distanciarse un poco de esa calculadora y pequeña esposa, pues no deseaba reaccionar con violencia.

Su orgullo había recibido últimamente graves golpes a manos de la nueva señora de Slade, pero no estaba en su carácter soportar sumisamente esos desaires e insultos, y Dominic se había consolado pensando en diferentes modos de someter a esa dama mercenaria y tramposa con quien él había tenido la mala suerte de casarse. Pero por extraño que parezca descubrió que sus más satisfactorias imágenes de venganza eran aquellas en que una Melissa tiernamente arrepentida rogaba las caricias y el afecto de su esposo. Por supuesto, él volvería la espalda con indiferencia a esos lastimosos pedidos de afecto – por lo menos, tenía la esperanza de proceder así, aunque advertía en sí mismo cierta inquietud cuando llegaba a ese punto.

Cuando terminó de regodearse imaginando unas pocas escenas referidas al sometimiento de su esposa, comenzó a sentirse un poco mejor; su primer ataque de sombría cólera se alivió un tanto. Entonces descubrió que había recorrido casi la mitad del camino hasta Willowglen. Como por el momento no deseaba volver a su casa, continuó avanzando, pensando en la posibilidad de charlar un rato con Zachary, y también en la perspectiva de ver de nuevo a Locura.

Ciertamente, Dominic no había pensado encontrarse con Deborah Latimer, o más bien, lady Deborah Bowden, como ahora se llamaba la dama. Pero acababa de entrar por la huella que conducía a Willowglen cuando se encontró con ella, que venía seguida de cerca por su criado.

Aunque no estaba de humor para intercambiar cortesías, Dominic no tuvo más remedio que detenerse y saludar a la dama. Además, estaba el hecho de que sentía cierta curiosidad por saber cuál era la causa de que ella hubiese ido a visitar al joven Zack.

Sonriendo dijo: – Buenos días, lady Bowden. ¿Salió a dar un paseo matutino?

Los rasgos delicados enmarcados por rizos color oro, los grandes ojos azules límpidos y sugestivos, Deborah saludó a Dominic con una tenue sonrisa.

– Buenos días, Dominic– dijo con su voz clara y cantarina. Dirigiéndole una mirada de reprobación, agregó: – ¿Es necesario que te muestres tan formal conmigo? Sobre todo porque antes...

Era sorprendente, pensó asombrado Dominic mientras estaba sentado en la montura, controlando sin esfuerzo a su inquieto caballo, cuanta indiferencia sentía ahora frente a ella. Con curiosidad paseó la mirada sobre el cuerpo de la dama, y vio cuán hábilmente el atractivo vestido de montar, confeccionado con lienzo azul zafiro, revelaba las curvas maduras, y al mismo tiempo tomó nota de la elegancia con que montaba la hermosa yegua negra – y también cobró conciencia de que la frágil hermosura de Deborah no lo conmovía en absoluto.

A los veinticinco años, Deborah era sin duda hermosa. La cara pequeña tenía la forma perfecta de un corazón, y todos sus rasgos, desde los ojos azules de largas pestañas a la boca rosada de labios exquisitamente formados. No era muy alta, pero tenía una figura bien formada que a los ojos de Dominic siempre habla sido muy atractiva; y aunque él podía admirar su apariencia, había aprendido por experiencia que detrás de ese bello porte, había escasa inteligencia. Otrora había creído que ella era la expresión de la perfección, pero las maquinaciones de Latimer y las propias actitudes de Deborah le habían demostrado el error de esa opinión. El ya no le guardaba el más mínimo rencor en vista de que Deborah se había apoderado de los sueños juveniles de Dominic y los había pisoteado. A decir verdad, el único sentimiento que Deborah Bowden despertaba en él ahora era la compasión. Y en efecto, la

Librodot

compadecía. Compadecía la falta de fibra que había permitido que ella fuese atropellada por su hermano inescrupuloso, que la había obligado a contraer matrimonio con un hombre que hubiera podido ser su abuelo. Compadecía la falta de coraje que ni siquiera ahora le permitía liberarse del dominio de Latimer. Compadecía en ella la falta de fibra y de fuerza para luchar...

Preguntó amablemente: – ¿Todo está bien? ¿Latimer no ha...?

Los ojos hermosos se llenaron de lágrimas, y maldiciendo su propia y estúpida blandura, Dominic desmontó deprisa y camino hasta el caballo de Deborah. Moviendo los ojos hacia el criado de expresión neutra, murmuró: – Adelántate, James... desearía hablar con tu ama en privado.

El criado apenas había desaparecido tras un recodo del camino y ya Deborah se habla arrojado en brazos de Dominic, con el cuerpo sacudido por intensos sollozos.

– ¡Oh, Dom! – gimió. Si por lo menos te hubiese escuchado hace años, cuando me hablaste en Londres.

Los brazos ocupados, aunque sin que él lo deseara, por ese cuerpo femenino aquiescente, Dominic miró inquieto alrededor, y formuló íntimamente el deseo de que nadie viniese a presenciar esa escena embarazosa.. Con expresión resignada dijo: – Vamos, Deb, ya hablamos antes de todo esto. No te culpo por lo que sucedió, pero fue hace mucho, y tú elegiste, y es inútil retornar al pasado... como te lo dije hace una semana.

Con los brazos alrededor del cuello de Dominic, Deborah apretó la cara contra el pecho del joven, y emitió una minúsculo y desgarrador gemido.

– Sé que tienes razón, y no debía haberte escrito, ni debí pedirte una entrevista cuando ya estabas comprometido – continuó diciendo con voz dolorida– . Exijo demasiado a nuestra vieja amistad y a tu buen corazón.

En su fuero íntimo, Dominic coincidió con ella. Le había escrito tres o cuatro veces después de saber que Dominic estaba en la región, y esas cartas habían sido tan lamentables y dolorosas que él al fin se sintió obligado a verla, a ofrecer su ayuda. Y cuando la vio, y contempló la sucesión de sentimientos dolorosos que se expresaban en esos bellos rasgos, mientras Deborah narraba Sus sufrimientos, los insultos de Latimer, sus amenazas, y los temores que ella misma sentía, Dominic se había sentido muy conmovido y colmado de compasión en vista de las dificultades en que ella se debatía. Su primer impulso había sido apartarla de Latimer, y en una actitud extravagante había propuesto llevarla a la casa de sus padres en Natchez – le había dicho que allí estaría segura. Ella rechazó completamente la idea y entonces él propuso cederle una suma de dinero; no una cantidad muy elevada, pero silo suficiente para asegurar su independencia silo administraba moderadamente; pero Deborah también rechazó esa alternativa, y se limitó a mirar a Dominic con esos grandes ojos azules que le decían cuánto confiaba en él.

En una actitud incomprensible para Dominic, antes que aceptar su dinero Deborah se mostraba dispuesta a permitir que Latimer continuase maltratándola, y tal parecía que de nuevo el hermano Julius había puesto el ojo en un anciano achacoso y rico, que a juicio de Latimer sería un excelente segundo marido para la joven. Dominic había discutido vigorosamente con ella, le había dicho que no debía ser tan tonta, que era necesario que sencillamente rehusara acatar las exigencias de Latimer. Pero Deborah había meneado lentamente la hermosa cabeza.

– Oh, no puedo – había exclamado casi sin aliento– . Es mi hermano, y me golpeará sin piedad si no hago lo que él exige. Eso, o me arrojará sin un centavo a la calle. Tú no entiendes.

Dominic no quiso discutir esas posibilidades. Sencillamente, no entendía el razonamiento de Deborah. No entendía por qué al parecer permitía que Latimer se le impusiera y la manipulase, o por qué, puesto que lo había rechazado en Londres, ahora ella creía que Dominic era su único salvador. Sabía que esa situación en parte era por su propia culpa – jamás hubiera debido responder a la última carta de Deborah. Pero antes, ella había

significado todo para Dominic, y aunque ya no lo atraía en absoluto, el recuerdo de lo que había sido despertaba su deseo de ayudarla. Dominic reconocía con desagrado que Royce, si se enteraba de la situación, criticaría implacablemente tanta blandura del corazón; pero en efecto, compadecía a Deborah y deseaba verla feliz. Si por lo menos, pensaba impaciente, me permitiese enviarla a Londres, lejos de la influencia de Latimer.

Suspirando, enlazó distraídamente con el brazo la cintura de la joven, y apoyó la mejilla sobre el sombrerito de montar de castor negro.

– Deborah – murmuró– , ¡tienes que abandonar a Latimer! Permite que resuelva ese problema en tu nombre.

Fue mejor que Melissa no pudiese oír lo que había dicho, pues nada más que ver a su marido en medio del camino abrazando a Deborah Bowden fue suficiente para inducirla a rechinar feamente los dientes, y determinó que sus ojos dorados ardiesen con una luz decididamente mortal. Sofrenando bruscamente su caballo, permaneció en el lugar, dominada por la furia, con su pecho agitado. La idea de hacer las paces y la esperanza que ella alimentaba de que Josh y Latimer se hubiesen equivocado al mencionar las inclinaciones de su esposo a las aventuras con mujeres se disiparon en un instante. Era dudoso a cuál de los dos transgresores habría preferido flagelar primero con su látigo de montar, pero al advertir con suma renuencia que una lluvia de latigazos a lo sumo complicaría la situación, controló este impulso inmediato con muchísimo esfuerzo. Y mientras pasaban los segundos y ella permanecía inmóvil, mirando hostil a la incauta pareja, concibió una idea de fundamental importancia: aunque Dominic realmente fuese un mujeriego, y de eso ya no le cabía la más mínima duda, todavía era su esposo, todavía era el único hombre que había demostrado que podía conmover sus sentimientos más profundos, y Melissa no estaba dispuesta a mirar sumisamente y permitir que Deborah Bowden le arrebatase a ese hombre. ¡Y tampoco, pensó entrecerrando los ojos, estaba dispuesta a abandonar el campo tranquilamente a la otra mujer!

Una docena de planes poco prácticos cruzaron su mente, pero no tuvo tiempo de examinar cada uno, y dando rienda suelta a su carácter impetuoso, espoleó al caballo. Imponiendo a sus labios una alegre sonrisa, gritó gozosa: ¡Oh, Dominic! ¡Estás aquí! Qué perverso de tu parte adelantarte de ese modo. – Se aproximó a la pareja que sin duda estaba en guardia, y sonrió amablemente a los dos, comportándose como si le pareciese aceptable que el hombre que era su marido desde hacía menos de un día abrazara públicamente a otra mujer. – Hola, lady Bowden. ¿Cómo está esta mañana?

Hubiera sido difícil determinar cuál de los dos protagonistas principales estaba más desconcertado. Por cierto, Dominic sabía que él no se habría comportado tan suavemente si hubiese sorprendido a Melissa en ese tipo de situación comprometida. Era difícil decir qué pasaba por la mente de lady Bowden; los ojos azules permanecían fijos, con expresión inocente, en los rasgos vibrantes de Melissa, y una sonrisita trémula le curvaba la boca de labios llenos.

– Oh, señorita Seymour – comenzó a decir Deborah, y después, con una risita, se corrigió amablemente– . Pero por supuesto, ahora usted es la señora Slade. Qué tontería he dicho.

Sin prisa, Deborah retiró los brazos del cuello de Dominic, Y se apartó un poco de él. Mientras alisaba la falda impecable de su traje de montar, murmuró: – No debe enojarse si me ve llorando en el hombro de Dominic. Somos viejos amigos, y las costumbres tardan en desaparecer, como sin duda usted sabe muy bien.

Sonriendo, Melissa replicó con dulzura: – Por supuesto, no desearía que nada se interponga entre tan viejos amigos.

Sofocando la sonrisa casi incontenible que trataba de manifestarse en las comisuras de sus labios ante la expresión dolorida en la cara de Deborah, Dominic desvió rápidamente la mirada, y su corazón se sintió reanimado por las sugerencias de este diálogo. Su joven esposa podía mostrarse indiferente ante él, pero si Dominic sabía a qué atenerse, y a juzgar por el brillo belicoso de esos ojos de inverosímil color topacio, podía tener la certeza de que en

Librodot

efecto ella sentía profundos celos ¡~ estaba dispuesta a luchar por él!

Su primera reacción al ver que Melissa se acercaba a ellos había sido de cólera y desesperación; cólera ante su propia tontería, y desesperación porque pensó que tal vez jamás lograría explicar cuán inocente era realmente la situación. También sintió el intenso deseo de retorcer el delgado cuello blanco de lady Bowden, que lo había metido en ese lamentable episodio. Dominic había soportado momentáneamente el embarazo natural y el nerviosismo de un hombre atrapado en un aprieto tan comprometedor, pero ante el amable saludo de Melissa, otros sentimientos ocuparon el centro– admiración por su belleza y el dominio de sí misma, y verdadero placer porque ella estaba mostrando signos tan evidentes de celos. Si ella sentía por él tanta indiferencia como afirmaba, ¿por qué se mostraba celosa cuando él buscaba consuelo en los brazos de otra? Y si ella sentía celos, entonces podía afirmarse que se ofrecía a Dominic una serie entera de interesantes posibilidades.

Se abstuvo con dificultad de sonreír estúpidamente, e incluso descubrió que en el fondo se sentía agradecido a Deborah que había tramado esa pequeña escena. Disimulando tanto su regocijo como el placer que sentía en vista de las circunstancias en que de pronto se encontraba, se apartó de Deborah y se acercó a Melissa.

Apoyando una mano cálida sobre la de Melissa, que aferraba con fuerza las riendas del caballo, murmuró: – Es muy amable de tu parte esta actitud tan gentil y tolerante. – Una luz burlona apareció en los ojos grises.– La mayoría de las esposas no se mostrarían tan comprensivas... pero por otra parte, has aclarado que lo que yo haga no te preocupa, ¿verdad?

Melissa emitió un extraño y breve sonido ahogado, y contuvo el ansia de decirle exactamente lo que opinaba de la conducta deplorable del propio Dominic, y hablando entre dientes, dijo sin levantar la voz: – Querido, si eres discreto...

Desvió la mirada hacia Deborah, que escuchaba muy atentamente, – puedes tener todas las queridas que desees.

Y después de disparar el último cañonazo, clavó cruelmente las espuelas en los flancos de su caballo y lo obligó a volver grupas, y su vestido se desplegó en el aire, detrás, mientras ella forzaba al animal a lanzarse a toda carrera.

Divertido, Dominic la vio desaparecer por el camino, y se dijo que ella lucía un aspecto deslumbrante, con sus cabellos rubios cayendo en desorden a los costados de las mejillas, y los ojos despidiendo chispas doradas. Incluso el vestido, que mostraba una proporción inmodesta de los esbeltos tobillos y las pantorrillas, había acentuado la cautivante belleza de la joven, confiriéndole ese aspecto de criatura indómita que excitaba intensamente los sentidos de Dominic. Continuó contemplando la figura que se alejaba hasta que la voz de Deborah lo obligó a regresar al desagradable presente.

– Dominic, ¿qué clase de muchacha traviesa has desposado? – dijo Deborah con gentil malicia– . Oí decir que el padre le permitió crecer sin freno, pero nunca había llegado a creerlo. ¿Observaste lo impropio de su atuendo? – Emitió una exclamación escandalizada, y continuó con cierta malevolencia.– ¡Esa muchacha te tendrá realmente ocupado!

Con una sonrisa en la boca bien formada, Dominic se volvió para mirar a Deborah.

– Sí, así es...y créeme, querida Deborah, ¡cada minuto de mi tarea será un placer! Ahora, te ayudo a montar... ¿O prefieres que llame a tu criado?

Comprendiendo que por el momento él no caería víctima de sus argucias, Deborah sonrió seductora y murmuró: – Oh, vaya, te irrité, ¿verdad?

Mirándola fríamente, Dominic dijo con voz y expresión muy amables: – Vaya, no. Pero como comprenderás, debo seguir mi camino.

Deborah encogió con buen talante los angostos hombros, y dijo alegremente: – Por supuesto, qué tonta soy... seguramente deseas estar con tu esposa.

Dominic se limitó a mover la cabeza con un gesto de asentimiento, y sin mayor esfuerzo ayudó a montar a Deborah. Volviendo a montar en su caballo, dijo impasible: – Buenos días, querida, ojalá que no permitas que tu hermano se aproveche de ti como hizo antes... y recuerda, mi ofrecimiento de enviarte a casa de mis padres o a Londres todavía se mantiene.

Librodot

Bajando los ojos recatada, Deborah respondió en un tono acentuadamente sentimental: – Dominic, eres demasiado generoso. Jamás olvidaré todas las bondades que me prodigaste. Te considero mi único amigo.

Dominic se encogió de hombros, incómodo, y meneando la cabeza murmuró: – Deb, no digas eso. Estoy seguro de que hay otros que te apoyarán, si perciben que es necesario. Y ahora, ¿me disculpas?

Dirigiéndole una sonrisa astuta, Deborah asintió: – Adiós, querido, ve con tu esposa, y yo... – Emitió un hondo suspiro.– Iré con mi hermano.

En circunstancias normales, esas palabras habrían conmovido a Dominic, pero ahora ya estaba pensando en Melissa, de modo que respondió casi distraídamente: – Si, hazlo. Buenos días.

Y sin dirigirle otra mirada ni una palabra más, espoleó a su caballo y lo lanzó al galope, deseoso de encontrar a su celosa esposa.

La encontró donde sospechaba que debía estar, en los establos de Willowglen. Se hallaba en uno de los picaderos; Locura estaba atado a la empalizada encalada, y Melissa cepillaba industriosamente el pelaje ya impecable del corcel, y tenía una expresión feroz en la cara.

Después de desmontar, Dominic entregó las riendas a uno de los peones del establo, y caminó hacia Melissa. Apoyando los brazos sobre el borde superior de la empalizada de madera, permaneció allí varios minutos, contemplando distraídamente cómo ella continuaba cepillando a Locura, con pasadas que eran más enérgicas y veloces a medida que transcurrían los minutos.

Melissa había tenido perfecta conciencia de Dominic desde el instante en que él apareció montado en su caballo, pero se había negado obstinadamente a reconocer su aproximación, incluso cuando él se acercó y se apoyó en la empalizada. Melissa estaba entretenida con la grata fantasía de ver la cara de lady Bowden hundida en la pila de estiércol. En ese momento había llegado Dominic, pero su intromisión había echado a perder a Melissa el goce de ese pasatiempo. La joven no había podido concebir todavía un castigo bastante horrible para él, y volviéndole intencionalmente la espalda continuó cepillando vigorosamente a Locura, y contemplando y desechando varias torturas desagradables para su extraviado marido. Mientras él continuaba apoyado imperturbable en la empalizada, al parecer absorto en la contemplación de la actividad de Melissa con el caballo, el sentimiento que ella experimentaba en el sentido de que se la despreciaba, comenzó a acentuarse, hasta que al fin ella ya no pudo soportar más. Arrojó vio lentamente el cepillo, y se volvió para enfrentar a su marido. Con las manos en las caderas, los ojos color topacio resplandeciendo irritados, gritó: – ¡Cómo pudiste hacer eso! No llevamos veinticuatro horas de casados, y ya... y ya...

Las palabras le faltaron, y miró a Dominic con silenciosa cólera.

Deseoso de colaborar, él completó la frase: – ¿Me dedico a las mujeres?

Casi explotando de rabia, ella zumbó: – ¡Sí, te dedicas a las mujeres!

Su cara convertida en la imagen de la inocencia, Dominic murmuró: – Pero seguramente eso no te conmueve. Te advertí anoche que había otras que no considerarían tan desagradables mis avances. – Su mirada se deslizó sensual sobre el cuerpo de Melissa.– ¿O cambiaste de idea?

– ¡Sí! ¡No! ¡Tú me confundes! – murmuró irritada Melissa, muy consciente del sobresalto de su corazón ante la expresión de los ojos de Dominic. Furiosa consigo misma porque dejaba entrever la agitación que sentía, enfrentó de lleno la mirada interesada y dijo groseramente: – Vete. No quiero hablar contigo.

Enojada y desconcertada al mismo tiempo parecía tan atractiva que Dominic tuvo que hacer un esfuerzo para contener el impulso de saltar la empalizada y abrazarla. Sin ofrecer ningún signo de lo que sentía, observó como al descuido: – Muy bien, querida, puesto que eso es lo que deseas. Pero recuerda que silo piensas mejor, tienes que hacérmelo saber. Hasta ese momento, ¿supongo que tengo tu autorización para divertirme?

Librodot

Melissa había caído en la trampa que ella misma había preparado, y ahora sólo podía mirar deprimida a Dominic, y sopesó los dos cursos de acción que se le ofrecían. Podía tragarse el orgullo y reconocer que no quería saber absolutamente nada con Dominic, o... podía salvar la dignidad y fingir indiferencia.

Ninguna de las dos alternativas le atraía demasiado, de modo que preguntó con voz tenue: – ¿Puedes darme tiempo para pensarlo?

Dominic nunca había visto a Melissa en actitud tan humilde, y durante apenas un momento consideró seriamente el pedido, pero después, al pasar revista a todas las actitudes desconcertantes de la joven durante el breve lapso en que la había conocido, llegó a la conclusión de que podría ser peligroso permitirle que meditase demasiado tiempo el tema. Dios sabía, pensó irónicamente, qué clase de lógica retorcida podía determinar su respuesta si él no aprovechaba la inesperada ventaja. Meneando la cabeza, dijo con voz serena: – No, creo que esto es algo que debemos resolver ahora.

Quizá si él hubiese mostrado algún signo de culpabilidad y se hubiese mostrado más alentador, Melissa podría haberle dado la respuesta que él ansiaba tan intensamente. Pero en las condiciones dadas, las palabras arrogantes de Dominic fueron como cuchillos calientes en la carne de Melissa, y ella endureció el cuerpo. Con los ojos que centelleaban peligrosamente, el mentón levanta– do en un ángulo altivo, escupió: – ¡En ese caso mi respuesta es sí!

– Se volvió en redondo, y comenzó a cepillar furiosamente a Locura.– Ve y diviértete... ¡No me importa!

Durante unos largos momentos Dominic permaneció de pie, mirando la espalda de Melissa y conteniendo el poderoso impulso de ponerla boca abajo sobre sus rodillas y darle una buena azotaina... ¡~ normalmente él no era un hombre violento! La decepción endureció su voz cuando contestó:

– Muy bien, señora, puesto que ése es su deseo... ¡no me espere en casa esta noche!

– Y después de volverse, se alejó con una expresión dura en la cara, y un sentimiento de cólera que se expresaba en cada uno de sus movimientos...

Melissa no lo vio alejarse... estaba muy atareada combatiendo las amargas lágrimas que amenazaban derramarse sobre sus mejillas. Pero en definitiva las lágrimas vencieron, y pocos minutos después Zachary descubrió a la esposa de menos de veinticuatro horas llorando a moco tendido sobre el cuello lustroso de Locura. Con un salto ágil, Zack pasó la empalizada y sus brazos fuertes trataron de reconfortar el cuerpo esbelto de Melissa.

– ¡Qué sucede Lissa? – preguntó premiosamente– . ¿Qué ha sucedido entre ustedes? Acabo de cruzarme con Dominic, y parecía que estaba dispuesto a arrancarme el hígado.

Melissa se sintió paralizada al primer contacto de los brazos de Zachary, creyendo que era Dominic, pero al identificar la voz de Zack su cuerpo quedó inerte. Volviéndose hacia los brazos de su hermano, lo miró con la cara dolorida, cubierta de lágrimas, y dijo con voz ahogada: – ¡Lo odio! ¡Es un monstruo insensible Y sin principios! ¡No continuaré casada con él un minuto más de lo necesario para conseguir el divorcio!

Zachary estaba desconcertado. Ciertamente, sabía que el matrimonio no era la unión de amor que por ahí se rumoreaba.

Conocía demasiado bien a Melissa, y aunque había cooperado con el engaño de la joven, a menudo se había preguntado cuál era la causa real del súbito compromiso. Pero simpatizaba mucho con Dominic, y dado que Melissa se había mostrado dispuesta a casar– se con él, Zachary había pensado, con optimismo juvenil, que todo se arreglaría. Pero ahora... ahora que Dominic mostraba ese humor desastroso e inabordable, y que su querida hermana estaba deshecha en lágrimas, Zachary temía mucho haber calculado muy mal el posible resultado. Con respecto al divorcio, se estremecía al pensar en eso. Incluso si Dominic era el monstruo sin principios que Melissa decía, no podía tomarse a la ligera un divorcio. De hecho, el divorcio era un paso casi inaudito, e invariablemente provocaba la vergüenza y la desgracia de las dos partes... y sobre todo de la mujer.

Con todos sus instintos protectores movilizados, Zachary sostuvo con afecto a Melissa

contra su pecho, al mismo tiempo que murmuraba palabras de aliento, pero su mente era un torbellino. ¿Qué demonios había hecho Dominic para que Melissa se sintiera tan desgraciada? ¿Y qué había hecho Melissa que Dominic estaba tan irritado? ¿Y de qué modo él podía resolver el problema? Aunque Zachary estaba dispuesto a apoyar a Melissa en todo lo que ella deseara hacer, de ningún modo tenía la convicción de que el problema que se había suscitado entre los recién casados era culpa de una sola parte. Pese a la gravedad de la situación, sonrió levemente. Conocía el temperamento levantisco y el carácter obstinado de Lissa, y sospechaba que también Dominic poseía un carácter formidable y podía ser igualmente obstinado. No era la mejor combinación para tener un matrimonio tranquilo, murmuró inquieto, y su sonrisa se desvaneció. Pero... pero veinticuatro horas no era un lapso suficientemente prolongado como para dar una oportunidad a esa unión, y mirando la cara de Melissa dijo con voz serena: – Creo que necesitas pensar más detenidamente lo que deseas hacer. Los votos que profesaste ayer no pueden desecharse a la ligera.

El recuerdo de Dominic abrazando a Deborah cruzó fulgurante el cerebro de Melissa, que exclamó: – Bien, ¡ojalá pudieras decir eso a mi marido!

Al ver la mirada dubitativa de Zachary, Melissa se mordió el labio, y sintió deseos de retirar sus palabras. Lo que menos deseaba era comprometer a otros en el desastre de su matrimonio. Además, Zachary podía concebir la idea de enfrentar a Dominic; incluso, se dijo Melissa sintiendo que se le oprimía el corazón, podía contemplar la posibilidad de retarlo a duelo.

Melissa llegó a la conclusión de que era necesario distraer a Zachary, y se enjugó las últimas lágrimas y sonrió vacilante a su hermano. Sin apartarse demasiado de la verdad, dijo con su voz quebrada: – ¡Oh, Zack! Ya conoces mi condenada lengua y mi carácter, y temo que como de costumbre permití que se desbocasen, sin contemplar las consecuencias. Cualquiera diría que había aprendido mi lección después de todos estos años, ¿verdad?

Zachary no estaba del todo convencido, pero por el momento se mostró dispuesto a aceptar todo lo que Melissa deseara. Y si ella quería impedir que él explorase demasiado, Zachary se lo permitiría... teniendo en cuenta su edad, Zachary era un joven muy astuto.

Enarcando el entrecejo preguntó: – Entonces, ¿qué harás para resolver la situación con tu esposo?

Melissa no tenía intención de "resolver" nada con Dominic

> – al menos por el momento. Su orgullo estaba demasiado herido, y la comprobación de que su marido había buscado inmediatamente su placer con otra mujer, había sido un golpe doloroso a su desconfiado corazón. Pero tenía que decir algo a Zachary, para tranquilizar al joven en relación con los episodios de esa mañana.

– Bien, primero tendré que disculparme por mi mal carácter, y después... – Se encogió despreocupadamente de hombros.– ¡Ya pensaré algo!

En absoluto engañado por las palabras de Melissa, Zachary murmuró secamente: – Oh, no dudo que lo harás. ¡Sólo deseo que no sea algo que ensanche la distancia entre ustedes dos!

Entristecida, Melissa se apartó. En todo caso, dudaba que todo lo que ella pudiera hacer lograse agravar la situación. Se preguntó deprimida: ¿Acaso existía algo peor que estar casada con un hombre que no la amaba, que no había deseado ese matrimonio y que para colmo era un libertino desenfrenado? En la posición en que ella se hallaba, el futuro tenía un aspecto muy sombrío. Para ocultar la angustia que de pronto la dominó, evitó que Zachary le viese la cara, y dijo en un intento de mostrarse animosa: – No te preocupes, Zack, no es más que una riña de enamorados.

Y hasta que lo dijo en voz alta, no advirtió cuán desesperadamente deseaba que hubiese sido una riña entre dos amantes; en ese caso, por lo menos, habría existido la posibilidad de una reconciliación.

Esa idea la persiguió durante las horas largas y dolorosas que siguieron. No estuvo mucho tiempo en Willowglen; no se atrevió, temerosa de que Zachary consiguiera arrancarle

la verdad, y después de charlar con él varios minutos de cuestiones sin importancia, Melissa se alejó. El no había formulado más preguntas, aunque Melissa adivinó que estaba devorado por la curiosidad, e incluso había limitado su opinión acerca de la heterodoxa vestimenta de montar que ella usaba a unos pocos y breves comentarios, cuando Melissa se preparaba para partir. Con un fulgor burlón en los ojos, observó: – Lissa, se te ve muy atractiva con ese nuevo vestido. Lástima que ahora esté completamente cubierto de pelo de caballo.

Ella hizo una mueca al contemplar el vestido antes inmaculado, pero no contestó. Después, montó a caballo y se alejó de la plantación. No tenía prisa para regresar a la cabaña... ¿qué la esperaba allí? Sólo cuartos vacíos y esperanzas y sueños sin contenido. Pero finalmente regresó, y dejando el caballo a cargo del criado, subió desalentada a su habitación.

Era extraño pensar cuántas esperanzas había alimentado al salir de allí esa mañana, y ahora... ahora temía que se le partiese el corazón.

Absorta en sus pensamientos, dejó que Anna la ayudase a desvestirse, sin prestar atención a las críticas de la mujer y a sus desconcertados comentarios acerca de la deplorable condición de la costosa prenda. El baño calmante que Anna le había preparado contribuyó a restablecer su bienestar físico; pero nada podría curar jamás su corazón, y precisamente en esos momentos sombríos la joven comenzó a examinar más detenidamente sus pensamientos en relación con Dominic Slade. Lo que descubrió no ayudó en lo más mínimo a levantar su ánimo. Desalentada y horrorizada, comprendió que inexplicablemente se había enamorado de su esposo, mujeriego o no, y que lo deseaba... lo deseaba en todos los aspectos en que una mujer enamorada podía desear a un hombre.

¿Pero cómo, se preguntaba dolorida, podía atraer su interés, e incluso su amor? Si la noche anterior se hubiera comportado más sensatamente, si no lo hubiera despedido con tanta crueldad... Incluso si se hubiese comportado de distinto modo, ¿eso habría significado algo? Suspiró pesarosa.

Caminó de un extremo al otro de su bonito dormitorio, pensando en su descarriado esposo. Melissa había aceptado la desagradable idea de que Dominic no la amaba, y de que el matrimonio que los unía no modificaría sus costumbres disipadas. Ahora, todo lo que ella tenía que hacer, murmuró con tristeza, era hallar el modo de cambiar el carácter de Dominic... tenía que lograr que se enamorase de ella y por el resto de su vida renunciara a todas las restantes mujeres.

Cada vez más desalentada, se hundió en uno de los sillones de terciopelo verde, y los tenues pliegues de su bata color ámbar le envolvieron las piernas. Anna había entrelazado una cinta de seda negra en los rizos rubios de Melissa, y cómodamente recostada en el respaldo del sillón, la joven comenzó a jugar con la cinta, sus pensamientos todavía sumidos en la más irremediable confusión.

¿Debía fingir que anoche y esta mañana no había sucedido nada? ¿Recibir con cortesía y afecto a Dominic cuando al fin regresara al hogar? Apretó los labios. Conocía su propio carácter levantisco y su naturaleza incendiaria, y más bien dudaba que ella pudiese representar un papel tan sumiso. Era mucho más probable que le rompiese algo en la cabeza, y no que lo recibiera con sonrisas amables y los brazos abiertos. Además, si parecía que ella aceptaba las actitudes de Dominic, ¿eso no lo alentaría a insistir en su comportamiento deplorable? Un resultado así era más que probable, se dijo Melissa con un rezongo indignado que por cierto no era propio de una dama. Pero tampoco podía gritarle e insultarlo. Eso podía inducirlo a creer que él importaba a Melissa. Lo cual, como ella admitió deprimida, era precisamente el caso. Una situación terrible.

Bien, si no podía mostrarse dulce como la miel, ni celosa como una pescadera, ¿qué le restaba? Era necesario concertar entre ellos alguna forma de paz antes de que Melissa pudiese comenzar siquiera a pensar en un modo de conquistar el afecto de Dominic. Tenía que existir un terreno intermedio que ella pudiese recorrer; un modo de salvar su orgullo y mostrar una actitud bien dispuesta, pero sin que pareciera que se resignaba a aprobar la de su marido.

Frunciendo el entrecejo, paseó la mirada por la habitación, y deseó ser una mujer más

refinada, haber tenido más experiencias con hombres, o gozar con la compañía de una mujer mayor y más experimentada, con quien pudiese comentar esa terrible situación. Durante un breve instante, vio ante sus ojos la cara de Leonie, pero después meneó la cabeza. No. Leonie siempre se pondría del lado de Dominic – el profundo afecto entre ellos había sido muy evidente para Melissa. Y además, estaba el hecho de que ella tenía la idea de que otra persona se implicase en ese doloroso estado de cosas. El problema era entre ella y Dominic, y ella deseaba que a toda costa permaneciese así.

Suspiró hondo. Quizá debía limitarse a aceptar su destino y resignarse a ser una esposa sin amor, ignorada, con un marido casquivano que la trataba con bondad y generosidad. Se estremeció ante la visión de los años largos, vacíos y tristes que la esperaban.

Si existiera un modo de atraer el interés de Dominic... Lograr que la mirase de otro modo. Desafiarlo...

Entrecerró los ojos, sumida en sus pensamientos, mientras contemplaba las posibilidades, y su humor comenzó a mejorar un poco. La mayoría de los hombres, incluso los más apáticos, tendían a adoptar una actitud sumamente permisiva frente a sus esposas. ¿Podría abrigar la esperanza de excitar una veta feroz de celos en Dominic? Y si en efecto él se mostraba celoso, ¿podía aprovechar ese sentimiento especialmente inestable? Tal vez el camino que se proponía seguir era peligroso e incluso absurdo, pero ninguna de las alternativas – la resignación sumisa o la guerra permanente– la atraían.

Se mordió nerviosamente el labio inferior y continuó contemplando la situación, y poco a poco comenzó a entrever los primeros perfiles de un plan. Si ella demostraba una conducta indiferente frente al mariposeo de Dominic y sugería que ambos podían perseguir sus propios intereses, por supuesto con la condición de que se mostraran discretos... Si él tenía con respecto a Melissa la más leve chispa de sentimiento, ¿no se opondría a un acuerdo tan desagradable? Y si en efecto se oponía, quizás ella podía alentar ese sentimiento de posesión, de modo que se convirtieran en algo más profundo y más duradero.

Melissa tenía la desagradable sensación de que había un riesgo intrínseco en su plan, y de que ella no estaba eligiendo el camino más sensato. Pero las actitudes de Dominic durante la mañana la habían ofendido profundamente, y además debía tener en cuenta su propio y obstinado orgullo, y la necesidad muy real de proteger el sentimiento de amor hacia él, algo reconocido hacía muy poco. Se sentía confundida, celosa, lastimada e irritada, todo al mismo tiempo; en vista de que ésta era su primera incursión en las lides del amor, podía perdonársele si elegía un método temerario para atraer la mirada codiciosa de un marido. Con una súbita chispa de perversidad en sus ojos color topacio, sonrió apenas. No discutiría con su descarriado esposo, ni le formularía reproches, pero le daría a entender que había decidido atenerse al antiguo proverbio – ¡lo que es bueno para el ganso es bueno para la gansa!

Librodot

17

Pese a las aprensiones que podía haber alentado acerca de la sensatez de su plan, Melissa se sintió mucho mejor después de haber elegido un curso de acción. Nunca había sido una persona inclinada a cavilar y a retorcerse las manos, y en su caso era mucho más probable que saltase primero y mirase después; y así sucedió en este caso. Pero antes de que pudiese poner en marcha su desesperado plan, tenía que decidir quién era el caballero de su conocimiento a quien podía embarcar sin riesgo en su plan.

Su primer candidato fue el primo Royce, pero como ella no tenía la intención de implicar al caballero en quien finalmente recayese su elección, porque de pronto él le interesaba, la situación era un tanto engorrosa. Reconoció de mala gana que Royce sabría a qué atenerse tan pronto ella le hiciera una caída de ojos. Y Melissa no se atrevía a elegir a alguien que pudiese tomar en serio sus intentos de coqueteo. No deseaba encontrarse en la situación ridícula de tener que rechazar las intenciones amorosas excitadas precisamente porque ella habría parecido alentarías; tampoco deseaba llevar por inadvertencia a un pobre caballero a pensar que ella lo amaba realmente. Después de descubrir qué doloroso era amar a alguien que no retribuía sus sentimientos, no quería condenar al mismo destino a un incauto desprevenido.

Tras seleccionar y desechar a varios caballeros, incluso John Newcomb, el pretendiente rechazado poco antes, finalmente, y de mala gana, pensó en Julius Latimer, para el papel de cómplice inconsciente. Latimer tenía edad y razonamientos suficientes para tratar a la ligera una situación de galanteo, y Melissa sospechaba fundadamente que si bien él la había deseado como amante, eso no afectaba el corazón del caballero – y que ella tampoco podía provocar sentimientos profundos en él.

Y Latimer podía haberle escrito que desbordaba arrepentimiento y disculpas, en un intento de justificar sus perversas actitudes, pero Melissa no podía olvidar esos momentos ansiosos que había pasado antes de que la oferta de comprar a Locura que le había hecho Dominic, la salvara del destino que Latimer le tenía reservado. No confiaba en él ni una pizca... pero al mismo tiempo estaba dispuesta a enredarlo en el temerario plan destinado a conseguir que su marido sintiera celos. Lo tenía bien merecido, se dijo Melissa en un acceso de virtuosa indignación, porque la había tratado de un modo tan insultante.

Melissa pensaba que podía mantener a distancia a Latimer cuando lo deseara – ¡la joven tenía más experiencia rechazando amantes que provocándolos! Pero la inquietaba un poco la perspectiva de usar de ese modo a Latimer, pues tenía sagacidad suficiente para advertir que quizá desencadenara hechos sobre los cuales no ejercería ningún control. Si hubiera podido hallar otro hombre para iniciar un aparente coqueteo, ciertamente lo habría preferido; pero en ese momento no podía recordar a nadie que le pareciera apropiado. Se dijo sin mucho entusiasmo que Latimer tendría que convertirse en el objeto de su aparente interés amoroso.

Después de llegar a estas conclusiones, Melissa sólo necesitaba informar a su esposo de las decisiones que había adoptado acerca del carácter del matrimonio, y aquí esbozó una sonrisa. Durante un momento sentimental consideró la posibilidad de arrojar los brazos al cuello de su esposo, para pedirle que la amase, pero en definitiva apartó de su mente la idea. Más allá de su condición de caballero generoso, él jamás había ofrecido ningún indicio en el sentido de que le preocupaba especialmente si su esposa lo amaba o no; y ella no estaba dispuesta a exponerse al rechazo de Dominic.

Mientras pasaban las horas, y ella aguardaba ansiosa el regreso de Dominic, se afirmó su decisión de combatir el fuego con el fuego, y cuando el reloj señalaba las cuatro de la madrugada, Melissa llegó a dos conclusiones bastante desagradables: su marido de menos de cuarenta y ocho horas, realmente no volvería al hogar esa noche, y ella no tenía más alternativa que aplicar su temerario plan. Con los ojos secos y el ánimo decidido, finalmente se acercó a su lecho solitario.

Dominic habría deseado encontrarse en una cama solitaria, para el caso en una cama cualquiera, salvo la que estaba usando. Que en realidad no era en absoluto una cama, nada

más que una pila de paja limpia depositada en el suelo.

Había pasado las horas que transcurrieron después de separarse furioso de Melissa recorriendo malhumorado la campiña, y evitando el contacto con sus semejantes. Lo mismo que Melissa, no deseaba complicar a otros en su disputa conyugal, y como no tenía una explicación que justificara su presencia cuando se paseaba solo por el lugar, decidió que lo mejor era permanecer invisible para todos. Y como había jurado a su perversa esposa que no volvería al hogar esa noche, tenía la intención de hacer precisamente eso – de ahí la cama de paja, bastante incómoda.

Mientras se agitaba y revolvía, pensaba con añoranza en su blando lecho de plumas, con las limpias sábanas de hilo; y entretanto, trataba de hallar una posición que le permitiese dormir. Pero no pudo conciliar el sueño, y finalmente, con las manos unidas tras la cabeza, renunció al intento y permaneció acostado, mirando el cielo oscuro tachonado de estrellas.

Por mucho que lo pensara, no atinaba a comprender dónde se había equivocado o qué había hecho para merecer la situación en que ahora se hallaba. Casado, lo cual ya era bastante desagradable, pero además casado con una bruja que lo irritaba y lo seducía. ¡Y si jamás había concebido la posibilidad de casarse, su propósito no había sido pasar la segunda noche de su matrimonio como un ladrón en un lecho de paja detrás de su propio establo!

Su sentido del humor, que lo había abandonado después de la discusión con Melissa esa mañana, de pronto retornó, y una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. Dios mío, Royce y Morgan se burlarían implacablemente si llegaban a descubrir la situación – lo cual, reconoció sin vacilar, era el menor de sus problemas.

No podía culpar a Melissa a causa de su reacción ante la escena con Deborah, y reconocía con justicia que ella se había comportado mucho mejor que lo que él habría hecho si hubiese presenciado una situación parecida. Pero el hecho mismo de que ella hubiese afrontado con tanto tacto el asunto lo deprimía – ni siquiera la esperanzada sospecha de que ella había sentido celos podía reconfortarlo en ese momento. Si ella le hubiese tenido aunque fuese un poco de afecto, ¿se habría mostrado tan fría? Si él la hubiese descubierto en una situación tan comprometida, su propia reacción no habría dejado lugar a dudas. Habría desafiado a duelo al otro hombre, ¡~ después se habría llevado a casa a su descarriada esposa y le habría hecho el amor de un modo tan absoluto que ella nunca se hubiera apartado otra vez del buen camino!

Aunque los hechos eran muy claros, Dominic no podía creer que Melissa se hubiese casado con él sólo por dinero. Fuese orgullo o instinto, Dominic no podía creer que ella respondiese tan libremente a las caricias de su esposo, pero al mismo tiempo careciera del más mínimo sentimiento por él. Quizá sólo la sensualidad la motivaba, pero Dominic no lograba creer que sólo la lascivia la convertía en una mujer cálida y asequible en sus brazos. La sensualidad era un sentimiento con el cual él estaba muy familiarizado; la había sentido por varias mujeres durante su vida, y lo había satisfecho en más ocasiones que las que alcanzaba a recordar, sin embargo, estaba muy seguro de que lo que Melissa y él habían compartido no era sensualidad. Incluso así, no le asignaba nombres, pues no deseaba explorar más profundamente su propio corazón; por el momento sólo deseaba achacar la culpa de todo a la extraviada perversidad de Melissa, un rasgo aparentemente imprevisible.

Cuando llegó el alba, sus pensamientos no estaban más ordenados ni eran más lúcidos que cuando se acostó, y con un gemí– do de frustración, se sentó y se pasó la mano por los cabellos. Bien, no podía continuar retrasando su regreso al hogar, y mientras se incorporaba y se quitaba la corbata arrugada, pensó que con la cara sin afeitar y las ropas arrugadas y cubiertas de paja, Melissa seguramente pensaría que él había pasado la noche por ahí sumido en total embriaguez. Por lo menos, pensó con una sonrisa cínica, no podrá suponer que pasé la noche en los brazos de otra mujer.

Si los criados consideraron extraño que el señor de la casa, un hombre que se había casado hacía menos de cuarenta y ocho horas, regresara al hogar en un estado tan desastroso, en todo caso no mostraban indicios de esa actitud. Cuando Dominic entró en la casa y fue a su

habitación, el nuevo mayordomo que abrió la puerta ni siquiera enarcó el entrecejo, y la criada con quien Dominic se cruzó en la escalera no dejó entrever el más mínimo desconcierto. Incluso su valet inglés, Bartholomew, que lo acompañaba desde hacía años, no se atrevió a formular el más mínimo comentario mientras ayudaba a Dominic a desvestirse, pocos minutos más tarde.

Con su cara alargada y enjuta perfectamente inexpresiva, Bartholomew preguntó con sospechosa sumisión: – Y ahora, Señor, ¿se bañará?

Dominic le dirigió una mirada inquisitiva. Los dos hombres habían estado juntos desde que Morgan, en el vigésimo segundo cumpleaños de Dominic, había decidido que era hora de que su hermano menor tuviese a su servicio a un caballero. Dominic había recibido con bastante duda la idea, sobre todo cuando se vio que Bartholomew era sobrino de Litchefield, el valet de Morgan. Y como Litchefield inspiraba un sentimiento cercano al terror en el joven Dominic, éste no se sintió muy complacido de tener cerca a uno de los parientes de aquél – ¡sobre todo en la forma de un regalo! Pero a pesar de su aprensión inicial, el arreglo había sido notablemente eficaz. Pese a sus rasgos melancólicos, se vio que Bartholomew era un individuo bastante divertido y, lo que era más importante, un hombre que podía discernir con misteriosa exactitud el estado de ánimo de su amo.

Mientras Litchefield era bajo y robusto, Bartholomew era alto y delgado. Mantenía bien peinados los cabellos lacios y oscuros, y su única coquetería era un fino bigote negro impecablemente recortado. Vestía un traje sencillo, totalmente negro, que no contribuía a realzar su cutis cetrino, y uno tendía a ignorarlo por completo, salvo el caso en que la persona más sagaz mirase los ojos oscuros y lustrosos de Bartholomew. Eran ojos que trasuntaban criterio, pero también tenían calidez y humor, y esas cualidades caracterizaban más que otras cualesquiera a Bartholomew. "De todos modos, los dos hombres mantenían relaciones muy estrechas y la relación entre ellos no era simplemente la del amo y el criado. Un hecho que fue instantáneamente obvio cuando Bartholomew arrugó la larga nariz y respondió a su propia pregunta murmurando: – Ah, sí, huelo que usted necesita un baño.– Con paso medido salió de la habitación para supervisar los preparativos necesarios en vista del baño de su amo.

Al verlo salir de la habitación, Dominic sonrió. Era grato tener allí de nuevo a Bartholomew, y se preguntó qué habría sucedido esa noche en la taberna si Bartholomew hubiese viajado con él, en lugar de dedicarse a vigilar ciertos detalles y asuntos en Nueva Orleáns. ¿Quién podría decirlo? Dominic se quitó las ropas, aflojó el cuerpo acostado en la cama, y contempló complacido la perspectiva del baño.

En realidad, pasaron algunas horas antes de que Dominic se bañara. Cuando Bartholomew regresó, descubrió a su amo profundamente dormido, y al ver los círculos oscuros bajo los ojos y las líneas de fatiga que habían aparecido poco antes, se retiró en silencio. Pero Dominic apenas había despertado de su largo y renovador descanso, cuando con esa extraña habilidad suya Bartholomew apareció a la cabecera de la cama y dijo: – Señor, su baño esta pronto.

De modo que, cuando Melissa y Dominic finalmente volvieron a verse él se sentía mucho mejor, lo cual no podía decirse de Melissa. ¡Mientras él había dormido feliz en su habitación, ella se paseaba en su dormitorio, tratando de reunir todo su coraje antes de enfrentar a su marido y decirle que no veía nada impropio en que cada uno buscase su propio placer!

El curso de acción que había decidido seguir no la complacía, pero no veía otro. Y estaba por otra parte la frágil esperanza de que si Dominic la veía prestando atención a otro hombre, tal vez de ese modo se encendiese en él cierta chispa posesiva. Aun así, Melissa vacilaba ante la perspectiva de ejecutar su plan. Había cometido tantos errores en su relación con Dominic que la aterrorizaba la perspectiva de cometer otros, y además un error que crearía un abismo definitivo entre ellos. Si por lo menos no lo hubiese expulsado tan cruelmente de su lecho. Poco importaba que él no la amase ¡por lo menos, podía dormir en la cama de Melíssa! ¿Y por qué, se preguntaba condolida, no le expliqué que en efecto yo había

Librodot

cambiado de idea?

Hizo una mueca. Conocía la respuesta a esa pregunta: su orgullo. Mal podía haber capitulado y haber aceptado compartir de nuevo el lecho de Dominic apenas unos momentos después de encontrarlo con otra mujer – ¡sobre todo porque él había aclarado bien que no le importaba que las cosas se resolviesen en un sentido o en otro! Pero en definitiva, Melissa sabia que había complicado el problema entre ellos, y tenía la desagradable conciencia de que ella misma había trepado sin quererlo a un pedestal tan alto que ahora no tenía modo de descender. Es decir, el único modo era la rendición abyecta, y Melissa aún no había llegado a ese punto.

Por Anna se enteró del retorno de Dominic, y supo también que estaba durmiendo en su cuarto. Durante un momento de desesperación, contempló seriamente la posibilidad de ir al dormitorio de su esposo y acostarse con él en la misma cama, de modo que su cuerpo juvenil y ansioso dijese lo que sus labios no atinaban a expresar. Pero después, se alejó deprimida de la puerta de comunicación: después de gozar la noche entera con los encantos de la bonitilla Deborah, él no la querría...

Un impulso de celos la atravesó al pensar en que Dominic había compartido la cama de Deborah, y su depresión se disipó. ¡Por Dios, Melissa le demostraría que no era un ratoncito sumiso al que podía tratar de ese modo!

Los ojos color topacio chispeaban peligrosamente, y la joven se acercó al armario ocupado por los hermosos vestidos que le había comprado. Pero ahora que las imágenes de Deborah besan– do a Dominic atravesaban su mente, Melissa apenas sabía lo que estaba haciendo. Ciertamente, no sintió demasiada gratitud al ver esos vestidos, otros signos de la generosidad de Dominic. ¿Él creía que las sedas y los encajes tan costosos podían compensar su condición de marido adúltero? Ardía de cólera mientras examinaba esas prendas tan caras. ¿El era tan estúpido que creía que nada más que unos pocos objetos podían consolarla?

Una serie de sentimientos ardió en su pecho mientras ella elegía un vestido; pero en general, lo que prevalecía era la depresión. Tratando de rechazar la deprimente conciencia de que gran parte de las dificultades eran imputables a su propia culpa, dedicó mucho más tiempo que de costumbre a su tocado, y permitió que Anna se ocupase de ella, pues necesitaba tener confianza absoluta de saber que exhibía su mejor aspecto cuando al fin se enfrentase con Dominic. Pero incluso cuando se ocupaba de su tocado y su atuendo, advirtió que se paseaba inquieta de un extremo al otro del dormitorio, y se preguntaba qué diría cuando al fin viese a Dominic. Y aunque aún estaba decidida a ejecutar su plan, las dudas acerca de la sensatez del mismo habían comenzado a insinuarse en sus pensamientos. Cuando Dominic al fin se reunió con ella en el saloncito del frente de la casa, Melissa vacilaba entre el deseo de criticar furiosamente el comportamiento bestial de su esposo, y el ansia igualmente intensa de buscar una suerte de paz entre ellos, pues ahora todas las acechanzas y los peligros de su plan destinado a lograr que él tuviese celos se le manifestaron.

Por de pronto, Dominic pareció decidido a representar el papel del marido descarriado y díscolo, y al entrar en el saloncito dijo burlonamente: – Ah, estás aquí, querida. Debo disculparme por haberte dejado tanto tiempo sola, pero me temo que las... actividades de anoche agotaron toda mi energía.

Observó interesado cómo el pecho de Melissa ascendía y descendía febril, a impulso de la indignación, pero le pasó completamente inadvertida la expresión de dolor de los hermosos ojos.

Esta actitud selló la suerte de Dominic, y desviando la cara para ocultar su dolor y sus celos, ella dijo con aparente desenvoltura: – Oh, eso no importa. Estoy acostumbrada a entretenerme sola... ¡nuestro matrimonio no cambiará eso!

Esa no era la reacción que Dominic deseaba, ¡y ahora percibió en sí mismo el apremiante deseo de cruzar la corta distancia que los separaba y besarla con tal fuerza que ella jamás volviese a mostrarse indiferente! Se contuvo con esfuerzo, y llegó a la conclusión de que cuando terminase de besarla quizá la estrangulase por el torbellino que ella había

Librodot

provocado en su vida hasta aquí muy ordenada. La miró resentido y hostil e incluso ahora, cuando sospechaba que ella se había casado con él solamente por el dinero, deseó encontrarla tan perversamente atractiva. Melissa tenía un aspecto muy seductor esa tarde, con su vestido de talle corto de tafetán de Florencia, ribeteado con cinta de satén negra, que destacaba maravillosamente su piel clara, de modo que su cutis cobraba un fulgor opalino, acentuando el contraste de las sorprendentes pestañas negras con un matiz luminoso de los ojos dorados. Incluso los cabellos parecían tener un color más vivo, y los mechones rubios se distribuían elegantes en rizos sueltos, divididos por una peineta de carey. Pero el vestido fue lo que atrajo la atención de Dominic, o más bien el cuerpo fascinante que él cubría, y su mirada exploró apreciativa la hermosa superficie del hombro y la espalda, revelada por el profundo escote de la prenda. La falda acampanada apenas dejaba entrever las suaves caderas y las piernas esbeltas bajo sus blandos pliegues; pero en detrimento de su propia paz mental Dominic podía recordar todo muy bien.

Hubo una pausa embarazosa, Dominic reaccionó primero, y decidido a comprobar hasta dónde llegaba la indiferencia de Melissa, dijo con voz ronca: – Qué amable de tu parte, querida. Pocas esposas serían tan comprensivas. Me complace que no seas una mujer celosa.

Pero soy celosa, pensó irritada Melissa. ¡Soy tan celosa que deseo arrancar los ojos de Deborah y lograr que se olvide de todas las mujeres, excepto de mí misma! Disimulando con esfuerzo su torbellino interior, Melissa se volvió para mirar a Dominic, e imponiendo a sus labios la apariencia de una sonrisa, murmuró: – Confío en que, como he demostrado que seré muy servicial en esta cuestión, me concederás las mismas prerrogativas.

Melissa no había podido ocultar todos los indicios de su sentimiento de infelicidad, y Dominic, que la observaba muy atentamente, tuvo un momento de esperanza cuando ella se volvió para mirarlo; los celos que ella estaba tratando de ocultar se manifestaban claramente en el brillo colérico de los ojos color topacio. Bien, bien, musitó animosamente, no se la ve tan distante y desinteresada como ella pretende ante la posibilidad de que yo haya pasado la noche en brazos de otra mujer. Pero apenas había tenido tiempo de saborear ese satisfactorio descubrimiento cuando las palabras de Melissa le provocaron un escalofrío en la columna vertebral. ¿Estaba hablando en serio?

Una expresión inescrutable en la cara, la mirada dura en sus ojos grises, Dominic miró fijamente a su esposa.

– ¿Y qué quieres decir con eso? – preguntó con voz peligrosamente moderada.

Melissa tragó nerviosa, y pensó que estaba muy bien contemplar la posibilidad de derrotar a Dominic en su propio juego, pero que era una cosa muy distinta hacerlo realmente. Imponiéndose una actitud desaprensiva, se encogió de hombros y replicó: – Vaya, quise decir exactamente lo que dije. Ambos somos adultos, y no veo motivos para fingir que este matrimonio fue lo que cualquiera de nosotros quiso. Y puesto que nuestro matrimonio no fue fruto de nuestra decisión, no veo nada malo en que cada uno busque su propia compañía.

– ¡Compañía! – escupió Dominic, y la expresión de su cara bien formada determinó que Melissa vacilara entre el miedo y el placer. Dominic cruzó la corta distancia que los separaba, y aferrándola por los hombros, la sacudió con escasa gentileza– . ¡Eres mi esposa, pequeña tonta, y si crees que permitiré que me pisotees y me pongas un par de cuernos en la cabeza, te has equivocado gravemente de hombre!

Con el matiz dorado de sus ojos color topacio, Melissa levantó la cabeza. El corazón le latía fuertemente, tanto por la actitud violenta de Dominic como por el intenso sentimiento de esperanza que ella misma concibió al oír lo que su esposo decía; y ahora preguntó con gesto inocente: – Veamos si te entiendo bien... ¿Es perfectamente aceptable que te busques la compañía de otras personas, pero no es necesario que yo haga lo mismo?

Muy consciente del abismo que se abría a sus pies, Dominic ahogó una maldición. ¡La pequeña bruja! ¡Con cuánta habilidad había tergiversado lo que él dijo! Y ahora pensó irritado que también ella lo tenía casi atrapado. O confesaba que no había sucedido nada entre él y Deborah y que había pasado la noche durmiendo solo sobre su propia pila de heno, o...

Vaciló. O podía decirle que estaba enloqueciéndolo, y que nada más que el pensamiento de que otro hombre la tocase le parecía intolerable. Le habría agradado hacer ambas cosas, pero las actitudes anteriores de Melissa le creaban una situación difícil. Ella no lo había alentado ni mucho menos, y el hecho mismo de que hubiese sugerido el deseo de buscar su propio placer donde éste se le ofreciera, no suscitaba sentimientos de confianza o de optimismo en Dominic. El no estaba en absoluto dispuesto a ser víctima del ridículo, y lo que sospechaba podía ser un golpe casi fatal a su inseguro corazón, reconociendo en ese mismo momento que ella no tenía motivos para estar celosa... que la única mujer que él deseaba era la que ahora sostenía por los hombros...

Con un gesto inconsciente, aflojó el apretón, y sus dedos se deslizaron acariciadores sobre los hombros de piel sedosa. El delicado aroma de rosas y musgo del perfume de Melissa se elevó inquietante hacia la nariz de Dominic, y él cobró una torturante conciencia de la calidez y la proximidad del cuerpo suave de su esposa. El recuerdo de su desnudez lo apremió ardiente, ocupando toda su mente, y ahora Dominic sintió que el deseo vivía en su propio cuerpo. Sonrió sin alegría. Si, ella era una bruja – en medio de una discusión irritante, sin hacer el menor esfuerzo, podía ex– citarlo.

Tanto la vacilación como la sonrisa de Dominic oprimieron el corazón de Melissa. Había ansiado una clara refutación, pero cuando pasaron los segundos y él permaneció silencioso, Melissa sintió que algo se encogía en su interior. Se dijo con un gesto de incredulidad: ¡En efecto, estaba considerando la posibilidad de autorizaría a buscar otros hombres! Melissa no deseaba creer que era tan amoral, pero cuando el silencio se prolongó y él se limitó a mirarla, la joven no pudo concebir otra razón que explicase cl comportamiento de su esposo. En ese momento estuvo a un paso de odiarlo, y reprimió el ansia de abofetear la cara arrogante y de gritarle que ella no deseaba representar el papel de una persona promiscua – ¡aunque su marido prefiriese ser un buscador de mujeres perdidas!

Melissa descubrió enfurecida no sólo que al parecer él se proponía convertir en una burla las promesas conyugales; pero de pronto, muy consciente del cambio sobrevenido en el modo en que las manos de Dominic la tocaban, y del resplandor sensual que percibía en esos ojos grises, ¡Melissa advirtió que su esposo intentaba seducirla! Disgustada, se aparté de él y murmuró con fiereza:

– ¿Acaso anoche Deborah no satisfizo tus apetitos? ¿Es necesario que me impongas nuevamente tus inoportunas atenciones?

Dominic endureció el cuerpo, y la luz cálida que había en sus ojos se apagó.

– ¡Perdóname! – rezongó– . Había olvidado que el contacto conmigo te parece muy desagradable. ¡Lástima que no tuvieses los mismos escrúpulos esa noche en la posada!

Conteniendo las lágrimas de cólera, Melissa lo miró hostil.

– ¡Por lo menos yo no cometí adulterio a las veinticuatro horas de ser tu esposa!

Las palabras de Melissa se le clavaron como un cuchillo, y el espectáculo de las lágrimas de su esposa de hecho sofocó la cólera que él sentía. Estuvo al borde de pronunciar las palabras que desmentían la afirmación de Melissa, y avanzó nerviosamente un paso, y sus brazos la buscaron; pero Melissa evitó furiosa la aproximación de Dominic, y con un movimiento ágil lo esquivó.

Conteniendo rudamente los signos humillantes de su propia angustia, ella dijo en un tono grave y severo: – ¡No me toques! ¡No quiero que jamás vuelvas a tocarme... sobre todo después de haber estado con otra mujer!

Dominic la miró reflexivo. Aunque la situación no era cosa de broma, no pudo evitar la débil sonrisa que jugueteó en sus labios, y un atisbo de perversidad lo impulsó a murmurar: – ¿Que acabo de venir de otra mujer? Pero te aseguro, querida, que acabo de salir de las manos de mi valet. Si deseas preguntarle, te prometo que no me opondré.

Con la boca abierta, Melissa lo miró fijamente, incapaz de creer que él podía bromear acerca de algo tan fundamental. Esa actitud a lo sumo confirmó sus temores más sombríos – ¡ese hombre nada sentía para ella! ¡Ella nada significaba para él! Reaccionó instantáneamente,

y con un gesto decidido cerró la boca. Con los ojos color topacio relucientes de cólera, dijo entre dientes: – ¡Me complace que esta situación te parezca tan divertida! ¡Confío en que continúes pensando lo mismo cuando yo sea quien ha pasado la noche en brazos de un amante!

Incluso encolerizada como ella estaba, Dominic la consideraba absolutamente encantadora, y ahora observó con admiración el resplandor de furia en los ojos color ámbar y el sonrojo delator que teñía de rosa las mejillas de la joven. Pero la idea de que ella podía aceptar un amante era intolerable. La sonrisa se borró de los labios de Dominic, que dijo audazmente: – Querida, en tu cama encontrarás siempre un solo amante... y estás mirándolo en este mismo instante.

– ¡Oh! – estalló indignada Melissa, que contuvo la absurda ansia de decirle que él era el único amante que ella deseaba o desearía jamás. Se lo veía tan atractivo allí, de pie frente a ella, con los cabellos negros ensortijados recogidos al descuido y ondeando sobre su frente, la chaqueta azul oscura bien cortada que se adaptaba perfectamente a los anchos hombros, y los breeches negros que delineaban los músculos lisos de sus muslos. Con sus rasgos patricios, los ojos joviales, la nariz arrogante y la boca expresiva, era la expresión del sueño de una doncella. Por desgracia, pensó amargada Melissa, esos rasgos tan bellos ocultaban un corazón negro, y ahora ella exclamó: – ¡Eres arrogante y abominable! ¡Ojalá jamás te hubiese conocido!

– Si sólo te hubieses limitado a conocerme – dijo Dominic secamente– no nos encontraríamos en esta situación.

Perdiendo los estribos, las manos en jarras, Melissa le dirigió una mirada mortal. Con voz que trasuntaba una peligrosa serenidad, preguntó: – ¿Me achacas la culpa de este desastre?

Él enarcó una ceja espesa y oscura.

– En efecto, viniste a mi cuarto esa noche en la posada, aceptaste mis caricias. A decir verdad, las alentaste. – Curvó los labios.– Aunque parece que has cambiado de idea ahora que estamos casados.

Era la oportunidad que antes Melissa habría aprovechado sin vacilar. Aunque no podía explicar su presencia en la posada esa fatídica noche, por lo menos podía rectificar las palabras duras que había pronunciado la víspera; pero en vista de la flagrante intriga de Dominic con Deborah y de su evidente falta de arrepentimiento, las palabras murieron en los labios de Melissa. ¡Prefería morir antes que explicarle nada! Con su actitud más altiva, dijo majestuosamente: – Creo que nada ganaremos prolongando esta ingrata discusión. ¡Pero antes de separarnos, deseo que sepas que no me propongo contemplar pasivamente tus cabriolas con esa... esa mujer! Puesto que has aclarado que te crees en libertad de practicar tales pasatiempos, considero perfectamente justo ejercer las mismas libertades.

Dominic la miró con expresión reflexiva, y se preguntó qué parte de lo que ella decía era verdad y qué parte fanfarronería. ¿Realmente deseaba tener otro amante? ¿O toda su ofensa era real y su intención explícita era buscar un amante sólo para disfrazar lo que en verdad sentía? ¿Quizá los celos?

Dominic deseaba desesperadamente creer que todo era cuestión de celos, y que eso determinaba las actitudes de Melissa, pero no podía estar seguro. Por cierto, durante el período en que él la había conocido Melissa le había suministrado escasos indicios de sus sentimientos íntimos. Bien, ¿todo lo que ella hacía era mera fachada, exhibida con la esperanza de provocar una actitud reveladora en él? ¿O decía en serio cada una de las palabras que pronunciaba?

En definitiva, decidió sardónicamente que había un solo modo de comprobarlo. Con voz estudiadamente indiferente, preguntó: – Puesto que pareces haber dedicado bastante tiempo a pensar en el asunto, ¿tu preferencia ha señalado a determinado hombre?

La actitud despreocupada de Dominic fue el acicate final, y antes de que ella comprendiese siquiera lo que estaba haciendo, dijo temerariamente: – ¡Sí! ¡Julius Latimer!

TERCERA PARTE

Acerca de la intriga y el deseo

El sufrimiento del amor es mucho más dulce
Que todos los restantes placeres.
Tyrannic Love
– John Dryden

Librodot

18

El tiempo que transcurrió después del anuncio de Melissa en el saloncito fue bastante extraño. Dominic palideció al oír el nombre de Latimer, y con una mezcla de alegría y dolor ella vio, como hipnotizada, que él se le acercaba. Melissa no había tenido idea del efecto que sus palabras producirían en Dominic, y carecía totalmente de preparación para la profundidad de la aversión de su esposo. Ciertamente, no se engañaba creyendo que tal vez él respondía a los sentimientos perfectamente profundos que le profesaba. Algo mucho más intenso que los meros celos había determinado las palabras y los actos de Dominic.

En sus rasgos se dibujó una expresión fría y dura, y con voz helada rezongó: – Si algún día te encuentro en los brazos de Latimer, lo mataré ahí mismo, ¡y después haré que tú lamentes por el resto de tu vida el mero hecho de haber conocido su nombre!

Sin decir una palabra más salió de la habitación.

No era exactamente la reacción que Melissa había anhelado, pero intentó consolarse con el pensamiento de que por lo me– nos no se había reído de ella, ni se había mostrado indiferente. De todos modos, no se sentía muy reconfortada, y ella había estado temiendo el.próximo encuentro, y preguntándose cómo la trataría Dominic – si con frialdad, con indiferencia, o fingiendo que el incidente no había existido.

Dominic eligió esta última forma, y Melissa no supo si se sentía decepcionada o agradecida. Cuando se reunió con ella a la mañana siguiente en la pequeña sala del desayuno, Dominic la recibió cordial, y ella vio asombrada que de hecho pasaba parte del día a su lado. No se mencionó la desagradable escena de la víspera, y mientras ella esperaba nerviosamente que Dominic formulase un comentario o abordase de nuevo el tema, él no respondió a tales expectativas. En cambio, se comportó como podría hacerlo un marido reciente, mostró las instalaciones a su esposa, atrajo su atención sobre los cambios que podían realizarse y pidió su opinión acerca de las renovaciones que él proyectaba.

Asombrada, Melissa se adaptó a ese estilo, y en ocasiones incluso consiguió olvidar durante varios minutos por vez los obstáculos en apariencia insuperables que se alzaban entre ellos. Al principio, ella se mostró optimista acerca del estado de cosas. Si Dominic pasaba la mayor parte de sus horas con ella, no dispondría de tiempo para ver a la diosa Deborah, ¿verdad? Y como ella ahora había conseguido atraer la atención de su marido, podía comenzar a reparar los daños provocados en ese desastroso principio, y a crear una forma de armonía duradera entre ellos.

Necesitó casi una semana para comprender que no tenía motivos que justificaran su optimismo. Quizás ahora Dominic no continuaba sus encuentros escandalosos con Deborah, ¡pero ciertamente no parecía en absoluto dispuesto a perseguir tampoco a su esposa! Se mostraba tan cortés con Melissa que poco a poco ella comenzó a sentir que era una visita, más que la señora de la casa.

Se había apartado sutilmente de ella; ya no mostraba esas sonrisas burlonas, y la expresión de los elocuentes ojos grises continuaba siendo la misma, fríamente cortés, sin el más mínimo atisbo del brillo sensual que aceleraban los latidos del corazón de Melissa, y sin indicios de que existiera una pasión apenas contenida. Se mostraba sumamente cuidadoso en el modo de tocarla, y su mano no se demoraba un segundo más que lo necesario en el brazo de Melissa, cuando la acompañaba en una recorrida por los terrenos; y Melissa por su parte trataba de convencerse de que esto era exactamente lo que ella deseaba. ¿Acaso no le había dicho que no la tocase? Pero puesto que él estaba haciendo ahora exactamente lo que ella había pedido, ¿por qué se sentía tan desgraciada?

No sólo parecía que él deseaba el mínimo de contacto físico con Melissa, sino que también, observó deprimida la joven, se apresuraba a desviar la conversación de todos los temas que aunque fuese remotamente tuviesen un carácter personal, y así los pocos e inseguros intentos de Melissa de comentar las dificultades que los separaban se veían

prontamente anulados.

Cuando pasó otra semana, ella estaba profundamente deprimida, y tenía la certeza de que se la había condenado a pasar el resto de su vida atada al individuo frío y austero en que se había convertido Dominic. En realidad, estaba tan deprimida que incluso se las arregló para disculpar la aparente relación de Dominic con la bella lady Deborah, y se criticó lo mismo por haberse comportado de un modo tan apresurado y absurdo la noche de la boda. Sus ojos seguían ansiosos los movimientos del cuerpo de anchas espaldas, y ella ansiaba que se le ofreciera otra vez una oportunidad. Se decía desalentada. Cuán diferente sería ahora su comportamiento. Controlaría mi maldita lengua. Y mi lamentable carácter. Trataría de mostrarme más comprensiva. Tendería menos a extraer conclusiones apresuradas...

La situación de ningún modo era más fácil para Dominic, sobre todo porque nada le habría agradado más que alentar los inseguros avances de Melissa. Pero la cólera asesina que había estallado en su cuerpo ante la idea misma de que Latimer siquiera pudiese tocarla lo había impresionado, y lo había llevado a entender que lo que sentía por Melissa no era un capricho pasajero. En el curso de su vida nunca había estado en actitud posesiva frente a una mujer, y el descubrimiento de que Melissa excitaba en el fuero íntimo del propio Dominic esos sentimientos primitivos e incontrolables había sido una experiencia desconcertante.

Esa noche, después de separarse de Melissa en el saloncito, la había pasado insomne. Habla formulado toda suerte de excusas para justificar su comportamiento, pero aunque en definitiva pudo formular una satisfactoria explicación racional a las cosas, quedó con la incómoda sensación de que sólo estaba engañándose él mismo. Melissa lo había irritado y desconcertado desde el primer momento en que la vio, y en definitiva Dominic llegó con mucho desagrado a la conclusión de que la sugerencia de Melissa, la noche de la boda, en el sentido de que llegasen a conocerse mejor antes de establecer una relación física íntima, no había sido el concepto ridículo que en ese momento le había parecido. Además, se dijo con expresión sombría: Melissa había aclarado muy bien que no deseaba compartir la cama con él. Y por el momento él estaba dispuesto a respetar las condiciones de su esposa, por irritantes que ellas fuesen.

Lo que necesitamos, reconoció de mala gana, es un poco de espacio. Una pausa. Un poco de tiempo para conocernos mejor... tiempo para descubrir si se casó conmigo por mi dinero... tiempo para descubrir si provoco en ella algún sentimiento...

Si él conseguía mantener una aire de serena cortesía, quizá lograra descubrir el modo de que el matrimonio fuese, si no feliz, por lo menos soportable. Pero se preguntaba: ¿Cómo lograría mantener quietas las manos cuando todos los miembros de su cuerpo vibraban a causa del deseo más intenso siempre que ella se le acercaba? Gruñó por lo bajo. Estaba engañándose. No se trataba sólo de su proximidad, ¡no era necesario que ella estuviese en la misma habitación con Dominic y ya él reaccionaba nada más que ante el pensamiento de hacerle el amor! Pero reconociendo que un poco de castidad podría venirles muy bien a ambos, se resignó hoscamente a representar el papel del anfitrión amable.

No era un papel que lo complaciera, pero Dominic había sido siempre un hombre capaz de controlar totalmente sus sentimientos, y ahora necesitaba demostrarse que muy bien podía comportarse con su acostumbrada y conocida sangre fría – por mucho que deseara a Melissa, o por ridícula que fuera la situación. Pensó irritado: ¡Por Dios, es mi esposa, y tengo el derecho de hacerle el amor si así lo deseo! Pero con intenso fastidio, una voz desagradable murmuró en su cerebro: Pero ella no te quiere....

Los días siguientes fueron una curiosa mezcla de placer y sufrimiento para Dominic, y los vacilantes intentos de Melissa de acortar la distancia que él había puesto intencionalmente entre ellos presionó tremendamente sobre las buenas intenciones que él se había formado. Al principio no había sido difícil; se sentía tan encolerizado y ofendido por la amenaza de Melissa de tomar como amante a Latimer que no podía alentar ni desalentar las iniciativas de paz de Melissa. Pero a medida que pasaban los días, descubrió que era cada vez más difícil mantener su actitud de distanciamiento.

Librodot

Mientras él representaba el papel de anfitrión cortés, los dos habían dedicado muchas horas a explorar la propiedad adyacente a la casa, y habían consagrado parte del tiempo a conectar distraídamente los planes de los anexos que construirían para albergar a los animales asignados a esa propiedad y no a Mil Robles. Pero el control férreo de Dominic poco a poco se debilitó, y él tuvo irritada conciencia de que estaba ablandándose. Muy pronto, mientras conversaban una tarde acerca de ciertas reformas en la cabaña, él se sorprendió pensando que Melissa se mostraba absolutamente encantadora con su agradable sonrojo al oír que él mencionaba con voz neutra un sector dedicado al cuarto de los niños. Después, y durante muchos minutos, él se sintió muy reanimado, pues la idea de ser el padre de los hijos de Melissa le pareció sumamente atractiva.

Las largas veladas estivales podrían haber sido muy difíciles si no hubieran podido distraerse comentando los diferentes linajes de los caballos que Dominic poseía, y el posible efecto que la cruza con Locura tendría en la progenie obtenida de ellos. Dedicaron muchísimo tiempo a hablar de caballos, tanto porque era un tema seguro como porque ambos tenían verdadera afición por ellos. Dominic comprobó con grata sorpresa que Melissa sabía mucho de caballos de pura sangre, y que no vacilaba en absoluto cuando llegaba el momento de formular su opinión.

– ¿Cómo puedes desechar sin más a Godolphin Barb? – preguntó ella una noche, ambos sentados en la galería, discutiendo amablemente acerca de la historia de los caballos de pura sangre– . Mira el caso de Cade. ¿Y qué me dices de su hijo Matchem? Todos han contribuido enormemente a la estirpe. – Meneando la cabeza dijo con voz firme:– Tu comentario cuando dices que el árabe Darley es el que más influye aún necesita demostración.

Dominic se sintió impresionado por el caudal de información que ella había reunido a lo largo de los años, sobre todo cuando pensó que Melissa nunca había viajado mucho, y había salido de Willowglen sólo para asistir a las carreras. Cuando percibió la expresión de deseos que se dibujó en la hermosa cara de la joven al hablar de la posibilidad de asistir al Derby de Epsom, en Inglaterra, se dijo que una vez que esa maldita contienda con Inglaterra hubiese concluido, la llevaría allí, para que asistiera a la más importante de las carreras de caballos.

Pero aunque estaba apasionadamente interesada en los caballos, no parecía, según observó bastante divertido Dominic, muy obsesionada por los adornos y los vestidos que concitaban el interés intenso de muchas de las amigas del propio Dominic. Había agradecido muy amablemente a Dominic las cosas hermosas que él le había comprado, y aunque Dominic no dudaba de que las agradecía y de que le complacía usar prendas hermosas, al ver el descuido con que trataba las piezas de su atuendo comprendió claramente que se habría sentido perfectamente feliz vistiendo las raídas prendas que llevaba puestas la primera vez que él la vio. Dominic suponía que debía sentirse agradecido porque no estaba recibiendo las exorbitantes facturas que acompañaban a las colecciones de prendas femeninas, que apenas cumplían alguna función en Mil Robles, con su limitada sociedad, pero la actitud de Melissa lo desconcertaba todavía más. Ella no se comportaba como la bruja mercenaria que él había creído ver inicialmente.

Con respecto al celo en las actividades domésticas, Dominic comprendió de inmediato que su esposa no se interesaba en lo más mínimo por la administración del hogar. Mientras tuviese alimentos comestibles a horas razonables y se mantuviese la casa en un nivel tolerable de limpieza, parecía perfectamente satisfecha.

Como siempre había vivido en un hogar impecablemente administrado, Dominic se enorgullecía de haber demostrado excelente previsión para emplear un ama de llaves y un personal competentes. Si hubiese quedado a merced de los cuidados de Melissa, ¡Dominic estaba seguro de que con frecuencia hubiese cenado pan rancio y queso con hongos en un comedor adornado con telarañas y salpicado de polvo!

Una cálida y sugestiva mañana Dominic advirtió que el golpeteo del pie de Melissa sobre el piso trasuntaba su impaciencia por salir de la casa, mientras el ama de llaves, la señora Meeks, enumeraba las tareas diarias que era necesario ejecutar en las instalaciones; y

Dominic tuvo que volverse para disimular su regocijo. ¡Era evidente que Melissa estaba más interesada en probar la nueva yegua que él le había comprado que en saber que la casa estaba bien o mal dirigida! Y no lo sorprendió en absoluto que Melissa sonriera luminosa a la señora Meeks, y le dijese cordialmente: – Señora Meeks, lo dejo todo en sus manos eficaces. Usted decida el menú de hoy. Y con respecto a las restantes cosas, estoy segura de que el señor Slade y yo nos sentiremos sumamente satisfechos con el modo en que usted cumple sus obligaciones.

Apoyó confiadamente su brazo en el de Dominic, y lo miró.

– ¿Salimos ahora? Sé que los caballos están esperándonos. Con un resplandor burlón en los ojos grises, Dominic murmuró: – ¡Qué esposa tan doméstica me ha tocado! ¿Estás segura de que soportarás verte alejada de las tareas fascinantes que sugirió la señora Meeks?

Melissa lo miró con una expresión de encantadora culpabilidad. Preguntó dubitativa: – ¿Crees que debería quedarme aquí? Quizás está mal que yo encargue a la señora Meeks que se ocupe de todo.

Dominic se echó a reír.

– Querida, precisamente para eso le pago un sueldo ridículamente elevado.

La expresión de culpabilidad de Melissa se acentuó.

– ¡Oh, querido! – exclamó– . ¡No había pensado en eso! Soy muy descuidada, ¿verdad? ¿Preferirías que me ocupe más activamente de todo, porque de ese modo no necesitarías los servicios de la señora Meeks?

Dominic la miró pensativo, y al fin dijo con amabilidad: – si permanecieras aquí en la casa, me vería privado de tu encantadora compañía, ¿verdad?

Sonrojándose deliciosamente, Melissa asintió con timidez, y el corazón le latió excitado en el pecho. En momentos como éste, ella se veía en graves dificultades para creer que él era verdaderamente un mujeriego, pese a que sabía que en efecto ése era el caso; y se preguntaba inquieta cuánto tiempo él podría mantener la atención concentrada en su esposa. Cuánto tiempo pasaría antes de que se hastiase y comenzase a buscar alrededor, para identificar a la mujer a quien esclavizaría con su encanto hipnótico.

Si Melissa tenía dificultades al recordar las inclinaciones al mariposeo de Dominic, él se veía en una situación igualmente difícil para reconciliar a la cautivante criatura que acentuaba día tras día la atracción mágica que ejercía sobre él, con la mujerzuela aparentemente cautivadora que con tanta sangre fría lo había atrapado para llevarlo al matrimonio. Era cierto que más allá de esa única noche de éxtasis ella le había negado sus derechos conyugales, pero fuera de ese hecho especialmente desagradable, Dominic no podía achacarle faltas. Era una compañera deliciosa. Cálida, divertida y siempre seductora. Aunque Dominic creía que ella se había casado por dinero, no mostraba signos que sugiriesen que era una arpía codiciosa; en todo caso, los muchos regalos que él le había ofrecido parecían conmovería poco. No le formulaba reclamos de dinero; hasta el momento no había mostrado indicios de que se hubiera sentido impresionada o atraída por la riqueza de Dominic. Disimuladamente miraba de tanto en tanto a Melissa, y se preguntaba cuáles eran los motivos que la habían llevado a aparecer esa noche en el cuarto de la taberna, y como no podía imaginar otra razón que la premisa original de que ella estaba decidida a atrapar a un marido rico, llegaba a la ingrata conclusión de que quizás ella estaba jugando un cierto juego con él, y que intencionalmente trataba de obligarlo a bajar la guardia.

Dominic reconocía hoscamente que Melissa estaba alcanzando un éxito que superaba sus más amplias expectativas. El casi podía creer que existía otra motivación, desconocida por el propio Dominic, que había llevado a Melissa a colocarse en esa posición tan negativa. Casi.

Y así pasaron los días, y Melissa abrigaba la esperanza de atraer la atención de su esposo, y quizás inducirlo a repudiar sus costumbres libertinas, y Dominic estaba completamente desconcertado y al mismo tiempo seducido por esa esposa de rubios cabellos.

Si hubieran podido permanecer aislados en su propio y pequeño mundo de la cabaña, los malentendidos que cada uno alentaba respecto del otro se habrían aclarado en un lapso

Librodot

relativamente breve. Melissa había estado juntando valor para enfrentar a Dominic y preguntarle directamente qué sucedía con Deborah; y

Dominic, medio enloquecido por el deseo de abrazar de nuevo a su esposa, durante los últimos días había estado a un paso de intentar algunas maniobras de gentil seducción, para comprobar si ella aún estaba decidida a excluirlo de su lecho. Si Melissa mostraba signos de debilidad, el paso siguiente de Dominic sería descubrir, si tal cosa era posible, cuáles eran exactamente los motivos que lo habían impulsado a aceptar ese matrimonio. Pero antes de que uno cualquiera de ellos pudiera dar el primer paso inseguro hacia el otro, el mundo, en la forma de un criado de Morgan, llamó a la puerta de la casita. Después de presentar una nota a Dominic, el hombre esperó pacientemente la respuesta.

Morgan escribía que Jason partiría al día siguiente para Terre du Coeur, pero antes de marcharse deseaba mucho conversar con Dominic. Morgan invitaba a Dominic y a Melissa a cenar esa noche en Oak Hollow.

Dominic contempló pensativo la caligrafía de letras grandes, y se preguntó qué había determinado ese deseo al parecer urgente que Jason manifestaba. Fuera de la posibilidad de que Jason y Catherine desearan despedirse, no podía concebir otro motivo. Encogiéndose de hombros, se volvió hacia Melissa y dijo: – Mi hermano desea que cenemos con él esta noche en casa de tu tío. ¿Te opones a aceptar la invitación?

Con sentimientos contradictorios, Melissa pensó en la invitación. Al aceptarla, terminaba la situación de intimidad entre ellos, y Melissa no se sentía segura de que estaba preparada para eso; esos días a solas con Dominic habían sido muy valiosos para ella, y no deseaba interrumpir la experiencia. Por otra parte, no podían permanecer separados eternamente del mundo, y dirigiendo una sonrisa a Dominic dijo airosamente: – No, es claro que no. De buena gana volveré a ver a tu hermano y su esposa.

Dominic casi había esperado que ella no deseara interrumpir ese aislamiento bucólico. Apenas se supiera que esa reclusión autoimpuesta, y presuntamente romántica, había terminado, sin duda serían los destinatarios de muchas invitaciones; todos desearían agasajar a los nuevos esposos. Y sin embargo, él también acogió de buen grado el fin de ese enigma – es decir, el enclaustramiento en un ambiente íntimo con una mujer a la que deseaba apasionadamente, pero cuya posesión no se atrevía a intentar y estaba poniendo a dura prueba todas sus buenas intenciones. Casi le pareció un alivio gozar de la compañía de terceros. Se dijo con sequedad que por lo menos de ese modo, cuando el ansia de hacerle el amor llegaba a ser casi abrumadora, podía buscar cierta distracción entre sus conocidos. Además, ésa podía ser muy bien la oportunidad de observar a su joven esposa en un ambiente menos íntimo. Tal vez observando la conducta de Melissa en la relación con su propia familia y los amigos, podría resolver las desagradables contradicciones que se manifestaban en su propia mente – es decir, ¿era una mujerzuela calculadora y codiciosa que se había casado con él por los beneficios materiales que podía obtener, o era la criatura realmente seductora cuya imagen recorría sus inquietos sueños?

Sólo el tiempo aportaría la respuesta a su dilema, y resignado, Dominic buscó papel y tinta y contestó afirmativamente la nota de Morgan. Miró con el entrecejo fruncido cómo se alejaba el criado. No sabía por qué, pero en verdad no creía que el pedido de Jason respondiese simplemente a cortesía. Abrigaba la firme esperanza de que Morgan y Jason no quisieran enredarlo en algún tipo de intriga política, pero cuando él y Melissa abandonaron la cabaña esa noche para dirigirse a Oak Hollow, no pudo evitar la ingrata sensación de que, cualquiera fuese la razón por la cual Jason deseaba verlo, ¡a él eso no le agradaría!

No se equivocaba, pero lo sorprendió la dirección que seguían los pensamientos de Jason. La cena fue muy agradable, Josh, el anfitrión afable y cordial; Sally, serena y un tanto aturdida, como de costumbre; Royce divertido; Morgan y Leonie afables; Jason y Catherine encantadores; y la inclusión de Zachary, un invitado bienvenido y de ningún modo imprevisto. Sólo después, cuando Jason, que había concertado arreglos con Josh, pidió la biblioteca de Oak Hollow, Dominic descubrió la razón que explicaba la cena. En la biblioteca

Librodot

había sólo cuatro caballeros: Royce, Dominic, Jason y Morgan, y mientras bebían complacidos el mejor brandy de Josh, Royce comentó:

¿Qué dijiste a mi padre y a Zachary que los vi tan dispuestos a dejarnos solos?

Jason sonrió, con una expresión sardónica en su rostro moreno.

– Sólo que necesitaba discutir con ustedes algo de mucha importancia oficial.

Dominic esbozó una mueca.

– ¿Y realmente tienes algo de "gran importancia oficial" que Royce y yo debamos conocer? ¿No podemos continuar en un estado de bienhechora ignorancia?

– Bien, no tengo mucho que decirte, pero abrigo la esperanza de que ustedes puedan decirme algo. – Ante la expresión de cautela que se dibujó en la cara de los dos hombres más jóvenes, los ojos verdes de Jason resplandecieron divertidos.– Cálmense, no es

nada muy personal. Sólo deseo saber algo acerca del inglés, Julius Latimer. Entiendo que ustedes dos lo conocen bastante bien.

– En cierto modo – admitió secamente Dominic, mientras depositaba sobre la mesa de caoba lustrada la copa medio llena de brandy– . Pero que podamos serle de utilidad...

Inclinándose hacia adelante en el cómodo sillón de cuero que ocupaba, con los rasgos enérgicos, Jason preguntó: – ¿Qué clase de hombre es?

Sin vacilar, Dominic dijo: – Un canalla, un mentiroso y un estafador.

Apenas había pronunciado estas palabras, Royce se hizo eco, y dijo sin rodeos: – Inescrupuloso, peligroso, indigno de confianza.

Jason frunció las cejas morenas.

– ¿Un individuo realmente tan canallesco?

Dominic y Royce asintieron al unísono. Pero quien habló fue Dominic.

– Su reputación en Inglaterra no es la mejor, la sociedad lo toleraba sólo a causa de sus relaciones de familia. Y estoy seguro que lo que resta de esa familia respiró aliviada cuando vino a América.

Morgan, que hasta ese momento había guardado silencio, se unió a la conversación y preguntó con voz neutra: – ¿La opinión que ustedes tienen de él se basa únicamente en el rumor y la murmuración?

Royce y Dominic se miraron.

– No – dijo Royce, cuando advirtió que Dominic no parecía dispuesto a explicar las cosas– . Latimer y Dominic se enfrentaron en duelo... yo fui el padrino de Dom. No creo que ustedes necesiten conocer todas las razones por las cuales se enfrentaron, pero una de las causas del duelo fue el hecho de que Latimer había calumniado el carácter de Dominic y difundido mentiras lisas y llanas acerca de su persona, describiéndolo como un libertino y un cazador de fortunas, y diciendo toda suerte de tonterías, de modo que sabemos que es un mentiroso. Con respecto al resto... Dominic le infligió una fea herida, y Latimer fue retirado del campo y en ese momento profirió toda clase de amenazas de venganza. Podríamos olvidar lo que dijo si no fuera por el hecho de que dos días después, en uno de los barrios más residenciales de Londres, no un lugar donde uno esperaría encontrar ladrones y asesinos, Dominic fue emboscado por varios matones cuya única intención pareció ser asesinarlo.

Morgan entrecerró los ojos azules.

– Eso no demuestra que Latimer tuviese nada que ver con ello.

Dominic dijo con expresión de hastío: – No, pero parece que ése es el modo en que Latimer actúa, jamás nadie pudo probarle nada y hubo otros incidentes análogos relacionados con él. Felizmente para mi, Royce y unos pocos amigos aparecieron a tiempo para salvarme de la muerte, y pudimos capturar a uno de los atacantes. – Con una expresión reflexiva en la cara, Dominic continuó:– Era un individuo astuto, y aunque no quiso revelar el nombre de la persona que lo contrató, en efecto reconoció que había sido comprometido para matarme, y que la persona en cuestión era un hombre de "aspecto elegante". Bien, no soy un individuo que tenga muchos enemigos, de modo que todos llegamos a la misma conclusión. Latimer había sido la "persona elegante".

Librodot

– Pero, ¿ustedes no continuaron interrogando a ese bandido? – preguntó ásperamente Jason.

Dominic se encogió de hombros.

– Lo entregamos a la ronda policial, y lo llevaron a Newgate. Pensábamos... bien, convencerlo de que nos dijera el nombre del individuo que lo había contratado, pero sucedió que el detenido se enredó en una riña mientras esperaba comparecer ante el juez, y fue apuñalado de muerte.

– Comprendo – murmuró en voz baja Jason, frotándose distraídamente el mentón– . Nuestro encantador inglés no parece ser el tipo de hombre que uno desearía tener a la espalda en una situación difícil... – Miró a Dominic y a Royce.– ¿Tiene mucho dinero? Deja esa impresión, y me agradaría mucho saber cómo se las arregla para mantener un estilo tan elegante a tanta distancia de su país.

Royce dijo reflexivamente: – En Inglaterra, ni Julius ni su hermana tenían mucha fortuna; todos sabían que ambos estaban a la pesca de un marido o una esposa acaudalados. – Royce evitó mirar a Dominic, y continuó:– Su hermana, lady Deborah, finalmente pudo atrapar a un viejo rico, pero eso de poco le sirvió. Cuando él murió, su viuda descubrió que la propiedad era parte de la primogenitura, de modo que la dama quedó sólo con una pequeña suma de dinero. Con respecto a Julius, no creo que le interese demasiado encontrar fortuna en el lecho conyugal. En Londres concentraba su atención en las salas de juego más que en las habitaciones de la sociedad. Es muy buen jugador, aunque algunos, yo entre ellos, dirán que también es un tramposo muy astuto. Sé lo que digo porque una noche lo vi despojar de una suma considerable a un joven novato recién llegado de la campiña. Con respecto a lo que Latimer pueda haber o no heredado de su tío Weatherby, el rumor afirma que lo único que recibió de esa herencia fue el pagaré por deudas de juego de Hugh... y un viaje pago a Estados Unidos.

Jason y Morgan miraron sin comprender ante la mención del pagaré, y en pocas palabras Dominic y Royce les explicaron la deuda que Melissa y Zachary habían heredado a la muerte de su padre. Cuando terminaron de hablar, Jason asintió, como silo que había escuchado confirmara su propia conclusión personal.

– De modo que parecería que nuestro Latimer ha descubierto el modo de vivir con bastante elegancia sin disponer de dinero.

Con una expresión sardónica en la cara, Dominic observó secamente: – Bien, eso ha cambiado... finalmente pudo cobrar el pagaré de Hugh.

– Y – agregó Royce con voz pausada – no ha necesitado gastar mucho dinero mientras residió en esta región... él y su hermana están alojándose en casa del coronel Grayson, río abajo.

– Ah, sí, el coronel Grayson – murmuró suavemente Jason– . El apreciado coronel que fue oficial del ejército real, y cuyas manifiestas simpatías tories determinaron que lo expulsaran de Virginia al principio de la Guerra de la Independencia. Una situación muy interesante, ¿no les parece?

Tanto Dominic como Royce se sobresaltaron visiblemente cuando comprendieron lo que sugerían las palabras de Jason.

– ¿Estás diciendo que crees que Latimer es espía? – preguntó incrédulo Dominic– . Yo diría que no es un hombre muy apropiado para esa misión.

– Piensa un poco, mi joven amigo – replicó ásperamente Jason– . Inescrupuloso, falsario y peligroso; sin duda son las virtudes de un espía. Y su presunta defensa de nuestra causa le daría una excusa perfectamente legítima, incluso admirable para residir en los Estados Unidos mientras dure esta situación ingrata con Inglaterra. Y como parece disponer de fondos ilimitados, también puede moverse a voluntad por todo el país, viajando aquí y allá... visitando a éste y aquél...

Con evidente escepticismo, Dominic observó con aspereza:

– Tú dispones de más información que una teoría para fundamentar lo que estás

diciendo.

Jason sonrió.

– Y yo creía que podría impresionarte con mi omnipotencia. Con sus ojos grises iluminados por el regocijo, Dominic admitió: – Hace diez años sí, pero ahora no. – El buen humor desapareció de sus ojos, y Dominic dijo con voz grave:– Ahora, dinos lo que sabes.

– En realidad, muy poco, pero mis sospechas acerca de las actividades del señor Latimer se despertaron a causa de una carta que recibí de nuestro ex presidente Thomas Jefferson. Parece que otras fuentes alertaron a Jefferson acerca de las discretas visitas del señor Latimer a muchos antiguos tories que desde el comienzo de la guerra han unido ostensiblemente su suerte al destino de la República. Pero las visitas que más lo inquietan son las que hizo aquí en Luisiana, donde tantos ex oficiales británicos se han asentado. Como ustedes saben, el señor Jefferson profesa mucha simpatía a Luisiana. Su gobierno promovió la compra de este dilatado territorio, y Jefferson no desea que suceda nada que determine que aunque fuese una pequeña parte de estas tierras caiga en manos británicas...

El hecho de que él fuese el centro de tres pares de ojos no inquietó en lo más mínimo a Jason, y en el silencio súbitamente tenso que siguió, bebió apreciativamente un sorbo de su brandy. Después dijo con voz tranquila: – Si pudiera fomentarse una rebelión aquí en el norte, de modo que coincidiera con un ataque británico a la ciudad de Nueva Orleáns, todos podríamos encontrarnos bajo el dominio británico antes de que tuviésemos tiempo de comprender lo que ha sucedido. Defender a Nueva Orleáns será bastante difícil, pero si debemos temer que nos ataquen por la espalda...

La conclusión era muy obvia, y con voz tensa Dominic gruñó: – Yo podría matarlo. Nuestra mutua antipatía no es muy conocida aquí. – Dirigió una mirada cínica a Royce.– Y aunque me han aconsejado que lo salude cortésmente, no me sería muy difícil hallar una excusa para retarlo a duelo.

– No – dijo enérgicamente Jason– . No lo queremos muerto... todavía. Deseamos descubrir cuál es exactamente la gravedad de sus actividades, y quién acoge de buen o mal grado sus palabras traicioneras. Necesitamos que tú y Royce lo vigilen en nuestro nombre, y descubran lo que puedan.

Dominic esbozó una mueca.

– Royce tiene probabilidades mucho mayores de serles útil. Latimer entraría en sospechas apenas yo me comportase amistosamente con él.

– Pero eres bastante amigo de la hermana, ¿verdad? – preguntó astuto Morgan, que ahora se unió a la conversación.

Si era posible que un hombre de la edad y la experiencia de Dominic se sonrojase, en todo caso fue el sonrojo lo que tiñó sus mejillas. Sintiéndose como un jovencito atrapado en una fechoría, permaneció inmóvil, impotente, deseando sólo hundirse en el suelo o negar enérgicamente la afirmación de Morgan. Con una mancha color rojo oscuro ardiéndole en las mejillas, murmuró: – Eso fue hace mucho tiempo. Ahora no es más que una conocida para mí.

– Ah, me parece que ésa no es la imagen que yo tengo de la situación – insistió despreocupado Morgan, cuyos ojos color zafiro brillaban de afectuoso regocijo– . En tu boda, pasé un rato con la joven dama, y ella dejó aclarado que consideraba que tú eras su querido amigo, y que se había sentido muy complacida de volver a ver a un hombre por quien otrora había alimentado cálidos sentimientos.

Dominic no deseaba discutir con Jason y Morgan su relación con Deborah. Afirmando el mentón en un ángulo que expresaba obstinación, preguntó: – ¿Y qué? ¿Es delito haber conocido antes a una mujer atractiva?

– De ningún modo – dijo Jason– . Pero como no puedes aspirar a una amistad con Latimer, yo sugeriría que Royce intente introducirse en el círculo del inglés, y que tú concentres tus esfuerzos en estrechar relaciones con la hermana. Quizá nada sabe de lo que hace su hermano, pero estoy por completo seguro de que será una fuente de interesante información acerca de sus actividades.

Librodot

Con un gesto de disgusto que se manifestaba claramente en su rostro, Dominic preguntó con voz neutra: – ¿Estás proponiendo que cometa adulterio? ¿Que inicie una relación con ella?

Con una mirada comprensiva en los ojos, Jason dijo amablemente: – No. Pero sería útil que mantuvieses buenas relaciones con ella y abrieses los ojos y los oídos. Entiendo que te pido mucho, sobre todo porque todavía no llevas un mes de casado, y ciertamente no deseo que hagas nada que amenace tu matrimonio; pero si puedes avivar el interés de lady Deborah por ti, y mantienes cierta atmósfera de intimidad con ella, creo que todo el asunto puede desarrollarse bien. – Con acento compasivo en la voz, Jason continuó:– Sé que el momento es deplorable, pero la situación es urgente. Si eso te sirve de consuelo, te diré que esta ficción no llevará más que unas pocas semanas, quizás un mes o dos de tu tiempo. – Como el rostro de Dominic conservaba su expresión dura y fija, y manifestaba de ese modo una intensa antipatía hacia la idea, Jason agregó sereno: – Pregúntate si preferirías participar de esta desagradable y pequeña mascarada durante poco tiempo, o ver que Luisiana se pierde para la República...

En realidad, la pregunta de Jason admitía una sola respuesta, y con voz dura Dominic rezongó: – ¡Oh, está bien! Lo haré... ¡Sólo pido a Dios que cuando esto haya terminado aún tenga esposa!

19

Si Melissa advirtió el malhumor de su esposo después de la cena en Oak Hollow, se abstuvo sensatamente de mencionar el asunto, pero manifestó más curiosidad acerca de lo que los caballeros habían hablado. Quizás aun más curiosidad porque era evidente que Josh y Zachary habían sido excluidos de la conversación. Los débiles intentos de Melissa por descubrir de qué se había hablado provocaron tan sombrías y coléricas expresiones que su curiosidad se avivó todavía más de lo que habría sido el caso normalmente.

La velada en Oak Hollow había complacido a Melissa. Había temido esa primera presentación en público después de su boda, sobre todo porque la situación entre ella y Dominic era tan inestable. Pero las reservas y los temores que podría haber tenido se disiparon rápidamente cuando recibió un caluroso abrazo de Josh y él anunció a gritos cuánto lo complacía verla. La acogida de Josh fijó el tono de la velada que siguió, y Melissa comprobó que ella se tranquilizaba y se incorporaba entusiastamente a la conversación con los restantes invitados; y puesto que, excepto Jason y Catherine Savage, los otros eran todos miembros de la familia, el asunto se desarrolló como una velada animosa e informal. Al re-memorar esa noche, y recordar cuánto le había agradado conversar con Leonie y Catherine, se sintió un poco entristecida porque advirtió que en pocos días más, sus nuevos amigos se marcharían. De hecho, Catherine y Jason se habían despedido esa noche de los recién casados, y habían aprovechado la oportunidad para invitarlos cálidamente a visitar Terre du Coeur cuando el tiempo lo permitiese. Y muy poco después, Leonie y Morgan volverían al Château Saint– André, en la región meridional del estado.

A la mañana siguiente, mientras ella y Dominic bebían una taza de fragante café en la galería del frente de la cabaña, Melissa preguntó casi ansiosamente: – ¿Crees que un día podremos visitar realmente a Terre du Coeur y el Château Saint– André?

La idea de que Dominic podía tener la intención de recluirla en Mil Robles no se había disipado por completo, aunque ella estaba segura de que su esposo nunca se mostraría intencional– mente cruel con ella.

Dominic, que recordaba con mucho desagrado la conversación de la víspera con Jason y Morgan, replicó obstinadamente: – ¡Pasará muchísimo tiempo antes de que vuelva a ver a ese astuto hermano mío y a su sinuoso amigo, te lo puedo asegurar!

Ante la expresión de asombro de Melissa, se apresuró a agregar: – ¡Querida, estoy bromeando! Si quieres, muy bien podemos pasar nuestra primera Navidad juntos en el Château Saint André. La casa de Mil Robles probablemente todavía estará a medio reparar, y estoy seguro de que te complacerá hacer compras de más muebles y adornos en Nueva Orleáns.

Era la primera vez en varios días que Dominic había mencionado la propiedad de Mil Robles. Melissa colocó sobre la mesa su taza de porcelana y preguntó amablemente: – ¿Cuándo deseas que vayamos a Mil Robles? – Agregó tímidamente:– Me agradaría mucho ver mi nuevo hogar. – Después, temerosa de haber menospreciado la delicada casa que ahora ocupaban, se apresuró a decir:– ¡No es que no me sienta muy feliz aquí! – Se movió apenas en su sillón, y miró con franco placer el frente del cottage.– Es un lugarcito tan precioso, y estoy segura de que a veces lo extrañaré enormemente.

Por razones que sólo él conocía, de pronto Dominic consideró sumamente atractiva la idea de ir a Mil Robles, y desechando el pensamiento de que su actitud podía ser absurda, se apresuró a decir: – ¡Qué espléndida idea! ¡Debí haberlo pensado antes! Por supuesto, tienes que conocer tu nueva casa. Podemos partir apenas arreglemos los detalles.

Casi bailando de placer ante la perspectiva de distanciarse varios kilómetros de Deborah Bowden y el peligro que ella encerraba para su frágil matrimonio, Dominic declaró con expresión complacida: – Allí, la casa es un desastre, pero tú puedes preparar una lista de los artículos más inmediatos que necesites, y después viajaremos a Natchez y veremos qué conseguimos. Puedes comprar lo que te parezca oportuno.

Melissa podría haberse sentido desconcertada ante el entusiasmo de Dominic, pero en

Librodot

todo caso no alimentaba sospechas de que hubiese un motivo ulterior en la raíz de su acuerdo ante la idea de trasladarse a Mil Robles. Con los ojos iluminados por la picardía, la joven murmuró: – ¡No deberías formular tan generosamente tus promesas...! ¡Quizás en definitiva concluyas que soy una esposa muy codiciosa! – Había dicho en broma estas palabras, pero al ver la expresión súbitamente cínica que se dibujó en el rostro de su marido, Melissa se preguntó si ella había hablado sensatamente. Parte de su ánimo jovial desapareció, y ella agregó:– No necesitas temer que yo sea dispendiosa. – Apretó los suaves labios.– El modo de vida de mi padre me enseñó a ser cuidadosa con el dinero... no despilfarraré el tuyo.

Abandonaron el tema, pero las palabras de Melissa suministraron materia de reflexión a Dominic, y unos minutos después se separó de ella y se alejó con el entrecejo fruncido. En cierto momento parecía que ella era en efecto una arpía codiciosa, y un instante después... Una débil y tierna sonrisa jugueteó en las comisuras de sus labios bien formados. Y el siguiente lo desarmaba por completo, y lo inducía a creer que jamás habría concebido la fea idea de casarse con Dominic por su fortuna. Se preguntó, y no por primera vez: ¿Cuál era la auténtica Melissa?

Decidió que no perdería más tiempo en inútiles conjeturas acerca de las motivaciones de su esposa, y orientó sus pensamientos hacia temas más agradables, por ejemplo el traslado a Mil Robles. Parecía una excelente solución para muchos de sus problemas, él y Melissa estarían tan atareados convirtiendo la casa en un lugar habitable que podrían eliminar parte de la tensión que ahora se manifestaba en ese ambiente íntimo... y Dominic se apartaría del camino de Deborah Bowden. Era difícil determinar el aspecto específico de la situación que lo atraía más, y Dominic estaba silbando alegremente cuando llegó a los pequeños establos.

Por desgracia, su actitud optimista no perduró, y antes de que transcurriesen diez minutos, mientras cabalgaba hacia Oak Hollow para informar de sus planes a la familia, comprendió con desagrado que él y Melissa no podían ir a Mil Robles. Hacerlo habría equivalido a ignorar el llamado del deber, y por mucho que le desagradase la perspectiva de alentar la amistad de lady Bowden, con el fin de recoger información acerca de las actividades de su hermano – esas actividades que podían amenazar a su país– no tenía más remedio que afrontar la tarea. Se preguntó deprimido cómo se sentiría si se demostraba la validez de los temores de Jason en el sentido de que Latimer estaba incitando a la rebelión en esa región septentrional de Luisiana, y se comprobaba que Dominic había vuelto desaprensivamente la espalda a la situación para ir a esconderse a Mil Robles. Apretó los labios. En el curso de su vida jamás había esquivado una obligación o un combate, y con gesto resignado comprendió que no podía evitar ni evitaría éste, cualesquiera fuesen las dificultades que provocase en su matrimonio.

Finalmente llegó a la conclusión de que quizá valía la pena que permaneciera un tiempo más cerca de Baton Rouge. Hasta que él hubiese dilucidado todas sus dudas acerca de Melissa y las razones que la habían inducido a desposarlo, quizás era mejor que él no le permitiese enredarse más en su propia vida. Por ahora, Mil Robles no estaba afectado por la presencia de Melissa; él no tenía recuerdos relacionados con la presencia de la joven allí, nada que perteneciera a Melissa y que lo torturase, en el caso de que se demostrara que era la calculadora criatura que él había creído.

Además, sería más fácil observarla aquí, donde estaban la familia y los amigos de Melissa, y donde ella se mostraría más desembarazada, menos vigilante en compañía de los suyos, una pista que explicase sus actitudes contradictorias en relación con el propio Dominic. Ciertamente, ella se sentiría menos aislada, menos separada de todas las personas conocidas de lo que seria el caso en la zona semiagreste de Mil Robles.

Como no le agradaba la idea de explicar a Melissa este súbito cambio de actitud, sobre todo porque no podía revelarle la causa del cambio, Dominic suspiró y obligó a su caballo a volver grupas, y desandó camino en la dirección de donde acababa de llegar. ¡Pensó irritado que tal como estaban las cosas se comportaba de un modo tan caprichoso como su propia esposa!

Dejando el caballo en las manos del sorprendido criado, caminó sin prisa hacia la cabaña, y consideró varias razones diferentes que formularía a Melissa para explicar su comportamiento en apariencia desordenado; pero ninguno de esos motivos le pareció apropiado. Y cuando vio el garañón bayo de Zachary y el gran alazán de Royce atado a un poste de hierro, cerca de la esquina de la casa, súbitamente se sintió deprimido. ¡Dios, ojalá que Melissa aún no hubiese dicho una palabra a su hermano o a Royce del traslado a Mil Robles! Su desaliento se acentuó todavía más cuando su mirada se posó en un elegante calesín escarlata y amarillo, y en la hermosa yegua negra firmemente atada a la sombra de uno de los grandes robles del frente de la casa. Parecía que durante su

breve ausencia había llegado gente, y Dominic maldijo por lo bajo.

Como no identificó el carruaje o los caballos, sintió curiosidad por saber quién era el propietario. Descontaba que tan pronto se difundiera en la campiña la noticia de que él y Melissa habían asistido a la cena en Oak Hollow, la intimidad que habían preservado durante las primeras semanas del matrimonio se esfumaría; pero había confiado que él y Melissa aún dispondrían de un poco de tiempo para ellos mismos antes de que acudiesen los visitantes a desearles buena suerte y felicidades. Pensó secamente que al parecer se había equivocado.

Mientras entraba con paso rápido en la casa, una súbita punzada de incomodidad le recorrió la columna vertebral. Fuera de la familia, había una sola persona conocida de Dominic para venir tan pronto de visita, y no puede decirse que se sintiera sorprendido cuando entró en el salón principal y descubrió a Deborah Bowden sentada en el sofá, bebiendo delicadamente una taza de té recién preparada. Zachary se había acomodado en un sillón tapizado con damasco, que parecía muy frágil bajo el peso de su cuerpo robusto, y Royce estaba de pie cerca del hogar. Melissa, con la expresión cortés y al mismo tiempo cautelosa, estaba sentada directamente enfrente de Deborah, y cuando Dominic entró, ella lo miró con una mezcla de alivio y algo más que provocó en él una inquietud indefinida. Al parecer, su esposa tampoco estaba complacida con la situación, y si él interpretaba bien los indicios, sin duda poco después se encontraría en una posición muy incómoda.

Sonriendo con simpatía a todos los presentes, Dominic dijo con expresión alegre: – Qué agradable verlos a todos. – Miró directo a Royce y agregó:– Me dirigí a verte esta mañana cuando mi... estribo se quebró, y tuve que retornar. Seguramente nos cruzamos en el camino.

Con una expresión irónica en los ojos, Royce murmuró:

– Qué suerte que volviste aquí. Melissa estaba comunicándonos la noticia de la inminente partida.

Zachary, que tenía un aspecto muy elegante con su chaqueta bien cortada de tela verde botella, dijo con una sonrisa: – Sí, y mi afectuosa hermana acaba de invitarme a acompañarlos... ¿Supongo que no te opondrás?

Gimiendo interiormente, Dominic sonrió apenas y se disponía a realizar un esfuerzo para salir del embrollo cada vez más complicado en que estaba, cuando Deborah depositó sobre la mesa la taza de té, atravesó la habitación con una carrerita de adolescente, y dijo sin aliento: – ¡Oh, Dominic, di que cambiaste de idea y permanecerás aquí un tiempo! – Enviando una mirada inocente en dirección a Melissa, continuó con voz tenue:– Apenas comienzo a conocer a tu esposa, y si te la llevas tan pronto no tendremos oportunidad de ser amigas.

Deborah se apartó de Dominic, y con el vestido de seda azul flotando detrás, se acercó al lugar en que Melissa estaba sentada. Le palmeó suavemente el hombro y murmuró: – Es una criatura tan simpática... y creo que es injusto que te la lleves a esa plantación horriblemente lejana que tienes por ahí. Estoy segura de que ella prefería continuar aquí.

Con una expresión inmutable en el rostro, Royce dijo como de pasada: – Si, creo que lady Bowden está en lo cierto... deberás permanecer aquí un poco más. – Dirigiendo una mirada significativa a Dominic agregó:– Tienes que afrontar ciertas tareas, y eso será imposible si resides en Mil Robles.

– ¡Ya lo ves! – exclamó con alegría Deborah– . ¡Incluso Royce cree que deberías quedarte! – Con una sonrisa seductora en la cara, trotó de nuevo en dirección a Dominic. –

¡Oh, di que permanecerás aquí un tiempo más!

Maldiciendo a Jason, a Royce y a Deborah, Dominic mantuvo la mirada apartada de Melissa, y dijo medio irritado, medio riendo: – ¡Oh, muy bien! Permaneceremos aquí un poco más. – Se arriesgó a mirar a Melissa, y preguntó con gesto amable:– Es decir, si mi esposa no se opone.

Con una sonrisa helada en los labios, Melissa dijo con aparente elegancia: – ¡Por supuesto, querido! Lo que tú digas.

Sólo Dominic advirtió el sentimiento de ofensa e incluso de dolor en los ojos dorados, pero por el momento nada podía hacer para aliviar ninguna de las dos cosas.

Después de obtener lo que se había propuesto, Deborah regresó a su asiento en el sofá, y sonriendo feliz continuó hablando.

– Oh, será tan maravilloso. Organizaremos picnics, e iremos a pasear a lo largo del río, y haremos muchas otras cosas agradables.

– ¿Es lo que estabas haciendo esta mañana? ¿Paseando por la orilla del río? – preguntó Dominic mientras se servía una taza de té, y deseaba que fuese un whisky fuerte, que le quemase las entrañas.

Deborah adoptó una actitud recatada.

– Bien, no precisamente... Había salido a dar un paseo matutino cuando recordé que el otro día había dejado uno de mis guantes en Willowglen. Zachary vio que yo estaba completamente sola, e insistió en acompañarme durante mi paseo. Estábamos en eso cuando encontramos a Royce, y al saber que venía aquí pensamos que sería agradable acompañarlo.

– Bien, por mi parte me decepciona que Melissa y Dominic no vayan a Mil Robles. Esperaba la oportunidad de conocer ese lugar – dijo Zachary, con una expresión turbada en los ojos mientras miraba a su hermana.

– ¡Oh, Zachary! – exclamó Deborah, haciendo un bonito mohín con los labios– . ¿Cómo puedes pensar en marcharte y abandonarme de ese modo?

Zachary sonrió con cierta timidez, y formuló comentarios intrascendentes, y la conversación pasó a otros temas. Poco después, mientras despedía a sus primeros huéspedes, Melissa pensó con cierto malhumor que merecía alguna recompensa por su conducta cortés en condiciones difíciles. Si hubiese tenido que escuchar un momento más la charla poco atractiva de Deborah... Si hubiese tenido que contemplar unos minutos más cómo su hermano miraba embobado a Deborah... Y si hubiese debido permanecer allí, sentada y sonriente, comportándose como si todo estuviese de maravillas, mientras su marido permitía que esa mujerzuela lo manipulase con un dedo... Sintió la agitación de su propio pecho, y asaltaron su mente algunos pensamientos indignos de una dama, mientras miraba a los tres visitantes que se alejaban por el largo sendero.

Si había contemplado la posibilidad de que el encuentro de Dominic con lady Bowden había sido inocente, si había concebido esperanzas en el sentido de que no había nada entre ellos dos, tales pensamientos quedaron destruidos en el instante que Dominic permitió que lo convencieran de la conveniencia de permanecer allí, cerca de Baton Rouge... y de Deborah Bowden. Por supuesto, él no deseaba alejarse y abandonar a su amante, pensó malignamente Melissa, con las dos manos pequeñas convertidas en dos puños al costado del cuerpo. Sin saber muy bien a cuál de los dos deseaba atacar primero, Melissa se volvió irritada, y el resplandor de la batalla relucía intensamente en sus ojos color topacio.

Una cosa le parecía completamente clara. Tal vez Dominic no la amaba, y quizás incluso se habla visto obligado a desposaría, pero ella no podía renunciar a sus esfuerzos – ¡y ciertamente, no podía declararse derrotada frente a Deborah Bowden! Por lo menos a mí me interesa, se dijo Melissa desalentada, y si él me lo permite seré una esposa ejemplar. Intentaré ser una esposa ejemplar, se corrigió, porque de pronto recordó inquieta su carácter díscolo.

Melissa era la primera en reconocer que había cometido muchos errores durante su breve matrimonio, pero la situación no era fácil para ella. Ya era bastante ingrato casarse con un hombre que, como ella sabía, no había deseado esa unión; pero enamorar– se de ese

hombre y comprender que siempre habría otras mujeres que atraerían su atención en realidad era doloroso. Si Dominic la amara, si hubiese celebrado ese matrimonio en circunstancias normales, si ella hubiese sabido que su marido la amaba, seguramente podía haber afrontado la amenaza de Deborah a su felicidad con mucha ecuanimidad, pero según estaban las cosas... Según estaban las cosas, no sólo tendría que luchar por su amor, sino también enfrentar a un enemigo que, si debía tener en cuenta las maniobras de Deborah esta mañana, ignoraba el significado de lo que era una lucha justa. Suspiró hondo. Lo peor del caso era que Melissa no tenía el más mínimo indicio de los sentimientos de Dominic frente a la situación. ¿A él le importaba en un sentido o en otro que Melissa triunfase frente a Deborah?

Mientras estuvieron los visitantes, Dominic había estado observando con disimulo a su esposa, y se había preparado para enfrentar su justificada cólera tan pronto se marchasen los indeseados visitantes. Llegó a la conclusión de que ahora era el momento apropiado para permitirle que manifestase su irritación, y dijo con expresión benigna: – Bien, una visita agradable, ¿verdad? Fue un gesto... digamos simpático de lady Bowden venir a vernos.

Melissa mantuvo la cara apartada de él, y pensó que le hubiera agradado decir exactamente a Dominic cuán simpática le parecía esa mujer; en cambio, replicó con un gesto duro: – Sí, en efecto.– Incapaz de controlarse, con una voz que rezumaba sarcasmo, murmuró:– Estoy segura de que, puesto que sin duda veremos mucho en el futuro a la querida lady Bowden, es mejor que haya simpatizado tan maravillosamente conmigo, ¿no te parece?

Dominic tuvo que contener la risa, aunque podía simpatizar de buena gana con lo que Melissa seguramente estaba sintiendo en ese momento. La obligó a volverse para mirarlo, y con un dedo le levantó el mentón y murmuró: – ¿Estás muy desilusionada porque no vamos inmediatamente a Mil Robles?

Decidida a disimular la agitación que prevalecía en su pecho, y comportándose con una indiferencia que no sentía, Melissa encontró la mirada divertida de Dominic y dijo con bastante aplomo: – ¡Por supuesto que no! Me importa en lo más mínimo. Siempre me parecerá difícil despedirme de todos los amigos. – Adoptó una expresión soñadora, y murmuró con voz grave:– Será muy agradable continuar visitando a los jóvenes caballeros... –Desvió un instante la cara de Dominic– ... y también las mujeres, algunas de las cuales conozco desde que nací. Temía separarme demasiado pronto de todos ellos. Estoy segura de que varios jóvenes se sentirán complacidos si permanecemos aquí.

Melissa le dirigió una mirada ingenua, más o menos como había hecho Deborah, y de pronto tuvo cabal conciencia del juego que estaba jugando. Dominic se vio en dificultades para evitar una explosión de risa ante la excelente mímica de su esposa. ¡Esa pequeña bruja! ¡Estaba intentando provocarle celos! Podía entender muy bien lo que ella trataba de hacer, y ahora Dominic la apoyaba con verdadero entusiasmo, aunque ella no lo supiera. Pensando que en circunstancias diferentes le habría agradado mucho presenciar las maniobras de Melissa, Dominic reprimió el impulso de abrazarla y besarla apasionadamente.

Pero parte del placer que extraía de esta situación tan satisfactoria se disipó cuando Dominic advirtió que los días siguientes serían muy complicados. ¿Cómo podía conquistar el corazón de Melissa – y de pronto advirtió que en efecto era esa lo que deseaba– cuando tenía que mostrarse fascinado por otra mujer? Frunció el entrecejo. Llegó a la desagradable conclusión de que Jason y Morgan tendrían que responder por muchas cosas.

Al ver el entrecejo fruncido de Dominic y equivocar la causa del mismo, Melissa sintió un sobresalto en el corazón. Sin duda, la mención de otros hombres en la vida de su esposa no provocaba una reacción positiva en Dominic. ¡Magnífico! Insistiendo cada vez más entusiasmada en su papel, Melissa dijo alegremente: – Como no partiremos muy pronto para Mil Robles, imagino que debemos ofrecer una fiesta a nuestros amigos y vecinos, de modo que sepan que ya recibimos invitados. – Hizo una pausa, dirigió a Dominic una mirada recatada y agregó:– Por supuesto, no debemos olvidar que es necesario invitar a lady Bowden... y a su hermano.

Con el rostro inexpresivo, Dominic replicó secamente: – Lo que tú desees, querida. Estoy seguro de que si hablas del asunto con la señora Meeks, ella se ocupará de todo. Lo único que tendrás que preparar es la lista de invitados.

Melissa había confiado en obtener alguna reacción de Dominic ante la inclusión del nombre de Latimer, y percibió en ella misma una punzada de decepción ante las palabras serenas y desinteresadas de su esposo. Con menos entusiasmo que el que había demostrado hasta allí, murmuró: – Entonces, todo está arreglado. ¡Hablaré del asunto con la señora Meeks! ¿Te opones a que sea la noche del próximo jueves? ¿Un grupo de quince a veinte personas invitadas a cenar?

Con el entrecejo enarcado al percibir el leve retintín de las palabras de Melissa, Dominic meneó la cabeza de cabellos oscuros.

– No. Lo que tú desees, querida.

Melissa hubiera podido golpear el suelo con el pie a causa de la irritación. Después, alzando el mentón en un ángulo que expresaba obstinación, salió majestuosamente de la sala y fue en busca de la señora Meeks. Pensó irritada: ¡Qué hombre abominable! ¡Ella le demostraría que podía comportarse con frialdad y desaprensión iguales a las que él exhibía! Caramba, ¡incluso podía llegar a sonreír y a demostrar mucha amistad a lady Bowden!

Después de una serie de reuniones con la señora Meeks, la fiesta quedó planificada a satisfacción de todos; se redactaron las invitaciones y fueron distribuidas debidamente por uno de los criados de Dominic. Con gran placer de Melissa, todos aceptaron de inmediato y con una sonrisa feliz en el rostro, la joven se dedicó a supervisar los preparativos de su primera fiesta. En vista de las circunstancias, no había supuesto que se sentiría entusiasmada; pero así sucedió, y Melissa obtuvo un tímido placer ante los resultados finales de todos los planes analizados con notable interés.

Como el tiempo era excelente y el comedor de la cabaña tenía proporciones muy reducidas, se decidió servir la cena fuera de la casa. Para impedir que los invitados fuesen devorados vivos por los enjambres de insectos picadores que habitaban la región, con la ayuda de varios criados se formó un ambiente elegante, de aspecto exótico, con centenares de metros de tela de mosquitero adquirida deprisa en Baton Rouge. Se había dispuesto en medio de ese ambiente una larga mesa cubierta con un mantel de hilo blanco, y de Willowglen y Oak Hollow llegaron varias sillas prestadas; aunque no hacían juego, el efecto era realmente encantador. Varias fuentes de plata colmadas con fragantes gardenias adornaban las mesas; las guirnaldas de relucientes hojas verdes estaban hábilmente dispuestas cerca de los postes. Entre las fuentes de plata se habían distribuido estratégicamente relucientes candelabros de cristal con velas altas y delgadas color crema, y sobre varias mesitas pequeñas distribuidas aquí y allá había más velas. Se habían colgado linternas de varios robles y magnolias cercanos, y todo el sector había adoptado el aspecto de un ambiente feérico, lo que provocó en los invitados exclamaciones de asombro y placer.

Fue una fiesta con participación principal de la familia; por supuesto, Zachary fue uno de los invitados, lo mismo que el matrimonio Manchester y Royce. Daniel Manchester, hermano menor de Royce, que había ido a visitar a su futura esposa en Mobile, había regresado a su casa para asistir a la boda de Melissa, y se lo había incluido en la fiesta. Morgan y Leonie Slade también estaban entre los invitados, y con excepción de lady Bowden y Julius Latimer el resto de los huéspedes estaba formado por antiguos amigos y vecinos de la familia. A medida que avanzó la velada, el nerviosismo inicial de Melissa se disipó, y al fin comprobó asombrada que la fiesta le agradaba, de modo que momentáneamente olvidó que ella no era la radiante esposa que parecía a primera vista.

En efecto, se la veía radiante. A pesar de todos sus esfuerzos, Dominic no podía apartar los ojos de su cara vivaz; de los rubios cabellos que brillaban como miel puesta al sol bajo la luz de las velas, de la piel muy blanca de los hombros y el busto que se levantaba por encima del vestido de amplio escote confeccionado con una seda color bronce que desprendía un resplandor dorado. Esa noche Anna había formado con los cabellos de Melissa un tocado alto,

Librodot

y una cascada de rizos descendía sobre los hombros suaves. Dominic parecía fascinado por un ricito solitario que descansaba en ese lugar delicado en que el hombro y el cuello se unían, y pasó una parte considerable de la velada imaginando sus propios labios que presionaban en ese mismo lugar. Tan absorto estaba en los pensamientos eróticos que cruzaban su cerebro que no podía prestar atención a la mitad de las observaciones que le formulaban.

Después de la cena Deborah se separó de Zachary, que hasta ese momento había reclamado su atención, y se acercó a Dominic flotando en un mar de rumoroso satén azul, para reclamar su atención. Con los grandes ojos azules, colmados de promesas, murmuró: – ¡Oh, Dominic! ¡Ven a pasear conmigo! Los alrededores parecen tan sugestivos a la luz de las linternas que casi me siento obligada a explorar el lugar. ¡Sí, di que me acompañarás!

– ¡Qué magnífica idea! – dijo Royce con acento de convicción, y tomando del brazo a Melissa agregó: – Ven conmigo, querida. Como Dominic irá a acompañar a tu invitada, se me ofrece el privilegio de tenerte conmigo.

La posibilidad de que Dominic rechazara el pedido de Deborah quedaba completamente anulada, y mientras los restantes invitados apoyaban la sugerencia, Dominic envió a Royce una mirada que no era amable. Royce sonrió con expresión angelical.

El placer que Melissa podía haber extraído de su cena tan exitosa se disipó tan pronto Deborah, en un gesto visiblemente afectuoso, apoyó la mano en el brazo de Dominic, y la joven obedeció ciegamente a Royce, que salió con ella del lugar donde se había servido la cena. Sentía el corazón profundamente oprimido, y caminó en la noche tibia, perfumada de magnolia, y las voces alegres de los restantes invitados apenas penetraron en su conciencia. Tenía la mente ocupada por una serie de métodos sin duda enérgicos que le permitirían enseñar a lady Bowden qué sensato era propasarse con los esposos de otras mujeres.

Royce le concedió unos minutos de silencio y después dijo con amabilidad: – Lissa, no lo tomes tan a pecho. Cualquiera puede ver que Dominic preferiría de lejos estar aquí contigo antes que soportar la charla insulsa de esa tonta. Ten más confianza en ti misma... y en él.

Melissa endureció el cuerpo y dirigió a su primo favorito una mirada decididamente hostil. Murmuró por lo bajo: – ¡Tendría que haber imaginado que lo defenderías! Dime, ¿también estás dispuesto a mentirme y a negar que son amantes?

El brillo en los hermosos ojos de Melissa sobresaltó a Royce, y empujándola deprisa hacia la protección de las sombras el joven dijo: – ¡No seas estúpida! Sé que las apariencias engañan, pero confía en mí... ¡el aparente interés de Dominic por Deborah no es lo que crees!

Melissa rió amargamente y se desprendió de la mano de Royce.

– ¡Naturalmente! Jamás dudé de eso ni por un instante – dijo con evidente incredulidad– . Ahora, si me disculpas, me reuniré con mis invitados... sobre todo con los hombres.

Impotente, Royce la vio alejarse' y por primera vez comprendió la razón por la cual Dominic no había recibido con mucho entusiasmo la sugerencia de Jason. Royce conocía bien el temperamento inestable de Melissa – él tenía la misma característica– y ahora no envidió la situación en que estaba Dominic. Ahogando una maldición apenas musitada, persiguió a Melissa, con la esperanza de que ella no hiciera algo absurdo... o peligroso.

Al aproximarse al grupo en que estaba Melissa, Royce advirtió un sentimiento de depresión en el pecho. ¡Dios mío! ¡Se proponía elegir a Latimer!

Con la mano descansando confiadamente en el brazo de Latimer, como la de Deborah en el de Dominic, Melissa sonreía cálidamente a Latimer, y la expresión sugestiva de los relucientes ojos color topacio inquietó profundamente a Royce.

Y al ver la lasciva avidez con que Latimer aceptaba la actitud de Melissa, Royce maldijo otra vez. ¡Si eso continuaba, se armaría un embrollo infernal!

El grupo reunido alrededor de Melissa y Latimer estaba formado por Morgan y Leonie, Zachary, Anne Ballard, la hija dc un vecino, y Daniel Manchester. En ese momento se hablaba de las bodas de Daniel, que debían celebrarse a principios de noviembre, y cuando Royce se acercó, Daniel le dirigió una sonrisa y murmuró: – Bien, viejo, ahora que Dominic fue atrapado y yo me zambulliré en pocos meses más, ¿crees que podrás esquivar por mucho

Librodot

tiempo la trampa del párroco?

Daniel se parecía mucho a los Manchester de la familia; era una versión más joven y delgada de Josh. Tenía los ojos muy azules, los espesos cabellos castaños bien peinados y la actitud confiada y desenvuelta. Tenía la sonrisa fácil, que se adaptaba bien a sus rasgos joviales, y como era el más joven de la familia, siempre se lo había considerado y mimado mucho a lo largo de sus veintitrés años. Pero poseía una personalidad tan cordial y equilibrada que de ningún modo lo había malcriado toda la atención que le dispensaban sus embobados padres y sus hermanos. A juzgar por la expresión de su cara, podía afirmarse que admiraba y adoraba a su hermano mayor, y pese a la mirada sombría que Royce le envió, Daniel rió estrepitosamente, en lo más mínimo desconcertado por la expresión de Royce.

– ¡Y tú – replicó ásperamente Royce– , harás bien en pensarlo dos veces antes de meter la cabeza en la trampa!

Daniel meneó la cabeza.

– No me digas. A diferencia de ti, ansío casarme e inaugurar mi cuarto de los niños. ¡Puedes continuar siendo un viejo y endurecido solterón si eso te place!

Hubo un coro general de risas pues Royce, alto y dominante con sus prendas de etiqueta, es decir la chaqueta azul oscuro y los pantalones de satén negro, parecía cualquier cosa menos una versión de un "viejo y endurecido solterón". Después, la conversación se generalizó, y unos minutos más tarde, ante la frustración de Royce, Latimer y Melissa se alejaron.

Melissa sintió cierta inquietud cuando Latimer se acerco hábilmente a un área poblada de sombras, apenas atenuadas por la luz parpadeante de las linternas. Pero después agitó coquetamente los rizos. Era tan evidente que su esposo estaba divirtiéndose en algún rincón oscuro que, ¿se justificaba que ella hiciera lo mismo? Si la cólera la había impulsado a acercarse a Latimer, el mismo sentimiento la retuvo allí, pese a que cada partícula de su cuerpo ansiaba estar con Dominic – pero con un Dominic que la amase.

Aunque la cólera podía haberla inducido a actuar temerariamente, no la convertía en una mujer estúpida, y tan pronto las sombras se cerraron sobre ellos, Melissa se apartó de Latimer, y dejó caer al costado la mano. Como un temeroso animal joven, permaneció de pie frente a él, dispuesta a correr ante el primer signo de peligro.

Al ver la postura de Melissa, Latimer dijo secamente: – Como sabe, es poco probable que me arroje sobre usted.

En la oscuridad Melissa se sonrojó.

– ¡Lo sé! – replicó secamente– . Pero tendrá que reconocer que no me asisten razones para confiar en su actitud.

Hubo un prolongado silencio, como si Latimer estuviese analizando distintos pensamientos, y al fin dijo en voz baja:– Le pedí perdón por mi odiosa conducta. ¿No puedo hacer nada que nos permita ser de nuevo amigos?

Melissa quiso gritar: ¡Si! ¡Llévese a su hermana y márchese! ¡Váyase lejos, muy lejos, y sepárese de tal modo que jamás escuchemos de nuevo los nombres de ambos! Pero no podía decir esas cosas. Suspirando murmuró: – No lo sé. Había creído que usted era mi amigo, y después se comportó de un modo tan despreciable.

– ¡Querida! Tiene que entender que perdí un poco el control de mí mismo. Fui un tonto – lo reconozco sin rodeos– y si yo no hubiera sido tan temerario, si el deseo no me hubiese cegado de ese modo, ahora yo sería su marido, y no...

.Dominic – completó Melissa con voz sorda, y el sufrimiento que experimentaba fue evidente en su voz.

Alentado porque ella no le había arrojado a la cara sus palabras anteriores, Latimer dijo muy amablemente: – Niña, intenté advertirle, pero usted no me escuchó, ¿verdad?

Momentáneamente desconcertada, Melissa desvió la mirada, tratando de contener las lágrimas que parecían afluir a sus ojos. La aparente bondad de Latimer casi llevó al desastre a Melissa. Habría sido un alivio tan profundo compartir su sufrimiento con alguien que

comprendiese la verdadera naturaleza de Dominic; pero la fidelidad, la prudencia y la desconfianza instintiva con respecto a los motivos de Latimer la contuvieron. Ella había visto la mirada que él y Dominic cambiaron cuando Latimer y Deborah llegaron; había percibido la tensión que animaba el cuerpo alto de su esposo mientras los dos hombres se saludaban cortésmente, y poca duda le cabía de que la antipatía de Dominic por Latimer tenía raíces más profundas que el supuesto interés de Melissa por el otro.

Interpretando el permanente silencio de Melissa como una forma de aliento, Latimer se detuvo detrás de la joven y apoyó una mano sobre el hombro desnudo.

– Nunca fue mi intención perjudicarla, querida – murmuró. Es cierto que mi ofrecimiento fue temerario, pero si usted me perdona intentaré ser su amigo y ayudarla como pueda. – Su voz cobró cierta intensidad emotiva, y agregó:– ¡Puede confiar en mi... jamás la traicionaré!

El orgullo acentuó la rigidez de los hombros de Melissa, y con voz muy fría ella preguntó: – ¿Usted está muy seguro de que Dominic me traicionará?

Una risa amarga brotó de los labios de Latimer.

– ¿Acaso lo duda? ¡Olvida que yo lo conozco desde hace mucho... antes que usted! – Volviendo el cuerpo de Melissa para obligarla a enfrentarlo, Latimer preguntó con voz dura:– Si usted duda de la verdad de mis palabras, dígame... ¿dónde está ahora su esposo?

– ¡Mon Dieu! – exclamó alegremente Leonie detrás de la pareja– . Eso es algo que yo también desearía saber. – Fingiendo que no veía el sobresalto de sorpresa de Melissa y el sufrimiento que su cara trasuntaba, Leonie continuó diciendo despreocupada:– ¿Dónde está ese marido tuyo? – Agitando un dedo fingidamente severo en la cara de Melissa, la dama continuó:– Petite, debes tratar severamente a estos varones Slade, y hacerlo desde el comienzo mismo. De lo contrario, ¡te dominarán... como Morgan me domina!

Royce y Morgan emergieron de la oscuridad acercándose por detrás a Leonie, y Morgan dijo con una sonrisa: – Sabes, ella tiene toda la razón del mundo... ¡Desde el momento en que la vi, ha dominado mi vida!

Melissa formuló un comentario amable, y la evidente felicidad entre el hermano de Dominic y su esposa fue como un cuchillo clavado en su corazón que ya estaba herido. Y el sufrimiento llegó a ser casi intolerable cuando apenas unos instantes después Dominic, con Deborah colgada de su brazo, se acercó para reunir– se con el grupo.

La corbata antes inmaculada de Dominic estaba ligeramente torcida, y la cara de Deborah exhibía una expresión de tan satisfecho triunfo que Melissa tenía escasa duda de que habían compartido un momento apasionado en la oscuridad. Sin embargo, se habría asombrado de saber que, lejos de compartir un momento de pasión con Deborah, Dominic había dedicado todo el tiempo a defender su propio honor, y que la corbata se le había desordenado cuando con cierta energía él había arrancado de su cuello los brazos de Deborah, y le había informado duramente que era un hombre casado, y ¡que por favor no se mostrase tan audaz en su presencia!

Librodot

20

Excepto la desagradable necesidad de soportar la presencia de Latimer y de comportarse cortésmente con el hombre a quien despreciaba, Dominic en realidad se había complacido con el primer intento que había hecho su esposa de organizar una recepción. Antes de la llegada de los invitados, había elogiado amablemente el atuendo y el tocado de Melissa, y entonces pensó que nunca la había visto tan hermosa... o más deseable; y a medida que avanzó la velada, Dominic se sintió alentado por las amables sonrisas y las miradas de simpatía de Melissa. Se había sentido muy complacido con ese estado de cosas hasta que Royce de hecho arrojó a Deborah en los brazos de su amigo, y éste vio la expresión de dolor que se manifestó en la cara de Melissa.

Muy consciente de que la cortesía usual le impedía apartar de su brazo la mano de Deborah, y conociendo también las razones que explicaba la actitud de Royce, Dominic había permitido con acentuado mal humor que Deborah lo llevase a un lugar aislado. Casi sin escuchar la charla insulsa de la joven, Dominic exploró la oscuridad general, con la esperanza de ver a su esposa; y sólo cuando Deborah mencionó un nombre que él conocía muy bien ella atrajo toda la atención del dueño de casa.

– ¿Roxbury? ¿El duque de Roxbury? – preguntó Dominic– . ¿El tío de Jason les pagó el pasaje a Estados Unidos?

Deborah lo miró sobresaltada.

– ¿Jason? ¿Quién es Jason?

Impaciente, Dominic contestó: – El amigo de mi hermano... y sobrino del duque de Roxbury.

– ¡Oh! ¿No me lo presentaron en tu boda? ¿Un hombre alto y distinguido de ojos muy verdes?

– En efecto, parece la descripción de Jason Savage, pero, ¿cómo conociste a su tío el duque?

Deborah se encogió de hombros, y pasó la mano acariciadora del pecho al hombro de Dominic.

– Yo no lo conozco... Julius está relacionado con él. – Haciendo un bonito mohín con los labios murmuró:– No quiero hablar de Roxbury o de Julius, quiero hablar de nosotros...

Conteniendo un suspiro, Dominic apartó suavemente de su hombro la mano de Deborah, y dijo con mucha amabilidad: – Deborah, no hay nosotros. Antes pudo haberlo, pero eso es cosa del pasado... como te lo dije muchas veces. No debes usar lo que sucedió en Londres; fue hace mucho tiempo.

Ella murmuró hoscamente: – No tanto tiempo, Dominic... hace menos de cuatro años.

– Es posible, pero las cosas cambian. Tú te casaste con otro hombre, y ahora yo también estoy casado.

– ¡Que pomposamente hablas! No te pareces en absoluto al joven ardiente de quien me enamoré en Londres – dijo Deborah con cierto filo en la voz.

– Si estabas enamorada de mí, ¿por qué creíste en las mentiras de tu hermano acerca de mi persona? Y puesto que me amabas, ¿por qué te casaste con Bowden? – replicó Dominic, un tanto irritado ante el calificativo de "pomposo'~.

Bajando los ojos, ella movió inquieta la mano sobre el brazo de Dominic.

– No quería creerle, pero es mi hermano, y no lo conocía muy bien. Tú podías haber sido todas las cosas bajas que él decía de ti. ¿Cómo podía saberlo? – preguntó ella con voz tenue.

– ¿Y tu corazón nada te decía? – preguntó sarcásticamente Dominic, a quien en realidad poco importaba la respuesta de Deborah, pero que no atinaba a encontrar otro modo de pasar al tema de la razón por la cual el duque de Roxbury había considerado conveniente gastar su dinero en una pareja de extraños.

– ¡Oh, Dominic! Yo era joven y no me sentía segura de mí misma... tú eras un norteamericano audaz, tan distinto de todos los hombres a quienes yo había conocido. ¿Cómo podía saber que los motivos que impulsaban a mi hermano no eran los más elevados? ¿Cómo podía saber que deseaba casarme con ese horrible anciano?

Cada vez más hastiado con la conversación, sobre todo porque todo eso ya lo había escuchado antes, Dominic dijo con voz fría: – Poco importa, Deborah. Hiciste lo que entonces te pareció bien... de nada sirve lamentarse por 10 que sucedió... y no te guardo rencor por lo que sucedió antes.

– ¡Querido Dominic! ¡No tienes idea de lo feliz que soy al oírte decir eso! He meditado muchas horas acerca de la injusticia de mis actos, y me emocioné cuando Julius me dijo que vendríamos a Estados Unidos... apenas recibí la noticia de que viajaríamos, ante todo pensé en ti.

Inconmovible, Dominic preguntó con sequedad: – ¿De veras, querida?

– ¡Oh, sí! Sólo pude pensar que al fin volvería a verte, y que tendría la oportunidad de reparar el error... y quizá... – Suspiró hondo.– Pero no pudo ser. Tú estabas comprometido para casarte, y la generosidad de Roxbury quedó en nada.

Complacido porque el nombre de Roxbury había reaparecido otra vez en la conversación, Dominic se apresuró a decir: – Me extraña mucho que Roxbury aceptara pagar los pasajes a los Estados Unidos, y precisamente cuando hay guerra entre los dos países. Es muy peculiar.

Una expresión de fastidio se dibujó en los rasgos perfectos de Deborah.

– No tan peculiar si tienes en cuenta que el viejo Weatherby y el duque eran íntimos amigos. Cuando Roxbury se enteró de que la herencia de Julius estaba aquí, en los Estados Unidos, ofreció muy amablemente pagar nuestro viaje. Dijo que procedía así porque creía que Weatherby había incurrido en un descuido cuando olvidó dejarnos el dinero necesario para el viaje.

Manteniendo el rostro cuidadosamente inexpresivo, Dominic escuchó cada vez más asombrado ese relato. ¡Una de las historias más absurdas que jamás había escuchado! No conocía íntimamente a Roxbury, pero después de observar al anciano durante la estancia en Londres, y de haber oído relatos de Jason y Morgan acerca de las maquinaciones de Roxbury, había llegado a la firme conclusión de que ¡Roxbury jamás hacía nada por casualidad! Ciertamente, aunque tenía reputación de generoso, parecía por completo fuera de su estilo despilfarrar una elevada suma de dinero en dos personas prácticamente desconocidas, para ayudarlas a recoger una herencia dudosa. En todo caso, el asunto era muy interesante... Con un acento que a lo sumo era de cortés curiosidad, preguntó: – ¿Y el dinero para vivir? ¿De dónde vino? No deseo tocar un tema delicado, pero me parece recordar que en Londres tú y tu hermano siempre andaban escasos de dinero, y sin embargo, desde que llegaste aquí, parece que eso no es un problema para ustedes.

– ¡Qué grosero de tu parte mencionar una cosa así! – exclamó irritada Deborah, y apretó los labios que formaron una línea poco atractiva.

– Tienes toda la razón del mundo – reconoció Dominic, consciente de que en su búsqueda de información se había mostrado grosero. – Fue muy poco caballeroso de mi parte, pero no pude evitar formularme algunas preguntas al respecto.

– El asunto nada tiene de extraño – dijo hoscamente Deborah– . Como sabes, en los Estados Unidos todavía hay mucha gente que mantiene cierta actitud de lealtad a la corona... que creyeron y continúan creyendo que la Guerra de la Independencia fue un error. Roxbury es miembro de una organización filantrópica de Londres que está interesada en la suerte de los británicos que se opusieron a la rebelión, pero después permanecieron aquí. – Ante la expresión escéptica en el rostro de Dominic, la dama dijo malhumorada: – ¡No me importa si me crees o no! ¡Es cierto! Roxbury sólo deseaba que Julius hablase con algunas de estas personas, y estaba dispuesto a pagar a mi hermano una buena suma para que lo hiciera. Me

parece que todo eso es muy tonto, sobre todo porque no puede hacerse nada antes de que termine la guerra.

– ¿Cómo es eso? Me temo que no entiendo.

Deborah le dirigió una mirada irritada.

– Después de la guerra, la organización de Roxbury está dispuesta a pagar el pasaje de regreso a Inglaterra de los ex soldados británicos indigentes, de modo que esos tontos sentimentales puedan morir en Gran Bretaña. ¡Ya te dije que era absurdo!

"Absurdo" no era exactamente la palabra que Dominic habría usado para describir la situación. Deborah era tonta si creía una sola palabra de los absurdos que acababa de expresar. Y con respecto a Roxbury... Dominic sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral. Estaba dispuesto a apostar toda su fortuna a que Roxbury no tenía el más mínimo interés en la suerte de algunos ancianos y antiguos soldados británicos que deseaban volver a morir en la tierra donde habían nacido.

Dominic no podía estar seguro de los motivos y los planes de Roxbury, pero no creyó ni por un momento que el duque se había asegurado la ayuda de Latimer por motivos altruistas. De todos modos, se trataba de una información que antes ellos no tenían, y ansioso ahora de comentar el asunto con los otros, Dominic trató de sacar a Deborah del pequeño espacio en que estaban.

Sonriéndole amablemente, Dominic dijo: – Coincido en todo contigo, querida. Ahora, ¿volvemos con el resto? Estoy seguro de que han advertido nuestra ausencia.

– ¡Oh, Dominic! ¡No hablarás en serio! – gimió Deborah, y echándole los brazos al cuello acercó su cara a la del joven. Tenemos tan escasos momentos a solas, y no puedo soportar la idea de compartirte otra vez con los demás. Por favor, querido Dominic, bésame de nuevo.

Sintiéndose muy incómodo y al mismo tiempo exasperado, Dominic replicó con dureza: – ¡Santo Dios, Deborah, soy un hombre casado! ¿Cuándo aceptarás ese hecho y cesarás de provocar estas escenas embarazosas? ¡No recuerdo que fueses tan temeraria!

Con un movimiento poco gentil, él le arrancó los brazos de su propio cuello, y pensó irritado que le habría agradado poner a Jason Savage en esa misma situación, y comprobar cuánto le agradaba. Pero como recordó la necesidad de evitar un distanciamiento total de Deborah, dijo con voz más amable: – Eres una mujer muy atractiva... demasiado atractiva para perder tu tiempo en un individuo casado como yo. – Sonriéndole apenas, murmuró:– Querida, no debes tentarme.

Con su dignidad levemente apaciguada, parte de la furia se extinguió en los ojos de Deborah, y preguntó coqueta: – ¿De veras te tiento, Dominic?

Aliviado porque parecía que ella soportaba bien el desaire, Dominic dijo con total sinceridad: – Oh, sí, en efecto me tientas.

¡Lo que no le dijo era que sentía la tentación de retorcerle el cuello!

Deborah pareció complacida con las palabras de Dominic, y en su cara había una sonrisa visiblemente satisfecha mientras Dominic se acercaba con ella al pequeño grupo que incluía a Melissa. Dominic podía estar casado, pero Deborah no creía que eso representase un problema; aún era el hombre más interesante que había conocido en su vida, y ahora que ella ya no era una jovencita inocente, estaba decidida a gozar de toda la intensidad de la pasión de ese hombre. Además, Julius le había pedido que mantuviese una relación cordial con Dominic, y ella tenía la firme intención de satisfacer totalmente el pedido de su hermano.

Había una amable sonrisa en la cara de Dominic mientras se aproximaba al grupo, pero cuando sus ojos vieron a Latimer, que estaba tan cerca de Melissa, se le endureció la expresión, y tuvo conciencia del intenso deseo de acercarse a Melissa, de demostrar claramente a todos, y en especial a Latimer, que Melissa era suya. Por desgracia, era un poco difícil hacer eso, en vista de que otra mujer se aferraba fuerte a su brazo, y de que estaba rodeado por invitados que sin duda juzgarían divertida e infantil esa actitud. ¡De nuevo sus pensamientos acerca de Jason y Morgan no fueron amables, en absoluto amables!

Su humor ya irritado no mejoró en lo más mínimo cuando Leonie, con un brillo intencionado en los ojos verde mar se inclinó hacia adelante y le aplicó un buen golpe en el brazo con su abanico de oro y marfil.

– ¡Qué vergüenza, mon cher! ¡Abandonas de este modo a tu joven esposa la noche que ofrece su primera cena! ¿En qué estás pensando? – Volviéndose hacia Melissa, que miraba con una expresión helada en el rostro, la empujó hacia adelante y dijo medio en serio medio en broma: – Petite, no debes permitirle que continúe con sus viejas trampas. Es imperativo que lo lleves a comprender de inmediato que sus tiempos de joven disipado han concluido.

Mientras los otros miraban con diferentes grados de diversión y molestia, Leonie se acercó a Dominic y con un rápido y hábil movimiento desprendió de su brazo la mano de Deborah. Con expresión de amable reproche, dijo: – Y ahora, mi estimada lady Bowden, no debe quitar más tiempo a Dominic. En estos días él tiene una dulce esposa que exige toda su atención.

Antes de que nadie pudiese protestar o incluso comprendiera qué se proponía, Leonie había tomado la fría mano de Melissa y la había apoyado firmemente sobre el brazo de Dominic. Como la esposa de un campesino que arrea a sus pollos, Leonie los obligó a volverse y a alejarse, mientras decía alegremente: – ¡Fuera ustedes dos! En el cielo brilla una luna maravillosa. Vayan y que lo pasen bien.

Como las expertas maniobras de Leonie no les dejaban alternativa, Dominic y Melissa desaparecieron lentamente en la oscuridad. La cara colmada de satisfacción, Leonie se volvió para mirar a los invitados.

– ¿Fue una actitud muy impropia de mi parte? – preguntó.

Hubo un coro de risas, aunque Leonie advirtió que ni monsieur Latimer ni lady Bowden parecían sentirse muy complacidos. Pero el brillo aprobador en los ojos de Royce y la risa afectuosa en los vivaces ojos azules de Morgan era todo lo que le interesaba. Como llegó a la conclusión dc que era hora de aplicar su propio y excelente consejo, la dama aferró el brazo de Morgan y murmuró con descaro: – Discúlpenme, S'il vous plait? En efecto, es una noche para los amantes, ¡y yo deseo pasarla con el mío!

El silencio que se hizo después de la partida de los dos esposos fue al mismo tiempo irritado y regocijado. Latimer y lady Bowden apenas podían disimular su irritación, y Royce había considerado completamente regocijante toda la situación. Con la voz cargada de contenida diversión, Royce dijo: – En efecto, creo que el reciente duque de Wellington podría haber usado contra Napoleón la táctica de Leonie, ¿no les parece?

Con su hermosa cara afeada por una expresión altanera, Deborah replicó con voz tensa: – ¡Ciertamente, es muy atrevida! ¡No creo que ustedes los norteamericanos tengan modales!

– Quizá no – replicó amablemente Royce– . Pero si piensa así

– agregó astuto– , ¿por qué se castiga permaneciendo con nosotros?

Deborah le dirigió una mirada de intensa antipatía y se limitó a contestar: – Debí decir ciertos norteamericanos. Hay muchos que sin duda saben cómo comportarse en la sociedad elegante, pero Leonie Slade no es una de ellos.

¡Oh, Dios mío! Realmente la irritó, ¿verdad? – observó complacido Royce. Pero entonces recordó que de nada serviría a su causa que irritase demasiado a la hermana de Latimer, y le sonrió con un gesto encantador y murmuró:– Debe perdonarme, lady Bowden, por hacerle esas bromas... Me temo que se trata de una costumbre muy norteamericana.

Deborah sonrió desdeñosamente pero no contestó. En cambio, mirando con intención a su hermano, que se había mantenido extrañamente silencioso durante este diálogo, comentó irritada: – Creo que es hora de que partamos... ¡y dudo de que nuestros anfitriones recuerden siquiera que existimos!

Deborah se equivocaba en esto. Melissa pensaba mucho en la otra mujer, y sus pensamientos no eran en absoluto agradables... y tampoco lo eran los diferentes y horribles destinos que contemplaba para su marido y la enamorada de Dominic. Sólo porque concentraba la atención en esa gloriosa venganza, todavía mal definida, que ella se tomaría,

Melissa podía abstenerse de descargar de lleno sobre la cabeza y los hombros de su despreciado marido el arma que pudiese encontrar más a mano. Una cólera que rara vez había experimentado en el curso de su joven vida ahora la dominaba, y se sentía sumamente agradecida por la oscuridad que todo lo disimulaba y por esos pocos minutos que le permitirían recuperar el control de sí misma antes de retornar, como una buena anfitriona, a sus invitados. Con respecto a su esposo... Rechinó los dientes con una furia casi audible. Le hubiera agradado... Incapaz de pensar en un castigo satisfactoriamente perverso para él, clavó los ojos al frente.

Si Melissa había supuesto que su cólera no era evidente para el marido, se equivocaba. Dominic tenía cabal conciencia de las intensas emociones que irradiaban del cuerpo esbelto de su mujer, y estaba seguro de que si hubiese habido bastante luz de luna, de modo que él viese con más claridad, habría visto el cuerpo de su esposa vibrando de furia contenida. No la culpaba por sentir de ese modo, y una sensación de frustrado desaliento lo dominaba. De un modo o de otro era necesario que él modificara la situación. Dirigiendo una mirada inquieta al perfil desviado de Melissa, respiró hondo y comenzó con voz insegura: – Melissa, sé que la situación parece condenarme, pero quisiera tratar de explicarte las cosas. Créeme, nada debes temer de lady Bowden, y si a veces parece que prefiero demasiado su compañía, eso nada tiene que ver contigo.

– ¡Bien, muchas gracias! – explotó ruidosamente Melissa, mientras se volvía para mirar hostil a Dominic. Con los puños cerrados a los costados, dijo airadamente: – ¡Creo que en realidad no deseo continuar escuchando tus explicaciones! ¡Tu conducta esta noche ha demostrado claramente que nada te importan mis sentimientos, y puedes tener la certeza de que en el futuro nada me importarán los tuyos! Ahora, si me disculpas, tengo que atender a los invitados... ¡algo que al parecer tú olvidaste!

El temperamento de Dominic también se encendió deprisa, y sus ojos brillaban también a causa de la cólera cuando rezongó: – ¡Maldición! ¡Escúchame! Sé que las apariencias condenan, pero por el momento tengo que... – Se interrumpió bruscamente, y advirtió el hecho de que no sabía si podía explicar a Melissa los motivos de sus actos. Si le revelaba la situación, y si Melissa se comportaba como era usual en las diferentes mujeres que él había conocido, no pasaría mucho tiempo antes de que el asunto llegase a oídos de Deborah, y en ese caso todo habría sido inútil. Lo que era peor, Latimer sabría que sospechaban de él.

Golpeando furiosamente el suelo con el pie, los brazos cruzados rígidamente sobre el busto y el mentón elevado en un ángulo obstinado, Melissa inquirió: – ¿Sí? ¿Tienes que...?

Era obvio que de todos modos ella no creería una palabra de lo que él dijese. Sintiendo que la corbata estaba a un paso de asfixiarlo, dio salida a parte de la irritación frustrada que sentía, declarando con verdadera cólera: – ¡No importa! De todos modos, en el estado de ánimo que tienes ahora, no escucharás razones.

– Imagino que si trocásemos las posiciones, ¿tú escucharías? – preguntó Melissa con engañosa dulzura.

– ¡Sí! ¡No! – replicó Dominic con voz dura, que no sabía muy bien si jamás podría reaccionar con una actitud racional en relación con esa seductora y pequeña arpía con quien él se había casado. Trató dificultosamente de controlar su reacción cada vez más irritada, y extendiendo las manos hacia Melissa, la tomó por los hombros y la sacudió un poco mientras decía en un tono de voz menos colérico:– No podemos continuar así... tenemos que hablar.

Había sido un error tocarla, como Dominic lo descubrió muy pronto a su propia costa. El frágil dominio de sí misma se quebró en Melissa cuando él le puso las manos encima, y desprendiéndose en un movimiento furioso, dijo con voz de helada cólera:

– ¡No me toques!

Si ella había perdido el control de si misma, Dominic casi estalló al oír las palabras irritadas de Melissa. ¿Que no la tocase? ¿Y era su esposa? ¿Y sufría por ella? ¿Y ocupaba todos sus pensamientos? ¿Y él permanecía despierto noche tras noche, con el cuerpo ardiendo por ella? Olvidando todas las promesas que él mismo se había formulado, y que ése no era el

momento más propicio, Dominic permitió que la furia le aportase la excusa que necesitaba para quebrar las ataduras que él mismo se había impuesto, y aferró los brazos de Melissa con manos fuertes y la acercó bruscamente. Con su boca a pocos centímetros de la boca de Melissa, dijo con voz espesa: – ¿Que no te toque? Señora, usted pide un imposible.

Y sus labios cayeron con fuerza sobre los labios de Melissa, en un gesto duro y exigente, que no permitía que ella evitase el beso ardiente.

Al principio demasiado cegada por su terrible cólera para sentir algo más que mera furia, Melissa luchó contra él, retorciéndose salvajemente bajo ese abrazo poderoso, y descargando sus puños, como había deseado hacer antes, sobre la cabeza y los hombros de Dominic. Pero todo fue inútil. Dominic parecía indiferente a todo lo que no fuese obligarla a ofrecer una respuesta; sus manos se cerraban apretando dolorosamente los brazos de Melissa, y su boca se movía con un ansia urgente sobre la boca de la joven.

Durante quizás unos treinta segundos más continuó la batalla entre ellos; Melissa impulsada por la furia ciega, y Dominic aguijoneado por impulsos carnales cuya existencia misma él ignoraba. De pronto, traicioneramente, Melissa cobró conciencia del movimiento conocido y dulce del deseo que comenzaba a recorrer su cuerpo cada vez con más fuerza, y sintió la punzada cálida en las entrañas, se sintió cada vez más atraída hacia Dominic, no por obra de la rabia sino del ansia desesperada. Abrumada, intentó acallar los deseos que habían cobrado violenta vida en su cuerpo ante los besos brutales y potentes de Dominic, pero la atracción que se manifestaba entre ellos era demasiado intensa, demasiado inevitable para ser destruida así.

Con la mente convertida en un torbellino, comprendió que tenía que huir de él, pero ahora por una razón completamente distinta, y los movimientos de Melissa se hicieron casi frenéticos mientras realizaba varios inútiles intentos por reconquistar la libertad. Y entre tanto podía sentir que su decisión se debilitaba, y que impotente se deslizaba cada vez más hondo hacia esa red oscura e hipnótica del deseo. Hizo un último y valeroso intento para liberarse, pero los brazos de Dominic a lo sumo la sostuvieron con más fuerza, y sus besos embriagadores destrozaron las frágiles barreras que ella había levantado entre los dos. La vergüenza y el deseo se mezclaron y, con un breve sollozo de derrota, Melissa renunció al combate y comenzó a retribuir apasionadamente los besos de Dominic, y sus brazos se cerraron sobre el cuello de su esposo, y su cuerpo se arqueó provocativamente contra el cuerpo del hombre.

La rendición de Melissa fue también la ruina de Dominic, y él ya no tuvo ojos más que para el cuerpo cálido y aquiescente que estaba en sus brazos. Sólo la dulce reacción de Melissa tenía sentido para él; sólo sus labios blandos y la lengua pequeña e inquieta gravitaban sobre su conciencia; eso, y el cuerpo femenino que despertaba y el fiero deseo que inundaba todo el ser de Dominic. Casi loco de pasión, deslizó las manos hasta las caderas de Melissa, acercándola más a él, maniobrando su cuerpo según ritmos carnalmente explícitos. La deseaba dolorosamente, la necesitaba con intensidad tan ardiente que estaba seguro de que si no podía tenerla moriría del deseo. Alzando un poco la cabeza, la voz ronca y enturbiada por la pasión, murmuró: – Me vuelves loco. Tienes que permitirme... – Sus ojos se posaron en la piel blanca que se elevaba encima del vestido de Melissa, e incapaz de resistir la atracción, Dominic depositó minúsculos y cálidos besos sobre el seno, diciendo con voz espesa:– Jamás sentí así... solamente puedo pensar en ti. Permanezco despierto, recordando lo que es tener tu carne desnuda cerca de la mía... el suave sabor de tus pechos... el placer que me concedes... te deseo tanto que no puedo pensar...

Sus palabras eran agridulces para Melissa, y si hubiese incluido una palabra de amor, un atisbo de que sentía por ella algo más que la necesidad de la satisfacción corporal, quizás ella habría olvidado todo lo que había sucedido antes. Pero no podía, y con cada palabra que él pronunciaba para Melissa era dolorosamente claro que sentía por ella nada más que sensualidad animal. Otra mujer cualquiera podía servirle, y aunque Dominic estaba hablando de su cuerpo, la joven podía imaginarlo fácilmente diciendo lo mismo a Deborah... quizá se lo

había dicho antes. Esa conciencia era tan eficaz como un chorro de agua helada, y la pasión desatada antes se disipó como si nunca hubiera existido. Desalentada, trató de apartarse de él, y sintió con más profundidad que nunca la humillación de la desesperación.

Respondiendo al instinto, Dominic resistió los primeros intentos de Melissa, pero algo en la actitud de la joven, algo en el modo en que ella se debatía, alcanzó la conciencia de Dominic, y así, finalmente, de mala gana, la soltó. Su propia pasión se atenuó con el correr del tiempo, y con un desconcierto evidente en la voz preguntó: – ¿Qué hay? Me deseabas... tan desesperadamente como yo a ti.

Sin mirarlo, manteniendo desviada la cara mientras se alisaba el vestido, buscaba inquieta las palabras apropiadas. Por ejemplo, podía decir: "Desear no es suficiente. Quiero tu amor". En sus labios se dibujó una sonrisita amarga. Para Dominic era muy fácil contestar sencillamente: "¡Pero yo te amo!" Melissa no era tan ingenua que no supiera que los hombres decían muchas cosas cuando estaban acicateados por el deseo. ¿Cómo podía creerle? Sobre todo porque después de formular la pregunta seria muy evidente lo que ella deseaba escuchar. Pero tenía que decir algo, y parte de la furia que había experimentado antes retornó ¿ su conciencia cuando Melissa dijo sin rodeos: – Eres un amante muy experimentado. Estoy segura de que puedes lograr que la mayoría de las mujeres te deseen... al menos durante un momento. – Ocultando su dolor y su amargura, Melissa concluyó con frialdad:– Me temo que tu... bien, tu habilidad momentáneamente superó mis escrúpulos. Pero no te preocupes por eso... no volverá a suceder. Y silo que deseas es una mujer, estoy segura de que lady Bowden se sentirá sumamente complacida atendiendo tus necesidades.

– Melissa dirigió a Dominic una sonrisa de irritante indiferencia, y murmuró:– Y ahora, creo que deberíamos reunirnos con nuestros invitados, ¿no te parece?

Quizá Melissa se mostraba fría e indiferente, pero en su fuero íntimo era una hirviente masa de nervios, y su compostura no mejoró en absoluto cuando advirtió la mirada fríamente despectiva con que Dominic recorría su cuerpo delgado. El se preguntaba con cáustica angustia: ¿Por qué? ¿Por qué me hace esto? ¡Cálida y ansiosa en mis brazos un minuto, y al siguiente fría e insensible como una estatua de alabastro! Si, ella lo había deseado, lo deseaba tan apasionada y desesperadamente como él la necesitaba, y sin embargo... Sin embargo, por sus propias razones ella fingía que el ansia que sentía cada uno por el otro no existía. ¿Por qué? Pero incluso mientras estaba allí, frente a ella, sintiendo que se acentuaban en su pecho la furia y el resentimiento, no pensó ni por una vez que en el curso de todas sus relaciones él jamás había mencionado la palabra amor, y no había dado a Melissa ningún indicio de que en los sentimientos que fluían tan intensos entre ellos pudiera haber algo más profundo que el mero deseo de saciar las necesidades carnales del cuerpo.

La miró con los ojos entrecerrados, y pensó brutalmente que le agradaría enseñarle una lección acerca de la estupidez de jugar un juego tan peligroso – atraerlo e incitarlo con ese cuerpo aquiescente y deleitoso, y después negarle lo que le había ofrecido apenas unos momentos antes. ¿Procedía así en busca de un placer perverso? ¿O era nada más que mero y rencoroso capricho?

El sonido de risas ahogadas se filtró a través del cálido aire nocturno, y como sabia que ella tenía razón, y que en efecto había invitados, él contuvo una maldición y con un gesto colérico le ofreció el brazo. Con los ojos grises hostiles y despectivos, Dominic dijo burlonamente: – Por supuesto, señora, ¡volvamos a nuestros invitados! ¡Por lo menos allí yo puedo pasarlo bien!

Representaron muy bien sus papeles por el resto de la velada, y la mayoría de los invitados no advirtió nada parecido a tensión en sus anfitriones. Pero Leonie había visto que algo no estaba del todo bien, y mientras ella y Morgan volvían lentamente a Oak Hollow en el pequeño carricoche que Josh les había prestado, comentó el caso. Con una expresión inquieta en los ojos verde mar dijo: – Morgan, ¿qué sucede con Dominic? No lo comprendo. Tiene una esposa bella y joven, y sin embargo permitió que esa arpía de Deborah Bowden atrajese su

atención. – Frunció el entrecejo.– E incluso después que me tomé tanto trabajo para reunirlo con Melissa, algo estaba muy mal entre ellos mientras despedían a todos los invitados.

Morgan rió por lo bajo.

– Yo no me preocuparía tanto, querida. Estoy seguro de que Dominic puede resolver sus propios problemas domésticos. – Con acento un tanto reflexivo, agregó:– Aunque yo no desearía estar ahora en sus zapatos. Tiene que recorrer un camino sembrado de espinas.

– ¿Por qué? – preguntó Leonie, con un gesto aun más inquieto. Todo lo que tiene que hacer es mantenerse apartado de la arpía y comportarse como un marido honorable y afectuoso. – Desapareció el gesto de preocupación, y la dama dirigió una amable sonrisa a su marido.– ¡Cómo el mío!

– Bien, el asunto es un poco más complicado – respondió imprudentemente Morgan, con la atención fija en el caballo, que avanzaba por el camino iluminado por la luz de la luna.

– ¿Qué? – preguntó Leonie, ahora más interesada– . ¿Y de qué se trata? ¿Tiene algo que ver con esa reunión que ustedes dos mantuvieron con Jason la semana pasada en Oak Hollow?

Formulando el deseo de que su esposa no fuese tan observadora, Morgan ahogó un suspiro. El y Leonie no tenían secretos, y Morgan confiaba completamente en la capacidad de su mujer para mantener la boca cerrada, si era necesario; pero por razones que él no deseaba examinar muy de cerca, no le había revelado el contenido de esa conversación en Oak Hollow. Quizá tenía la incómoda sospecha de que ella no vería las cosas del mismo modo que él y Jason; quizá sabía que lo que habían pedido a Dominic era injusto.

Morgan experimentó una súbita sensación de incomodidad y murmuró: – Jason cree que Latimer, y para el caso también su hermana, quizás están aquí por razones diferentes de las que ellos mismos formulan, y quiso que Royce y Dominic estuviesen aten– tos.

– ¿Y? – preguntó su esposa.

Morgan se aclaró nerviosamente la voz.

– Y bien, Jason pensó que podía ser buena idea, puesto que Dominic no aprecia en absoluto a Latimer, que Royce concentrase sus esfuerzos en Latimer y Dominic hiciera lo mismo con Deborah.

– ¿Qué? – gritó Leonie, irguiéndose al lado de su marido. Con un resplandor peligroso en los ojos, preguntó en un tono de voz que oprimió el corazón de Morgan: – ¿Quieres decir que permitiste que Jason Savage convenciera a Dominic de que prestase atención a esa arpía e ignorase a su esposa?

– No precisamente – replicó irritado Morgan, cuyo temperamento también comenzaba a encenderse– . Nadie pide a Dominic que se acueste con esa mujer. Creemos que a nadie perjudicaría que Dominic mantuviese una relación cordial con ella. Deborah ha demostrado a todos con embarazosa claridad que alimentaba, bien... sentimientos intensos por Dominic, y no vimos razón que impidiera aprovechar esa disposición.

– ¡Mon Dieu! – estalló furiosa Leonie, la cara encendida con todo el desprecio que le inspiraba la idea– . ¡No puedo creer lo que estoy oyendo! ¡Estúpido, es un recién casado! ¡Cómo puedes pedirle que preste atención a una mujer que no es su esposa! ¡Y poco importa el motivo!

– ¡Maldito sea, Leonie! No estamos pidiéndole que duerma con esa condenada mujer... sólo que mantenga una buena relación con ella y abra los oídos.

– ¿Y no los breeches? – preguntó secamente Leonie, en absoluto impresionada por los argumentos de su esposa– . ¡Ah, bah! Es inútil hablar contigo. ¡Realmente, me irritas! ¡Después de todos estos años en que quise y esperé y anhelé que Dominic se enamorase, y se casara, haces esto! ¡Tú y Jason arruinarán su vida! ¡No me extraña que la pobre Melissa parezca sentirse desgraciada!

Morgan detuvo la marcha del caballo, sintiendo que su conciencia le remordía bastante, y miró hostil a su esposa.

Librodot

– No mencionarás una palabra de todo esto. No la conozco mucho, pero Melissa quizá sea indiscreta, y hasta que sepamos si puede mantener la boca cerrada, no debe saber en qué está Dominic. – Ante el frío silencio de su esposa, agregó en un tono de voz más conciliador:– Sé que el momento no es el más oportuno, pero es importante que nos enteremos de los planes de Latimer. Hay motivos que inducen a creer que es un espía inglés, y que las razones que lo mueven a estar aquí no corresponden a los mejores intereses de nuestro país.

Leonie no se dejó conmover por estas palabras, y elevó el mentón en actitud rebelde.

– Estoy tan enojada contigo – murmuró furiosa– . En realidad, estoy tan enojada contigo que no deseo siquiera continuar discutiendo este desagradable tema. En realidad... – Entrecerró los ojos, y Morgan hubiera debido ponerse en guardia, pero no lo hizo, y cuando ella se lamentó:– ¡Oh, querido! Dejé caer en el camino mi impertinente. ¿Quieres ir a buscarlo? – Hubiera debido prestar atención, y comprender que su tierna esposa tenía malas intenciones.

Maldiciendo por lo bajo, Morgan le entregó las riendas, descendió de un salto del carricoche y pasó del lado opuesto. Buscando en el suelo, encontró el impertinente de Leonie y lo depositó en la mano de su esposa.

– Aquí tiene, señora, su impertinente – rezongó exasperado.

Leonie sonrió fríamente.

– Gracias, monsieur, pero todavía estoy enojada con usted, y no deseo continuar viéndolo esta noche.

Ante la mirada atónita de Morgan, golpeó al caballo con las riendas y dejó a su esposo de pie en medio del camino.

Profiriendo sonoras maldiciones al aire nocturno, Morgan renegó larga y estrepitosamente, y se prometió que cuando pusiera las manos sobre su esposa...

Como Leonie lo había dejado a menos de cuatrocientos metros de la casa de Dominic, y Morgan tenía inquieta conciencia del temperamento de su esposa, llegó a la conclusión de que era más sensato buscar otro lugar para dormir esa noche. Profiriendo toda suerte de amenazas, comenzó a desandar el camino por donde había venido. El y Leonie se habían retirado después que el resto, y Morgan se consoló pensando que por lo menos no habría un público que contemplase su desdichado regreso.

Llegó a la vista de la cabaña pocos minutos después, y se sintió todavía más aliviado al descubrir que Dominic aún no estaba acostado. Mientras ascendía los peldaños, vio a Dominic sentado en la galería, con un botellón de cristal con brandy al costado, y una copa medio llena en una mano y un cigarrito negro en la otra.

En ese momento, Dominic tenía escaso parecido con el anfitrión pulcramente ataviado de quien Morgan se había despedido apenas unos minutos antes. Se había quitado la corbata, la chaqueta también habla desaparecido, y la camisa blanca estaba abierta casi hasta la cintura. No demostró sorpresa ante la imprevista llegada de su hermano, y se limitó a enarcar una ceja, señalando un sillón próximo y diciendo burlonamente: – Leonie te expulsó, ¿verdad?

Morgan sonrió, en absoluto desconcertado.

– ¡Sí, eso hizo, pequeño demonio! Pero no puedo decir que la culpo, aunque pienso tomarme cabal venganza por lo que hizo.

Sin más trámites, Dominic llamó a un criado, pidió otra copa, algunos cigarritos más y ordenó que preparasen en su estudio una cama para su hermano. Pocos segundos más tarde, Morgan se habla acomodado en un sillón, y después de quitarse la chaqueta y la corbata comenzó a saborear la copa de brandy.

Hubo unos pocos minutos de silencio mientras los dos hombres meditaban acerca de su situación. No era agradable. Morgan podría haber sonreído y tomado a broma 511 discrepancia con Leonie, pero no lo complacía la perspectiva que le ofrecían los pocos días siguientes. Sabía muy bien que Leonie no dejaría quietas las cosas. No temía que dijera a Melissa lo que había hablado con él, pero sin duda se entrometería... ¡y le amagaría la vida!

En cuanto a Dominic, pensaba ofuscado que mientras no pudiese desprenderse de Deborah, no podía abrigar esperanzas de salvar la distancia cada vez más grande que lo separaba de Melissa. Los dos hombres enfrentaban un futuro sombrío, y casi simultáneamente explotaron:
– ¡Maldito sea Jason Savage!

Librodot

21

Las palabras flotaron un segundo en el aire nocturno, y entonces, los dos hombres comprendieron que sus pensamientos habían seguido el mismo curso, y súbitamente se echaron a reír.

Meneando la cabeza cubierta de cabellos negros, Morgan comentó: – Las orejas de Jason seguramente le arden, y 'lO veo el momento de que Leonie diga a Catherine todo lo que sucedió. ¡Y entonces él será el desterrado!

Restablecido el buen humor, bebieron el brandy en relativa calma, hasta que Dominic comenzó a explicar a Morgan lo que había sabido por Deborah esa noche. Morgan escuchó atentamente, y silbó por lo bajo cuando se mencionó el nombre de Roxbury.

– ¡El viejo zorro! – dijo en parte admirativamente, y en parte con desagrado– . Nunca había contemplado la posibilidad de que su mano delicada interviniese en este asunto, pero la información no me sorprende, y dudo que Jason se asombre cuando se entere de que su mañoso y viejo tío está detrás del viaje de Latimer a Estados Unidos. Con una expresión reflexiva en la cara, agregó:– Sin embargo, me sorprende un poco que Roxbury haya elegido a un canalla como Latimer... Generalmente sus instrumentos son hombres de carácter.

Dominic sonrió.

– ¿Cómo tú y Jason?

Morgan sonrió amablemente.

– Eso mismo – dijo.

Continuaron varios minutos analizando el asunto, pero al fin, después de agotar el tema, y como ninguno se sentía especialmente jovial, fueron a sus lechos solitarios, cada uno deseando estar en otro lugar – para ser exactos, entre los brazos cálidos y acogedores de la esposa.

Si Melissa consideró extraño recibir por la mañana el saludo de su cuñado, pese a que recordaba claramente que se había despedido de Morgan y Leonie, y que los había visto desaparecer juntos por el sendero, no ofreció indicios en ese sentido. Sonrió cortésmente e hizo todas las cosas que se esperan de una buena anfitriona. Con respecto a su marido... bien, lo trató en el mismo estilo impersonal.

Y nadie, y Morgan menos que nadie, se sorprendió en absoluto cuando Leonie, con una sonrisa medio desafiante medio arrepentida, en sus labios, llegó en su carricoche precisamente cuando estaban terminando de desayunar, y saboreaban una taza de café negro en la galería. La dama permitió graciosamente que su esposo la ayudase a descender del vehículo, y murmuró con voz despreocupada: – Oh, bien, están todos despiertos. No deseaba llegar demasiado temprano y despertar a la gente de la casa.

Leonie dirigió una mirada nerviosa a su esposo, y descubrió una sonrisa inocua que, después de años de matrimonio, ella sabía que prometía represalias por la travesura de anoche. Por fin, se sentó en un sillón al lado de Melissa. Inclinándose, palmeó la mano de Melissa y preguntó jovialmente: – ¿Y cómo estás esta mañana, querida? ¿Fatigada después de tu primera reunión?

Las dos mujeres no hicieron caso de los caballeros, y dedicaron la media hora siguiente a un análisis minucioso de la cena ofrecida la víspera. Consciente de que su esposa aún lo miraba con malos ojos, pero ya fatigado de sus estupideces, Morgan de pronto dijo: – Leonie, estoy seguro de que tú y Melissa dispondrán de otras ocasiones para discutir ese tema tan interesante, pero por mi parte quisiera marcharme. – Le dirigió una mirada que no daba lugar a réplica, y explicó:– Como puedes ver, todavía tengo las ropas que usé anoche, y antes de que pase mucho tiempo desearía ponerme otra cosa.

Un tanto contrita, Leonie se sentó al lado de su marido, y ambos se despidieron nuevamente de Dominic y Melissa. Viajaron en silencio varios minutos hasta que Leonie dijo con voz nerviosa:

– ¿Estás muy enojado conmigo?

– ¿Deberla estarlo? – preguntó Morgan.

Leonie reflexionó un momento.

– Probablemente – reconoció al fin– . Pero debes aceptar que yo tenía motivos. Lo que tú y Jason están haciendo con el matrimonio de Dominic es muy censurable. – De nuevo irritada, cruzó los brazos sobre el pecho y murmuró:– ¡Y tampoco lamento lo que hice! ¡No importa cuál sea tu respuesta!

Morgan detuvo el caballo y se volvió para mirar a su esposa. Al ver la expresión levemente aprensiva que se dibujó en la cara de Leonie incluso al elevar desafiante el mentón, Morgan se echó a reír.

– ¡Debería castigarte, pequeña bruja! Pero como te adoro y no quiero tocarte ni uno de los cabellos que tienes en la cabeza, me imagino que tendré que limitarme a matarte de amor.

Con los ojos verde mar ensombrecidos súbitamente por la emoción, Leonie echó los brazos al cuello de Morgan y lo besó sonoramente.

– Oh, Morgan, mon amour , me sentí tan sola sin ti anoche... Estuve a un paso de venir a buscarte.

Sonriendo, con un brazo rodeando la cintura de su esposa, el mentón apoyado en los rizos color miel de Leonie, Morgan castigó al caballo con las riendas. Retornaron muy lentamente a Oak Hollow.

Si Morgan y Leonie habían resuelto sus diferencias, no podía decirse lo mismo de Dominic y Melissa. Y a medida que avanzó el día y Melissa continuó tratándolo con la fría cortesía de una anfitriona a quien de pronto se pide que atienda a un invitado no muy grato, la irritación de Dominic se acentuó.

No mejoró su estado mental el hecho de que ese día Melissa exhibiese una apariencia especialmente deslumbrante. Tenía las mejillas levemente sonrojadas y los ojos muy luminosos, y el vestido que ella había decidido usar era precisamente, de todos los vestidos que él le había comprado, el que le agradaba más. Era un frívolo modelo de seda verde manzana adornado lujosamente con encajes y volados, y a pesar de que ella estaba tratándolo injustamente, Dominic no podía dejar de admirar su apariencia. Tampoco le pasaban inadvertidos los rubios cabellos que caían en rizos sobre los hombros, con algunos mechones que rozaban las mejillas de la joven y le acariciaban el cuello... precisamente en los lugares donde a él le habría agradado apoyar los labios.

Irritado con la línea de sus propios pensamientos, Dominic se impuso pensar detenidamente en la injusta conducta de Melissa con él. Melissa ni siquiera estaba dispuesta a escucharlo – en el supuesto de que él hubiese podido explicarle las cosas. Ese era un aspecto que él y Morgan habían abordado la noche anterior, para llegar a la conclusión de que cuanto menos hablasen tanto mejor. Morgan había destacado con mucha indignación la reacción de

Leonie frente a la explicación que él le había ofrecido– ¡y llevaban casi diez años de casados! La capacidad o la incapacidad de Melissa para mantener cerrada la boca era también una incógnita que debía ser contemplada, y si bien no creía que ella fuera una mujer charlatana, en todo caso no podían correr riesgos. En general, Dominic estaba completamente disgustado con la situación, y la perspectiva de formar con Melissa un matrimonio aunque fuese remotamente normal, se desdibujaba a medida que pasaban las horas.

Que deseaba un matrimonio normal era una verdadera concesión de su parte. Lo que no deseaba no era sencillamente la normalidad de compartir el lecho de su esposa; con desaliento y horror cada vez más intensos, temía seriamente que él llegara a desear ni más ni menos que lo que tenía su hermano Morgan – un matrimonio signado por el amor y la confianza.

Después de la partida de Morgan y Leonie, Dominic había observado malhumorado a Melissa, que se movía de un lado al otro de la casa, como si de pronto hubiese sufrido un ataque de celo doméstico. Ella y la señora Meeks dedicaron muchísimo tiempo a comentar y criticar el trabajo de las nuevas criadas, y a comprobar que todos los signos de las festividades de la noche anterior desaparecieran, y la casa retornase a una condición más normal. Ocuparse de que la casa y los terrenos estuviesen inmaculados parecía absorber el interés total de

Melissa, y Dominic consideró distraídamente la posibilidad de distribuir por allí una carga de estiércol de caballo, nada más que para atraer la atención de su esposa.

Pero pronto renunció a esos pensamientos mezquinos, y se entretuvo sencillamente mirando a su esposa, y derivando un placer sardónico cuando ella percibía la mirada fija de su esposo y perdía el hilo de su conversación con la señora Meeks. Vio interesado cómo el sonrojo en las mejillas de Melissa se acentuaba y descendía por el cuello y el pecho, y descubrió que estaba preguntándose hasta dónde llegaba la mancha escarlata... ¿hasta los pechos? ¿La piel blanquísima había cobrado un tono suavemente sonrosado? ¿También se oscurecía el color de los pezones dulces como fresas? Una sonrisa definitivamente sensual se dibujó en su boca expresiva, y esta vez, cuando sus pensamientos se internaron en territorios prohibidos, Dominic nada hizo para detenerlos.

Melissa podía parecer indiferente a la presencia de Dominic, pero ésa no era la verdad. Advertía inquieta que tenía una insoportable conciencia de que allí estaba ese cuerpo alto y delgado descansando tan lánguidamente en uno de los sillones del salón. Hoy, él estaba vestido con cierta atractiva informalidad, con la camisa blanca parcialmente abierta, los viejos breeches adaptados soberbiamente a las piernas largas. Los cabellos negros estaban peinados con descuido, con algunos rizos rebeldes casi sobre el cuello de la camisa abierta; y Melissa tenía la inquietante percepción de que jamás había visto un hombre que fuese ni siquiera la mitad de apuesto y atractivo que ese despreciable marido.

Como llegó a la conclusión de que podía concentrar mejor la atención sin la presencia turbadora de Dominic, propuso a la señora Meeks que pasaran a la sala del desayuno a continuar la absorbente discusión acerca de la conveniencia de aplicar otra capa de cera a la balaustrada de la escalera que llevaba al piso alto, o si les convenía esperar una semana o dos. Por cierta razón misteriosa, Dominic las siguió, y Melissa no pudo apartarlo de su mente; él se apoyó como al descuido en el marco de la puerta, al parecer ávidamente interesado en la conversación de las dos mujeres. Y así sucedió el día entero, y poco importaba que ella intentase ignorarlo o alejarse de él, siempre estaba allí observándola, escuchándola, provocando sus nervios hora tras hora. Y si ella hubiese conocido las imágenes eróticas que se sucedían en el cerebro de Dominic, su nerviosismo se habría duplicado.

Tampoco importó que, a medida que avanzara el día, Dominic comenzara a consumir gran cantidad del excelente brandy francés, de modo que hacia el anochecer sus frases llegaron a ser ligeramente tartajosas. Mientras lo miraba con disimulo durante la cena en el agradable comedor que estaba al fondo de la casa, Melissa pensó asombrada que en verdad parecía un hombre absolutamente sobrio; sólo la leve turbación del habla y el modo extraordinariamente preciso de moverse sugería que estaba un poco más que ligeramente alcoholizado.

La comida fue tranquila, y los únicos sonidos eran el de la platería al chocar con la porcelana, y el débil tintineo del cristal cuando Dominic volvía a llenar de tanto en tanto su copa de brandy. De pronto las miradas de los dos se encontraron, y sonriendo burlonamente Dominic preguntó: – ¿Quieres acompañarme a beber? Dicen que el brandy es un excelente somnífero.

Melissa dirigió una mirada altiva al lugar que él ocupaba en el extremo opuesto de la mesa, la silla un poco desviada, las piernas largas extendidas frente a él.

– Creo – dijo secamente– que podrías comprobar que una conciencia tranquila es un calmante mucho más eficaz.

– ¿Una conciencia tranquila? – rezongó Dominic, los ojos grises resplandeciendo intensamente en la cara morena– . Y bien, ¿por qué crees que yo tengo una conciencia culpable? Últimamente nada hice que me avergonzara. Más aún, creo que la mayoría de la gente diría que me he comportado muy noblemente, en vista de las circunstancias. – Torció la boca.– Es definitiva, me casé contigo.

Completamente enfurecida, Melissa se puso de pie de un salto, y arrojando la servilleta de hilo blanco rodeó la mesa.

– Bien, ¡muchísimas gracias! – dijo colérica, deteniéndose frente a él, el pecho agitado a causa de la intensidad de su cólera– . ¡Lástima que tu nobleza no durase más que el tiempo que necesitaste para pronunciar tus votos!

Fascinado por el movimiento del busto de Melissa, Dominic no podía apartar los ojos de la piel suave tan tentadoramente próxima, y sin conciencia de lo que hacía extendió las manos y la sujetó entre sus brazos y la depositó sobre sus rodillas. Hundió ciegamente la cara entre los pechos suavemente perfumados, y su boca buscó ardiente la carne propicia.

– Lissa, ¿lo que tú deseas es un marido noble? ¿Un hombre noble, colmado de buenos pensamientos y obras virtuosas? – murmuró con voz espesa.

Alzó la cabeza, miró la expresión desconcertada de Lissa y entonces, aprovechando el momentáneo asombro de su esposa, la movió apenas de modo que quedase encerrada en sus brazos, la cabeza casi apoyada en el hombro de Dominic, las piernas colgando a escasa altura del piso. Con su boca a pocos centímetros de la boca de Melissa, le preguntó roncamente– : Si yo intentara realizar cosas meritorias por ti... ¿eso ablandaría tu frío corazón? ¿Las obras buenas serían la llave que liberarla esa salvaje pasión que compartimos en nuestra noche de bodas? ¿Así seria posible?

Jadeante, la piel excitada por el contacto de la boca de Dominic, el cuerpo muy atento a la calidez y la dureza del hombre tan próximo a ella, Melissa no supo qué decir. El instinto la impelía a abrazarlo, a rodearle el cuello con los brazos, a besar hambrienta esos labios firmes y placenteros tan cerca de los suyos, pero el recuerdo de la sonrisa satisfecha de Deborah la noche anterior se insinuó perverso en su cerebro, y con un movimiento violento se liberó de su esposo y saltó al piso. Las lágrimas contenidas resplandecieron en sus ojos dorados, y más con tristeza que con rabia, exclamó: – ¡Basta! ¡No juegues así conmigo! ¡No lo soporto!

Y dicho esto huyó de la habitación, y sus faldas de seda flotaban detrás de su paso.

Con una expresión absolutamente estupefacta, Dominic miró en la dirección en que ella había desaparecido. ¿Que jugaba con ella? ¡Esta mujer estaba loca! Se habla dedicado a trastornar y conmover el mundo de Dominic; respondiendo al frío cálculo lo había llevado al matrimonio; se había apoderado de su pobre e incauto corazón y se lo había arrancado del pecho, para después pisotearlo cruelmente... ¡y se atrevía a acusarlo de jugar con ella!

Estuvo sentado un rato en caviloso silencio, alimentando sus agravios, casi sin advertir la aparición del mayordomo en la habitación, hasta que el caballero tosió delicadamente y preguntó: – ¿Puedo retirar el servicio, señor?

Dominic miró distraídamente al hombre.

– Por supuesto – replicó después de unos instantes, y se puso de pie. El efecto de todo el brandy que había estado bebiendo se manifestó ahora, y sintiéndose un poco aturdido Dominic agregó: Envíe a la galería un jarro grande de café. Creo que me sentaré allí un rato antes de acostarme.

Varias tazas de café fuerte y unas pocas horas después, Dominic había recuperado un poco el control de sí mismo, aunque en el cerebro todavía había suficiente caudal de vapores alcohólicos, de modo que sus pensamientos no eran precisamente racionales. A decir verdad, eran completamente irracionales, y el implacable deseo de demostrar a su esposa que él no estaba jugando con ella era el factor que prevalecía en sus sentidos. El no había sido quien la desterrara del dormitorio; ¡él no había sido quien había interrumpido la víspera un promisorio abrazo, y quien había exhibido un cuerpo casi irresistible frente a su cónyuge! Oh, no, él no era quien se adelantaba con tanta seducción y después, a último momento, se retiraba. ¡Y por Dios, él no estaba dispuesto a soportar más tiempo la situación!

Con un gesto obstinado en la cara, entró y subió la escalera dos peldaños por vez. En su dormitorio, se desvistió, y más por costumbre que por otra cosa se lavó deprisa con el agua tibia que esperaba en la palangana.

Vaciló apenas un instante frente a la puerta que comunicaba los dormitorios, y la escasa luz que se filtraba bajo la puerta le indicó que Melissa aún no se había acostado. Se preguntó si ella estaba allí, esperándolo. ¿O pensaba en otro hombre? ¿Quizá en Latimer?

Moviendo irritado la cabeza de cabellos negros, desechó intencionadamente esa ingrata imagen. No contemplaría la posibilidad de que su esposa deseaba realmente a otro hombre – él no deseaba a otra mujer, y por lo tanto, ¿cómo era posible que ella hubiese puesto los ojos en otro varón? Que su lógica era defectuosa fue algo que no concibió, y tampoco imaginó siquiera que en vista de la situación que había entre ellos, no era probable que su esposa reaccionara favorablemente al verlo aparecer en su cuarto. Pero nada de todo eso lo molestó. En el breve lapso en que él y Melissa habían estado casados, él no había hecho otra cosa que devanarse los sesos tratando de comprender lo que había sucedido entre los dos, desconcertado por la incomprensible decisión de Melissa de negar a ambos los placeres del lecho conyugal. Pero eso no podía continuar. Las razones que él tenía para hacer lo que se proponía hacer ni siquiera le parecían muy claras. No era sólo la necesidad de aliviar la hambrienta pasión que la mera presencia de Melissa despertaba en él; era algo mucho más profundo, más elemental. Quizá tenía algo que ver con el modo en que Latimer la había mirado la noche precedente, el modo en que ella había parecido responder a la atención del otro hombre. O tal vez se relacionaba con la necesidad de demostrar a Melissa con su cuerpo lo que Dominic aún no había reconocido por completo ante sí mismo:– que la amaba y la deseaba de todos los modos que un hombre desea a la mujer amada. Quizás en su confuso pensamiento quería demostrarle que al hacerle el amor, no existían otras mujeres que le interesaban; que si bien él podía aparentar que cortejaba y alentaba a otra mujer, ella era la mujer en cuyos brazos él deseaba estar; y eran los besos de Melissa lo que él deseaba, y su cuerpo lo que él ansiaba. Sólo el de Melissa. Y finalmente, quizá quería demostrar de una vez para siempre que cuando ella rechazaba los avances de Dominic, cuando esquivaba el contacto con él, estaba mintiendo...

No se atrevió a pensar en lo que podía suceder si se equivocaba, si todo ese dulce fuego y ese deseo no eran realmente para él. E impulsado ahora por los dictados de su propio cuerpo tanto como por los demonios de su cerebro, abrió la puerta y todo el esplendor de su desnudez entró en la habitación de Melissa.

El cuarto estaba iluminado por el resplandor suave de las velas, y con un movimiento decidido Dominic avanzó hacia la cama de Melissa, y apartó las cortinas de gasa que envolvían la ancha cama.

Sumida en sus tristes cavilaciones, Melissa no había oído el ruido de la puerta al abrirse o la aproximación de Dominic, y el súbito movimiento de las cortinas de la cama la sobresaltó. Con los ojos bien abiertos lo miró fijo, y entonces, el hecho de que estaba completamente desnudo penetró en su conciencia, y ella sintió que se le cortaba el aliento.

Dominic tenía un aspecto grandioso allí, de pie, frente a ella, al parecer en absoluto conturbado por su propia desnudez, los ojos grises fijos y hambrientos en la piel suave que se elevaba y descendía con el cuerpo bajo la prenda muy tenue que Melissa se había puesto para dormir. Era un camisón de seda tejida, de color marfil y con abundantes adornos de fino encaje; era al mismo tiempo provocativo y modesto, y el material casi traslúcido revelaba tanto como ocultaba, y las mangas llenas y el cuello suavemente redondeado le conferían una apariencia virginal.

Melissa estaba sentada sobre el cubrecama color lavanda, la espalda apoyada en una pila de blandas almohadas, y Dominic pensó que nunca había visto nada más hermoso que su esposa sentada allí, las piernas recogidas bajo el cuerpo, los cabellos abundantes descendiendo como una cascada sobre los hombros, la boca entreabierta por la sorpresa. Incapaz de evitarlo, se inclinó y acercó su boca a los labios entreabiertos de Melissa, y depositó en ellos un beso suavemente dulce.

Con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, Melissa no supo si se sentía complacida o desagradada, cuando él alzó la cabeza, un segundo después. Tratando desesperadamente de calmar la salvaje excitación que le hervía en sus venas, Melissa mantuvo apartada la mirada del cuerpo desnudo de Dominic y preguntó sin aliento: – ¿Qué haces aquí?

Era una pregunta estúpida, y ambos lo sabían. Melissa sintió deseos de morderse la lengua cuando vio la sonrisita burlona que jugueteó en la comisura de los labios de Dominic. Mirando a cualquier sitio menos a él, Melissa murmuró tontamente: – No es... no está bien caminar por ahí desnudo.

– ¿Mi cuerpo te desagrada? – preguntó Dominic.

– ¡Oh, no! ¡Me parece maravilloso! – se apresuró a decir Melissa; y después, al comprender lo que había reconocido, apretó los labios, y un encantador sonrojo le tiñó las mejillas.

Dominic sonrió con la comprensible satisfacción del hombre que sabe que su mujer aprecia los atributos físicos que él posee. Su mirada se deslizó posesiva sobre las suaves curvas del cuerpo femenino, y murmuró: – ¡Y yo digo que el tuyo es absolutamente delicioso!

Durante un momento los ojos de Melissa se clavaron en los de Dominic, y ella intentó medir la sinceridad de las palabras que su esposo había pronunciado. La calidez de los ojos grises aceleró el pulso de Melissa, pero después, al recordar que él era un mujeriego veterano, Melissa dijo con voz sorda: – ¡El mío y el de otra mujer cualquiera que atraiga tu atención!

Las manos de Dominic se cerraron brutalmente sobre los brazos de Melissa, y él la obligó a acercarse con escasa suavidad.

– No – dijo con voz dura– . Solamente tú. – Su boca descendió y aferró a la de Melissa en un beso imperioso, y una mano de Dominic se deslizó tras la cabeza de Melissa para retenerla, mientras él exploraba la boca femenina con frenético placer.– Sólo tú – murmuró finalmente, cuando apartó sus labios de ella.

Deseosa de creerle, tan fatigada de luchar contra él como contra los reclamos inexorables de su propio cuerpo, Melissa no intentó escapar de las manos de Dominic. Murmuró con tristeza para si misma: ¿Realmente importaba que él no la amase? Ya una vez lo había desterrado absurdamente de su cama, y después esa actitud le había pesado mucho; entonces, ¿por qué no podía tomar lo que él le ofrecía? Lo deseaba. Era su esposo. Lo amaba; ¿por qué no podía aceptar esa segunda oportunidad?

Ella no era la única que recordaba la noche en que lo había exiliado de su cuarto. Con los ojos ensombrecidos, Dominic de pronto la alzó en sus brazos.

– Esta noche – gruñó por lo bajo– compartirás mi cama, dulce bruja, y dudo de que ni siquiera tú tengas la audacia de expulsarme de mi propio lecho.

Por el momento, Melissa había desechado todas las razones que antes la inducían a desconfiar de él, y generosa en su derrota alzó los brazos y atrajo hacia ella la cabeza de cabellos negros. Deslizando sus labios con exquisita ternura sobre los labios sorprendidos de Dominic, murmuró: – Pero, ¿por qué debería expulsarte? Allí es donde ambos deseamos estar.

Dominic se sintió tan asombrado por esa imprevista capitulación que nunca recordó cómo se había apartado del lecho de Melissa, e ingresado en su propio cuarto, y ni siquiera recordó haberla depositado sobre la enorme cama de caoba; y sólo cuando vio el sorprendente contraste del camisón color marfil sobre el fondo azul de su propio cubrecama de terciopelo, comprendió dónde estaba exactamente. Y a esa altura de las cosas a decir verdad no importaba cuál era precisamente el lugar...

Gimiendo de placer, la besó apasionadamente, y toda el ansia y todo el deseo de los últimos días se desencadenaron de pronto en su interior. Melissa retribuyó sus besos con idéntico fervor, y su lengua buscó desvergonzadamente la de Dominic, enroscándose y provocándolo, y casi enloqueciéndolo de ansia.

Para él era una felicidad tenerla de nuevo en sus brazos, sentir otra vez la calidez de su cuerpo presionando el suyo, percibir las largas piernas de Melissa entrelazadas alrededor del cuerpo masculino uno acostado al lado del otro, las manos de cada uno explorando febrilmente el cuerpo del otro. La suavidad de la prenda de fina seda rozó eróticamente la carne desnuda de Dominic, pero él no pudo soportar ni siquiera esa frágil barrera entre ellos, y casi salvajemente la arrancó del cuerpo de Melissa, y suspiró complacido cuando sus dedos inquietos encontraron la piel desnuda. Había deseado mostrarse gentil con ella, hacerle el

Librodot

amor lenta y tiernamente, pero no pudo; todas las noches de privación, todas las horas insomnes que él había pasado rememorando la noche de bodas, se habían convertido en su fuero íntimo en una necesidad apasionada que casi lo sorprendía con su propia intensidad. Dejando una huella de ásperos besos, su boca se deslizó lentamente por el cuello de Melissa, y su lengua y los dientes mordieron y saborearon suavemente, mientras las manos de Dominic se posaban hambrientas en los pechos de su esposa. Hundiendo la boca en el cuello de Melissa, donde el pulso latía frenético, él murmuró: – Te extrañé tanto... durante días enteros pensé únicamente en esto, y me preguntaba si había imaginado que tu carne era tan suave, que tu boca era tan dulce, y con cuánta facilidad me enciendo cuando estás conmigo...

Las noches de privación también se habían cobrado su precio en Melissa, y aunque los deseos incontrolables que impulsaban a Dominic eran nuevos para ella, no por eso eran menos intensos. Casi había perdido los reflejos a causa del deseo, de la fiera pasión que sólo Dominic excitaba en ella, y que desplazaba todo excepto la alegría de estar en sus brazos, de conocer nuevamente la maravilla de sus besos, de perderse otra vez en la magia que Dominic entretejía con tanta habilidad, sin esfuerzo, alrededor de los dos. Las palabras de Dominic eran eróticas, y el ansia desnuda que se manifestaba en su voz excitaba tanto como el contacto de sus manos, y sus brazos la sujetaban por los hombros, obligándola a acercar más la cabeza. Con los labios que acariciaban suavemente los cabellos oscuros de Dominic, ella admitió tímidamente: – Yo también... yo también te extrañé. Yo... nunca quise expulsarte...

Había muchas cosas desconocidas entre ellos, pero aun así esa confesión era lo que más se parecía a una disculpa por lo que Melissa había hecho la noche de bodas, era lo que más se acercaba al reconocimiento de que lo amaba.

– ¡Dios mío! – gimió Dominic contra la garganta de Melissa– . ¿Qué haré contigo? Has trastornado mi mundo, y en el mismo instante en que me convenzo de que eres una estatua sin corazón, dices algo que modifica completamente la idea que tengo de ti. – Con la cabeza aún inclinada, entre besos breves pero intensos, él preguntó con una extraña nota de ardor en su voz:– ¿Realmente me extrañaste? ¿Realmente deseaste que volviese a tu lecho?

Era una conversación muy promisoria. Por desgracia, como los dedos de Dominic acariciaban insistentes los pezones despiertos, y su boca ascendía lentamente, Melissa no podía pensar con claridad. Sólo podía sentir, sentir el dolor tenaz que se difundía por todo su cuerpo, su piel que reaccionaba siempre que Dominic la tocaba, y ahora gimió impotente: – ¡Oh, sí! ¡Nunca quise que te apartases de mí!

Esa confesión pareció quebrar el último atisbo de control en Dominic, y él apretó con los suyos los labios de Melissa, y la besó fiera, casi salvajemente, y sus manos se deslizaron sobre el cuerpo esbelto para encerrarlo en un abrazo poderoso. Con un ansia que parecía infinita, la besó, y su lengua llenó la boca de Melissa, y exploró con descriptiva minuciosidad la dulzura que allí encontraba.

Aplastada contra el cuerpo de Dominic, sus pechos casi lisos contra el pecho duro del hombre, su boca aceptando ardientemente esa hambrienta invasión, Melissa se regodeó en la conciencia de que, por lo menos esa noche, lo que él deseaba era su cuerpo de mujer, y lo que él exigía eran sus besos. Abrazándolo con fuerza, su cuerpo cálido moviéndose con delatora urgencia contra el de Dominic, deseó que él la poseyera con todas las fibras de su ser.

El suave impulso del cuerpo de Melissa contra el de Dominic era una tortura exquisita, y él tuvo una conciencia casi dolorosa de todo lo que había en ella, desde la dulce calidez de su boca a los movimientos provocativos de sus caderas y sus piernas, cuando ella buscaba una intimidad más próxima. Un gemido de placer francamente carnal brotó de la garganta de Dominic cuando tomó las esbeltas caderas de Melissa con las manos y las sostuvo firmemente contra su miembro inflamado y dolorido, y sus propias caderas se movieron en un ritmo sensualmente perezoso que aportó a ambos un atisbo del éxtasis que llegaría después.

Melissa se retorció en el abrazo de Dominic, y experimentó el deseo frenético de que él la tomara, y el mismo frenesí de tocarlo, de acariciarlo, de que él supiese con cuánta intensidad la afectaba, y cuán conmovedor era su modo de hacer el amor. Todo el cuerpo de

Librodot

Melissa parecía fuego, y tenía los pechos llenos y doloridos, y sentía la boca de Dominic sobre ellos, de modo que los pezones se endurecían y pulsaban, y ella respiraba con breves y suaves jadeos cuando la cabeza de Dominic descendía y comenzaba a deslizarse con los labios entreabiertos sobre el pecho de su mujer.

Aturdida, ella arqueó y elevó el cuerpo, ofreciéndose a Dominic, y suspiró dulcemente cuando al fin los labios del hombre se cerraron sobre un pezón de coral, y un áspero placer le recorrió el cuerpo mientras él sorbía hambriento la punta rígida. Acentuando la dulce sensación, los dientes de Dominic frotaron suavemente el pezón sensible, primero de un pecho y después del otro, en un gesto que difundió turbulentas olas de placer por todo el cuerpo de Melissa.

Dominic había aflojado la presión de sus manos sobre las caderas de Melissa, y ahora con los brazos libres, ella comenzó a acariciarlo, y sus manos se movieron en círculos cada vez más amplios descendiendo por la espalda hasta que llegó a las nalgas musculosas. Casi inquisitiva, ella pasó las manos sobre la piel suave, presionando y explorando la tibia firmeza.

Las tiernas caricias de Melissa determinaron que Dominic comprendiese mejor que nunca que el más ligero toque de su esposa lo seducía, y su virilidad que ya estaba dolorosamente erecta se inflamó hasta alcanzar proporciones impresionantes, mientras los dedos inquietos de Melissa pasaban lánguidamente de las nalgas de Dominic a su columna vertebral y al pecho. Cuando las manos de Melissa finalmente encontraron los pequeños y duros pezones de Dominic, él no pudo contener un gemido excitado, y los movimientos de Melissa copiaron los de su esposo, y sus dedos suaves acariciaron y tironearon tiernamente las nalgas muy sensibles.

Ciegamente, él encerró en los suyos los labios de Melissa, besándola premiosamente, y revelando así la profundidad de su propia excitación. Ahora, su lengua se hundió ardiente en la boca acogedora de Melissa. Loco de pasión, él deslizó los dedos sobre el vientre liso de su esposa, se detuvieron durante un momento, juguetones, en la maraña de suaves y densos rizos entre las piernas, antes de alcanzar el lugar que buscaba.

La intimidad entre ellos era todavía demasiado frágil, demasiado desconcertante y nueva, y por eso Melissa reaccionó ante esa exploración, e instintivamente endureció el cuerpo. Era casi como si temiese el placer que sabía que él podía darle, y ella cerró los muslos para oponerse a esa mano. Su gesto no pareció perturbar a Dominic; en todo caso, lo consideró extrañamente emocionante. Con sus labios contra los de Melissa, ordenó con voz ronca: – No. Abre tus piernas, permite que te complazca... permite que ambos gocemos.

La sangre latiendo turbulenta en su cerebro, el cuerpo consumido por la fiebre del deseo, sin decir palabra ella obedeció, y los muslos pálidos se separaron flojamente. Un ahogado suspiro de satisfacción brotó de Dominic, y sus dedos buscaron sabiamente la entrada del cuerpo de Melissa, y el placer que ella sintió formó una salvaje espiral en todas sus fibras. La acarició, suavemente al principio, creando poco a poco la hambrienta necesidad en el cuerpo de Melissa, y después, cuando ella comenzó a agitar– se cada vez con más violencia, elevando las caderas para salir al encuentro de los dedos que la torturaban, los movimientos de Dominic fueron menos controlados, más urgentes, y ella se estremeció en la proximidad del éxtasis. Agobiada por la apremiante necesidad de conseguir que él le diese la liberación que Melissa buscaba desesperada, se retorció con abandono carnal bajo el contacto de Dominic, y ella hundió los dedos en los hombros de su esposo.

– ¡Oh, por favor! – jadeó– . Por favor, tómame, quiero sentirte dentro de mí. Te necesito... te necesito...

Temblando por la fuerza del deseo poderoso que fluía en sus venas, el rostro duro y fijo por una pasión contenida demasiado tiempo, Dominic dio a ambos lo que ansiaban, y su miembro inflamado la penetró en un movimiento casi frenético. Los cuerpos unidos, yacieron en una extraña parálisis, mirándose el uno al otro, saboreando las deliciosas sensaciones que a ambos los recorrían.

Librodot

Todavía sin moverse, el cuerpo del hombre sostenido de modo que no pesara demasiado sobre ella, Dominic la besó lentamente, con profunda ternura, y después, rítmicamente comenzó a moverse en el interior de Melissa, acentuando el filoso dardo de la pasión que les atravesaba el cuerpo. Como deseaba desesperadamente prolongar la dulzura de la unión, Dominic intentó con frenesí rechazar los reclamos de su cuerpo, y sus rasgos estaban deformados por el esfuerzo que hacía para retrasar la culminación definitiva del placer.

Abrazada al cuerpo del hombre, la lengua que exploraba hambrienta la boca de Dominic, Melissa percibió que él se contenía, alcanzó a oír su respiración jadeante, y eso acentuó su propia excitación, y ella elevó las caderas para salir al encuentro del impulso de penetración que él manifestaba. Lo sintió enorme cuando entró en ella, y sintió un orgullo de amante ante las proporciones y la fuerza de Dominic, y entonces Melissa puso las manos sobre las nalgas de Dominic, y aferró la carne firme y lo incitó todavía más. Con cada movimiento que él hacía, penetrando más profundamente en ella, el dolor fiero y exigente que fulguraba en las entrañas de Melissa era cada vez más intenso, más codicioso, hasta que ella se retorció desenfrenadamente debajo de Dominic, mezclando blandos gemidos de placer y seducción mientras sus propios movimientos enloquecidos de pasión acercaban a ambos

a la ansiada culminación del goce. Esta exquisita tortura no podía durar, y de pronto, como la avalancha de un río que desborda, el éxtasis impregnó el cuerpo tenso de Melissa, y ella gritó ante la alegría que en ese momento estaba sintiendo.

Ese grito destruyó el escaso control que él todavía conservaba, y gimiendo con su propio placer, Dominic se estremeció cuando su cuerpo se vio sacudido por el fiero impulso de su propia vibración. La pasión se atenuó lentamente, y cada uno aún se aferró con fuerza al otro, mientras una lánguida satisfacción remplazaba a las fuerzas elementales que apenas un momento antes los habían empujado implacablemente.

Durante largo rato permanecieron unidos, y ninguno de los dos deseaba quebrar el contacto íntimo, ninguno deseaba afrontar las dificultades que aún los esperaban. Aunque el deseo estaba saciado, persistía cierta necesidad de tocar y acariciar. Perezosamente, Dominic la besó, y de pronto sintió cierta desmesurada gratitud por lo que el destino había aportado a su vida. Y cuando ella quiso moverse, y apartar el peso de Dominic, él le sostuvo los brazos sobre la cabeza, y acariciándole el cuello murmuró: – No. Te deseo otra vez. ¿No sientes mis movimientos en tu interior, no sientes cómo respondo a tu sedosa calidez?

Con vibrante conciencia del cuerpo masculino que se endurecía, Melissa sonrió lánguidamente, con sus dos pezones estremeciéndose, y su cuerpo brotando de nuevo a la vida. Los ojos iluminados por la picardía y la pasión que se renovaba, murmuró:

– ¿Quieres decir que no me echarás de tu cama?

Ya medio perdido en la conflagración que incendiaba todo su cuerpo, Dominic penetró posesivamente en ella y exclamó con voz sorda:– ¡Dios mío! ¡Nunca!

22

El sol ya estaba alto en el cielo cuando Melissa despertó a la mañana siguiente, y al mirar desconcertada los detalles de su dormitorio, se preguntó deprimida si había imaginado los episodios de la noche anterior, si sus férvidos anhelos habían asumido la forma de un sueño especialmente vívido. Desesperada, hundió la cabeza en la almohada y en ese instante tomó conciencia de algunos aspectos de fundamental interés: estaba completamente desnuda, y de pronto percibió avergonzada cierta sensibilidad entre las piernas, y un leve dolor en los pechos que no podía ser el resultado de un mero sueño – ¡por real que pudiera haber parecido!

En su cara se dibujó una sonrisa lenta y extática cuando Melissa se volvió y se estiró como un gato bien alimentado. Por las razones que fuera, Dominic se había acercado a ella anoche, y durante las horas siguientes había demostrado con absoluta claridad que era un hombre de sorprendente apetito sensual. Además, durante esas horas largas y excitantes en sus brazos ella había concluido, con un sentimiento de placer y un poco de vergüenza, que poseía un ansia tan intensa como la del propio Dominic, y que estaba aficionándose no poco a la apasionada forma de hacer el amor de ambos.

Recordó soñadoramente la noche pasada, y evocó la fiereza con que él había reclamado una y otra vez el cuerpo de su esposa; evocó la imagen de Dominic al principio, cuando se presentó

desnudo en su dormitorio, y rememoró la amplitud del pecho musculoso, la angosta cintura y las notables proporciones de su...

Un ardiente sonrojo le quemó las mejillas, y después de llegar a la conclusión de que estaba convirtiéndose en una criatura muy depravada y lasciva, saltó de la cama, pues de pronto experimentó el súbito deseo de ver a su esposo. Llamó a la criada, se puso una bata adornada con encaje y esperó impaciente la aparición de Anna, mientras se preguntaba dónde estaba Dominic, y por qué la había devuelto a su propia cama.

Anna asomó la cabeza por la puerta, y dirigió una sonrisa a Melissa.

– Buenos días, señora. Su baño ya está pronto. El amo lo ordenó para usted antes de salir a caballo. Dijo que estaba muy seguro de que usted lo reclamaría apenas se despertase.

En los ojos oscuros de Anna había un resplandor de astucia que sonrojó un poco a Melissa; pero después de asentir, la joven replicó: – Gracias, Anna. En efecto, quiero un baño. ¿Puedes servirme una taza de chocolate y un bollo caliente?

Después de lo que había sucedido durante la noche, todo parecía natural a los ojos de Melissa, y aunque el baño la refrescó y perfumó, sus pensamientos continuaron concentrados en Dominic, mientras se preguntaba distraídamente cómo sería compartir un baño con él, jabonarle el cuerpo mojado, sentir que cobraba vida bajo las manos de su mujer...

Si Anna advirtió que su ama parecía especialmente distraída esa mañana, no formuló comentarios, y alegremente la ayudó a vestirse y a peinar los cabellos abundantes y lustrosos separados en sencillos rizos. Después de beber su chocolate e ingerir el bollo recién horneado, Melissa se entretuvo unos pocos minutos en su habitación. De pronto, la había atacado un acceso de timidez que la paralizaba.

No había sentido vergüenza la noche anterior, había representado entusiastamente el papel de una mujer desenfrenada en brazos de su esposo, pero habla despertado sola en su propia cama y se preguntaba cada vez más inquieta si en cierto sentido había dejado insatisfecho a Dominic. ¿Quizá lo había repelido con sus actitudes desenfrenadas? ¿Tal vez por eso la habla devuelto a su propia cama?

Mordiéndose el labio inferior, se paseó nerviosamente de un extremo al otro de su habitación, y toda la antigua desconfianza y las incertidumbres de costumbre vinieron a ensombrecer los alegres sentimientos que había tenido hasta ese momento. Pero aunque Melissa percibía claramente las dificultades que los separaban, por extraño que pareciera ella no estaba dispuesta a creer ciegamente que Dominic era el marido mujeriego que parecía ser.

Librodot

Su visión de las cosas no se había ampliado mucho durante la noche, pero en su cerebro había una idea especialmente tenaz que rehusaba obstinadamente desaparecer, por tonta que pudiera parecer. Dominic había sido el único amante de Melissa, y ella no tenía otras experiencias en qué basar su creencia, pero no podía aceptar la idea de que él era un hombre capaz de hacerle el amor tan tiernamente, de que podía abrazarla con tanta fuerza y besarla con tanto amor, si al mismo tiempo tenía un asunto con Deborah Bowden. Si Deborah era la mujer que él deseaba, ¿por qué molestarse con Melissa? ¿Por qué la buscaba y por qué negaba que hubiese algo entre Deborah y él? Melissa sabía que la ley estaba por completo del lado de Dominic – ella era su esposa, y Dominic tenía el control legal absoluto de la vida de su mujer, y podía hacer lo que se le antojara. Por lo tanto, ¿qué necesidad tenía de fingir que la deseaba?

Eso sencillamente carecía de sentido. Melissa le había dicho que cada uno extraía su propio placer, y él se había enfurecido... ¿Había reaccionado de ese modo porque no era culpable de los pecados que ella le atribuía?

Por supuesto, estaban los comentarios del tío Josh... y la carta que Latimer le había enviado... Y ella no podía olvidar la mañana en que había descubierto a Dominic abrazando a Deborah... Y además, reconocía Melissa con un sentimiento de depresión, estaban sus actitudes de la otra noche, durante la cena con los invitados...

Melissa meneó irritada la cabeza. No. No estaba dispuesta a creer que él pudiese ser tan temerario que le hiciera el amor cuando en realidad deseaba a otra mujer. Sobre todo porque él parecía tan honrado y noble en todos los restantes aspectos.

Con el entrecejo fruncido, Melissa miró sin ver el espacio, y en ella el sentido común disputaba el terreno a los dictados insistentes de su corazón. ¿El modo de hacer el amor la noche anterior realmente demostraba algo? Fue lo que en definitiva ella misma se preguntó con cierto desánimo. ¿Un mujeriego veterano no debía actuar como él lo había hecho? ¿Era cierto que los hombres sentían de distinto modo que las mujeres? ¿Que un hombre podía hacer el amor a muchas mujeres, impulsado simplemente por la sensualidad más vulgar? En cambio, una mujer... Una mujer podía entregarse únicamente al hombre amado.

Melissa pensó irreverente: ¡Qué idea tonta! Si un hombre Podía hacer el amor a muchas mujeres sin amarlas, ¿por qué las cosas eran distintas en el caso de una mujer? Se trataba de un pensamiento sugestivo, pero no la ayudaba a resolver el conflicto que ahora estaba afrontando.

Pese a la inquietud que la agobiaba, Melissa rehusaba retornar a su antiguo concepto de que Dominic era un canalla y un tramposo. Excepto en relación con las mujeres, siempre se había comportado de un modo considerado y generoso, y aunque había ciertos incidentes que desconcertaban a Melissa, ahora ella comenzó a examinar con cuidado la prueba que lo condenaba.

Josh. Con los ojos entrecerrados, recordó las primeras observaciones del tío Josh acerca de Dominic, y ahora Melissa pensó largo rato en el hecho inquietante de que Josh, que amaba y consideraba a su sobrina, al parecer se había sentido perfectamente complacido al casarla con un joven de quién había afirmado sin rodeos que era un disipado. Quién sabe por qué, la idea no parecía tan cierta como Melissa había creído antes. ¿Era posible que Josh hubiese pintado la figura de Dominic con colores mucho más sombríos que la que el joven merecía, con la esperanza de que eso picase el interés de Melissa? Una cosa así era más que posible, pensó Melissa con un gesto de contrariedad, al recordar que Josh tenía el más vivo interés en verla casada.

Latimer. Melissa se encogió de hombros. Era fácil desechar la carta de Latimer, y de todos modos ella nunca había depositado mucha confianza en las palabras de ese hombre. Había demostrado que era todo lo que Dominic no era, y Melissa tenía sagacidad suficiente para comprender que una vez que él había fracasado en su propósito de convertirla en su amante, el mero rencor podía haber motivado sus desagradables acusaciones. Podía.

Y con respecto a lady Bowden... Melissa frunció agriamente el entrecejo. Con respecto a la descarada lady Bowden, Melissa siempre había opinado que esa mujer era una aventurera.

¿Acaso Deborah no se había arrojado sobre el primer candidato que se le presentó, y después sobre otro, y otro, desde su llegada a la región? Vaya, incluso había puesto los ojos en Zachary, ¡y Zachary no parecía oponerse en absoluto, si las miradas embobadas que dirigía a Deborah eran un indicio! Ciertamente, las insinuaciones de Deborah con Zachary no habían sido tan descaradas como con Dominic, pero de todos modos...

Bastante complacida con el desarrollo de sus deducciones, Melissa sonrió apenas. Por supuesto, no había llegado a ninguna conclusión cierta; se había limitado a mirar las cosas en una perspectiva distinta. Y ciertos aspectos que hubiera debido concebir antes, poco a poco comenzaron a cobrar forma en su cerebro.

Sin duda, Zachary se había sentido impresionado y atraído inmediatamente por Dominic, y eso habría debido obligar a Melissa a pensar un poco más en la personalidad supuestamente depravada de Dominic. Si Zachary hubiese visto algo, ¿no hubiese advertido a su hermana? La prontitud con que Josh había aceptado a Dominic en la familia también era sospechosa, sobre todo si en efecto creía que Dominic era efectivamente un sinvergüenza. ¿No era más probable que en ese caso hubiera mantenido a distancia a su nuevo sobrino político?

Melissa apretó los labios, y llegó a la conclusión de que una de las primeras cosas que debía hacer esa tarde era montar a caballo y mantener una conversación muy clara con su tío. Josh podía gritar y renegar, pero Melissa sabía que en definitiva confesaría si había imaginado esa historia acerca de Dominic.

También hablar con Royce podía ser buena idea. Royce debía saber si Dominic en efecto era un inescrupuloso mujeriego. De pronto, una ancha sonrisa de complacencia se dibujó en la cara de Melissa. ¡Por supuesto! Hubiera debido prestar más atención a las actitudes de Royce en el curso del asunto. Josh podía haberse mostrado dispuesto a aprobar el matrimonio con un disipado inescrupuloso para obtener el control de la fortuna de Sally, pero Royce, que conocía íntimamente a Dominic, jamás habría permitido que ella se casara con un hombre a quien él considerase completamente indigno.

Muy complacida con el desarrollo de sus pensamientos, Melissa salió con paso vivo de su dormitorio. Se proponía descubrir muchas cosas ese día. Si tenía razón... Se estremeció con algo parecido al éxtasis mientras contemplaba las posibilidades de su futuro.

Melissa no había sido la única persona que se había dedicado a meditar seriamente durante la mañana, y tampoco era la única que había llegado a ciertas conclusiones alentadoras. Dominic había despertado con las primeras luces del alba, y dedicado un lapso excesivo a contemplar estúpidamente absorto el rostro dormido de Melissa. Con codiciosa satisfacción sus ojos absorbieron cada uno de esos hermosos rasgos, desde los rizos rubios desordenados hasta la planta sonrosada de un pie pequeño que asomaba bajo las arrugadas sábanas de hilo. Llegó a la conclusión de que nunca había visto nada tan hermoso, y de que tener a Melissa en su cama era una costumbre que ciertamente le agradaría cultivar.

Sus ojos se clavaron en la suave curva de la boca de Melissa, y no pudo contener el impulso que lo llevó a saborear de nuevo esa tibieza de miel, y así su cabeza descendió y Dominic apretó suavemente con los suyos los labios de Melissa. Ella se movió en el sueño, y una leve arruga curvó la serenidad de su cara. Al ver la reacción de Melissa, Dominic sonrió débilmente. Después de lo que habla sucedido la noche anterior y de las horas que él la había mantenido despierta, no lo sorprendió en absoluto que Melissa durmiese tan profundamente, o que su beso ni siquiera consiguiese despertarla.

Sabiendo que no podría permanecer inmóvil junto a ella, y que si no se alejaba pronto de la tibieza seductora de su cuerpo, la despertaría y le demostraría que él era un animal absolutamente insaciable en lo que a ella se refería, de mala gana Dominic salió de la cama. Durante un momento jugó con la idea de bañarse en la habitación de Melissa, pero finalmente rechazó esa posibilidad, y muy suavemente la alzó en brazos y la llevó al otro cuarto, depositándola de nuevo en su propia cama.

Librodot

De regreso a su habitación, y pese a que era muy temprano llamó a Bartholomew, y no se sintió en absoluto sorprendido cuando la puerta del dormitorio se abrió casi al instante.

Con sus rasgos delgados perfectamente inexpresivos, Bartholomew preguntó con voz serena: – Amo, ¿prefiere el café antes de bañarse o después?

En una actitud desenvuelta y vivaz por primera vez en varias semanas, Dominic sonrió a su servidor y preguntó: – ¿Nada de lo que yo hago te sorprende? Hubiera creído que mi llamado te encontraría en la cama a esta hora de la mañana.

Bartholomew lo miró con reprobación, aunque el gesto se contradecía con el parpadeo de esos ojos castaños que parecían verlo todo.

– Señor, no cumpliría bien mis obligaciones si no fuese capaz de prever sus deseos más probables.

– ¡Dios mío! Es deprimente que empieces a parecerte cada vez más a tu tío Litchefield – dijo Dominic, fingiendo un gemido.

Bartholomew, con una sonrisa repulsivamente superior en los labios, se inclinó y murmuró: – Señor, ése es un elogio muy notable. Usted me abruma con sus cumplidos.

Riendo ante la respuesta de su valet, Dominic dijo con voz alegre: – ¡Basta ya! Ahora, ocúpate de mi baño y tráeme el café.

Después de bañarse y desayunar, fortificado por varias tazas de fuerte café negro, Dominic decidió que una cabalgata en la mañana temprano no vendría mal. Silbando alegremente, descendió la escalera y salió de la casa. Con el paso tan animoso como su

espíritu, llegó a los establos y después de despertar a un peón de cara somnolienta, se alejó a caballo con destino desconocido.

Era una hermosa mañana, pues el calor sofocante y deprimente de agosto había dejado el sitio a la tibieza más agradable de septiembre. A esa hora tan temprana de la mañana, la humedad tampoco era muy elevada, y el caballo de Dominic, un garañón pardo oscuro con tres patas blancas y una gran estrella blanca en el centro de la hermosa cara, tendía a brincar y bailotear, como si deseara manifestar su complacencia en vista del tiempo que prevalecía esa mañana.

Como no deseaba llegar a determinado lugar, Dominic permitió que el caballo explorase a voluntad, mientras él pensaba complacido en el episodio de la noche anterior. Una tonta sonrisita en la cara, finalmente reconoció para sí que el matrimonio – por supuesto, con la mujer apropiada– tenía muchas ventajas. Y aunque ella podía ser irritante, y sus actitudes parecer incomprensibles al propio Dominic, éste reconocía que Melissa era una mujer que le convenía.

No se trataba, se dijo mientras el caballo avanzaba apenas sujeto por las riendas, sólo de la conveniencia de tener a Melissa compartiendo el lecho. Habían pasado juntos bastante tiempo después de casarse, y al recordar esas últimas semanas, durante las cuales se le había negado todo lo que fuese contacto íntimo con ella, Dominic se sorprendió al descubrir que en realidad lo había pasado muy bien con Melissa. Por supuesto, se apresuraba a agregar, todo habría sido mucho más grato si él hubiera podido compartir las delicias que se le habían concedido la noche anterior. Pero incluso sin los placeres de la carne como uno de los ingredientes del asunto, Dominic había llegado a la conclusión de que los primeros días de su matrimonio habían sido muy gratos. Por lo menos, agregaba frunciendo el entrecejo, habían sido muy gratos cuando él no pensaba en el modo perverso con que Melissa lo había inducido a casarse, o cuando no consideraba que ella era una mujerzuela codiciosa.

Frunció todavía más el entrecejo, y casi con irritación, apartó el caballo de un retazo especialmente suculento de hierba que crecía cerca del sendero estrecho y serpenteante. Indiferente a la vegetación, a los fragantes jazmines amarillos y las enredaderas, así como a los verdes árboles de magnolia y los gigantescos robles, continuó su camino, concentrando el pensamiento en la conducta aparentemente contradictoria de Melissa.

Durante el tiempo que llevaban casados, él no podía recordar un solo caso en que Melissa hubiese demostrado un signo de

avaricia, o manifestado mucho interés por el dinero. Ciertamente, él le había traído costosos regalos y toda suerte de artículos de lujo, pero Dominic siempre había recogido la impresión bastante clara de que ella se mostraba un poco incómoda e inquieta ante esa generosidad. Por supuesto, podía tratarse de una representación de Melissa, pensó Dominic de mala gana, pero...

Un poco irritado ante la dirección no muy agradable que seguían sus cavilaciones, pero incapaz de frenarlas, trató de examinar objetivamente las últimas semanas y las circunstancias que habían llevado a ese matrimonio. Era una tarea difícil para Dominic, porque sus sentimientos se interponían constantemente, pero al fin, después de una prolongada lucha consigo mismo, de esas embrolladas reflexiones comenzaron a desprenderse algunas ideas interesantes. Ideas que él hubiera debido contemplar mucho antes.

Dominic siempre había tenido reputación de joven astuto y perspicaz, y por supuesto era natural que se sintiera orgulloso de ese prestigio. Incluso cuando era muy joven siempre había podido ver fácilmente lo que había más allá del encanto y los modales agradables de los que deseaban engañarlo y trampearlo; era capaz de identificar de inmediato la insinceridad revestida de supuesta ingenuidad, el engaño ataviado con el manto de una sagaz inocencia. Su capacidad para considerar las maniobras de terceros con un interés a veces cordial y otras fríamente objetivo, había sido una gran ayuda para él, y Dominic se había acostumbrado a creer que era infalible cuando se trataba de conocer a sus semejantes. La única vez que sus instintos le habían fallado había sido durante su breve enamoramiento de Deborah. No había podido adivinar lo que había detrás de esa bonita cara y esa sonrisa seductora. Entonces, ¿por qué creía que estaba reaccionando de distinto modo frente a Melissa? ¿Tenía un punto ciego cuando se trataba de la relación con las mujeres? Royce había adivinado inmediatamente cuál era el carácter de Deborah; pero no había sucedido lo mismo con Dominic. ¿Él era uno de esos pobres tontos engañados siempre por una mujer cuyos ardides parecían perfectamente evidentes a todos menos al propio interesado?

Curvó disgustado los labios. Era posible, pero no creía que sus instintos le hubiesen fallado tan gravemente... ¡dos veces!

Pensó en Morgan. Stephanie lo había engañado, pero después, él había tenido la buena suerte de conocer a Leonie. Quizá, pensó Dominic con una leve sonrisa, él tendría la misma suerte, quizá se mostraba tan ciego frente a Melissa como había sido el caso de Morgan con Leonie.

Esa idea novedosa lo llevó a detenerse bruscamente; su mano obligó al caballo errabundo a detenerse en seco. ¿Y si se había equivocado con Melissa? ¿Y si ella no se había casado por el dinero? ¿Y si existía una razón perfectamente legítima que explicara la presencia de Melissa en el cuarto de Dominic esa noche?

Por el momento, él no podía concebir una excusa valedera, salvo el deseo de atrapar un marido rico, que explicase la presencia de Melissa esa noche en la posada. Pero para profundizar la idea, partiría de la premisa de que ella había estado en ese cuarto por una razón inocente. Y si ése era el caso, ella había caído en la trampa tanto como Dominic... Frunció el entrecejo. Pero si era inocente, ¿por qué había aceptado el matrimonio? Con seguridad habría podido explicarlo todo a su tío, y aunque la situación era lamentable, si las razones que justificaban la presencia de Melissa eran válidas, Josh no habría insistido en el matrimonio, y si ella realmente se había opuesto a éste, como había fingido hacer al principio, ¿por qué en definitiva había capitulado, en el supuesto de que todo el asunto no hubiera sido desde el comienzo una comedia?

No del todo satisfecho con sus conjeturas, Dominic orientó su atención hacia la gente que rodeaba a Melissa y la opinión que tenían de ella. En ese punto sus teorías cobraron un sesgo notablemente semejante a las de Melissa... aunque él no lo sabia. En el caso de Dominic, era mucho más fácil llegar a conclusiones, pues no pensaba partiendo de la impresión de que su cónyuge era una criatura de dudosa moral. Sólo tenía que superar sus propios conceptos acerca de las razones por las cuales Melissa se había comportado de

Librodot

determinado modo; en el caso de Dominic no existía un Josh Manchester que le llenase la cabeza de mentiras, ni un Latimer que aumentase el caudal de falsedades, ni una pegajosa ex amante, en el estilo de lady Bowden, que viniese a confirmar las mentiras.

Como Royce era el hombre a quien conocía desde hacia más tiempo, y confiaba sin reservas en su opinión, era natural que Dominic considerase el juicio que su amigo tenía de Melissa. Los Ojos grises concentrados por el esfuerzo, repasó los diferentes juicios que Royce había formulado acerca de Melissa, y también algo que hubiera debido ser obvio para él de pronto llamó la atención de Dominic: Royce había deseado que él se casara con Melissa. De hecho, se había mostrado muy complacido con el desarrollo del asunto. Con una mueca en la cara, Dominic comprendió que Royce había apoyado sutilmente a Josh cuando ese caballero se había dedicado a entonar exaltados himnos en homenaje a

Melissa. Y si Melissa hubiera sido una pequeña sinvergüenza, tramposa e inescrupulosa, ¿uno de los mejores amigos de Dominic habría apoyado el matrimonio con esa misma criatura? Dominic pensó con una amplia sonrisa: ¡Ciertamente, no! Si Royce hubiera tenido la más mínima sospecha acerca de Melissa, si hubiese creído que no llegaba a ser una esposa perfectamente aceptable, Dominic no dudaba de que su amigo le habría advertido. Y ahora que lo pensaba, era evidente que Royce profesaba profundo afecto a su prima. Royce había mencionado el coraje y la belleza de Melissa y, según recordaba Dominic, había mostrado una expresión peligrosa en su cara durante el primer instante después de ver a Dominic y Melissa en el lecho. Para Dominic era muy evidente que Royce apreciaba mucho a Melissa, y que estaba dispuesto a reñir incluso con un buen amigo en defensa del honor de la joven. Parecía sumamente improbable que el tipo de mujer que, según él había creído, era Melissa originase esa clase de reacción en el cínico Royce.

Sintiéndose muy satisfecho consigo mismo, Dominic final– mente volvió grupas a su caballo y retornó a la cabaña. No poseía ni un átomo de prueba para apuntalar su convicción cada vez más acentuada de que había juzgado mal a su joven esposa, pero se sentía extrañamente complacido con sus conclusiones, y había adoptado una decisión importante.

Una sola persona podía responder a los interrogantes que aún lo turbaban, y era la propia Melissa. Antes de que avanzara mucho el día, tendría una conversación franca con su esposa, y ella debería explicar exactamente por qué había estado entonces en la posada, y por qué finalmente había aceptado casarse con él. De pronto advirtió que no deseaba hacer nada que destruyese los tiernos sentimientos que Melissa había despertado en él, y así llegó a la conclusión de que si bien ardía de impaciencia por conocer las respuestas de Melissa, tal vez ahora podía ser demasiado pronto. Dominic decidió que sencillamente inspeccionaría el terreno y elegiría el momento apropiado para reclamar sus respuestas... pero sería pronto. Muy pronto. Una sonrisa sensual se dibujó en sus labios. Y después que ella hubiese explicado todo a satisfacción de Dominic, él se ocuparía de llevarla a la cama y sentir de nuevo toda la alegría que habla experimentado la noche anterior en los brazos de su esposa.

Mientras guiaba a su caballo por el camino que conducía a la cabaña, el cerebro colmado de imágenes eróticas, Dominic se vio apartado de este agradable pasatiempo por la visión de un caballo negro de gran alzada, atado al poste que estaba cerca del costado de la casa. Habría identificado en cualquier sitio a este caballo, y ahora espoleó a su propia montura, deseoso de saludar al visitante imprevisto pero muy grato.

Arrojando las riendas al criado que apareció en el momento mismo en que él sofrenó su montura, Dominic desmontó deprisa y subió de dos en dos los anchos peldaños. Su pie apenas había tocado el piso de la galería cuando una alegre voz resonó a su izquierda. Al volverse en esa dirección con una ancha sonrisa, vio al hombre alto, de robusta espalda, que se acercaba. Con la mano extendida, la voz colmada de calor y afecto, Dominic dijo: – ¡Adam St. Clair! ¡Cómo no viniste a la boda supuse que habían encontrado tu destino, y que un esposo airado al fin te había dado tu merecido!

Adam St. Clair, con los luminosos ojos azules colmados de picardía, murmuró: – ¡Por lo menos, yo no caí en la trampa del párroco! ¡Santo Dios! No pude creer en el testimonio de

mis ojos cuando volví a casa y leí la invitación a tu boda. – Adoptó durante un momento una actitud apropiadamente dolorida.– Como sabes, ahora que tú entraste en la cárcel, Catherine no me concederá un momento de paz. Hasta aquí, siempre que ella se mostró demasiado insistente a causa de mi soltería, pude esquivarla diciéndole que no necesitaba preocuparse, ¡tú tampoco estabas casado! Pero ahora, ¿qué haré?

Dominic se echó a reír, y el placer que sentía al ver a su amigo de Natchez era muy evidente. Los dos amigos se estrecharon entusiastamente las manos, y después de palmearse uno al otro la espalda y de varios comentarios atrevidos acerca de la apariencia y las costumbres del interlocutor, caminaron hasta la izquierda de la galería, donde Adam había estado conversando con Melissa.

Como si se tratara de algo que hacía todas las mañanas, Dominic se acercó a Melissa, y a pesar de la presencia del espectador interesado, depositó un breve beso en la boca sorprendida de la joven.

– Buenos días, querida – dijo por lo bajo, y sus ojos estudiaron atentamente los hermosos rasgos de Melissa durante un momento, antes de sentarse en el sillón contiguo.

Un tanto conmovida, Melissa se atareó manipulando los elementos de la vajilla depositada en la bandeja de plata. Cuando comprobó que no había taza para Dominic, se apresuró a llamar a un criado, contenta de ocuparse de los detalles domésticos hasta que pudiera recobrar su compostura.

Cómodamente instalado en cl sillón, Dominic miró con afecto a su sonrojada esposa y dijo en broma: – ¡Señora, parece que no puedo salir a cabalgar por la mañana, que vuelvo a casa y la encuentro agasajando invitados! En este caso, un invitado cuya inclinación a seducir a las esposas de otros hombres es muy conocida por mí. – Pasando un dedo acariciador por la mejilla súbitamente enrojecida de Melissa, agregó:– ¡Creo que tendré que matarlo antes de que comience siquiera a pensar en ensayar sus trucos con mi esposa!

Con el corazón que le latía aceleradamente bajo el encaje de su atractivo vestido de talle corto confeccionado con una muselina rosa cereza, Melissa dijo casi sin aliento: – El ya me advirtió de su reputación, y prometió, puesto que tu habilidad en el campo de duelo es conocida, que izo intentará conmover mis sentimientos. – Con sus propios ojos relucientes de picardía, Melissa murmuró:– Creo que se muestra muy considerado y magnánimo, ¿no te parece? ¡Después de todo, es casi tan apuesto y encantador como tú!

Adam St. Clair en efecto era un joven apuesto y encantador, y algunos se habrían visto en dificultades para elegir entre él y Dominic. No facilitaba las cosas el hecho de que los dos hombres fuesen extrañamente semejantes por la apariencia y los antecedentes. Como Dominic, Adam era alto, y medía bastante más de un metro ochenta, y como su amigo, tenía los cabellos abundantes y negros, no tan ensortijados como los de Dominic, pero adornados por una onda muy atractiva. También tenía la misma edad; Dominic era mayor por pocos meses, y hasta la compra de Mil Robles por Dominic, ambos habían residido en la región de Natchez. Belle Vista, la plantación de Adam, estaba situada a escasos cinco kilómetros de Bonheur. Pero si había muchas semejanzas entre ellos, había una notable diferencia: Adam había nacido y crecido en Inglaterra, y había llegado a los Estados Unidos cuando ya tenía dieciocho años; en lugar de la dicción arrastrada de Dominic, el acento inglés era muy evidente en su dicción bien definida, a pesar de que los años pasados en Natchez la habían suavizado bastante. Adam era también más intenso, y poseía una personalidad más fiera y explosiva, mucho más levantisca que Dominic, un hombre más frío y sereno.

Aunque los dos jóvenes no hubiesen simpatizado al conocerse, su amistad probablemente habría prosperado. Catherine, la hermana menor de Adam, estaba casada con Jason Savage, que a su vez era íntimo amigo de Morgan. Había muchas relaciones entre los Savage y los Slade, y naturalmente Adam había sido incluido, y estaba tan relacionado con la familia de Dominic, como Dominic con la de Adam. Últimamente, los dos hombres se habían visto poco, pues Dominic estaba atareado con su propia vida, y

Adam con sus asuntos, de modo que el placer que sintió Dominic al reencontrar a su viejo amigo no fue nada sorprendente.

El criado llegó con otra taza de porcelana y con una cafetera de café recién hecho, y sólo después que todos estuvieron servidos Dominic se acomodó en su sillón y preguntó: – Y bien, ¿qué excusa ofrecerás para justificar tu ausencia en mi boda?

Adam esbozó una mueca, y su actitud descansada se esfumó.

– Creo que los encargos de Jason me mantuvieron alejado de Belle Vista hasta hace poco. Me enteré de tu boda sólo cuando me detuve en la casa, en camino a Nueva Orleáns. – Su actitud cambió un momento y Adam dirigió una mirada lánguida a Melissa:– ¡Si yo la hubiera conocido primero! Señora, en lugar de ese patán que tiene al lado, podría haberse casado conmigo!

Melissa sonrió ante la broma, y sintiéndose muy valerosa apoyó la mano en la manga de Dominic y observó: – ¡Señor, usted es muy bondadoso! – Dirigió a Dominic una mirada insegura y agregó en voz baja:– Pero yo... – Vaciló, y después, alentada por la expresión cálida en los ojos de Dominic, se apresuró a decir:– ..estoy satisfecha con el marido que tengo.

Olvidando de pronto la presencia de Adam, Dominic llevó a los labios la mano de Melissa y depositó un beso en el dorso, los ojos fijos en los de su mujer.

– ¿Es así, querida? ¿Es realmente así? – murmuró.

Un hermoso sonrojo tiñó las mejillas de Melissa, e incapaz de sostener la mirada inquisitiva de Dominic, la joven desvió los ojos y murmuró impotente: – Así lo creo.

Adam observó la escena con mucho interés, y se maravilló del cambio que había sobrevenido en un hombre que antes era un misógino convicto y confeso. Dominic quizás antes criticaba ruidosamente los vicios del matrimonio, pero parecía que había cambiado radicalmente de idea desde el último encuentro con su amigo. Adam llegó a la conclusión de que su visita no era del todo oportuna, y tosiendo dijo: – Me parece que he llegado en mal momento. ¿Me marcho?

Ante esta observación que les recordaba sus obligaciones como anfitriones, Melissa y Dominic terminaron instantáneamente sus protestas, y la conversación cobró un sesgo menos personal, y los dueños de casa comenzaron a formular preguntas presurosas a Adam acerca de las cosas de costumbre – ¿Cuándo había llegado a la región? ¿Dónde se alojaba? ¿Permanecería allí mucho tiempo?

Riendo, Adam levantó una mano.

– ¡Una pregunta por vez, por favor! En todo caso, es fácil contestar las que acaban de formular. Llegué anoche, y fui inmediatamente a Oak Hollow, pues sabía que Royce podía indicarme dónde estaban ustedes. – Adam sonrió de mala gana.– Ya había tomado habitación en una taberna del pueblo, pero insistió en que pasara la noche en su casa. – Dirigió una mirada burlona a Dominic.– Desde que renunciaste a tu soltería, se siente un poco abandonado y creo que simplemente necesitaba que le asegurasen que no pertenece a una especie en extinción.

– ¿Y calmaste sus temores en ese aspecto? – preguntó alegremente Dominic. Había esperado una respuesta despreocupada de Adam, y se sobresaltó un poco cuando una expresión extraña se dibujó en la cara de su amigo.

Casi frunciendo el entrecejo, como si estuviese confundido acerca de sus propios sentimientos, Adam dijo con voz lenta: – Sí... sí, eso hice. – Con un rapidísimo cambio de expresión, sonrió y agregó:– Se sintió muy aliviado, ¡lo aseguro!

La conversación continuó así durante varios minutos más, y pensando que tal vez Dominic deseaba pasar un tiempo a solas con su amigo, Melissa se puso de pie y se retiró. Como no había tareas apremiantes que reclamasen su atención, se dedicó a pasear despreocupadamente por los terrenos, con la mirada soñadora y una suave sonrisita en los labios.

Librodot

Nada se había resuelto entre ella y Dominic, y el episodio de la noche anterior no había demostrado nada que ella no conociera ya – Dominic deseaba su cuerpo y él podía elevarla a las cumbres de la pasión. Pero había algo distinto entre ellos, y esa diferencia no provenía sólo de ella. Dominic también la sentía; se había manifestado claramente en el modo de mirarla, en el modo de hablarle. ¿Melissa podía concebir la esperanza de que él se hubiese enamorado? ¿La esperanza de que incluso si todas las mentiras que había escuchado acerca de su persona en definitiva respondían a una realidad, milagrosamente él había llegado a experimentar hacia ella sentimientos más profundos que hacia todas las restantes mujeres?

Aunque estaba interesado en lo que Adam tenía que decirle, una parte del cerebro de Dominic estaba muy atareado examinando de nuevo el actual y agradable estado de cosas entre él y Melissa; y aunque lo complacía mucho la imprevista llegada de Adam, tenía conciencia de que en su fuero íntimo existía el intenso deseo de que Adam se marchase... pronto. Por el momento, lo que más importaba en su mente era asegurarse de que nada modificaría la relación cada vez más estrecha que se había establecido entre él y su esposa. Se disponía a sugerir cortésmente, que tal vez fuera mejor que Adam en efecto los visitara después, cuando su interlocutor dijo algo que atrajo toda la atención de Dominic.

– Estuve mordiéndome la lengua desde que llegué, pues no deseaba decir nada en presencia de Melissa, pero las noticias de la guerra son malas. Dom, son muy malas.

Viendo que tenía toda la atención de Dominic, Adam dijo:

– ¡Los británicos atacaron y quemaron la capital el veinticuatro de agosto!

Librodot

CUARTA PARTE

Confiar en mi amor

La violeta ama la ribera soleada,
la prímula ama la pradera;
la enredadera escarlata ama el olmo,
pero yo... a ti te amo.

Proposal
Bayard Taylor

23

Hubo un momento de atónito silencio mientras Dominic percibía todas las consecuencias desastrosas de las noticias de Adam. Si Washington había caído... tragó con esfuerzo, y ante sus ojos se desplegó toda la terrible visión del dominio británico. Antes la guerra nunca le había parecido real; era algo demasiado lejano y esporádico, demasiado mal definido para sentirlo más allá de las irritantes molestias que provocaba. ¡Pero esto! ¡Esto lo cambiaba todo!

Tenía la voz espesa y quebrada por la emoción cuando al fin preguntó: – ¿Y el presidente? ¿Y su gabinete?

Adam lo tranquilizó rápidamente.

– El presidente escapó, ¡aunque nuestras fuerzas fueron tan mal dirigidas que en cierto momento él y su grupo casi cayeron en medio de las tropas británicas que avanzaban! ¡Y los habrían apresado si un explorador que actuó por propia iniciativa... repito, por propia iniciativa... no les advierte a último momento!

El rostro de Adam expresó el disgusto y el desprecio que sentía ante el vergonzoso descalabro de las tropas norteamericanas en la batalla de Bladensburg, librada en las afueras de la capital. Meneando la cabeza, murmuró: – Entre el general Winder, el desorganizado comandante del ejército; Armstrong, nuestro hosco y arrogante secretario de Guerra; James Monroe, supuestamente nuestro secretario de Estado, pero un hombre siempre ansioso de ensayar la mano en la esfera de la táctica militar, y nuestro eficaz presidente, ¡de hecho dieron la victoria a los británicos!

Después de haber desahogado parte de la cólera que sentía por tanta demostración de chocante ineptitud, continuó diciendo con desaliento: – Incluso ahora me parece difícil creerlo, ¡pero con poco más de dos mil seiscientos hombres los británicos pudieron vencer a una fuerza norteamericana de más de seis mil! – Con manifiesta vergüenza, Adam agregó sordamente:– Deberíamos haber vencido, pero casi desde la primera andanada de cohetes, desde el primer disparo de cañón, nuestras líneas se quebraron, y en poco más de media hora nuestras tropas estaban en plena retirada. ¡Fue una desbandada total!

Aturdido por el desconcertante relato de Adam, Dominic sólo pudo mirar fijamente a su amigo, incapaz de creer que las cosas fuesen tan graves como él decía. Intentó reaccionar, e inclinándose hacia adelante dijo con voz esperanzada: – Pero eso fue en Bladensburg. ¿Qué sucedió en Washington? ¿No estuvimos mejor organizados para defender nuestra capital?

Adam sonrió con amargura.

– No hubo defensa. El lugar era un caos total, la gente salía de la ciudad en todas las direcciones, con sus pertenencias apiladas en vehículos y carretas, los rumores corrían desordenados por las calles, los militares... – Rió ásperamente.– Los militares deseaban tanto como los civiles poner la mayor distancia posible entre ellos y las fuerzas británicas que avanzaban. Sí, Winder intentó reagrupar a sus hombres, pero a esa altura de las cosas más de la mitad de sus tropas habían emprendido la fuga, y era imposible contener la marea... corrimos como ovejas perseguidas por una jauría de perros.

Dominic no podía detenerse demasiado en el endeble cuadro que le presentaba Adam, pero como de todos modos deseaba conocer lo peor, formuló derechamente la pregunta: – Dijiste que habían incendiado la capital. Si no hubo combate en el lugar mismo, y nadie que resistiera, ¿cómo comenzó el fuego?

Adam se encogió de hombros.

– El mayor general Ross y el almirante Cockburn, los dos comandantes británicos, simplemente quisieron darnos una lección. Y aunque no deseo hablar bien del enemigo, actuaron con considerable moderación, e incluso llegaron al extremo de abstenerse de volar el propio Capitolio cuando varias de nuestras mujeres les rogaron que se abstuviesen, porque temían que la explosión destruyera sus domicilios próximos. En general, incendiaron sólo los edificios públicos, pero aún así Washington ofrece un espectáculo lamentable... nuestra capital está en ruinas.

Dominic no supo qué decir. La enormidad de lo que había sucedido lo dejaba a merced de una cólera impotente. La vergonzosa derrota de Bladensburg y el infame incendio de Washington eran golpes tan destructivos para el gobierno norteamericano que Dominic se preguntaba sobriamente si podría reaccionar. Con voz que era una mezcla de cólera y desesperación, preguntó:

– ¿Los británicos todavía retienen la ciudad? –

– No. Después de incendiar los edificios más importantes se retiraron. Antes de que yo me alejase de la zona, se conjeturaba que el objetivo próximo de los británicos podían ser Annapolis o Baltimore. – Adam se pasó una mano fatigada sobre la cara.– No quise partir antes de tener información definida acerca de la próxima ofensiva británica, pero tampoco me atreví a demorarme demasiado... Jason querrá que cuanto antes le suministre un informe objetivo. – Sonrió apenas.– Y como yo estaba en Washington por pedido de Jason, y puesto que mi verdadera misión era actuar como informante de Jason, parecía lógico que una vez que la ciudad hubiese retornado a algo que aunque fuese de lejos se pareciera a la normalidad, yo emprendiese el camino de regreso.

– ¿Jason te envió allí? – preguntó Dominic, y su sorpresa desplazó momentáneamente a las catastróficas noticias acerca del incendio de Washington.

Adam asintió.

– Ya conoces a Jason... cree firmemente en la necesidad de mantener el dedo sobre el pulso del país. Incluso sospecho que ha convencido a otro pobre tonto de que espíe para él en Inglaterra. Según parece, tiene tentáculos por doquier. – Una sonrisa se dibujó en la cara delgada de Adam.– Se parece a su tío Roxbury más de lo que él mismo desearía reconocer.

– Ah, hablando de Roxbury... – comenzó a decir Dominic, y procedió a explicar, en un tono de voz que no trasuntaba mucha cordialidad, la delicada intervención de Jason en los asuntos del propio Dominic.

Como se había enredado más de una vez en las maquinaciones de Jason, Adam escuchó con expresión compasiva. De todos modos, la situación lo divertía, y cuando Dominic terminó de hablar los ojos azules de Adam relucían con cierto regocijo.

– ¿Y tu esposa se muestra muy comprensiva al ver tu aparente galanteo con otra mujer? – preguntó.

– ¿Qué te parece? – replicó Dominic; recordó las duras palabras que él y Melissa habían intercambiado apenas cuarenta y ocho horas antes, y también que por desgracia las cosas no estaban del todo resueltas entre ellos– . No creo que Melissa sea indiscreta, pero no puedo correr el riesgo... ¡y además existe la deprimente posibilidad de que incluso si le dijese la verdad se negase a creerme! ¡Incluso puede pensar que estoy mintiéndole!

Adam no pudo resistir la tentación de hacerle bromas acerca de la situación, pero el tema de la guerra era demasiado apremiante para ignorarlo mucho tiempo, y en pocos minutos ambos estaban profundamente enfrascados en una discusión acerca de la repercusión del incendio de Washington. La conversación podría haber continuado indefinidamente, pero Adam tenía escaso tiempo, y después de un breve rato dijo con pesar: – De veras, debo seguir camino. Me he demorado aquí mucho más de lo que pensaba, pero no quería visitar la región, aunque fuese por muy poco tiempo, sin venir a tu casa.

Ambos se pusieron de pie y comenzaron a caminar lentamente a lo largo de la galería, en dirección al caballo de Adam.

– Espero que la próxima vez que nos veamos, tenga noticias mucho mejores para ti. Entretanto, debo ir a Terre du Coeur. Jason me arrancará la piel si no me comunico con él inmediatamente. – Montando ágilmente en su caballo, Adam dijo como de pasada:– Lamento mucho la imposibilidad de permanecer aquí y aliviarte la carga de mantener una relación... amistosa con lady Bowden.

Dominic sonrió apenas.

– Sí, estoy seguro de que no te parecería una tarea muy ardua.

Adam se echó a reír; después, con una expresión seria, murmuró: – Ten cuidado, Dom. Ese hermano de Deborah parece un perfecto bruto.

Dominic no necesitaba esa advertencia, pues después del ataque que había sufrido en Londres conocía bien la peligrosidad de Latimer. Se limitó a comentar: – Royce me cuidará la espalda, y como sé que Latimer es capaz de todo adoptaré las mayores precauciones en mi trato con él.

Adam asintió, y después, espoleando su caballo, comenzó a alejarse. Con el entrecejo levemente fruncido, Dominic vio desaparecer por el sendero la silueta alta de Adam; la sensación de que a todos los esperaban momentos difíciles era muy intensa. El ataque británico a Washington había modificado el marco entero de la guerra en el caso de Dominic, y sospechaba que no sería el único que sentiría lo mismo. Mientras reflexionaba sobre las consecuencias generales de las desagradables noticias traídas por

Adam, fue en busca de Melissa. Aunque apreciaba la prudencia que había determinado la actitud reservada de Adam, consideró que era inútil negar información a su esposa; muy pronto toda la campiña estaría enterada del asunto.

Dominic había juzgado bien la situación, y durante esos primeros días, sombríos y desconcertantes, a medida que la noticia de la terrible destrucción sufrida por la capital de la nación se difundió lentamente por toda la nación, la opinión se manifestó contra el presidente y su gabinete. La Gazette de Winchester, Virginia, proclamó: "¡Pobres infelices, despreciables, cobardes bastardos! Las cabezas de esa gente apenas compensarían la degradación en que han sumergido a nuestro sufriente país."

Con el tiempo, la oleada de cólera e indignación se debilitó, y hubo un movimiento de simpatía hacia el agobiado presidente. El cambio de actitud se expresó más claramente en el Weekly Register, del influyente Niles: "La guerra es una actividad buena para nosotros, pero debemos aprender a combatir y los invencibles de Wellington serán derrotados por los hijos de quienes combatieron Saratoga y Yorktowiz".

El incendio de Washington al parecer unificó a todo el país, y comenzó a llegar ayuda de todos los rincones. Los principales aportes de hombres, dinero y simpatía provinieron de las grandes ciudades de la costa y el Noreste. Rufus King, de Nueva York, el mimado de los federalistas, declaró que "aportaría toda mi fortuna". En Frederick, Maryland, en veinticuatro horas se formó una compañía de ochenta y cuatro hombres, y cuatro horas después ya estaban en Washington. En lugares tan alejados como el distrito Richland, de Carolina del Sur, los ciudadanos reunieron cien hombres y tres mil dólares para pagar abastecimientos. Incluso Nueva Inglaterra, que se había opuesto firmemente a la guerra, se unió a la causa, y el gobernador Martin Chittenden, de Vermont, declaró: "Ha llegado el momento en que todas las degradantes diferencias y animosidades entre los partidos, cualesquiera hayan sido nuestras discrepancias con respecto a la declaración o el modo de proseguir la guerra, deben quedar al margen; que cada corazón despierte y cada brazo se alce para proteger a nuestro país común, nuestra libertad, nuestros altares y nuestros hogares." Fue un movimiento conmovedor, y de un extremo al otro la vertiente atlántica del país se galvanizó para entrar en acción.

En el interior, donde las noticias ya tenían una antigüedad de varias semanas cuando al fin llegaron, las reacciones no fueron tan evidentes, aunque la irritación alcanzó la misma intensidad. Como había sucedido en las zonas costeras del país, la gente hablaba enardecida de reunir hombres y dinero; pero pronto el sentido común prevaleció. La ayuda tardaría en llegar semanas, quizá meses, y el rumor de un posible ataque británico a Mobile, Alabama, o Nueva Orleáns, llevó a los hombres a pensar en la necesidad de proteger al territorio más cercano a sus propios hogares. Pero en definitiva todos parecían absortos en los episodios de la guerra, todos ansiaban recibir noticias, y se mostraban menos complacientes y más dispuestos a comprometerse con el esfuerzo bélico.

Como podía preverse, la situación entre Dominic y Melissa quedó momentáneamente eclipsada por el trastorno general de la nación, y sólo muchos días después de la partida de Adam las cosas comenzaron a retornar a algo que se parecía a la normalidad. Durante ese

período Dominic había estado completamente absorto en cuestiones relacionadas con la guerra, y los dueños de las plantaciones y los hombres de negocios de Baton Rouge habían celebrado varias reuniones para discutir métodos y estrategias que posibilitaran el mejor aprovechamiento de los hombres y las armas disponibles. Se trataba no sólo de proteger sus hogares y sus familias, sino también de estar preparados para acudir adonde fuese necesario tan pronto se recibiese el aviso.

Morgan y Dominic habían abandonado Baton Rouge inmediatamente después que Adam; Morgan consideraba que su lugar natural estaba en Nueva Orleáns. Durante los días siguientes hubo ocasiones en que los belicosos caballeros perdieron los estribos y se dijeron palabras coléricas, mientras discutían acerca del mejor plan para la región; y cuando sucedía eso Dominic deseaba contar con el frío sentido práctico de Morgan. El y Royce hicieron todo lo posible para evitar que los amigos y los vecinos descargaran uno sobre otro sus frustraciones. Cierta vez, Dominic dijo secamente a dos caballeros bastante acalorados: – Deseamos matar a los británicos... ¡no matarnos entre nosotros mismos!

La presencia de Latimer en algunas de las asambleas del pueblo inquietó mucho a Dominic, pero como todo lo que se discutía tenía un carácter muy general, no creyó que Latimer se enterase de nada que fuese muy importante... o de nada que no pudiese descubrirse en una esquina cualquiera, pues las opiniones se cruzaban libremente por doquier. Mantuvo un ojo atento sobre el inglés, tomando nota de la identidad de las personas con las cuales conversaba extensamente, y de los caballeros con quienes parecía estar en las mejores relaciones. No le sorprendió ver que Latimer concentraba la atención en los individuos que, como el coronel Grayson, antes habían sido oficiales británicos o descendían de los llamados "tories" y habían huido de las Colonias para refugiarse en el santuario del Territorio de Luisiana al estallar la Guerra de la Independencia. Las actitudes de Latimer en todo caso confirmaban las sospechas de Jason, y si bien era ridícula la historia que Deborah había relatado a Dominic por lo menos desde donde se contemplaba, Morgan, Royce y Dominic entendían que la organización filantrópica era nada más que un recurso bastante endeble para proteger las verdaderas actividades del inglés. Por supuesto, no había pruebas de nada, y Dominic suponía que eso era lo que le irritaba más; eso, y verse obligado a observar que un hombre a quien consideraba un enemigo era aceptado y al parecer bien recibido por personas que deberían haber sabido a qué atenerse. El y Latimer evitaban cortésmente encontrarse, y cuando en efecto se reunían, como sucedía a veces en el pequeño medio social en que ambos actuaban, se saludaban con un frío gesto de la cabeza y después descubrían una razón apremiante para alejarse.

La tensión entre ellos no fue tan visible durante las muchas reuniones de la gente del pueblo a las que asistieron inmediatamente después del incendio de Washington, pero después que pasaron las primeras semanas de ansiedad y Dominic y Melissa comenzaron a aceptar más y más invitaciones a reuniones sociales en el vecindario, dos cosas fueron evidentes para los que prestaban atención: que Zachary Seymour parecía ser el acompañante permanente de Deborah Bowden (excepto las ocasiones en que ella revoloteaba alrededor de Dominic Slade) y que el señor Slade no parecía tener mucho interés en el apuesto inglés. También era evidente que el señor Latimer tampoco era aficionado a la compañía del señor Slade.

Por supuesto, Melissa lo observó inmediatamente, pero por otra parte ella tenía sobradas razones para vigilar de cerca a los dos hombres. La reacción de cada uno frente al otro no la sorprendió mucho, aunque se preguntó hasta dónde llegaba la antipatía que ambos se profesaban. Después de todo, ella sólo había sugerido que Latimer podía interesarle. En definitiva, llegó a la deprimente conclusión, sobre todo cuando recordó la carta de Latimer, que la enemistad entre los dos hombres nada tenía que ver con ella

– era algo relacionado con lo que había sucedido en Londres en relación con lady Bowden. Sí, una conclusión muy deprimente.

Aunque no se había resuelto nada entre Dominic y Melissa, y ambos dormían castamente, cada uno en su propio lecho, en efecto se mantenía entre ellos una suerte de

Librodot

tregua táctica. Fue como si, en ese período de ansiedad y conmoción nacional, ambos hubiesen desechado sus problemas, y consagrado todas sus energías al tema inmediato más grave – la guerra. La noticia del incendio de Washington había provocado una impresión terrible en Melissa, y ella había sentido toda la cólera y el miedo propios de un norteamericano normal; y como sucedía con las mujeres de toda la nación, sus pensamientos inmediatos se relacionaron con sus conciudadanos y los peligros que ellos podían correr.

Se había sentido al mismo tiempo culpable y aliviada cuando se decidió no enviar un contingente de voluntarios a la vertiente atlántica, y más bien mantenerlos preparados para utilizarlos en la posible defensa de la frontera meridional. Enviar a un hombre amado a la guerra fuese el esposo, el amante, el padre o el hijo, nunca era fácil, pero como la situación no estaba resuelta entre ella y Dominic, Melissa miraba con temor la idea de que él fuese a la guerra, pues de ese modo nunca sabrían si el intenso sentimiento que parecía acentuarse más y más todos los días entre ellos era auténtico y real, o sencillamente una fantasía... Nada más que la idea de que él tuviese que afrontar una andanada de disparos ingleses la colmaba de terror, y así la guerra de pronto llegó a ser muy real para Melissa.

Pero a medida que pasaban los días, y septiembre lentamente fue desplazado por octubre, la primera oleada de temor se atenuó gradualmente, sobre todo porque las noticias que descendían por el río Mississippi, originadas en las ciudades del norte, eran todas positivas: Baltimore, bajo el mando de Samuel Smith, había rechazado valerosamente el ataque británico a esa ciudad durante la primera semana de septiembre. Lo que era incluso más satisfactorio para los norteamericanos, el mayor general Robert Ross, uno de los oficiales británicos que había ordenado el incendio de Washington, había sido muerto por la bala de un francotirador. Después, el 11 de septiembre en Plattsburgh, Nueva York, fue derrotada una gran fuerza británica de invasión al mando de sir George Prevost; y a orillas del lago Champlain, el capitán de marina norteamericano Thomas Macdonough había aplicado tácticas brillantes y aniquilado al escuadrón británico que acompañaba a Prevost. Las noticias podían tener semanas de retraso cuando llegaban a las aldeas y los pueblos remotos de la campiña, pero se las recibía con la misma alegría que si el episodio hubiese sucedido la víspera.

A medida que las cosas recuperaron lentamente cierta apariencia de normalidad, los pensamientos de Melissa se orientaron cada vez más hacia la desconcertante e insatisfactoria situación que existía entre Dominic y ella. Ahora Melissa lo veía rara vez; parecía que él estaba siempre saliendo por la puerta en camino a una reunión importante, y aunque se mostraba impecablemente cortés con ella cuando estaban juntos, o cuando asistían a una fiesta o una cena, de ningún modo ésa era la relación que ella había concebido la mañana que Adam Saint Clair llegó con la noticia del incendio de Washington. Todavía mantenían una relación tan casta como si hubieran sido hermano y hermana. Era una situación que parecía muy desconcertante a Melissa, sobre todo desde que Dominic había ido a buscarla, y en la noche que siguió había disipado todas las dudas que ella podía alimentar acerca de los deseos que inspiraba en su esposo. Por desgracia, también era cierto que él no le había manifestado nada parecido al amor eterno, ni había dicho que pasaría todas las noches en brazos de su mujer. Pero si ella le parecía que la situación era desconcertante e inaceptable, no tenía coraje suficiente para modificarla. Durante muchísimas noches, Melissa permaneció despierta en su propia cama solitaria, tratando de juntar valor suficiente para abrir de par en par las puertas que separaban los dormitorios, y entrar audaz en el cuarto de su marido, y... ¡seducirlo! Ciertas noches llegó al extremo de apoyar la mano en el picaporte, pero entonces su coraje se esfumaba, y ella se arrastraba deprimida de regreso a su propia cama, y pasaba el resto de la noche moviéndose y agitándose, agobiada por los sueños más explícitamente carnales que pudieran concebirse.

Melissa quizá hubiera podido ser capaz de hacer lo que deseaba desesperadamente si no hubiese existido el doloroso interrogante de la relación de Dominic con Deborah Bowden. En ciertas ocasiones ella podía haber jurado que la otra mujer no importaba en absoluto a Dominic, que en realidad lo irritaban los intentos de Deborah de monopolizar su atención en

Librodot

los diferentes encuentros sociales a los cuales todos asistían; y sin embargo, él permitía constantemente que Deborah exhibiese impunemente la conducta más ofensiva. Melissa se encontraba en un estado de permanente e irritado desconcierto. La actitud de Dominic frente a ella, los pocos momentos en que estaban solos, era cálida y caballerosa, y la expresión en los ojos grises de su esposo le aceleraba el ritmo del pulso; y un instante después parecía completamente absorto en alguna tonta pirueta de Deborah Bowden.

Por supuesto, reconocía Melissa con un sentimiento de culpa, ella no había facilitado las cosas, pues permitía que estuviese siempre a su lado. Pero, se preguntaba con un gesto de rebeldía, ¿qué otra cosa podía hacer? Si mi marido se dedica a abordar y a galantear a otra mujer, ¿no puedo divertirme con un hombre apuesto? El problema era que Melissa no se divertía en absoluto con Latimer, y que todos los momentos que pasaba en su compañía eran muy ingratos. No se trataba de que él le impusiera su presencia – siempre se comportaba con escrupulosa cortesía– pero cuando Melissa estaba con él, tenía la conciencia muy desagradable de que toleraba la compañía de Latimer a causa de Deborah, y de que si Dominic no se hubiese apartado de ella para dejarse llevar de las narices por Deborah, ¡la propia Melissa no habría mantenido la más mínima relación con Julius Latimer!

La creencia irracional de Melissa de que Dominic quizá no era tan malo como Josh y Latimer lo habían pintado se había debilitado mucho las últimas semanas, pero ella continuaba aferrándose obstinadamente a la idea de que tal vez lo había condenado injustamente. Le costaba bastante mantener esa actitud cuando veía a Dominic sonriendo, al parecer embobado, los ojos fijos en los rasgos animados de Deborah; y si bien su anterior con– fianza ya no era tan firme, Melissa aún estaba decidida a hablar con Josh acerca de Dominic. Había realizado varios intentos recientemente, pero Josh, lo mismo que Dominic, estaba muy ocupado en los asuntos relacionados con la guerra, y todas las veces que Melissa había ido a visitarlo estaba ausente de Oak Hollow.

También Royce había demostrado una actitud extrañamente esquiva, y los intentos de Melissa de mantener una conversación personal con él siempre habían tenido un fin brusco, porque Royce recordaba repentinamente una cita para la cual ya estaba retrasado. Si Melissa no hubiera sabido a qué atenerse, habría pensado que Royce la esquivaba. Pero, ¿por qué Royce de pronto se mostraba tan... incómodo en compañía de Melissa? ¿Qué tenía que ocultar?

La frustración determinó que Melissa adoptase actitudes más drásticas que lo que era normal en ella; y así, una tarde de principios de octubre, Royce llegó imprevistamente y descubrió que Dominic se había ausentado. Se disponía a partir de nuevo cuando Melissa le cortó el paso.

– ¡No te vayas! Deseo hablar contigo.

En la cara bien formada de Royce se dibujó una expresión decididamente cautelosa, y mientras se acercaba a la puerta, el joven dijo cortésmente: – En otra ocasión, querida. Realmente debo marcharme.

Pero Melissa no estaba dispuesta a aceptar una negativa. Aferrando el brazo de Royce, miró a su primo y en un tono que era una mezcla de ruego y exigencia, dijo:– Royce, tu diligencia no puede ser tan urgente... debo hablar contigo.

El podría haberse alejado, pero los rasgos pálidos y las ojeras azuladas bajo los ojos de Melissa, que sugerían claramente las noches insomnes, lo indujeron a detenerse. El mejor que nadie conocía las dificultades que Melissa afrontaba en su matrimonio. Sospechaba que, si bien el matrimonio no había sido una unión de amor al principio, ni Dominic ni Melissa eran tan indiferentes uno para el otro como cualquiera de ellos fingía. De hecho, habría apostado una suma muy considerable a la idea de que estaban desesperadamente enamorados. Lo cual le parecía bastante divertido, sobre todo cuando el ingrediente de la relación de Dominic con Deborah se agregaba a la situación que ya era tensa. Y aunque no lo inquietaba mucho ver a Dominic agitarse y retorcerse en el pegajoso pantano creado por el pedido de Jason, pues imaginaba que Dominic era muy capaz de arreglárselas solo, Royce no era inmune al

sentimiento de una prima a quien profesaba mucho afecto. Hasta ese momento había considerado muy divertido todo el episodio, sobre todo porque se trataba de observar cómo Dominic intentaba seducir a una esposa y mantener una relación cordial con una arpía codiciosa como Deborah Bowden, y todo al mismo tiempo, pero la infelicidad que vio en los ojos de Melissa atenuó considerablemente su placer, y suavizando la cara de rasgos duros, capituló ante el pedido y dijo amablemente: – Si tú insistes, querida.

Permitió que Melissa lo llevase al salón, y se sentó junto a ella en el sofá. Después, tomando entre las suyas una mano de Melissa, depositó un beso afectuoso sobre la suave piel. Al ver la mirada turbada de Melissa, preguntó: – ¿Por qué está tan dolorida?

Ella torció levemente la boca de labios suaves.

– ¿Es tan evidente? Creí que lo disimulaba bastante bien.

– No a mis ojos– replicó Royce, y sin sentirse en absoluto complacido por su propia situación, se zambulló directamente en su explicación.– Imagino que se trata de Dominic y su galanteo con Deborah Bowden, ¿si? Te dije la noche de tu cena que nada tenias que temer de esa criatura.

– Entonces, ¿por qué Dominic permite que ella lo persiga constantemente? – Casi gimió Melissa, sintiendo que todos sus temores e inseguridades se agitaban en su corazón.

– ¡Porque debe hacerlo! – replicó secamente Royce, a quien su propio papel desagradaba mucho.

Melissa abrió muy grandes los ojos, con evidente confusión.

– Porque debe hacerlo – repitió desalentada– . ¿Por qué? ¿Qué clase de dominio tiene esa mujer sobre él?

Royce suspiró.

– Ella no ejerce ningún dominio sobre tu marido, y si tú no fueras tan inocente sabrías que él desea más que nada en el mundo estrangular a la pegajosa lady Bowden, y no separarse nunca de tu lado.

Melissa lo miró con dolorosa intensidad.

– ¿Cómo lo sabes? – preguntó con voz ronca– . El no quería casarse conmigo... sabes que tu padre nos obligó a ambos. – Tragó con dificultad.– Y lady Deborah es una mujer muy hermosa y refinada.

– ¡Y también la más tramposa y egoísta que uno puede encontrar sobre la tierra! – gruñó ásperamente Royce, y su desprecio y desagrado en relación con lady Bowden eran más que evidentes.

Puesto que Royce siempre se había comportado en público como si también él considerase encantadora a Deborah, Melissa se sintió aún más desconcertada por estas palabras.

– Creí que estabas tan seducido por ella como Zachary... y Dominic.

– ¡Santo Dios, no! – estalló Royce– . Nunca me agradó... ni siquiera cuando Dominic fue tan estúpido que creyó, al menos un tiempo, que podía estar enamorado de ella. Para quien tenga una proporción normal de sentido común y no esté cegado por su bonita cara, es muy evidente que se trata de una mujer tan peligrosa y baja como su hermano.

– ¿Tampoco te agrada Julius? – preguntó asombrada Melissa– . ¡Pero Royce, estás siempre con él! En todas las reuniones a las cuales asistí últimamente pareció que tú y Julius de hecho son inseparables... excepto cuando Julius está conmigo.

– Y estuve pensando en hablarte de eso, querida – empezó a decir Royce con un brillo luminoso en los ojos castaños– . ¿Qué juego infernal estás jugando al alentar las intenciones de ese canalla?

Un tanto encolerizada, Melissa miró hostil a su primo. Dijo con tono seco: – Si Dominic considera perfectamente aceptable perseguir a otra mujer, ¡no veo motivo que impida que yo también tenga cierta... amistad con un caballero!

– Pues bien, por Dios, por lo menos elige a un caballero – dijo irritado Royce– ¡y no a ese rufián!

Librodot

Había varias contradicciones muy destacadas en las palabras de Royce. Con los ojos entrecerrados, Melissa preguntó tranquilamente: – Si es un canalla y un rufián como tú dices, ¿por qué mantienes una amistad tan estrecha con él?

De pronto Royce pensó que estaba a un paso de revelar mucho más de lo que Melissa debía saber. Su única intención había sido reconfortaría, izo divulgar información que podía ponerla en una situación peligrosa. A diferencia de Dominic, Royce sabia muy bien que Melissa podía mantener cerrada la boca, y en circunstancias diferentes no habría vacilado en revelarle todo. Pero Melissa también era temeraria y aventurera, y Royce se estremeció al pensar en lo que podía suceder si ella decidía ayudar en esa situación tan delicada. Poca duda cabía a Royce de que ella querría ayudar, lo que de hecho significaba que intentaría dedicarse al espionaje; los recuerdos de la niñez de ambos y ciertos pasatiempos peligrosos en que habían participado cuando eran jovencitos atravesaban la mente de Royce. No. No podía decir nada más, y debía recuperar parte del terreno perdido. Además, se dijo con un sentimiento de virtud personal, tocaba a Dominic decir las cosas a Melissa – él estaría invadiendo los derechos de un marido si revelaba la trama a Melissa. Tenía perfecta conciencia de que estaba comportándose con un poco de cobardía, pero conociendo el carácter de Melissa y sospechando cuál sería su reacción frente al papel que le habían asignado, Royce no se arrepintió de lo que estaba haciendo. Su irónica conclusión fue: que Dominic se encargue de su propia esposa... soy nada más que el primo y no tengo el derecho de entrometerme.

Después de tomar esa decisión, se apresuró a llevar la discusión otra vez al campo de Melissa. Adoptando la expresión más severa, dijo con un aire virtuoso que enorgullecía a Josh: – No tienes derecho de cuestionar a mis conocidos. Y no eres tan tonta que no sepas que un caballero puede tener varios... amigos a quienes nunca relacionará con las mujeres de su familia.

– ¡Tonterías! – replicó irritada Melissa, los ojos relucientes de indignación– . Latimer no es un hombre de los bajos fondos a quien conociste una noche cuando saliste de juerga. Se lo acepta en todas partes, y hay muchas personas perfectamente respetables de la comunidad que encuentran muy agradable su compañía y la de su hermana. De modo que te pregunto otra vez... ¿por qué dices que es un sinvergüenza y sin embargo cultivas su amistad?

Irritado, Royce formuló el deseo de que Melissa no fuese tan observadora, y comprendió que debía distraer inmediatamente la atención de su prima, porque de lo contrario ella se acercaría peligrosamente al nudo de la intriga en que estaban metidos él y Dominic. Y de no haber sido por la certidumbre de que ella querría participar del juego, el asunto no le habría preocupado en lo más mínimo; pero al pensar en Latimer, e imaginar lo que el inglés podía hacer si Melissa comenzaba a formular ciertas preguntas inquietantes, Royce se sintió muy incómodo.

Su rostro adoptó una expresión muy arrogante, y Royce dijo con frialdad: – Lo que yo haga o deje de hacer no es asunto que te concierna. Me limito a advertirte que Latimer no es en absoluto el caballero que finge ser, y que sería inteligente que buscases otro para ejercitar tus ardides.

En momentos como éste Melissa anhelaba intensamente recuperar la libertad de la niñez. Tenía las manos apretadas, que formaban dos puñitos bastante respetables, y nada le habría agradado más que ensombrecer los ojos de Royce, como había hecho cierta vez, cuando eran niños, y él la había irritado precisamente de ese modo. Recordó con esfuerzo que ahora era una mujer adulta, una dama casada, y se con tentó mirándolo hostil y diciendo con voz dura: – Veo que no tenemos nada más que decirnos. Discúlpame por haberte demorado. – Le dio la espalda, tratando de disimular tanto la ofensa como la cólera que las palabras de Royce provocaban en ella, y agregó:– Estoy segura de que sabrás cómo salir de la casa.

Royce vaciló un segundo; detestaba la situación y maldecía su propia ineptitud. Había conseguido únicamente lastimar todavía más a Melissa, y abrir un abismo entre ellos. Sus rasgos se suavizaron, avanzó un paso en dirección a su prima y dijo en tono de ruego: – Lissa,

Librodot

nunca tuve la intención de provocar esta disputa, y tampoco quise herirte. Por favor seamos amigos.

Para Melissa era muy difícil no rendirse al acento de ruego que había en la voz de Royce, pero no estaba dispuesta a fingir que todo era normal entre ellos cuando sin duda las cosas no estaban así, ni mucho menos. Él le ocultaba algo, y Melissa lo adivinaba. Se preguntó frunciendo el entrecejo: ¿qué era? Durante los primeros minutos en la habitación, él había demostrado mucha preocupación por su prima, pero tan pronto ella mencionó el nombre de Latimer toda su actitud había cambiado. Latimer... últimamente Latimer y su hermana parecían provocar las más extrañas reacciones en los hombres de la familia de Melissa. Incluso Zachary parecía embobado con lady Bowden... pero eso era otra cosa, y obligando a sus desordenados pensamientos a concentrarse en la cuestión inmediata, Melissa de pronto comprendió que Royce había adoptado una actitud fría y distante sólo cuando ella mencionó el hecho de que su primo decía una cosa y hacía otra en relación tanto con Latimer como con su hermana. Qué interesante. Y como sabia que no le sería de ningún modo provechoso mantenerse distanciada de Royce, de mala gana decidió aceptar la oferta de paz.

De frente a Royce, le dirigió una leve sonrisa.

– Royce, siempre seremos amigos... incluso cuando me irritas profundamente.

Él sonrió y depositó un breve beso en la frente de su prima.

– ¡Así tienes que ser, Lissa! Y ahora, querida, de veras debo marcharme.– Su cara recobró la compostura y Royce murmuro:– Lissa, no te preocupes demasiado. Todo esto terminará muy pronto.

Dicho esto se marchó, y Melissa permaneció mirando desconcertada la puerta por dónde él había desaparecido; sus pensamientos se orientaban precisamente en la dirección que a juicio de Royce no era la más apropiada. Melissa se dijo que Royce no simpatizaba con ninguno de los dos Latimer; no les tenía el más mínimo afecto, pero fingía que los consideraba amigos muy agradables. ¿Por qué? ¿Por qué Royce insistía en afirmar que el galanteo de Dominic nada significaba para el esposo de Melissa, y sin embargo Dominic parecía incapaz de resistir la seducción descarada de Deborah? ¿Quizá Dominic estaba representando el mismo juego misterioso que Royce jugaba con Latimer? ¿Quizá fingía que Deborah le parecía atractiva cuando en realidad no la deseaba? Y lo que era más importante, ¿por qué se comportaban de ese modo?

Melissa dedicó varias horas a pensar en el comportamiento contradictorio tanto de Royce como de Dominic en relación con los visitantes ingleses, pero no pudo llegar a obtener respuestas satisfactorias. Y al pensar en lady Bowden, consideró algo que había estado turbándola periféricamente durante un tiempo: lady Bowden no sólo parecía haber clavado sus garras en Dominic, sino también haber enamorado a Zachary.

Desde él matrimonio de Melissa con Dominic, ella y Zachary no se habían visto mucho, a diferencia de lo que sucedía cuando ambos vivían en la misma casa; pero los dos hermanos todavía se reunían de tanto en tanto. Zachary venía de visita o Melissa montaba su caballo e iba a Willowglen para verlo; además, ambos asistían a las mismas reuniones sociales. Hasta ese momento Melissa no había tenido en cuenta cuántas veces había visto a Deborah en Willowglen al llegar allí en alguna de sus visitas, y con cuánta frecuencia Deborah acompañaba a Zachary cuando él se acercaba al cottage de su hermana. También en público Deborah parecía estar siempre cerca de Zachary – ¡excepto, como Melissa lo reconoció sobriamente, cuando la inglesa revoloteaba alrededor de su marido! Imaginaba que ella había advertido la presencia de Deborah en la vida de Zachary, pero nunca se había detenido a considerar lo que podía significar.

Desechando por un momento el dilema de Dominic y Deborah, Melissa comenzó a pensar en la relación de la misma dama con Zachary, y alguna de las conclusiones a las cuales llegó no agradaron. Comprendía incluso que lady Bowden al parecer nunca había prestado la más mínima atención a Zachary hasta que sobrevino el cambio de situación económica de los Seymour, y Zachary recibió su parte del fideicomiso. No, pensó Melissa frunciendo el

Librodot

entrecejo, no era así. Todo había comenzado después del matrimonio de Melissa con Dominic... Quizá, cuando llegó a la conclusión de que un rico caballero estaba fuera de su alcance, ¿había puesto la mira en otro? ¿Un hombre más joven y más maleable? ¿Casi un jovencito, hipnotizado y deslumbrado por la madura belleza de una mujer mayor?

Muy perturbada por la secuencia de sus pensamientos, Melissa recorrió inquieta el espacio del saloncito, y concibió la esperanza de que su propia antipatía hacia Deborah estuviese en la base de esas conjeturas tan desagradables. Pero no pudo desechar la sensación de que mientras ella estaba concentrada en sus problemas con Dominic no había prestado atención a los peligros que Deborah podía representar para el joven corazón de Zachary. Tratando de decirse que sólo estaba buscando otra razón para desconfiar de Deborah, Melissa intentó rechazar los ingratos pensamientos que se agolpaban en su mente, pero aunque se convenció a medias de que a lo sumo estaba demostrando mucha tontería, había dos interrogantes que no se disipaban. ¿Deborah sólo se divertía a costa de Zachary? ¿O había un motivo más profundo que la inducía a demostrar cierta predilección por la compañía del joven?

24

Sentado en el salón de la hermosa casa que había alquilado poco antes en las afueras de Baton Rouge, Julius Latimer miraba a su hermana, y se preguntaba más o menos lo mismo. Los ojos entrecerrados y atentos, observó largamente a Deborah, mientras ella jugueteaba con su taza de té, fingiendo que no advertía el examen al que la sometía su hermano.

En ese momento los dos hermanos estaban solos. Julius ocupaba un sillón de cuero de respaldo alto, y enfrente Deborah estaba sentada cerca de una mesita sobre la cual descansaba una tetera de plata y los restos de una comida frugal. La conversación entre los dos había sido esporádica, y apenas interesante para cualquiera de ellos; pero Deborah había mencionado de pasada el nombre de Zachary Seymour, y esa observación suscitó las reflexiones de Latimer.

A diferencia de Melissa, que apenas conocía a Deborah, Latimer no abrigaba dudas acerca de lo que se proponía su hermana; después de todo, ambos habían comentado en extenso las iniciativas de Deborah, y habían llegado a la conclusión de que Zachary Seymour, ahora que se había suspendido el fideicomiso que paralizaba sus finanzas y lo convertía en un soltero sin interés, podía ser una valiosa fuente de dinero suplementario. El hecho de que ahora tenía también un cuñado muy rico y generoso lo hacía incluso más atractivo para los Latimer, y estos habían comenzado inmediatamente a ejecutar un plan que había sido muy eficaz para elloS en otras ocasiones: las tiernas sonrisas y los hábiles ardides de Deborah sometían por completo a la presa mientras ella sugería diestramente adornos caros y regalos al caballero completamente embobado. Y con gran satisfacción de ambos, parecía que todo se desarrollaba de acuerdo con el plan; según todos los indicios, Zachary se sentía completamente feliz al ofrecer más de una costosa chuchería a la mujer que le sonreía con tanto afecto y seducción, y lo inducía a creer que ella lo consideraba absolutamente fascinante.

Pero últimamente Latimer había comenzado a preguntarse si Deborah no estaba llevando esa pequeña intriga más allá de lo que ellos habían planeado – un pretendiente enfurecido, ofendido y rechazado no era lo que Latimer tenía en mente cuando había esbozado el plan a su hermana. Un galanteo superficial, una relación laxa, había sido el tema de la discusión entre ellos; y mientras flexionaba los dedos largos y angostos ahora Latimer comenzó con voz indiferente: – ¿No estás exagerando un poco las cosas en tu relación con el jovencito Seymour? Recibiste de él algunas joyas muy hermosas. Esos aros de zafiro que te regaló la semana pasada son muy bellos; y nos aportarán una bonita suma cuando lleguemos a Londres... pero ciertamente ni tú ni yo deseamos escenas desagradables o complicaciones en el camino.

Deborah se limitó a sonreír.

– ¡Bah! Estás asustándote de las sombras. Créeme, sé cómo manejar a mis hombres, y Zachary es un cordero.

Julius no pareció muy convencido, pues conocía bien la enorme vanidad de su hermana.

– No me pareció un cordero la otra noche, cuando te alejaste bailando con Slade, en la fiesta de los Hampton.

– Ya lo sé– replicó Deborah, muy satisfecha de sí misma– . Estaba sumamente enojado conmigo, y la situación le provocó una pasión violenta, algo por cierto excitante. – Con una sonrisa soñadora en los labios, Deborah murmuró:– ¡Zachary es un joven tan viril! Casi cedí a su insistencia en hacerme el amor.

La cara de Latimer cobró una expresión tensa y voz peligrosamente suave, dijo: – Creí que habíamos llegado a la conclusión de que no debías perder el control de la situación. ¡Si la memoria no me engaña, debías atraerlo, no seducirlo!

– Hermano, te preocupas demasiado – replicó Deborah con acento más áspero– . ¡Sé exactamente lo que hago! Además – agregó con expresión petulante– merezco alguna recompensa por haber perdido la oportunidad de ser la esposa de Dominic y por soportar esta caricatura de matrimonio con el viejo Bowden. – Sus hermosos rasgos se deformaron, y Deborah murmuró:– Tú no sabes lo que era verme obligada a besar a ese sucio y viejo macho

Librodot

cabrio, y después permitirle que me tocase y me hiciera el amor. Si no lo hubieses despachado en ese momento, ¡no sé cuánto tiempo hubiera soportado sin asesinarlo con mis propias manos!

– ¿Te callarás de una vez? – agregó Latimer– . Tu lengua nos enviará a los dos al patíbulo. El incidente con Bowden es cosa del pasado, y no es necesario que lo recuerdes.

Encogiéndose de hombros, Deborah bebió un pequeño sorbo de su té, que se enfriaba rápidamente.

– Muy bien, pero cesa de criticar el modo en que atiendo mis asuntos. – Una expresión astuta se manifestó en sus ojos.– A ti tampoco te fue muy bien con la muchacha.

Con una expresión muy fría en los ojos azules, Latimer dijo secamente: – Tal vez todavía no la llevé a la cama, pero conseguí los veinticinco mil dólares – que era lo que buscábamos desde el principio. Solamente cuando pensé que no había muchas esperanzas de obtener el dinero decidí aprovechar un poco la situación, y me pareció que llevar a la cama a esa perrita altanera era lo más apropiado. – Una sonrisa levemente lasciva se dibujó en las comisuras de los labios delgados.– Enseñarle a que me obedeciera en todos los aspectos podía haber compensado la pérdida del dinero.

– Si, y si no cesas de jugar como estuviste haciendo los últimos tiempos, sin duda perderás hasta el último penique.

– ¡Oh, cállate! Sé lo que hago. Roxbury pagó este viaje y nos prometió una pequeña fortuna cuando lleguemos a Inglaterra, pero entre tanto tengo que mantener las apariencias, si deseo conservar mi lugar entre estos hombres. No olvides que son los mismos individuos a quienes Roxbury me encargó cultivar y acercar a nuestro bando. Mi participación en las actividades de esta gente es sólo un modo de congraciarme con ella... y además hay otra cosa, y tienes que recordarla la próxima vez que me critiques porque juego. Muchos de estos plantadores son jugadores increíblemente osados, y un hombre astuto con los naipes puede ganar una fortuna, mucho más dinero que la suma que Roxbury nos prometió. Me propongo aprovechar bien esta oportunidad imprevista, y si durante un tiempo parece que pierdo, tanto mejor. Cuando empiece a ganar... – Una expresión astuta apareció en los fríos ojos azules.– Y comenzaré a ganar muy pronto... y entonces, créeme, te sentirás muy complacida con los resultados de mis partidas de naipes.

– ¿Has puesto tus ojos sobre cierta persona?

Latimer asintió.

– Sí. Ese joven Franklyn es precisamente el tipo de jovencito tonto y descuidado que reclama a gritos que lo desplumen... aunque la cosa será tan sencilla, que casi me avergüenza.

Deborah no se sentía muy tranquila.

– Sólo espero que él no advierta que lo engañaron, y que se repita ese feo asunto que afrontamos en Londres.

Latimer no hizo caso del comentario de su hermana, y se limitó a decir: – Eso poco importa. Incluso si llegara a sospechar que hice trampa, y cometiese la estupidez de desafiarme a duelo... ¿qué nos importa lo que piensen estos provincianos? Pronto saldremos de aquí... debemos estar en Nueva Orleáns antes de principios del año, y poco más tarde, si todo sale bien, regresaremos a Londres, ahora con una fortuna respetable.

Deborah, que parecía poco convencida, preguntó: – ¿Es necesario que pierdas tanto dinero con él antes de resarcirte?

– Mi intención no es perder mucho más, pero era importante llevarlo a que sintiese cierto exceso de confianza respecto de su capacidad de derrotarme. Y como no he perdido una suma considerable, habrá varios caballeros que pensarán que mi suerte sencillamente cambió, y no alimentarán tantas sospechas como sería el caso si yo me hubiese limitado a despojar de su fortuna a ese mocoso tonto.

– ¿Crees que Dominic no verá lo que haces? – preguntó secamente Deborah.

Una desagradable expresión apareció en los rasgos cincelados de Latimer.

– ¡Querida, tanto mejor si descubre algo! No cometeré el mismo error que la última vez que lo enfrenté en duelo. Ahora sólo uno de nosotros saldrá sobre sus pies del campo, ¡y puedes tener la certeza de que no seré yo quien permanezca tendido y ensangrentado en el suelo!

De nuevo con un gesto petulante en el rostro, Deborah dijo a Latimer: – Todavía no sé por qué no quisiste que me casara con él cuando se me ofreció la oportunidad. Es mucho más rico que ese viejo chivo de Bowden, y ciertamente compartir su lecho me habría agradado bastante más.

– ¿Por eso ahora lo persigues constantemente? ¿Esperas saborear lo que entonces se te negó?

– &>Por qué no? – preguntó acalorada Deborah– . Tú tienes tus mujeres, ¡y no veo por qué no puedo acostarme con el hombre que me agrada siquiera una vez, en lugar de ofrecerme sólo a los que tú eliges porque me traen generosos regalos! – Con un mohín en su hermosa boca, Deborah murmuró:– Me habría agradado contraer matrimonio con Dominic.

Bastante irritado, Latimer se puso de pie y atravesó la habitación para detenerse cerca de su hermana. Se sirvió una taza de té, y dijo medio irritado y medio renuente: – Si yo hubiese sabido exactamente qué rico era, no habría impedido la boda. Supuse que era sencillamente un colono arrogante, que estaba buscando esposa para impresionar a sus amigos campesinos aquí. – Revolviendo el té con una cucharita de plata, murmuró en voz alta:– pero incluso si hubiese sabido de su riqueza, no creo que tu matrimonio con él hubiera sido una buena idea. Es demasiado inteligente, y no me parece que hubiese aceptado que nosotros lo sangráramos, hubiera tenido que acabarlo mucho antes de lo que hice con Bowden.

– Bien, ¡en todo caso no nos beneficiamos mucho con tu plan! – replicó malignamente Deborah– . Y no sé si yo hubiese deseado que mataras a Dominic... quién sabe, tal vez hubiese preferido continuar siendo su esposa.

– ¡Eso, lo dudo! ¿Te imaginas rodeada por una pandilla de mocosos? ¿Viviendo aquí, al borde del desierto? Querida, éste no es el ambiente que yo elegiría para ti – rezongó Latimer, y como su hermana se limitó a emitir un sonido desdeñoso, él agregó:– Desde que llegamos aquí no has hecho más que quejarte del país y la gente, que te parece grosera y aburrida. ¿Realmente quieres hacerme creer que te sentirías satisfecha sepultada en este desierto bárbaro? ¿Lejos del resplandor y la excitación de Londres? Creo que te engañas.

Deborah se encogió de hombros.

– Probablemente tienes razón. Y debo agregar que Dominic no es el mismo hombre que yo recuerdo. Oh, sin duda es apuesto, pero parece...

– ¿Menos enamoriscado? ¿Menos propenso a ignorar tus defectos? ¿Menos inclinado a complacerte? – preguntó sardónica– mente Latimer– . Olvidas que ahora tiene una esposa... una esposa muy bella.

– ¡Y bien que eso te irrita! – replicó dulcemente Deborah– . Puedes fingir que no te importa que ella se te haya escapado para casarse con él, pero te conozco demasiado bien para creer en semejante tontería.

Con cierto filo en la voz, Latimer replicó: – ¡Resérvate todo lo que puedas pensar acerca de mis intenciones con respecto a Melissa Slade! ¡Trabajé mucho para restablecer cierta amistad con ella, y no deseo que lo arruines todo hablando demasiado! Lo único que debes hacer es conquistar a Zachary, y silo deseas puedes divertirte con Dominic, ¡pero no concibas ideas acerca de mi relación con Melissa en esa bonita cabeza que tienes sobre los hombros!

Deborah le dirigió una mirada venenosa, pero no formuló comentarios. Sólo en ocasiones como ésta ella sentía el tenue deseo de escapar al dominio de Julius. En general, la complacía perfectamente permitir que su hermano le ordenase la vida, incluso cuando eso implicaba la desagradable necesidad de casarse con un hombre que tenía edad suficiente para ser su abuelo. Julius siempre la había dominado, y como Deborah era una mujer esencialmente haragana, codiciosa y vana, siempre le había parecido mucho más fácil adaptarse a lo que él planeaba, que demostrar iniciativa propia. Casarse con Dominic habría

sido tentador, pero Deborah no veía con buenos ojos la idea de ser independiente, de prescindir del hombre que arreglase todos los detalles de su vida; y aunque en raras ocasiones contemplaba fugazmente la posibilidad de unirse a alguien que no era su hermano, en definitiva siempre desechaba la idea. Julius le concedía más libertad que lo que hubiera hecho un marido o un amante, y como Deborah se amaba a sí misma demasiado para experimentar sentimientos auténticos hacia otra persona, le parecía perfectamente adecuado permitir que Julius se ocupase de todo. A su propio modo, sentía verdadero afecto por su hermano, pero eso no significaba que siempre la complacieran los planes que él trazaba, o que de tanto en tanto no se rebelase ante el modo arrogante en que él determinaba lo que ella necesitaba y deseaba.

Miró hoscamente los rasgos bien formados de Julius.

– No es justo – dijo al fin con expresión hosca– . Tú tienes ciertos planes acerca de esa tonta muchachita, pero no permites que haga el amor con su hermano si así lo deseo.

– ¿El esposo de la dama no te satisface? – preguntó burlonamente Latimer.

La expresión malhumorada de Deborah se acentuó.

– Probablemente me satisfaría si pudiese llevarlo a la cama, pero siempre estamos rodeados por otras personas.

– Puesto que pareces desearlo tanto, ¿no puedes arreglar una cita con él? En el ambiente adecuado, sin duda no tendrías inconvenientes para convencerlo de que saboree tus encantos.

Una expresión astuta apareció de pronto en los ojos celestes de Deborah.

– ¡Por supuesto! – exclamó alegre– . ¿Cómo no lo pensé antes?

Su humor sombrío desapareció como si nunca hubiese existido, y ahora se puso de pie y bailó a través de la habitación.

Pero en el piso alto, sentada frente a un hermoso y pequeño escritorio de palo de rosa, su buen ánimo desapareció. Una fina arruga apareció en su hermosa frente, y Deborah contempló la hoja de papel. Redactar una nota a Dominic no sería el problema. Ella sabia lo que debía escribir para atraerlo inmediatamente. El problema era elegir un lugar de cita apropiado, y mencionar una hora que garantizara la intimidad del encuentro.

Mordisqueando distraídamente la pluma permaneció sentada, perdida en sus pensamientos, mientras elegía y después desechaba varios lugares posibles para el tipo de cita que tenía en mente. Debía ser un lugar íntimo y aislado; debía ser romántico, y lejos de la proximidad inmediata de la casa... pero no demasiado lejos. Con un gesto malhumorado, arrojó la pluma y estrujó la hoja de papel. No tenía sentido escribir una nota a Dominic mientras no hubiese elegido el lugar del encuentro. Con un gesto de disgusto en su boca de labios suaves, salió del dormitorio, comparando los lugares que podían ser aunque fuesen remotamente apropiados para seducir a Dominic...

Deborah no era la única que planeaba una seducción, pero si Latimer quería seducir a Melissa sencillamente porque ella lo atraía, o porque era la esposa de Dominic, era algo que no estaba claro tampoco para el propio interesado. Había trabajado mucho los últimos meses para reparar el daño que él mismo había provocado al calcular mal el orgullo y la fibra de Melissa, y durante las últimas semanas había comenzado a abrigar la esperanza de haber logrado restablecer por lo menos parte de la confianza de Melissa en él. Había sido muy difícil para Latimer representar el papel de un amigo realmente arrepentido, ansioso de compensar su falta, obligado siempre a ocultar el odio y la envidia que Dominic le inspiraba, siempre preparado para disimular la cólera y el resentimiento que sintió al saber que ella había escapado de sus garras y se había casado con el único hombre a quien detestaba más que a nadie. De pronto, una lenta sonrisa curvó los labios de Latimer. Parecía que al fin su actitud sumisa y su solicitud le aportarían la recompensa que él deseaba.

La sonrisa de Latimer se acentuó. Sin saberlo, su hermana lo había ayudado. La descarada persecución de Dominic por Deborah había logrado que Melissa se acercara más a Latimer, y por esa razón más que por otra cualquiera él estaba dispuesto a permitir que Deborah continuase con sus maniobras casi indecentes. Si en efecto Deborah conseguía

seducir al marido de Melissa, tanto mejor; Latimer se complacería mucho suministrando a la esposa ofendida un hombro servicial donde ella podría llorar; tal era el cínico pensamiento de Latimer. Y si Melissa se sentía suficientemente ofendida... Latimer casi tenía la certeza de que cuando Melissa supiese que Dominic en efecto se había acostado con Deborah, podría suponerse con fundada razón que estaría dispuesta a pagar en la misma moneda a su aventurero esposo... ¡y él, Latimer, estaría muy cerca, con los brazos completamente abiertos!

El imprevisto y muy desagradable matrimonio de Melissa con Dominic Slade había sido un golpe doloroso para Latimer. Estaba tan seguro de que la tenía atrapada, de que ella pretendía entregarse al propio Latimer antes que buscar otros medios para satisfacer las demandas de su acreedor, que la noticia del inminente matrimonio de Melissa con Dominic lo había dejado atónito. Pasaron semanas antes de que él pudiese aceptar al fin el hecho de que en efecto Melissa se le había escapado, y de que había fracasado el perverso plan de saborear los encantos de la joven antes de informarle, por supuesto con el debido pesar, que en realidad y en definitiva él debía recibir el dinero. Latimer se había enfurecido, e incluso la devolución del dinero que se le había efectuado no había atenuado su sentimiento irracional en el sentido de que hasta cierto punto lo habían engañado.

El tiempo de su estancia en Baton Rouge estaba acortándose para Latimer. De acuerdo con el calendario que había acordado con Roxbury en Londres, más de un año antes, debía salir para Nueva Orleáns en pocas semanas más. Si deseaba obtener su satisfacción, tenía que hacerlo muy pronto. Y antes de partir, pensó Latimer con una débil sonrisa, debía llevar a su agradable conclusión varios pequeños detalles. Implantar un prominente par de cuernos en la arrogante cabeza de Dominic Slade era sólo una de las cosas deliciosas que él tenía en mente antes del viaje a Nueva Orleáns. Estaba también el asunto del joven Franklyn...

Silbando por lo bajo, Latimer se levantó del sillón y caminó directamente a su dormitorio. Eligió un chaleco de seda blanca, una prenda bastante fina adornada con minúsculos puntos negros, y comenzó a vestirse para la sesión de la noche – una pequeña reunión y cena de hombres en el hogar de un acaudalado y joven 501– tero, Thomas Norton, que vivía a un kilómetro y medio de Baton Rouge. Royce Manchester debía reunirse con él en la casa, y juntos se trasladarían a la residencia de Norton.

Al pensar en Royce, Latimer frunció levemente el entrecejo. Experimentaba cierta sospecha en vista de la aparente inclinación de Royce a buscar su compañía, aunque no atinaba a encontrar fallas en la conducta del otro. En Londres, Royce se había alineado claramente con Dominic, y en algunas ocasiones, que Latimer recordaba muy bien, Royce se había mostrado sumamente frío y desdeñoso.

Por supuesto, había pensado en la posibilidad de que Royce pudiera espiarlo, y lo creía muy probable; quizás intentaba sorprenderlo en alguna canallada, y Latimer casi reía en voz alta al concebir la idea. La belleza del plan de Roxbury, y la única razón por la cual él había aceptado cierta participación en el asunto, al margen de los beneficios muy generosos, era que en el peor de los casos implicaba apenas un riesgo nebuloso. ¡Latimer no era hombre de meter la cabeza en un dogal por la suma de dinero que Roxbury estaba dispuesto a pagarle!

Además, murmuraba satisfecho mientras descendía la escalera curva que conducía al vestíbulo de la casa, ¿por qué tenía que arriesgar el cuello cuando había tantas formas más fáciles de hacer fortuna? ¿Y especialmente cuando tenía al alcance de la mano una paloma gorda a la que podía desplumar,... es decir, el heredero de los Franklyn? Una sonrisita cruel jugueteó en la comisura de su boca bien formada. La reunión de esa noche bien podía ser el momento en que cambiase la suerte del señor Franklyn con los naipes...

Dominic asistía también a la misma cena, pero a diferencia de Latimer, no tenía muchas expectativas. En los últimos tiempos parecía que rara vez podía estar a solas un momento con Melissa, y había estado planeando una noche tranquila en el hogar con su esposa. Una noche tranquila a solas, de modo que al fin él pudiese resolver el misterio que era su propia esposa. Por desgracia, Royce había echado a perder el ansia de tranquilidad doméstica de Dominic, pues había insistido en que concurriese a la reunión en la casa de Norton.

Librodot

Con los ojos color ámbar de Royce reluciendo con evidente fastidio, el joven había dicho tres días antes: – Quizá tú tienes que soportar los molestos abrazos de Deborah cuando ambos concurren a la misma reunión, pero yo me vio forzado a ser la compañía permanente de Latimer – y eso es sumamente odioso, ¡te lo aseguro! Ese individuo es el sujeto más desagradable que yo pueda imaginar, y jamás aceptaría pasar ni siquiera un día con él; sin embargo, durante las últimas seis semanas estuve comportándome como si fuera mi mejor amigo ¡y hasta ahora por nada, pues no he sabido un solo detalle de su relación con Roxbury! Fuimos juntos a buscar mujerzuelas, me emborraché con él, lo acompañé a las riñas de gallos, y en general estuve a disposición de su persona; ¡y puedes creerme si te digo que no fue el periodo más agradable que he pasado en el curso de mi vida! ¡Ese hombre es un canalla sin corazón! No me parece divertido ni intelectualmente atractivo, y si tengo que soportar otra fiesta en su compañía, es muy posible que lo castigue físicamente. – Fijando una mirada irritada en Dominic, dijo al fin:– Lo menos que puedes hacer es asistir a la reunión en casa de Norton y compartir mi sufrimiento.

De mala gana, Dominic se había dejado convencer, y así sucedió que en lugar de la velada íntima que había deseado, se vio obligado a soportar varias horas de juerga masculina. Zachary también estaría allí, y ambos habían planeado ir juntos a la casa de Norton. Dominic acababa de extender la mano hacia la corbata blanca almidonada que Bartholomew le ofrecía, cuando oyó el sonido de la voz de Zachary que llegaba de la escalera.

Zachary había llegado muy temprano, pero como estaba acostumbrado a pasar muchas horas en la cabaña de Slade, el hecho no implicaba un problema. Después de entregar su alto sombrero ribeteado con piel de castor al mayordomo que lo atendía, entró en el saloncito que estaba al frente de la casa, y vio con agra– do que su hermana estaba sentada cómodamente en el sofá, con un pequeño libro de sonetos en la mano. Por su actitud y el atuendo, una encantadora bata de muselina, era evidente que Melissa pensaba permanecer en casa esa noche, y Zachary bromeó amablemente con ella.

– ¿Qué es esto? ¿La matrona joven más buscada del vecindario permanece sentada sola, junto a su propio hogar? ¿Los ojos me engañan?

Riendo, Melissa depositó su libro y dijo afectuosamente:

– ¡Oh, Zachary, bandido! No seas ridículo. Hablas como si yo fuera una frívola de la peor especie.

Después de acomodar el cuerpo largo y elegante en un sillón próximo, Zachary replicó con una sonrisa: – Bien, tienes que reconocer que nos hemos divertido mucho estos últimos meses, pese a toda la preocupación provocada por la guerra. ¡Parece que desde tu matrimonio, y la liberación del fideicomiso, ambos hemos llegado a ser muy populares! ¡Me parece que no he pasado dos noches en casa a lo largo de este mes!

Con el corazón inflamado de amor y orgullo, ella examinó a su hermano instalado en el sillón. Esta noche el joven parecía un hombre muy refinado; tenía la corbata blanca bien anudada al cuello, la chaqueta de seda azul oscuro se adaptaba admirablemente a los anchos hombros, y los breeches negros revestían a la perfección los muslos musculosos. Parecía la imagen misma de un aristócrata joven, rico e indolente, y a Melissa le parecía increíble que apenas seis meses antes ambos se habían visto en dificultades para conservar el techo sobre la cabeza.

Sonrió a su hermano y dijo casi tímidamente: – Las cosas ahora están muy diferentes para nosotros, ¿verdad?

Zachary percibió la nota de pesar en la voz de Melissa, y su propia sonrisa se desdibujó cuando él se inclinó hacia adelante, con el rostro tenso: – No te pesa el matrimonio, ¿verdad, Lissa? – Casi perforándola con los ojos, preguntó:– ¿Eres feliz? Sé que al principio hubo tensión entre tú y Dominic, pero... eso ya pasó, ¿verdad?

Las preguntas de Zachary sorprendieron a Melissa, y durante un momento prolongado vaciló en contestarle. ¿Le pesaba el matrimonio con Dominic? Su corazón respondió: Oh, no, de ningún modo. Pero en efecto ella deseaba apasionadamente que las circunstancias hubieran

sido distintas, anhelaba haber podido vivir un noviazgo normal, y saber que cuando Dominic la pedía en matrimonio, era porque así lo deseaba y no porque se veía forzado a causa de una desagradable sucesión de incidentes. ¿Era feliz? Una sonrisa rozó brevemente su boca de labios llenos. Había ocasiones en que se sentía extáticamente feliz. Ocasiones en que su felicidad era casi evidente, tan intensa y tangible que ella estaba segura de que podía tocarla. Pero por otra parte...

Melissa suspiró. A pesar de la extraña afinidad que había entre ellos, pese a todas las miradas emocionantes que habían cambiado en los últimos tiempos, y a las cálidas sonrisas y las tiernas promesas que ella creía entrever en los ojos de Dominic, Melissa no podía estar segura de que ella misma no se engañaba, de que su intenso deseo de creer que Dominic izo era un inescrupuloso mujeriego y de que él había llegado a quererla no era simplemente una forma de engañarse ella misma. Con respecto a la tensión entre ellos, ¡ciertamente no era cosa del pasado y no lo sería, pensó con vehemencia, mientras no se hiciera algo para resolver el problema de Deborah Bowden! Durante un breve segundo una luz cruel de alarmante intensidad apareció en los hermosos ojos color topacio, pero con un esfuerzo ella retornó al presente y al silencio expectante de su hermano.

Habían existido pocos secretos entre los hermanos; siempre habían sido totalmente sinceros uno con el otro, y por eso Melissa contestó con cautela.

– No soy infeliz, Zack. Sólo desearía...

La frase inconclusa era en sí misma elocuente. Con una expresión dura en la cara, Zachary extendió una mano para aferrar Una de las manos delgadas de Melissa.

– Lissa, si hay algo, lo que fuere, que pueda hacer para facilitarte las cosas, sabes que sólo tienes que pedirlo.

Con un nudo en la garganta, ella meneó lentamente la cabeza.

– No hay nada que tú u otra persona puedan hacer.. es entre Dominic y yo.

Las palabras de Melissa no lo satisficieron, y cerrando los dedos sobre la mano de Melissa, Zachary dijo en voz baja: – A menudo me pregunté la causa de tu súbito matrimonio... pasaste de la antipatía hacia Dominic un día al matrimonio el siguiente, y aunque entonces no dije nada, el asunto me confundió y perturbó.

Los dos ocupantes del saloncito estaban tan absortos en su diálogo que ninguno oyó los pasos de Dominic que descendió la escalera, ni advirtieron su presencia cuando el dueño de casa vaciló en el umbral, porque no deseaba interrumpirlos. Se los veía tan serios y absortos en su conversación que él pensó alejarse, para concederles unos momentos más de intimidad, pero entonces la pregunta siguiente de Zachary lo detuvo en seco.

– Lissa, ¿Josh te obligó a casarte con él? ¿A causa de ese condenado fideicomiso?

Una enérgica negación casi brotó de los labios de Melissa, pero la joven vaciló una fracción de segundo, y Zachary insistió con fuerza: – Fue a causa del fideicomiso, ¿verdad? ¿Cómo te amenazó Josh para obligarte a cambiar de idea acerca del matrimonio? – preguntó duramente Zachary, tensa la boca de labios finos.

Con un desaliento evidente en su cara, Melissa permaneció sentada, mirando a su hermano, tratando desesperadamente de decidir qué parte de lo que había sucedido esa noche fatídica podía decirle sin riesgo. Criticándose ella misma porque no había conseguido distraerlo rápidamente, consciente de que ahora él no aflojaría hasta que supiera de ella toda la verdad, Melissa dijo eligiendo las palabras:– El fideicomiso tuvo algo que ver con el matrimonio, pero no fue la única razón por la cual acepté casarme con Dominic.

– ¡Ah! ¡Lo sabía! – dijo exultante Zachary– . No entiendo por qué él no puede ser un buen marido – agregó con ecuanimidad– . Pero sucede que tú ya habías rechazado a otros hombres igualmente ricos y... – una pronta sonrisa curvó sus labios– igualmente apuestos; y de pronto, de la nada, aceptas casarte con un hombre a quien conoces desde hace pocas semanas.

Al recordar sus primeros encuentros con Dominic, y el modo en que su presencia le aceleraba el pulso y le golpeaba el corazón, Melissa dijo con gesto soñador:– A veces sucede así... el tiempo no influye decisivamente en los sentimientos.

– Es posible – convino Zachary, pero en su tono había un matiz cínico muy evidente– . Pero tienes que reconocer que hubo algo un tanto sospechoso en tu súbito compromiso y tu matrimonio con Slade. Quiero que me digas la verdad acerca de esto y no intentes confundirme con esa serie de fragmentos y detalles que tú crees que puedes decirme sin riesgo.

Melissa se sobresaltó al oír las palabras de Zachary y abrió muy grandes los ojos. ¿Cómo era posible que él...?

Como si estuviese leyendo el pensamiento de Melissa, Zachary sonrió amablemente.

– Lissa, probablemente te conozco mejor que nadie en el mundo, y sé cómo funciona exactamente tu cabeza. Tú y yo hemos pasado juntos muchas cosas, y si hay algo que he aprendido acerca de ti, es que siempre intentaste protegerme de lo peor. – Esbozó una mueca.– Lissa, ya no soy un niño. Siempre seré tu hermano menor, pero confío en que no continuarás protegiéndome de ciertas cosas quizá desagradables que yo debo conocer.

– ¡Oh, Zack! – exclamó angustiada Melissa– . Mi intención nunca fue...

– Lo sé, querida, pero tú me dijiste a menudo que la carga es un poco más liviana si la soportan dos en lugar de uno. Ahora, dime la verdad y no intentes continuar protegiéndome.

La mirada de Melissa exploró ansiosamente los ojos de Zachary; sentía terribles deseos de decir la verdad a alguien, pero temía dar ese paso. Con voz grave preguntó: – Si te digo la verdad, ¿tengo tu solemne promesa de que no harás nada alocado? ¿De que por feo o sórdido que sea lo que te revele, no te batirás en duelo?

Zachary enderezó el cuerpo, y era evidente que no le agradaba el sesgo de la conversación. Con el entrecejo fruncido, preguntó medio irritado medio inquisitivo: – Y si no lo prometo, ¿no me dirás lo que sucedió realmente?

Con expresión inquieta pero decidida, Melissa asintió.

– O me lo prometes, o esta conversación cesa de inmediato.

– Esperó tensa la respuesta de Zachary, pues sabía que si él aceptaba las condiciones, aunque podía renegar y protestar y pedir que se lo relevara de su promesa, mantendría su palabra. Pero sin esa promesa... Melissa sintió un leve temblor. Sin esa promesa, él saldría de la habitación para ir a buscar a Latimer, con la muerte en el corazón.

Zachary la miró suspicaz un momento, y después con voz lenta y evidente renuencia asintió.

– Tienes mi promesa – dijo.

Como deseaba tener la absoluta seguridad de que él no podría torcer el sentido de esas sencillas palabras, Melissa dijo claramente: – Tengo tu promesa de que no importa lo que te diga, nunca tratarás de vengarte, y especialmente de que no desafiarás a nadie, por muy cobarde que te parezca el hecho.

Rechinando los dientes y con los ojos color topacio semejantes a los de Melissa reluciendo coléricos, Zachary respondió: – ¡Prometo todo lo que acabas de decir! – El resentimiento lo dominó, y Zachary agregó en un rezongo:– ¡Pero creo que es muy injusto lo que acabas de exigirme!

En el umbral, Dominic permaneció inmóvil, con una parte de su mente desconcertada ante ese acto descarado de espionaje, la otra demasiado atrapada por la conversación para reaccionar. Conteniendo la respiración, el corazón cada vez más excitado, esperó, tironeado entre el miedo y el deseo de conocer las revelaciones de Melissa.

Apenas Zachary formuló la respuesta que ella deseaba, Melissa casi se desplomó aliviada. Y ahora que el momento había llegado, pareció incapaz de controlar su lengua, y las palabras afluían a medida que evocaba esos días terribles que habían llevado al episodio nocturno en el cuarto de Dominic. Suministró sólo los detalles más esenciales, pero al ver la

cara de Zachary que se ensombrecía, al observar la furia que se acentuaba en los ojos dorados, se sintió profundamente agradecida porque le había arrancado esa promesa.

– ¡Maldito bastardo! – explotó colérico Zachary– . ¡Desearía ponerle la mano encima!

Alarmada, Melissa hundió los dedos en las palmas de su hermano.

– ¡Prometiste! ¡Dijiste que cumplirías tu palabra!

El rió con amargura.

– Tienes mi palabra, querida... y aunque me complacería mucho destriparlo, no lo haré. ¡Pero no entiendo cómo podré mostrarme educado con ese bastardo! ¡Lissa, eres una tonta! ¡Debiste haber hablado conmigo!

– ¿Y tú hubieras ido un instante después para retarlo a duelo? ¿Y quizás hubieras perdido la vida? ¿Qué habríamos conseguido de ese modo?

Dirigiendo una mirada impaciente a Melissa, Zachary murmuró: – ¿Cuándo cesarás en tus intentos de protegerme?

Habríamos podido afrontar juntos las amenazas de Latimer... por lo menos tú no habrías estado sola. – Como la expresión de Melissa no cambió, Zachary agregó:– Oh, no te preocupes, te prometí, y no lo retaré a duelo. Ahora, dime el resto, aunque parte del asunto puedo adivinarlo por mí mismo. Precisamente a causa de Latimer ofreciste vender Locura a Dominic, ¿verdad?

Melissa asintió y reanudó su relato, y habló de la nota de Latimer que le pedía que ella fuese a la posada, de su decisión de aceptar la invitación y los motivos que la habían impulsado. No fue fácil contar eso, y fue aun más difícil cuando llegó el tema del cuarto equivocado y la entrada de Dominic en la escena. Vaciló apenas cuando relató el momento de su despertar, y cómo se había encontrado en la cama con Dominic; pero después pasó al embarazoso momento en que Royce y Josh los habían descubierto. Con expresión sombría explicó a Zachary que Josh la había amenazado con separarlo de su hermana si ella no aceptaba el matrimonio.

Se hizo un silencio peligroso cuando Melissa terminó de hablar. Cansada por el esfuerzo realizado, la joven se recostó en el respaldo del sofá y cerró los ojos.

– Y ahora, tú sabes por qué acepté casarme con Dominic Slade.

– ¡Santo Dios! Lissa, ¿por qué no dijiste algo? Yo habría entendido. Si hubieses dicho la verdad, estoy seguro de que Royce y el tío Josh se hubiesen mostrado más comprensivos frente a la situación.

Melissa abrió los ojos y dirigió una mirada irónica a Zachary y dijo secamente: – ¿Lo crees de veras? Era una oportunidad magnífica para Josh, que así podía lograr lo que había intentado desde que cumplí diecisiete años. ¿Crees sinceramente que Royce o para el caso Josh, no habrían ido inmediatamente a buscar a Latimer? ¿Que uno o los dos habrían reclamado la satisfacción del duelo... y quizás hubiesen muerto como consecuencia de eso? ¿Crees que yo hubiera podido soportar esa carga sobre mi conciencia?

Zachary se movió inquieto, y era evidente que se sentía herido en su orgullo.

– ¡Tenemos la obligación de proteger a nuestras mujeres de los canallas como Latimer! ¡Habría sido perfectamente lógico que lo retasen a duelo! – La cólera y el resentimiento ante la promesa que Melissa le había arrancado le molestaban mucho, y ahora Zachary dijo con voz dura:– Creo que fue injusto de tu parte reclamarme esa promesa. ¡Deberías permitir que me ocupe de ese individuo!

Melissa meneó enojada la cabeza, en un gesto negativo, y Zachary se puso bruscamente de pie y muy nervioso fue a detenerse frente a su hermana.

– ¡Lissa, tienes que relevarme de mi palabra! – Con las manos en jarras, rogó:– ¡Debes concederme el derecho de vengarme!

– ¿Venganza? – repitió suavemente Dominic desde el umbral, con una expresión muy peculiar en sus rasgos morenos. Entró indolente en la habitación como si acabase de llegar a la escena, y preguntó con voz fría:– ¿Qué es toda esta charla acerca de la venganza?

Librodot

25

Como dos escolares culpables, Zachary y Melissa se volvieron para mirar a Dominic, y ambos murmuraron las tonterías más absurdas en su frenético deseo de ocultar al recién llegado no sólo el tema sino la gravedad de la conversación.

– ¿Venganza? – repitió Zachary con sospechosa inocencia– . Aquí nadie habla de venganza... sólo estaba tratando de convencer a Lissa de que me permitiese... bien, compensar el descuido en que la tuve últimamente.

– ¡Oh, sí! – se apresuró a decir Melissa, cuando Dominic enarcó el entrecejo con franco escepticismo– , y yo estaba diciéndole que no me preocupó en absoluto que él hubiera tenido tanto que hacer estas últimas semanas.

Hubo un momento cargado de tensión mientras ellos esperaban ansiosos la reacción de Dominic, y el alivio fue casi evidente cuando Dominic dijo con expresión serena: – El afecto que ustedes se tienen es elogiable. – Miró a Zachary y rezongó:– Y aunque me resisto a separarte de tu hermana, en efecto creo que es hora de que nos pongamos en camino. ¿Estás de acuerdo?

– Oh, por supuesto – se apresuró a decir Zachary. Depositó un beso en la mejilla de Melissa, le apretó la mano en un gesto reconfortante, y salió de la habitación con paso ágil.

Dominic se acercó a Melissa, que continuaba sentada en el sofá, la examinó en silencio durante un momento prolongado e inquietante, con una extraña sonrisa en su boca de expresión dura. Entrecerró los ojos, de modo que ella no atinó a ver su expresión, y se inclinó para tomar una de las manos inertes de su esposa. Depositando un cálido beso en 105 dedos fríos, murmuró con voz espesa: – Me agradaría estar solo contigo esta noche, quisiera prescindir de otros compromisos... pero quizá más vale así – esta noche debo hacer ciertas cosas.

Dominic apretó con más fuerza la mano de Melissa, y sorprendiéndola, con un solo y poderoso movimiento la obligó a ponerse de pie y acercó al suyo el cuerpo esbelto de su esposa. Sus labios rozaron suavemente la mejilla de Melissa, y él dijo: – ¡Que haya podido abstenerme de tocarte todas estas semanas es poco menos que milagroso!

Complacida tanto por las palabras de Dominic como por el contacto con su cuerpo, Melissa juntó valor y preguntó tímidamente: – ¿Y por qué fue así? Creí... – Un encantador sonrojo le tiñó la cara.– Pensé que después... después de aquella noche tú...

La vergüenza le impidió decir más, pero Dominic comprendió exactamente a qué noche aludía, y una expresión muy tierna se manifestó en su cara.

– ¿Pensaste que desearía repetirlo? – se burló amablemente. Sus dedos apretaron de pronto los hombros de Melissa, y sus labios exhibieron un gesto claramente sensual.– Oh, querida, no sabes cuánto he deseado que compartieses de nuevo mi cama, y las noches que permanecí despierto recordando lo que sentí teniéndote entre mis brazos, pero hasta que... – Su boca se curvó en un gesto de disgusto.– Hay ciertos... enredos de los cuales debo desembarazarme antes de ceder otra vez a la tentación que tú eres para mí. La próxima vez que compartamos un lecho, deseo que no haya ni sombras de malentendidos entre nosotros. – Con expresión seria, la miró fijamente.– ¿Entiendes lo que digo?

Melissa asintió lentamente, y todas sus esperanzas y anhelos de pronto se manifestaron en sus bellos ojos.

– Creo que sí. – Con voz ronca agregó:– Pero, por favor, que sea pronto.

Dominic gimió, y sus labios se apoderaron de los labios de Melissa en un beso profundamente apasionado, y toda el ansia y la frustración de las últimas semanas se expresaron en el modo en que su boca se movió casi salvajemente contra los labios suavemente aquiescentes de Melissa. El beso concluyó con la misma rapidez con que había comenzado, y respirando agitado Dominic dijo: – Quisiera que fuese ahora mismo. Pero te juro, querida, que no habrá que esperar demasiado tiempo.

Depositó un beso breve e intenso en los labios de Melissa, se volvió y salió con paso rápido de la habitación.

Sintiéndose transida, Melissa se llevó distraídamente los dedos a los labios que le ardían, casi incapaz de creer en lo que había sucedido. ¿Podía atreverse a abrigar esperanzas? Un estremecimiento de placer le recorrió la columna vertebral, y apretándose el cuerpo con sus propios brazos, danzó alegremente de un extremo al otro del saloncito, con una sonrisa realmente tonta en los labios.

La sonrisa en los labios de Dominic era casi igualmente absurda cuando se reunió con Zachary en la galería de la cabaña, pero cuando comenzaron a alejarse de la casa esa sonrisa se borró y Dominic entrecerró los ojos, al pensar en su propia estupidez. ¿Cómo podía haber estado tan ciego? Todo había estado allí, ante sus propios ojos, pero él se había negado a verlo y a creer en eso. Pensó irritado: Se había rehusado tercamente. Haciendo gala de obstinación y testarudez se había negado a confiar en sus propios instintos. Pero con un gesto amargo en la boca, decidió que eso no volvería a suceder. Nunca más. Melissa era exactamente lo que parecía – ¡hermosa, valiente y atrevida, y realmente amorosa! La sonrisa tonta se dibujó nuevamente en su cara mientras Dominic miraba sin ver al frente, y sucesivas y maravillosas visiones del futuro cruzaban su cerebro.

A la débil luz de la luna que iluminaba la campiña, Zachary vio la tonta mueca de Dominic, y decidió que no era peligroso arriesgarse a conversar.

– ¿Debo entender que las cosas entre tú y Lissa ahora están bien? – preguntó como de pasada.

– Bastante bien – replicó tranquilamente Dominic– . Pero confío en que antes de que pase mucho tiempo estarán mejor. ¡Muchísimo mejor!

Alentado por estas palabras, Zachary se atrevió a explorar un poco más. Manteniendo los ojos fijos en el sendero iluminado por la luna, preguntó con voz cautelosa: – ¿Se agotaron las posibilidades de lady Bowden contigo?

Dominic le dirigió una mirada burlona.

– Lady Bowden nunca tuvo ninguna posibilidad conmigo... aunque puede haber parecido lo contrario.

Frunciendo el entrecejo, Zachary sofrenó su caballo, y el animal se detuvo.

– ¿Qué demonios quieres decir? – preguntó con voz áspera.

– Precisamente lo que dije. Esa dama no me interesa en absoluto. – Una mirada de súbita comprensión se dibujó en su rostro y Dominic agregó lentamente:– Cualquiera fuese la seducción que antes pudo tener sobre mí, concluyó en el instante en que por primera vez vi a tu hermana.

– ¿Quieres decir – preguntó Zachary con irritada incredulidad– , ¿qué estuve cruzándome en el camino de esa dama descarada y casquivana, y todo por nada?

– Mi estimado Zachary, ¡me abrumas! – dijo Dominic, con un acento de regocijo muy evidente en su voz– . ¿Estuviste ofreciendo tu cabeza en el altar del sacrificio?

Con un gesto un tanto avergonzado, Zachary espoleó a su caballo y replicó con sequedad: – Bien, me pareció que tú y esa descarada estaban intimando demasiado para mi gusto, y creí que sería necesario...

– ¿Competir un poco conmigo? – preguntó secamente Dominic.

Con una expresión belicosa en los ojos, Zachary murmuró:

– ¿Por qué no? Lissa es mi hermana, y yo no deseaba que tú la hicieras desgraciada.

El regocijo de Dominic desapareció, y su voz estaba cargada de emoción cuando dijo: – No tengo intención de provocar nuevamente la infelicidad de Melissa, y si ella me lo permite, mi intención es consagrar la vida entera a demostrarle exactamente todo lo que significa para mí... cuán vacía sería mi vida sin ella.

Incómodo ante la intensidad del tono de Dominic, Zachary dijo tratando de demostrar despreocupación: – ¡No es a mí a quien tienes que convencer! Siempre supe que eras un hombre derecho, pero me preocuparon tus maniobras alrededor de esa dama.

Con una expresión dura en la cara, Dominic replicó: – Creo que puedes olvidarte de lady Bowden. Ya cumplió su finalidad.

Zachary quizás hubiera deseado formular unas pocas preguntas más acerca de ese tema tan sugestivo, pero algo en la actitud de Dominic lo indujo a abandonar la conversación. Antes de que pudieran abordarse otros asuntos, vieron las luces de la casa de Norton, y los momentos siguientes los dedicaron a desmontar y a saludar al anfitrión.

Tom Norton era un joven alto y rubio, que poseía una naturaleza generosa y al mismo tiempo una importante fortuna que le permitía satisfacer todos sus caprichos. Pero podía decirse en su favor que, aunque era el único hijo sobreviviente de una madre viuda, nunca se había descarriado ni tenía gustos extravagantes. Pero después de llegar a la mayoría de edad, apenas unos meses antes, había llegado a la conclusión de que era hora de tener su propia casa, y así había comprado la agradable vivienda donde esa noche se celebraba la reunión.

Norton había invitado aproximadamente una docena de caballeros, la mayoría hombres más jóvenes, como él mismo y Zachary, pero también asistían cuatro o cinco hombres, de poco más de treinta años, de modo que Dominic no se sentía como un veterano contemplando las travesuras de los jóvenes. Y como asistía a esa reunión rigurosamente masculina por pedido de Royce, no se sorprendió, al entrar en una amplia y elegante sala, de ver a Royce apoyado como al descuido sobre el reborde de una chimenea con frente de mármol, con una expresión resignada reluciendo en los ojos color topacio. Tampoco la presencia de Latimer en una de las muchas mesas de juego puestas para satisfacer los gustos de los visitantes, lo sobresaltó en lo más mínimo.

Después de ser presentado a varios jóvenes cuyas caras identificó imprecisamente porque las había visto en otras reuniones sociales y de recibir una copa de brandy, Dominic se acercó discretamente a Royce. Dominic bebió su brandy y murmuró: – Veo que nuestro amigo siempre prefiere practicar sus habilidades con los más jóvenes.

– Hum, sí. Ese es el muchacho de los Franklyn, y hace varias semanas que Latimer lo cultiva. Ha perdido una suma impresionante con ese joven tonto, y creo que ha llegado a la conclusión de que es hora de que su suerte cambie. No me sorprendería en absoluto si Franklyn esta noche se retira después de perder mucho dinero – comentó secamente Royce, con sus ojos fijos en la cara del joven que era el blanco de las atenciones de Latimer.

Latimer y Franklyn jugaban naipes alrededor de una mesa, en el fondo del salón, y Latimer daba la espalda a los dos hombres que se encontraban de pie cerca de la chimenea. Así, Royce y Dominic podían observar de cerca el juego sin alarmar a Latimer a causa del interés que despertaba en ellos el asunto. Y ambos advirtieron el momento en que cambió la suerte de Latimer, el momento en que el naipe necesario se deslizó desde la manga de su chaqueta.

– Ah, es muy bueno en eso, ¿verdad? – comentó lánguidamente Dominic– . En realidad, tan bueno que incluso aunque estaba mirando con mucha atención, casi se me escapó.

Royce murmuró algo obsceno por lo bajo.

– Y éste – agregó con voz dura– es el individuo con quien tuve que relacionarme íntimamente las últimas semanas. Créeme, tu tarea fue mucho más fácil.

– Quizá – replicó fríamente Dominic– . Pero estoy comenzando a creer que, pese a todos nuestros esfuerzos, Latimer y su hermana estuvieron tomándonos por tontos. Estuve pensando en ellos, y he llegado a varias conclusiones. – Al ver el entrecejo enarcado de Royce, continuó tranquilamente.– Latimer no es espía. Jugador, tramposo y matón, sí, pero no espía... no tiene el cerebro necesario para eso. Creo que la escasa información que obtuvimos de Deborah es casi todo lo que necesitamos saber. Ella no es la mujer más inteligente que yo conozco, pero jamás habría divulgado la relación con Roxbury o el pedido de Roxbury de que se relacionasen con ex ciudadanos británicos, si hubiese pensado que eso implicaba un peligro para su hermano.

– ¿Tal vez ella no está al tanto de todo? ¿O quizás hay muchas cosas que Latimer no le reveló?

Dominic meneó decisivamente la cabeza de rizos oscuros.

– ¡Piensa, Royce! Ambos colaboran. Ahora comprendo que siempre cooperaron, y que les interesa mucho más acumular ganancias y salvar su propio pellejo que comprometerse con algo tan peligroso como el espionaje... ¿has olvidado que ahorcamos a los espías?

Con los ojos fijos reflexivamente en la espalda de Latimer, Royce replicó: – También se ahorca a los asesinos... y estamos seguros de que él mató al viejo Bowden, con la complicidad de Deborah.

– ¡Lo sé! Pero eso representaba escaso riesgo para los dos. Un anciano, solo en la noche, los criados no están en la casa... ¿qué posibilidades tenía Bowden frente a ellos? Eligieron bien el blanco. Pero un espía... – Dominic frunció el entrecejo.– Un espía, sobre todo si aspira a conservar la vida, no siempre puede elegir a la gente con la cual trata... y el espionaje compromete a muchas personas dispersas por todo el país, y no a un solo hombre. – Como Royce guardó silencio, Dominic dijo impaciente: – ¡Dios mío! ¡Mira la pista que dejaron desde el este hasta aquí! Jamás intentaron cubrir sus huellas; no se proponen regresar a ninguno de los lugares donde ya estuvieron, y la información militar que pueden haber recogido en el camino ahora tiene una antigüedad de varios meses. Se han desplazado franca y tranquilamente por todo el país, deteniéndose mucho tiempo dondequiera se les antojó. No ocultaron el hecho de que son británicos, o de que están en el país sólo mientras dure la guerra. Sí, pueden afirmar que dieron un paso tan drástico a causa de sus firmes simpatías por nuestra causa, pero, ¿hicieron algo para ayudar a nuestra causa? Quiero decir – continuó Dominic con voz grave– , ¿se han incorporado a alguna organización comprometida con el esfuerzo bélico? ¿Han apoyado a ciertas figuras políticas? ¿Latimer mencionó alguna vez la posibilidad de incorporarse al ejército para combatir?

– Eso no demuestra nada – replicó agriamente Royce– . Si es espía, no podrá perder tiempo en las obligaciones militares. Y por otra parte, para ellos no era fácil ocultar su condición de ciudadanos británicos.

Dominic suspiró con expresión fatigada.

– No, no podían, pero aunque me agradaría ver a Latimer colgado por espionaje, no puedo creer que sea espía. – Con expresión reflexiva, continuó: – Pero sí podría creer que es la avanzada de un auténtico espía.

Royce lo miró sobresaltado.

– ¡Por supuesto, tiene que ser así!

Habló en voz baja, pero eso no ocultó su excitación.

Dominic, cuyos pensamientos se orientaban en la misma dirección, murmuró ahora: – ¿Por qué no lo pensamos antes? Latimer no es el espía, sino sólo el instrumento destinado a dar los primeros pasos, el hombre que debe establecer el contacto social y seleccionar a los que pueden mostrarse sensibles a una propuesta traicionera. La oferta que hará el hombre que venga detrás de Latimer.

Royce dijo con voz pausada: – Es la única solución que tiene sentido. Sobre todo sabiendo lo que sabemos acerca de Latimer, y de lo que es probable que le atraiga o le desagrade.

Dominic bebió otro sorbo de su brandy, y de nuevo miró a Latimer; durante un momento, sus pensamientos se separaron del enigma representado por las razones que el inglés tenía para residir en Estados Unidos, y recorrieron un camino muy distinto. Estaba contemplando diferentes métodos para obtener una venganza apropiada. Dominic torció la boca. En realidad, sin saberlo Latimer le había hecho un favor... en cierto modo, pues si Latimer no hubiera... en ese caso, Melissa no habría...

Una oleada de sombría cólera de pronto lo dominó, cuando pensó en lo que podría haber sido el destino de Melissa si no se hubiese equivocado de cuarto esa noche en la posada. Los ojos grises de Dominic se entrecerraron amenazadores. Se dijo fríamente que era hora de que Latimer aprendiese una lección. Una lección bastante cara, pensó con una sonrisa cruel.

Librodot

Con movimientos muy serenos, Dominic depositó su copa y murmuró hoscamente: – Creo que iré a saludar al amigo Latimer. Incluso puedo ser para él un antagonista más interesante que ese cachorro.

Royce irguió el cuerpo al oír las palabras de Dominic y dirigió a su amigo una mirada inquieta. Lo que vio no disipó la súbita sospecha de que su amigo tenía un motivo más profundo para ir al encuentro del inglés. Dominic tenía la actitud de un depredador letal que acababa de ver a la presa. Royce aferró el brazo de Dominic y dijo en voz baja y apremiante: – ¡No seas estúpido! No aceptaré el papel de cómplice, y no me limitaré a ver cómo arriesgas innecesariamente la vida.

Dirigiendo una mirada desdeñosa a Royce, Dominic desprendió su brazo.

– No tengo ninguna intención de hacer nada tan absurdo. Además – agregó en voz baja– , matar a ese bastardo no es suficiente. Quiero perjudicarlo donde sufrirá más... ¡en su fortuna!

Impotente, Royce miró mientras Dominic se acercaba a la mesa de Latimer. Royce reconoció claramente la actitud amenazadora de la cabeza de cabellos oscuros y los anchos hombros, y suspiró. Consciente de que, cualquiera fuese el curso elegido por Dominic, el propio Royce estaría allí para protegerle la espalda. Maldiciendo por lo bajo, Royce se apartó del reborde de la chimenea y se acercó lentamente a la mesa de Latimer.

Como si hubiera percibido el peligro, Latimer apartó los ojos de sus naipes, y su expresión de perezosa confianza desapareció, remplazada por una actitud cuidadosamente neutra. Sin trasuntar nada más que un interés cortés, dijo como de pasada: – El joven Franklyn tiene dificultades para elegir sus cartas. Esta noche no está a la altura de mi juego... ¿desearía ocupar su lugar a la mesa?

Dominic esbozó una sonrisa lobuna, y en los ojos grises y duros había un resplandor frío.

– ¡Precisamente lo que yo pensaba! – Con una sonrisa que ahora era muy cálida y seductora, se volvió para mirar al joven que parecía un tanto ofendido, y que estaba sentado frente a la mesa cubierta de fieltro que lo separaba de Latimer.– ¿Tiene inconveniente? – preguntó cortésmente– . Latimer y yo somos antiguos... ah, adversarios, y como parece que en este momento la suerte lo favorece, creo que es una ocasión apropiada para renovar nuestra... rivalidad. Es decir, si usted no se opone.

Después de la actitud insultante de Latimer, Franklyn se sintió halagado por la actitud solícita de Dominic.

– ¡Por supuesto que no, señor! – se apresuró a replicar. Una seca sonrisa curvó su boca delicada– . Esta noche en efecto estuve jugando bastante mal.

Dominic se sentó en el lugar que Franklyn desocupó, y dijo misteriosamente: – Quizá se trata de los naipes y no de su habilidad.

Latimer se irguió en el asiento con los ojos vidriosos mientras preguntaba en un tono de voz peligroso: – ¿Y qué quiere decir con eso?

– Vaya, nada – replicó Dominic con desenvoltura, y de nuevo esbozó esa sonrisa lobuna– . ¿Comenzamos?

Al fondo de la sala, donde había estado conversando con Daniel Manchester, Zachary había advertido distraídamente el paso de Dominic. Sólo cuando vio donde estaba Dominic se avivó su interés. Se sintió visiblemente inquieto cuando Franklyn se levantó de la mesa y Dominic ocupó su lugar. Su nerviosismo se acentuó cuando vio que Royce se aproximaba decidido al lugar en que Dominic estaba sentado; la expresión del rostro de Royce no era en absoluto alentadora.

Miró de nuevo a su cuñado, y lo que vio le provocó un estremecimiento de aprensión. Quizá Dominic sonreía y se mostraba cortés, pero Zachary recordaba vívidamente esa primera noche, cuando había cenado con Dominic, y se mencionó el nombre de Latimer. Algo acerca de la sonrisa de Dominic y la inmovilidad acechante de su cuerpo provocó sumo nerviosismo en Zachary.

Sin hacer el más mínimo esfuerzo por mostrarse cortés, Zachary interrumpió los discursos de Daniel acerca del portal de acceso que pensaba construir en su nueva casa, y dijo brevemente: – Deseo ver el juego entre Dominic y Latimer. Ven conmigo, silo deseas.

Ante la mirada atónita de Daniel se apartó deprisa, para acercarse a Royce. Daniel, que poseía una inteligencia bastante vivaz bajo sus modales alegres, comprendió al instante que algo flotaba en el aire, y no perdió un momento en imitar a Zachary. Y como sucedía con frecuencia, cuando otros jóvenes caballeros vieron que se había formado un grupo alrededor de la mesa donde Latimer y Dominic jugaban séptimo, también ellos se acercaron para comprobar qué era lo que concitaba la atención general.

Si Latimer se sintió desalentado al comprobar de pronto que su mesa era el punto de mira de tantos ojos interesados, no ofreció ningún indicio de ello, y se limitó a sonreír a cada uno de los que se aproximaban. La presencia de tantos caballeros en todo caso lo perjudicaba, y como no se atrevía a correr el riesgo de verse descubierto, decidió que tenía que jugar con total honestidad. Con tantos espectadores, y al comienzo de la velada, antes de que el licor realmente hubiera comenzado a correr, era demasiado peligroso practicar ciertas maniobras.

Dominic tenía perfecta conciencia de las dificultades de su adversario, y un sentimiento de frío regocijo parpadeó en la profundidad de sus ojos, cuando dijo con voz suave: – Como parece que hemos reunido un público, no debemos defraudarlo. ¿Cuánto pagaban por cada punto usted y Franklyn?

Latimer vaciló y al fin contestó: – Era una partida amistosa... sólo diez dólares.

Dominic enarcó el entrecejo.

– Mil dólares la partida es un precio bastante alto a pagar por la amistad. Pero como usted y yo somos antiguos amigos, debemos hacerlo más interesante... ¿digamos cincuenta dólares el punto?

No era una suma exageradamente alta, pero sí un tanto excesiva, sobre todo porque en las últimas semanas Latimer había perdido más que lo que deseaba, con el fin de atraer a George Franklyn, y tenía perfecta conciencia de la habilidad y la experiencia de Dominic en todos los juegos de azar. Como no se sentía complacido con las circunstancias que habían sobrevenido de un modo tan imprevisto, Latimer hizo una pausa, y su cerebro buscó activamente el modo de volcar el episodio en su favor. Consideró reflexivamente el rostro moreno que tenía enfrente. Para un hombre experimentado como él, era evidente que Slade ansiaba reñir, y Latimer casi sonrió satisfecho. Un hombre que se dejaba dominar por su propio temperamento siempre era una víctima fácil. Creyendo que muy bien podía salir ganancioso, y recuperar parte de lo que había perdido a manos de Franklyn, dijo con expresión indiferente: – ¿Cincuenta? Me pareció que usted había dicho que era necesario que el juego fuese interesante. Bien, cien dólares el punto me parece mucho más interesante que esos mezquinos cincuenta.

Dominic esbozó una amplia sonrisa, y Latimer tuvo la inquietante sensación de que había caído en una trampa. Antes de que pudiese pensarlo mejor, Dominic dijo alegremente: ¡Excelente! ¿Quiere dar cartas, o lo hago yo?

Latimer se encogió de hombros, los ojos azules muy aten– tos.

– Por favor, adelante.

Dominic barajó hábilmente el mazo de treinta y dos naipes, y con una destreza que reflejaba una larga práctica dio doce naipes a cada uno. Los dos hombres eran jugadores excepcionales, y el juego se desarrolló ágilmente, y ninguno pareció vacilar al pedir cartas y reclamar puntos. El juego continuó desarrollándose, y pronto fue evidente que los dos hombres tenían cualidades bastante parejas; los puntajes permanecieron casi iguales a medida que se fueron dando las diferentes manos.

En definitiva, Latimer ganó la partida y no hizo nada para ocultar su satisfacción mientras decía altanero: – Slade, creo que usted me debe diez mil dólares.

– Pero no dudo de que usted me ofrecerá la oportunidad del desquite, ¿verdad? – preguntó Dominic amablemente con una sonrisa levemente inquisitiva en su hermosa boca.

Librodot

Hubo murmullos de asentimiento alrededor de la mesa, y aunque a Latimer nada le habría agradado más que marcharse con el dinero de Dominic en su bolso, tenía la ingrata percepción de que si no daba el desquite a Dominic su prestigio sufriría, y podría perjudicar sus posibilidades de comenzar a desplumar al joven Franklyn. Derrotar a Dominic lo había complacido mucho; también había acentuado su arrogancia, y la tentación de ganar más dinero era demasiado intensa y un hombre como Latimer no podía resistirla.

La partida siguiente fue muy pareja, pero Dominic ganó, y su expresión era enigmática cuando se procedió al recuento final. Recostándose en el respaldo de su silla, bebió un sorbo de la copa de brandy que le habían traído durante el juego. Con los ojos fijos en Latimer, rezongó: – Bien, ahora estamos a mano... ¡qué aburrido! ¿Jugamos otra partida?

Irritado ante la pérdida pero convencido de que había sido un mero traspié y seguro de que su propia habilidad con los naipes sobrepasaba de lejos a la de su antagonista, Latimer consintió de buena gana y se reanudó el juego. Y durante las horas siguientes la confianza de Latimer en sí mismo aumentó, pese a que los triunfos y las derrotas fueron relativamente parejos entre los dos.

A medida que avanzó la noche, el grupo de hombres reunidos alrededor de la mesa aumentó y disminuyó, y algunos caballeros se alejaron para buscar nuevos entretenimientos o reunirse con otros amigos, y otros espectadores ocuparon sus lugares. Pero Royce y Zachary estaban sumamente interesados en la partida, y ninguno de ellos se apartaba siquiera un metro de la mesa. Daniel advirtió que algo estaba sucediendo, aunque no sabía muy bien qué, y decidió permanecer más o menos cerca de los otros dos, y aunque a veces se apartaba algunos metros, siempre mantenía un ojo vigilante sobre lo que estaba sucediendo.

Llegó y pasó la medianoche. La una, las dos. Las velas descendieron en sus engastes, y algunos caballeros comenzaron a despedirse del dueño de casa, pero Dominic y Latimer continuaron jugando. Alrededor de las tres y media, cuando terminaba la última partida y los dos hombres de nuevo estaban equilibrados, sin que pudiera definirse bien quién era el ganador, a pesar de las muchas horas que llevaban en eso, Dominic dijo con voz pausada: – Me parece que estamos más o menos igual. ¿Suspendemos el juego?

Sin ofrecer signos de interés en la respuesta de Latimer, Dominic barajó las cartas que sostenía en las manos, pero había en él una quietud peculiar que indujo a Royce, que se había instalado cómodamente en un sillón cercano, a la izquierda de Dominic, a ponerse instantáneamente muy alerta. La actitud de Dominic lo había desconcertado toda la velada; y no sólo el hecho de que decidiese jugar con Latimer, sino también el modo de jugar sus naipes. Y de pronto, con meridiana claridad, Royce comprendió que Dominic había equivocado intencionalmente su juego, que había permitido que Latimer venciera, pero sólo cuando él así lo decidía. Irguiéndose en su asiento, Royce miró a Dominic, y se afirmó en él la sospecha de que su amigo había organizado la secuencia exacta del juego. Aunque Dominic fingía indiferencia, en realidad deseaba jugar una partida más con Latimer, y si Royce interpretaba bien los indicios, ¡esa partida sería por una suma realmente muy elevada! Todo lo que había hecho hasta ese momento era nada más que arena arrojada a los ojos de Latimer para disimular la trampa que Dominic ahora se disponía a accionar.

Latimer evaluó fríamente el ofrecimiento de Dominic y el deseo de vencer de un modo inequívoco a un hombre a quien sin duda consideraba un enemigo disputaba el terreno a un leve presentimiento del peligro. Y sin embargo, en la superficie todo parecía estar bien. Latimer confiaba en que sólo el mero azar había determinado que los dos llegasen a ese estado de cosas; sólo la mala suerte había impedido que él conservara o incluso aumentase sus ganancias. Además, para él era importante ganar; tenía perfecta conciencia de que George Franklyn observaba todo, y no deseaba que el joven creyese que él, Latimer, no era un oponente digno – esa clase de opinión podía ser fatal para sus planes. En actitud reflexiva, miró al hombre que tenía enfrente, y tomó nota de los párpados entornados y de la copa de brandy vacía al lado de Dominic. Alzó su propia copa de brandy y bebió un sorbo.

– ¿Usted no desea continuar? – preguntó por fin Latimer, mientras depositaba con mucho cuidado la copa.

Como si hubiera querido confirmar que la hora tardía estaba produciendo su efecto en él, Dominic sofocó un pequeño bostezo.

– Eso depende completamente de usted – replicó cortésmente, y con un gesto indicó a un criado que deseaba que volviese a llenar su copa.

Alentado por esos signos, Latimer dijo con despreocupación: – ¿Por qué no? Esta no será la primera vez que he jugado hasta el alba.

Dominic entornó los párpados, y fijando la mirada en los naipes que tenía en las manos, murmuró: – Como guste... pero como ya es tarde, y cada uno de nosotros ha tenido tiempo para juzgar al otro, ¿por qué no aumentamos un poco la apuesta?

– ¿Qué piensa usted? – preguntó Latimer con tono de hastío– . ¿Ciento cincuenta dólares el punto?

– ¡Eso es mezquino, mi estimado amigo! ¡Realmente mezquino! – Una leve sonrisa curvó los labios de Dominic.– Estaba pensando más bien en... ¿quinientos dólares el punto?

Hubo una exclamación a coro que provino de los espectadores, e incluso Royce enarcó sorprendido el entrecejo al escuchar la cifra. ¡Eso era jugar! ¿Qué demonios buscaba Dominic?

Latimer vaciló, y en él la codicia disputaba el terreno a la prudencia. ¡Cincuenta mil dólares era una fortuna! Si perdía, sus finanzas se encontrarían en una situación sumamente precaria. Esa pérdida liquidaría casi todo lo que había acumulado hasta el momento; más aún, lo dejaría en una situación desesperada. Pero si ganaba... El jugador inveterado que había en Latimer se negó a pensar en lo que sería el futuro si perdía, y la tentación de ganar una suma tan elevada a Dominic Slade se impuso a todas las restantes consideraciones. Con los ojos azules relucientes de avaricia, Latimer replicó temerario: – ¡Excelente!

– Sólo una partida – dijo Dominic con voz sedosa– . Cualquiera sea el resultado de este juego, suspenderemos aquí. ¿De acuerdo?

Era evidente que esa cláusula no agradaba a Latimer, y su cuerpo se endureció levemente. Ese atisbo de peligro que había percibido toda la noche retornó con verdadera fuerza, pero así como el público que todo lo observaba de cerca lo había mantenido honesto hasta ese momento, el mismo público y el efecto desfavorable que originaría en la percepción de su persona si él se negaba, lo impulsó a decir secamente: – De acuerdo.

Latimer perdió el derecho de cortar el mazo, y durante el periodo que siguió al parecer también su suerte se esfumó. Jugó mal. Dominic a su vez jugó con un espíritu agresivo que despojó a Latimer de las manos importantes que él había creído aseguradas. Las primeras luces del alba comenzaron a entrar en la habitación cuando llegó la última mano.

Dominic se recostó perezosamente en su silla, con una expresión de somnolienta indiferencia, mientras Latimer observaba los naipes sostenidos como al descuido en la mano de Dominic.

Obstinadamente, Latimer dijo: – Diga sus cartas, señor.

El juego continuó, pero era evidente que Dominic era de lejos el mejor jugador. El fin llegó pronto. Después de mirar el conjunto de naipes que Dominic le mostró, Latimer fijó los ojos en la única carta que aún continuaba en la mano de su antagonista. Como sabía que todo dependía de ese naipe, Latimer consideró su propio juego, antes de decir audazmente: ¡Un corazón! – y al mismo tiempo depositó sobre la mesa el resto de sus naipes.

Dominic sonrió.

– Creo que he ganado – dijo por lo bajo, mostrando un nueve de espadas. Al mirar las anotaciones con el puntaje, Dominic murmuró amablemente:– No ha sido una mala noche para mí. Creo que usted me debe algo así como cincuenta mil dólares.

Disimulando con esfuerzo su rabia y su desesperación, Latimer se limitó a encoger los hombros.

Librodot

– He perdido tanto y más en una hora de juego en White's en Londres. – Se puso de pie, y se sacudió de la chaqueta una hebra imaginaria, y finalmente agregó:– Tal vez podamos vernos en casa de mi banquero, esta tarde... En general, nunca llevo tanto dinero en mis bolsillos.

Sonriendo con su mueca lobuna, Dominic replicó muy amablemente: – Lo que le parezca conveniente. ¿Quedamos a las dos de esta tarde?

Manteniendo su aire lánguido, Latimer respondió enseguida: – Naturalmente.

No podía suponerse que Royce y Zachary reservarían para ellos mismos sus preguntas, y a pesar de la presencia interesada de Daniel apenas se habían despedido de su somnoliento anfitrión y habían cabalgado unos pocos metros, alejándose de la casa de Norton, cuando Royce exclamó: – ¿Tendrías inconveniente – preguntó con excesiva cortesía– en decirme cuál fue el propósito de todo eso? Dios sabe que a menos que hayas sufrido un súbito y catastrófico cambio de fortuna, no necesitas el dinero.

– Ni siquiera te agrada Latimer – intervino Zachary– . ¡Sin embargo, pasaste toda la velada con él!

Dominic sonrió serenamente a sus dos interrogadores.

– Digamos sencillamente que tenía que saldar una deuda... con intereses.

Royce lo miró con los ojos entrecerrados.

– ¿Y saldaste la deuda?

Con un guiño de los ojos grises, Dominic sonrió.

– Con espadas, señor. Con espadas.

Librodot

26

Después de entregar el caballo al criado y mientras caminaba lentamente hacia su casa, Dominic pensó por primera vez que podía ser un poco embarazoso volver al hogar después de pasar la noche entera jugando. Había quedado atrás el tiempo en que sólo necesitaba considerar sus propios deseos, y comprendió ahora que por nobles que fueran sus motivos, tal vez Melissa no viese con buenos ojos que regresara a esa hora de la mañana.

Su situación se complicaba todavía más a causa de todo lo que aún no se había dicho entre ellos, y Dominic tuvo la inquietante percepción de que ahora ¡ella sospecharía que su esposo era no sólo un mujeriego sino también un jugador compulsivo! Y no atenuaba el problema el hecho de que Dominic quisiera evitar que ella se enterase de lo que había sucedido esa noche, por lo menos hasta que él se hubiese reunido con Latimer y hubiera recibido efectivamente el dinero.

Dominic subió discretamente los peldaños que llevaban a la casa, con la esperanza de que la suerte le permitiera llegar a su propio cuarto antes de que nadie lo viese. Tenía la ingrata sensación de que era un hombre animado por un propósito perverso, y así abrió subrepticiamente la puerta principal y miró hacia adentro.

El vestíbulo estaba vacío, y aliviado Dominic cruzó el espacio que lo separaba de la escalera. Pero su alivio duró poco. Ya tenía un pie en el primer peldaño cuando el mayordomo salió súbitamente de la salita del desayuno, y se sobresaltó al ver al amo de la casa.

– ¡Amo Slade! – exclamó asombrado– . Ignoraba que usted se había levantado. Me asustó.

Sonriendo, Dominic trató de desentenderse del incidente. – Lo siento. En realidad, salí... a dar un paseo matutino.

Si el mayordomo consideró extraño que Dominic hubiera decidido usar las mismas ropas que se había puesto la velada de la víspera, en todo caso no formuló comentarios. Se limitó a asentir y dijo cortésmente: – Es una mañana excelente para pasear. ¿Le agradó su cabalgata?

– Oh, sí. Pero necesito mucho lavarme antes de ver a mi esposa – explicó sin necesidad Dominic, y comenzó a ascender deprisa la escalera, ansioso de llegar a la seguridad de su propio cuarto.

Por desgracia, Melissa se levantaba temprano, y Dominic habla llegado apenas a la mitad de la escalera cuando, vibrante y luminosa después de una noche de agradables sueños, ella apareció al final de la escalera. Habría sido imposible decir cuál de ellos se sorprendió más.

Con una sonrisa despreocupada y ahora un poco insegura, Melissa percibió de una ojeada el aspecto un tanto disipado de Dominic, y su mirada se posó en los débiles círculos morados bajo los ojos de su esposo, antes de descender a la corbata ladeada y los breeches arrugados. No tuvo dificultad para reconocer las prendas que él había usado al salir la noche anterior. Frunció levemente el entrecejo, y preguntó incrédula: – ¿No me dirás que acabas de llegar de la casa de Tom Norton?

Dominic sintió de pronto que la corbata lo asfixiaba, y lentamente ascendió los pocos peldaños que los separaban.

– Ah, en realidad así es – reconoció avergonzado. Una sonrisa renuente se insinuó en las comisuras de sus labios. – No había creído que nuestro encuentro sería así, pero si tú esperas nada más que unas pocas horas, confío en que comprobarás que mis razones para permanecer fuera de casa la noche entera son más que satisfactorias.

Fue un momento difícil para Melissa, y por varias razones. Permanecer fuera de casa toda la noche, sin duda jugando, no sugería que Dominic era un hombre de carácter firme, y ella se sintió más que un poco irritada por esta nueva demostración de la actitud desaprensiva de Dominic hacia ella. Ya hacía varias semanas que, apoyándose únicamente en la intuición, ella venía diciéndose que había equivocado el carácter de Dominic, que las actitudes de su esposo en relación con Deborah Bowden tenían cierta explicación lógica. Melissa había

Librodot

deseado desesperadamente creer que las cosas no eran lo que parecían, pero al ver el aspecto desaliñado de Dominic y el débil relente de brandy que llegaba hasta ella, comprendió agobiada que quizás había estado engañándose. No podían formularse tantas excusas para justificar el comportamiento de Dominic en su cama, y ahora, además de decirse ella misma que Dominic izo era el inescrupuloso mujeriego que parecía ser, también tenía que ignorar las desagradables sugerencias de los actos de su esposo durante la noche pasada.

Todo eso la obligaba a forzar demasiado su credulidad. Con excesiva frecuencia Melissa había visto a su padre regresar a su casa precisamente en ese estado, aunque su padre solía llegar borracho; de todos modos, sintió que se le oprimía el corazón. También había existido entonces una dolorosa realidad: a saber, que su padre había perdido enormes sumas de dinero en partidas 'amistosas" con los vecinos y con antiguos conocidos, y Melissa ahora se preguntaba deprimida si, después de ver impotente cómo su padre había despilfarrado una fortuna en el juego, su destino era ver a un marido que hacía lo mismo. Algo se rebeló en ella misma ante la idea, pero con voz neutra preguntó: – ¿Haces a menudo este tipo de cosas?

Los ojos de Dominic examinaron a Melissa, y con un sentimiento de tristeza él vio que su esposa se retraía, y que la expresión de los bellos ojos cobraba una fría objetividad. Había desaparecido la suave luz que le había infundido tantas esperanzas y tanto placer las últimas semanas. Como no deseaba que otro obstáculo saltara entre ellos, le aferró la mano y dijo con voz premiosa: – Juro que jamás volverá a suceder. Y debes creerme si te digo que generalmente no acostumbro permanecer fuera de casa toda la noche. Tenía que hacer algo... algo que espero aprobarás cuando te lo explique. – Los ojos grises pálidos e insistentes, Dominic atrajo el cuerpo rígido de Melissa. Con los labios sobre la mejilla de su esposa, dijo en voz baja:– Si insistes, te diré en este momento qué estuve haciendo, pero preferiría no entrar en explicaciones ahora mismo... por lo menos hasta que tenga pruebas tangibles de mis actividades en las últimas horas.

Melissa vaciló. Su corazón estaba dispuesto a conceder todo lo que él le pidiese, pero el sentido común le advertía que no debía dejarse seducir por el encanto de Dominic. Tal vez él simplemente necesitaba tiempo para amañar una excusa que ella considerase aceptable... o tal vez estaba diciendo la verdad.

Con evidente desconfianza en su tono, Melissa preguntó: – Si no me la ofrecerás ahora, ¿cuándo podrás revelarme esas explicaciones?

Dominic le dirigió una sonrisa afectuosa.

– ¿A las cuatro de esta tarde te parece bien?

Melissa asintió brevemente, segura de que su propio cerebro ya no funcionaba como era debido, pero ansiando desesperadamente que su ciega confianza en Dominic no estuviese mal fundada.

Dominic depositó un breve beso en la frente de Melissa, y dijo alegremente: – ¡Magnifico! Ponte uno de tus vestidos más bonitos, y reúnete conmigo junto a la hamaca esta tarde a las cuatro.

Sin saber muy bien si debía reír o gritar a causa de la frustración, Melissa lo vio desaparecer en su cuarto. Después, se encogió de hombros y comenzó a descender la escalera. Muy pronto ella sabría si era la esposa más confiada del mundo... ¡O la peor de las estúpidas!

Exactamente a las dos de la tarde Dominic llegó al único banco del pueblo. Las horas precedentes habían sido agradables; Dominic se había acostado y dormido profundamente, y había despertado a tiempo para saborear tranquilamente una comida en su cuarto, y para darse un refrescante baño antes de vestirse y dirigirse al pueblo. No lo sorprendió en lo más mínimo

comprobar que Royce y Zachary, que mostraban signos de que habían usado el tiempo más o menos del mismo modo, lo esperaban en el local del banco. Después de atar su caballo a un poste, Dominic dirigió alrededor una mirada irónica y preguntó: – Vinieron para asegurarse de que paga sus deudas, ¿verdad?

Royce se limitó a emitir un rezongo y replicó: – Y para asegurarnos de que no cometas ninguna tontería... por ejemplo, desafiarlo a duelo.

Dominic sonrió.

– Por extraño que parezca, compruebo que me complace más lastimarlo de este modo que de otro cualquiera que pudiese imaginar.

Royce se mostró escéptico pero no dijo más, y los tres entraron en el local. Fueron llevados inmediatamente al despacho del señor Smithfield. Latimer, que parecía fatigado y de un humor bastante sombrío, ya estaba allí, sentado en un sillón de cuero, cerca del gran escritorio de roble del señor Smithfield.

Este, con una expresión desaprobadora en los rasgos regordetes, señaló otros tres sillones de cuero de respaldo alto, análogos al que ocupaba Latimer. Aclarándose ruidosamente la voz, el señor Smithfield dijo: – El señor Latimer me explicó la situación, y me autorizó a pagarle esta tarde la mayor parte de lo que él le debe.

– ¿La mayor parte? – preguntó Dominic con un gesto cínico en los labios– . Según recuerdo, anoche jugamos por la cantidad total, no por la mayor parte.

Latimer endureció el cuerpo en el asiento, y un brillo perverso se manifestó en los fríos ojos azules.

– Salvo que mi hermana y yo quedemos sin un centavo – gruñó– , puedo pagarle ahora treinta y cinco mil dólares.

Dominic pareció desconcertado.

– Perdóneme – murmuró– , pero, ¿me equivoco al recordar que la deuda es por cincuenta mil dólares?

– ¡Maldición! ¡Sabe bien que no se equivoca! – dijo furioso Latimer, y todo el furor y la cólera que sentía ante la situación en que estaba de pronto emergió a la superficie. Sabía que era imperativo que no se deshonrase y trató de controlar su carácter. Mientras contenía los pensamientos asesinos que bullían en su cerebro, Latimer miró hostil a Dominic, odiándolo con todas las fibras de su ser. Finalmente, dijo con voz dura: – Mi intención es pagarle. – Deseoso de demostrar a los demás sus intenciones honorables, agregó mentirosamente:– No hago apuestas que no pueda afrontar, pero necesitaré un tiempo para reunir el resto. Había confiado en que usted seria un caballero en este asunto, y me concedería el tiempo suplementario.

Había una expresión engañosamente somnolienta en los ojos de Dominic.

– Ah, sí, un caballero. Seria muy poco caballeroso de mi parte despojarlo de todo,¿verdad? ¿Quitarle el techo sobre la cabeza? ¿Arrojarlo a la calle, lo mismo que a su hermosa hermana, con sólo lo puesto? Quien sabe, eso podría dejarlos a merced de cualquiera... y ustedes podrían verse obligados a hacer cosas realmente aborrecibles, repugnantes y degradantes. Un auténtico caballero jamás le crearía una situación tan peligrosa. – Dominic miró en los ojos a Latimer, con una expresión dura e implacable. Con voz muy suave, agregó:– No, sólo un canalla, un sinvergüenza de la peor especie podría hacer algo parecido.

La sospecha se acentuó en el cerebro de Latimer, y pareció que su cuerpo se preparaba para recibir el golpe, pero Dominic se volvió, y dijo con aire indiferente: – Por supuesto, puede disponer de más tiempo para pagar el resto de su deuda. A diferencia de otros, no soy un monstruo. ¿Cuánto tiempo necesita? ¿Una semana? ¿Quizá dos?

Latimer quizás había esperado que Dominic tuviese la generosidad de concederle más tiempo, pero pareció que esas esperanzas eran infundadas. Incluso si hubiese tenido la intención de pagar a Dominic la suma adeudada, lo que no era el caso, a menos que sucediese un milagro le sería imposible satisfacer las condiciones de Dominic en menos de seis meses.

Librodot

La mano de Latimer se cerró para formar un puño. Pensó colérico: Un día, el señor Slade pagaría esta humillación. Pagaría, y muy caro...

Apartando sus pensamientos de los diferentes métodos posibles para tomar venganza, Latimer consideró irritado su situación. Lo que necesitaba sobre todo ahora era tiempo; el episodio de la noche anterior prácticamente lo había paralizado, pero aún disponía de uno o dos recursos en su manga de jugador. Por una parte, estaba el joven Franklyn, y aunque ahora se vería obligado a desplumarlo por una suma mayor que la que había planeado inicialmente, esas ganancias recompondrían casi totalmente sus agotados fondos. Y además, estaba el barco que lo llevaría a Inglaterra poco después de principios de año. Si podía postergar el pago definitivo de la deuda por más meses, él y Deborah irían camino de Inglaterra, y estarían fuera del alcance de Dominic Slade – al menos por un tiempo– y Latimer estaría en condiciones de ver más tarde qué podía hacer si Slade aparecía en Londres para reclamar el pago. En Londres podía prepararse toda suerte de accidentes trágicos...

Latimer se encontraba en una situación sumamente delicada. Necesitaba mantener su reputación en la pequeña comunidad de Baton Rouge y deseaba ejecutar su plan, que era saquear la fortuna del joven Franklyn, pero no disponía de los fondos necesarios para pagar a Dominic. Para sus planes sería fatal que se difundiese la noticia de que hacía apuestas que no podía cubrir. Nadie querría jugar con él, y esa reputación sin duda lo acompañaría a Nueva Orleáns, dificultando o incluso impidiendo que atrajese a otras victimas como Franklyn. Latimer depositaba muchas esperanzas en Nueva Orleáns, y no deseaba poner en riesgo las oportunidades que esa disoluta ciudad ofrecía a una persona como él.

Conseguir que Dominic esperase era el problema más inmediato de Latimer. Si podía convencerlo de que aguardase, por ejemplo, hasta principios de año, es decir menos de tres meses después, tendría tiempo para apoderarse del dinero de Franklyn y dirigirse a Nueva Orleáns. Roxbury había prometido que le enviaría más dinero a esa ciudad, de modo que por mucho o poco que ganase a Franklyn, sus problemas monetarios más apremiantes estarían resueltos una vez que llegase a Nueva Orleáns. Pero Latimer no tenía intención de abandonar el país con poco más del dinero que Roxbury le había adelantado, incluso si una pequeña fortuna lo esperaba en Londres. Tampoco planeaba incursionar superficialmente en la fortuna de Franklyn, o pagar a Dominic un céntimo más que lo que fuese necesario.

Después de considerar varias ideas diferentes, de pronto Latimer sonrió apenas y murmuró: – Me temo que usted me encuentra en una situación muy embarazosa. – Ante la mirada astuta de Dominic, abrió las manos en un gesto de disculpa y dijo:– Como usted sabe, no tengo domicilio permanente en este país, y puesto que mi plan era viajar mucho durante mi estancia en Estados Unidos, antes de salir de Inglaterra arreglé diferentes depósitos distribuidos en los bancos de las ciudades que proyectaba visitar. Me pareció que era mejor que llevar conmigo elevadas sumas de dinero. Me temo que el resto de mi caudal ahora me espera en un banco de Nueva Orleáns. – Acomodándose mejor en su sillón, como si no tuviese la más mínima preocupación, agregó con un gesto indiferente:– Aunque mi visita aquí ha sido muy grata, me propongo partir para Nueva Orleáns en las próximas semanas, o cosa así, y para mí sería muy agradable que usted me permitiese pagar una vez que haya llegado a esa ciudad. Sus rasgos manifestaron a lo sumo un interés cortés, y Latimer agregó:– Por supuesto, a menos que eso no sea satisfactorio para usted. Si necesita enseguida el dinero, naturalmente escribiré al banco de Nueva Orleáns y me ocuparé de que envíen de inmediato los fondos necesarios.

Dominic no dudaba en lo más mínimo de que tan pronto Latimer llegase a Nueva Orleáns se esfumaría la esperanza de recibir el resto de la deuda. Nada sabía del barco que estaría esperando a Latimer en enero, pero conocía a su hombre, y casi como si hubiese estado leyendo los pensamientos más íntimos de Latimer, supo que el inglés encontraría el modo de evitar el pago de un centavo más que lo que ya había cedido. Durante un momento reflexionó, sin saber muy bien si debía reclamar el pago total, o dar un poco de soga a Latimer...

Después de llegar a la conclusión de que bien podía castigar un poco más a Latimer, Dominic dijo con voz lenta: – No me opongo a esperar el pago de mi dinero hasta que usted haya llegado a Nueva Orleáns. – Con una sonrisa en su cara bien formada, agregó suavemente:– Bien, qué coincidencia. Yo también me propongo ir a Nueva Orleáns durante las próximas semanas... podríamos decir que es una luna de miel tardía.

Latimer había comenzado a aflojarse, pero cuando supo que Dominic estaría en Nueva Orleáns sintió la tensión de sus propios nervios, la sensación de que era un ratón muy pequeño atrapado por las garras de un gato muy peligroso que poseía una fuerza abrumadora. Y su inquietud no se calmó en lo más mínimo cuando Zachary dijo asombrado: – ¡Lissa no me dijo una palabra acerca de este viaje a Nueva Orleáns!

Sin apartar un instante los ojos de la cara de Latimer, Dominic dijo con desenvoltura: – Acabo de pensarlo... será una sorpresa para ella.

Latimer entendió perfectamente, y con voz dura preguntó:

– Entonces, ¿de acuerdo? ¿Le pagaré en Nueva Orleáns?

Como ya estaba cansado del juego, Dominic se irguió en su sillón y dijo animoso: – Sí, por supuesto, pero sugiero que designemos una fecha de pago. No es sensato demorar estas cosas.

– Muy bien – replicó cortésmente Latimer.– ¿Digamos el primero de diciembre, en Nueva Orleáns?

– Espléndido – dijo alegremente Dominic.

Aunque hubiera deseado estrangularlo, Latimer dirigió una sonrisa falsa a Dominic y se puso de pie. Vaciló un momento antes de decir con aparente timidez: – Apreciaría que no se difundiese nada de lo que hemos conversado aquí esta tarde.

– Por supuesto. Sería muy poco caballeroso de nuestra parte comentar sus asuntos personales – aceptó seco Dominic.

El señor Smithfield se aclaró la voz.

– Señor Slade, ¿desea depositar estos fondos en su cuenta corriente?

Concluida su participación en el asunto, Latimer se disponía a salir cuando Dominic dijo: – Un momento, Latimer... ¿no desea saber adónde irá su dinero?

Casi incapaz de disimular la ira que sentía, Latimer se volvió bruscamente para mirar hostil a Dominic.

– Creo que mal puede importarme, ahora que el dinero ya no es mío.

Dominic le dirigió una sonrisa.

Escuche, y vea si no cambia de idea.

Sin apartar los ojos de la cara de Latimer, Dominic dijo con voz dura: – Señor Smithfield, deseo que abra una nueva cuenta, y deposite en ella todo el dinero recibido del señor Latimer. La cuenta estará exclusivamente a nombre de mi esposa... todo ese dinero le pertenecerá. En cierto modo, será un reembolso.

Cuando comprendió lo que Dominic decía, un músculo se agitó violentamente en la mejilla de Latimer, y los ojos azules ardientes de rabia, avanzó amenazador un paso.

– ¡Usted sabe! – dijo, y ahora era evidente todo el odio que sentía por Dominic.

Dominic sonrió como un tigre satisfecho.

– Exactamente – replicó con frialdad.

Incapaz de mantener siquiera fuese una apariencia de cortesía, Latimer rugió: – Slade, quizá ganó esta mano, pero llegará otro momento, y entonces, por Dios, ¡lo pagará!

Volviéndose, Latimer salió de la habitación, golpeando la puerta con enorme fuerza.

Hubo un momento de silencio; después, el señor Smithfield exclamó asombrado: – ¡Dios mío! Jamás habría creído que el señor Latimer se comportaría de ese modo. Siempre me pareció un caballero.

Ninguno de los tres hombres restantes formuló comentarios, y el señor Smithfield retornó de inmediato al asunto entre manos.

Librodot

– Si no tiene inconvenientes en esperar unos minutos, ordenaré que redacten todos los documentos.

Dominic inclinó cortésmente la cabeza, y poco después él y sus amigos se despidieron cordialmente del banquero. Los tres hombres hablaron poco mientras montaban sus caballos y comenzaban a salir del pueblo, pero apenas había quedado atrás la última casita de madera cuando Royce preguntó con voz áspera:

– ¿Quieres tener la bondad de decirme qué demonios significó todo esto? ¡Desde que llegaste a la casa de Norton, anoche, he tenido la más extraña sensación de asistir a una pieza de la cual se habían representado dos actos antes de mi llegada!

Dominic lo miró sonriente.

– Es un asunto privado. Compromete a una dama a quien profeso profundo afecto, y sería muy poco caballeroso de mi parte comentar el asunto contigo. – Los ojos grises brillantes de regocijo, agregó: – Baste decir que usé los naipes más que la espada para satisfacerme... una actitud que creo complacerá a la dama en cuestión.

Antes de que Royce pudiese formular el agrio comentario que brotaba de sus labios, Zachary explotó: – ¡Anoche escuchaste nuestra conversación!

Dominic asintió, y reconoció descaradamente: – ¡Exactamente! Pero conviene que reserves esa información; de hecho, más vale que olvides que hubo tal conversación.

Con un acento de sufrimiento muy evidente en la voz, Royce comentó: – ¿Nadie les dijo jamás que no es cortés discutir secretos en presencia de terceros? – Al ver las dos anchas sonrisas de los otros dos, Royce murmuró: – Oh, está bien, no me lo digan... ¡de todos modos, puedo imaginar la mayor parte! ¡Guarden sus condenados secretos!

Royce pareció tan ofendido que los otros dos se echaron a reír, y un momento después, un tanto avergonzado, Royce se les unió. Restablecido el buen humor entre ellos, pronto se despidieron y se separaron.

Después de llegar a la cabaña, Dominic dejó su caballo en el establo, y con la nueva libreta de cuentas bien guardada en el bolsillo del chaleco, avanzó ágilmente y ascendió los peldaños que llevaban a la galería. Después de advertir a los criados que él y Melissa no debían ser interrumpidos, fue a buscar a su esposa.

La hamaca, colgada entre dos jóvenes robles, estaba situada en un rincón tranquilo y sombreado, a cierta distancia detrás de la cabaña. Los robles revestidos de musgo, y las hayas y los olmos adornados con enredaderas, formaban la periferia del pequeño claro, donde estaba la hamaca baja. Una suave brisa traía el aroma de las flores de magnolia y los jazmines amarillos, mientras Dominic se acercaba en silencio a la hamaca pintada de azul brillante, y contemplaba a su ocupante.

Melissa estaba completamente dormida, y sobre su pecho descansaba un pequeño volumen encuadernado de sonetos de amor. Con una expresión tierna en la cara, Dominic contempló varios minutos los rasgos de la joven dormida, y finalmente comprobó complacido que ella había atendido el pedido de su esposo, y había decidido usar un vestido nuevo, una liviana prenda de tafetán de Florencia verde sauce, adornada con metros y más metros de delicado encaje color crudo. Una sonrisa de placer casi absurdo se dibujó en la cara de Dominic cuando sus ojos recorrieron las pestañas largas y oscuras, y la nariz pequeña y recta, y finalmente la boca suave y dulce y el mentón obstinado. Su esposa, pensó con una mezcla de asombro y profunda alegría. Su querida, preciosa, y valiente esposa.

Al mirar los rasgos serenos en el sueño, se preguntó cómo podía haber sospechado jamás que ella era sólo una mujerzuela intrigante y codiciosa, decidida a atrapar a un marido rico. La verdad era tan obvia, una vez que él desechaba su sentimiento de ofensa y su orgullo herido porque lo habían obligado a casarse, que Dominic se preguntó cómo era posible que hubiese tardado tanto en verla. Una sonrisa renuente se dibujó en sus labios. Reconoció ante sí mismo que su actitud había sido obstinación pura y ciega. Eso, y quizá resentimiento en vista del modo en que ella lo había conmovido desde el momento de conocerla. Dominic no había deseado enamorarse, nunca había pensado casarse, y sin embargo en el instante en que

Melissa entró en su vida algo muy profundo en su fuero íntimo había cambiado; pero él era tan obstinado que no quiso reconocer de qué se trataba. Nunca más sería así, se dijo en silencio. Ella se había convertido en la cosa que él apreciaba más en el mundo, y Dominic no haría nada que amena– zara el vínculo poderoso que existía entre ellos, pese a todos los tontos malentendidos y la absurda desconfianza.

Con un movimiento ágil, Dominic se arrodilló junto a la hamaca, los ojos grises ardientes y cálidos fijos en la cara de Melissa; pero el débil crujido del papel le recordó cuán cerca había estado de perder definitivamente la alegría de amarla, y ahora él frunció el entrecejo. Si ella no hubiese equivocado las habitaciones esa noche en la posada, el futuro de ambos podría haber sido muy diferente, y su vida habría carecido de sentido sin la presencia de Melissa. Casi podía agradecer a Latimer porque había contribuido a la unión de Dominic con Melissa. Casi. La cólera que había experimentado cuando se enteró de la pérfida propuesta de Latimer de pronto se encendió otra vez, y su expresión cobró un sesgo sombrío y severo. Inconscientemente los dedos de una mano se cerraron sobre los rizos que descansaban muy cerca de la mejilla de Melissa.

El gesto de Dominic fue doloroso para Melissa, que se agitó inquieta, y abrió los ojos, mirando alrededor. Al ver el rostro moreno y colérico de Dominic tan cerca del suyo, y todavía despierta sólo a medias, Melissa trató de apartarse, y casi simultáneamente contuvo una exclamación de temor.

Arrepentido de haberla asustado, Dominic soltó los cabe– líos de su esposa, y su expresión demostró su pesar.

– Perdóname. No quise asustarte.

Melissa lo miró cautelosa, pues aún no había decidido cómo debía tratarlo cuando al fin estuviesen solos. Aún estaba enojada y angustiada ante la actitud de Dominic, que sin la más mínima consideración por ella había dedicado toda la noche al juego, y sobre todo porque ella misma había pasado esa misma noche tejiendo sueños absurdamente románticos relacionados con él. Melissa había empleado las horas transcurridas desde el último encuentro vacilando entre la posibilidad de tratarlo con fría indiferencia y la idea de exigir furiosamente que él explicase por qué se comportaba de un modo tan vergonzoso. Un mujeriego ya era bastante grave; pero ¿era necesario que agregara el juego a todos sus pecados?

Melissa se decía que era una perfecta estúpida, pero incluso de mala gana se había vestido con mucho cuidado para ese encuentro vespertino, y había llegado antes de hora al lugar indicado. Era una tarde desusadamente cálida, y a pesar del desorden de sus pensamientos, y arrullada por el zumbido de las abejas, se había adormecido. Había tenido un sueño muy agradable, en que Dominic le juraba amor eterno, le rogaba que lo perdonase, ¡pero al despertar descubría que el objeto de sus sueños, en lugar de mirarla embobado, tenía en la cara una expresión realmente inamistosa!

Antes de que ella pudiese hablar, Dominic le sonrió, y su actitud cambió en un instante, y ahora se parecía satisfactoriamente al sueño de Melissa. Mientras pensaba que ella nunca le había parecido tan hermosa, con los cabellos enmarcándole atractiva– mente la cara, las mejillas sonrosadas a causa del sueño, Dominic murmuró: – ¿No esperaste mucho tiempo?

Su mirada recorrió acariciadora la cara de Melissa, y ella sintió que su corazón aceleraba los latidos. Sintiendo que estaba en evidente desventaja allí, acostada en la hamaca, Melissa comenzó a sentarse, pero Dominic se lo impidió amablemente.

– Quédate así – dijo en voz baja– . Formas un cuadro encantador, así como estás... lo único que podría mejorar tu estado sería que yo me acostara al lado.

Ella deseaba mostrarse irritada con él, o por lo menos distante y desdeñosa, pero al mirarlo, y ver los círculos oscuros bajo los ojos y las débiles líneas de fatiga que aún surcaban esa cara bien formada, algo se derritió en el interior de la joven. Odiándose ella misma porque era una mujer sin carácter cuando se trataba de Dominic, Melissa murmuró con menos energía de la que había pensado manifestar: – Si te quedaras en casa por la noche en lugar de merodear por aquí y allá...

– ¿Estás muy enojada conmigo, Lissa? – preguntó tranquilamente Dominic, y su mano buscó la de Melissa. Los dedos cálidos se cerraron alrededor de la mano de su esposa. – Tienes todo el derecho del mundo a sentirte contrariada, pero yo tenía que hacer algo, y me llevó mucho más tiempo de lo que había pensado. Como te dije esta mañana, no acostumbro permanecer afuera hasta altas horas de la noche. – Sonrió astutamente. – Hubo un tiempo, en mi juventud, cuando esa actitud era usual, pero ya no es así.

Como no deseaba que él saliera fácilmente del aprieto, pero al mismo tiempo no podía manifestar una furia sincera, Melissa se las arregló para decir indignada: – ¡Tienes un modo peculiar de demostrar tus nuevas costumbres!

– Es así, ¿verdad? – replicó Dominic con ecuanimidad. Introdujo la mano en el bolsillo del chaleco, y depositó la libretita sobre el busto de Melissa. Sonriéndole, murmuró: – Confío en que esto contribuirá a redimirme ante tus ojos.

Con evidente asombro, Melissa trató de sentarse, y la hamaca se balanceó violentamente hasta que Dominic la estabilizó. Sentada en una postura bastante incómoda en medio de la hamaca, con el entrecejo fruncido, miró fijamente la libreta. Al principio no le vio sentido; le pareció que era sencillamente la prueba de que se había abierto una cuenta exclusivamente a su nombre, depositando en ella la suma de treinta y cinco mil dólares. Como no tenía idea del origen del dinero, Melissa naturalmente supuso que pertenecía a Dominic, y que él intentaba calmarla regalándole esa suma.

Se sintió terriblemente insultada, y con los ojos color topacio reluciendo de furia miró hostil a Dominic y escupió: – ¿Cómo te atreves a tratarme así? ¿Crees que el dinero puede comprar todo lo que tú deseas? ¿Qué siempre que me trates de un modo imprudente y cruel te bastará ofrecerme un regalo y yo cerraré los ojos ante tu escandalosa conducta? ¡Cómo te atreves! – La voz le temblaba de cólera cuando dijo las últimas palabras, y con todo el aspecto de una amazona colérica, los cabellos rubios casi crepitando de rabia y los ojos dorados escupiendo fuego, arrojó la libreta bancaria a la cara de Dominic. – ¡Guarda tu maldito dinero! ¡Nunca quise tu dinero, asno estúpido!

Dominic comprendió instantáneamente dónde estaba el error, y con las manos le aferró los hombros. Cuando ella intentó desprenderse del apretón, Dominic acentuó la fuerza y la sacudió suavemente.

– Lissa, el dinero no es mío– dijo en voz baja– . Pertenece a Latimer. Pasé toda la noche ganándole a los naipes, en una actitud fría y premeditada... y lo hice por ti. Me pareció más sencillo que matarlo, y como te vi tan decidida a evitar que todos los varones llegásemos al campo del honor, era la única solución. Por eso estuve afuera la noche entera.

El asombro la paralizó.

– ¿Pertenece a Latimer? – repitió estúpidamente– . ¿Y por qué tú...? – De pronto entendió, y su cara sufrió un cambio casi ridículo; se le agrandaron los ojos y abrió la boca. Durante un momento contempló el rostro moreno y sonriente de Dominic, y casi no podía creer la luz cálida que ahora veía brillando en los ojos grises. – Oíste mi conversación con Zachary anoche – dijo al fin con voz pausada.

Dominic asintió.

– Sí, reconozco que escuché desvergonzadamente la conversación que ustedes mantenían, y aunque normalmente yo condenaría esa práctica, no puedo decir que sienta el más mínimo remordimiento a causa de mis actos. – Su voz descendió hasta convertirse en un murmullo grave e íntimo. – ¿Acaso hubiera podido saber por otra vía que mi esposa, de quien creía que me había arrastrado al matrimonio por los beneficios que esa unión podía aportarle, había sido la víctima inocente de un villano inescrupuloso? Así supe que estuviste en mi habitación esa noche sólo por casualidad. Que me hiciste esa ridícula propuesta de comprar a Locura en un desesperado intento de salvar tu hogar y tu honor. ¡Y que en vez de ser una pequeña arpía intrigante y codiciosa, en realidad eres una mujer valerosa, obstinada, virtuosa y díscola!

Con un súbito acceso de timidez, pero aún así ansiosa de que él continuase esa conversación tan interesante, Melissa clavó los ojos en la corbata pulcramente anudada de Dominic, y sus manos jugaron con las solapas de la chaqueta de su esposo mientras preguntaba cautelosa: – ¿Realmente creíste que me había casado contigo sólo por tu dinero?

– Hum – murmuró Dominic, mientras sus labios acariciaban los rizos que estaban cerca de la sien de Melissa– . Quizás al principio. – Sintió que ella endurecía levemente el cuerpo, y se apresuró a agregar:– Pero sólo por muy poco tiempo. – Y después agregó con voz más firme:– Pronto comprendí que, si bien te agradaban las ropas y los regalos que yo te traía, te hubieras sentido perfectamente satisfecha sin ellos. El asunto me desconcertó durante cierto tiempo. No podía entender por qué, si habías llegado a tales extremos para hacerme caer en las redes del matrimonio, no demostrabas ningún deseo de gozar de los frutos de tus esfuerzos.

Melissa le rodeó el cuello con los brazos.

– No me casé contigo por tu dinero – murmuro.

– Eso lo sé ahora... y si bien es lamentable que Josh usara a Zachary como un medio de obligarte a la unión conmigo, tampoco en eso puedo decir que experimento ni un átomo de remordimiento porque procedí así. – Mientras desgranaba suaves y breves besos sobre la línea del mentón de Melissa, murmuró:– Soy un individuo bastante criticable cuando se trata de ti.

Ella pensó oscuramente que Dominic no debía asumir toda la culpa por los malentendidos entre ambos, y al recordar ciertos incidentes que no la mostraban bajo una luz muy favorable, se apretó aún más contra el cuerpo de Dominic y confesó: – ¡Yo también estoy en falta! Hubo ocasiones en que me aproveché desvergonzadamente de ti. – Reconoció tímidamente:– No fue mi intención expulsarte tan cruelmente de mi lecho la noche de bodas. Lo lamenté terriblemente, pero estaba tan confundida y temía que...

Se interrumpió bruscamente, pues comprendió inquieta que había estado a un paso de declarar que ansiaba desesperadamente que él la amase. Aún no sentía confianza suficiente en relación con sus propios sentimientos para dar un paso tan audaz. Aunque era satisfactoriamente evidente que él alentaba sentimientos muy intensos acerca de Melissa, y de que al parecer ya no le importaba el hecho de que la hubiesen forzado a aceptar el casamiento, eso no significaba que Dominic la amara. Además, en el curso de esa deliciosa conversación, tampoco se había resuelto o siquiera mencionado el problema irritante y doloroso de la relación de Dominic con Deborah Bowden.

Puesto que Deborah Bowden era la última persona en el mundo que atraía la atención de Dominic, no relacionó con esa dama el súbito silencio de Melissa. Estaba demasiado absorto en las fascinantes revelaciones de Melissa para preguntar por nada que no fuera cuánto la adoraba; y completamente seducido por las palabras de su esposa, le costaba mucho esfuerzo abstenerse de abrazarla fuertemente y proclamar con fervor el amor que le profesaba. Pero sentía intensa curiosidad por saber lo que ella no había dicho, y así, depositando brevísimos y seductores besos en las comisuras de los labios de Melissa, la incitó: – ¿Temías que...?

Melissa se debatía en los brazos de Dominic, con su mejilla apoyada en la de su esposo, y Dominic estaba seguro de que su propio corazón había cesado de latir mientras esperaba casi sin aliento las palabras de la joven. Por desgracia, no fue la suave voz de Melissa la que rompió el silencio, sino los resonantes acentos de Josh, que entró en el claro y rugió: – ¡Ah, aquí están! Estuve buscándolos por toda la casa. Los criados dijeron que no debía interrumpirlos, pero yo sabía que ustedes no se opondrían a recibirme. ¡Sobre todo porque traigo tan buenas noticias!

Librodot

27

Sí, Dominic se oponía. A decir verdad, se oponía mucho. Conteniendo el impulso asesino de estrangular a Josh, apartó suavemente a Melissa, se puso de pie y se volvió. Forzándose a actuar con cortesía, preguntó con interés mucho menos de lo que habría podido demostrar en otra ocasión: – ¿Cuáles son las buenas noticias, Josh?

Los rasgos cordiales dibujando una expresión alegre, frotándose las manos con regocijo casi infantil, Josh dijo jubiloso:

– ¡Barcos, mi buen hombre! ¡Barcos! ¡A decir verdad, dos barcos! Mientras Dominic pareció confundido, Melissa se puso de pie y abandonó la hamaca, pues sabía exactamente a qué se refería su tío; y ahora le dirigió una sonrisa complacida.

– ¿Atravesaron el bloqueo? – Ante el gesto complacido de asentimiento que fue la respuesta de Josh, la joven corrió hacia su tío y le arrojó impulsivamente los brazos al cuello, sosteniendo siempre en la mano la libreta bancaria que Dominic le había devuelto. – ¡Oh, tío Josh! ¡Cuán feliz me siento por ti! Sé muy bien cuánto deseaste que sucediera eso.

– ¡No lo puedo negar, querida! – convino Josh con un gesto exuberante, asintiendo varias veces– . Esta tarde llegó la noticia de Nueva Orleáns. Mi representante dice que, puesto que el bloqueo británico impide que tantos barcos lleguen a puerto, ¡esas dos cargas significan una fortuna!

Sonriéndole con afecto, Melissa le palmeó el brazo.

– Ya te dije que no te preocupases, que si te mostrabas paciente se resolverían todos tus problemas. – Y aunque se sentía muy feliz por Josh, Melissa no podía olvidar que su tío había estado absolutamente decidido a recuperar el dinero del fideicomiso dejado por la boda... a costa de la propia Melissa. Ahora ya no le importaba el hecho de que Josh la hubiese obligado a desposar a Dominic; pero las noticias traídas por Josh en todo caso ilustraban claramente lo que ella siempre había sabido que, más tarde o más temprano él podría rehacer su fortuna, y si Melissa se hubiese casado con uno de los muchos pretendientes a los que él había apoyado sólo para resolver su crisis monetaria, en definitiva el sacrificio habría sido en vano. Era un pensamiento que incitaba a la reflexión, pero Melissa no se detuvo en ella. Estaba casada con el hombre a quien amaba, y si Josh habla urdido todo eso por razones equivocadas, en verdad ya no importaba. De todos modos, no pudo resistir la tentación de aguijonearlo un poco. Con un guiño en sus bellos ojos, murmuró: – Ya lo ves, ¡después de todo no necesitabas el dinero del fideicomiso! En vista de lo que ha sucedido, podría haber sacrificado innecesariamente mi felicidad.

Josh dirigió una mirada nerviosa a Dominic.

– Bien... querida, no necesitamos detenernos en eso precisamente ahora – dijo un poco encogido– . Sólo deseaba comunicarte la buena noticia e invitarlos a ambos a la fiesta que celebraremos pasado mañana por la noche. Deseo compartir la buena noticia con los vecinos.

Melissa contuvo una risita, y pensó que Josh era tan transparente como una ventana recién lavada. Josh podía afirmar que deseaba compartir la buena noticia con los vecinos, y eso era cierto; pero también ansiaba cacarear un poco y asegurarse de que todos supieran que Josh Manchester de nuevo disponía de abundantes recursos.

– Sally y yo pensamos que ofreceremos una cena, y después los caballeros podrían jugar a los naipes, ¡mientras las damas comentan la vida y milagros de todos los que no asistieron a la reunión! – dijo perversamente Josh– . ¿Vendrán ambos?

Con un gesto posesivo, Dominic pasó un brazo sobre los hombros de su esposa.

– Ciertamente – se apresuró a decir, y de pronto se sintió muy agradecido porque los barcos de Josh no habían logrado burlar el bloqueo en una fecha anterior. Si Josh no hubiese sentido la necesidad tan desesperada de fondos, quizá no se habría apresurado a promover el matrimonio de Melissa. Dominic extendió la mano y sorprendió a todos estrechando la de Josh con una satisfacción un tanto extraña.

– ¡Una espléndida noticia, señor! ¡Me siento muy feliz por usted!

Librodot

Un tanto desconcertado por el entusiasmo de Dominic, Josh dijo: – Bien, sí así están las cosas. Ahora, debo marcharme. Es necesario que vea a otras personas esta tarde.

Josh había comenzado a alejarse cuando Melissa decidió que aprovecharía la imprevista visita. Hacia mucho que deseaba hablarle acerca de las cosas que su tío había dicho antes a propósito de Dominic, y en vista de lo que había sucedido las últimas semanas, sobre todo en vista de los episodios de la noche anterior, ella no deseaba desperdiciar esta oportunidad.

– ¡Un momento, tío! – exclamó– . Quiero hablar contigo un momento

Dirigiendo una mirada insegura a Dominic, Melissa preguntó: – ¿No te opones? No tardaré mucho, pero necesito hablar a solas con mi tío.

Era evidente que Dominic se oponía, pero como la atmósfera de intimidad ya no existía, y parecía improbable que pudiera recrearla inmediatamente, asintió de mala gana.

– Por supuesto. Te veré en la casa en unos minutos más.

Cuando Josh y Melissa quedaron solos en el pequeño claro, el tío miró a su sobrina con cierta aprensión. Seguramente no lo criticaba por haber arreglado las cosas de tal modo que él pudiera echar mano de la parte de Sally en el fideicomiso. El no podía haber sabido que los dos barcos llegarían a puerto, ¿verdad?

Con un gesto obstinado murmuró: – Bien, Melissa, si quieres hablar de ese condenado fideicomiso, ¡no deseo tocar el tema! Hice lo que me pareció mejor, y las cosas funcionaron bien, ¿no es así?

– No se trata del fideicomiso – dijo Melissa sonriendo– . Se trata de Dominic.

– ¿Qué? – gruñó Josh, incómodo– . ¿Qué hay con él? Creo que es un hombre excelente. Un buen hombre. En realidad, mucho mejor que cualquiera de los otros individuos con quienes intenté casarte.

– En ese caso, ¿por qué – preguntó Melissa– me dijiste todas esas cosas terribles acerca de su persona?

Como hacía mucho que había olvidado su plan inicial, Josh se mostró muy ofendido.

– ¡Cosas terribles! – repitió con irritada incredulidad– . ¡Jamás dije una palabra despectiva acerca de Dominic! Caramba, apenas lo vi pensé que... – Lo que él había pensado y lo que había hecho durante esas primeras semanas de pronto reaparecieron en su cerebro, en la forma de una serie de recuerdos desagradables, y una expresión evidentemente culpable se dibujó en su cara.– Ah... bien... mira... – comenzó a decir, con un gesto de impotencia.

Las manos en jarras, un pie tamborileando ominosamente sobre el suelo, Melissa preguntó: – ¿Quieres decir que no recuerdas haberme advertido contra él? ¿No recuerdas haberme dicho que él era bastante aficionado a cierto tipo de mujer, y que era jugador? – La expresión de culpabilidad de Josh se acentuó, y Melissa se vio en graves dificultades para evitar la risa. El muy sinvergüenza en efecto había intentado lograr que ella pensara mal de Dominic. ¿Con la esperanza de que el fruto prohibido fuese más atractivo? Esforzándose por mantener su actitud en apariencia colérica, Melissa entrecerró los ojos.– Me parece recordar claramente que me dijiste que él no era el tipo de hombre con quien deseabas verme unida.

Acariciando nerviosamente el revés de su corbata, Josh masculló: – Bien... yo pensé... que como al parecer no te agradaban los pretendientes honestos... quizá... si yo lograba que Dominic pareciera... bien...

Melissa pensó, colmada de felicidad: ¡Josh le había mentido! ¡Dominic no era nada de lo que él había sugerido! Conteniendo el fuerte deseo de cubrir de besos complacidos los rasgos cada vez más inquietos de su tío, Melissa no pudo resistir la tentación de burlarse un poco más.

– ¡Me mentiste! – exclamó con acento horrorizado– . ¡Todos estos meses estuve pensando que me había casado con un mujeriego y jugador!

– ¡Ah, Lissa, no! – afirmó Josh con voz débil, sin duda muy conmovido por la respuesta de la joven– . Nunca quise que pensaras nada semejante. ¡Sólo ansiaba despertar tu interés por él!

Melissa inclinó la cabeza para disimular su mirada risueña.

Librodot

– ¡Tío! – gimió con tristeza– . ¿Cómo pudiste engañarme de ese modo? ¡Confiaba en ti! ¡Tus mentiras arruinaron mi matrimonio!

Por completo deprimido ante esta dramática revelación, Josh dijo: – ¡Oh, mi querida niña! Nunca fue mi intención provocarte ni un minuto de angustia. Hablaré inmediatamente con tu marido y le explicaré la situación. – De pronto comprendió que el caballero en cuestión quizá no reaccionara muy amablemente ante la noticia de que lo habían calumniado, y así Josh agregó con desaliento:– Sin duda me retará a duelo cuando sepa la verdad.

Josh miró inseguro a Melissa, mientras se devanaba los sesos pensando en las cosas que podía decirle para reconfortaría, pero algo en el modo en que ella evitaba mirarlo, algo en el modo de cubrirse la boca con la mano... La sospecha lo indujo a mirar con más atención, y extendió una mano y retiró la de Melissa de la boca de la joven.

– ¡Lissa, pequeña sinvergüenza! – declaró medio enojado, medio divertido cuando vio el regocijo en la cara de Melissa– . ¡Estuviste burlándote de mí!

Sonriéndole cálidamente, una escrupulosa sobrina reconoció francamente el hecho.

– ¡Es cierto! Pero creo que coincidirás en que merecías ese trato después de lo que me hiciste.

Un poco avergonzado, Josh asintió.

– No debí entrometerme de ese modo, pero – continuó con expresión esperanzada– debes reconocer que todo salió perfectamente.

En los rasgos de Melissa se dibujó una sonrisa muy suave y tierna.

– Quizá – dijo soñadoramente– . Quizá, después de todo, así es.

Después de despedirse afectuosamente de su tío, Melissa caminó lentamente hacia la casa, y con cada paso que daba se intensificaba en ella el sentimiento de gozosa alegría. Dominic no le había dicho que la amaba, pero sus actitudes eran ciertamente las de un hombre enamorado. De no haber sido así, ¿por qué había buscado a Latimer y no sólo recuperado lo que el inglés había recibido de ella, sino agregado también una considerable ganancia? Contempló gozosa la libreta bancaria que sostenía en la mano. Dominic era su esposo, y no necesitaba depositar el dinero en una cuenta personal a nombre de Melissa, y sin embargo era lo que había hecho. Seguramente eso sugería algo más que mera generosidad. Pensó fervientemente: ¡Oh, Dios mío, no permitas que me equivoque. Se había sentido un poco insultada cuando supo que Dominic había creído que ella se había casado con él por su dinero, pero al rememorar los hechos que habían conducido a ese matrimonio, Melissa reconocía que sus actos permitían esa interpretación ingrata. Dominic prácticamente no la conocía, y, en vista de las circunstancias, hubiera sido extraño que no la hubiese juzgado una mujer mercenaria; ésa fue la conclusión definitiva de Melissa. Un brillo cálido apareció en los ojos color topacio. Incluso creyendo que ella era una intrigante codiciosa, la había tratado bien, y se había mostrado halagadoramente generoso. Al pensar en todos los regalos que él le había dado – la cabaña, las hermosas prendas y los costosos adornos femeninos que colmaban su guardarropa y su tocador– , Melissa de pronto se sintió avergonzada del modo aparentemente caprichoso con que lo había tratado en más ocasiones que las que ahora deseaba recordar.

Mientras ascendía los peldaños de la casa, concibió un pensamiento inquietante, y sus ojos ya no brillaron con la misma alegría. Aunque ahora él sabía que Melissa no le había tendido una trampa, y que por casualidad ella estaba en su cuarto de la taberna esa noche, y que el tío Josh la había obligado a contraer matrimonio, de todos modos Dominic se había visto forzado a contraer un matrimonio que él no deseaba – el propio Dominic se lo había dicho. Un escalofrío le recorrió la columna. Quizás él no era más que un hombre de carácter noble que estaba decidido a poner al mal tiempo buena cara.

El primer impulso de alegría comenzaba a debilitarse, y ahora que la duda empezaba a insinuarse lentamente en sus pensamientos tan felices, Melissa entró en la casa y fue en busca de su marido. Lo encontró en el salón, repasando distraídamente las páginas de un diario.

Librodot

Habían estado al borde de un momento muy valioso cuando Josh los interrumpió, y aunque nada impedía que reanudaran la escena donde la habían dejado, era muy difícil reproducir la atmósfera que había prevalecido tan poco tiempo antes. Sin que existiera un motivo racional, de pronto se manifestaba una extraña contención entre ellos, y cada uno deseaba continuar esa conversación muy interesante, pero ninguno sabía muy bien cómo empezar.

Cuando Melissa se detuvo vacilante en el umbral, Dominic le sonrió, se puso de pie y se acercó a ella.

– ¿Tú tío se marchó?

– Sí. Me pidió que te saludara – replicó Melissa. Sus dedos se cerraron inconscientemente sobre la libreta bancaria, y

con un leve sonrojo cruzó la habitación y se detuvo frente a

Dominic.

– Deseo agradecerte lo que hiciste... y disculparme porque juzgué mal tus motivos – dijo Melissa con expresión sincera.

Los dos se miraron sin hablar, y la dulzura y la promesa del encuentro anterior de pronto los envolvió.

El rostro moreno muy serio, Dominic apoyó las manos sobre los hombros de Melissa, y la atrajo suavemente hacia él.

– Lo que deseo no es tu gratitud ni tus disculpas – murmuró con voz grave.

Casi sin aliento, sintiendo un estremecimiento de renovada esperanza que le recorría el cuerpo, Melissa se acercó aun más.

Con voz que apenas era más que un murmullo, preguntó: – Si no quieres mi gratitud o mis disculpas, ¿qué quieres de mí?

Absortos uno del otro, no oyeron el ruido de pasos que cruzaron la galería, pero los golpes súbitos y resonantes en la puerta principal provocaron un sobresalto en Melissa, y por su parte Dominic maldijo con vehemencia por lo bajo.

Con una expresión amenazadora en los ojos grises, apartó a Melissa y rezongó: – Si es de nuevo tu condenado tío, prometo que...

Pasó al vestíbulo, extendió la mano hacia la puerta y la abrió irritado. Su gesto poco acogedor no cambió en lo más mínimo cuando vio a Royce del lado opuesto de la puerta.

– ¿Qué demonios quieres tú? ¡Estoy comenzando a pensar que los condenados Manchester están evitando intencionalmente que descubra mi armonía conyugal!

– De modo que llego en un momento inoportuno, ¿no es así?

– preguntó interesado Royce, al parecer indiferente a la expresión sombría de Dominic a su saludo inamistoso. Sin hacer caso de la actitud decididamente hostil del dueño de casa, Royce sonrió apenas y dijo:– No tienes que descargar tu furia sobre mi cabeza, sino sobre la del amigo de tu hermano, Jason Savage – es la razón que me trajo aquí.

– ¿Jason? – repitió sobriamente Dominic– . ¿Cuándo supiste de él?

– Si me invitas a pasar – dijo amablemente Royce– de buena gana te lo diré.

Dominic lo invitó con escaso calor, mientras se preguntaba irritado por qué había envidiado jamás a Morgan su amistad con Jason, o cuál era la razón que lo llevaba a pensar que podía ser interesante participar en algunas aventuras cuyo relato había escuchado durante años de labios de Morgan y Jason. ¡Por el momento, si jamás él hubiera escuchado el nombre de Jason, se sentiría perfectamente feliz!

Consciente de que Royce no hubiera llegado si el asunto no fuese importante, y con el inquieto presentimiento de que pasaría un tiempo antes de que pudiese recrear la mágica atmósfera de su diálogo con Melissa, Dominic se resignó de mala gana a aceptar el presente. Deteniéndose en el umbral del salón, asomó la cabeza y dijo a Melissa: – Ha llegado Royce, y desea hablar conmigo. Ignoro cuánto tiempo permaneceré con él.

Melissa asintió, pues había identificado la voz de su primo. Se acercó a Dominic, los ojos brillantes de promesa, le sonrió tranquilizadora y acariciándole suavemente la mejilla con

la mano, murmuró:– Habla con él. Tendremos tiempo de conversar esta noche... cuando estemos solos.

Ante la sugerencia que había tanto en la voz como en la expresión de Melissa, Dominic se sintió abrumado por un irresistible sentimiento de amor a Melissa, y sin hacer caso de la presencia inquisitiva de Royce, que se había acercado, los ojos oscurecidos por la emoción, atrajo hacia él a Melissa y la besó con pasión. Cuando apartó los labios de su boca, murmuró: – Créeme, esperaré con mucha impaciencia que al fin estemos completamente solos.

Y después, besando a Melissa allí, de pie, con una expresión deslumbrada en su hermosa cara, Dominic se volvió y se alejó con Royce. Con los dedos sobre los labios que Dominic había besado, ella miró la entrada vacía, deseosa de que Dominic apareciera, de que continuara besándola con la misma y seductora ferocidad. Al pensar en la tierna promesa de la noche, experimentó un espasmo de expectativa en todo su cuerpo. Envuelta en una bruma rosada, prácticamente salió flotando del salón y subió la escalera que conducía a su cuarto.

Ninguna nube rosada envolvió los pensamientos de Dominic mientras conducía a Royce al minúsculo estudio que estaba al fondo de la casa. Después de instalarse en uno de los tres sillones del estudio, rezongó: – Y bien, ¿qué te trajo con tanta prisa? ¡Había supuesto que después de la noche que pasamos en vela habías encontrado mejor modo de utilizar tu tarde que venir a molestarme!

– Pero tú sabes cuánto me complace molestarte – replicó serenamente Royce– . Y por supuesto, ambos sabemos que empleo todo mi tiempo pensando modos de fastidiar a mis amigos.

Dominic emitió una risa que expresaba escasa alegría, y ahora dijo muy cortésmente: – Oh, termina de una vez, y dime lo que Jason quiere ahora.

Royce extrajo un sobre del bolsillo de su chaqueta, y lo entregó a Dominic, mientras decía: – Creo que sé lo que contiene la carta de Jason. Además de ésta, había otra esperándome cuando regresé del pueblo esta misma tarde. Sospecho que tu carta incluye la misma información que aparece en la mía.

Así era. La carta era breve, pero la información importante.

Dominic:

Un espía británico, un individuo llamado Anthony Davis, fue capturado aquí, en Nueva Orleáns. Al principio se resistió a hablar, pero después de un rato con algunos caballeros persuasivos que yo conozco, se convenció de que era mejor contestar a las preguntas. Según nos dijo, Roxbury le envió aquí, y debía reunirse con Julius Latimer el cinco de diciembre. Al parecer, durante sus viajes Latimer estuvo preparando una lista de diferentes nombres que se inclinarían a hablar con nuestro espía. ¡Necesito esos nombres! Pero es necesario que los consigas sin llamar la atención de Latimer. No hagas nada tú mismo

– estaremos esperándolo cuando llegue a Nueva Orleáns. Entretanto, encuentra esa lista y cópiala. Tú o Royce tienen que traer la copia aquí, a Nueva Orleáns, y cuánto antes.

Parecería que acertaste – Latimer no es nuestro espía. La misión que Roxbury le encomendó fue simplemente observar y elegir a los hombres que a su juicio tenían más probabilidades de traicionar. Armado con la lista de esos nombres, nuestro espía haría el resto.

A la luz de lo que hemos descubierto, una vez que te hayas apoderado de la lista de Latimer, puedes suspender tu actitud amable con la bella Deborah. ¡Estoy seguro de que eso te agradará!

Envío esta carta a la dirección de Royce, pues no estoy seguro de que aún residas en Baton Rouge, o hayas partido para Mil Robles. Escribí a Royce una carta que repite casi exactamente ésta. Abrigo la esperanza de que tú y él podrán actuar deprisa, y que no tropezarán con dificultades para descubrir esa lista de nombres.

Mis mejores saludos a ti y a tu esposa.

Jason

En silencio, Dominic entregó la carta a Royce, y éste examinó rápidamente el contenido.

– Hum, aquí no hay nada diferente de lo que ya leí – dijo Royce una vez que terminó.

Dominic permaneció en silencio largo rato; después, pasándose la mano sobre la cara, con un gesto de fatiga, dijo: – Imagino que el primer lugar para buscar esa lista está en las posesiones personales de Latimer. No digo que me complace investigar sus cosas, pero para aliviar mi propia ira y satisfacer el pedido de Jason, cuanto antes lo hagamos mejor.

– Coincido – dijo Royce, mientras se acomodaba mejor en el sillón que ocupaba, frente a Dominic.– Gracias a mi relación lamentablemente estrecha con él, sé que Latimer y su hermana cenarán esta noche con los Richardson, en Rose Mount. Será bastante tarde cuando ellos vuelvan a su casa. Richardson es un jugador entusiasta, pero de escasa suerte, y después de lo que sucedió anoche estoy seguro de que Latimer intentará recuperar parte de sus pérdidas.

Dominic echó hacia atrás la cabeza y miró sobriamente el techo, y sus gratas visiones en las que aparecía reviviendo esos momentos inquietantes con su esposa se esfumaron. De mala gana murmuró: – ¡Tendría que ser esta noche! – Como aún no deseaba renunciar a toda esperanza, miró a Royce.

– Imagino que no podremos hacerlo mañana por la noche. Aunque en realidad, un día o dos no cambiarían mucho las cosas.

– ¿Y si esta noche no hallamos la lista? Podemos suponer que nos llevara varios días descubrir dónde la ocultó. Además – agregó Royce en un tono razonable– quizá decida permanecer en su casa mañana por la noche, y la noche del viernes es la pequeña celebración de mi padre, y ambos debemos concurrir. Si vamos esta noche y tenemos suerte, podré partir para Nueva Orleáns el sábado por la mañana.

Dominic le dirigió una mirada irónica y rezongó: – ¿No pretenderás que yo me encargue de entregar la lista a Jason?

– ¡Oh, no! – contestó Royce con una expresión angelical en la cara– . Estás recién casado y tu tiempo es demasiado valioso para perderlo viajando río abajo en dirección a esa perversa ciudad.

– Deseas un poco de agitación y algunos vicios nuevos, ¿verdad? – preguntó Dominic con una sonrisa.

Los dos hombres comenzaron a considerar seriamente la desagradable tarea que los esperaba. Como ya eran las seis pasadas, Dominic invitó a Royce a cenar. La comida que siguió no fue desagradable, y Melissa cumplió admirablemente sus obligaciones de anfitriona; por su parte, Dominic fue un anfitrión cordial, y Royce actuó en el carácter de un invitado cortés. Pero no puede afirmarse que fuera la comida más grata que los tres habían compartido nunca – sobre todo porque dos miembros del terceto ansiaban violentamente la desaparición del tercero. Una vez concluida la comida, Melissa dejó a los caballeros bebiendo el oporto y fumando cigarros, y entró en el salón, y sus pensamientos cálidos y rosados se demoraron gratamente en la noche que sin duda seguiría a la partida de Royce. Pero después que los caballeros terminaron deprisa la copa de licor, y se reunieron con ella, Melissa recibió la noticia muy desagradable de que Dominic saldría... de nuevo. Melissa miró a su esposo con desconcertada incredulidad, y repitió vacilante: – ¿Te marchas? ¿Te marchas esta noche con Royce? Pero yo creí que...

Royce contempló la expresión de infelicidad en la cara de Melissa, y después en la de Dominic, y juzgando en un instante la situación dijo: – Creo que saldré a fumar un cigarro. Dominic, reúnete conmigo cuando estés preparado para partir.

Librodot

Los otros dos apenas tomaron nota de la salida de Royce. Dominic se acercó prontamente adonde estaba sentada Melissa. Sosteniéndole con fuerza las manos, la obligó a ponerse de pie, y con una mirada que rogaba comprensión dijo: – Melissa, ¡debo acompañarlo! Pero te juro que ésta será la última vez que te dejo así.

Amargada y desconfiada, sus sueños destruidos, ella lo miró inmutable.

– Me parece que antes ya representamos esta escena. Siempre hay un lugar adonde debes ir, o un incidente que, como tu chocante comportamiento con lady Bowden, yo debo ignorar. – Con los ojos colmados de dolor y cólera, explotó:– Bien, esta situación contraria mi carácter, e hice todo lo posible por ser una esposa su– misa y comprensiva, pero me temo que has puesto a prueba mi paciencia por última vez. Vete esta noche, silo deseas, ¡pero no pretendas verme aquí cuando resuelvas volver a casa!

La cara de Dominic palideció, y él dijo con voz tensa: – ¡No seas tonta! Quiero estar aquí contigo más que nada en el mundo, pero hay una circunstancia apremiante que exige mi atención inmediata... ¡y no me agrada más que a ti!

Con los ojos echando chispas, Melissa dijo celosa: – ¿Supongo que lady Bowden? ¿Ha sufrido otra crisis que exige tu presencia inmediata?

Completamente seducido por esta satisfactoria manifestación de celos, Dominic sonrió y sus dientes resplandecieron muy blancos sobre el fondo de la cara morena.

– No, mi querida dama de ojos color topacio. ¡No se trata de lady Bowden! ¡NO hay izada que ella pueda decir o hacer que me aparte de tu lado!

Melissa lo miró con suspicacia, y una parte de su persona deseaba intensamente creerle, y otra parte desbordaba desconfianza. Era inevitable que las palabras de Dominic la satisficieran, pero ella no estaba dispuesta a permitir que las cosas terminasen allí.

– Si no se trata de lady Bowden, ¿quién o qué es tan importante? – preguntó con aspereza.

Dominic vaciló. Al principio, Dominic se había resistido a revelar a Melissa el pedido de Jason, porque en realidad no conocía a su esposa, y no estaba seguro de que pudiese confiar en ella. Ahora pensó con bastante convicción que el amor que sentía por ella en verdad era una cosa mezquina si no incluía cierto grado de confianza. Al rehusar, por las razones que fuere, una explicación acerca de lo que había hecho durante los últimos meses y del motivo que lo llevaba a salir con Royce esa noche, estaba insultando la inteligencia de Melissa y menoscabando el amor que sentía por ella. Comprendió que el amor era un sentimiento poderoso que podía soportar golpes increíbles, pero que sin confianza no crecía ni perduraba; en cambio, el áureo futuro que imaginaba para ambos bien podía convertirse en polvo. Muy consciente de que había llegado de un modo imprevisto a una encrucijada fundamental en la relación con su esposa, Dominic no vaciló más. Casi aliviado, con palabras francas y breves le explicó la sospecha que había en relación con Latimer, y las razones que explicaban la actitud en apariencia indulgente de Dominic con Deborah.

Por extraño que pareciera, Melissa creyó todo lo que él le dijo. El relato de Dominic explicaba muchas de sus actitudes en apariencia contradictorias. Y quizá por la sencilla razón de que lo amaba y deseaba creer, le creyó. Los ojos de Melissa miraban fijamente a Dominic, y su boca se abrió y cerró varias veces cuando comenzó a percibir las consecuencias de las palabras de su esposo. Era muy satisfactorio saber que, lejos de sentirse seducido por lady Bowden, Dominic sólo había tolerado las exigencias de la otra mujer para enterarse de las actividades de Latimer. ¡También era muy fascinante descubrir que además de ser un canalla hecho y derecho, Latimer se dedicaba al espionaje! Melissa tenía una actitud tan patriótica como otra persona cualquiera, pero cabe señalar que la parte de la conversación que la atrajo más fue la explicación que ofreció Dominic acerca de su aparente interés por

la otra mujer. Desechando por el momento el papel de Latimer en el embrollo, ella elevó hacia Dominic los ojos brillantes y preguntó: – ¿De modo que parecías hipnotizado por ella sólo porque querías descubrir lo que esa mujer sabia de los objetivos de Latimer?

Con una expresión risueña en los ojos grises, Dominic asintió: – ¿Puedes creer realmente que, teniéndote por esposa, yo podía soportar de buena gana su compañía más tiempo que lo indispensable?

Melissa bajó los ojos, y atacada por la timidez que la dominaba en los momentos más inoportunos, murmuró: – En realidad, no querías casarte conmigo... Josh te obligó.

– ¡Oh, Lissa, qué tonta eres! – dijo Dominic, medio con impaciencia y medio riendo.– La situación que Josh descubrió era lamentable, pero nadie podía haberme obligado a casarme contigo. Si yo no hubiese deseado dar ese paso. El incidente en mi cuarto de la posada fue inquietante y lamentable, pero del mismo no derivaron perjuicios irreparables. Si yo me hubiese mantenido firme, Josh no hubiese tenido más remedio que obligarte a salir por la escalera del fondo; y él a lo sumo habría tenido que consolarse pensando que yo era el peor tipo de canalla. Yo no me habría sentido feliz ni complacido con esa reputación, pero, ¡ni todo el poder del mundo habría podido obligarme a aceptar la unión contigo si yo no la deseaba!

Sintiendo que el corazón le latía desordenadamente en el pecho, Melissa contempló los rasgos delgados y firmes de la cara de Dominic.

– ¿Deseabas casarte conmigo? – preguntó casi sin aliento.

La sinceridad determinó las siguientes palabras de Dominic: – Ignoro si precisamente deseaba casarme contigo. Al principio sólo sabía que deseaba abrazarte y acostarme contigo, y que la idea de ser tu esposo de ningún modo me parecía objetable. – Sonrió torcidamente.– Sólo con el correr del tiempo llegué a entender que te deseaba desesperadamente y te necesitaba, y que cuales– quiera fuesen las razones que explicaban nuestro apresurado matrimonio, no podía concebir la vida sin ti.

Melissa confesó recatadamente: – A mí tampoco me desagradaba la idea de casarme contigo.

– ¿No te desagradaba? – preguntó Dominic con acento de burla, y una gruesa ceja se elevó en la frente– . ¿Eso es todo lo que puedes decir cuando acabo de poner mi corazón a tus pies?

Con los ojos muy grandes, y una expresión de duda, ella preguntó: – ¿Realmente has puesto tu corazón a mis pies?

Atento al hecho de que Royce esperaba, sin duda cada vez más inquieto, Dominic exclamó casi desesperado: – ¡Dios mío, Lissa! ¡Te adoro! ¡Tienes que comprenderlo así! ¿Acaso tenía otro motivo para comprarte a Locura por ese precio absolutamente ridículo? ¿Acaso existía otra razón para regalarte esta cabaña y los terrenos, y los vestidos y las joyas y todo lo que tengo, si no era porque estaba loco por ti, y deseaba que tuvieras todo lo que querías?

Sonriéndole soñadora, Melissa acercó a la suya la cara de su esposo.

– Yo nunca quise nada – murmuró seductoramente casi sobre los labios de Dominic– , excepto tú.

La reacción de Dominic fue rápida y muy satisfactoria para ambos. Encerró fieramente a Melissa en sus brazos, y su boca buscó y encontró hambrienta la de su esposa. Con ardiente entusiasmo Melissa retribuyó el poderoso abrazo, y su cuerpo se arqueó seductoramente contra el de Dominic, mientras la lengua del hombre penetraba codiciosa en los tibios rincones de la boca de la dama. Estrechamente abrazados, se balancearon en un abrazo apasionado, y los sentimientos que ambos habían tratado de disimular y controlar de pronto surgieron violentos.

Con la sangre latiéndole en el cerebro, los brazos aprisionando el cuerpo cálido y aquiescente de Melissa, Dominic olvidó todo lo que no fuera la dulzura de poseer a su esposa. La besó con apremio cada vez mayor, y el deseo de perderse en la sedosa tibieza que como él bien sabía lo esperaba, lo apremió implacable, mientras sus brazos descendían y sus manos encerraban las nalgas de Melissa, y él presionaba más y más cerca su virilidad inflamada y dolorida. La había deseado antes, pero nunca de este modo, nunca había llegado a entender

Librodot

cabalmente que el amor era lo que lo impulsaba, un amor que convertía el ansia y la necesidad en algo tan tierno y embriagador.

Hundiéndose en la dulce tibieza de los besos de Dominic, su cuerpo en llamas al sentir de nuevo el contacto del hombre, Melissa se sintió irrefrenablemente dominada por el mismo torbellino elemental de sentimientos, y su cuerpo se arqueó frenéticamente contra el de Dominic, y sus manos acariciaron febrilmente la ancha espalda de su esposo, mientras los besos que éste le ofrecía eran cada vez más ásperos y apasionados. Melissa sentía los pechos llenos y pesados, y el cuerpo laxo a causa del deseo, y la presión que la carne premiosa y rígida de Dominic ejercía frotándose contra ella, era sugestiva y excitante.

Pero el sonido de la voz de Royce los devolvió instantánea–

mente a la conciencia del lugar en que estaban. – Ejem – dijo cortésmente Royce desde la puerta– . Lamento mucho interrumpir, pero mi viejo amigo, tenemos una cita.

Melissa se desplomó contra el cuerpo de Dominic, y los pensamientos referidos a su primo de ningún modo fueron amables. Los de Dominic fueron quizás incluso menos bondadosos que los de Melissa, mientras sus labios se hundían en los suaves rizos de Melissa.

– Royce, recuérdame que debo visitarte cuando todo esto termine. ¡Con mucho gusto te perforaré la cabeza!.

– Lo que tú digas – replicó Royce imperturbable. Con una leve sonrisa en la boca bien formada, agregó– : ¿Entiendo que tú y Melissa ya resolvieron sus diferencias?

Apartando decidido a Melissa, Dominic sonrió a la joven y murmuró: – Sí, creo que puedes afirmar eso sin equivocarte... ¡pero no ha sido porque tú nos ayudaras!

– Bien, tú sabes que mi norma es abstenerme siempre de intervenir en los asuntos domésticos – bromeó Royce.

Melissa y Dominic le dirigieron una mirada que decía más que un libro, y Royce, que intuyó que no sería rival para esos dos, se encogió de hombros.

– Esperaré afuera.

Dominic esbozó una mueca y se volvió hacia Melissa después que Royce desapareció.

– Me desagrada muchísimo dejarte esta noche, y sobre todo ahora, pero... – murmuró.

Melissa suspiró.

– Cuanto antes encuentren esa lista, antes podremos apartar a Latimer y... a su hermana de nuestra vida. – Con profundo sentimiento agregó:– ¡Y ansío que sea a la brevedad posible!

Dominic la abrazó riendo.

– Querida, nunca tuviste nada que temer por ese lado. Me irritó cada minuto que tuve que pasar en presencia de Deborah, ¡y sobre todo porque me alejaba de ti!

Inmensamente reconfortada porque ahora conocía la verdadera situación, Melissa frotó la mejilla contra la de Dominic.

– Oh, sí, espero que no estaré soñando, y que de veras estás diciendo esas cosas maravillosas.

Dominic sonrió, y depositando un beso sobre los cabellos de Melissa, prometió: – No es un sueño, y después podré decirte muchas cosas placenteras; pero es cierto que ahora debo marcharme.

Ella lo miró y preguntó ansiosa: – ¿Tendrás cuidado? ¿No hay verdadero peligro?

Dominic meneó confiadamente la cabeza. – No. Latimer no está en la casa y Royce me acompañará. Si todo sale bien, volveré en pocas horas... y confío en que lo haré trayendo esa lista de nombres. – Acercó a Melissa, besó apasionadamente los labios ansiosos, y después, apartándola dijo con voz ronca:– Y ahora debo irme, porque de lo contrario entrará Royce y de nuevo nos interrumpirá.

Un momento después, con una suave calidez en la región del corazón, y sólo una leve aprensión, Melissa se despidió de los dos hombres. No continuó mirando hasta que desaparecieron, porque por superstición temía que eso les acarreara mala suerte. Se volvió con gesto decidido, y con una semisonrisa en los labios y una expresión soñadora en la cara entró en la casa.

28

Dominic no tenía mala suerte, pero ciertamente podía haber deseado que la oportunidad de inspeccionar las habitaciones de Latimer hubiese llegado en un momento menos incómodo... y eso, pensó irónicamente, era decirlo con muchísima discreción. De todos modos, se trataba de una tarea inevitable, y con un gesto decidido apartó su pensamiento de la persona de Melissa y concentró la atención en lo que tenía que hacer.

No les llevó más de una hora llegar a la casa que Latimer había alquilado en las afueras del pueblo, y como la noche había caído casi dos horas antes, pudieron ocultar su presencia mediante el simple recurso de permanecer en el bosque desordenado y virgen que rodeaba la casa y los terrenos. Desmontando de los caballos, ataron los animales a algunas sólidas ramas de roble, y después se volvieron para examinar la vivienda.

La casa no era muy espaciosa, pero tenía dos plantas, y como solía suceder con las viviendas de Luisiana, el piso bajo estaba completamente rodeado por una ancha galería. La cocina se encontraba a poca distancia de la casa principal y más lejos, como sabía Royce, se hallaban los establos y las habitaciones de los criados. A juzgar por el débil resplandor de una vela en uno o dos cuartos de la casa principal, era evidente que alguien continuaba levantado; faltaba ver si se trataba de Latimer y Deborah o de un criado que ejecutaba sus tareas.

Eran poco más de las nueve, y como había luna llena, la luz plateada perfilaba claramente la casa y los terrenos. Apoyado en el tronco de una alta haya, Dominic dijo en voz baja: – Ojalá hubiese un poco menos de luna, pero confiemos en que no haya nadie que nos vea. – Con un gesto dirigido a la casa, preguntó:– ¿Que te parecen esas luces... un cambio de planes o son los criados?

Royce se frotó pensativamente el mentón con las manos.

– No lo sé. Imagino que tendremos que ir al establo para comprobar qué caballos faltan.

Necesitaron unos pocos momentos para llegar al establo, y después de deslizarse frente al peón dormido, Royce examinó rápidamente el lugar en la semipenumbra, y pudo decir con voz pausada: – El calesín y un par de caballos faltan, de modo que supongo que Latimer y su hermana se atuvieron al plan original. Los que se mueven en la casa seguramente son los criados.

Regresaron cautelosamente al lugar donde habían dejado los caballos, y se instalaron a esperar que cesaran todos los signos de actividad. Acostados en el suelo, y protegidos por el liso tronco de un árbol, Dominic emitió un enorme bostezo, después de varios minutos, y al fin murmuró: – No sé cómo estás tú, pero después de anoche no me siento tan despierto como desearía.

Royce emitió un gruñido de confirmación, y propuso: – ¿Por qué no intentas dormir mientras yo vigilo? Confío en que quien está en la casa se retirará a su propia habitación antes de que pase mucho tiempo. Si no lo hace, y yo siento que el sueño me vence, te despertaré.

Dominic no necesitó que lo exhortasen, y en pocos minutos se durmió profundamente. Por desgracia, la luz de la casa continuó brillando y Royce, que había sobreestimado su propia capacidad de resistencia, comenzó a cabecear un rato después.

El chasquido de una rama cercana, cuando la quebró un animal nocturno que se movía en el bosque, despertó instantáneamente a Dominic varias horas después; se sentó, y miró a Royce. Sonriendo, vio que Royce había sucumbido y que dormía profundamente. Miró deprisa hacia la casa y al ver que estaba en sombras, elevó los ojos al cielo oscuro. A juzgar por la posición de la luna, era medianoche pasada, no tenían tiempo que perder, y con movimientos nerviosos despertó a Royce.

– Oh, Dios mío– gimió Royce– . ¡No tenía idea de que estaba tan cansado! ¡Felizmente nuestras vidas no dependían de mi guardia!

Dominic formuló una respuesta casual, y después ambos comenzaron a concentrar la atención en el problema inmediato. Llegaron a la conclusión de que el ruido provocado por el retorno de Latimer los habría despertado antes, y acordaron seguir adelante y entrar en la casa

Librodot

a pesar de lo tardío de la hora, y de la posibilidad de que Latimer apareciese de un momento a otro.

– Lo oiremos cuando se acerque, y podremos escapar de la casa sin que nos vea – dijo en voz baja Dominic.

Conscientes del paso de los minutos, y utilizando la protección del bosque, se acercaron deprisa al extremo más alejado de la casa, y con movimientos ágiles y rápidos treparon en silencio al techo de la galería. Necesitaron apenas un segundo para ingresar en la casa por una ventana que había quedado abierta. Adentro, Dominic accionó un pedernal y encendió la vela que había llevado precisamente para usarla durante su incursión. Elevando la vela, exploró el entorno, y llegó a la conclusión de que seguramente habían entrado en la casa por la ventana del dormitorio de Deborah.

Sin perder tiempo, pasaron al ancho corredor, y al ver enfrente una sola puerta, entraron por allí, y ambos suspiraron con nervioso alivio cuando el parpadeo de la luz dorada reveló el dormitorio de un hombre. Con movimientos metódicos y eficientes comenzaron a revisar los efectos de Latimer. Era una tarea desagradable e irritante. Un oído atento para descubrir la aproximación de un carruaje, se movieron en el mayor silencio posible, hurgando y espiando en todos los escondrijos imaginables, e incluso revisando las ropas de Latimer. No encontraron nada que se asemejase a una lista de posibles traidores, y Dominic sintió que lo dominaba el desánimo. ¿Tendrían que regresar allí? ¿Varias veces?

Malhumorado, devolvió a su lugar la prenda que acababa de examinar, y sus ojos se clavaron en el piso del guardarropas, y en las botas y los zapatos de Latimer. Casi distraídamente, levantó un par de botas y a la escasa y parpadeante luz de la vela las examinó. No encontró nada en el interior del calzado, y se disponía a dejarlas caer sobre el piso y a revisar otro par cuando un detalle de los tacos atrajo su atención. Frunciendo el entrecejo, los examinó con más atención y llamó a Royce. Royce abandonó inmediatamente su investigación poco entusiasta de la colección de corbatas bien planchadas de Latimer, y se aproximó deprisa a Dominic.

Señalando el taco hábilmente fabricado, Dominic murmuró: – ¡No sabía que nuestro amigo necesitaba aumentar su estatura! ¿eh?

Examinaron cuidadosamente las botas, comparando los tacos con los de otro par que había en el guardarropas, y descubriendo que las que Dominic había examinado al principio eran bastante más altas y voluminosas que las otras. Necesitaron pocos minutos para descubrir el minúsculo compartimiento secreto disimulado en el taco hueco de la bota izquierda; pero en definitiva lo descubrieron, e introduciendo un dedo en su interior Dominic extrajo una hoja de papel plegada muchas veces. Acercaron el papel a la vela, y los dos hombres examinaron ansiosamente la lista de nombres, y Dominic emitió una apagada exclamación de sorpresa cuando identificó a algunos.

– En esta lista hay algunas personas muy importantes – murmuró a Royce– , y la mayoría está cerca de la capital. Es bueno que Jason descubriese a su espía, y supiese qué deberíamos buscar.

Royce manifestó su acuerdo, pero los dos hombres no perdieron más tiempo en conjeturas. Royce acercó la pluma, el papel y la tinta que había traído de su casa, se sentó y copió deprisa los nombres. Necesitaron apenas un segundo para devolver la lista original a su escondite, y Dominic acababa de apagar la vela y se preparaba para partir, cuando irguió la cabeza y dijo premiosamente: – ¡Escucha! Creo que oigo el ruido de cascos.

En efecto, y también el crujido y el tintineo de los arneses, además del sonido de los cascos que llegaba claramente a través del aire de la noche. Como un solo hombre, Dominic y Royce avanzaron hacia la puerta y en silencio cruzaron el corredor para entrar en la habitación de Deborah. Con mucha prisa, salieron por la ventana y descendieron al techo de la galería; el ruido del vehículo que se aproximaba era cada vez más intenso y más claro con cada segundo que pasaba. Felizmente, el vehículo se acercaba por el lado opuesto de la casa, y Royce y Dominic corrieron hacia el bosque tan pronto sus pies tocaron el suelo. Montaron a caballo,

Librodot

obligaron a su montura a volver grupas y sin una sola mirada hacia atrás espolearon a los animales y se internaron en el bosque iluminado por la luna. Sólo después de distanciarse un poco de la casa de Latimer, Dominic se permitió formular un comentario acerca de la exitosa aventura.

Medio riendo dijo:– Quizá no somos espías profesionales, pero en todo caso ¡creo que merecemos felicitaciones por el trabajo de esta noche!

Royce sonrió, satisfecho.

– Sí, coincido contigo, aunque reconozco que escapamos por poco. ¡Pero te confieso que todo el episodio me pareció muy interesante! – Sonrió.– Me pregunto si la noche del amigo Latimer fue tan exitosa como la nuestra.

La velada de Latimer no había sido demasiado provechosa, a pesar de que había logrado retirarse ganancioso de la mesa de naipes de Richardson. Pero comparado con lo que había perdido ante Dominic, la suma obtenida era mezquina, apenas unos miles de dólares; e incluso aunque decía que esa noche había sido un buen presagio, nada conseguía calmar el odio y la furia que se agitaban en su pecho siempre que pensaba en Dominic Slade.

Se dijo irritado que nada le había salido bien desde la llegada de Dominic a Baton Rouge. De no haber sido por Slade, Melissa habría cedido a las exigencias de Latimer, y de no haber sido por Slade él ahora no estaría en una situación tan precaria, al extremo de que no podría mantener las apariencias por mucho más tiempo – apariencias que él necesitaba desesperadamente si deseaba tener la oportunidad de compensar su desastrosa pérdida atrapando al incauto más cercano. Durante un tiempo había puesto la mira en Franklyn, pero ahora se veía reducido a desplumar a una persona como su anfitrión esa noche.

Llegó al establo, despertó al peón dormido, y después de entregarle las riendas se volvió para ayudar a su hermana a descender del calesín. Mientras caminaban lentamente hacia la casa, Deborah dijo con un gesto hosco:– ¡Qué velada terrible! ¡En mi vida sufrí tanto hastío! – Dirigió una mirada resentida a su hermano mientras éste abría la puerta y le daba paso, y agregó malignamente:– Tú pasaste la velada jugando con ese viejo disipado, pero yo tuve que escuchar una aburrida anécdota tras otra acerca del único viaje a Londres de esa vieja estúpida. La próxima vez que aceptes una invitación, asegúrate de que será una fiesta animada, pues de lo contrario no iré.

Latimer, que no estaba del mejor humor, rezongó:– ¡Cállate! Te dije por qué era necesario cenar con ellos esta noche. Por lo menos, tenemos mil dólares más que cuando salimos de aquí.

Con una expresión rencorosa en la bella cara, Deborah replicó: – ¿Y de quién es la culpa de que nos encontremos en este aprieto? ¡Cincuenta mil dólares! ¡Te dije que no continuaras jugando! ¡La culpa es tuya! – Deborah reaccionó con una mezcla de autocompasión y cólera, se desplomó en un sillón próximo y afirmó irritada:– ¡Odio este lugar! ¡Detesto los Estados Unidos! ¡Ojalá nunca hubiésemos venido! Lo odio, ¿me oyes?

Los ojos azules helados y al mismo tiempo curiosos, con dos grandes zancadas Latimer estuvo sobre ella. El sonido de su mano sobre la mejilla de Deborah, al abofetearla brutalmente, arrancó ecos a las paredes del cuarto. Sin hacer caso del grito de dolor de su hermana, Latimer dijo ásperamente: – ¡Te oigo, y estoy seguro de que todos en un radio de un kilómetro también pueden oírte! ¡Ahora, basta de gemir y escúchame!

Cubriéndose con una mano la mejilla dolorida, Deborah miró hostil a Latimer, y en sus ojos se manifestó claramente la cólera y el resentimiento impotentes que sentía ante los actos de su hermano.

– ¿Acaso no escucho siempre? ¿No soy siempre la hermanita obediente? ¿Olvidaste que me casé con ese viejo despreciable porque tú insististe en que era mejor negocio que Dominic Slade?

– Rió con amargura.– ¡Mejor negocio! ¡Por Dios, qué divertido!

Su propia cara deformada por la amargura, Latimer dijo vehemente: – Si cesas de compadecerte tú misma, sabrás que deseo hablar precisamente acerca de Slade.

Librodot

Como si su ira jamás hubiese existido, los ojos de Deborah de pronto relucieron ávidos, y olvidando la mejilla escarlata, retiró la mano y se inclinó ansiosa hacia adelante.

– ¿SÍ? ¿Me ayudarás?

Desde el momento de apartarse de la mesa en casa de Tom Norton, la noche anterior, Latimer había pensado casi exclusivamente en el modo de vengarse de Dominic. Y ahora, veinticuatro horas después, sabía por qué Dominic había intentado arruinarlo, y sabía que Melissa había dicho todo a su marido; de modo que experimentaba el ansia salvaje de castigarlos a ambos. Su deseo más ferviente era conseguir que ambos pagaran lo que había sucedido la noche anterior. Lastimar a Dominic, humillarlo seduciendo fríamente a su esposa y asegurando que Dominic lo supiese, parecía una venganza apropiada. Eso casi justificaba perder una fortuna, pensó cruelmente; se trataba de aplicar un par de cuernos prominentes en la cabeza de Slade, y de llevar a Melissa al lecho del propio Latimer. Sonrió perversamente. Tal vez sólo un momento, mientras ella aún estuviese aturdida y tan irritada que deseara pagar en la misma moneda a Dominic, que Latimer poseería a Melissa; pero ese incidente perseguiría al hombre y a su esposa por el resto de la vida.

Mirando a su hermana, dijo con voz pausada: – Sí, te ayudaré a llevarlo a tu cama... ¡y cuanto antes!

– ¡Oh, querido, querido hermano, sabia que no me fallarías!

– exclamó complacida Deborah, mientras se incorporaba de un salto y depositaba un beso leve en la mejilla de Latimer. De pie cerca de su hermano, la mano descansando en el hombro de Latimer, lo miró esperanzada: – ¿Que propones que haga?

Ahora Latimer había recuperado parte de su buen humor, y dio a Deborah una palmada afectuosa en la mejilla, la misma que había abofeteado cruelmente unos momentos antes, y dijo como de pasada: – Lamento haberte castigado, gatita, pero a veces me irritas terriblemente.

Ahora que él se proponía ayudarla, Deborah estaba dispuesta a perdonarle todo, y una vez restablecida entre ellos la armonía, la joven sonrió alegremente, y declaró con gesto ampuloso:

– ¡Puedes castigarme cuanto gustes, si metes en mi cama a Dominic Slade!

Latimer sonrió y se apartó para servir dos copas de oporto.

– ¿Encontraste el lugar apropiado para seducirlo? – preguntó.

Parte del buen humor de Deborah se esfumó, y con cierta altivez confesó: – No. He buscado en todos los rincones, pero no hay un lugar íntimo y al mismo tiempo bastante cerca de la casa que yo pueda utilizar.

Frunciendo levemente el entrecejo, Latimer preguntó: – ¿Es necesario que esté cerca de la casa? ¿No podrías arreglar algo en el pueblo?

Con una mirada de disgusto, Deborah contestó: – Eso sería demasiado evidente. Además, si viene a verme porque yo te temo y quiero que él me aleje, no puedo estar en ese mismo momento lejos de la casa, ¿verdad?

– Hum, comprendo. Este... nido de amor tiene que se el lugar adonde tú escapes cuando desees evitar mi terrible cólera... tu santuario, el único lugar donde te sientas a salvo de mí.

– ¡Precisamente! – dijo Deborah con expresión animada– . Pensé en el pequeño cenador del fondo, pero es un lugar demasiado abierto, y desde la casa se lo ve. De todos modos, quiero un lugar próximo, de manera que los criados no tengan que transportar todo lo necesario atravesando el campo.

Latimer se paseó de un extremo al otro de la habitación, bebiendo de tanto en tanto su oporto, mientras contemplaba y desechaba varios lugares. De pronto, se detuvo directamente frente a Deborah, y preguntó con voz pausada: – ¿Qué te parece la glorieta del muelle?

– ¿Ese edificio viejo y ruinoso? – gritó Deborah con desaliento– . ¿Cerca del pantano maloliente?

Asintiendo, Latimer dijo tranquilamente: – Escúchame antes de condenar la idea. – Y ante la renuente aceptación de Deborah, continuó diciendo:– Ante todo, el edificio está en los

terrenos que acompañan a la casa, y por lo tanto podemos hacer lo que deseemos con él. Segundo, desde la casa no puede vérselo ni oír lo que sucede allí. La construcción está muy aislada, aunque sea antigua y, como tú dices, está en ruinas. Y con respecto al pantano... – Sonrió a Deborah.– Entiendo que el pantano es lo que atraerá la atención de Slade.

Deborah dio vueltas a la idea en su mente. En definitiva, reconoció que, al margen de la cercanía del estanque pantanoso, la glorieta tenía varios aspectos positivos. Se necesitaría mucho trabajo con el fin de preparar el lugar tal como ella lo deseaba, pero...

– Lo inspeccionaré mañana por la mañana, y quizás hacia el fin de la semana podamos poner en marcha el plan – dijo finalmente.

Latimer meneó la cabeza.

– No. No deseo perder más tiempo. Apenas pueda apoderarme del dinero de Franklyn, saldremos para Nueva Orleáns. Creo que este lugar tampoco a mí me seduce ahora, y si pudiera hacer mi voluntad ambos embarcaríamos en ese buque que llegó esta tarde de Nueva Orleáns, y estaríamos en la ciudad el viernes por la mañana.

Bebió otro sorbo de oporto, y miró sin ver la pared opuesta, concentrando todos sus pensamientos y sus energías en la venganza... y el dinero.

– La fiesta de Josh Manchester también es el viernes – murmuró reflexivamente– . Y yo sé que el joven Franklyn asistirá. Habría preferido otro lugar y otra oportunidad para aprovechar mi súbito golpe de suerte, pero desde anoche ya no puedo darme el lujo de esperar el momento más oportuno. Tendré que actuar esa noche. Es lamentable que el barco parta un día antes de lo que deseamos, pues si no fuera así lo aprovecharíamos.

– Bien, en ese caso no hay prisa con Dominic, ¿verdad? – preguntó Deborah con buen criterio.

Latimer esbozó una tensa sonrisa.

– Tengo mis propios planes, pero si quiero que sean eficaces es necesario ejecutar primero los tuyos. Mañana por la noche a esta hora deseo que hayas gozado los placeres que según crees se te escaparon.

Como durante muchos años había fantaseado acerca de las cualidades amatorias de Dominic, Deborah no tenía inconveniente en cooperar con las ideas de su hermano. Y su vanidad era tal que estaba completamente segura de que una vez que cayese en sus brazos, Dominic desearía repetir varias veces el proceso... Imaginaba un futuro rosado, en que Dominic se sentía tan atraído por los encantos que ella poseía que abandonaba a su esposa y la seguía a Inglaterra. Así, ahora Deborah dijo con expresión soñadora: – Lo que tú digas, querido hermano.

No se mostró tan entusiasta la mañana siguiente, cuando él la sacó de la cama a una hora inaudita, las siete, y sus dudas acerca de la conveniencia de la glorieta no se disiparon cuando se acercaron al muelle estrecho y medio carcomido para ver la construcción. Apretando fuertemente el brazo de su hermano, Deborah se aproximó a la estructura, antaño atractiva pero ahora gastada por el tiempo y descuidada.

Inicialmente ese lugar había sido un hermoso rincón, pues el estanque amplio y de forma irregular mantenía sus aguas frescas y límpidas gracias a un arroyuelo que desembocaba en él; el arroyo reaparecía sobre el extremo opuesto del estanque, donde se había creado un área ancha y poco profunda de desborde, gracias a una barrera de troncos firmemente unidos unos con otros. En primavera, las flores silvestres crecían abundantes en el estanque de la orilla, y los sauces y los alerces llegaban casi hasta el borde del agua en algunos lugares. Las paredes de la glorieta eran un delicado entramado de tablas, y la estructura estaba a un costado del estrecho muelle; se necesitaba escasa imaginación para evocar el pasado, cuando los niños pescaban o nadaban en el estanque poco profundo, mientras sus madres, sentadas en la pequeña glorieta, conversaban amablemente y bebían altos vasos de limonada.

Pero eso había sido muchos años antes, y ahora el estanque estaba atestado de malezas y algas, y el arroyo había cambiado su curso, de modo que el estanque ya no tenía un

Librodot

movimiento continuo de agua fresca. Si bien las lluvias estacionales mejoraban un poco las cosas, hacia el otoño el agua era una sopa lodosa y verde de vegetación descompuesta. Sosteniendo sobre la nariz un pañuelo de encaje perfumado, Deborah exclamó: – Oh, esto quizás servirá... ¡Qué olor desagradable!

– Eso puede arreglarse – replicó despreocupadamente Latimer, mientras entraba cautelosamente en la glorieta. Comprobó que el piso era sólido, y miró alrededor, y tomó nota de las telarañas y de algunas tablas del entramado que estaban rotas. El lugar estaba muy sucio, y sin duda hacia muchísimos años que no se lo usaba, pero no vio nada que le impidiese ser el lugar de la seducción de Dominic.

Sin embargo, Deborah no opinaba lo mismo.

– ¡No puedes hablar en serio! – exclamó, y un temblor le recorrió el cuerpo cuando su mirada se paseó por el derruido interior. Pero lo que la perturbó más fue el estanque un tanto siniestro, y al contemplar la superficie inmóvil cubierta de vegetación, se estremeció de nuevo, y pensó en todos los horrores ocultos que sin duda acechaban debajo.

Pero Latimer no se dejó conmover, y a pesar de las estridentes protestas en contrario de Deborah, inmediatamente ordenó a los criados que trabajasen en la estructura. Cuando la examinó varias horas después, Deborah tuvo que reconocer con resentimiento que su hermano había tenido razón. El interior ya no parecía un ambiente destruido y abandonado, pues después de una limpieza completa, se habían llevado allí varios artículos costosos que provenían de la casa, y la apariencia era muy distinta.

Sobre el piso se había extendido una alfombra oriental verde y rosada, y para garantizar la intimidad y también ocultar algunos deterioros muy feos, se habían revestido las paredes con varios retazos de muselina rosada; los extremos de los retazos habían sido unidos y asegurados al techo, y formaban un dosel parecido a una tienda.

Se había instalado un sillón tapizado con damasco dorado, y alrededor se habían distribuido estratégicamente varios almohadones de satén azul. Cerca del sillón había una mesita de caoba, la superficie lustrosa casi oculta por una bandeja de plata con un botellón de brandy y un par de copas. Cerca de la entrada se había puesto un soporte con un candelabro de cristal. El aroma de los lirios y las rosas perfumaba el aire, pues antes de llevarlos se habían rociado abundantemente con agua perfumada la alfombra y los almohadones.

Aunque de mala gana, Deborah felicitó a su hermano.

– Esto era exactamente lo que yo había pensado... excepto la proximidad del agua – dijo mientras se paseaba por la pequeña habitación, y su mano acariciaba distraídamente la fina muselina que parecía flotar por doquier. Los ojos sobre el sillón, imaginándose ella misma y a Dominic encerrados allí en un ardiente abrazo, Deborah sonrió.

– ¡Es perfecto, Julius! Iré a mi habitación para escribir la nota a Dominic, y ordenaré que la entreguen inmediatamente.

Poco después, cuando ya estaba en camino su dolorosa nota rogando a Dominic que le prestase ayuda instantánea, Deborah ordenó alegremente que le preparasen un baño, y después se demoró feliz frente a su abundante guardarropa, tratando de decidir cuál de sus muchos vestidos sería el más seductor... y el que podía quitarse con más facilidad. Como desconocía las actividades clandestinas de Dominic durante la noche anterior, no podía haber adivinado que cuando su criado llegase con su mensaje a la cabaña, descubriría que el señor de la casa todavía estaba durmiendo, y que la señora recibiría la notita cuidadosamente fraseada.

Tampoco recordaría que en su prisa por enviar el mensaje, había olvidado escribir el nombre del destinatario en el sobre, y se había limitado a ordenar al criado que entregase la nota en la casa de los Slade.

Mucho después que el criado se alejó a caballo de la casa, Melissa continuaba mirando el anverso vacío del sobre, y podía percibir el perfume que Deborah siempre usaba. Incluso si no hubiese identificado el perfume de Deborah, el criado se había identificado cortésmente diciendo que venía de casa de lady Bowden, de modo que Melissa no ignoraba quién había

enviado la carta a su esposo, y a pesar de la falta de destinatario, ¡sabía muy bien que era para Dominic!

Sentada en la galería, depositó cuidadosamente el sobre sobre una mesa próxima, en su rostro una expresión pensativa. Se preguntó sobriamente: ¿Debía despertar a Dominic? La nota podía ser importante. Pero también... Apretó los labios. También, ¡podía ser una maquinación de lady Bowden para concertar un téte– a'– téte Intimo con el marido de Melissa! Mientras pensaba en Dominic, y en las horas que había pasado durmiendo profundamente después de separarse de ella esa mañana, de pronto la expresión de Melissa se suavizó, y todo lo que podía pensar acerca de los motivos que inducían a Deborah a escribir a Dominic se esfumaron, mientras la propia Melissa se sumergía en el tierno recuerdo de la noche anterior.

Melissa había podido ocupar su tiempo ejecutando varias tareas femeninas durante unas pocas horas, después que Dominic y Royce se alejaron a caballo en dirección a la casa de Latimer, pero había pensado constantemente en ellos, y en lo que hacían. Se decía y repetía que no corrían peligro, que no había motivo para preocuparse, pero aun así no podía evitar la inquietud, y deseaba que regresaran cuanto antes. Con gesto sombrío había rechazado todos sus temores, recordando que Dominic y Royce eran perfectamente capaces de cuidar de ellos mismos, pero se veía en dificultades para despreocuparse por completo. Tuvo dificultades todavía mayores para rechazar el miedo después que fue a acostarse; y sola en su cama, se dijo que hubiera debido exigirles que la llevasen ellos. Vaya, habría podido representar el papel de vigía, por lo menos! Renunciando al intento de dormir, pasó a la habitación de Dominic. Sentada en medio de la cama grande, decidió esperar el regreso, y se sintió ridículamente reconfortada abrazando la almohada que aún tenía el olor de su esposo. Sus temores disminuyeron cuando recordó la expresión en la cara de Dominic al decir "¡Te adoro!" Fijó soñadoramente los ojos en el espacio, y la conciencia de que Dominic la amaba le provocó ahora un sentimiento cálido y reconfortante.

Melissa se acurrucó en el centro del cubrecama de satén azul, abrazando la almohada de Dominic contra su cuerpo esbelto, y el sueño que hasta ahí no había podido conciliar poco a poco se insinuó en ella. Y fue así que Dominic, exhausto pero reconfortado, la descubrió cuando regresó a su casa, poco después de las cuatro de la madrugada.

Casi sin creer en el testimonio de sus ojos, la llamó en voz baja: – ¿Melissa?

Melissa oyó la voz grave de Dominic, y despertándose con un sobresalto, se sentó en la cama, los cabellos en desorden y las mejillas sonrosadas a causa del sueño. Parecía un gatito que parpadeaba, y así espió el cuerpo alto de Dominic que se aproximaba, y exclamó feliz: – ¡Oh, volviste! Estaba preocupada y te esperé, no pude dormir.

Desabotonándose distraídamente la camisa, con una sonrisa muy afectuosa, él se sentó en el borde de la cama: – ¿Sí? ¿Y qué estabas haciendo precisamente ahora? – se burló amablemente, y sus ojos grises exploraron acariciadores la cara de Melissa.

Sabía que él la amaba y eso le infundió audacia, y ahora se arrojó en los brazos de Dominic, riendo.

– No estaba durmiendo – murmuró en voz baja– . Estaba soñando... contigo.

– ¿Ahora estabas soñando? – replicó Dominic con voz ronca. El cuerpo cálido de Melissa se apretaba ardiente contra el de Dominic, induciéndolo a olvidar todas las conveniencias, por ejemplo lo tardío de la hora... que había dormido muy poco durante las últimas cuarenta y ocho horas... que estaba muy fatigado... La acercó todavía más, y le mordisqueó suavemente el lóbulo de la oreja, y preguntó con voz espesa: – ¿Y qué hacía en tu sueño?

Un espasmo de deseo descendió por la columna vertebral de Melissa, y maravillada de su propio descaro la joven depositó tiernos besos en la cara y el cuello de Dominic, y deslizó los dedos bajo la camisa entreabierta, explorando sensualmente los músculos tibios y tensos que descubría..

Librodot

– Oh, hacías esto... – murmuró mientras su mano frotaba los pezones chatos de Dominic– . Y esto...

Dominic gimió cuando las manos de Melissa continuaron acariciándolo íntimamente, y el apetito doloroso que lo había afectado tan pronto la vio, estalló bruscamente en su vientre. Aferrando la boca de Melissa con la suya, la besó fieramente, y su lengua penetró exigente, y sus manos recorrieron urgentes el cuerpo de Melissa, y el rígido control que él se había impuesto todas esas semanas se vio violentamente desechado, dejando en su sitio sólo una pasión poderosa y elemental. Juntos se hundieron, y cayeron lentamente sobre la cama, las bocas, los brazos y las piernas entre– lazados...

Con un sobresalto, Melissa retornó al presente, un débil sonrojo en las mejillas cuando advirtió que su pezones inflamados rozaban la tela de su vestido. Se dijo severamente que eso no podía ser, y mirando la carta de Deborah, frunció el entrecejo. Aunque era bien entrada la tarde, sabía que Dominic no despertaría al menos antes de una hora o dos. Era el alba cuando ambos se durmieron abrazados, los cuerpos saciados, el mutuo amor plenamente reconocido, y aunque Melissa había despertado cerca de mediodía, Dominic ni siquiera se había movido cuando ella se deslizó fuera de la cama. – ¡Y ciertamente ella no estaba dispuesta a despertarlo ahora para entregarle un mensaje de Deborah Bowden!

Durante varios minutos contempló la posibilidad de abrir el sobre. Su conciencia la inquietaba, pero se dijo que el sobre no tenía destinatario y por lo tanto podía estar dirigido a cualquiera de ellos; en definitiva, respiró hondo, y como no deseaba tener tiempo para cambiar de idea, se apresuró a abrirlo. Leyó deprisa el breve y lloroso alegato de Deborah, y sintió que la carcomía la duda.

No creyó ni por un momento que la necesidad de Deborah fuese tan desesperada como afirmaba esa mujer; por otra parte, Melissa recordaba la expresión en los fríos ojos azules de Latimer, la violencia que había percibido ese día en el cuarto de los arneses, cuando él le había esbozado por primera vez su horrible plan, y así ahora se preguntó si no habría un elemento de verdad en lo que Deborah había escrito. Quizás, en efecto, Latimer la había castigado salvajemente. Era posible que ella temiese por su vida. Y conociendo a Dominic, le parecía perfectamente posible que él hubiese ofrecido protección a Deborah. Pero por lo demás...

Entrecerró los ojos. Se dijo reflexivamente que era muy posible que todo el contenido de la nota fuese una trampa, y que el único objetivo de Deborah al escribirle era obligar a Dominic a acudir deprisa. ¡Y eso, se dijo firmemente, era intolerable!

Examinó de nuevo el texto y llegó a la conclusión de que si la situación de Deborah era tan grave como ella afirmaba, la mujer aceptaría ayuda, viniera de donde viniese. Melissa se puso de pie, decidida. Ella acudiría al rescate de Deborah. En el supuesto de que Deborah necesitase que la salvaran, concluyó cínicamente mientras abandonaba la galería y se dirigía a los establos.

Pocos minutos más tarde estaba en camino, y el poderoso garañón negro que había elegido adoptó un paso veloz que muy pronto llevó a Melissa a las cercanías del lugar de destino. Estaba familiarizada con la casa que Latimer había alquilado, y también conocía la glorieta, donde según había escrito Deborah, estaría esperando a Dominic. Como no estaba completamente convencida de la sinceridad de la carta de Deborah, Melissa decidió no correr riesgos, y guió a su caballo apartándose un poco de la huella principal, y aproximándose a la glorieta desde el extremo opuesto del estanque.

El examen atento del lugar no reveló nada fuera de lo común, y Melissa guió cautelosamente al caballo de gran alzada alrededor del estanque, manteniéndose siempre oculta en el bosque, hasta que llegó a un punto que no estaba lejos del comienzo del muelle. Desmontó ágilmente, y ató el caballo a una delgada haya. Vaciló un momento, y su mirada recorrió nuevamente el lugar. Perseguida por la idea de los espías y los peligros relacionados con este tipo de gente, continuó de pie allí, oculta en el bosque, preguntándose insegura silo que hacía era sensato. La respuesta probablemente era negativa, pero por otra parte Dominic

había dicho que Latimer no era un auténtico espía. Irritada consigo misma porque permitía que su imaginación se impusiera a su sentido común, Melissa se adelantó audazmente, con el látigo de montar sostenido firmemente en una mano. El látigo no sería un arma muy importante si tenía que usarlo, pero el peso en la mano la reconfortaba.

Con movimientos prudentes se aproximó al muelle, y del mismo modo lo cruzó, acercándose a la glorieta. Sólo cuando estaba a pocos metros de la construcción advirtió el débil olor de lirios en el aire, y vio por primera vez el material rosado que disimulaba el interior de la glorieta. Del interior de la estructura revestida con muselina llegaba el suave canturreo de una mujer, y entrecerrando los ojos Melissa comprendió que la voz expresaba complacencia. ¡Ciertamente, no era el sonido de los sollozos de terror!

Cada vez más segura de que había sido sensato acudir a la glorieta, Melissa avanzó intrépida hacia la entrada, y el aroma de los lirios y las rosas le llegó con más fuerza. El espectáculo que encontró allí determinó que se sintiera muy agradecida de no haber despertado a su esposo. Una mirada rápida y general le demostró, sin dejar lugar a la más mínima duda, que la carta de Deborah nada tenía que ver con la necesidad de que la salvaran, sino con el deseo de realizar un trabajo de evidente seducción.

El tono sensualmente rosado del interior casi deslumbró a Melissa, y a pesar de la gravedad de la situación tuvo que contener una risita cuando intentó imaginar la cara de Dominic en caso de que hubiera llegado aguijoneando a su caballo en respuesta al pedido de ayuda de Deborah, y hubiese encontrado eso! Y cuando posó la mirada sobre la supuesta damisela en dificultades, le costó trabajo mantener la expresión de seriedad en la cara – ¡habría sido difícil concebir una damisela que pareciese menos angustiada!

Sin saber que ahora tenía público, Deborah se paseaba de un lado al otro en lo que sin duda creía era una pose seductora, y a veces medio se reclinaba, y medio se sentaba en el sillón dorado, con una copa de brandy en la mano. Vestía la prenda más indecente que Melissa hubiese visto nunca, una túnica lila casi transparente que se abría delante, sostenida sólo por un pequeño lazo anudado bajo los pechos generosos de Deborah. Melissa necesitó un momento antes de comprender que la prenda era la cubierta de gasa de un vestido de baile, y tuvo que admirar el ingenio y la audacia de Deborah que se atrevía a usar un atuendo tan provocador. Canturreando feliz, Deborah bebió un trago generoso del brandy, por sus movimientos cortos y bruscos era evidente que no se trataba del primer brandy que había consumido durante la tarde.

Melissa con no poca frecuencia había pensado en la agria retribución, la venganza apropiada que se tomaría un día con Deborah Bowden. En circunstancias distintas, ese momento habría sido una oportunidad perfecta; pero como estaba segura de que Dominic la amaba, Melissa ya no temía a Deborah, ni sentía la necesidad de vengarse. Mientras estaba allí, en la entrada del ridículo y pequeño refugio de amor de Deborah, Melissa sintió una punzada de compasión por esa mujer, una reacción que también implicaba cierto desprecio a causa de los métodos inescrupulosos que aplicaba para atraer la compañía masculina, y sobre todo la compañía de un hombre casado.

De pronto, Melissa pensó que ya no tenía motivos para enfrentar a Deborah. Dominic la amaba; Deborah había desperdiciado mucho tiempo antes la posibilidad de conquistar el afecto de Dominic. Ansiando repentinamente sentir la presión de los brazos de su esposo, y sintiéndose un poco tonta ante sus propias y melodramáticas ideas de venganza, Melissa comenzó a alejarse cautelosamente.

Fuese porque su pie rozó con fuerza la tabla de madera áspera, o porque el movimiento de su cuerpo atrajo la atención de Deborah, lo cierto es que de pronto Deborah giró la cabeza y la miró en los ojos. Sintiendo el intenso deseo de estar en otro sitio cualquiera, menos allí, Melissa advirtió que un sonrojo de vergüenza le cubría la cara, mientras a su vez miraba impotente a Deborah.

Pero el efecto en Deborah, ante la visión realmente sorprendente de la esposa de Dominic de pie a la entrada de la glorieta, fue realmente dramático. Palideció; lanzó un grito,

Librodot

y su cuerpo se sobresaltó tan violentamente que el brandy salió despedido por el aire, y la mujer cayó del sillón. Acostada en el piso en una postura poco elegante, miró alarmada la figura alta e imperiosa en la puerta, y sus ojos se clavaron con horrorizada fascinación en el amenazador látigo de cuero que Melissa sostenía en la mano.

Una conciencia culpable es algo muy peculiar, y en lugar de advertir que Melissa se sentía por lo menos tan mortificada como la propia Deborah, ésta sólo atinó a ver una amazona de cabellos rubios, sedienta de venganza, que venía con la intención de correrla a latigazos a través del campo. Todos sus pecados se desplegaron ante ella; todas las veces que se había abrazado a Dominic, todos los incidentes en que había intentado seducirlo y separarlo de su esposa, desfilaron clara y vívidamente por su cerebro, y Deborah experimentó el frenético deseo de evitar el justo castigo que, de eso estaba convencida, Melissa había venido a aplicarle.

Inquieta ante la posibilidad de que Deborah se hubiese lastimado, Melissa se adelantó para ayudarla, pero apenas había dado un paso cuando Deborah se incorporó bruscamente, y adelantando las manos con un gesto de defensa propia, aulló:

– ¡Deténgase! ¡No se acerque más o grito!

Completamente desconcertada, Melissa la miró, preguntándose si estaba frente a una desequilibrada. Ciertamente, era lo que Deborah parecía, con sus ojos desorbitados y fijos, y sus gestos histéricos. Con voz muy suave y serena, Melissa dijo: – No es necesario gritar... además, nadie podría oírla.

Deborah asignó un sentido siniestro al inocente comentario de Melissa, y su único deseo fue distanciarse todo lo posible de ese instrumento femenino de la venganza. Manteniendo los ojos fijos en Melissa, ante la posibilidad de un signo cualquiera de agresión, retrocedió poco a poco, murmurando: – ¡No tengo la culpa! ¡Fue idea de Julius... fue su plan! ¡Él me obligó!

– ¡Oh, eso es ridículo! – replicó despectivamente Melissa, que comenzó a encolerizarse ante la actitud despreciable de Deborah, que trataba de achacar toda la culpa a Latimer. Agitando el látigo para subrayar sus palabras, agregó: – ¡Usted miente! ¡E incluso si él trazó el plan, usted es la mujer que está esperando aquí medio desnuda!

Cuando vio el movimiento del látigo, Deborah perdió los estribos, y Melissa apenas había terminado de hablar cuando su interlocutora chilló: – ¡No me toque!

Desesperada por escapar, olvidando dónde estaba, y las reducidas proporciones de la glorieta, Deborah retrocedió todavía más, y cayó sobre la muselina apenas adherida a la madera. Durante un momento mantuvo el equilibrio, y un instante después estaba cayendo en el amplio orificio disimulado por la tela intensamente rosada. Con movimientos frenéticos intentó evitar la caída, y sus manos aferraron desesperadas la muselina; durante un segundo, estuvo como suspendida, medio cuerpo fuera de la estructura. Después, la muselina se desgarró y Deborah, gritando de terror, se hundió en el agua estancada.

Muy asombrada, y con cierta tenue conciencia de la ansiedad que provocaba en ella un semejante en apuros, Melissa cruzó con paso rápido la habitación para mirar por el orificio que había quedado al descubierto en el entramado de tablas. Debajo de Melissa, casi cubierta por metros y más metros de tela pegajosa y húmeda, los cabellos rubios bellamente peinados ahora manchados con un tono verde a causa de las algas y las malezas, estaba Deborah... ¡una Deborah mojada, que barbotaba su indignación y su furia!

Como ya no corría un peligro inminente originado en Melissa, Deborah había recuperado su coraje al mismo tiempo que su mal carácter, y ahora procedía a maldecir con una fluidez y una vulgaridad que provocó el asombro de Melissa. Deteniéndose apenas el tiempo necesario para respirar, miró a Melissa y escupió: – ¡Míreme! ¡Maldito sea, la culpa es suya! ¡La odio! ¡Odio este país y todo lo que hay aquí! ¡Ojalá nunca hubiese venido!

Como era evidente que Deborah no había sufrido daño, Melissa sonrió con picardía y dijo por encima del hombro mientras salía de la glorieta: – ¡Lo mismo digo de usted, querida señora!

29

Melissa se acercó a su caballo, montó, y obligando al animal a volverse, observó a Deborah. La muselina se le había enroscado al cuerpo como una resbaladiza serpiente rosada, y Deborah trataba de alcanzar el borde del estanque poco profundo. Tuvo que esforzarse mucho, pues la pesada tela cargada de agua le impedía moverse con cierta agilidad, y el fondo resbaladizo y desigual del estanque le impedía mantener el equilibrio. Melissa tuvo que sofocar la risa cuando Deborah tropezó y cayó de boca en el agua pantanosa, a menos de un metro de la orilla. Melissa no deseaba alejarse sin ver a Deborah en tierra firme, de modo que mantuvo sofrenado a su inquieto caballo hasta que al fin la dama llegó a tierra firme. Mientras miraba por última vez a la desmelenada y enfurecida Deborah, que se apartaba a unos metros de la orilla del estanque, y arrastraba detrás una suerte de cola de tela manchada con el borde de las algas, Melissa no pudo impedir que se le escapara una risita. Ya no tenía motivos para quedarse allí, y por lo tanto espoleó a su caballo y se alejó al galope.

Demasiado concentrada en sus propios movimientos mientras se acercaba a la casa, Deborah ni siquiera supo que Melissa se habla ido. Su único pensamiento en ese momento era llegar al refugio de la casa, y después de haberse desembarazado de la tela pegajosa y húmeda y del hediondo olor que se le pegaba a la piel, supervisar personalmente el incendio de la glorieta. Cuando fuera una ruina humeante, ella se distanciaría todo lo posible del sitio donde había vivido el momento más humillante de su vida. ¡Se marcharía de Baton Rouge! ¡Y nadie la convencerla de que no lo hiciera!

Así, cuando Latimer regresó a su casa unas tres horas después, pues prudentemente se había ausentado por toda la tarde, descubrió que la puerta principal estaba casi totalmente ocupada por baúles y cajas apiladas al azar.

– ¡Santo Dios! ¿Qué sucede? – preguntó al agobiado mayor– domo.

– Señor, su hermana se marcha – dijo el hombre con voz neutra– . Está en el salón principal esperando hablar con usted antes de abordar esta noche el barco. Por la mañana sale para Nueva Orleáns.

Latimer marchó deprisa por el corredor, y su cerebro concibió toda clase de ideas desordenadas, mientras intentaba adivinar qué terrible calamidad obligaba a Deborah a adoptar una acción tan desatinada. ¿Quizá Slade había sufrido un accidente fatal cuando los dos estaban solos en la glorieta? ¿Ella había asesinado a Slade en un ataque de cólera? ¿Qué demonios había salido mal?

Oliendo a rosas y ataviada impecablemente con un hermoso vestido de satén azul, Deborah se paseaba impaciente de un extremo al otro de la amplia habitación cuando él entró y se acercó deprisa a su hermana.

– ¿Estás bien? – preguntó Latimer– . ¿Qué es esta tontería de que te marchas? ¿Qué demonios sucedió esta tarde?

Con voz agria y expresión hosca, Deborah procedió a explicarle exactamente lo que había sucedido, si bien Melissa no habría reconocido la historia que Deborah contó.

– ¡Julius, ella me atacó! ¡Temí por mi propia vida! ¡Y después, como si no hubiera sido suficiente atacarme con un látigo, intentó ahogarme en ese terrible estanque! – Los ojos azules brillaban de cólera.– Es una persona salvaje y brutal, exactamente como este país, y no pienso quedarme aquí ni un momento más que la duración del viaje a Nueva Orleáns. Y con respecto al barco que llegará en enero... ¡ojalá arribe cuanto antes!

Latimer trató de razonar con ella, y aunque en efecto le pareció difícil aceptar sin más la versión de Deborah, vio el gesto obstinado del mentón, y comprendió que era imposible conmovería. No importaba lo que en realidad hubiese sucedido, era evidente que el plan habla naufragado, y que la esperanza de usar la seducción de Dominic por Deborah como medio de atraer a Melissa ya no tenía fundamento.

– Muy bien – dijo finalmente– . Esta noche te llevaré al barco.

Como si hubiese advertido por primera vez que ahora estaría sola, Deborah preguntó nerviosamente: – ¿No vendrás conmigo? Aquí no hay nada para ninguno de los dos. Es hora

Librodot

de que nos marchemos.

– Tal vez sea hora de que nos marchemos – dijo Latimer con una desagradable mueca en los labios– pero antes de que nos vayamos debo saldar una cuenta con Dominic Slade y su esposa.

Con miedo en los ojos, Deborah preguntó: – ¿Qué te propones hacer?

– No lo sé – reconoció fríamente Latimer– pero no deseo salir de Baton Rouge antes de conseguir que los Slade lamenten profundamente haberme contrariado. – Sonrió a Deborah y dijo en un tono más despreocupado:– No te inquietes, gatita... me reuniré contigo en Nueva Orleáns antes de fines del mes. Conoces el nombre del hotel donde nos alojamos, y el banquero a quien debemos ver allí. Te escribiré una carta de presentación para él, y le explicaré que no tuve más remedio que demorarme, y que debe darte acceso total a mi cuenta en ese banco. – Pellizcó suavemente el mentón de Deborah, y agregó:– No lo gastes todo en vestidos nuevos... cuando abordemos ese barco en enero, no podremos llevar muchas cosas. Será una nave militar, de modo que tendrás que dejar en Nueva Orleáns la mayor parte de tus baúles y equipajes.

Deborah hizo un mohín.

– ¡No veo por qué! – Después, asaltada por otro pensamiento, sonrió de pronto:– Pero no importará. Con todo el dinero que recibiremos de Roxbury, podré comprarme un guardarropa completamente nuevo.

– Y no olvides que una de las razones por las cuales me quedo aquí es mi plan de saquear la fortuna del joven Franklyn – rezongó Latimer, con una expresión calculadora en los ojos azules– . Mañana por la noche estaré en la casa de los Manchester, y ganaré todo ese dinero para nosotros.

Una hora más tarde, mientras acompañaba a Deborah hasta el barco, Latimer observó: – Ahora, no olvides que un caballero llamado Anthony Davis sin duda irá a verte. Puedes hablar sin reserva con él... es uno de los hombres de Roxbury. Es posible también que un caballero llamado Samuel Drayton reclame tu atención. Drayton es quien nos llevará al lugar de la cita en enero. Los dos hombres saben que se nos espera pronto en Nueva Orleáns, y estarán atentos a nuestra llegada.

– ¿Estarás bien aquí, completamente solo? – preguntó Deborah con expresión ansiosa.

Latimer sonrió confiadamente mientras la introducía en el cuartito atestado y desagradable que sería el alojamiento de Deborah hasta que el barco atracase en Nueva Orleáns.

– Nada puede sucederme – dijo con voz tranquila– . Esta será la primera vez que nos separamos, y en este país incivilizado uno nunca sabe lo que puede suceder; pero estoy seguro de que no habrá dificultades.

Las inquietudes de Deborah se calmaron fácilmente, y ahora ella desvió su atención hacia su alojamiento, y comenzó a formular quejas estridentes e interminables. Varios momentos después, cuando Latimer se despidió de su hermana, ella aún estaba criticando sus comodidades, y él se alejó con la larga lista de quejas de Deborah resonando en sus oídos.

Pero Latimer tenía sus propias preocupaciones, y durante el breve viaje de regreso a su casa meditó acerca de los diferentes métodos que podía usar contra Dominic y Melissa. Todo lo que había salido mal en ese viaje a Estados Unidos Latimer lo achacaba ahora a la indeseada interferencia de Dominic, y con respecto al papel de Melissa en todas esas dificultades... él apretó los labios. Melissa había lastimado gravemente el orgullo de Latimer, ¡y éste ansiaba castigarla porque había preferido casarse con Slade en lugar de someterse a los reclamos del inglés! ¡Casi se había convencido de que él estaba dispuesto a desposaría! Pero, ¿eso le había importado a Melissa? ¡No! ¡Ella lo había despreciado cruelmente, lo había burlado y engañado, hasta que encontró un pretendiente más rico! A semejanza de su hermana, Latimer podía torcer fácilmente los hechos para satisfacer sus propios objetivos... y ahora su propósito era la venganza...

La venganza era lo que menos interesaba a Melissa cuando volvió a su casa unas horas antes. Incluso la ridícula escena con Deborah se había esfumado de su mente, y ahora la joven pensaba únicamente en su esposo. Con una sonrisa deslumbrante en los labios, dejó su caballo en los establos y caminó deprisa hacia la casa.

Al cruzar el vestíbulo, vio a Bartholomew que ascendía la escalera con un humeante cubo de agua caliente. Ágilmente se adelantó al servidor y preguntó: – ¿Es para mi esposo? ¿Ahora está despierto?

– Si, señora – replicó Bartholomew con voz mesurada– . El amo despertó hace un rato... pareció un poco molesto cuando supo que usted había salido a cabalgar, y que nadie sabía cuándo regresaría, ni adónde había ido.

Melissa se sonrojó con un sentimiento de culpabilidad, pues no había pensado en un instante en la reacción de Dominic al despertar y descubrir que ella se había ausentado. Miró reflexivamente a Bartholomew cuando ambos ya estaban al final de la escalera. No era propio chismorrear con los criados, pero Melissa no pudo dejar de inquirir: – ¿Y ahora? ¿Continúa un poco irritado?

Con un guiño en los ojos castaños, Bartholomew replicó:

– Creo, señora, que su irritación desaparecerá apenas usted entre.

Melissa dirigió una sonrisa seductora al servidor.

– ¡Oh, así lo espero! – dijo con acento fervoroso.

Con un gesto indicó a Bartholomew que entrase en la habitación de Dominic, y murmuró por lo bajo: – No le diga todavía que regresé... deseo sorprenderlo.

Asintiendo discretamente, Bartholomew obedeció la orden, y cuando Dominic ladró: – ¿Todavía no regresó? – contestó tranquilamente:– No lo sé, señor. ¿Desea que pregunte en los establos?

Dominic estaba de espaldas a la puerta, sentado en la enorme bañera apoyada en patas de cobre, y los hilos de vapor se elevaban lentamente en el aire, de modo que él no pudo ver a Melissa que entraba subrepticiamente en la habitación. La mirada de Melissa se detuvo afectuosamente en la parte de la ancha espalda que emergía sobre el borde de la bañera, y su corazón tuvo un leve sobresalto cuando Dominic respondió a la pregunta de Bartholomew con una frase explosiva: – ¡Maldición, sí! No es propio de Melissa salir así a caballo, sobre todo después de la última... – Calló bruscamente, y dijo en un tono de voz más normal:– Infórmame apenas regrese.

– Muy bien, señor – replicó Bartholomew, y dirigió un guiño cómplice a Melissa cuando pasó al lado de la joven y salió por la puerta. Varios instantes después de la partida de Bartholomew, Melissa permaneció de pie, apoyada en el marco de la puerta, los ojos fijos en Dominic, con un cálido sentimiento de expectativa que le recorría perezosamente el cuerpo.

Después, sonriendo, Melissa buscó la llave que estaba detrás, y una vez que la encontró con un rápido movimiento accionó la cerradura. Dominic había continuado mascullando, y no oyó el suave chasquido de la llave cuando giró en la cerradura. Con movimientos cuidadosos, Melissa se quitó las botas, y después comenzó a desabotonarse el traje de montar, mientras atravesaba lentamente la habitación en dirección a Dominic.

Un sexto sentido seguramente advirtió a Dominic que ya no estaba solo, porque de pronto se volvió en la bañera, y miró en dirección a Melissa. Una sonrisa perezosa curvó sus labios, y un destello francamente carnal asomó a sus ojos grises mientras murmuraba: – ¿Supongo que vienes a reunirte conmigo?

Melissa contuvo la risa, y con mucho cuidado se quitó sin prisa la chaqueta del traje, y así reveló la camisa de fino hilo que llevaba debajo. Con un brillo excitante en sus propios ojos, preguntó con acento de sospechosa duda: – ¿Crees que debería hacerlo? ¿Sería propio?

Él miró interesado mientras Melissa se acercaba, y el deseo dulce y cálido se acentuó en sus venas con cada paso de su esposa.

– Oh, estoy absolutamente seguro de que sería muy propio – replicó con voz grave, la

Librodot

mirada hipnotizada por el movimiento lento y sinuoso de la falda de montar que descendía hasta el piso.

De pie frente a él, cubierta por la camisa, ella jugueteó con el elegante y pequeño lazo sobre un hombro. Después, se acercó al borde de la bañera, y con exagerado detalle comenzó a quitarse la última prenda. Los ojos de Dominic se devoraban ávidos la belleza que se le revelaba lentamente: los senos altos con sus puntas de coral, los pezones ya despiertos y duros; la cintura angosta; la pátina de alabastro de las caderas y las piernas largas y esbeltas.

Con los ojos entrecerrados por la pasión Dominic la miró, y la conciencia de que era su esposa, la mujer a la cual adoraba, le impregnó de un fiero placer. Se arrodilló en el agua, y extendió las manos hacia ella. Los brazos de Dominic se cerraron firmemente alrededor de la cintura de Melissa cuando la atrajo hacia él. La mejilla de Dominic descansó sobre el vientre suave y tibio de Melissa, y él cerró los ojos complacido ante la proximidad del cuerpo femenino, y murmuró con voz ronca: – ¡La próxima vez que despierte y no estés en mis brazos, te golpearé!

En absoluto turbada por esa aparente amenaza, Melissa asintió en actitud de perfecto acuerdo y flexionó los dedos con goce sensual hundiéndolos en los espesos cabellos negros de su marido.

– Por supuesto – murmuró dócilmente– ¿y después que me hayas golpeado...?

– Después que te haya golpeado – ronroneó Dominic– tendré que besarte donde te castigué... así...

Cerró intencionalmente los labios sobre un pezón, introduciéndolo hambriento en la húmeda tibieza de su propia boca, y su lengua acarició con fuerza el extremo sensible.

Melissa gimió suavemente, y sus manos acariciaron la cabeza que estaba junto a ese seno que le dolía tan dulcemente. Cierta languidez se insinuó en sus piernas, y ella se balanceó suavemente contra el cuerpo de Dominic, y el latido mudo de la pasión encendida otra vez aceleró su ritmo.

No hubo nada apresurado en los movimientos de los dos; era como si en la última noche hubiesen amortiguado provisional– mente ese primer filo de la pasión, y ahora sólo pudieran saborear la alegría que cada uno encontraba en los brazos del otro. La noche anterior había sido el festín codicioso de un amante hambriento, pero ahora... ahora era un banquete de placeres eróticos que ellos querían paladear lentamente.

Mientras frotaba con la nariz el pezón inquieto, Dominic deslizó las manos hacia las caderas de Melissa, y exploró suavemente la carne lisa de las nalgas, y dijo con voz espesa: – Ya estoy en llamas por ti, querida... lo único que necesito hacer es tocarte y mi cuerpo se incendia.

Deslizándose con un movimiento lento para entrar de nuevo en el agua, atrajo suavemente a Melissa con él, y con movimientos hábiles guió el cuerpo dócil hacia la posición que él deseaba.

El agua estaba caliente, y dominada por una extraña inercia, Melissa descansó sobre el cuerpo duro de Dominic, muy consciente de cada músculo y cada tendón de la forma alargada que estaba debajo. Una oleada de intenso placer la recorrió cuando sintió el órgano inflamado que se le deslizaba caliente entre los muslos, y entonces sus brazos rodearon el cuello de Dominic, y Melissa acercó la cabeza de su compañero, y sus labios buscaron ansiosamente los labios del hombre.

Se besaron con desenvuelta intimidad, y la lengua de cada uno acarició perezosamente la del otro, con movimientos serenos y juguetones, ambos conscientes de la pasión obsesiva y devoradora que se acentuaba más y más con cada uno de esos lánguidos movimientos. Era una tortura exquisita privarse intencionalmente de las caricias más profundas, pero por obra de un acuerdo implícito ahora se contentaban con besos cada vez más apasionados, y así el fuego devorador encendido en ellos ardía cada vez con más fuerza.

Apartando sus labios de la boca de Melissa, los ojos turbios de deseo, Dominic dijo rudamente: – ¡Me enloqueces! – Su mirada descendió hasta los senos de su esposa, hasta el

pezón inflamado que asomaba en la superficie del agua. La alzó apenas, inclinó la cabeza y hambriento hundió la punta de coral en la profundidad de su boca.– ¡Absolutamente loco! – dijo con voz ahogada, mientras sus labios ascendían de nuevo para hallar otra vez la boca de Melissa.

Cada vez más premiosos, los dos cuerpos se frotaban uno contra el otro, y la piel sedosa de la forma esbelta de Melissa rozando el cuerpo de Dominic le provocó una llamarada de ansia. El cuerpo femenino lo tocaba por doquier, y él gimió complacido cuando la mano de Melissa comenzó a recorrer el pecho velludo con una torturante falta deprisa, y descendió por el vientre liso para enredarse en el espeso vello rizado, allí donde se unían los muslos masculinos. Ella pareció vacilar en ese punto, y él le dijo al oído con voz grave: – ¡Dios mío, Lissa! ¡Tócame! – y llevó con apremio la mano femenina donde él más lo deseaba.

Curiosa, Melissa lo tocó, excitada y fascinada por la forma y el tamaño, y sus dedos se deslizaron juguetones de un extremo al otro de la rígida longitud. Descubrió ahora que era muy placentero complacer, y excitada por su propio poder, lo acarició más apasionadamente, y su propia excitación se acentuó.

Los dedos de Dominic se hundieron súbitamente en la cintura de Melissa, y con un movimiento insistente la puso sobre él, y así ella tuvo que abrir las rodillas y apretarlas a cada lado de las delgadas caderas de Dominic en los estrechos límites de la bañera. Con una mano tras la cabeza de Melissa, él cerró los labios sobre los de la joven, y su boca se movió exigente sobre ella, perdida por completo toda moderación. Ciego a todo lo que no fuera su propia necesidad, Dominic buscó la carne sumisa entre las piernas de Melissa, y la acarició ansioso, hasta que ella comenzó a retorcerse desesperada contra los dedos de Dominic.

Temblando a causa de la fuerza de la pasión que ardía en ella, Melissa dijo, apoyada en la boca de Dominic: – Tómame, querido. Quiero sentirte dentro de mí.

Dominic no necesitaba que lo exhortaran, y su cuerpo se elevó guiando a Melissa en la penetración. La calidez sedosa cuando ella lo tomó, era casi más de lo que él podía soportar, y se agitó salvajemente bajo ella, y sus dedos se hundieron en las caderas de Melissa, mientras él trataba de evitar una culminación demasiado rápida.

Los ojos relucientes de pasión, Melissa lo vio luchar para controlarse, y después, con una sonrisa de sirena en su boca inflamada por los besos, ella comenzó a elevarse y descender lentamente, gozando con las dulces sensaciones que recorrían su cuerpo. Pero el fuego que impulsaba a Dominic también a ella la abrasó, y fieramente se hundió sobre él, ansiosa de compartir otra vez la alegría que como bien sabía los esperaba.

Dominic no pudo soportar más el exquisito sufrimiento de los movimientos de Melissa, y la mantuvo inmóvil mientras presionaba urgentemente hacia el interior de su compañera. Agobiado por el deseo, Dominic empujó más y más, y cada embestida profunda de su cuerpo lo llevaba más cerca de la culminación del éxtasis.

Atravesada por Dominic, con el cuerpo duro del hombre penetrándola frenéticamente, Melissa estaba aturdida de placer cuando el primer y áspero ramalazo de goce tocó en su cuerpo, y con un suave suspiro de culminación se derrumbó sobre él, sintiendo las deliciosas resonancias del goce.

Al percibir los temblores que sacudían a Melissa, Dominic perdió la batalla por la prolongación del placer de ambos, y gimiendo con su propio goce, permitió que la misma felicidad se desplomase sobre él. Repleto y saciado, acercó más a Melissa y la besó suavemente, murmurando su amor por ella en el instante mismo en que los labios de los dos se unieron.

Ella retribuyó tiernamente el beso, y juntos permanecieron acostados en el agua que se enfriaba, murmurando todas las promesas que intercambian los amantes, y cuando el agua fría los arrancó de su mundo rosado, se rieron y procedieron a lavarse deprisa. Pero esa maniobra a su vez condujo a otras cosas.

Por lo tanto, el tema de Deborah Bowden fue abordado sólo cuando ya estaban sentados en el comedor, saboreando una gallina rellena. Un tanto incómoda, Melissa mencionó la nota

que había recibido, y el hecho de que ella la había leído. Dominic sólo pareció interesado, y no mostró el más mínimo signo de que se sintiera perturbado por lo que ella había hecho. No se mostró precisamente complacido cuando supo el contenido de la carta, y lo alegró la información de que Melissa había ido al encuentro de Deborah en lugar del propio Dominic.

– ¡Santo Dios, Lissa! ¡Corriste un riesgo terrible! – exclamó, preocupado únicamente por la seguridad de su mujer– . ¡Pudo haber sido una trampa! Y no me refiero tampoco a la posibilidad de una seducción. Latimer tiene motivos sobrados para detestarnos, y bien pudo haber contemplado la posibilidad de tenderme una trampa.

Melissa le sonrió con picardía.

– Bien, podríamos decir que todo salió a pedir de boca.

– ¿Qué? – dijo sorprendido Dominic, no muy seguro de que podía confiar en ese brillo que veía en los ojos de su esposa.

Tratando de mantener la seriedad, Melissa ofreció a Dominic un relato objetivo de su encuentro con lady Bowden, y si ella alimentaba la más mínima duda en el sentido de que en él había todavía una chispa de sentimiento por la otra mujer, en todo caso se disipó totalmente cuando las carcajadas sinceras de Dominic resonaron en la habitación.

– ¿En el estanque? – preguntó complacido. Y cuando Melissa asintió, él agregó:– ¡Magnífico! ¡Esa zorrita intrigante lo tiene bien merecido!

Melissa pensó satisfecha: ¡Y eso es todo! De pronto concibió la idea y dijo: – ¡Oh, querido! Mañana por la noche es la fiesta del tío Josh... me pregunto cómo se comportará cuando nos veamos.

Dominic estaba admirando la curva del busto de su esposa donde sobresalía de la pechera escotada de su vestido de satén verde, de modo que replicó indiferente: – ¿Importa? Yo prefiero que hablemos de nosotros y no de la mojada lady Bowden, ¿no te parece?

Melissa aceptó instantáneamente, y pasaron el resto de la velada en total armonía uno con el otro. Como era natural que sucediese, se retiraron temprano.

Pero la noche del viernes, cuando fueron introducidos en el hermoso salón de la residencia de los Manchester, Melissa no pudo abstenerse de mirar indiscretamente alrededor para comprobar si Deborah estaba presente. No había signos de la presencia de la inglesa, si bien allí estaba Latimer, enfrascado en una conversación con el joven Franklyn.

La cena fue un momento agradable, y sólo cuando las damas ya estaban cómodamente instaladas otra vez en el salón, y los caballeros habían desaparecido en el estudio de Josh para jugar a los naipes y desarrollar otras actividades masculinas, Melissa se enteró de la apresurada partida de Deborah. La joven estaba sentada en un hermoso sofá de estilo Sheraton, tapizado con una elegante tela estampada azul y oro, con su tía al lado, cuando Sally dijo con voz suave: – ¿Sabes que lady Bowden nos ha dejado?

– ¿Nos dejó? – repitió distraídamente Melissa– . ¿Qué quieres decir? Estoy segura de que vi esta noche al señor Latimer.

– Ah, sí– dijo Sally– , él está aquí, pero su hermana viajó a Nueva Orleáns... nuestro clima afectó su delicada constitución, y se llegó a la conclusión de que su salud exigía la partida inmediata. Él me lo explicó todo al llegar. – Una expresión de deseos apareció en los ojos celestes de Sally.– Creía que Royce consideraba atractiva a lady Bowden... habría sido tan emocionante tener en la familia un auténtico miembro de la aristocracia inglesa. Por supuesto – murmuró insegura– está el problema de las condiciones de nuestro clima...

Melissa casi se sofocó con la taza de té que había estado bebiendo. ¡Royce y Deborah! Con regocijo impío pensó: ¡Oh, cuando lo vea cómo me burlaré diciéndole que escapó por poco!

Por su parte, Royce y Dominic también habrían deseado escapar de la reunión esa noche, y cada uno por sus propias razones. Royce deseaba dirigirse a Nueva Orleáns; en su cuarto del primer piso tenía la maleta preparada, y la lista destinada a Jason le quemaba a través de la planta de la media de seda del pie izquierdo, donde la había puesto para mayor seguridad. Hasta el momento de entregar esos nombres a Jason, Royce estaba decidido a saber

exactamente dónde se encontraba la lista en cada instante, ¡y aunque eso lo obligase a llevar encima el condenado papel! Con respecto a Dominic, su deseo de estar esa noche en otro lugar nada tenía que ver con la lista. Su amor a Melissa y el que ella le profesaba era un hecho que había descubierto hacía tan poco tiempo que se oponía enérgicamente a todo lo que la apartase de sus brazos e impidiera, aunque fuese momentáneamente, la absorbente tarea de descubrir cada uno de los pensamientos y los sentimientos del otro. Que le agradase profundamente descubrir todos los dulces encantos de ese hermoso cuerpo también tenía mucho que ver con su presencia de mala gana en la residencia de los Manchester.

Pero los dos hombres se habían resignado a soportar la velada, y habían pasado el tiempo conversando con varios amigos y conocidos, cuando advirtieron que Latimer y George Franklyn estaban jugando por sumas inquietantes alrededor de una de las me– sitas que Josh había ordenado se destinaran a los naipes y otros juegos. Zachary les avisó cuál era la situación después de acercar– se a ellos, que conversaban amistosamente con un grupo de amigos. Mientras bebía su oporto, Zachary dirigió una mirada significativa a Dominic y murmuró: – Parecería que la suerte de Latimer ha cambiado. El y Franklyn han estado jugando unas pocas manos de séptimo, y George ya perdió casi diecisiete mil dólares a manos de Latimer.

Royce y Dominic se miraron, y del modo más discreto posible se acercaron a la mesa. Si Latimer advirtió que ahora había dos pares de ojos suspicaces vigilando cada uno de sus movimientos, no dio signos en ese sentido, y en cambio continuó jugando con implacable intensidad contra el hombre más joven.

Por extraño que parezca, fue el propio Franklyn quien sorprendió a Latimer en el acto de hacer trampa. Habían comenzado a jugar una nueva vuelta cuando de pronto Franklyn avanzó la mano sobre la mesita, y aferrando la muñeca derecha de Latimer exclamó triunfante: – ¡Ya me parecía! No estaba seguro después de la última vuelta, pero esta vez le observé con mucho cuidado.

Agitó con fuerza la muñeca de Latimer, y se oyó una exclamación chocada y colérica en los que estaban en la habitación cuando de la manga de la chaqueta de Latimer cayó un naipe a la mesa. A Dominic le pareció bastante apropiado que fuese precisamente la reina de espadas.

– ¡No me extraña que usted pudiese reclamar carta blanca en la última mano! – afirmó sobriamente Franklyn, el rostro juvenil fiero y peligroso– . ¿Cuántos naipes más escondió en su manga, maldito tramposo bastardo?

Un silencio ominoso se hizo en la habitación, y todos los ojos se clavaron en Latimer. Había pocas cosas que esos caballeros aficionados a la bebida, esos hombres de carácter fuerte y decisiones rápidas no perdonasen en la naturaleza de las personas a quienes aceptaban en sus filas; pero trampear con los naipes equivalía al suicidio social. ¡Latimer estaba completamente arruinado! Estaba clavado allí, en Baton Rouge, y a juzgar por las expresiones de furia de los caballeros que se encontraban en el cuarto, podía considerarse afortunado si salía sin unos buenos golpes. Sólo Dominic y Royce parecían imperturbables después de lo que había sucedido; ambos se mantenían atentos, y esperaban el siguiente movimiento de Latimer.

Completamente deshonrado, y desaparecida la posibilidad de recuperar la fortuna que había perdido frente a Dominic, Latimer afrontaba un futuro sombrío durante los restantes meses de estancia en Estados Unidos. Lo que provocaba que su cara palideciera de cólera y pesar no era sólo el lamentable desenlace de esta noche, sino el conocimiento cierto de que en todo el curso del río Mississippi se difundiría la noticia de que Julius Latimer era un tramposo, un hombre a quien no podía tolerarse en los círculos elegantes, un hombre que merecía que se lo despreciara y excluyese. Ya no podría servir de nada a Roxbury, y por su mente cruzó la idea ingrata de que tal vez Roxbury no estuviese dispuesto a pagarle el precio total convenido. Latimer no dudaba de que a su tiempo esa reputación lo seguiría a Inglaterra, y de que en vez de ser bien recibido en los hogares de la gente rica y poderosa, se lo trataría

Librodot

como a un proscrito.

Pasaron los segundos, y Franklyn y Latimer parecían inmovilizados en sus posiciones iniciales, y la amenaza de la violencia se cernía en el aire. Había pocas cosas más despreciables y aborrecibles que un hombre que trampeaba con los naipes, y no había un caballero entre los que miraban fijamente a Latimer que no ansiara ponerle la mano encima.

Como su culpabilidad era evidente, Latimer comprendió que estaba en una situación peligrosa, y al mirar de una cara ofendida y amenazadora a otra, tuvo conciencia de un escalofrío de miedo que le recorría la espalda. Ese lugar no era el refinado Londres, donde los caballeros resolvían sus diferencias de acuerdo con un conjunto rígido y preestablecido de normas, sino la agreste Luisiana, donde era sabido que los hombres arreglaban sus disputas en un estilo rápido y brutal.

Estos pensamientos atravesaron como un relámpago la mente de Latimer, y acicateado por una cólera desesperada, el inglés pasó a la acción, y su mano libre cayó sobre la cara sorprendida de Franklyn al mismo tiempo que Latimer desprendía su muñeca del inseguro apretón del joven. En un segundo Latimer había deslizado la mano en el interior de su chaqueta y extraído la pequeña y letal pistola que portaba siempre.

La cara deformada por la furia, rugió: – ¡Atrás! ¡El primer hombre que avance un paso morirá!

Hubo un movimiento general hacia adelante de los caballeros que estaban en la habitación cuando Latimer golpeó a Franklyn, pero al oír sus palabras todos se detuvieron. Latimer sonrió apenas, y un sentimiento de poder lo recorrió.

– Ahora no son tan valientes, ¿verdad? – dijo burlonamente.

Nadie contestó, pues todos percibieron su peligrosidad. Y Latimer era peligroso. Muy peligroso. Era un hombre que no tenía nada que perder. Un hombre arruinado, pero más que eso, un individuo cruel y cobarde; y mientras estaba allí de pie, su cerebro convertido en un torbellino cuando buscaba el modo de convertir la derrota en victoria, sus ojos se posaron en Dominic.

Enloquecido por una cólera súbita y cegadora al ver al hombre a quien achacaba la culpa de su caída, Latimer desvió bruscamente la pistola en dirección a Dominic y disparó. El estampido del disparo fue tremendo, y el olor de la pólvora se difundió en la habitación.

Dominic no pudo defenderse. Sintió un dolor intenso en la sien, y después se hundió en la oscuridad y se desplomó desmayado en el piso.

Con una expresión asesina en los ojos, Royce avanzó hacia Latimer, pero éste estaba preparado, y la pistola apuntó directamente al pecho de Royce.

– En su lugar, yo no lo intentaría – dijo fríamente Latimer– . ¡Ahora, atrás todos!

Dominado por una rabia impotente, Royce permaneció en su sitio, y su mirada se volvió aprensiva al cuerpo inmóvil de Dominic; un pequeño charco de sangre estaba formándose cerca de la cabeza de cabellos negros. Con el corazón agobiado por el dolor y el pesar, Royce concentró toda su voluntad en un solo deseo:

que su amigo moviese el cuerpo. Contuvo la respiración cuando vio el leve movimiento de una mano. La esperanza retornó a su pecho, y entonces volvió prontamente la mirada hacia Latimer y dijo: – Bien, ¿qué está esperando? ¿No intentará huir... antes de que decidamos abalanzamos sobre usted? Después de todo – dijo Royce con acento ominoso– le queda una sola bala... y aunque puede matar a uno más de los que estamos aquí, los otros caerán sobre usted.

Latimer ya lo había pensado, y con los ojos colmados de odio retrocedió lentamente hasta la puerta. Desde donde estaba no podía ver el cuerpo de Dominic, pero pensó que si no lo había muerto, por lo menos estaba mal herido. Profundamente satisfecho por la conciencia de que si Dominic no parecía, por lo menos recordaría esa noche durante mucho tiempo, Latimer salió bruscamente del estudio.

Royce entró en acción apenas Latimer desapareció, y corriendo al lado de Dominic se arrodilló y había extendido una mano para tocarlo cuando Dominic se volvió sobre sí mismo

y gimió.

– ¡Cristo! Me alegro de que el bastardo no haya mejorado su puntería desde la última vez que me disparó.

Unas pocas sonrisas y gestos de alivio saludaron las palabras de Dominic; pero otros, entre ellos Royce y Zachary, todavía lo miraban con expresiones sombrías. Josh, los rasgos sonrosados ahora pálidos a causa de la ansiedad, dijo: – ¡Santo Dios! ¡Trató de matarlo a sangre fría! ¡A un hombre desarmado! ¡Disparó a un hombre desarmado! – Y entonces, lo asaltó otro pensamiento y agregó incrédulo:– ¡Y en mi casa! ¡Disparó a un hombre desarmado en mi casa!

Se oyeron murmullos de inquietud por Dominic cuando Royce lo ayudó a incorporarse. La sangre le manchaba la cabeza de cabellos oscuros y descendía por una mejilla, pero un rápido examen realizado por Royce reveló que la bala sólo había rozado el costado de la cabeza de Dominic.

Dominic se tocó cautelosamente la herida, se estremeció– preguntó con sospechosa benignidad: – ¿Qué sucedió después que caí al suelo? Sólo recuerdo que Latimer me disparó, y después nada, hasta que oí el golpe de una puerta al cerrarse.

– No perdiste gran cosa – dijo secamente Royce– . La puerta que se cerró indicó la partida de Latimer, hace apenas dos minutos.

Dominic le dirigió una mirada intencionada. Enarcando el entrecejo, rezongó: – ¿Y todavía nadie salió a perseguirlo? – Una idea desagradable de pronto irrumpió en su cerebro, y dio un paso y dijo con voz dura:– ¿Ni se aseguraron de que las damas están a salvo?

– ¡Santo Dios! – explotó Josh– . ¿No creerá...?

Una reacción alarmada se difundió por toda la habitación, y casi como un solo hombre los caballeros se abalanzaron sobre la puerta. La mano de Dominic estaba sobre el picaporte cuando de pronto la puerta se abrió bruscamente, y casi lo derribó.

Los ojos agrandados por el horror, los rasgos generalmente serenos reflejando una intensa agitación, Sally Manchester se arrojó sobre el ancho pecho de Josh, sollozando: – ¡Oh, Josh! ¡Es terrible! ¡Ese hombre! ¡Tiene a Melissa!

Dominic no necesitaba explicación acerca de la identidad de "ese hombre", y sin prestar atención a su propia debilidad se volvió para mirar a Royce.

– ¿Pistolas? – preguntó.

Sin hablar, Royce se acercó al escritorio de su padre, abrió el último cajón y extrajo una hermosa caja de caoba. Cuando levantó la tapa, aparecieron dos elegantes pistolas de duelo, finas y exquisitamente trabajadas.

En el silencio interrumpido únicamente por el suave llanto de Sally y los murmullos de confortamiento de Josh, Royce y Dominic fría y metódicamente cargaron y cebaron las pistolas. Royce miró la cara pálida y ensangrentada de Dominic y preguntó: – ¿Estás en condiciones?

Dominic le dirigió una mirada cruel.

– ¡Es mi esposa! ¿Qué demonios crees?

La cara juvenil tan pálida como la de Dominic, Zachary dijo medio irritado medio en tono de ruego: – ¡Es mi hermana! ¡Permíteme ir!

Suspirando, Dominic dijo con voz sorda: – No puedo. Si algo le sucediera... – se le hizo un nudo en la garganta y no pudo continuar hablando.

Tratando de evitar que el temor lo abrumase, Dominic se acercó a Sally y a Josh. Muy suavemente preguntó: – ¿Qué sucedió? ¿Adónde fueron?

Enjugándose los ojos llenos de lágrimas, Sally replicó con voz temblorosa: – Irrumpió en el salón, y parecía un loco. Me sorprendió tanto... ¡siempre se había comportado como un hombre muy amable!

Conteniendo el impulso de sacudirla, Dominic insistió:

– ¿Qué sucedió después que él entró en el salón?

– ¡Se apoderó de Melissa! Se acercó a ella y la aferró del brazo. Dijo que la retendría

Librodot

como rehén. Que la mataría si alguien lo seguía. Apoyó esa terrible pistola en la cabeza de Melissa y dijo que si hacíamos el más mínimo ruido, la mataría frente a nosotros! Después, empezó a arrastrarla fuera de la habitación.

– Después que ellos salieron, ¿cuánto tardaron ustedes en venir a buscarnos? – preguntó Royce con voz tensa– . ¿Vieron qué dirección tomaban?

– ¡Oh, yo no esperé! – dijo Sally con cierto orgullo– . Melissa se retorcía y le dificultaba las cosas a ese hombre, de modo que pude deslizarme por la puerta lateral y venir aquí inmediatamente!

Una desordenada esperanza surgió en Dominic, y ahora preguntó con verdadero apremio: – ¿Quieres decir que aún no salieron de la casa?

– No lo creo – respondió dubitativa Sally– . Melissa se debatía y resistía, de modo que él no pudo moverse con mucha rapidez.

Dominic corrió hacia los ventanales franceses que se abrían sobre la galería que rodeaba la casa.

– Royce, sigue por el corredor... yo rodearé la casa y trataré de cortarles el paso por el frente. ¡El resto permanezca aquí!

Sin hacer caso del dolor de la cabeza, el miedo mezclado con la esperanza en su corazón, Dominic atravesó rápidamente los ventanales franceses y corrió desesperado a lo largo de la galería, por el costado de la casa, en dirección al frente. Estaba mareado por el dolor de la herida cuando llegó a la esquina de la construcción, pero olvidó el dolor cuando vio a Latimer y Melissa debatiéndose al final de la ancha escalinata.

Las gruesas columnas blancas que sostenían la galería impedían apuntar bien, y sosteniendo con más firmeza en la mano la pistola de duelo, Dominic saltó de la galería al terreno. Con movimientos ágiles se apartó del edificio, y se puso a un costado de Latimer, en una posición que le permitía ver sin dificultad al hombre y la mujer que estaban al final de la escalera.

– ¡Latimer! – gritó con voz dura– . ¿Está dispuesto a dispararme otra vez?

Latimer quedó paralizado, incapaz de creer lo que veía y oía. Olvidando un momento a Melissa, miró hostil en dirección a Dominic. Le parecía casi inconcebible que fuese realmente Dominic quien estaba en el terreno, un poco más abajo, pero cuando sus ojos vieron la sangre que descendía lentamente por la mejilla de Dominic, comprendió que sólo lo había herido.

Horrorizada, Melissa miró a Dominic, y el temor por él momentáneamente expulsó de su espíritu cualquier otro pensamiento. ¡Eso era una pesadilla! No parecía real. ¿Era posible que apenas unos minutos antes hubiese estado cómodamente sentada en el salón, conversando con la joven que sería la esposa de Daniel? Apenas hacía unos instantes que había escuchado el impresionante sonido de un disparo que arrancó ecos a toda la casa. Hacía apenas unos minutos que Latimer había irrumpido en el salón, y con la cara deformada por la cólera se había apoderado brutalmente de Melissa y había intentado llevársela.

Durante esos primeros momentos ella estaba tan asombrada que no había advertido el peligro; pero cuando supo de qué se trataba, decidió al instante que no se sometería sumisamente, y se había debatido con toda la fiereza posible para escapar de él. Con una pistola que ejercía una terrorífica presión sobre su sien, Melissa había temido hacer mucho más que arrastrar los pies y tratar de desprenderse de la mano de Latimer que le sujetaba el brazo. Una vez le había asestado un puntapié, pero él la golpeó salvajemente en la mejilla, y Melissa no sabía si se atrevería a encolerizar– lo todavía más.

Y ahora, peor que si hubiese sido una pesadilla, ahí estaba Dominic, y la herida en la cara de su esposo provocaba un estremecimiento en el corazón de Melissa, que lo veía allí, arriesgando su vida por ella. ¡Latimer lo mataría! Melissa lo adivinó en la súbita tensión del cuerpo del inglés. Vio que él aflojaba la mano que le sostenía el brazo. Sintió que la pistola se apartaba de su sien, y que él comenzaba a apuntar el arma hacia Dominic...

Lanzando una advertencia, Melissa hundió cruelmente el codo en el estómago de Latimer. Su mente ahora funcionaba con la máxima velocidad posible, y la joven supo

instintivamente que Dominic jamás se arriesgaría a disparar mientras existiera el riesgo de herir a su esposa, y casi simultáneamente con el golpe descargado sobre Latimer, ella se dejó caer al suelo, y su vestido de seda color bronce se desplegó alrededor, dejando a Latimer de pie, sin protección.

Dominic no vaciló. Con puntería certera, mató a Latimer en el lugar en que éste se encontraba, con una bala entre los ojos. Y después, arrojó al costado la pistola humeante para subir de un salto los peldaños, y abrazar contra su pecho a la mujer amada...

Esa noche, acostados en la quietud y la intimidad del dormitorio, Melissa dijo en voz baja: – En realidad, no tuve miedo hasta que te vi allí, de pie... ¡entonces sentí terror!

El brazo de Dominic la apretó con más fuerza y el también recordó el temor que habla sentido por ella, y ahora acercó más el cuerpo esbelto de Melissa.

– No pienses en eso, querida. Es asunto concluido, y Latimer no nos molestará más.

– ¿Qué será de Deborah? – preguntó Melissa.

Dominic se encogió de hombros.

– Nada. Las Deborah de este mundo pueden cuidarse solas, y si bien estoy seguro de que extrañará a su hermano, también tengo la certeza de que es sólo cuestión de tiempo hasta que encuentre otro hombre que la cuide.

– Yo no podría hacer lo mismo – dijo serenamente Melissa, y con una mano acarició suavemente el costado de la cara de Dominic.

– ¿No podrías hacer qué? – preguntó sorprendido Dominic.

– No podría encontrar otra persona.

– Espero que no... por lo menos hasta que haya pasado un intervalo decente – dijo riendo Dominic. Después, se inclinó sobre ella, y ahora no reía; y murmuró con voz conmovida: – Te amo tanto, Lissa. Si Latimer hubiese...

Con una mirada dulce y luminosa, Melissa apretó los labios de Dominic con un dedo que los silenció,

– Calla. No hablaremos de eso. Hablaremos sólo de nuestro mutuo amor y nuestra nueva casa. – En la oscuridad, ella le dirigió una mirada perversa.– Un día de estos me llevarás a Mil Robles, ¿verdad?

– Sí– dijo Dominic con fingida fiereza, y besándola juguetonamente en la comisura de los labios, agregó:– Pero sólo después que me hayas dicho cuánto me amas.

Suspirando feliz, ella le rodeó el cuello con los brazos.

– Bien, te amo más que al tío Josh y a la tía Sally – dijo con aire inocente– . Y te amo más que a Zachary y a Royce. Y creo que incluso te amo más que a Locura.

– ¿Crees que me amas más que a un condenado caballo?

– preguntó secamente Dominic, mientras acariciaba los rizos rubios.

Melissa le dio un sonoro beso.

– ¡Sé que te amo mucho más que a Locura!

– ¿Cuánto más? – preguntó Dominic con voz ronca. Los brazos de Melissa se cerraron con más fuerza alrededor del cuello de Dominic.

– Oh, muchísimo más – dijo con fervor– . Mucho, muchísimo más.

Fin

Librodot